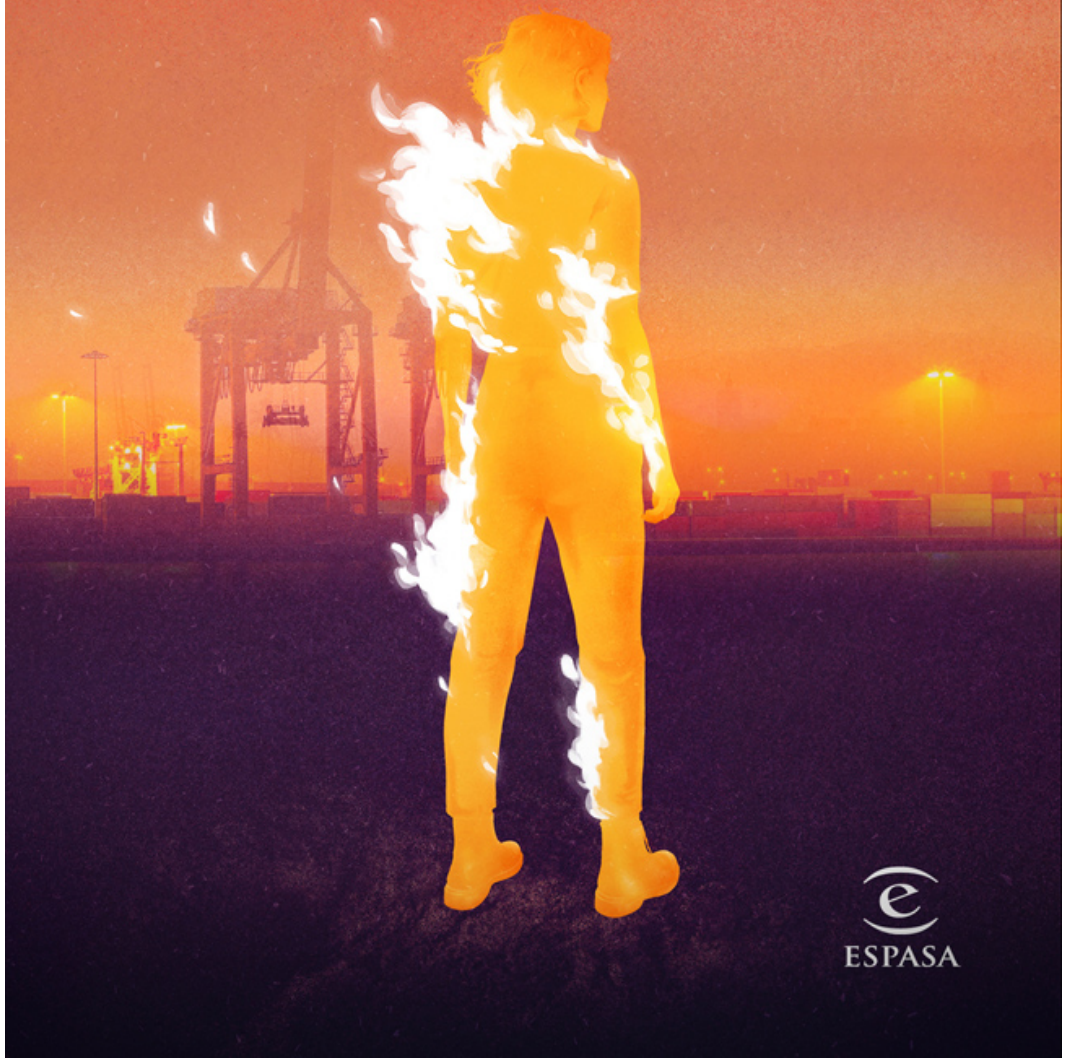
Hay vientos que te empujan a la destrucción

SERGIO SARRIA

TERRAL



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Prólogo
Primer día de terral
Segundo día de terral
Tercer día de terral
Cuarto día de terral
Quinto día de terral
Sexto día de terral
Séptimo día de terral
Epílogo
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Málaga, agosto de 2018. Durante una semana terrible de calor y viento de terral, un trágico suceso sacude la ciudad; la aparición del cadáver de un joven magrebí decapitado en cuya frente han grabado la palabra «traidor» escrita en árabe. Tras las primeras pesquisas, la jueza encargada del caso cree que se prepara un atentado islamista en la capital de la Costa del Sol, especialmente después de hallar un camión a nombre de la víctima, con un Corán en su interior, en los alrededores de la céntrica calle Larios.

Un caso sumamente delicado que recaerá en Lucía Gutiérrez, una teniente de la Guardia Civil que tiene serios problemas con su autoestima, el alcohol y una hija adolescente que empieza a ser un quebradero de cabeza. Una vida personal a punto de desmoronarse y a la que apenas podrá dedicar tiempo cuando días después se encuentre un segundo cadáver de un marroquí, con pasado yihadista, asesinado con el mismo método. A partir de entonces, la teniente Gutiérrez deberá luchar contras sus instintos autodestructivos, descubrir si las dos muertes están relacionadas y qué hay realmente detrás de estos asesinatos.

Terral es un *thriller* fronterizo que transcurre entre Málaga, Melilla, Algeciras y Bruselas y en el que todos sus protagonistas tendrán que elegir si cruzar la frontera moral que separa el bien del mal, con la plena consciencia de que hagan lo que hagan ya nunca podrán volver atrás.

SERGIO SARRIA

TERRAL

A los fallecidos en la tragedia
de la valla de Melilla
el 24 de junio de 2022.

Una herida es también un lugar
donde vivir.
JOAN MARGARIT, *Nuestro tiempo*

La vida se nos da vacía. Tenemos
que inventar la parte feliz.
RICHARD FORD, *Canadá*

Prólogo

-Una historia de fantasmas-

Róterdam, 25 de julio de 2018

K falleció hace dos días. Debió de ser sobre esta hora, las doce y cuarto del mediodía, pero no fue hasta hace apenas cinco minutos cuando *P* se dio cuenta de que estaba sin pulso, agarrotada y con los ojos abiertos de par en par. Aquel descubrimiento le trastornó por completo. Sabía que el próximo sería él. Aunque estaba aterrorizado, entendió que lo mejor era no decir nada. Disimular. Con las pocas fuerzas que le quedaban, *P* empezó a silbar, como si a su lado no hubiera una difunta que olía a podrido y el frío no atenazara sus labios.

Todas las muertes son absurdas, aunque es probable que la de *K* lo fuera especialmente. No era tan ingenua como para pensar que la muerte debía tener un sentido, pero nunca sospechó que se podría morir al abrir un SMS. Un día estás normal y al siguiente se ilumina la pantalla del móvil… Y todo acaba ahí.

Con un SMS.

De una forma irracional. Estúpida. Sin una larga y terrible enfermedad. De un momento para otro. Un movimiento de pulgar homicida. Sinsentido. Tan ridículo y trivial que ni siquiera recordaba el remitente. «¿Se puede ser más patética? ¿Se puede abandonar esta vida de una forma más ridícula?», se preguntaba *K*, que por algún motivo que no lograba comprender, aunque muerta, su consciencia permanecía allí al lado de un asustado y tembloroso *P*, como una suerte de fantasma con algún asunto todavía pendiente en la tierra de los vivos.

Hacía cuarenta y ocho horas que *K* había fallecido por hipotermia en plena ola de calor. Pero lo cierto era que llevaba herida de muerte hacía más de un año, cuando pulsó el icono de los mensajes de su Huawei y apareció ante ella un conjunto de palabras aparentemente inocentes.

Querida K.

No debió confiarse con el encabezado. Cayó en la trampa. Nadie que comienza afirmando que eres un ser querido te quiere matar. Al menos eso pensó cuando decidió seguir leyendo sin precauciones, sin pensar que detrás de cada verbo, de cada adverbio y sustantivo le acechaba la muerte.

Querida K.

Querida.

Parecía sincero. ¿Cómo no relajarse? ¿Cómo no sentirse eterna cuando te sabes amada? Era un día normal. Era un SMS más. Era un saludo cordial, incluso cercano. Sin embargo, dos párrafos más tarde, *K* ya estaba muerta, aunque no se diera cuenta en aquel instante.

Dos tortuosos días con cada una de aquellas palabras grabadas a fuego. O tal vez habían pasado doce años. O veinte minutos. El tiempo es relativo cuando has fallecido y no tienes nada que hacer. Se parece a un domingo por la tarde. A la segunda quincena del mes de agosto. A la sala de espera del dentista. Es como recolectar todos los minutos intrascendentes de tu vida y colocarlos en una fila interminable. Llevaba poco tiempo ejerciendo de espíritu para considerarse una experta, pero sí lo suficiente como para tener la certeza de que la muerte era un bostezo infinito.

Le gustaría dejar de una vez este mundo y pasar a la siguiente fase, esa en la que dicen que toda tu vida se proyecta delante de ti. Volver al instante en el que nació. A sus primeros pasos antes de abrirse la cabeza con la esquina del sofá de escay. A su primer beso. A su primer amor…

La difunta *K* no pide mucho, solo quiere lo que a todos los muertos les corresponde por derecho; un cursi Power Point de sus mejores momentos. Sin embargo, ante ella,

solo se mostraba el mismo SMS.

Y la misma cara de pánico de *P*.

Querida K.

«¿Por qué esta tortura? ¿Por qué no me hago etérea y asciendo a los cielos de una vez? ¿Habré sido de las malas? ¿Será el servicio de mensajería instantánea lo que los creyentes conocen como el purgatorio?», se preguntaba *K* cuando el suelo tembló y su cuerpo inanimado se volcó sobre las sobresaltadas rodillas de *P*. Aunque se había esforzado por disfrazar su miedo, en cuanto sintió el contacto de la piel fría del cadáver, se le escapó un grito y todos supieron que las cosas no iban bien.

El suelo vibró una vez más, con tanta virulencia que el cuerpo de la difunta se precipitó hasta donde estaba sentada *R*. Los chillidos se multiplicaban mientras *K* se arrepentía de no haber sido una buena católica para tener más respuestas. Tendría que haber prestado más atención en las catequesis cuando tenía doce años. Preguntarle más cosas sobre el limbo al sacerdote. O no masturbarse tanto. O al menos no hacerlo los Jueves Santos. Respetar su cuerpo y su sexo mientras se rememoraba la muerte de Cristo. Sí, eso le hubiera ayudado para saber qué tenía que hacer ahora y cómo debía salir de aquel bucle. Definitivamente, no se tendría que haber desligado tan pronto de Dios. Aunque, para ser sinceros, Él tampoco le había puesto las cosas fáciles. Le hubiera gustado que Dios también creyera en ella. Estaban empatados. Ninguno había estado a la altura de lo que se esperaba de ellos. Los dos habían perdido la fe en el otro. No era momento de reprocharse nada. Tenía que aceptar la realidad; viviría allí por los siglos de los siglos, atrapada entre chillidos y temperaturas gélidas. Como un fantasma. Callada. Invisible. Un resumen perfecto de lo que había sido su vida, salvo que ahora todo ese vacío lo llenaba recordando cada una de las palabras de su asesino:

Querida K,

¿No estás cansada de tu vida?

Tenemos que hablar.

El suelo dejó de temblar. Los chillidos cesaron. El cadáver de *K* se estabilizó. Todo pareció volver a la normalidad.

Todo menos *P*, que ya no silbaba.

El pulso se le había parado y sus músculos se habían agarrotado. Sus ojos estaban abiertos de par en par. Algo le había provocado la muerte. *H* se dio cuenta en seguida y supo que sería la siguiente. Más previsora que sus antecesores, tomó su teléfono móvil y escribió un wasap de despedida: «Mamá, he fallado. Lo siento mucho. Voy a morir».

Era un plácido domingo de julio cuando la tranquila ciudad de Róterdam se llenó de fantasmas.

Primer día de terral

-Miércoles 1 de agosto de 2018-

«Qué no daría yo por empezar de nuevo
a pasear por la arena de esa playa blanca».

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, ocho de la mañana

Aquel primer día de agosto la humedad casi se podía trocear con cuchillo y tenedor. Era de tal densidad que se desparramaba por la ciudad con una consistencia viscosa. Espesa. Casi rancia. Al igual que una mancha de alquitrán invisible, avanzaba desde el mar hacia el interior de la ciudad y se apoderaba de las calles, del aire, de las panaderías, de los quioscos, de las iglesias e incluso de los patinetes arriados en las aceras por estudiantes de Erasmus desalmados.

Aquel tsunami húmedo y pegajoso lo engullía todo a su paso, anestesiando a los habitantes, dejándoles sin fuerzas y aplastándolos contra el suelo. También a Lucía Gutiérrez, que en cuanto abandonó el perímetro de seguridad de su despacho y entró en contacto con aquella calima asesina empezó a sudar frenéticamente.

Un sudor que había conquistado ya por completo su cuello cuando se metió en el coche patrulla y la radio se conectó automáticamente.

—«Cielos despejados y una temperatura media de treinta y dos grados con una humedad relativa del noventa y cuatro por ciento. O lo que es lo mismo, calor, MUCHO CALOR» —enfatizó el locutor de Canal Sur—. «Pero atención que la cosa se complica a partir de mañana.

¿Cuáles son las tres palabras más temidas por los malagueños? Exacto: llega el terral. Y lo que es peor, está previsto que se quede hasta el jueves, dejando temperaturas en la ciudad cercanas a los cuarenta y dos grados y una sensación térmica de…».

Lucía desconectó la radio de mala gana y se secó el sudor de la nuca con la mano antes de que el locutor acabara de dar la previsión meteorológica. La noticia parecía haberle preocupado. Llevaba el tiempo suficiente destinada en la capital de la Costa del Sol para tenerle el mismo respeto que los malagueños a aquel fenómeno atmosférico.

Después de la feria y la Semana Santa, el terral era el tercer tema estrella de las conversaciones de bar. Entre botellín y botellín de cerveza Victoria, siempre había quien concluía que se trataba de un viento africano que partía de los áridos desiertos del Sáhara, cruzaba el estrecho de Gibraltar y llegaba hasta Málaga para asfixiar a sus habitantes con altas temperaturas. La realidad, como casi siempre, venía a desmontar la épica de los tertulianos de barra.

El terral, como su propio nombre indica, era un viento que llegaba desde la tierra. Concretamente del norte. Y cuando aterrizaba en la ciudad su ardiente caricia, la gente desaparecía de las calles. La realidad, pues, solo coincidía con la leyenda en que su presencia hacía insoportable el día a día en la ciudad.

El vehículo de Lucía llegó hasta el control de seguridad de la Comandancia de la Guardia Civil. La valla retráctil se alzó y la agente de la garita se cuadró ante ella:

—¡Que tenga buen día, mi teniente!

—Eso solo será posible si me pegas un tiro, Muñoz —bromeó Lucía—. ¿No os cansáis de esta puta humedad?

—Ya la echará de menos mañana, mi teniente. Dicen que viene un *terralazo* de estos que te dejan *aplatanao* todo el día.

—¿Y se puede saber entonces a qué esperas para dispararme?

La agente Muñoz sonrió, pero, en realidad, no tenía claro si estaba de broma o hablaba en serio. Con Lucía Gutiérrez nunca había límites claros. Transitaba por las emociones con el pasaporte de lo inesperado. Así que, por las dudas, prefirió matizar sus palabras y que la teniente no la pusiera en un aprieto.

—Seguro que luego no es para tanto. Ya sabe lo que nos gusta aquí exagerar.

La oficial asintió. Había algo en el comportamiento de Muñoz, en particular, y de los malagueños, en general, que le fascinaba. Por mucho que detestaran algo de su ciudad, como podía ser el terral, al mismo tiempo lo veneraban. Les llenaba de orgullo. Una contradicción sobre la que habían asentado las bases de su idiosincrasia. La misma paradoja se repetía con el Guadalmedina, un río seco y olvidado que solo servía para separar en dos la ciudad, o las *natas* (una mezcla de algas y restos minerales) que flotaban sobre el mar e impedían que nadie mínimamente escrupuloso se pudiera bañar en la playa, o los constantes descensos del Málaga Club de Fútbol, o el hecho de que la catedral solo tuviera una torre de las dos que deberían estar construidas y a la que se referían cariñosamente como *la Manquita*.

En aquella ciudad de cartón piedra puesta al servicio del turismo de cruceros, de franquicias infames y aberraciones arquitectónicas, los malagueños habían encontrado en los defectos de la localidad los últimos rasgos de identidad. De dignidad. Había una Málaga oficial, de postal, una suerte de parque de atracciones creado para ingleses, alemanes e italianos en la que se disfrutaba de museos, alcohol y playas. Y otra más subversiva, alejada de los filtros de Instagram, que rendía culto a la imperfección, a los borrones de la historia local.

Lucía Gutiérrez había llegado a la conclusión de que cuando Muñoz, o cualquiera de los agentes de la Comandancia, pronunciaban la palabra «terral», no estaban queriendo iniciar una vacía charla de ascensor sobre el tiempo, sino una encendida batalla por conservar un carácter singular y exclusivo, una lucha invisible por

invocar su personalidad atávica y no caer en la mediocridad de las ciudades globalizadas. El *terral* era un arma. Un grito. Un adoquín nostálgico que se arrojaba contra las fachadas del Zara, Starbucks o Los 100 montaditos, y con el que se quería hacer trizas aquel atrezo prefabricado del centro histórico en el que ya solo residían los clientes de Airbnb.

Málaga se moría y hasta una prácticamente recién llegada como ella era capaz de darse cuenta. Lo había visto antes en Madrid. Los comercios tradicionales desaparecían diariamente. Por cada mercería que se cerraba, abrían diez estudios de tatuajes. Alguien había decidido que los habitantes ya no necesitaban botones, telas, tornillos, afilar cuchillos o remendar zapatos. Ahora las urgencias eran otras; hogazas de masa madre, cervezas artesanales y *smoothies*. Se había decretado desde la Administración local que la vida ya no era supervivencia, sino consumo, y fruto del nuevo credo ordenaron demoler la antigua ciudad y construir con las sobras un gigantesco centro comercial.

Por eso siempre que salía el tema de marras, la teniente prefería dejarse llevar a cortarles con uno de sus clásicos y patentados desplantes. A veces, hasta los trozos de hielo como ella podían llegar a empatizar con el desencanto de los demás.

En cuanto abandonó la Comandancia, el aire acondicionado del coche empezó a salir frío y el bochorno quedó reducido por un tiempo a la nada, lo que le provocó cierto bienestar. No mucho, solo lo justo para no echar de menos la posibilidad de que Muñoz le hubiera pegado un tiro en la sien.

En apenas quince minutos se plantó en el Paseo de Reding y aparcó en las inmediaciones de la plaza de toros. Tan rápido como salió del vehículo, el verano le vomitó encima y no quedó un centímetro de su cuerpo por el que no chorreara vaho.

Abrumada, se encendió un cigarrillo y caminó en dirección a la playa. Se metía el humo en los pulmones con ansiedad, como si necesitara más calor en las entrañas. La nicotina era para ella lo que la ayahuasca para los pueblos

indígenas del Amazonas; un ritual de curación que le servía tanto para mitigar las malas energías como el estrés laboral, la gripe, un esguince de tobillo o una suspensión de empleo y sueldo. No había casi nada que no combatiera con el tabaco y su chamánico alquitrán.

Lucía apuraba la boquilla del cigarro más preocupada de lo normal. Aunque jamás lo reconocería, estaba aterrorizada por lo que tenía que hacer esa mañana y ni siquiera fumar le ayudaba a encontrar algo de paz.

Su cuerpo empezaba a acusar más el pánico que el calor. De hecho, recorrió los últimos metros que la separaban de la playa con una extraordinaria lentitud, intentando retrasar aquel momento todo lo posible.

Parada frente al mar, apagó uno y volvió a encender otro. Absorbía los pitillos de forma acelerada. No había duda de que no quería estar allí. Mientras inmolaba sus pulmones con fuertes descargas de nicotina, observó el horizonte.

La brisa agitaba mansamente el agua. Un chico de unos dieciocho años corría por la orilla con el torso desnudo. Una pareja de octogenarios plantaban su sombrilla lo más cerca del mar que podían y un grupo de unas diez personas formaban un círculo sobre la arena. La placidez de la costa a aquellas tempranas horas contrastaba con los nervios de Lucía Gutiérrez, que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad en cualquier momento.

Antes de que pudiera empalmar otro cigarrillo o experimentar un espasmo, una de las personas que estaba formando el círculo alzó su mano y le indicó que se acercara. Tras un par de segundos, la teniente suspiró, tiró la colilla al suelo y se acercó hasta ellos con resignación.

—Me llamo Lucía Gutiérrez y soy alcohólica.

—¡Hola, Lucía! —respondieron al unísono el resto de adictos.

Málaga pareció recibir entusiasmada su enésima imperfección.

* * *

Valla de Melilla, ocho y media de la mañana

—¿Puedes cerrar la ventanilla? —le preguntó el sargento González a Zaida—. No sé a qué coño huele, pero echa para atrás.

—Huele a mierda. Cuando has nacido en ella, el olor te acompaña toda la vida —respondió la agente mirando al otro lado de la valla, donde un grupo de más de cien inmigrantes, subsaharianos en su mayoría, esperaban agazapados el mejor momento para intentar pasar al otro lado.

A la agente Zaida Slimani sí le resultaba familiar aquel olor que se había colado en el coche patrulla. Era una mezcla de sudor, ropa sucia y sueños rotos. Un aroma profundo de desarraigo. De miseria. De no tener ya nada que perder. El mismo hedor que desprendieron sus padres toda la vida y del que ella, veinticinco años después, todavía no se había podido despojar. Aunque hubiese nacido en España, y no en un pueblucho de Marruecos como sus progenitores, el jabón genérico del Mercadona no podía hacer nada contra el insoportable olor a modestia. Ella, y sus hijos, y los hijos de sus hijos olerían a mierda para siempre.

—¿Crees que van a saltar? —le arrancó de sus pensamientos el sargento.

Zaida echó un nuevo vistazo al otro lado de la valla y prefirió no responder. Se odiaba profundamente por estar allí, por haberse convertido en la persona que les negaría a aquellos infelices su entrada a un mundo un poco mejor. No podía evitar verse a sí misma como una traidora. Una especie de colaboracionista del enemigo. ¿Cómo coño había sucedido? No entró en la Guardia Civil para joderle la vida a los demás, sino para ayudar. ¿Por qué entonces estaba patrullando en la puta valla de Melilla?

La cabeza de Zaida iba a estallar en cualquier momento.

Y encima aquel fuerte olor a mierda no le permitía pensar con claridad y acentuaba todavía más su deslealtad de clase. Sin respuesta para ninguna de sus preguntas, tomó

dos pequeñas decisiones: subir la ventanilla y ponerse sus Ray-Ban de aviador. Con ambas iniciativas trató de enmascarar la fetidez humilde de ellos y la suya.

* * *

Puerto de Gibraltar, nueve de la mañana

Un elegante cormorán moñudo planeaba sobre las aguas del estrecho de Gibraltar como si no existiesen las fronteras. Teñido de riguroso negro, aquella especie de Johnny Cash alado se había desviado unos metros de su ruta habitual, cerca de los acantilados del Peñón, encaprichado de una anguila.

Hasan contemplaba embelesado la cresta del animal desde uno de los espigones del puerto. Aunque el pelo del joven raleaba preocupantemente, no era el espléndido moño lo que más envidiaba del ave, sino su total libertad. Su completo desconocimiento de los límites y los mapas. El capricho era el único papel que necesitaba para moverse por tierra, mar o aire. Que él supiese, aquel era un privilegio del que solo disfrutaban en este mundo los pájaros y los europeos.

Ajeno a las reflexiones del joven marroquí, el cormorán abrió el pico, encogió las patas y se sumergió en el agua a gran velocidad. Al cabo, emergió a la superficie engullendo a su presa.

En la distancia, la vida parecía sumamente sencilla; si querías comer, solo había que mojarse. Por desgracia, fuera de aquella postal marinera, en tierra, todo era mucho más complicado, y si Hasan había conquistado su lugar en el mundo y algo parecido a un estilo de vida, se debía a una sencilla razón: tuvo que hacer cosas mucho más indignas que darse un simple chapuzón.

Pero esta sería la última vez. Se lo había prometido a sí mismo. Ya no necesitaba nada más. Tenía papeles, casa, coche y una sencilla pyme dedicada al transporte. Se había pasado la última pantalla de aquel videojuego llamado

socialdemocracia. A partir de ahora podría ser como aquel pájaro. Hasta tenía dinero ahorrado para injertarse en Turquía una cresta como la suya.

Cuando su reloj marcó las nueve de la mañana en punto, el chico tomó del bolsillo de su pantalón un teléfono móvil de prepago y escribió un escueto SMS: «Los patos han echado a volar». Tan pronto como presionó el botón de enviar, arrojó el teléfono al mar.

Mientras el artefacto se hundía en las frías aguas del Atlántico, Hasan echó un último vistazo al horizonte. Ya no había rastro del cormorán y, por alguna extraña razón, su desaparición le inquietó como si fuera un mal augurio.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, nueve y cuarto de la mañana

—¿Puedes dejar de jugar con el móvil mientras desayunamos? —riñó Julie a su hijo en francés.

—No estoy jugando, estoy mirando el tiempo —contestó el pequeño en inglés y, seguidamente, dio un sorbo al zumo de naranja.

—Vivimos en Bruselas, no hay que ser Siri para saber que va a llover seguro —replicó su madre también en inglés, arrebatándole el iPhone de mala gana.

A Julie le costaba ser tan estricta con su hijo, pero sabía que era la única forma de que un niño acomodado no terminara siendo un gilipollas redomado el día de mañana. Aunque vivían en una fabulosa casa de tres plantas en Grand Sablon, la parte alta de la ciudad (y también la más exclusiva), Julie se esforzaba por mantener los pies en el suelo.

Reciclaba, llevaba a su hijo a un colegio público, iba en bicicleta a todos los sitios, procuraba no llevar ropa cara en presencia de la chica de servicio… Hasta votaba a los verdes. En su cabeza, nadie podía detectar que era una privilegiada, lo cual la convertía en diez veces más pija que el resto de sus vecinos, a los que les divertía horrores los

esfuerzos de aquella pequeña burguesa por disimular que la vida le iba bien.

Lucrecia entró en la cocina y con enorme prudencia interrumpió el desayuno.

—Éric, tenemos que irnos ya o llegarás tarde a tus clases de fútbol —dijo en un pobre francés la asistenta de origen latino.

Tan pronto como la vio entrar, Julie escondió el iPhone en el bolso para que Lucrecia no se sintiera incómoda. A saber si aquella chica se podía permitir si quiera un móvil. Julie tenía extremo cuidado con aquellas cosas. No se permitía un error. El tacto y la empatía con los más desfavorecidos en esa casa eran una auténtica religión. Si alguna vez se compraba un bolso en Louis Vuitton, se tomaba la molestia de meterlo en una bolsa de H&M antes de entrar en casa. Si ella llevaba unos pendientes caros de Dior, le compraba exactamente los mismos para que no se sintiera en inferioridad. Hasta su hijo daba clases de fútbol y no de equitación para facilitarle las cosas. Si Lucrecia supiera todo lo que hacía por ella, estaba segura de que le daría un sentido abrazo o le pondría su nombre a uno de sus muchos hijos. Pero, por supuesto, Julie no quería eso. Para ella no había mejor recompensa que su asistenta sintiera que eran prácticamente iguales.

Éric y Lucrecia se despidieron y salieron de su preciosa casa reformada del siglo XIX. Ya a solas, Julie fue hasta su dormitorio y rebuscó en el cajón de su mesilla. Al lado de un recién adquirido Satisfyer Pro, encontró lo que estaba buscando: un teléfono móvil de prepago.

En la pantalla había un mensaje sin leer: «Los patos han echado a volar». Julie sonrió y echó a andar por el pasillo entonando el estribillo de *Quand on n'a que l'amour*, de Jacques Brel. Como si fuera parte de la melodía, subió por las escaleras con la misma ligereza arrebatada. El mundo no se merecía una criatura tan portentosa.

En la tercera planta, dejó de tararear y fue hasta su despacho. Con una pequeña llave que tenía guardada en el bolsillo del pantalón, abrió el segundo cajón y tomó otro

teléfono móvil. De la misma forma que si fuera un mensaje predeterminado, Julie escribió automáticamente: «Los patos te esperan. Y las serpientes también». Y, seguidamente, buscó en la lista de contactos el único número que había agendado y lo envió. En cuanto acabó aquella pesada tarea administrativa, retomó el estribillo de *Quand on n'a que l'amour* y su delicioso universo de buenas intenciones.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, nueve y veinte de la mañana

Yusuf tenía algo de prisa, así que decidió aligerar por las estrechas callejuelas de la Cañada de Hidum. En su apresurado camino se iban sucediendo un número infinito de infraviviendas más propias de los barrios de chabolas de la cercana Tánger que de un área residencial europea. Casas que se habían construido sin licencia ni plan urbanístico alguno y que sobrevivían como frágiles castillos de naipes hasta que el viento o los responsables de Urbanismo decidieran echarlas abajo algún día.

A diferencia de los balcones de los barrios cristianos de la ciudad, allí no había banderas. Ni de España ni mucho menos de Marruecos. Allí solo había ropa lavada recién tendida, que es la bandera de la gente que ha dejado de existir, que no aparecía censada ni en un país ni en el otro. Fantasmas que habían hecho de un lugar de tránsito su improvisado hogar, así que era lógico que colgaran con orgullo su emblema espectral: las sábanas de color blanco.

Ni siquiera Yusuf, que se había criado en aquel laberinto de calles serpenteantes, conocía con precisión la caótica cartografía del suburbio y, de repente, se encontró en un callejón sin salida que frenó su carrera. Cuando se quiso dar la vuelta, se topó con un Mercedes Benz de color blanco roto que obstaculizaba por completo su camino.

Las puertas de aquella antigualla de los años noventa se abrieron al unísono con una precisión coreografiada y dejaron ver a los hermanos Iberdrola; Usama y Rachid, a los

que se conocía así en el barrio porque se dedicaban a hacer enganches ilegales a la luz a los vecinos que no podían pagarla. Tanto uno como el otro estaban rapados y lucían espesas barbas negras. Su presencia atemorizó inmediatamente a Yusuf.

—¿Qué te parece el cabrón de mi hermano comiendo jamón? —dijo Usama, señalando la bolsa de patatas fritas que tenía su acompañante en la mano.

—Que ya te lo he dicho, cojones, que solo llevan aceites vegetales, nada de cerdo —se justificó Rachid señalando los ingredientes de su bolsa de patatas Ruffles sabor jamón—. Si es solo por matar el gusanillo. ¿A que tú me entiendes?

Yusuf se encogió de hombros sin comprometerse demasiado. No sabía si le estaban vacilando o realmente querían conocer su opinión. Lo único que tenía claro era que cuanto menos hablara, más posibilidades tendría de salir de allí sin un guantazo en la cara.

—¿Lo ves? Él me entiende, es un musulmán moderno. ¿Has probado las de jamón york y queso? Están de puta madre también —dijo Rachid sin dejar de comer.

—¿Esas también te las comes? Estás tensando mucho la cuerda con el profeta, hermano —le reprochó Usama, que no terminaba de creer que realmente tuvieran un origen vegano ni le hacía gracia el vacío legal que se planteaba en el Corán.

—Al profeta lo que le molesta es lo que hace este cabrón. ¿Por qué te has puesto a correr cuando nos has visto? —cambió de tema y de tono Rachid—. ¿Qué pasa, que te caemos mal?

El joven marroquí volvió a encogerse de hombros. Precisamente había echado a correr para no tener que darles explicaciones, y ahora se encontraba entre la espada y la pared.

Irritado por los silencios de Yusuf, Usama se acercó al joven. Prácticamente a un palmo de sus narices, se encendió un cigarrillo y le dio una larga calada.

—¿Cuánto hace que no vienes a la mezquita? Un año lo menos, ¿no? —le preguntó, e inmediatamente le echó el

humo en la cara dejándole claro que, aunque no dijera ni una sola palabra, ya estaba condenado.

—Yo me he quitado de eso —se atrevió finalmente a contestar Yusuf, conocedor de que, a pesar de su prudencia, inevitablemente se iba a llevar un buen par de hostias.

—¿Quitarte? ¿De qué coño estás hablando? Que eres musulmán, no cliente de Vodafone —intervino Rachid en la distancia, que podía amenazar sin dejar de comer patatas fritas con toda la naturalidad del mundo.

—Tú ya me entiendes, no quiero líos.

—¿Y cincuenta euros? ¿Quieres cincuenta euros? Solo tienes que venir mañana con nosotros a la mezquita Blanca y son tuyos. Sabes que siempre cumplimos —dijo Usama echándole de nuevo el humo en la cara.

—No puedo, me ha salido un curro… —respondió Yusuf, dándole más información de la que quería.

—¿Me vas a despreciar el dinero, capullo? ¿Tú te crees muy chulo?

La frente del barbudo Usama se acercó a la cabeza de Yusuf. En la Cañada de Hidum, la tragedia aguardaba detrás de cada esquina, no en vano todos en Melilla conocían aquel barrio como «la Cañada de la Muerte».

Después de mirarle a los ojos, Usama cimbreó su cuello hacia atrás y lo golpeó con todas sus fuerzas, abriéndole la cabeza a Yusuf. Fue cuestión de segundos que el chico cayera al suelo desconcertado.

Cuando todo parecía indicar que se iba a cebar con él a puñetazos, Rachid le frenó.

—Anda, déjale ya. Vamos a por una Coca-Cola, que me ha entrado sed.

—Si la semana que viene no te vemos en la mezquita, no seremos tan amables.

Sin querer darles tiempo para que se arrepintieran de su decisión, Yusuf se puso de pie y echó a correr de nuevo por los callejones de la Cañada. Aunque le sangraba la cabeza y estaba algo desorientado, logró llegar a su casa sin más incidentes.

Agotado por la carrera, llamó al ascensor hasta que

recordó que los vecinos lo habían bloqueado arrojando basura por el hueco. Maldiciendo su mala suerte, el chico subió por las escaleras siete pisos con el corazón en la boca.

Los peldaños estaban desgastados y colmados de colillas aplastadas. Cada vez que pisaba con fuerza, los escalones temblaban como si fueran a venirse abajo en cualquier momento.

Pero no lo hicieron y Yusuf pudo entrar al fin a su domicilio.

—¿Qué te ha pasado en la frente? —le preguntó Fátima nada más verle.

—Que me he caído por las escaleras —dijo sin mucha convicción, dejando que su mujer resolviera sola lo que había ocurrido en realidad.

Sin tiempo para intercambiar más palabras con Fátima, fue directamente a lo que se podía considerar una cocina. Después de cerrar la puerta, el joven se agachó y golpeó los azulejos hasta que uno de ellos se movió. Con cuidado, lo desencajó y en el hueco apareció un teléfono móvil de prepago con un mensaje sin leer: «Los patos te esperan. Y las serpientes también».

* * *

Pinos de Rostrogordo, zona fronteriza hispano-marroquí, nueve y media

Tal y como le habían soplado en Nador, entre los Pinos de Rostrogordo y el río Nano, alrededor de cien subsaharianos, protegidos con guantes en las manos y ayudados de zapatillas con clavos, estaban a punto de saltar la valla. No era así como lo había planeado Ibrahim, pero después de que le hubieran pillado siete veces en el último mes intentando saltar al ferri de Barcelona, tuvo que buscar otra alternativa y aquella fue la que más le convenció.

Ibrahim miró al otro lado y contempló a los agentes de la Guardia Civil. Mentalmente trazó el recorrido ideal para intentar llegar hasta el otro extremo de la valla en suelo

español. Si lo hacía lo suficientemente rápido, lo podría conseguir.

Con quince años recién cumplidos, su cerebro era como el de cualquier adolescente, entendía el riesgo como parte de un juego. Ni siquiera imaginaba la muerte como algo definitivo, sino como una travesura más. Un castigo que quedaría en nada al día siguiente.

Al contrario de los subsaharianos, que sabían perfectamente lo que se jugaban intentando sortear concertinas y pelotas de goma, para Ibrahim había algo lúdico en todo ello. Incluso competitivo. No solo quería llegar a Melilla, además quería hacerlo mejor que todos los demás. Aquella mañana no se levantó como un inmigrante más, sino como un atleta. Quería seguir la estela de El Guerrouj o Saïd Aouita, no la de aquellos negros con cara de asustados.

Una mujer del grupo silbó y marcó el fin de la tensa espera. Ibrahim contempló a los primeros valientes trepar por la valla y de inmediato quiso arrebatarles el primer puesto de la carrera. Con la rapidez de un trueno, le robó a uno de ellos una manta con la que hacer más leves los pinchos de las concertinas y se transformó en un plusmarquista de los mil quinientos metros. En su cabeza, casi podía escuchar al estadio corear su nombre.

* * *

Málaga, playa de la Malagueta, nueve menos veinte de la mañana

La teniente no imaginaba que pudiera existir algo peor que escuchar a otros borrachos quejándose de sus vidas y sus circunstancias. Parloteaban sin cesar como si el simple hecho de rememorar el pasado fuera una pócima mágica que acabara milagrosamente con su enfermedad, como si el consuelo de los demás les hiciera abstemios de golpe. En cierto modo, les compadecía. Estaban tan cegados por aquella agradable sensación de estar curándose que eran

incapaces de darse cuenta de que habían cambiado una droga por otra mucho más adictiva; la esperanza.

Por desgracia para la oficial, escuchar aquellos testimonios durante casi una hora no iba a ser lo peor que le ocurriera.

Las cosas se complicaron todavía más cuando llegó su turno y se convirtió en el centro de todas las miradas.

A Lucía Gutiérrez le molestaba de la misma forma tenerse que abrir ante completos desconocidos que las forzadas consignas de aliento que le lanzaban sus compañeros de Alcohólicos Anónimos para que lo hiciera.

«Vamos». «Valiente». «Te vas a quedar nueva». «No te lo quedes dentro». «Ánimo». «A mí también me costó». La teniente los oía y no tenía claro si estaba rodeada de adictos o de escritores de libros de autoayuda. Sinceramente, se había compuesto una imagen muy diferente de cómo sería aquella gente. Los imaginaba un poco como ella: pesimistas, sin ganas de engañarse, con ganas de asumir que, aunque hubieran cambiado de rumbo, ya habían fracasado. Les habían fallado a sus familias, a sus amigos…, a ellos mismos. Nada de eso se podía afrontar con aquella actitud infantil. Con ese maldito entusiasmo. Parecía incluso que hablaban con orgullo, como si trataran de demostrar que gracias a aquella adicción ahora eran mejores personas. Estaba convencida de que sus problemas de alcoholismo no merecían un sacrificio tan grande.

Ciertamente, Lucía Gutiérrez tenía claro que ella no era como ellos. Es posible que ni siquiera estuviera tan enganchada a la bebida como aquella panda de *hooligans* de la motivación. Si había terminado allí no era porque tuviera un problema grave. En realidad, era tan solo el resultado de una promesa a Claudia. Puede que hubiera bebido un poco más de la cuenta durante los dos últimos años, pero era casi normal. Muchos cambios en poco tiempo; una nueva ciudad, un ascenso a teniente con el que no se sentía especialmente cómoda… Todo eso iba a pasar. No necesitaba terapia, solo algo más de tiempo.

—Venga, Lucía, todo va a salir bi… —insistió una vez

más uno de los adictos hasta que la teniente lo frenó en seco.

—No te conviene nada terminar esa frase, Paulo Coelho.

—¿Por qué? —le preguntó el exalcohólico interesado, fingiendo que tenía respuestas para ella, con la profunda y asquerosa creencia de que con siete meses sin beber te convalidaban la carrera de psicología.

—Porque aunque deje de beber, aunque cambie la ginebra por café, aunque venga todos los días aquí a darme palmaditas en el pecho como vosotros por haber superado una adicción, mañana, y pasado mañana, y al día siguiente, mi hija ya no se va a fiar de mí. Cada minuto que me retrase. Cada gesto raro que me vea. Cada Nochevieja que alguien saque cava para celebrar el Año Nuevo. Cada vez que me ausente una noche por trabajo. Cada vez que se me trabe la lengua… Cada vez que ocurra eso, voy a tener que vivir con sus sospechas, con su desconfianza, con su miedo a que vuelva a ocurrir. Así que no, nada va a salir bien…

Lucía Gutiérrez decidió acabar en cinco minutos su rehabilitación. El consuelo era para los débiles. Ella podía convivir con las miradas impertinentes de los demás. Lo había hecho prácticamente toda su vida, incluso cuando no era una borracha. No necesitaba perdonarse, y mucho menos si para hacerlo debía recurrir al pensamiento mágico y a la fe en sí misma.

Sin despedirse de nadie, se encendió un cigarrillo y caminó sobre la arena rumbo al paseo marítimo. El grupo de alcohólicos la miraba marcharse cariacontecido. Aquella mujer era peor para su estado de ánimo que una recaída.

—¿Te veremos mañana? —preguntó Juan, el que parecía llevar las riendas de la terapia y el que más callado de todos había estado.

—Lo siento, esto no es para mí —dijo sin mirar atrás, dando una calada al cigarrillo.

Puede que la salida hubiera sido algo abrupta, pero al menos se felicitaba por no haberles echado en cara que no era como ellos. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más le apetecía manifestarlo. Ser sincera no la iba a convertir en

peor persona o en más alcohólica. Su vida iba a ser igual de horrible con una verdad más o menos en el mundo.

—Yo no soy como vosotros —sentenció en la distancia.

La frase de despedida le provocó una sonrisa a Juan, que en aquel momento tuvo la certeza de que Lucía Gutiérrez era exactamente igual que todos ellos: una muerta de miedo.

* * *

La Línea de la Concepción, nueve menos cuarto de la mañana

Hasan atravesó la verja, eufemismo que utilizaban los españoles para no llamar «frontera» al puesto de control policial entre Gibraltar y La Línea, a bordo de su recién adquirido Audi A4 de segunda mano. Aunque era un coche con bastantes desperfectos y un tanto destartalado, a él le servía para marcar las distancias con el resto de sus vecinos del barrio de El Saladillo. Para la gente como él, la escala social no venía dada por su posición real en la sociedad, sino por donde él pensaba que estaba situado. Hasan era algo así como un chihuahua: si veía un perro más grande que él, su mente le jugaba una mala pasada y le hacía pensar que eran de la misma estatura.

No tardó tanto en llegar hasta Algeciras como en encontrar una plaza de aparcamiento libre, pero en cuanto lo hizo apareció de la nada una yonqui con los ojos prácticamente vueltos, zigzagueando por la acera como si en lugar de andar por el asfalto lo hiciera sobre un cable suspendido en un desfiladero. La clase de persona que más abundaba en el Campo de Gibraltar y, al mismo tiempo, la que más rechazo causaba.

—No tengo suelto —se apresuró a decirle Hasan para quitársela de en medio antes de que le tratara de cobrar el impuesto revolucionario por «ayudarle» a estacionar.

—Ni yo te lo he pedido —se defendió la chica mientras sacaba un teléfono del bolsillo trasero de su pantalón—. Toma, de parte de quien tú sabes —dijo después de

entregárselo.

—Me habían dicho que esta sería la última vez…

—Pues si te lo has creído, es que ibas más puesto que yo —le contestó la drogadicta echándose a reír y mostrando que le faltaban la mayor parte de las piezas dentales.

Aquella espeluznante sonrisa le resultó más perturbadora que una simple amenaza.

* * *

Valla de Melilla, nueve menos diez de la mañana

—¡La madre que me parió, Zaida! Saca la porra de una puta vez —le exhortó el sargento González al darse cuenta de que los más de cien inmigrantes se disponían a descender la valla en su intento de llegar a suelo español.

Los agentes de la Guardia Civil, en clara inferioridad numérica, se habían distribuido a lo largo de una franja de doscientos metros después de activar el dispositivo antiintrusión, y se preparaban para repeler lo que la prensa había denominado ladinamente como una «avalancha» de subsaharianos.

Les veían trepar en la distancia con malestar. Ninguno disfrutaba teniendo que frustrar los sueños de gente tan humilde, pero qué otra cosa podían hacer. Solo cumplían órdenes y estas no eran otras que ser expeditivos con todo aquel que tratara de pasar al otro lado o sufrir una sanción.

Al primero en apearse de la valla, el sargento le arreó un garrotazo en las costillas que le quitó por completo las ganas de seguir corriendo. De rodillas y dolorido, el inmigrante pudo contemplar cómo el resto de sus compañeros intentaban la hazaña con la misma poca fortuna que él.

Los agentes iban repeliendo uno a uno a todos los que bajaban. Para los más hábiles, los que lograban sortear la primera tanda de golpes, una segunda unidad disparaba pelotas de goma, haciendo casi imposible cualquier huida.

Algo más alejada de la contienda, Zaida permanecía

bloqueada. Contemplaba la escena como si fuera una mera espectadora. Resultaba difícil ubicarla en un bando o en otro. Aunque llevaba el uniforme de la Guardia Civil, su cara reflejaba la misma consternación que si le estuvieran castigando a ella las costillas. Sostenía la porra en sus manos temblorosas mientras se preguntaba qué derecho tenía a impedirles a otros que cruzaran la frontera y pudieran optar a las mismas oportunidades que tuvieron sus padres años atrás.

Sin haber encontrado una respuesta que le satisficiera, el ritmo cardiaco se le disparó cuando Ibrahim se interpuso en su camino. Sucedió de manera casual. El muchacho corría en zigzag tratando de esquivar a todos los agentes con los que se iba tropezando hasta que se dio de bruces con ella. Resultaba paradójico que fuera el miembro más pasivo de la unidad el que le hubiera frenado en seco.

Incómoda con el encuentro, Zaida persistió en su inmovilismo y se quedó delante de él sin mover un solo músculo. A simple vista le pareció que el chico también era marroquí. Incluso tenía el mismo color de ojos que ella. El leve, pero indudable parentesco motivó que el arma le pesara todavía más. Casi el doble. Apenas ya podía cargar con ella cuando se dio cuenta de que si sus padres hubieran fracasado en su intento de llegar a España, aquel chico podría ser ella misma.

Perseguidora y perseguido se contemplaron frente a frente un segundo. Tanto el uno como la otra sabían que aquello solo podía acabar de una forma: con un golpe de porra. Tan solo era cuestión de tiempo. No convenía dilatarlo en exceso.

Sin embargo, el tiempo pasaba y lo inevitable no terminaba de ocurrir. Ibrahim no tenía claro lo que estaba pasando. Tampoco podía pensar con claridad. Tenía serias dificultades para respirar. La carrera y aquel inesperado encuentro le habían dejado sin aire. Exhausto. Solo había necesitado cien metros de *sprint* para comprobar que no era tan resistente como El Guerrouj. No estaba hecho de la misma pasta que sus ídolos. De pronto, el hechizo se

deshizo y dejó de escuchar al estadio corear su nombre. Ya no era un atleta de medio fondo, sino un inmigrante más que estaba a punto de caer desplomado al suelo.

Tan abatido se encontraba que casi le imploró a Zaida con los ojos que lo hiciera cuanto antes, que no alargara su agonía y lo golpeara de inmediato.

Pero ella permanecía inmóvil. Petrificada. Un estado catatónico que solo abandonó para mover los labios y susurrarle en árabe:

—¡Corre!

Desconcertado, el chico dio un paso atrás para medir la veracidad de sus palabras. Al comprobar que Zaida se lo permitía, sacó fuerzas de flaqueza y corrió como alma que lleva el diablo hasta la siguiente verja, con el ánimo decidido de no volver a fallar.

—¿Para quién coño trabajas? —le recriminó uno de sus compañeros después de que el joven esquivara la última pelota de goma en la distancia y saltara a territorio nacional.

Zaida prefirió no contestar. Desde donde estaba podía ver cómo Ibrahim era recibido entre aplausos por los otros diez osados que habían logrado llegar hasta suelo español. Incluso lo manteaban. Ibrahim por fin era un atleta celebrando una medalla de oro para su país.

La joven lo miraba con una mezcla de ternura y temor. Si bien había aliviado su sentimiento de culpa, tenía claro que aquella mañana la vida había repartido suertes dispares para dos marroquíes; a uno le había regalado una oportunidad y a otra, un problema con sus superiores.

* * *

Bahía de Málaga, una del mediodía

Yusuf se colocó en la proa del ferri y divisó al fondo la ciudad de Málaga. Sin embargo, no fue el *skyline* del puerto lo que llamó su atención, sino las tremendas olas que provocaban en el mar la velocidad del barco. Un oleaje que

se desplazaba indómito hacia la playa y que la sabiduría popular había dado en llamar «la ola del Melillero», como se conocía al barco que realizaba la ruta marítima entre Melilla y Málaga.

El pequeño tsunami terminó por llegar a la costa y empapó a todos aquellos que estaban en la orilla y no tenían controlados los horarios del ferri para alejar sus pertenencias unos metros más adentro.

Completamente ajeno a la fiesta que se vivía en tierra, donde aquel fenómeno se fotografiaba más que cualquier exposición del Pompidou, Yusuf se mostraba intranquilo en la cubierta del barco. Algo le preocupaba y no dejaba de mirar el teléfono de prepago esperando alguna noticia que no terminaba de llegar.

Para combatir aquella creciente ansiedad, Yusuf aprovechó que acababan de dar la una para arrodillarse y rezar el *salat* del mediodía. La oración siempre le calmaba, y cuando no lo hacía, al menos le ayudaba a contemplar los problemas desde otra perspectiva menos dramática. Convencido de que, de una forma o de otra, su situación mejoraría, alzó los brazos al cielo y comenzó a salmodiar.

Verle de rodillas recitando que «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta» causó algo de revuelo entre el pasaje de origen católico, que desde los atentados de 2004 no veía con buenos ojos escuchar a un adulto orar en árabe en un transporte público, ya fuera un avión, un tren o el propio Melillero. El alboroto y la indignación fue aumentando hasta que un agente de la seguridad privada del ferri le pidió que dejara de hacerlo.

—Si no vas a respetar nuestras costumbres, te has equivocado de país —le recriminó el guardia solemnemente.

* * *

Puerto de Málaga, una y media del mediodía

La humedad caía sobre los trabajadores del puerto como

una lluvia de vapor cuando un carguero inglés llegó procedente de Algeciras al muelle 3. En apenas media hora, una grúa fue apilando los contenedores sobre la terminal de descarga.

—Se ha quedado el día para comerse un buen puchero, ¿eh, Manolo? —bromeó un agente de Aduanas de la Guardia Civil con el operario que estaba llevando a cabo el registro de los contenedores mientras le ofrecía un pitillo.

Se trataba de Pablo Sánchez, un tipo alto, moreno y guapo, de esos que se movían por la vida como si tuvieran una pulserita de todo incluido y entendían que el mundo les pertenecía por el simple hecho de tener una cara bonita. Tenía unas patillas anchas y el pelo engominado hacia atrás. Era guardia civil como podía ser torero. A todas luces había sido fabricado en un molde industrial de señoritos andaluces y dotado con un potente *software* de lugares comunes y viejas esencias sureñas. Daban igual los litros de Eternity de Calvin Klein que se echara después de la ducha, que siempre olía a una mezcla precisa de incienso, serrín de taberna, vino dulce añejo y jarana decente. Aunque tuviera aspecto humano, era el resultado de cientos de años de trabajo de laboratorio perfeccionando tópicos y clichés.

—Ni de fumar tengo ganas, con eso te lo digo todo. ¡Qué *pechá* de *caló*! —le respondió el operario rechazando el cigarrillo.

—Y mañana terral…

Manolo puso mala cara, dando a entender que hasta un cubo de plomo hirviendo rociado por la espalda le resultaba más soportable y fresco que un día de terral.

—Y digo yo… —retomó el agente la conversación—, con la *caló* que hace, ¿por qué no te vas a tu casa y me dejas a mí este follón?

A Manolo le gustaría decir que la propuesta le sorprendió, pero lo cierto es que no era así. Cada cierto tiempo y con determinadas descargas, el agente de Aduanas Pablo Sánchez se presentaba allí y le hacía un ofrecimiento parecido.

A cambio de no mirar, recibía una jugosa cantidad de

dinero días más tarde. En todos los puertos se hacían chanchullos del estilo, y si no era él, sería otro, así que se había convencido de que aquello no era tan grave. Una sola persona no iba a acabar con la droga, el contrabando de tabaco o la ropa falsificada cuando hasta las fuerzas de seguridad del Estado participaban de ello. Pragmático hasta la médula, Manolo pensaba que era mejor llevarse un buen pellizco de todo aquel tinglado y que fueran los políticos los que pusieran soluciones.

Con absoluta discreción, el operario le cedió la hoja de registro a Sánchez y se marchó de la terminal con la conciencia tranquila.

En cuanto lo vio alejarse, el guardia civil procedió a anotar el número de serie de todos los contenedores, el lugar de procedencia y la hora de llegada. De todos, menos uno. El *container* número 35904, procedente del puerto de Algeciras y que había llegado a bordo del barco Exeter, quedó misteriosamente sin constancia. Sin registro. De un plumazo, dejó de existir, como un bebé muerto sin bautizar o la estación de otoño en aquella ciudad con tendencia a vivir en un verano perpetuo.

Tan pronto como acabó el papeleo, Pablo Sánchez entró en su coche y tomó de la guantera un teléfono móvil de prepago. Sin llegar a entrar en el vehículo escribió: «Los patos han llegado y esperan a mamá pato».

Después de enviar el SMS al único número que tenía agendado, se acercó al muelle de atraque y lo arrojó al mar.

Y, después, suspiró tan administrativamente que parecía que para él aquello no era más que otra pesada tarea burocrática, otro día sin brillo en la oficina. Poca cosa para el Curro Romero de las Aduanas, que solo disfrutaba de lo suyo en tardes y plazas escogidas.

Sin embargo, no era una tarde cualquiera. Alguien más se encontraba allí convirtiendo su jornada laboral en algo excepcional. Alguien que no dejaba de hacerle fotografías con un teleobjetivo, escondida tras un contenedor.

* * *

Melilla, Comandancia de la Guardia Civil, dos de la tarde

Los pies de Zaida bailaban inquietos sobre el suelo de mármol. Llevaba un cuarto de hora esperando a que el capitán Moreno la recibiera después de su incidente en la valla y cada minuto que se retrasaba, el castigo que imaginaba era mayor.

Quería convencerse de que la sanción no podía pasar de una pequeña suspensión de empleo y sueldo, pero el miedo le dibujaba panoramas tan escalofriantes como la expulsión del cuerpo.

Los temores suelen ser irracionales, pero en el caso de Zaida tenían cierto fundamento. No era la primera vez que debía hablar con el capitán por un motivo similar. En realidad, en los últimos seis meses, había visitado aquel despacho hasta en cuatro ocasiones y en todas ellas la causa era siempre la misma: quedarse bloqueada en situaciones de alta tensión. La tibieza era un pecado que no se podía permitir ningún agente, pero más aún si estaba destinado en Melilla, donde la posibilidad de que se dieran escenarios de crispación era el pan nuestro de cada día.

Zaida se estaba mordiendo las uñas cuando el capitán Moreno salió por la puerta y le indicó con un gesto seco que entrara a su despacho. La ausencia de diálogo provocó que la agente se temiera lo peor. En su cabeza ya era posible hasta que la obligaran a desfilar desnuda por los pasillos de la Comandancia.

—¿Qué cojones vamos a hacer contigo?

El capitán Moreno ni siquiera esperó a que Zaida terminara de sentarse para manifestarle su descontento. Con parsimonia, como si buscara las palabras correctas, el oficial se sirvió un *whisky* con hielo.

El lento ritual acabó por crispar los nervios de la joven agente, que se lanzó a declararse culpable inmediatamente.

—Lo siento mucho, mi capitán. No volverá a pasar.

—Me gustaría creerte, pero me dijiste exactamente lo mismo las cuatro veces anteriores. Tus promesas duran menos que el hielo en esta ciudad —dijo el capitán

mostrándole que el calor había derretido ya el cubito por completo.

—¿Me va a expulsar del cuerpo, mi capitán? —preguntó asustada.

—No, te voy a hacer un regalo. Si tanto te gustan los moros, te voy a poner a trabajar para ellos. Desde esta tarde vas a patrullar en la Cañada de Hidum con el cabo Rivera. ¿Contenta?

—Mucho, mi capitán —contestó Zaida en un tono que estaba muy de lejos de transmitir alegría.

—¡Por tu nuevo trabajo! —Alzó el capitán el vaso de *whisky* con retintín y se lo bebió de un trago.

La agente forzó una sonrisa y se retiró del despacho del oficial, fingiendo que todavía estaba viva y no enterrada en un ataúd de madera. Sin lugar a dudas, cualquiera de los castigos que había imaginado antes de entrar se quedaron pequeños. Ni ella misma había sido capaz de dibujar un escenario peor que patrullar en la Cañada. Por extraño que pudiera parecer, tenía nostalgia de la vida que llevaba cinco minutos atrás, cuando lo peor que le podía pasar era que la expulsaran de la Guardia Civil.

* * *

Grand Sablon, Bruselas, cuatro y media de la tarde

A horcajadas sobre una pelota de pilates, Julie se esforzaba por fortalecer su suelo pélvico. Le ponía tanto entusiasmo y voluntad que la monitora se vio en la obligación de felicitarla y ponerla como ejemplo para el resto de la clase.

—¡Muy bien, Julie, muy bien! Así es como tenéis que hacerlo.

El resto de alumnas se giró hacia ella con curiosidad. Querían ser testigos de aquello tan especial que eran incapaces de reproducir.

Julie lo pasaba tan mal siendo el centro de atención como no siéndolo. Le gustaba destacar, pero siempre en su justa medida. En realidad, no era una contradicción. Ella

disfrutaba del halago, siempre y cuando fuera en privado y merecido, pero le incomodaba la admiración generalizada. O tal vez sí era una contradicción. Qué sabía ella. No era fácil ser Julie Vertoghen las veinticuatro horas del día. Sus fronteras morales eran tan enrevesadas como las escaleras de caracol de su piso. Casi se podría decir que envidiaba el sencillo pragmatismo de la clase obrera. Seguro que Lucrecia no tenía tantos conflictos como ella. Seguro que ella podía mostrar a los demás su teléfono móvil sin tener problemas de conciencia. Sí, sin lugar a dudas, había veces que desearía cambiarse por Lucrecia. No tener que convivir con la presión de ser perfecta. Relajarse. Aceptar lo que la vida le ofrecía. Ser menos exigente. Decididamente, Lucrecia no sabía la suerte que tenía.

Cuando terminó la clase de pilates, se acercó a una de las alumnas que tenía más cerca para felicitarla por sus ejercicios, aunque era manifiesto para todos los demás que lo había hecho fatal. Sin embargo, a ella le gustaba mostrar generosidad con los más desfavorecidos. Bajarse de su pedestal unos segundos y mezclarse con la prole era uno de sus placeres culpables. Aquel tipo de gestos le hacían sentir tan bien que, si pudiera, se desdoblaría para abrazarse y susurrarse al oído: «Lo estás haciendo muy bien».

Después de ducharse, salió del gimnasio y depositó la bolsa de deporte en el maletero del coche. Ya en el interior del vehículo, rebuscó en la guantera y sacó un nuevo teléfono móvil de prepago.

«Los patos han llegado y esperan a mamá pato», leyó para sí y en seguida una sonrisa brotó en su cara.

Todo estaba saliendo bien, así que consideró oportuno fumarse uno de sus mentolados. Solo se permitía ese capricho de higos a brevas, pero hoy se lo había ganado. En cuanto le dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo por la ventanilla, escribió una serie de números e indicaciones y procedió a enviar el SMS.

Estaba siendo un día redondo y se preguntó qué clase de música sería la adecuada para acompañar aquella alegría. Después de meditarlo unos segundos, concedió que solo

podía ser *Don't Stop 'Til You Get Enough*, de Michael Jackson.

El coche de Julie arrancó a ritmo de música disco. Tal vez todo aquello era excesivo, pero no siempre podía estar conteniéndose, especialmente cuando sus negocios parecían tener la misma fortaleza que su suelo pélvico.

* * *

Málaga, Palmeral de las Sorpresas, cinco de la tarde

El calor era asfixiante a aquella hora de la tarde. Tanto que solo los turistas y algunos bañistas de la Malagueta se atrevían a pasear por el Palmeral de las Sorpresas. El sol refulgía en el cielo y la luz centelleaba con tanta fuerza que se comía los colores hasta reducirlo todo al sepia. Ni siquiera el azul del mar podía conservar su color. Absolutamente todo en Málaga lucía en el mes de agosto como el negativo de una película fotográfica.

Entre los inconscientes que se animaban a pasear por el coqueto Muelle Uno a las cinco de la tarde se encontraba Yusuf. Más acostumbrado a los rigores del calor que ingleses y alemanes, caminaba entre restaurantes de dudoso gusto y tiendas de suvenires prácticamente sin sudar.

A pesar de mimetizarse con los turistas, el joven marroquí no se encontraba allí para disfrutar de los encantos de la ciudad, sino que trataba de matar el tiempo y pasar inadvertido a la espera de nuevas instrucciones, las cuales llegaron en el mismo momento en el que le estaba comprando a su mujer un imán con la cara de Pablo Picasso como recuerdo.

La vibración del teléfono le puso tan nervioso que prefirió devolver la cara imantada del pintor al estand y buscar un lugar algo más privado para leerlo. Lo encontró debajo del toldo de un restaurante donde se mezclaba y profanaba a partes iguales la comida india con la mexicana. El intenso olor a curry casi le provocó un mareo, pero gracias a la sombra que proyectaba el toldo de la exótica

Cantina India pudo leer con claridad el contenido del mensaje: «Muelle 3, contenedor número 35904».

Yusuf no necesitaba más información. Ni tampoco oler por más tiempo aquel curry apestoso. Ya sabía dónde tenía que ir. Si bien era cierto que aún quedaba lo más complicado, tener todos los datos de la operación le proporcionó algo de tranquilidad.

Concentrado en no cometer ningún fallo, el muchacho atravesó el palmeral a toda velocidad y se dirigió hasta el parking donde tenía estacionado el tráiler. No quería lanzar las campanas al vuelo, pero de momento, todo estaba saliendo según lo previsto.

Con idéntica atención a los detalles, Yusuf condujo el camión hasta el Muelle 3 y enganchó el contenedor número 35904 al tráiler sin apenas llamar la atención. No era más que otro transportista de los cientos que había allí. Tenía una capacidad sorprendente para parecer del montón y gran mérito de ello se lo debía a su cara genérica de «gente». Había sido agraciado con un rostro sin particularidades. Intercambiable. Tan pronto parecía un turista como un camionero. En aquellas facciones comunes cabían todas las profesiones y todos los caracteres, exactamente como un click de Playmobil.

Aquel don camaleónico le permitió cruzar las calles del muelle con relativa facilidad. Solo le restaba salir del puerto sin que la Guardia Civil le hiciera un registro aleatorio y podría respirar aliviado.

Yusuf aminoró la marcha y el vehículo pasó por el control de aduanas ante la atenta mirada del agente Pablo Sánchez, que reconoció el número de serie del contenedor de inmediato.

—Déjalo pasar, tiene cara de buena gente —le indicó el cabo socarronamente al otro guardia civil que le acompañaba, sin percatarse de que la misma persona que le había estado haciendo fotos en el muelle de carga, le estaba fotografiando de nuevo en la distancia, agazapada tras un coche.

Yusuf no tuvo ni que enseñar el carnet de conducir para

salir del puerto. Tal y como le habían prometido, aquello fue pan comido. Había superado con éxito la parte más delicada de la operación. Lo único que le faltaba para relajarse del todo era comprobar que el contenido estaba en orden.

Hacerlo dentro del área metropolitana no era buena idea. Debía buscar un lugar discreto a salvo de las miradas de los curiosos. Así que, en cuanto se alejó lo suficiente del centro de la ciudad, el chico detuvo el camión en un descampado próximo al Cortijo de Torres para revisar el cargamento.

Al abrir las puertas, le bastó con un breve vistazo al interior del contenedor para saber que se le avecinaba un grave problema. Un contratiempo de tal envergadura que se le hizo bola en la faringe y sintió que no podía respirar. El aire no le llegaba a los pulmones y las articulaciones se le agarrotaron. Aunque no lo sabía, estaba sufriendo un ataque de pánico.

Con la vista nublada y prácticamente descompuesto, cerró a toda prisa las puertas del depósito y cogió su teléfono móvil de prepago. Los dedos se le movían solos sin que los pudiera controlar, lo que ocasionaba que cometiera errores ortográficos constantemente. Con serias dificultades para teclear, necesitó varios intentos hasta que logró finalmente escribir un SMS inteligible: «Necesito ayuda. Algo ha pasado con los patos».

No tenía ni idea de a quién le había enviado aquel mensaje ni qué pasaría a partir de entonces. Pero estaba lejos de su casa y no tenía a nadie más que le pudiera ayudar. Muerto de miedo, Yusuf se apoyó en el tráiler y vomitó.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, seis de la tarde

La reunión con la cúpula de la Guardia Civil para la planificación del dispositivo de seguridad de la semana de

Feria fue todo un éxito. Incluso el comandante tuvo que darle la enhorabuena a Lucía Gutiérrez por la precisión del operativo.

Sin embargo, en su despacho, la teniente solo podía pensar que era la persona más desagradecida de la tierra. A pesar de que recibía constantes felicitaciones por su trabajo y contaba con el respeto de todos los agentes de la ciudad, no era feliz. Si fuera por ella, lo cambiaría todo por una botella de ginebra. O por una copa de vino. Sería capaz de cederle encantada el rango de teniente al primero que le ofreciera un culo de cerveza caliente. Incluso de una Cruzcampo. ¿Qué clase de persona era para venderse por tan poco? Se había marchado de la reunión de Alcohólicos Anónimos gritando que no era como ellos, y se daba cuenta de que tenía razón: ella era mucho peor. Al menos aquella banda de *cheerleaders* de la automotivación tenían las agallas suficientes para reconocer que tenían un problema. Lucía Gutiérrez, no. De puertas para dentro se permitía el lujo de derrumbarse. De puertas para fuera, la oficial de la Guardia Civil era incapaz de admitir una debilidad y siempre buscaba una excusa con la que justificar sus constantes borracheras.

Había probado a beber cerveza sin alcohol. Café. Té. Manzanilla. Camomila. Hasta en plena desesperación le dio una oportunidad a la *kombucha* y al primer buche supo que aquella orina anisada no estaba hecha para ella. Ninguna de esas seudometadonas saludables le ayudaban a olvidar que hacía dos años estuvo a punto de perder a su hija en Morón por ser tan obsesiva. Nada. Absolutamente nada que no fuera el alcohol le valía para amortiguar aquella terrible irresponsabilidad.

Al principio solo fueron los fines de semana. «¿Quién no bebe en sus días de descanso para relajar la mente y desconectar?». Aquella trampa mental le ayudó a ir tirando un par de meses. Pero pronto se dio cuenta de que la culpa que arrastraba era mayor. Gigantesca. Imposible de contener en aquella presa de sábados y domingos que se había construido. Aquello no era suficiente. Tenía que

anestesiar la mente más días, más horas, más minutos. Así que amplió la regla a los jueves y los viernes por la noche. Siempre y cuando bebiera con alguien más, lo que hacía se podría calificar de ocio y sociabilidad, y no de un problema de alcoholemia. Tanto empeño le ponía en encontrar un reparto aceptable que disfrazara sus cogorzas que empezó a ver a los demás como simple figuración más que como compañía.

Pasaban los meses y se iba quedando sin excusas, y sin extras que le dieran verosimilitud a su vodevil de mujer extrovertida. Pronto empezó a beber de lunes a domingo. Por la mañana y por la noche. Sola y en compañía. En copa y en vaso de tubo.

De bebedora social mutó a borracha triste. Su codo estaba cosido a la barra y por mucho que se esforzara no podía desatarlo. Se consumía entre alcoholes baratos y la música decadente de las tragaperras, que es la banda sonora de los melodramas de barrio.

Cuando todavía no había digerido la culpa, le sobrevino un ascenso tan inmerecido como irregular. De la noche a la mañana, por recomendación de Urbizu, pasó de sargento a teniente y dio cuatro saltos en la escala de suboficial. A cualquier otro aquello le habría supuesto un acicate, un flotador al que agarrarse para evitar ahogarse en su pequeño vaso de agua. Sin embargo, para ella fue todo lo contrario; un peso insoportable que la hundió por completo en la pequeñez de aquel mar doméstico.

Se sentía incómoda. Cuestionada por sus hombres. Y observada. Dejó de beber para olvidar o cicatrizar heridas y empezó a hacerlo para escapar y hacerse invisible.

Y la farsa se acabó.

Todo el pueblo se dio cuenta de que en los bares de Morón siempre estaban presentes dos elementos: un letrero de Cruzcampo con la silueta de Gambrinus y un taburete para Lucía Gutiérrez. Aquellas dos imágenes se convirtieron en la viva representación de las dos etapas vitales de la fiesta. Uno simbolizaba el momento de euforia inicial y la otra, la decadencia final. En cuanto Lucía fue consciente de

las bromas de los demás por el mal estado en el que acababan sus trucos de escapismo, eligió para consumir la privacidad de su casa, el considerado universalmente como último reducto de la normalidad. Si también bebías alcohol en casa diariamente, definitivamente tenías un problema. Y así se lo hizo saber Claudia, harta de tener que limpiar sus vómitos y empujarla hasta la cama todas las noches.

En aquel entonces, Lucía Gutiérrez se sintió acorralada. Ella sabía perfectamente que solo se trataba de una mala racha. No había que darle más vueltas. «Alcohólica» era una etiqueta que le quedaba extremadamente grande. «Alcohólicos» eran los otros. Los demás. Los que tenían problemas de verdad con su autoestima o no habían superado sus traumas de infancia. Lo suyo era otra cosa. Algo trivial. La rutina. El estancamiento. La sensación de que todos los días eran terriblemente iguales en Morón… Eso, eso era lo que estaba detrás de sus ganas de emborracharse y evadirse. ¿Querer sentirse viva era un problema? No hacía falta tomar medidas drásticas, bastaba con pedir un traslado y empezar una nueva vida en una ciudad más grande. Más dinámica. No era una adicta al alcohol, lo era a la emoción. Solo había una enfermedad que se ajustara a su estado actual: la crisis de la mediana edad y pensar que todo lo que podía ofrecerle la vida era aquel largo e inmenso vacío.

Mentía. Se mentía. Como todos los adictos hizo del engaño su mejor virtud. Incluso logró reequilibrar la balanza durante un tiempo en Málaga y volvió a aplicarse normas con las que disimular su necesidad de emborracharse y perder el control.

Los fines de semana. Las noches. Beber en compañía. La cerveza sin alcohol. El café. El té. La manzanilla. La puta *kombucha*. El bucle infinito. El autoengaño. Un largo y sofisticado camino de excusas que terminaba con otro exclusivo taburete reservado para Lucía Gutiérrez y su brazo cosido a la barra.

Hasta que llegó el día en que Claudia le dio un ultimátum y tuvo que prometerle asistir a esa estúpida

terapia de Alcohólicos Anónimos, que claramente no necesitaba.

Lucía se sirvió un vaso de agua en su despacho y deseó con todas sus fuerzas ser como Jesucristo para convertirla en vino. Atea militante, hasta incluso rezó en silencio. Pero no lo consiguió. Los milagros se le daban tan mal como mantenerse sobria.

Después de darle un sorbo a aquella cosa que solo sabía a fracaso, volvió a mirar el reloj y se dio cuenta de que solo había pasado un minuto desde que acabara la reunión y se sentara en su despacho. ¿Cómo iba a soportar los próximos sesenta segundos sin beber? ¿Y la siguiente hora? ¿Y todo el día?

Su teléfono móvil sonó y le alivió de culpa durante un instante. Al darse cuenta de que se trataba de Claudia, el pesimismo se apoderó de nuevo de ella.

—¿Qué tal estás? —preguntó Lucía, que era, en realidad, una manera de decir: «No me preguntes qué tal estoy yo».

—Bien, ¿te importa que salga esta noche con Marta y Laura? —le echó un capote su hija y eludió hacer referencia a su primer día de terapia. Ya habría tiempo para preguntarle.

—No, claro, pero no vuelvas muy tarde.

—Prometido.

Claudia colgó y Lucía Gutiérrez volvió a mirar la hora. Habían pasado dos minutos desde la última vez. Se sirvió otro vaso de agua y saboreó de nuevo la frustración mientras se preguntaba cómo iba a ser capaz de sobrevivir aquella eterna tarde de agosto.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, seis y media de la tarde

Rivera y Zaida permanecían en completo silencio cuando el coche patrulla cruzó el fortín de Reina Regente y se adentró en la Cañada. La joven marroquí miraba absorta por la

ventanilla aquellas calles olvidadas de la mano de Dios, de Alá y, sobre todo, del área de Urbanismo del Ayuntamiento de Melilla.

Más que el inicio de la periferia, aquel distrito representaba el fracaso de las instituciones públicas. La mayoría de los tramos por los que circulaban se encontraban sin asfaltar. Las señales de tráfico estaban arrancadas y gran parte de los semáforos estaban fuera de servicio. El barrio estaba tan desconectado de la vida como los dispositivos viales de la luz. Un abandono que se iba pronunciando a medida que dejaron a un lado las avenidas principales y se internaron por el corazón de la Cañada.

Los contenedores en esa parte del arrabal no podían abarcar la gran cantidad de basura y las bolsas se desparramaban por las aceras hasta alcanzar los portales de las casas, lo que, combinado con el calor de agosto, provocaba que ratas y cucarachas camparan por allí a sus anchas, a plena luz del día, como si se tratara de animales de compañía disfrutando de un tranquilo paseo.

—Aquí ya no se atreve a venir ni el de la basura —rompió el agente Rivera su silencio—. Vamos, ni el de la basura ni el del autobús ni los bomberos… Nadie. Tú y yo somos la primera patrulla en entrar aquí en año y medio.

Zaida prefirió reservarse su opinión. Todavía no tenía la suficiente confianza con el agente como para sincerarse con él y decirle lo que realmente pensaba.

—Los hijos de puta ya ni se molestan en bajar las bolsas, las tiran desde el balcón —continuó Rivera al comprobar la cautela de su compañera—. Y eso cuando las tiran. En los narcopisos llenan los huecos del ascensor de mierda para que, cuando hacemos redadas, tengamos que subir por las escaleras y les dé tiempo a tirarlo todo por el váter. Esta panda de cabrones tienen lo que se merecen.

Zaida se mordió la lengua. Algo le decía que era mejor no intervenir. Al menos en su primer día, le convenía ser prudente y que se la juzgara exclusivamente por su labor policial y no por sus orígenes. No quería ejercer de inmigrante profesional. Se negaba a mostrarse como un

ejemplo de superación y contar su historia y la de sus padres. Melilla tenía miles de ejemplos mejores. Ella decidió hacía mucho tiempo no ser previsible, no regalarle a los clasistas argumentos fáciles. Por muy ofensivo que fuera lo que escuchara, no iba a utilizar la pena para justificar lo que veía.

Pero, a pesar de sus esfuerzos, terminó por explotar.

—No creo que haya que generalizar. Aquí hay de todo, como en cualquier sitio —dijo Zaida, y en cuanto lo verbalizó, se odió profundamente por haber dado una respuesta tipo, por haberse expuesto y, sobre todo, por mostrarse sensible ante aquella realidad.

Le había puesto en bandeja a su compañero que la tratara con indulgencia por ser mujer y marroquí.

El agente Rivera sonrió con la condescendencia que se esperaba de él y, en lugar de contestar, frenó el coche y se quedó en silencio unos segundos. Al cabo, empezaron a caer sobre el techo del vehículo bolsas de basura, y un poco más tarde, a los desperdicios se sumaron piedras y adoquines arrojados desde los balcones. Ante el peligro de que algún canto acabara por reventar las lunas del coche patrulla, el agente de la Guardia Civil volvió a arrancar.

—¡Bienvenida a la Cañada de Hidum! Espero que te haya gustado el recibimiento —dijo Rivera sin dejar de sonreír.

—Gracias, pero me crie aquí —contestó Zaida devolviéndole la sonrisa al agente, que se quedó profundamente descolocado con su respuesta.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, siete de la tarde

El color claro del *pinot noir* tenía hipnotizada a Julie Vertoghen, que no sabía si darle un sorbo a la copa o seguir mirándola a contraluz un rato más. Tan concentrada estaba en el rojo rubí del vino que ni siquiera le importaba que su hijo estuviera jugando con la Nintendo DS a la hora de la

cena.

—Algo está vibrando en su habitación, señora —interrumpió Lucrecia su improvisada cata.

A Julie se le cambió la cara. Temía haber dejado conectado el Satisfyer y corrió apresurada hasta el dormitorio antes de que alguien pusiera al descubierto sus secretos más íntimos.

Para su tranquilidad, en cuanto llegó a la habitación se dio cuenta de que lo que vibraba era uno de sus teléfonos móviles y respiró aliviada. Aunque sobrepasaba los cuarenta años y se consideraba hija de su tiempo, no estaba preparada para hablar de las necesidades de su clítoris con Lucrecia. No pretendía sentirse superior a aquella mujer. Dios sabe que no. Pero qué sabría ella de los placeres del sexo si solo mantenía relaciones para concebir hijos.

Sin darle mucha importancia, abrió el cajón de la mesilla y tomó el móvil. De un vistazo, se encontró con más de cuarenta y cinco mensajes y se sobresaltó. Aquello no era lo normal. ¿Qué demonios había pasado? En su vida había recibido tantas notificaciones. Ni siquiera los dos meses que se puso Tinder y no dejaban de llegarle fotos de penes.

Y en seguida lo entendió.

No le hizo falta leerlos todos para comprender la gravedad de los hechos. El teléfono le pesaba en la mano como si cargara un yunque, que era al fin y al cabo el peso aproximado de la responsabilidad. La carga le resultó tan insoportable que tuvo que desprenderse un momento de él. Muy poco, en realidad. Justo hasta que dedujo que lo sucedido excedía por completo sus capacidades y necesitaba ayuda. No había otra alternativa. Estaba obligada a volver a coger el pesado teléfono móvil y hacer una llamada que nunca jamás hubiera querido hacer.

Apenas diez minutos después, Julie colgó y regresó al salón más tensa de lo normal.

—Apaga la puta maquinita mientras estamos cenando —ordenó a su hijo profundamente alterada, a lo que este obedeció inmediatamente.

Y, acto seguido, se bebió su copa de *pinot noir* de un solo trago, a borbotones, sin disfrutar del color y los matices. De una forma apurada, ansiosa, con la misma apatía que un ama de casa consumía una botella de lambrusco un día entre semana, con el único objetivo de reducir la ansiedad y olvidar por un momento que estaba atrapada en una vida que no deseaba. Verla actuar como una persona vulgar y corriente era completamente inaudito en ella. Por norma general, mantenía una escrupulosa separación de mil metros con todo lo que pareciera cotidiano. Lo cumplía tan a rajatabla que no parecía un acto voluntario sino una orden de alejamiento impuesta por un juez. Por eso les chocó al resto de los habitantes de la casa que empezara a comportarse como un personaje de Tennessee Williams que pierde la cabeza y la compostura una cálida tarde de verano.

—¡No te quedes mirando, tráeme la botella, joder! —le recriminó a Lucrecia mostrándole la copa vacía.

Aquella tarde a Julie Vertoghen se le cayó su careta de buenas intenciones y dejó entrever que, a poco que las cosas se pusieran cuesta arriba, tenía tan pocos escrúpulos y educación como el resto de sus adinerados vecinos.

Descolocada con la nueva versión despótica que había surgido de su jefa después de la cena, Lucrecia consideró que lo más sensato era marcharse a casa y dejar que la noche enfriara los malos humos de Julie.

—Si te vas ahora, no vuelvas mañana, ¿me oyes? —la amenazó después de escuchar la puerta de la entrada abrirse—. ¡Y devuélveme los pendientes que te regalé! —le echó en cara a Lucrecia antes de irse.

* * *

Málaga, Cortijo de Torres, ocho de la tarde

La cara de Yusuf estaba pálida como el papel. Desde que pidió ayuda, había vomitado hasta la primera papilla. Lamentablemente, aquella descomposición no era la peor

de las noticias. En las tres horas que habían transcurrido desde entonces, nadie había acudido a socorrerle, a pesar de haber facilitado la ubicación exacta de donde se encontraba hasta en tres ocasiones.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Cada vez que se planteaba esa pregunta, la única respuesta que le ofrecía su cuerpo era una nueva arcada. La vida se le había complicado de un plumazo y, aunque ya era demasiado tarde, se arrepentía de haber sido tan ambicioso y no conformarse con los cincuenta euros que le habían prometido por la mañana los hermanos Iberdrola.

Las arcadas pronto se transformaron en nuevos vómitos. A cuatro patas, Yusuf se vaciaba las tripas de litros de culpabilidad cerca del contenedor. Todavía se estaba recomponiendo cuando un camión de color negro estacionó en paralelo al tráiler.

Del vehículo bajaron dos varones que ocultaban sus rostros con pasamontañas, lo que hizo sospechar a Yusuf que se trataba de su anhelada ayuda.

La visita le proporcionó confianza e hizo un esfuerzo por incorporarse. Las apariencias eran importantes y no deseaba que le vieran de rodillas. En el momento en que se limpió los restos de hiel de la boca y se levantó, uno de los encapuchados, el más alto, se aproximó hasta él y le clavó una jeringuilla en el cuello que le tumbó en el suelo de inmediato.

Mientras uno arrastraba el cuerpo del malogrado Yusuf, el otro se quitó el pasamontañas y dejó ver su rostro. Hacía tanto calor que prefería revelar su identidad antes que sufrir un síncope. Se trataba del algecireño Hasan. Tenía la cara enrojecida y llena de gotas de sudor. Aunque se le veía agobiado, se notaba que no era su primera vez. Prueba de ello es que no necesitaba comunicarse con su compañero para saber qué era lo que tenía que hacer.

Después de examinar detenidamente la carga del camión de Yusuf, puso mala cara. Aquello era peor de lo que le habían dicho. Mucho peor. Debía darse prisa y sacarlo cuanto antes de allí.

La dilatada experiencia de Hasan en su empresa con vehículos de longitud superior a cinco metros le sirvió para enganchar en un santiamén el contenedor número 35904 al camión negro en el que se habían desplazado. Con un par de toquecitos en la chapa metálica de la puerta trasera, le hizo saber a su compañero que el trabajo estaba hecho.

Esperó de pie en el descampado hasta verlo marchar. Les convenía circular lo más distanciados posible el uno del otro y que ninguna cámara de tráfico pudiera establecer algún tipo de vínculo entre los dos camiones.

Desde la distancia, contempló pacientemente cómo el vehículo dejaba atrás el Cortijo de Torres y desaparecía en la autovía. Solo entonces, cuando lo perdió de vista, decidió que había llegado el momento de marcharse y se metió en la cabina del tráiler que había traído Yusuf. Le bastaron un par de minutos para ajustar los espejos y largarse.

Antes de que anocheciera, aquel descampado lleno de secretos se quedó completamente vacío.

—Nunca más. Esto no lo hago nunca más —se dijo para sí mientras consultaba el GPS.

* * *

Málaga, Supersol, ocho y cuarto de la tarde

Lucía Gutiérrez llevaba más de veinte minutos atrapada en el pasillo de los vinos. Miraba las botellas una a una con tanto detenimiento que, visto desde fuera, cualquiera hubiera pensado de ella que era una sumiller más que una teniente de la Guardia Civil con problemas de alcoholismo.

No había ido allí a comprar nada. Al menos no era su intención. Tan solo necesitaba descansar la vista y el olfato en aquellas viejas conocidas. Cada marca y denominación de origen la tenía asociada a un recuerdo. Malos, casi siempre, degradantes en su totalidad. Tal vez eso era lo que le resultaba más seductor. Aquellas botellas habían sido testigo de sus peores noches. Estaba desnuda ante aquellos tintos y blancos. Conocían todas y cada una de sus miserias.

Con ellas no tenía que fingir que era mejor de lo que era. Se podía mostrar imperfecta. Exhibir todas sus taras. Quizás, incluso, relajarse. Contemplar aquellos estantes rebosantes de alcohol era para ella lo que para alguien con sobrepeso dejar de meter barriga después de que le hicieran una fotografía.

Lucía se desplazó hasta el siguiente pasillo, el de los destilados, y cogió una botella de ginebra. Durante un instante la observó con melancolía, añorando todas y cada una de las sensaciones que le provocaba. También la de tristeza, a la que solo podía dar rienda suelta en sus tormentas etílicas, pero rara vez estando sobria. A la gente le incomodaba hablar de pena y dolor. Las heridas estaban prohibidas entre los no alcohólicos. Se conjuraban para sobreponerse a cualquier fractura en el menor tiempo posible. Eran superatletas de la superación. Fanáticos de la felicidad empeñados en construir un cordón sanitario que imposibilitara la filtración de cualquier sentimiento que no fuera la alegría. Para una ruptura tenían infinitas aplicaciones de citas. Para un problema de autoestima idearon los ansiolíticos. Para la muerte de un familiar, vender la casa del difunto y pasar página. Para un llanto incómodo, una frase hecha: «Estás más guapa cuando no lloras». Un cáncer no se padecía, se derrotaba. Aquella filosofía era agotadora. Vivía rodeada de personas para las que lo verdaderamente importante era la cicatriz y no el desgarro. Cauterizar. Curar. Dejar de sangrar. Aquella era la santísima trinidad del siglo XXI. Nadie quería sufrir y mostrarse vulnerable. A los enfermos como ella no se les permitía compadecerse. Estaban obligados a ser felices y parecer optimistas desde el primer minuto que se les daba un diagnóstico. Ella misma lo había experimentado en primera persona con la depresión de Luis. Era un mecanismo de defensa al que recurrían todas las familias cuando uno de sus miembros caía. Algo así como darwinismo social; proteger a los que luchan y desplazar a los que se rinden. De alguna forma, pensaba, son nuestros propios seres queridos los que nos obligan a ser fuertes para

que les resulte más fácil tratar con nosotros. Claudia le pedía ahora lo mismo que ella le había pedido años atrás a su marido. Sabía que beber no era la forma más ortodoxa para escapar de aquella secta de hedonistas, pero fue la única que se le ocurrió para profundizar en sus hondos agujeros negros.

Lucía miraba la ginebra con una nostalgia infinita hasta que una voz conocida la arrancó de su ensimismamiento:

—Si vas a echarlo todo a perder, mejor que sea con una botella de Bombay Sapphire. Hacerlo con una de Larios es un poco cutre hasta para nosotros, ¿no te parece? —Juan, el exalcohólico que había moderado su terapia por la mañana en la playa y que había terminado allí por pura casualidad, la miraba expectante.

—¿Me estás animando a beber? No te veo mucho futuro en Alcohólicos Anónimos, pero podrías ganarte bien la vida repartiendo *flyers* de chupitos gratis en Puerto Marina.

Juan sonrió. No lanzó una carcajada. Reaccionó con naturalidad y aquello le gustó a Lucía Gutiérrez. De hecho, había más cosas que le agradaban de aquel hombre. Por ejemplo, sus manos. Eran grandes sin ser extravagantes. Transmitían seguridad. Se podría construir una casa allí. Un refugio cerca de un lago en el que descansar y olvidarse por unas horas de que su vida estaba a punto de desmoronarse.

De repente, se descubrió sonriendo ante él como una veinteañera y se agarró a esa agradable sensación de gustar a los demás. Ese pequeño paraíso mental que tenía abandonado desde hacía años y que aquellas manos nervudas le dejaron atisbar por un momento. Se merecía unas vacaciones y estaba dispuesta a aprovechar aquel billete que le habían regalado por sorpresa.

—Me gustaría volverte a ver en terapia —le acarició el oído Juan con su voz áspera, propia del que ha mezclado cigarrillos, ginebra y noches de empalme durante años. Un timbre de persona vencida y con pocas expectativas sobre el futuro que parecía que habían decantado especialmente para ella.

—¿Es una cita? Tú, yo… y otros diez alcohólicos frente

al mar. Suena romántico —ironizó Lucía Gutiérrez, que ante sus amigos los destilados no tenía que ocultar que estaba flirteando con las más deshonestas intenciones.

—Es mejor que eso —sonrió.

Siempre sonreía.

Su sonrisa y sus manos. La madera y la chimenea de aquel refugio que le abría la puerta y la invitaba a tumbarse desnuda sobre la alfombra.

—No puedo prometerte que tu vida vaya a mejorar, pero sí que la próxima vez que termines en un supermercado mirando una botella de ginebra como si fuese la única respuesta, me puedas llamar a mí o a cualquiera de los diez desgraciados que has conocido esta mañana para desahogarte —dijo quitándole la botella de Larios de las manos y volviéndola a colocar en la balda.

Al hacerlo, rozó su piel y a Lucía se le erizaron todos los vellos del brazo, devolviendo a la vida aquel Chernóbil fantasmagórico que era su libido. Necesitaba entrar en esa casa. Traspasar esa puerta. Aislarse entre caricias fortuitas que terminaran de restablecer la red eléctrica del deseo en todas las naves abandonadas de su cuerpo. Quería sentir las enormes manos de Juan recorriendo su pecho y su sexo. Necesitaba refugiarse en esa casa.

—Vale, me has dejado sin ginebra, ahora, ¿cómo propones desahogarnos? —le preguntó la teniente con intención.

—Con la única droga legal que conozco: Netflix. —Volvió a sonreír sin calcular el poder de sus dientes—. Es más barata y engancha más.

Lucía Gutiérrez estaba meditando la propuesta cuando su teléfono sonó y se vio obligada a interrumpir la maravillosa escapada mental en la que se encontraba.

Tan solo estuvo al aparato un minuto con el cabo Romero, pero en el momento en el que colgó, se maldijo por su mala suerte y por no tener unos horarios comerciales como tenía todo el mundo.

—Lo siento, tengo trabajo… ¿Cuándo caduca la oferta?

—Si me prometes que volverás a terapia, sigue vigente

toda la noche —dijo Juan, que empezaba a dudar si estaba ayudando a otra persona o dejándose llevar.

—Vale, si no termino tarde, te llamo. ¿Me das tu teléfono? —pidió la teniente, para la que tener el contacto de Juan era casi tan urgente como acudir al atestado por el que le habían llamado.

—Llámame cuando sea. Puedes confiar en mí —dijo Juan, después de que se intercambiaran los números.

—Me fío de ti; los niños y los borrachos siempre decimos la verdad —se despidió Lucía.

Quién iba a pensar que en el pasillo hubiera algo que le calmaría más que la ginebra.

* * *

Melilla, Centro de menores La Purísima, ocho y media de la tarde

Aunque había sido una mañana llena de emociones y pequeñas victorias, la tarde se le complicó a Ibrahim en cuanto detectaron que era un menor de edad sin ningún adulto que le acompañase y le desplazaron hasta el Centro Educativo Residencial de Menores «La Purísima». Un nombre que contenía varias mentiras; ni era educativo ni mucho menos puro. Se trataba de un complejo que acumulaba decenas de denuncias de todo tipo, desde malos tratos a casos de pederastia, y que dejaba a las claras sus deficiencias en la misma puerta de entrada, donde una gran tubería vertía aguas fecales las veinticuatro horas del día. La bienvenida a aquel lugar era bastante simbólica; desde el momento en que entrabas te acompañaba un fuerte olor a ponzoña.

—Desnúdate —le gritó un trabajador en español.

El chico no entendió lo que le pedía y se puso histérico. Desde que le trasladaron allí, hacía cosa de dos horas, le habían tratado como si fuera un delincuente. Además de recibirle con golpes, le hicieron fotos de frente y de perfil, y todo el mundo le hablaba a gritos para suplir las diferencias

de idiomas.

Cuando el empleado se acercó hasta él para quitarle la camiseta, Ibrahim se puso a la defensiva, lo cual provocó un pequeño forcejeó entre ambos que finalizó con una bofetada.

—¡Estate quieto, coño! —le ordenó el trabajador—. ¡Es un control rutinario por si escondes drogas, no te pongas nervioso!

Aunque pudiera parecer lo contrario, aquel pobre hombre estaba tratando de hacer lo mejor que sabía su trabajo. Pero no era sencillo. El centro estaba completamente desbordado, con casi setecientos menores, trescientos más de los que deberían acoger. Algo que se notaba en la falta de camas y en las raciones de comida, las cuales tenían que limitar hasta porciones ridículas. Los trabajadores, en su mayoría poco cualificados, se tenían que multiplicar para poder responder a la alta demanda. Con aquel panorama, la paciencia de los empleados estaba tan excedida como el edificio.

Después de que Ibrahim se volviera a colocar la ropa, el empleado, más tranquilo, le explicó que el centro estaba distribuido en cinco módulos. De todos ellos, a él le iban a alojar en el uno, con todos los menores que habían llegado esa misma semana a Melilla. De aquella larga explicación en español, Ibra solo logró descifrar que tenía que buscar el número 1.

—Mañana o pasado, hablará contigo una psicóloga para evaluarte. Pero no te lo puedo prometer, hacemos lo que podemos —concluyó el empleado las inútiles explicaciones, y después le regaló una manzana pocha para disculparse por la bofetada.

Ibrahim recorrió un largo pasillo mordisqueando la fruta hasta que llegó a un patio que servía de distribuidor. Desde allí se podían ver los cinco pabellones numerados y solo tuvo que desplazarse hasta el que estaba rotulado con un gigantesco «1».

En el interior de la nave, todo era más caótico. Y sucio. Y desordenado. Parecía una copia de una copia de lo que

había imaginado que debía ser el progreso. Para colmo, como no había camas suficientes, una trabajadora distribuía esterillas entre los recién llegados para que se acomodaran como pudieran en el suelo, lo cual no era nada sencillo. Los niños estaban apretujados debajo de las camas, curvando sus cuerpos como figuras del tetris para tratar de encajar en el poco espacio disponible.

—Bienvenido a la Purísima —le dijo la mujer mientras le hacía entrega de la estera.

Confuso, el chico obedeció y se colocó con pudor en el suelo cuando otro de los menores, de apenas doce años, le interrumpió.

—Mañana vas a querer volver a Marruecos —le dijo en su idioma.

Ibrahim echó un vistazo a la estancia y comprendió lo que quería decir. Además del evidente hacinamiento y el mal estado de las instalaciones, nadie allí tenía buen aspecto. Los chicos olían mal, estaban consumidos y parecían idos. Era evidente que no se lavaban ni cambiaban de ropa. Aun así, el muchacho se acomodó pensando que mañana vería las cosas de otra manera. Al fin y al cabo, lo importante era que había logrado llegar hasta allí. Lo que pasara a partir de entonces dependía de él. O al menos eso era lo que decían los adultos de Europa.

—Con esto aguantarás más días. —El pequeño de doce años le entregó una bolsa de pegamento—. Huele.

Ibrahim no sabía qué hacer con aquello. Su madre le había hablado de la cultura del esfuerzo, de que querer es poder, que solo a los vagos les iba mal. Nadie le había dicho nada de oler pegamento para resistir más días en lo que se suponía que era un paraíso. Solo se drogaban los perdedores. Y él era un ganador. Lo había demostrado por la mañana en la valla. ¿Por qué entonces le ofrecían una bolsa de pegamento? No sabía si aquello estaba bien o mal, él solo quería encajar cuanto antes y empezar a vivir la opulenta vida occidental. Así que, por las dudas, Ibra inhaló profundamente la cola industrial y se colocó de inmediato. La sensación fue más bien rara. No podía explicarla con

palabras, pero intuía que todo iba a cambiar para siempre y no de la forma en que esperaba.

* * *

Málaga, alrededores de la calle Larios, diez de la noche

Un cordón de la Guardia Civil mantenía a los curiosos alejados mientras un par de agentes inspeccionaban el interior de un camión. De la cabina del piloto, salió uno de ellos con un Corán precintado en la mano y se lo entregó a Lucía Gutiérrez.

—Algo debió asustarle y escapó antes de provocar una masacre —señaló el cabo Romero.

—¿Estás seguro? —preguntó Lucía, que a aquellas horas lo que menos necesitaba era decretar una alerta yihadista.

—Usted dirá, mi teniente. Tenemos un Corán y un camión estacionado cerca de la calle peatonal más importante de la ciudad. Blanco y en botella…

—¿Habéis dado con el titular del vehículo? —consultó la oficial al resto de agentes mientras le echaba una ojeada al Corán.

Si bien era cierto que atentados de esa clase ocurrían ya en ciudades de todo tipo, a Lucía le costaba encajar a Málaga como un objetivo de los islamistas. En los últimos tiempos se había convertido en un destino estrella para los europeos, pero todavía estaba muy lejos de ser como Barcelona, Madrid, Londres o Berlín. Era una ciudad que crecía y crecía, pero no tenía el eco internacional de aquellas otras capitales.

—Pertenece a Covey S. A., una empresa de alquiler de camiones bastante conocida en la provincia. Nos hemos puesto en contacto con ellos y nos dicen que había sido alquilado por Yusuf Hakimi. Hemos consultado en nuestras bases de datos y estamos ante un pieza de cuidado.

—Sorpréndeme —le pidió Lucía Gutiérrez al agente, que ya tenía claro que acabaría la jornada informando a un juez de lo sucedido y no viendo una serie de Netflix en

compañía de Juan y sus prometedoras manos.

—Se trata de un joven marroquí de veinticuatro años, residente en la Cañada de Hidum, Melilla, y que tiene antecedentes por delitos menores de tráfico de estupefacientes. Pero lo que de verdad nos hace sospechar es que fue detenido hace tres años por colaborar con miembros del Estado Islámico en el robo de material explosivo.

—¡Joder, de puta madre! —se lamentó la teniente, que no pudo esperar más tiempo para encenderse un pitillo y darle credibilidad a la trama yihadista.

En el mismo momento en el que Lucía prendió el cigarrillo, el aire cambió súbitamente. El levante dejó de soplar y con él desapareció la humedad. El alivio fue tan inmediato como temporal. Al igual que un cambio de decorado con el que da comienzo el segundo acto, en el momento en el que se volviera a elevar el telón, la teniente sabía lo que ocurriría; la estaría esperando el terral.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, diez y media de la noche

—¡Salud! —dijo el agente Rivera, después de brindar con Zaida con un botellín de cerveza—. Espero no haberte ofendido, pero entiende que no es sencillo currar aquí —se excusó con ella por tercera vez en la última media hora.

—No te preocupes, estoy acostumbrada —se limitó a decir Zaida después de darle un largo trago a la cerveza.

Hacía una humedad espantosa, era un tema espinoso y no quería empezar con mal pie con su nuevo compañero, así que optó por mostrarse tímida en lugar de ponerse seria y decirle lo que de verdad pasaba en ese barrio: «Cuando los que mandan se olvidan de la gente, la gente se olvida de sus normas». Un aforismo envenenado imposible de comprender si no habías nacido allí, y que a alguien como a Rivera le podía provocar una embolia. Sin lugar a dudas, era mejor fingir que hablar.

El teléfono de su compañero interrumpió la incómoda conversación y le facilitó las cosas para no tener que hablar más del tema. En lugar de ausentarse, el agente prefirió permanecer en su asiento. El eco de una voz airada se filtraba a través del altavoz del móvil. Aunque le resultaba imposible entender nada de lo que decía, observó que a medida que los balbuceos se prolongaban, la cara de Rivera cambiaba por completo.

—Tenemos trabajo. Un operativo conjunto con la Guardia Civil de Málaga. —Se levantó como un resorte.

—¿Qué pasa? —preguntó descolocada Zaida, que, antes de hacer lo propio, aprovechó para terminar el botellín de un solo trago.

—Lo que siempre pasa aquí.

La sentencia le sonó igual de rancia que el resto de su discurso. Por más cervezas que le ofreciera para disculparse, la opinión que tenía de su nuevo compañero no iba a cambiar. De alguna forma, los dos convivían con prejuicios.

Los agentes subieron al coche patrulla y en cuestión de minutos se plantaron en el domicilio de Yusuf Hakimi, justo el tiempo que necesitó Rivera para explicarle a Zaida que se trataba de un posible terrorista.

En cuanto pusieron un pie en el suelo y sus uniformes quedaron expuestos a los ojos de los vecinos, las piedras empezaron a llover desde los balcones más cercanos. Protegiéndose con un palé que encontraron en la basura, lograron entrar al portal y se encontraron con el ascensor bloqueado.

—No me jodas que no funciona —se quejó Zaida, que tenía pocas ganas de tener que subir siete plantas con aquella humedad.

—Te lo dije, los atrancan a conciencia para retrasarnos.

A pesar de sus reticencias, la pareja de guardias civiles se vio obligada a subir por las escaleras y ambos llegaron igual de fatigados que Yusuf lo había hecho aquella mañana. Sin tiempo para recuperar la respiración, el agente llamó a la puerta. Lo hizo sin miramientos, aporreando

exageradamente la madera.

—Guardia Civil, tenemos una orden de registro.

No pasó mucho tiempo hasta que Fátima, en bata y con su bebé en brazos, abrió sin saber muy bien qué estaba pasando.

—¿Zaida? —se sorprendió la joven al descubrir a su amiga al otro lado.

—¿Os conocéis? —preguntó extrañado Rivera.

—Fuimos vecinas durante muchos años —contestó Zaida.

—¡Joder, eres una caja de sorpresas!

—¿Qué está pasando, Zaida? —le preguntó Fátima en árabe.

—Tranquila, no pasa nada contigo, estamos buscando a Yusuf Hakimi.

—Es mi marido. Yo también le estoy buscando, tendría que haber vuelto esta tarde.

—¡En cristiano, por favor! —se quejó Rivera.

—Dice que ella también le está buscando.

—Déjese de historias, señora. ¿Dónde está Yusuf? —preguntó Rivera dando un fuerte golpe a la puerta.

—No lo sé, te juro que no lo sé, Zaida —rompió a llorar Fátima—. Tienes que creerme. Hace horas que le estoy llamando y no contesta.

* * *

Málaga, playa de la Malagueta, once y media de la noche

Lucía Gutiérrez salió del coche y bajó hasta la playa. Estaba siendo una noche larga y tenía pinta de no acabar nunca. Para colmo, el viento de poniente soplaba, precediendo los primeros síntomas del terral. El calor húmedo y pegajoso se transformó en algo seco y contundente. No había rastro del sol y, sin embargo, la ciudad ardía de idéntica manera. Sin lugar a dudas, había elegido la peor de las semanas para dejar de beber.

Un agente de la Guardia Civil salió corriendo hasta su

encuentro en cuanto la vio sofocada adentrándose en la arena de la playa.

—Parece que se ha levantado el terral, mi teniente. Esta noche no va a haber quien duerma —eligió como saludo el cabo Romero.

—Las malas noticias de una en una —frenó de golpe Lucía las ganas del suboficial de hablar del tiempo—. ¿Qué habéis encontrado? ¿Qué es tan importante como para sacarme del juzgado?

Aunque, en realidad, lo que quería decir era: «¿Qué es tan importante como para que no me esté empotrando ahora mismo a otro alcohólico igual de acabado que yo?».

—Un cadáver flotando en el mar.

—Con todos los respetos, Romero, me conoces lo suficiente como para no traerme hasta aquí a las doce de la noche por eso. Más te vale que el fiambre sea al menos el alcalde.

—No, pero creo que también le va a resultar interesante. Se trata de un varón, de unos veinte años, probablemente de origen magrebí. El cuerpo estaba hinchado y decapitado, por lo que hay que ser prudentes a la espera de la autopsia. Según el forense, le cortaron la cabeza cuando ya estaba muerto, hará cosa de dos horas.

—¿Es Yusuf Hakimi? —Torció el gesto la teniente.

—Eso parece.

—¿Cómo que eso parece? ¿Es o no es?

—Según la Policía Nacional, es. La cabeza apareció en aquel espigón. —Señaló el suboficial el muro de rocas que tenían a su derecha—. Al parecer tenía grabada en la frente la palabra «infiel». No nos quieren dar más detalles, según dice la inspectora Ruiz, al hallarse en tierra, el caso les pertenece.

—¡Y una mierda! —contestó fuera de sí Lucía Gutiérrez —. ¿Dónde está esa hija de la gran puta?

—En la Comisaría Provincial, ha huido como una rata en cuanto he pronunciado su nombre.

—Pues vamos para allá. Esta noche va a arder Málaga y no por el terral.

A la teniente le sentaba tan bien una gresca como dos copazos. La inspectora Ruiz pensaba que se iba a enfrentar a un simple conflicto de competencias, pero no tenía ni idea de que además tendría que plantarle cara a un síndrome de abstinencia y a un calentón frustrado.

Los ojos de Lucía se iluminaron ante la perspectiva de descargar adrenalina. Caminaba por la arena en dirección al paseo marítimo como si acabara de volver a nacer, completamente cargada de energía.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, doce menos diez de la noche

Lucrecia se había marchado a eso de las ocho de la tarde y Julie estaba a punto de irse a dormir cuando alguien llamó a su puerta de manera violenta. Desde la mirilla comprobó que se trataba de un chico de color con pinta de drogadicto. Vestía con un chándal Adidas un tanto descuidado y parecía estar un poco ido. En la mano izquierda ocultaba un teléfono móvil, y entonces entendió que no era un desconocido.

—¿Qué quieres? —le preguntó Julie después de abrir la puerta.

—Darte esto —contestó con evidentes síntomas de estar bajo los efectos de las drogas mientras le hacía entrega del móvil.

—¿Y qué hago con los otros?

—No sé, hazte un selfi si quieres. No es mi puto problema.

La broma no le gustó nada a Julie. Estaba harta de tratar con chulos como el que estaba allí, así que empezó a cerrar la puerta de mala gana.

—Una cosa más —dijo el chico, interponiendo el pie en la puerta—. Ten cuidadito, la próxima podría ser la tuya.

De la parte de arriba del chándal sacó un sobre empapado en sangre y se lo entregó.

—Vamos, ábrelo, no seas tímida —insistió al verla

descompuesta.

Sobresaltada, Julie desprendió lentamente la solapa. En cuanto levantó el borde, vislumbró uno de los pendientes de *Dior* que le había regalado a Lucrecia prendido a un trozo de carne sanguinolenta. No necesitó ver el contenido en su totalidad para saber que lo que le había entregado era la oreja de su asistenta.

—¡Hijo de puta! —gritó después de tirar al suelo el lóbulo de la chica de servicio.

—Si tienes alguna queja, se lo dices al rey de los patos —sentenció el mensajero apartando el pie de la puerta—. ¡Que sueñes con los angelitos!

Mientras bajaba por las escaleras con ese aire entre aturdido y drogado, Julie se dio cuenta de su nueva situación; había sido degradada en la organización y eso ponía tanto su vida como la de su hijo en riesgo. El día se había torcido y no había suficiente *pinot noir* en toda la Borgoña francesa para encauzarlo.

* * *

Algeciras, doce menos cinco de la noche

De madrugada, el polígono industrial Cortijo Real de Algeciras tenía la misma mala pinta que a plena luz del día. Era uno de los pocos encantos de aquella ciudad; la honestidad. No había ninguna hora ni ningún lugar que te cautivara más que otro, era monótonamente anodina. Invariablemente plomiza. Y tal vez era así por simple equilibrio. Algeciras, no solo era una ciudad portuaria, sino también la puerta que separaba África de Europa, por lo que muchas de las cosas que ocurrían en aquellas calles y polígonos insustanciales eran, por decirlo de un modo suave, un tanto turbias. Si además hubiera sido bonita, no habría parecido una ciudad real, sino un decorado salido de la cabeza de un guionista.

Prueba de aquella personalidad opaca era que, de madrugada, la luz de gran parte de las naves industriales

del polígono Cortijo Real estaban encendidas como si estuvieran trabajando. En una de ellas, en el número 45 de la calle Concordia, Hasan estacionaba el camión que remolcaba el contenedor número 35904 con las indicaciones de una chica con aspecto bastante desaliñado. Se trataba de la misma yonqui que por la mañana le había entregado el teléfono. A aquellas horas de la noche, ya tenía la suficiente confianza con ella para saber que se llamaba Susi y que la droga había truncado su prometedora carrera como auxiliar de vuelo en Iberia.

—Dale, dale, que vas bien —intentaba ayudarle Susi gesticulando aparatosamente sus brazos en compañía de Charlie, algo parecido a su pareja, uno de esos breves amores eternos que unen la heroína y las casas ocupas.

Después de maniobrar pesadamente en un espacio reducido, Hasan logró aparcar y bajó del vehículo preocupado.

—¿Y ahora qué? —preguntó en cuanto se cruzó con aquella suerte de Amy Winehouse y Pete Doherty, de los que tenía la sensación de que iban perdiendo kilos y vida cada segundo que pasaba.

—Ahora relájate, que ya nos ocupamos nosotros.

—Esto es lo último que hago. A partir de mañana voy por libre —dijo Hasan a modo de despedida y se dio la vuelta para desenganchar el tráiler del camión y salir cuanto antes de aquella nave que tanto mal rollo le daba.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Te pasas por Recursos Humanos y te tramitamos la baja? —dijo con guasa Susi, provocándole una risa aparatosa a su compañero de fatigas —. ¿A ti qué te pasa, Mustafá? ¿De verdad te has creído que aquí somos libres? Esto es igual que tu país; unos pocos mandan y otros obedecen. Y tú eres de los que obedecen, como nosotros. Y así va a ser toda tu puta vida.

Hasan dudó, pero se mantuvo firme. Se había acabado. Ahora sí. No volvería a hacer nada como aquello. Jamás.

—Esto es lo último que hago para vosotros —sentenció en el mismo momento en que terminó de desenganchar el contenedor y tanto él como su camión quedaron libres.

El joven se dio la vuelta para caminar hasta la cabina y los perdió de vista. No llevaba dado ni cuatro pasos, cuando Charlie sacó un martillo del pantalón y le golpeó la cabeza con fuerza por detrás.

Hasan cayó al suelo de inmediato y de la brecha brotó sangre.

—Si ya no trabajas para nosotros, ya no trabajas para nadie más —sentenció Susana después de escupirle en la cara.

Segundo día de terral

-Jueves 2 de agosto de 2018-

«Yo no le temo a la muerte porque morir es natural,
le temo más a las cuentas que a Dios le tendré que dar».

Algeciras, Cortijo Real, cuatro de la madrugada

—¡Súbelo! —le pidió Charlie a Susi.

Y ella, entregada, accedió a los caprichos de su amado. Siempre lo hacía. Puede que no fuera la persona más lista que había conocido. Ni siquiera era guapo o divertido. A decir verdad, su lista de virtudes era tan escasa como su masa muscular. Pero tenía algo con lo que compensar: era leal. No cuestionaba ninguna de sus decisiones. Las acataba como si fueran suyas. Le daba igual las consecuencias que acarrearan. Hasta había empezado a consumir heroína por no dejarla sola. Quería hacerle compañía hasta en el abismo, sin importarle las náuseas, los vómitos y la sequedad en la boca. Quería compartirlo absolutamente todo con ella, incluso la mala salud. Si ella se tiraba por un puente, él iba detrás. Sin dudas. Sin miedo. Sin mirar atrás. Era un soldado y tenerlo contento era lo menos que podía hacer por él.

Frenética, Susana subió a la cabina del camión del difunto Hasan y elevó el volumen de la radio. Jesús de la Rosa recitaba: «Yo quise subir al cielo para ver y bajar hasta el infierno para comprender», dando inicio a una de sus canciones más celebradas: *Abre la puerta, niña*. Después de las drogas, la música rock era lo que más le excitaba. Aun así, antes de bajar del tráiler y volver a la compañía de su

leal marine, se metió una píldora de anfetamina en la boca y la sostuvo entre los labios.

Charlie balanceaba su cuerpo desmadejado al ritmo de los acordes de Triana. Aunque trataba de bailar, su frenético vaivén se asemejaba más a un ataque de epilepsia. Hasta él se acercó Susi, agitando su cintura con toda la sensualidad que le permitían los excesos de la heroína.

La tierra rotaba a una velocidad diferente sobre los pies de aquellos dos bailarines desincronizados cuando ella se acercó a su boca para pasarle el Ritalin con un beso.

—¡Hay que hacerlo ya! —le susurró Susi en cuanto vio que este se había tragado la anfeta.

Y Charlie hizo lo que se esperaba de él: obedeció.

Junto al cadáver de Hasan había una sierra en mal estado, que tomó sin titubear y la aproximó al cuello del joven marroquí. A pesar de que Triana sonaba a todo volumen, en sus oídos solo retumbaba la voz alterada de Susi.

—¡Vamos, vamos!

* * *

Bruselas, Grand Sablon, cuatro y media de la madrugada

¿Qué se suponía que debía hacer con aquella oreja? ¿Enterrarla como si fuera un cuerpo? ¿Meterla en hielo por si se la podían reimplantar a Lucrecia? ¿O tirarla a la basura? ¿Qué era lo más correcto?

Desde que le hicieran entrega de aquel trozo de carne, Julie había sido incapaz de irse a dormir pensando en qué debía hacer más allá de tomarlo como un serio aviso. Para colmo de males, se había bebido todo el vino que quedaba en casa y fumado todo el paquete de mentolados que tenía reservado como premio para los momentos felices. Hasta ella se daba cuenta de su fragilidad. Tan solo necesitó un mal día para recuperar de golpe sus malos hábitos.

Mañana debía recuperar el control. Hacer una hora más de pilates, alimentarse solo de batidos *detox* y buscar una

nueva empleada de hogar. No iba a resultarle fácil encontrar a alguien como Lucrecia. Lamentaba lo sucedido casi tanto como tener que volver a meter a una desconocida en su casa. Enseñarle rutinas, horarios, el tipo de suavizante que le gustaba para la ropa de cama… Definitivamente, no iba a ser fácil reemplazarla. De hecho, hasta tramitar su baja iba a ser difícil. ¿Cómo iba a presentarse en su casa y explicarle el verdadero motivo por el que la habían agredido?

Julie no quería explorar ese camino, el que la llevaría a sentirse responsable por lo ocurrido. Este tipo de cosas sucedían sin ninguna lógica. No había que obsesionarse en busca de explicaciones. Una mariposa batía las alas en Japón y provocaba que en Bruselas un toxicómano le cortara la oreja a su asistenta. No había más. Fin de la historia. El único responsable era el azar. El caos. Así de simple. Pero ¿lo entendería ella? No quería generalizar, por supuesto que no, pero todos los latinos que conocía eran más amigos de Dios que de la Ciencia. Se sentían más cómodos en los terrenos de la superchería que en los de la lógica. Julie no la juzgaba por ello, al contrario, le generaba una ternura superlativa y unas ganas tremendas de abrazarla. Así de grande era su corazón. Pero, claro, ¿cómo hablarle de la teoría del caos a alguien que todo lo quiere arreglar encendiendo una vela a la Virgen de Guadalupe? Lucrecia no necesitaba una explicación, necesitaba un culpable, y Julie no estaba dispuesta a ser su chivo expiatorio.

¿Se merecía al menos un ramo de flores? ¿Algo que no admitiera explícitamente su delito, pero que pudiera ser entendido como una disculpa?

El sentimiento de culpabilidad empezó a rondar de nuevo su precioso piso decimonónico. Olisqueaba su puerta como un perro con sarna. Arañaba el parqué. La señalaba con el dedo. Incómoda con la sensación, antes de que encontrara un hueco por donde colarse, se dio cuenta de que tenía que pasar página cuanto antes.

Julie se levantó de la silla y, después de quitarle el

pendiente de Dior a la oreja de su asistenta, se deshizo de ella en el cubo de residuos orgánicos. El medio ambiente no tenía que pagar por sus malas decisiones.

Decidida a volver a tomar las riendas de su vida, cogió la fregona y se dispuso a limpiar los restos de sangre del salón, cuando el teléfono que le habían traído vibró y en la pantalla apareció un icono de nuevo mensaje: «Rue du Marché au Charbon 112, ahora. Deshazte del móvil».

Aquel SMS no le dio buena espina. Ni las formas ni la hora en que lo habían enviado invitaban a soñar con una reconciliación con sus jefes. Sin vino y sin tabaco, Julie acudió a su botiquín de emergencia y rescató de allí un Lexatin. No era bueno que la vieran nerviosa y aquella píldora milagrosa le aportaba la dosis justa de tranquilidad sin perder del todo la concentración. Aviones, reuniones del AMPA, migrañas, rupturas… 1,5 miligramos de Lexatin y la ansiedad desaparecía momentáneamente. No exageraba si afirmaba que su relación sentimental más duradera y satisfactoria hasta la fecha la había mantenido con el bromazepam.

En cuanto sintió los primeros síntomas de alivio, Julie salió de casa y puso rumbo al canal Charleroi. A aquella horas, no había nadie en Bruselas, ni siquiera los que recogían las basuras, y mucho menos en los alrededores del canal, que estaba completamente desierto. Sin testigos, le resultó todavía más fácil lanzar el teléfono al agua desde uno de los puentes.

Desde allí, paró un taxi y pidió que la llevaran a la Rue du Marché au Charbon. No le sorprendió excesivamente que la dirección que le habían facilitado correspondiera a un local de karaoke chino. Había estado en antros de ese tipo en otras ocasiones en las que tuvo que hablar de negocios y resultaban sitios más íntimos de lo que cabría esperar.

Después de pagar, Julie entró en el establecimiento y en cuanto la vieron entrar, una chica de origen asiático le pidió que le acompañara. Se trataba de un local oscuro, pero aseado. Las cabinas eran privadas y lo único que podía

ver era un largo y estrecho pasillo iluminado por luces led en el suelo. De una de las salas salió un tipo corpulento de unos cincuenta años completamente desnudo sujetándose el brazo izquierdo y gritando algo en lo que parecía cantonés. Sus palabras se entremezclaban con la música *k-pop* que provenía de su cubículo y era imposible entender nada de lo que decía. Con cada grito, su cuerpo flácido se agitaba voluptuosamente. Fueran cuales fueran sus demandas, nadie las tomó en consideración en el local y el pobre hombre volvió a encerrarse en la habitación esperando tener más suerte la próxima vez.

El largo pasillo llegó a su fin y su acompañante le abrió la puerta de la última cabina del karaoke. La sala estaba completamente vacía. Sobre un sofá de color mostaza había un portátil y la chica se lo señaló haciéndole entender que aquel aparato era para ella. Cuando Julie lo comprendió, entró y cerró la puerta.

No tenía ni idea de qué se iba a encontrar tras la pantalla del ordenador, así que para quitarse el miedo cuanto antes giró el monitor. Ante ella apareció un hombre con una máscara de Donald Trump. Estaba conectado a una especie de Skype desde un lugar que le era imposible de reconocer.

—¡Nos has fallado! —dijo en francés para hacerse entender, aunque era evidente que no era su idioma materno.

Julie sondeó la posibilidad de disculparse, pero consideró que ante gente como aquella era mejor no mostrarse vulnerable. Así que encajó el golpe lo mejor que pudo y esperó a que el presidente de los Estados Unidos siguiera hablando y dictara sentencia.

—Uno no puede ser quien no es. Si trabajas con ratas, tienes que vivir con las ratas. Desde tu torre de oro no puedes ver cómo es la gente. Ni la gente te puede ver a ti. Y cuando no te ven, te pierden el miedo.

A pesar de que llevaba años manteniendo conversaciones de ese tipo con desconocidos de toda índole, no tenía ni idea de quiénes eran sus jefes, aunque estaba

claro que ellos sí la conocían a ella a la perfección. El retrato que le había hecho era completamente certero. Ni siquiera las treinta y cinco sesiones de su psicólogo en los últimos dos años se habían aproximado tanto a la raíz de sus problemas. Y aquello le provocaba pánico. Sin lugar a dudas, que la pusieran frente al espejo de improviso fue un golpe más duro que un castigo físico.

—Si todavía te queda algo de orgullo, te esperan hoy en Sevilla para borrar tu cagada. ¿Tienen agallas las pijas de Grand Sablon o se lo tengo que pedir a otra persona?

—Cuenta conmigo —respondió escuetamente Julie, claramente avergonzada.

—Me alegro, porque no se lo quería pedir a nadie más.

La belga estaba a punto de cerrar el ordenador y marcharse de aquella dura terapia de choque, cuando el enmascarado se dirigió a ella una vez más:

—Por cierto, el otro día estuve en el entrenamiento de Éric. Juega muy bien, un poco chupón, pero tiene clase. Sería una pena que se lesionase de la rodilla. Ojalá nunca le pase eso y pueda llegar a ser profesional.

No dijo nada más. La conexión se interrumpió y donde antes estaba Donald Trump ahora solo había una pantalla en negro. Julie cerró el portátil y salió de la cabina de karaoke preocupada; si fallaba una vez más, pondría en peligro a su hijo.

En cuanto cerró la puerta del cubículo, encontró tumbado en el pasillo al chino con sobrepeso. Respiraba con dificultad y apenas se podía mover. Parecía una ballena varada esperando que la devolvieran al mar. Y fue en ese preciso momento cuando se dio cuenta de que se quejaba porque le estaba dando un infarto. Durante un momento valoró la posibilidad de pedir una ambulancia. Pero la descartó. Donald Trump, o quién estuviera detrás de aquella máscara, tenía razón; no podía seguir fingiendo que era quien no era. Ese gordo no era su problema, o al menos no el más importante.

* * *

Málaga, Comisaría Provincial, cinco de la madrugada

El agua en el cuello alivió un poco a Lucía Gutiérrez. Se había pasado más de dos horas discutiendo con la inspectora Ruiz y su cuerpo echaba humo. Tenía la piel sonrosada y las orejas completamente rojas.

Aunque hubiera ganado el combate, no estaba contenta con lo que había ocurrido en la Comisaría Provincial, donde sospechaba que a partir de entonces incluirían una fotografía suya en los carteles de los más buscados por la Policía Nacional. Había insultado, gesticulado y amenazado de una forma excesiva. Incluso para lo que eran sus estándares. En aquellos ciento veinte minutos que duró la discusión hasta llegó a fumar dentro de un despacho donde le habían pedido por activa y por pasiva que no lo hiciera.

Y lo más grave de todo era que lo había hecho de una manera desapasionada. Por hobby. Realmente le importaba poco quién se quedara con la instrucción del caso, lo que de verdad necesitaba era adrenalina y una pelea era lo más a mano que tenía para sentirse sacudida sin necesidad de tener que tomarse tres *gin-tonics*.

Aunque solo había logrado estar cinco minutos en Alcohólicos Anónimos, sabía que lo más difícil de gestionar en un proceso de rehabilitación era la rabia. Dejar de lado un hábito y sustituirlo por abrazos y eslóganes baratos era una recompensa escasa. De ahí que recurriera a la disputa como terapia alternativa. Gracias a ella podía volcar en alguien toda la ira, el rencor y el mal humor que había acumulado en los pocos días que llevaba sin probar el alcohol.

Más sofocada, Lucía cerró el grifo del lavabo y salió al pasillo de la comisaría.

—Me defrauda que haya entrado al baño, pensaba que se iba a seguir meando en todos nosotros —dijo la inspectora Ruiz en cuanto la vio salir del aseo.

—Si tiene alguna queja, envíemela a mi dirección de correo: «que te den por el culo arroba gmail punto com». Estaré encantada de atenderla personalmente —respondió

la teniente secándose las manos en el pantalón y dando por finalizada la discusión.

Por mucho que sonriera al decirlo, no se sentía bien consigo misma. Ni siquiera se iba a retirar de allí flotando dos palmos por encima del suelo como le gustaba hacer cuando creía llevar razón. Por no poder, no podía ni mirarla por encima del hombro, lo que a sus ojos lo convertía en una clara derrota. Era cierto que había logrado arrebatarle el caso, pero una parte de ella envidiaba a la inspectora. Estaba donde estaba por méritos propios, cosa que ella no podía afirmar.

Si lo pensaba fríamente, su único merecimiento para plantarse allí de madrugada a reclamar una instrucción en calidad de teniente fue ser casi una víctima años atrás. Rozar de lejos un funeral. Acariciar una tragedia. Solo eso. Ella, que vivía instalada en el sanctasanctórum del reproche y daba lecciones morales sin cesar a todos los demás, tenía que convivir ahora con ser una enchufada. Una mentira. La peor de las criaturas posibles en su escala de valores: una impostora.

Ser una borracha le había llevado a contemplar con perspectiva y distancia el resto de sus problemas. Incluso se había convencido de que trepar no era tan grave. No se merecía aquel ascenso como tampoco se merecía tener una talla 44, colesterol alto y riesgo de cardiopatías. Había cosas en la vida que no se elegían, simplemente se padecían. Pero todo aquel manual de supervivencia se venía abajo cuando tenía enfrente a alguien que sí se había esforzado por alcanzar sus metas. En esos casos, se sentía en desventaja. O avergonzada. O un poco de las dos cosas. Y cuando eso ocurría, atacaba. No lo podía remediar. Era un acto reflejo. Una forma de enmascarar aquella deshonra, de poner un escudo de por medio, aunque nadie la amenazase.

Lucía Gutiérrez siempre fue una mujer de retos difíciles, y aquel caluroso verano decidió no solo tener que lidiar con un síndrome de abstinencia, sino también con un doloroso síndrome del impostor.

La inspectora Ruiz no le contestó, simplemente se limitó

a aguantarle la mirada y la sonrisa de suficiencia. No podía leer sus pensamientos, pero los imaginaba. La observaba como ella antes había contemplado a los que les ponían el camino así de fácil. Con condescendencia. Ni siquiera tuvo que pronunciar una sola palabra para destruirla, para convertir a aquella cíclope impasible en alguien muy pequeña. Casi diminuta. En una niña que esconde bajo las mangas de un jersey que se come las uñas y los padrastros por las noches de puro miedo. La gran inquisidora estaba recibiendo de su propia medicina y no podía soportarlo.

Estaba a punto de zarandearla cuando el cabo Romero se dio cuenta de la situación y la sacó de allí de la forma más decorosa que se le ocurrió antes de que las dos mujeres pudieran llegar a las manos.

—Nos espera el forense, mi teniente.

La oficial tragó saliva primero y después su propio orgullo, que sabía igual de mal que la *kombucha*. Sin despedirse de ella, siguió a Romero y los agentes se marcharon como si allí no hubiera ocurrido nada y no hubieran estado muy cerca de dinamitar para siempre las relaciones con la Policía Nacional.

—¿Te importa si comemos algo antes? Tengo el estómago vacío y me pongo de mal humor si no como —preguntó la oficial cuando se quedaron a solas.

A Romero las orejas se le enfilaron como a un dóberman. Si todo lo que había visto aquella madrugada era producto de una Lucía Gutiérrez serena, no quería conocer la versión de aquella mujer con hambre y malhumorada. Lo más rápido que pudo, la acompañó hasta la máquina de *vending* que había en la recepción.

Lucía estudió las opciones con detenimiento hasta que finalmente divisó algo que se le antojó. Una especie de Phoskitos de marca blanca con más calorías que ingredientes.

—¡Dos euros con sesenta un bollo! ¿Cómo es posible que nos roben dentro de una comisaría? —se quejó dando un golpe a la máquina.

Fastidiada, la teniente contó sus monedas y se dio

cuenta de que no tenía dinero suelto suficiente. Temiendo una nueva escena, Romero se apresuró a sacar toda la calderilla que llevaba y se la ofreció.

—¿Necesita suelto?

Lucía se quedó en blanco. En realidad, lo que necesitaba era una copa. O un polvo con Juan. O volver dos años atrás y seguir siendo una honrada sargento y no una estafa. Pero nada de aquello se lo podía ofrecer la máquina de *vending*.

—Lo que quiero es comida de verdad. Conozco un tailandés cerca de aquí que está abierto veinticuatro horas —resolvió de forma diplomática sus insatisfacciones.

La oficial echó a andar mientras Romero se quedó confuso unos segundos. Comer de madrugada era de las cosas que menos le podían apetecer en aquel momento. Eso por no hablar de que dudaba mucho que la barriada de Los Corazones pudiera albergar un tailandés medio decente en sus calles. Cualquier cosa no rebozada o venida de más allá de Carranque le quedaba bastante grande a aquel barrio. Pero qué podía hacer sino obedecer y rezar para que los tallarines, el pad thai o el glutamato relajaran a aquel trueno camuflado de guardia civil.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, cinco y media de la madrugada

Al amanecer, hasta la Cañada de Hidum parecía un lugar tranquilo. La penumbra y el silencio le daban un toque de normalidad y hacían pensar que, como en cualquier otro sitio, allí a la gente solo le preocupaba despertarse a la hora para llegar a tiempo al trabajo. Ya habría ocasión más tarde, cuando saliera el sol, de descubrir que, en realidad, casi todos estaban en el paro y no tenían que madrugar.

Con ese *look* ceniciento, que disimulaba con una pizca de encanto el riesgo de exclusión social, los agentes Rivera y Zaida salieron del portal en compañía de Fátima, que acababa de recibir la fatal noticia de la muerte de su marido.

Envuelta en la bruma del alba y del hiyab negro que le cubría la cabeza, la atmósfera gótica de la aurora le daba a aquella mujer un toque de viuda espectral, como si en lugar de cruzar la calle de un barrio humilde, estuviera atravesando la laguna Estigia.

La joven apenas había tenido tiempo de reaccionar y llamar a su hermana para que se quedara con el bebé. Todo estaba sucediendo de una forma precipitada. No recordaba ni haber tenido tiempo para llorar. Accedía a todas las peticiones de los guardias civiles como una autómata. Preparaba una muda si ellos se lo recomendaban. Subía al coche si ellos se lo pedían. No ofrecía resistencia alguna. Le parecía formar parte de un mal sueño. De esos en los que te quedas mudo y ni siquiera puedes gritar. Todo era tan surrealista que no podía ser cierto. Estaba segura de que en algún momento despertaría y descubriría que aquel repentino viaje a Málaga de madrugada para reconocer el cadáver de Yusuf era fruto de su imaginación.

Zaida trataba de facilitarle las cosas en la medida de lo posible. La arropaba, pero sin llegar a agobiarla. Por experiencia propia, sabía que tenía que darle espacio para que terminara aceptando lo que había ocurrido. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, las malas noticias estaban hechas del mismo material que los petos vaqueros o los pantalones de campana: encajaban como un guante en la vida de los demás, nunca en la de uno mismo.

—No deberías intimar tanto con ella —le sugirió Rivera después de que Fátima cerrara la puerta del automóvil.

—Se acaba de enterar de que a su marido le han cortado la cabeza —dijo en voz baja para que solo lo escuchara él —. Mira a ver si te han robado el corazón, ya sabes que en este barrio no te puedes fiar de nadie.

—Su marido estaba a punto de llevarse por delante a gente inocente con un camión y hasta que no demuestre lo contrario, ella puede ser cómplice. Los *buenistas* sois tan peligrosos como ellos —zanjó su compañero el debate y entró en el vehículo.

Si había una expresión que Zaida detestaba, era

«buenista». ¿Qué era lo contrario de ser «buenista»? ¿Ser cínico? ¿No sentir ningún tipo de vergüenza en admitir que disfrutabas con las desgracias ajenas? ¿Se sentía Rivera —y todos aquellos a los que se les llenaba la boca con aquel calificativo— más cómodo siendo catalogado de miserable? El cuerpo le pedía desnudar a aquel farsante, pero lo último que necesitaba Fátima era tener que escucharles discutir sobre moral y principios. Así que entró en el coche, se colocó el cinturón de seguridad y fingió algo de cordialidad.

—¿Quieres un chicle? —le preguntó a la reciente viuda, como si de alguna forma aquel sencillo Trident sin azúcar pudiera sustituir durante unos segundos la desaparición de un ser querido.

* * *

Algeciras, seis menos cuarto de la madrugada

Todavía no había amanecido sobre la playa de Getares cuando aparecieron las primeras nubes en el cielo. La mañana se escoraba hacia el nublado. En Algeciras siempre lo hacía. Daba igual la época del año, aquel cielo era invariablemente gris y cargado de nubes, como si la proximidad con Gibraltar les hubiera obligado a adoptar el clima británico.

Susi y Charlie aparcaron en la playa y tomaron prestada una de las barcas de los pescadores que estaban varadas en la orilla junto a un montón de aparejos y tornos de lastre. La embarcación, que llevaba por nombre Virgen de la Soledad, estaba algo deteriorada, especialmente la madera que cubría la cubierta. Un daño menor que no impedía que pudieran echarla a la mar, pero lo suficientemente peligroso como para que sus dueños la hubieran dejado allí hasta repararla.

Si sus cálculos eran correctos, los marineros no regresarían a tierra hasta las ocho o nueve de la mañana, por lo que tenían un margen de entre dos y tres horas hasta que la playa se llenara de curiosos queriendo comprar

salmonetes frescos recién pescados.

Con esfuerzo, arrastraron la barca hasta que el agua les llegó a las rodillas y en cuanto se cercioraron de que no había nadie más en la orilla, sacaron el cadáver de Hasan del maletero y se echaron a la mar.

Afortunadamente soplaba poniente y las olas eran bastante pequeñas para que los escuálidos brazos de Charlie pudieran mover los remos de la embarcación. En poco tiempo se alejaron lo suficiente de la costa como para deshacerse del cuerpo sin llamar la atención y que las mareas lo desplazaran a su antojo.

Charlie subió los remos al bote y con la ayuda de Susi, cargaron a Hasan por última vez antes de lanzarlo por la borda. En el momento en que vieron hundirse el bulto, tomaron la sierra y una bolsa del Dia, donde reposaba el cráneo del difunto, y también las arrojaron al mar.

—¿No te gustaría vivir así? —preguntó Susi, hechizada con la explosión de naturaleza que tenía ante sus ojos y que las primeras luces del amanecer dejaban entrever.

A pesar de la gran cantidad de fábricas que lo atravesaban, el litoral del Campo de Gibraltar era profundamente verde y montañoso, y contrastaba con el azul del Mediterráneo. Aquella fusión de colores era nueva para ella, o al menos era la primera vez que la veía sin necesidad de consumir ácidos. De repente sintió nostalgia de otra vida. Una más saludable, al aire libre, sin ser esclava de nada ni de nadie. Una sencilla visión en la que era capaz de sentir sus brazos arañados por el romero de las montañas y no por pinchazos en las venas.

—Estoy cansada de todo esto —compartió Susi su hartazgo sin dejar de mirar el horizonte.

—¿Encima te vas a quejar? ¡Pero si estoy remando yo! —respondió Charlie, menos profundo que su compañera sentimental.

Susi le observó con una ternura infinita y le besó cálidamente en la frente.

—Cuando termine esto, nos podríamos ir a vivir al campo… —sugirió ella.

—Yo voy donde tú me digas —contestó Charlie de manera inmediata.

Sin titubear. No era el hombre más listo, pero era leal.

* * *

Málaga, Instituto Anatómico Forense, seis de la mañana

Como era de esperar, los tallarines con salsa de ostras que habían comido ella y Romero de madrugada les sentaron como un tiro, así que mientras el cabo se encontraba en una misión especial buscando una farmacia de guardia a las seis de la mañana donde comprar Almax Forte, la teniente acompañó al doctor Montes al interior de la morgue.

El forense abrió la cámara frigorífica y el cuerpo decapitado de Yusuf apareció ante Lucía Gutiérrez. La cabeza del joven, aunque separada del tronco, estaba a la altura del cuello, en un intento de darle a la víctima algo de dignidad.

La visión le produjo a la teniente una sensación extraña, algo a medio camino entre el escalofrío y el ardor de estómago. Veinticuatro horas sin dormir le habían atontado el instinto y ni siquiera era capaz de distinguir las reacciones de su cuerpo.

—No se lo va a creer, pero se está mejor aquí que en la calle. Debe ser el único lugar de Málaga donde hoy va a hacer frío —ironizó Lucía para romper el hielo y aparentar que no le impresionaba en exceso la presencia del cadáver.

—Treinta grados y todavía no ha salido el sol… A ver cuánto dura este terral, pero no descarto venirme aquí a dormir por las noches —le siguió la corriente el doctor, que se percató en seguida de que la frivolidad de la conversación ayudaba a la teniente a acostumbrarse a aquella tétrica estampa.

Superada la primera impresión, Lucía Gutiérrez dictaminó que se trataba de acidez y no de pánico, por lo que se dedicó a contemplar los restos de Yusuf de arriba abajo. Además de la inscripción en árabe en la frente, le

llamó la atención que el tórax del muchacho no estaba excesivamente hinchado, pese haber sido hallado flotando en el mar. Aunque era estúpido dejarse llevar por las apariencias, a simple vista tenía más pinta de un simple buscavidas que de un terrorista. Pero quién podía asegurar en aquellos tiempos cómo era físicamente un fanático.

—Primero le narcotizaron y después le asfixiaron —comentó el forense señalando el cadáver—. Casi con toda seguridad le asaltaron en la calle y posteriormente le llevaron a un lugar más seguro, donde lo ahogaron con un lazo, como demuestra la aguda congestión del rostro de la víctima y las abundantes hemorragias petequiales. El surco de estrangulamiento le provocó todos estos hematomas en el borde inferior del cuello. La dirección del mismo es descendente, lo que nos indica que el agresor estaba situado sobre la víctima, hallándose esta en el suelo, en decúbito dorsal o ventral.

—O sea, que cuando le cortaron la cabeza ya estaba muerto —comentó extrañada Lucía, que por lo poco que había seguido las decapitaciones yihadistas en los informativos, tenía constancia de que se hacían en vida y eran grabadas para ser emitidas posteriormente.

—Exacto. La decapitación fue *post mortem*. Presenta más de treinta incisiones entre el trapecio y la garganta provocadas por un arma blanca, lo que en mi opinión señala que era la primera vez que el agresor hacía algo así y necesitó muchos intentos para separar la cabeza del cuello.

Aquella interpretación le sirvió a Lucía Gutiérrez para concluir que si estaba ante una célula terrorista, la formaban jóvenes con poca o ninguna experiencia. Eso facilitaba las cosas. La ausencia de veteranía venía aparejada normalmente de errores y despistes, por lo que no sería muy difícil dar con ellos si todavía seguían en la provincia.

—La inscripción en la frente también fue *post mortem*, realizada con un objeto punzante, un cúter o algo por el estilo. Los trazos no son rectos, lo que sugiere que el agresor estaba nervioso o no tenía mucho tiempo para

llevarla a cabo —finalizó la disertación el forense.

—Dando por hecho que estamos ante un *amateur*, ¿ha podido aislar alguna huella o restos de ADN del agresor? —preguntó la oficial, que se sentía algo perdida con la envergadura de la operación y necesitaba que alguien le echara una mano.

—Podríamos tener restos de ADN. Hemos hallado abundante cabello que no coincide con el de la víctima. Es posible que su agresor sufra de alopecia y esté perdiendo pelo. En veinticuatro horas tendremos una muestra para que la podáis chequear con vuestras bases de datos.

A Lucía se le iluminaron los ojos. Aquello era una gran noticia, un hilo del que poder tirar y algo que poder ofrecerle a la jueza Andrade para justificar lo que había ocurrido en la Comisaría Provincial. Le hubiera gustado transmitirle su alegría al forense, pero ella era más dada a comunicar desprecio y palabras malsonantes. Y no siempre en ese orden.

—¡Pues vamos a por ese calvo hijo de puta! —exclamó la teniente en el mismo momento en el que Romero entró en la morgue con dos cajas de Almax.

* * *

Bruselas, seis y media de la mañana

Desde que salió del karaoke, Julie no pudo dejar de darle vueltas a las palabras de su jefe, más aún cuando metió las llaves de casa en la cerradura y abrió la puerta. Ante ella apareció la lujosa burbuja que la había alejado de la realidad y se sintió profundamente culpable. Mirase donde mirase, había un mueble caro, un cuadro extravagante o un aparato tecnológico de lujo. Objetos que creía poseer y que, en realidad, la habían poseído a ella hasta reducirla a una vulgar burguesa. Artificios vacíos con los que iba cambiando sus raíces y su pasado por cosas más tangibles. Un sofá Chesterfield de cuero marrón valorado en diez mil euros para olvidar que antes de Éric había tenido dos

abortos. Una lámina original de los hermanos Chapman para silenciar los remordimientos por haber movido cocaína en Bélgica primero, y en el resto de Europa después. Un secreter de estilo victoriano hecho de madera de haya con el que enmascarar que no había nacido en Gran Sablon, sino en Cureghem, la zona más conflictiva de Anderlecht, un barrio destrozado por las drogas que ella más tarde se encargaría de perpetuar. Y así hasta decorar tres plantas y toda una vida llena de miserias personales. Tanto se esforzó por disimular que no era una delincuente que terminó por creerlo de verdad.

Los muebles que habían ayudado a construir su nueva personalidad ahora le sacaban los colores. Le escupían a la cara que no había nada más deshonesto en esta vida que renegar de los orígenes. Nunca hubiera dicho que Donald Trump pudiera decir algo que le removiera tanto por dentro, pero tenía toda la razón: olvidarse de donde uno viene era poco más o menos que olvidar quién eras.

Pero no todo estaba perdido. Todavía podía redimirse. Solo tenía que viajar a España, enmendar sus errores y recuperar el respeto de los demás. A la vuelta, puede incluso que vendiera todos esos muebles ostentosos y se mudara a un barrio más humilde. Tal vez a Molenbeek.

Empezar de cero, rodearse de gente sencilla y recordar los verdaderos motivos por los que había que luchar. El presidente más ridículo de la historia de los Estados Unidos le había devuelto la esperanza y un mantra: *«Make Julie Vertoghen great again»*.

Con la convicción de que pronto escaparía de su jaula de oro y volvería a ser una persona con los pies en el suelo, Julie comenzó a hacer la maleta. No había metido ni tan siquiera la ropa interior cuando escuchó un ruido.

Era más bien un crujido, como si alguien hubiera pisado la costosa tarima de madera. Parecía provenir de la entrada. En un principio pensó que se trataría de Éric, así que no le dio mucha importancia y siguió concentrada en los preparativos del viaje. ¿Qué tipo de pantalones eran los más idóneos para una redención? ¿Vaqueros o pitillos?

¿Qué echó en la maleta Ulises para volver a Ítaca?

Sin embargo, los crujidos se multiplicaron y Julie entendió que se trataba de pisadas. Con sutileza, dejó un par de medias sobre la cama y abandonó el dormitorio en busca de su hijo.

—Éric, ¿qué haces despierto tan pronto? —preguntó en cuanto puso el primer pie sobre la escalera.

Para su asombro, lo que avistó al otro lado de los peldaños no era su hijo, sino Lucrecia, que llevaba un aparatoso vendaje a la altura de la oreja y subía los escalones para encontrarse con ella.

—Lo siento. De verdad que lo siento —dijo a trompicones Julie, que no esperaba tener que encontrarse con su asistenta tan pronto.

Pero los sobresaltos no acabaron allí. Detrás de Lucrecia, emergió otra figura. Un hombre de su misma edad empuñando un cuchillo. No era muy alto, pero la violencia que reflejaban sus ojos le hacía parecer de mayor estatura.

—Ojo por ojo —dijo el desconocido en castellano y echó a correr en su dirección.

Julie entendió de inmediato que se trataba de su marido y que habían ido hasta allí a vengarse. Definitivamente, no le quedaba nada de instinto. En ninguno de los escenarios que dibujó aquella madrugada, se había planteado que Lucrecia le guardara un rencor de ese tipo por lo sucedido. ¿Cómo era posible que ni siquiera hubiera cambiado la cerradura de la puerta? ¿Cómo podía estar pensando en pantalones pitillos y no prever nada de aquello? ¿Cómo podía ser tan gilipollas?

Ahora no tenía tiempo de reacción, le iban a cortar una oreja y lo cierto era que lo merecía; por esnob, por bien pensada y por narcisista. Apurada, pensó de qué forma podía evitar lo que parecía inevitable y rebuscó en su disco duro. Allí, solo encontró una respuesta: haz lo que sea con tal de sobrevivir.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Julie impidió que el marido de Lucrecia subiera el último peldaño, abalanzándose sobre él. Como

consecuencia del brutal empujón, los dos rodaron por las escaleras hasta caer desplomados en el rellano. Sin darle un solo respiro, la duquesa de Grand Sablon le metió los dedos en los ojos hasta que sus uñas hicieron tope con algo sólido. Entonces los removió furibunda mientras el desconocido gritaba y soltaba el cuchillo.

Al darse cuenta de que el arma había caído al suelo, Julie se revolvió para hacerse con ella y, en un visto y no visto, le clavó la navaja en la pierna, a la altura de la femoral.

La sangre brotó de la arteria de manera aparatosa y Lucrecia corrió en seguida a socorrerle. Con una seguridad inaudita, Julie extrajo el cuchillo de la pierna y amenazó a su asistenta.

—Si no quieres perder la otra oreja, no hagas estupideces y llévatelo de aquí. No sabes dónde te has metido, perra desagradecida —dijo Julie frenética, casi poseída, que de un momento para otro parecía haber recuperado toda la calle que llevaba dentro sin necesidad de mudarse de barrio.

* * *

Málaga, Ciudad de la Justicia, ocho de la mañana

La Ciudad de la Justicia de Málaga estaba ubicada en la calle Fiscal Luis Portero García. El término «ciudad» era bastante afortunado, ya que se trataba de un enorme complejo administrativo que albergaba hasta ochenta y ocho órganos judiciales. Como la mayoría de los edificios de la capital de la Costa del Sol, la edificación tampoco estaba exenta de *glamour* y había sido testigo de uno de los casos de corrupción más importantes de la historia reciente del país: el Caso Malaya. Por su *alfombra roja* habían desfilado celebridades de la altura de Isabel Pantoja o Julián Muñoz.

Alejados ahora de los focos y los flashes y sin el exquisito encanto de aquellos que se dedicaban por las

noches a bajar bolsas de basura llenas de dinero negro procedentes de comisiones ilegales, aquellos juzgados también fueron los encargados de instruir el caso de asesinato de Yusuf Hakimi.

—Con todos los respetos, no creo que sea buena idea montar un operativo de esas características —dijo Lucía más precavida de lo que en ella era normal.

—¿Y puedo saber qué hay de malo en querer frustrar un posible atentado, en evitar la muerte de inocentes a manos de intolerantes radicales? —le recriminó la jueza Andrade.

La teniente contó mentalmente hasta cinco y buscó en algún lugar recóndito de su cuerpo restos jurásicos de paciencia. Como no los halló, dio inicio a su ritual matutino de tomar paracetamol y aspirinas contra la resaca sin darse cuenta de que no tenía resaca y de que no había bebido nada la noche anterior. Le había pasado ya dos veces en la última semana. Tenía tan interiorizado encontrarse mal en cuanto amanecía que no concebía despertarse sin dolor de cabeza.

Solo después de tragarse las pastillas se dio cuenta del error. No recordaba dónde lo había leído, pero había gente con brazos o piernas amputadas a las que tiempo después les entraban picores en esos mismos brazos o piernas ya inexistentes. El cerebro era incapaz de olvidarlos. Lo llamaban síndrome del «miembro fantasma» y ella sentía algo parecido. Solo que en su caso era una resaca fantasma. Aunque el alcohol ya no estaba, su cerebro era incapaz de desconectar de la barra del bar y trataba de aliviar un dolor inexistente.

A decir verdad, aquel despiste fue el único momento agradable de la mañana.

En la última media hora, aquella magistrada tremendamente conservadora le había regalado una charla TEDx sobre demagogia y populismo. Un extenso catálogo de lugares comunes y miedos infundados donde no podían faltar clásicos como «el catolicismo no obliga a las mujeres a llevar pañuelo» o «aquí no ahorcamos a los homosexuales». Treinta minutos donde a Lucía Gutiérrez le

quedó bastante claro que Andrade no quería investigar la muerte de Yusuf Hakimi y la posible existencia de una célula yihadista en la provincia sino iniciar una pequeña reconquista en el sur de España.

—¿Sabe qué pasará si montamos un operativo de vigilancia en los barrios de La Palmilla y Huelin? ¿Si organizamos macrorredadas e inspecciones aleatorias de pisos cercanos a mezquitas? Que vamos a perder el factor sorpresa. Si existe algún comando islamista, en cuanto nos vean aparecer por allí, los vamos a perder. Eso por no hablar de que con las calles plagadas de guardias civiles, todos los camellos de la zona se van a mudar a sitios menos vigilados y con ellos todos los enganchados. Usted quiere agitar un avispero, y eso siempre es mala idea —se expresó la teniente con toda la contención que le permitían sus malas pulgas.

—A mí no me preocupan nuestros malos. Me preocupan los suyos. Creo que sabe tratar de sobra con camellos de poca monta. A alguien que hace las cosas por dinero es fácil pillarle más tarde o más temprano. A un iluminado, a alguien que hace las cosas porque se lo manda Dios, es más difícil. Sus actos son imprevisibles y cien veces más peligrosos.

—Tenemos ADN del posible asesino de Yusuf. Mañana nos darán los resultados y podremos cotejarlo con nuestra base de datos. Si damos con él, daremos con toda la trama yihadista sin necesidad de echar gasolina en esos barrios —insistió Lucía.

—Lamento que le preocupen más los camellos que los ciudadanos honrados. La orden ya está firmada; quiero que registre las mezquitas de La Palmilla y Huelin, y que detengan a todos los musulmanes con antecedentes por terrorismo aquí o en su país de origen. Si no se ve capaz de ello, se lo pediré a la inspectora Ruiz y que se ocupe del caso la Policía Nacional, ¿me he expresado con suficiente claridad?

—Sí, su señoría.

—Pues en marcha, tiene mucho trabajo que hacer —se

despidió con arrogancia la jueza Andrade, a la que repateaba toda aquella mojigatería bien intencionada.

Lucía Gutiérrez no podía creer su mala suerte. De todos los posibles magistrados de la Audiencia Provincial de Málaga, le tuvo que tocar la más reaccionaria. Eran solo las ocho de la mañana y ya fantaseaba con la posibilidad de que cayera una bomba de hidrógeno que arrasara hasta los cimientos de aquel despacho rancio.

A la salida de los juzgados, la teniente comprobó que su mala fortuna no tenía límites; el terral se había apoderado definitivamente de la ciudad. El sol todavía no se acababa de asentar cuando el termómetro ya marcaba treinta grados y la gente se apuraba por caminar en las zonas de sombra.

Lucía se quedó un rato mirando con incredulidad la temperatura. ¿Cómo se combatía al mismo tiempo una ola de calor, un síndrome de abstinencia y una jueza nostálgica de las cruzadas?

Como siempre que el mundo se desmoronaba a sus pies, Lucía Gutiérrez se encendió un cigarrillo y se encharcó los pulmones de alquitrán. Saber que con cada calada aceleraba sus posibilidades de morir le otorgaba una extraña calma.

* * *

Melilla, dique Sur, nueve de la mañana

Sentado en un banco público del dique Sur, Ibrahim miraba cómo un pescador pasaba las horas intentando que alguna dorada picara el anzuelo. Lo hacía con tranquilidad, como si tuviera todo el tiempo del mundo. En cierto modo, le recordaba a él. Llevaba allí sentado desde hacía más de una hora, sin absolutamente nada que hacer, salvo esperar a cumplir los dieciocho años y que le dieran la nacionalidad española.

Ibrahim era optimista por naturaleza, pero lo cierto es que imaginarse allí sentado mirando el mar durante los próximos tres años desmoralizaba a cualquiera. Más aún

cuando la única alternativa real que le ofrecía en aquel momento Occidente y el capitalismo era consumir pegamento con el resto de los chicos del centro.

La prosperidad, pensaba mientras veía al pescador recoger hilo, era una enorme sala de espera. No había coches de lujo, ni chándales de marca ni trabajos de ocho a tres. Solo un banco de madera en el que contar las horas y cocinar expectativas a fuego lento. Poca cosa para el riesgo que acarreaba llegar hasta allí.

Pero Ibra no se quería rendir. Al menos no el primer día. Por frustrante que fuera aquello, estaba seguro de que el primer mundo tenía más cosas que ofrecerle que la esterilla de La Purísima. Harto de estar sentado, el muchacho se levantó y decidió visitar la ciudad.

Melilla le recordaba un poco a su pueblo, solo que era más grande. Y limpio. Y las calles no olían a carne y especias. Era una sensación extraña, como haber estado allí antes y, sin embargo, no haber estado nunca.

El chico cruzó el Ensanche Modernista y llegó hasta la plaza de España. Después de recorrer los jardines, se quedó mirando el Monumento a los Héroes y Mártires de las Campañas. El obelisco llamó su atención un buen rato, al igual que el soldado que estaba situado al pie del monumento. Una de las primeras cosas que quería comprar en cuanto ganase dinero era una cámara y fotografiar todo aquello para enviárselo a su hermano pequeño. Le entusiasmaba la idea de que, de alguna forma, le acompañara en este viaje y viera las mismas cosas que él.

La fantasía de creerse un turista y no un expatriado vagabundeando por la ciudad era placentera, pero le duró más bien poco. Justo hasta que un policía municipal le echó la mano por encima.

—¿Qué haces aquí solo? —le preguntó en español sin que él pudiera entender nada.

Al darse cuenta de que el muchacho no reaccionaba, el agente le echó un vistazo y seguidamente tomó el *walkie* de su hombro.

—Tengo un MENA en Plaza de España. Parece colocado.

¿Qué hago con él? —preguntó a la central.

En realidad, más que colocado estaba despeinado y con la ropa sucia. Pero los matices en Melilla escaseaban tanto como las calles con sombra. Tan solo una mirada le había bastado para catalogarlo, para discriminar toda una larga cadena de virtudes y defectos y resumirle en una simple etiqueta.

El agente esperaba una respuesta de la centralita mientras retenía con su brazo a Ibra. Sin embargo, la respuesta le llegó por otra vía.

—No está solo, viene con nosotros.

El policía se giró y descubrió a Usama y Rachid; los hermanos Iberdrola.

—El primo Mustafá está reventado de la cabeza. Autismo. Lo estamos pasando fatal con el chiquillo.

—¿Todos os llamáis Mustafá? —preguntó el agente de manera irónica, consciente de que aquellos dos no eran ni remotamente sus familiares.

—Casi todos. Los que no, se llaman Mohamed. Lo echamos a cara o cruz cuando nacen —respondió Rachid en un tono difícil de delimitar, entre la broma y el desafío a la autoridad.

El policía los miró y no quiso complicarse la vida por un MENA. Si algo había en abundancia en aquella ciudad, eran menores inmigrantes, así que no se iba a jugar la cara por uno más.

—¡Que se mejore vuestro primo! —se despidió de ellos y dejó al chico a merced de los hermanos Iberdrola.

Ibrahim no tenía claro lo que estaba pasando, aunque estaba casi seguro de que la palabra MENA le concernía a él de alguna manera. En apenas unos minutos su lista de prioridades había cambiado por completo. Antes que una cámara de fotos, necesitaba aprender español y no quedarse siempre fuera de juego.

—¿Quieres cincuenta euros? —le preguntó en árabe Usama—. Solo tienes que venir mañana a la *salat* del mediodía en la mezquita Blanca.

A Ibrahim le brillaron los ojos. Por fin el primer mundo

se asemejaba a la idea que se había hecho de él y alguien le ofrecía dinero de una forma sencilla y rápida. Se felicitaba por haberse animado a levantarse del banco y darse una vuelta por la ciudad. Aquello debía ser lo que los europeos conocían como ser un emprendedor.

—Hecho —respondió después de coger el billete.

—Es bueno que estés con los tuyos, primo. No te fíes de los otros —sonrió Rachid, dejando a Ibra con las ganas de saber quiénes eran «los otros».

* * *

Sevilla, aeropuerto de San Pablo, diez de la mañana

El avión de Iberia tomó tierra con diez minutos de retraso, algo que no impidió que más de la mitad del pasaje reaccionara al aterrizaje con un fuerte aplauso. Julie detestaba aquella moda. En general rechazaba cualquier muestra de entusiasmo. No podía entender esa necesidad del ser humano de querer pasarlo bien en todo momento, de trascender la rutina y hacer una anécdota de absolutamente todo.

Con cara de velatorio, como si se avergonzara de pertenecer a la misma especie que ellos, tomó sus pertenencias y salió del Airbus A321 en cuanto el equipo de abordo abrió las puertas. No quería pasar un minuto más allí y ver cómo muchos de los españoles que habían viajado con ella festejaban por todo lo alto poder quedarse con los auriculares de la compañía. Aquel espectáculo de venerar lo gratuito le provocaba náuseas.

Tan apresuradamente huyó de lo que consideraba un circo decadente que ni tan siquiera respondió a la azafata cuando esta le agradeció haber volado con Iberia. No tenía tiempo para bobadas. Tenía que estar concentrada y recuperar todos los instintos dormidos.

Antes de dejar atrás las cintas de equipaje y poner un pie en suelo español, se preguntó quién le estaría esperando. Con sus jefes nunca era fácil acertar el perfil.

Dependiendo de la operación o el cometido de la misma seleccionaban a gente de lo más variopinta. En los últimos años nunca había repetido equipo, lo cual era bueno para no levantar sospechas, pero terrible para favorecer automatismos y repartos de tareas. En su trabajo nadie se fiaba de nadie y solo se podía confiar en uno mismo.

Las puertas automáticas de la terminal de salidas se abrieron ante ella y Julie buscó entre la concurrencia que estaba allí quién podría ser su enlace. Por más que se esforzaba, su vista solo se topaba con personas con aspecto de familiares o amigos que se encontraban allí esperando a un ser querido.

Hasta que al fin se topó con un cartel en el que estaba rotulado su nombre: «Julie Vertoghen». Lo sostenía una pareja con aspecto descuidado que miraba nerviosamente de izquierda a derecha. Aunque ella todavía no conocía sus nombres, se trataba de Susi y Charlie.

Julie suspiró, nunca se iba a librar de trabajar con yonquis.

* * *

Málaga, Instituto Anatómico Forense, diez y media de la mañana

En cuanto Fátima entró en la morgue, sintió un escalofrío. Un largo pasillo curvo dejaba ver de golpe un centenar de cámaras mortuorias marcadas con números al azar. ¿Cuántas trágicas historias como la suya habría atrapadas en cada uno de los depósitos? ¿Cuál sería el de Yusuf? ¿Se despidió ayer de él o estaba ocupada al teléfono cuando salió de casa? ¿Qué le dijo? ¿Hasta luego? ¿No llegues tarde? Seguramente fue algo vacío y sin importancia del estilo. Ni siquiera lo recordaba. Toda la compañía que tendría su marido allá donde fuera ahora eran esas tristes palabras. Ese fue todo el amor que le pudo transmitir. Una fórmula prestablecida que hasta el texto predictivo de un wasap podía reproducir.

El forense abrió la cámara frigorífica y el cuerpo decapitado de Yusuf volvió a aparecer en la morgue por segunda vez en la mañana.

—¿Le reconoces? —preguntó Zaida, que tuvo que agarrar por el brazo a su amiga cuando la vio temblar.

A Fátima le daba un miedo atroz dar dos pasos más y tener que enfrentarse a los restos mortales del que hasta el día de ayer había sido su esposo. Mientras permaneciera allí, a dos palmos de aquel bulto que se atisbaba en la distancia, Yusuf seguiría vivo. La falta de constancia alimentaba la esperanza. Puede que no fuera él, que lo hubieran confundido. Si no daba esos dos pasos, todavía quedaba algo de incertidumbre y su marido podría estar ahora regresando a casa, abrazando a su bebé, preguntándole a su hermana que dónde estaba Fátima. Aquellos dos pasos era un cordón umbilical con un mundo paralelo en el que nada de aquello había pasado. Un hilo diminuto, casi invisible, que solo podía ver ella y que en el momento en que su pie derecho se moviera, se rompería en mil pedazos.

—Sé que es duro, pero tienes que hacerlo —intentó animarla Zaida en árabe, consciente de que la joven estaba en shock.

Fátima miró a la agente de la Guardia Civil y se dio cuenta de que tenía razón. Le debía una despedida digna a su marido por muy doloroso que fuera, así que dio finalmente los dos pasos que la separaban de los restos mortales.

—Es él —afirmó llorando sin dejar de besar el cuerpo malogrado de Yusuf.

Aquella piel fría y entumecida no se parecía en nada a la que tantas noches había acariciado y, sin embargo, no tenía ninguna duda de que era él. La esperanza se evaporó. El universo paralelo en el que Yusuf regresaba a casa se resquebrajó. Aunque todavía estaba dentro de una cámara frigorífica, el reconocimiento de su mujer lo incineró definitivamente.

Cuando se hubo acostumbrado al tacto mortecino, se

obligó a mirar fijamente la cabeza de su marido. La palabra «infiel» escrita en la frente se le indigestó. Le quemaba las tripas como si hubiera consumido un bote de aceite de colza en mal estado. Era una firma y ella sabía de quién.

—Han sido los hijos de puta de los hermanos Iberdrola —dijo secándose las lágrimas.

Aquella confesión pilló por sorpresa a Zaida, que supo de inmediato que había llegado el momento de ponerse en contacto con el oficial que estuviera al frente de la investigación.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, once y cuarto de la mañana

—¿Alguna duda? —preguntó Lucía Gutiérrez después de explicarles a sus hombres el operativo y los registros ordenados por la jueza Andrade para descabezar la presunta célula islamista en los barrios de Málaga de mayor población musulmana.

Nadie dijo nada, pero era evidente que ninguno de los agentes estaba convencido de que aquello fuera una buena idea. Al igual que la teniente, tenían la impresión de que estaban dando palos de ciego y que los registros solo servirían para poner en alerta a los terroristas, si es que los había. Eso sin contar que estaban a punto de estigmatizar a toda una comunidad. Hubiera o no islamistas en aquellos barrios, después de la macrorredada, no habría nadie en Málaga que no considerara que se trataban de distritos «conflictivos», que no empezara a tener miedo de pasar por allí y a marginarlos.

Lucía no necesitó que pronunciaran una sola palabra para saber lo que estaban pensando. Pero ¿qué podía hacer ella? ¿Decirles la verdad? ¿Contarles que la jueza Andrade había leído más veces la Biblia que el Código Penal? ¿Que, si la dejaran, acudiría a la sala provincial con la espada de Blas de Lezo en lugar de con un mazo? Desde luego que le

hubiera gustado desahogarse con ellos y confesarles que aquel operativo no tenía ni pies ni cabeza. Pero no podía. Urbizu no solo le había regalado un ascenso inmerecido, también había anulado su característica indisciplina. Como teniente de la Guardia Civil tenía que cumplir los protocolos y no se podía permitir enfrentamientos abiertos con las autoridades como hacía en sus tiempos de sargento en Morón.

Lucía Gutiérrez se veía a sí misma como una versión descafeinada, uno de esos miles de productos de supermercado que de la noche a la mañana han pasado de ser perjudiciales para la salud a lucir etiquetas de cero por ciento en grasas y bajos en azúcar. Eso era ella en la actualidad: un bote de Nocilla sin aceite de palma. Una lata de Coca-Cola Zero. Una *pizza* de Casa Tarradellas sin conservantes ni colorantes. Una mujer con poder que tenía que esconder su carácter para satisfacer a los altos mandos. Un producto apto para todos los públicos.

Durante unos instantes le invadió la nostalgia. Casi se podía ver en Morón de la Frontera abroncando al capitán de la base, humillando al presidente de la Agrupación de Cofradías o desafiando una y otra vez a la alcaldesa. De lo que más podía presumir en su currículum era de haber tenido una gresca con todas las fuerzas vivas de aquel pueblo. Y ahora no tenía nada. ¡Qué lejos quedaban esos días de salvaje honestidad! Ni siquiera su enfrentamiento con la inspectora Ruiz le suponía un verdadero reto. Se trataba de una igual, y pegarle cuatro gritos a alguien de su mismo rango no tenía ningún mérito. Eran las migajas de lo que fue una mesa abundante.

Lucía volvió al presente, miró a sus hombres y se contuvo. En lugar de decirles lo que verdaderamente pensaba, les arengó con algo de culpa.

—¿Ninguna? ¡Pues a trabajar, señores! —les dijo el huracán domesticado.

Mientras los agentes salían de la sala, la teniente le hizo una señal a Romero para que se acercara a ella.

El cabo se temió lo peor. ¿Qué le pediría ahora?

¿Desayunar en un indio? ¿Comprarle ibuprofeno en la farmacia? ¿Hacerle la manicura? No sabía bien cómo había sucedido, pero en la última semana había mutado de agente de la Guardia Civil a una suerte de Juanito el Golosina encargado exclusivamente de llevarle el bolso y concederle todo tipo de caprichos como si se tratara de una folclórica.

—Tengo otro trabajo para ti —le dijo Lucía, y un agujero directo hacia el abismo se abrió repentinamente debajo de los pies de Romero.

—¿De qué se trata, mi teniente? —preguntó abatido.

—Esto es un disparate y lo sabes tan bien como yo. Necesito que hagas trabajo de investigación. Hasta que mañana tengamos las pruebas de ADN, me gustaría que montases un equipo para revisar en las cámaras de tráfico el recorrido que hizo Yusuf con su camión hasta que estacionó cerca de la calle Larios. Todo esto del atentado yihadista me huele raro. No me encaja. Como lo de la cabeza.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Romero, al que casi le da una conmoción cerebral al darse cuenta de que le había encargado una tarea policial y no de simple asistente —. Yo diría que es un castigo por no haberse atrevido a atentar.

—A mí me parece demasiado preparado. ¿No era suficiente con decapitarlo? ¿Por qué grabarle con un cúter la palabra «infiel» en árabe? Es como subrayar algo, como si quisieran señalarnos con luces de neón el camino de la investigación. ¿Qué clase de asesino quiere que le pillen?

—¿Uno que se siente culpable? —dijo Romero poco convencido.

Hasta ese momento al cabo no le había parecido que la forma de actuar del agresor se pudiera tachar de «precocinada». A priori la barbarie le encajaba bien en el *modus operandi* de los terroristas. Pero lo cierto es que la teniente le había creado una duda razonable. Estaba a punto de despedirse y ponerse a trabajar cuando recordó algo.

—Por cierto, la mujer de Yusuf ya está en Málaga. Ha

reconocido el cadáver de su marido y está dispuesta a declarar.

—Estupendo. Habla con la agente que la tiene en custodia y prepara la sala de interrogatorios. En cuanto sepas algo del camión, llámame.

—A la orden, mi teniente —exclamó Romero, exultante por primera vez en mucho tiempo.

* * *

Málaga, Los Asperones, once y media de la mañana

El agente Sánchez caminaba como si llevase un chaleco cortijero las veinticuatro horas del día aunque fuese con un chándal. Pertenecía a ese selecto grupo de personas que daba igual lo que se echaran por encima que su aspecto no cambiaba absolutamente nada. Hasta dormido en pijama sobre la cama, nadie dudaría de qué clase de persona era.

Aunque no vivía en Los Asperones, se movía por sus ruinosas calles con soltura, sobre todo teniendo en cuenta que no mucha gente se atrevía a hacerlo. Para entender la marginalidad del barrio, solo había que estar atento a su situación geográfica. Por algún capricho del destino, se encontraba ubicado entre el vertedero municipal y la perrera, y entre los tres conformaban el triángulo de las Bermudas del abandono.

De una de las casas prefabricadas, salió un chaval de unos catorce o quince años sin camiseta y fumando un pitillo. Era el miembro más joven del clan familiar de Los Pitufos, conocidos así en Málaga porque se dedicaban al menudeo.

El crío, con aire suelto, se acercó hasta Sánchez.

—¿No eres muy joven para fumar? —le preguntó sonriente el agente.

—Y a ti qué te importa —le contestó el chico, y seguidamente le cacheó.

Al comprobar que no llevaba ningún arma, le llevó hasta la casa de donde había salido.

—Te esperan en el salón —le dijo en la puerta un gitano musculado con una pistola metida en los pantalones del chándal.

A pesar de que el recibimiento fue un poco hostil, Sánchez parecía estar acostumbrado al trato y progresó por el pasillo relajado, como si no fuera la primera vez que estaba en esa casa.

—Llegas tarde, picoleto —le dijo el patriarca mientras se servía café en un salón decorado con los muebles más caros que podría comprar el dinero en un bazar oriental.

—Hay un poco de lío con los moros en la ciudad —contestó Sánchez sentándose en un sofá plastificado para que no se estropease.

El asiento era profundamente incómodo y el calor ocasionaba que su cuerpo hiciera ventosa con el plástico. Pero aunque se hubiera sentado sobre lava incandescente, el agente Sánchez jamás se habría quejado.

—¿Qué han hecho esa *manga* de hijos de puta ahora?

—Jodernos el *tinglao*. Hay una alerta por terrorismo y están haciendo registros en todos los barrios con mezquitas.

—¡Putos moros! Están *tós reventaos* de la cabeza —se quejó amargamente el patriarca mientras sorbía el café—. ¿Y cuánto nos has podido sacar?

—Ese es el tema… La cosa está complicada. Han duplicado los controles en el puerto y no conviene mover nada.

—¿A quién no le conviene? Será a ti porque nosotros tenemos que sacar a la calle algo o nos comen por los pies.

—Vargas, ahora mismo no puede ser. No me puedo arriesgar.

—Entiendo… —dijo el anciano, que volvió hasta donde tenía la cafetera y sirvió una segunda taza de café—. ¿Te puedes creer que no te he ofrecido nada?

—No hace falta, ya me he tomado dos esta mañana.

—Claro que hace falta —insistió el patriarca, que después de mucho forzar la garganta, escupió sin ningún disimulo sobre la taza una mezcla repugnante de babas y mocos.

Sánchez entendió en el mismo momento que no le iba a quedar otra opción que bebérselo sino quería que las cosas se complicaran todavía más.

Cuando el viejo le acercó la taza, prefirió no mirar el contenido y tragárselo del tirón. Cuanto menos pensara en ello, menos asqueroso sería.

—Como vuelvas a esta casa con las manos vacías, lo próximo que te tragas es tu lengua, por mis muertos, picoleto —dijo el patriarca besándose la mano.

Pablo Sánchez salió de aquella casa prefabricada con el estómago revuelto. El café y la amenaza de Vargas le provocaron por primera vez en mucho tiempo que tuviera mal aspecto. Obsesionado con cómo hacerse con la droga decomisada del puerto, no se percató de que, desde la distancia, alguien le seguía haciendo fotos con una mira telescópica. Lo suficientemente lejos para permanecer fuera del radar del clan.

* * *

Algeciras, Cortijo Real, doce del mediodía

Aquel coche olía a cañería, a una mezcla de humedad y pensión de cuarta categoría que se propagaba por los asientos como el gas mostaza, narcotizando a todos los pasajeros. Julie llevaba casi dos horas inhalando aquel olor tan profundo como desagradable y necesitaba salir de allí a respirar aire limpio.

En cuanto Charlie aparcó el vehículo en el número 45 de la calle Concordia, a Julie le faltó tiempo para abrir la puerta y escapar de la fetidez del vehículo. Pero donde debería haber encontrado alivio, se topó con una bofetada de calor casi tan desagradable como la pestilencia del Citroën C3 que acababa de abandonar. Un tipo de calor húmedo y denso que no tenía registrado en su memoria y que la dejó exhausta en cuanto se expuso a él. De repente, Bruselas no le pareció una ciudad tan terrible. No había pasado ni cinco horas alejada de sus chubascos y ya los

echaba de menos.

—¿Dónde está? —preguntó en un español más que digno, intentando sobreponerse al bochorno.

—Dentro —contestó escuetamente Susi, que no terminaba de fiarse de aquella mujer profundamente estirada y pagada de sí misma.

El extraño trío, liderado por el andar errante de Charlie, entró en la nave y frente a ellos brotó el gran quebradero de cabeza de Julie: el contenedor número 35904. Un problema de una envergadura considerable y muy difícil de ocultar, con sus casi seis metros de largo y tres metros de ancho.

Después de echarle un vistazo, Julie abrió las puertas del voluminoso *container* y evaluó los daños de manera meticulosa. Cuando creyó tener los suficientes datos, volvió a cerrar las puertas y se dirigió a su comando de yonquis.

—Quiero que lo limpiéis hasta que me pueda ver reflejada en las paredes. Que no quede ni una sola huella, pelo o resto que pueda utilizar la policía —ordenó con desdén.

Ya era definitivo. A Susi no le gustaba nada de aquella mujer. Ni su tono de voz, ni sus modales ni el clasismo que evidenciaba cada una de sus decisiones. Todavía tenía que consultarlo a solas con Charlie, pero no estaba dispuesta a seguir soportándola mucho más tiempo.

Susana era una mujer de fuertes convicciones. Creía de igual manera en el amor que en el odio a primera vista. No tenía matices. Su cerebro estaba dividido por una especie de telón de acero. O estabas en un bando o en el otro. Y Julie le había dado motivos más que suficientes para colocarla en el lado de todas las cosas que le provocaban rechazo. A la misma altura que los machistas o la metadona.

—¿Y luego qué, marquesa? ¿Un masaje de pies? —le mostró su descontento.

—Luego me vais a acompañar a pedirle un favor al Tuerto —respondió Julie indolente, como si tener que darles explicaciones a aquellos dos drogadictos le supusiera

el mayor de los esfuerzos.

A Susi y a Charlie se les cambió la cara de inmediato. El Tuerto era la última persona a quien querías pedirle un favor en Algeciras. Tenían que hablar a solas y tomar una decisión antes de que fuese demasiado tarde.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, doce y cuarto del mediodía

Lucía Gutiérrez salió al patio a fumar, pero un solo minuto en contacto con el terral le bastó para apurar el cigarrillo a toda velocidad y regresar con urgencia al aire acondicionado de las dependencias de la Comandancia.

Aún con el regusto a nicotina en los labios, la teniente descubrió que en la puerta de su despacho le esperaban Fátima y Zaida. Una llorando. La otra consolando. Ambas conformando la versión musulmana de la Piedad.

—Agente Zaida Slimani, mi teniente. —Se cuadró la joven en cuanto advirtió la presencia de la oficial.

—Las estaba esperando —dijo Lucía, que inmediatamente se desatendió de ella para preocuparse por Fátima—. Siento mucho su pérdida. Sé que no es el mejor momento para hacerle preguntas, pero cuanto antes entendamos qué ha ocurrido, más posibilidades tendremos de dar con el responsable. ¿Me acompañan?

Fátima miró de manera instintiva a Zaida, preguntándole con los ojos si debía hacerle caso a aquella desconocida, y solo cuando ella le asintió con la cabeza, empezó a caminar detrás de la teniente. Aunque hacía años que no sabían nada la una de la otra, desde que se reencontraron se habían hecho inseparables.

Incluso Lucía se dio cuenta de aquel vínculo entre ambas durante el breve paseo que separaba su despacho de la sala de interrogatorios. Cuando abrió la puerta para que la viuda pasara y tomara asiento, esta se sintió en la necesidad de despedirse de Zaida con un abrazo. En

realidad, no quería que se fuera. No estaba preparada para otra separación. Necesitaba a alguien que le resultara familiar y, dadas las circunstancias, aquella vieja vecina de su niñez era lo más parecido que tenía.

—¿Quiere un café, agua, un refresco? —le consultó la teniente cuando la vio desprenderse de la agente.

—Quiero que ella esté presente —respondió Fátima señalando a Zaida.

Aquella situación no le hacía gracia a Lucía. No conocía de nada a la agente y tampoco tenía claro por qué eran tan cercanas. Demasiadas incógnitas para afrontar un interrogatorio con garantías.

—Preferiría que solo estuviéramos usted y yo —resolvió finalmente.

—La teniente tiene razón, Fátima. Es mejor que entres sola —se apresuró a darle la razón a la oficial, huyendo de un posible conflicto.

—Si ella no viene, no pienso hablar —amenazó la pobre mujer con las pocas armas que tenía.

—Está bien, pasa —le concedió a regañadientes el deseo Lucía—. Pero deja que hable, no respondas por ella —le pidió a Zaida después de cerrar la puerta.

* * *

Melilla, Centro de La Purísima, una y media de la tarde

En la tapia que daba acceso al centro de menores, cerca de la tubería por donde se vertían las aguas fecales, un grupo de chicos argelinos, marroquíes y tunecinos se turnaban para oler pegamento de una bolsa de plástico. Mientras esperaban la vez, se golpeaban de manera amistosa los unos a los otros. Darse de puñetazos era el pasatiempo favorito en aquel centro donde dejaban de ser menores nada más cruzar la puerta.

Cuando le llegó el turno a Ibrahim, este declinó la oferta. Él no era un perdedor como ellos. En solo un día ya había ganado cincuenta euros. Aquellos chicos todavía

pensaban como si estuvieran en Marruecos. Él no, él ya estaba en el primer mundo a todos los niveles. Con que fuera un par de días a rezar a la semana, podría llevarse al mes unos quinientos euros sin esforzarse.

Ibrahim los veía esnifar y le daban pena. Tan vulnerables, tan idos, tan infantiles. Pasando de golpes a caricias en cuestión de segundos. Él nunca se engancharía al pegamento ni a nada así. Él era fuerte y tenía otras ambiciones diferentes a pasarse la vida haciendo cola en aquella tapia para colocarse. Si alguna vez se hacía adicto a algo, sería al dinero. Es lo que hacían los ganadores. Estaba destinado a conseguirlo en grandes cantidades. Tenía un plan, ellos solo tiempo de espera.

—¿Te crees mejor que nosotros? —le preguntó en árabe uno de los menores al comprobar que era el único que no quería esnifar pegamento.

—No lo creo, lo soy. ¿Qué has hecho hoy además de dormir y drogarte? Yo, ganar dinero —dijo arrogante, y seguidamente mostró al grupo su billete de cincuenta euros.

—¿Quién te lo ha dado? —preguntó otro de los chicos al ver el billete.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó nervioso Ibrahim, entendiendo que había cometido un error enseñando el dinero y que ahora querrían quitárselo.

—¿Te lo han dado para ir a la mezquita Blanca?

La pregunta le descolocó. ¿Cómo era posible que supieran aquello? ¿Lo había contado durante la comida y no lo recordaba? Cuando ya tenía inflado el pecho como un gallo de corral para pelearse, Ibrahim se deshinchó y respondió con sinceridad.

—Sí, ¿a ti también?

—Tienes que irte de aquí —le advirtió preocupado el crío—. Si vas a la mezquita, te van a comer la cabeza. Hasta que un día no revientes con una bomba en un avión, no van a parar. Y si no vas con ellos, no te dejarán en paz hasta que lo hagas. Hoy te han dado dinero, mañana una paliza.

Ibrahim se quedó noqueado. No estaba seguro del todo de que aquello fuera verdad. Tal vez le estaban metiendo el

miedo en el cuerpo por ser más listo que ellos, o por no drogarse, o por envidia. Tenía que haber una explicación mejor que la de ofrecerle cincuenta euros de mierda a cambio de convertirse en terrorista.

—No me lo creo —dijo Ibra, asolado por las dudas.

—Tú mismo. Nosotros te hemos avisado. A todos los que estamos aquí nos han venido antes con billetes de veinte y cincuenta euros por rezar, y el que ha ido, no ha vuelto.

Ibrahim empezó a darle vueltas al tema. En realidad, no dejaba de ser raro que le ofrecieran tanto dinero solo por rezar. Por lo poco que había visto de Occidente, las cosas no funcionaban así. Nadie regalaba nada. Pero aunque aquello fuera verdad, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Volver a Marruecos?

—¿Qué… qué haríais vosotros? —preguntó Ibra con un tono mucho más conciliador con respecto al que había comenzado.

—Hacer *risky* en el primer barco que salga.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, dos de la tarde

—¿Qué clase de jueguecito os traéis las dos? ¿De qué os conocéis? —le preguntó desesperada Lucía Gutiérrez a Zaida fuera de la sala de interrogatorios, después de que Fátima no hubiera contestado a ninguna de sus preguntas.

—Ninguno, mi teniente. Solo crecimos en el mismo barrio en Melilla. Imagino que estar en otra ciudad para tener que reconocer el cadáver de su marido ha hecho que me tome más cariño —se excusó la joven agente.

Lucía tenía ganas de romper algo. Aquellas explicaciones no le convencían. Llevaba media hora encerrada en una habitación sin ventilación en plena ola de calor para absolutamente nada. Sin embargo, aunque lo que le pedía el cuerpo era escapar de allí y darse una ducha de agua fría, necesitaba el testimonio de Fátima para que la investigación avanzara y se separara en la medida de lo

posible de los delirios de reconquista de la jueza Andrade. Tras darle un par de vueltas, dio con la solución.

—Vamos a probar otra cosa. Quiero que tú le hagas las preguntas.

—Pero yo nunca he hecho un interrogatorio. No sé lo que tengo que preguntarle, mi teniente —dijo sorprendida Zaida.

—Lo que le preguntarías a una amiga.

Zaida comprendió que no tenía otra alternativa y dejó de poner excusas. Aunque el encargo le quedaba algo grande, tenía que admitir que era un reto que le apetecía un millón de veces más que golpear con una porra a un subsahariano en la valla de Melilla. Al fin y al cabo, lo que en un principio parecía un castigo, se había convertido en un estímulo para probarse en otros registros.

Con la mezcla exacta de miedo y excitación, Zaida le dio la espalda a Lucía y se internó en solitario en la sala de interrogatorios. Sin prisas, le sirvió un vaso de agua a Fátima y se puso otro ella. Necesitaba ganar tiempo mientras se le ocurría cómo encarar la situación.

—Quiero ayudarte, pero no sé cómo si no me dices qué ha pasado —le dijo a su vecina de la forma más serena y cercana que pudo—. Antes me hablaste de los hermanos Iberdrola, ¿quiénes son? ¿Por qué crees que pueden tener algo que ver en todo esto? —preguntó con un indefinido y eufemístico «antes», esquivando por todos los medios hacer referencia alguna a la desangelada morgue y sus cámaras frigoríficas.

—Son dos hijos de puta que se la tenían jurada a Yusuf —rompió a llorar Fátima ante la atenta mirada de Lucía Gutiérrez a través del cristal—. Nunca le perdonaron que se buscara la vida de forma honrada.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿A qué se dedicaba tu marido?

—¿No lo sabes? —dijo sorprendida.

Zaida se hacía una idea, pero prefirió encogerse de brazos y que fuera ella quien pusiera las cosas blanco sobre negro.

—Tú hace tiempo que dejaste el barrio, pero no ha cambiado mucho —recogió finalmente el guante su amiga —. La gente no tiene trabajo y se busca la vida como puede. Hace unos años, Yusuf estaba en la mierda y ellos le buscaron. Siempre te buscan cuando estás en la mierda, cuando no tienes otra cosa —dijo algo más recompuesta, intentando honrar a su marido con un relato ajustado de los hechos.

—¿Ellos? ¿Los hermanos Iberdrola?

A Lucía le desesperaba que Zaida interrumpiera constantemente con preguntas y no dejara que Fátima soltara todo lo que tenía dentro. Le daban ganas de entrar allí y zarandearla, pedir un tiempo muerto y darle unos cuantos consejos. Pero en el fondo sabía que era una mala idea. Al fin se había creado un clima adecuado para que la viuda hablara y no había que perturbarlo. Así que luchó contra sus impulsos y dejó las cosas como estaban, rezando para que la joven agente no se desviara en exceso.

—Sí, sabían que estaba tieso y le convencieron para ir a rezar a la mezquita Blanca a cambio de dinero. Unas veces le daban veinte euros, otras cincuenta.

—No está nada mal por rezar.

—La cosa es que… Que no le pagaban solo por eso. Poco a poco, el imán le fue comiendo la cabeza para que se uniera a la Yihad. Le decían que sus hermanos de Siria, de Irak y sitios así… le necesitaban, y que tenía que prepararse para ser un soldado de Alá. A él todo eso le daba igual, pero mientras continuaran pagando, les seguía el rollo… Hasta que le pillaron.

—¿Quién le pilló?

—Tu gente, los de verde. Para preparar soldados, necesitaban armas y solo tenían una forma de conseguirlas: robando. Yusuf y otros cuatro chicos más del barrio dieron un palo en una obra para conseguir explosivos, pero no salió bien. Los condenaron por pertenencia a banda armada y estuvo un par de años en prisión. Él solo llevaba el coche, pero ya sabes…

—¿Y qué pasó cuando salió? —preguntó Zaida, aunque

intuía la respuesta.

—Que no quiso saber nada más de ellos. Dejó de ir a la mezquita, tuvimos un niño y se buscó un trabajo de verdad, de transportista. Alquilaba un camión y hacía servicios aquí y en la península. Entre fianzas, peajes y tasas no ganaba mucho, pero lo suficiente para vivir bien los tres en la Cañada. Y esos cabrones no se lo perdonaron. Le seguían, le amenazaban para que volviera, le daban palizas. Pero él siempre decía que no. La mañana antes de salir de Melilla, apareció en la casa con una brecha en la cabeza. No me quiso preocupar, pero yo sabía que era cosa de ellos. Y no han parado hasta que… Hasta que…

Fátima no pudo continuar. Afirmar que le habían matado era para ella como asesinarle dos veces, como si no pronunciar esas palabras mantuviera a su marido al menos con la cabeza unida al cuerpo. Consciente de ello, Zaida decidió ir por otro lado en el que no tuviera que transitar por imágenes tan escabrosas.

—¿Y qué hacía en Málaga?

—Un curro que le salió. No me dio muchos detalles. La hora a la que salía y a la que llegaba… Poco más.

—¿Y no crees que es posible que los hermanos Iberdrola le convencieran finalmente para que atentara en Málaga y cuando se echó atrás… se vengaran de él?

—No, esas cosas solo se las encargan a los convencidos y Yusuf no lo era. Fueron a por él porque sí, porque pueden, para que nadie en el barrio se crea mejor que ellos. Sabes cómo es la Cañada.

Por más que intentaba no pensar en ello y hacerle justicia a su esposo con su relato, desde hacía unos minutos, Fátima solo podía ver la frente de Yusuf con la palabra «infiel» y, seguidamente, su esbelto cuello cercenado. Aparecía y desaparecía en su mente, como el flash de una cámara fotográfica, dejándola por momentos cegada y desorientada.

Clic, clac. Clic, clac. Casi no podía ver ya a Zaida. Estaba sobrepasada y necesitaba ausentarse un momento para ir al baño y que el agua le ayudara a reequilibrar sus emociones.

En cuanto la mujer abandonó quebrada la sala, Lucía Gutiérrez la sustituyó, sin darle tiempo a la joven agente para procesar todo lo que allí había pasado.

—¿Qué tal, mi teniente? —le preguntó Zaida cuando la vio aparecer en la habitación.

—Espero que no tengas planes. En cuanto la jueza me autorice, salimos para Melilla a por esos dos hijos de puta.

La mejor forma que tenía Lucía de felicitar a alguien por un trabajo bien hecho era darle más trabajo. Nunca fue buena con los cumplidos y la agente Slimani iba a conocerla y sufrirla a partir de ahora en sus propias carnes.

* * *

Algún lugar de Algeciras, tres de la tarde

Hacía diez minutos que los habían recogido en el polígono de Cortijo Real en un cuatro por cuatro. Al igual que a Susi y Charlie, a Julie le costaba respirar. Los tres tenían una bolsa negra opaca que les tapaba el rostro y les impedía saber dónde se dirigían.

Por si fuera poco, para no llamar la atención durante el recorrido, estaban obligados a ir tumbados sobre los asientos, con lo que se les hacía todavía más difícil coger aire a través del plástico.

Pero eran las normas del Tuerto y nadie se atrevía a contradecirlas.

Julie no recordaba cuándo fue la última vez que tuvo que hacer algo parecido. Había encontrado la forma de subcontratar a gente que se manchara las manos por ella mientras se limitaba a dar directrices desde la comodidad de su casa en Grand Sablon. A pesar de todo, tenía que admitir que volver a estar en la primera línea era divertido. Excitante. Mucho más que beber *pinot noir* sin leer previamente la puntuación del crítico Robert Parker en *The Wine Advocate*, que era lo que hacía cuando sentía que su vida se estaba volviendo excesivamente aburrida y previsible. Aquel viaje en coche le resultaba mucho más

emocionante. No tenía ni idea de si podía confiar en el Tuerto. Ni tan siquiera sabía si debía fiarse de sus hombres, especialmente de Susi, a la que notaba cada vez más desencantada con sus órdenes. Incluso si todo iba bien y regresaba a Bruselas con vida, corría el riesgo de que el marido de Lucrecia se quisiera vengar de ella, o sus jefes quisieran eliminarla. Todo lo que iba a pasar cuando le quitaran la bolsa de la cabeza era imprevisible, estaba cubierto de una espesa cortina de nieblas fortuitas. Y eso le hacía sentir viva. Exultante, como si dentro del todoterreno estuvieran contenidos veinte orgasmos consecutivos provocados por su infalible Satisfyer.

—Hemos llegado —anunció uno de los matones.

El vehículo estacionó y los obligaron a bajar. Orientados por los esbirros, caminaron unos quinientos metros por un camino lleno de gravilla hasta que llegaron a lo que parecía la entrada de una vivienda. Julie reconoció de inmediato el suelo de mármol. Tenía la misma capacidad para reconocer la adicción de un toxicómano como los suelos de primeras calidades. Esa polivalencia era parte de su encanto.

Sin embargo, su destino final todavía quedaba lejos. Después de recorrer lo que ella entendió como un pasillo, atravesaron un par de estancias más y bajaron a un sótano. Fue entonces cuando les quitaron las bolsas y pudieron respirar.

Con los ojos todavía algo borrosos por haber permanecido tanto tiempo en la oscuridad, a Julie le costó unos segundos enfocar la mirada. En cuanto lo hizo, descubrió al Tuerto; un varón de unos setenta y cinco años con un ojo de cristal, que estaba sentado en un silla de mimbre jugando con un cachorro de lebrel.

—Me han dicho que necesitas esconder un secreto —dijo sin dejar de hacerle carantoñas al perro.

—Te han informado bien —contestó Julie, algo impresionada con la inquietante estampa doméstica.

De aquel hombre había escuchado que era un sanguinario sin escrúpulos, por lo que encontrarse a un jubilado abrazado a un cachorro era, cuando menos,

contradictorio.

—Esconder secretos no es barato, lo sabes, ¿verdad? —continuó hablando el Tuerto, más preocupado por los afilados dientecillos del lebrel que por la presencia de Julie y su comando de yonquis.

—¿De cuánto estamos hablando? —quiso saber ella.

—Medio millón de euros más una fianza.

—Es mucho dinero… Pero podría tenerlo para mañana —contestó abrumada Julie, que tendría que afrontar aquella cantidad con sus propios fondos.

Así eran los negocios; había que invertir y tomar riesgos para que salieran bien. Y ella estaba dispuesta a empezar de nuevo y recuperar su sitio.

—Mañana no… Tienes cuatro horas —dijo rotundo, y se deshizo del lebrel.

Mientras el cachorro correteaba por el sótano, el Tuerto se quedó mirando fijamente a Julie. Estudiándola. Después de tomarse su tiempo, se acercó a ella y se quedó a un palmo de su cara, respirando a centímetros de la belga.

—Y ahora hablemos de la fianza.

El aliento del Tuerto era espeso, húmedo y desagradable como el clima de aquella ciudad. Además, a Julie le inquietaba la presencia física de aquel anciano. Su ojo muerto. Las arrugas de la piel. Los pelos que le salían de las orejas. Su nariz rota. Parecía haber salido de una pesadilla infantil.

Con aquella cara rugosa y perturbadora tan cerca de la suya, empezó a entender todas las cosas terribles que había escuchado de él. Sin embargo, no se amedrentó. Nunca había que hacerlo en estas situaciones, que no dejaban de ser un examen. La forma que tenían dos sicarios de medirse. De alguna forma, tanto la vida en Grand Sablon como el lenguaje de la calle eran similares: se basaban en las apariencias. Y en ese terreno de juego, ella era imbatible.

—¿Cuánto quieres? —respondió sin que le temblara la voz, con la cara (y el aliento radioactivo) del anciano completamente pegada a la suya.

El Tuerto sonrió. Le gustaban las agallas de aquella

mujer aparentemente frágil. Había superado el examen, así que se apartó y se fue hasta Charlie.

—No quiero dinero, lo quiero a él —dijo ante la cara de estupefacción de Susi—. Cada hora que te retrases en el pago, tu amigo va a perder un dedo. Así que date prisa, el tiempo empieza a contar desde ya.

La palabra del Tuerto era ley y en el mismo momento en que dio el pistoletazo de salida, sus matones agarraron a Charlie, le obligaron a estirar el brazo y le cortaron el primero de ellos con unas tijeras de cocina. Todavía sangraba cuando se lo entregó a Julie y le lanzó una última advertencia.

—Para que te lo tomes en serio —sentenció ante los gritos de dolor de Charlie y los de desesperación de Susi.

La que un día estuvo a punto de ser azafata de Iberia parecía no querer renunciar a su verdadera vocación y se movía de un lado para otro del sótano enloquecida. Al verla trastornada, dándose bocados en el brazo y autolesionándose para sentir el mismo dolor que su amado, Julie supo que si no la mataba el Tuerto lo harían aquellos dos adictos.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cuatro de la tarde

—¡Lo tengo! —gritó eufórica una agente de la Guardia Civil.

A las cuatro de la tarde la modorra en aquella oficina era mayúscula. Sin embargo, la noticia despertó a Romero, que era incapaz de concentrarse en la pantalla después de tantas horas visionando las grabaciones de las cámaras de seguridad de la ciudad sin ningún éxito. Para ser justos, de la somnolencia del cabo también era responsable su alimentación. A pesar de que el terral empujaba el termómetro a los cuarenta grados, Romero se había comido un plato de lentejas. En parte para compensar los terribles tallarines de la mañana, pero sobre todo porque disfrutaba

de los platos de cuchara los trescientos sesenta y cinco días del año.

Tenía un estómago forjado en acero y formaba parte de la última generación de guerreros samuráis malagueños que todavía disfrutaban del gazpachuelo o de los caldos de pescado con pinta roja.

Sintiéndose pesado, se acercó hasta el ordenador de su compañera para ver de qué se trataba.

—¿Es el puerto? —preguntó el cabo al reconocer la fachada.

—Sí, salió de allí a las cinco y cuarto de la tarde.

A pesar de que la hora era un dato importante, lo que de verdad llamó la atención de Romero fue el contenedor que remolcaba Yusuf en su camión y que no había aparecido en el lugar de los hechos.

—¿Puedes ampliar la imagen e imprimirla? —solicitó de inmediato.

La agente acató la orden mientras Romero se desplazó hasta la impresora. Allí se topó con un almanaque con la imagen del Cautivo ataviado con una camiseta del Málaga Club de Fútbol y sonrió. En aquella ciudad, aunque había otras cofradías, todo el mundo reconocía en el Cautivo al verdadero rey de reyes. Muchos, como el propio Romero, creían firmemente que era el responsable de que el Málaga llegase a cuartos de final en la Champions League en la temporada 2012-2013, de la Copa del Rey conquistada por Unicaja en 2005 y de cualquier éxito de la ciudad en general, ya fuera la llegada del Museo Picasso o un récord de ocupación hotelera en la primera quincena de julio. Todo lo bueno que ocurría en Málaga tenía que ver con el Cautivo. Es posible que si se hubiera presentado a las elecciones, habría terminado de alcalde.

Había imágenes suyas en todas partes, especialmente en los comercios, donde su presencia era como una especie de sello de aprobación, la última licencia administrativa necesaria antes de poder abrir un negocio. Nadie allí te consideraba realmente pescadero, o carnicero, o ferretero si no tenías un almanaque con su foto. De hecho, en la calle

de Romero, en la fachada del ultramarino hindú, un póster del Cautivo convivía con total naturalidad al lado de uno de Rosalía y otro de Antonio Banderas. Y a nadie le resultaba raro. Era un ídolo pop más y como tal lo asumían todos desde muy pequeños.

Después de un par de minutos de espera, la impresora escupió la imagen ampliada del contenedor y Romero buscó rápidamente el número de serie; 35904, le pareció leer.

Aquello podía ser una tontería, pero necesitaba comprobar de inmediato qué es lo que contenía y qué relación pudo tener con la muerte del joven marroquí.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, cuatro y media de la tarde

Lucía vivía entre la prolongación de la Alameda y la Avenida de Andalucía, concretamente en el número 4 de la calle Alcalde Tomás Domínguez, en un edificio moderno donde residían la mayoría de los jefes y oficiales de la Guardia Civil. Era una zona privilegiada, en la que se mantenía casi la misma distancia de los turistas del centro como de los barrios obreros. Al fin y al cabo, los que tenían dinero siempre perseguían lo mismo; equidistancia.

Cuando metió la llave en la cerradura de la puerta, la teniente detectó que no estaba cerrada y que aquello quería decir que su hija debía estar en casa.

—¿Claudia? —preguntó dejando las llaves en el mueble de la entrada.

Pero la única respuesta que obtuvo fue un sonido gutural procedente del baño. Un ruido que se iba intensificando a medida que cruzaba el pasillo y se acercaba al aseo.

—Claudia, ¿estás bien? —quiso saber Lucía cuando empezó a comprender que aquellos sonidos eran vómitos.

Por desgracia, los reconocería en cualquier parte. Si los esquimales eran capaces de distinguir cientos de tipos de

nieve, ella era capaz de reconocer todas las variedades de arcadas y náuseas habidas y por haber. No era algo de lo que estuviera orgullosa, pero estaba segura de haberlas experimentado absolutamente todas.

Durante los últimos dos años, sus días empezaban y acababan de la misma forma: abrazada a un váter, con lágrimas en los ojos y restos de hiel en los labios. Así que cuando reconoció aquel ruido inequívoco, el corazón se le encogió y empezó a atar cabos.

—Me debió sentar mal la hamburguesa —fue lo primero que dijo Claudia al ver aparecer a su madre en el baño.

—¿De verdad crees que puedes engañar al diablo? —contestó Lucía intentando por todos los medios que no sonara como un reproche.

Era una situación delicada para ella y había llegado en el peor momento posible. Como alcohólica, se sentía en una posición de profunda desventaja para darle ningún consejo a su hija. ¿Cómo podría si ni siquiera había soportado más de cinco minutos de terapia? Sin embargo, algo tenía que hacer o decir. Aquello empezaba a ocurrir con relativa frecuencia. Sabía que Claudia estaba en la edad de hacer tonterías, que vendrían muchas más, que cada vez llegaría más tarde a casa y en peores condiciones. Sabía todo aquello y, aun así, no podía evitar pensar que era la responsable de que su hija estuviera a cuatro patas vomitando como si no hubiera un mañana. Era lo que había visto en casa. Lo había naturalizado. Como cualquier hija que ve a su madre leer desde pequeña y termina convertida en una voraz lectora, Claudia había copiado su modelo; beber hasta perder el control y luego vomitar. O tal vez se lo había traspasado en los genes. En lugar de darle unos ojos azules, le había dado una adicción a la ginebra. Una maldición que empezaba de forma lúdica con amigos en un parque y terminaba veinte años después con un camarero llamándote la atención por beberte los restos de cerveza que los clientes dejaban en la barra al marcharse.

De una u otra forma, estaba completamente convencida de ser la culpable. Muchas noches se había odiado a sí

misma por no haber dicho basta, pero nada en comparación con el desprecio que sentía en ese momento por haber convertido a su hija en una mala versión suya.

Aunque si era sincera, había algo todavía más terrorífico. En lugar de estar martirizada por haber sido una modelo confusa, lo estaba por el olor a alcohol que desprendía la boca de su hija y la taza del inodoro. Un aroma que le tentaba, que penetraba en su pituitaria y despertaba en ella una sed gigantesca. Aunque Claudia la viera allí de pie fingiendo ser una madre responsable, Lucía hacía tiempo que estaba dentro del váter inhalando los restos de vodka con naranja que su hija había regurgitado. Era como una suerte de vampiro en horas bajas, que se alimentaba de ratas a falta de humanos. Degradada, sin dignidad, sintiendo un asco inmenso y consciente de que era incapaz de luchar contra esa poderosa atracción.

Aunque no lo llegara a verbalizar, Claudia comprendió en la mirada de su madre todo lo que estaba sintiendo y aquello la destrozó. Avergonzada, la joven se lavó la boca en un tierno intento de eliminar aquel aroma que la tentaba y, después de secarse con una toalla, se escabulló camino de su habitación.

—No te vayas, creo… Creo que tenemos que hablar —le dijo insegura Lucía tomándola por el hombro.

—No me encuentro bien, no es buen momento. Llevo toda la mañana así —contestó su hija, intentando evitar una conversación que no le apetecía tener y mucho menos con aquella resaca espantosa.

Lucía Gutiérrez respiró profundamente. No sabía qué tenía que hacer o decir. Ella no era ejemplo de nada, pero aun así era su madre e intuía que su hija esperaba algo más de ella que dejarla en paz. Por un momento fantaseó con la posibilidad de abrazarla, y luego decirle que a la vuelta de su viaje a Melilla quería invitarla a comer y hablar un poco de cómo se sentían las dos. Por un mísero segundo deseó con fuerza ser ese tipo de persona, la figura materna clásica capaz de encauzar cualquier problema y guiarla por el proceloso camino de la adolescencia. Pero no lo era, y todo

lo que pudo decir fue:

—Tómate un Espidifen, ya verás como te sienta bien.

Claudia se desprendió de la mano de su madre y caminó haciendo eses en dirección a su dormitorio. Antes de perderla de vista definitivamente, se giró una última vez.

—¿Has ido a terapia? Se me ha olvidado preguntarte.

—Sí, ya te contaré cuando estés mejor —mintió Lucía.

Mentir sí se le daba bien. En aquella disciplina era todo un referente. Con la misma vergüenza que su hija se había limpiado los vómitos delante de ella, Lucía se retiró a hacer la maleta.

* * *

Melilla, escolleras del puerto, cinco de la tarde

Las escolleras del puerto eran una tómbola. El porcentaje de chicos que lograban llegar hasta un barco era prácticamente el mismo que los que caían por la peligrosa pasarela que unía el faro con la zona portuaria. Aun así, todos los días, alrededor de quince o veinte menores de origen magrebí lo intentaban.

—Si llegas a Málaga, busca a mi primo Karim y dile que vas de mi parte —le dijo uno de los más mayores mientras le entregaba un papel con su dirección y teléfono.

Las olas rompían bravas en la escollera y mojaban con cierta regularidad al grupo de chicos que se había congregado allí para despedirse de Ibrahim. Aunque cada día se candaba la puerta que daba acceso a las mismas, la falta de agentes, más preocupados del control de camiones que de la vida de aquellos mocosos, hacía que la zona estuviera prácticamente sin vigilancia.

Ibrahim no se quería despedir. En demasiadas ocasiones había fracasado intentando colarse en los ferris que viajaban diariamente de Tánger a la península ibérica, como para saber que existía la posibilidad de que tuviera que volver a verlos en un par de horas. Así que para qué pasar por el bochorno de abrazar a nadie o dedicarles unas

palabras con la voz quebrada. Más precavido, se colocó un trozo de cuerda a través del cuello y pegó un grito para quitarse los nervios.

—¡Risky!

La bravata fue bien recibida por sus compañeros del centro de menores, que le devolvieron el grito y aullaron al unísono *«risky»*. Más de uno de sus amigos había perdido la vida en la escollera, sin embargo, a pesar del peligro, ellos no podían dejar de verlo como un rito iniciático parecido al de los universitarios americanos para acceder a las fraternidades.

El chillido comunal fue silenciado de inmediato por el rugido del mar chocando contra las piedras. Un sonido con rumor de fatalidad que dejó al grupo de menores magrebíes casi sin aliento.

Sin más ceremoniales, Ibrahim bordeó con equilibro de funambulista una valla con candado. La maniobra, aunque complicada, la ejecutó con rapidez, lo cual le otorgó un extra de confianza. Una seguridad en sí mismo que fue creciendo cuando escuchó las palmas de sus amigos celebrando el éxito del movimiento.

Inmediatamente después, lanzó la cuerda que llevaba atada al cuello por una pared de unos catorce metros de largo y comenzó a bajar con cuidado para adentrarse en el recinto portuario.

Aquello le llevó más tiempo del que pensaba. La cuerda le hacía daño en las manos y la pared parecía no tener fin. Cuando le quedaban dos metros por descender, el dolor era ya tan insoportable que prefirió saltar y que sufrieran sus rodillas en lugar de las palmas de las manos.

Dolorido, se obligó a recomponerse cuanto antes por miedo a que un policía reparara en su presencia. De un vistazo rápido estudió todas las posibilidades y estimó que era mejor no saltar al barco directamente, sino probar algo diferente. Hacer lo mismo una y otra vez le había llevado a ser previsible y que le detectaran con facilidad. Debía hacer algo nuevo.

Cerca de él había un camión de transporte haciendo cola

para subir a un ferri de Transmediterránea. No tenía ni la más remota idea de cuál era el destino del barco, pero le pareció oportuno introducirse debajo del enorme vehículo para pasar desapercibido.

Con la adrenalina hasta los topes, Ibrahim corrió hasta el camión y se deslizó por los bajos para colocarse entre las ruedas delanteras y el motor. El corazón le latía rápido. Casi a la misma velocidad que le palpitaban las manos. Todavía las tenía dañadas por el roce de la cuerda cuando las sometió a otro maratón de resistencia.

En absoluto silencio, aguantó en una postura que solo se podía permitir un contorsionista durante una media hora, y consiguió entrar en el ferri. No quería cantar victoria. Sabía que en cualquier momento un policía o un miembro de la tripulación podría localizarle y echarle de allí. Pero, en el fondo de su corazón, sabía que esta vez era la definitiva.

* * *

Málaga, Dependencia Provincial de Aduanas, cinco y media de la tarde

El aire abrasaba en la avenida Manuel Agustín Heredia como si en lugar de en Málaga se hubieran teletransportado a Mercurio. Las góndolas de pasajeros de la noria estaban completamente vacías, al igual que la avenida y las terrazas. No había ni un alma, nacional o extranjera, que se atreviera a salir a la calle. Por no haber, no había ni moscas zumbando sobre los bidones de basura. Ni siquiera los insectos consideraban aquel hábitat como idóneo para el desarrollo de su especie.

Aquel viento leve pero impecable removía hasta los cimientos y era capaz de transformar a la capital de la Costa del Sol en una ciudad posapocalíptica.

Ni la proximidad del mar aliviaba la temperatura, que a aquellas horas rozaba los cuarenta y dos grados, algo más si habías consumido recientemente lentejas, como era el caso de Romero, que si no había entrado todavía en combustión

espontánea era de puro milagro.

En cuanto abandonó el coche patrulla, se dio cuenta de que el cinturón de seguridad le había dejado una marca de sudor que cruzaba desde su hombro izquierdo hasta la zona derecha de su cintura. Una mancha que se asemejaba a la cinta que podía llevar una modelo en un certamen de belleza. Con más buena fe que maña, intentó generar una corriente de aire agitando la camisa para secarla sin demasiado éxito.

A los cinco minutos, tuvo la certeza de que tendría que entrar al edificio de Aduanas como si fuese la reciente ganadora de Miss Pelo Bonito.

Ligeramente ruborizado, el cabo recorrió los apenas cincuenta metros que separaban su automóvil de las instalaciones portuarias con la esperanza de que nadie se diera cuenta. Cosa que consiguió por la ausencia de público más que por su destreza.

Una vez que se orientó en el edificio, buscó a la persona adecuada para preguntar sobre la entrada y salida de contenedores marítimos, y las cosas empezaron a complicarse.

—No tenemos constancia de ningún contenedor con ese número de serie —le dijo el joven que le atendió.

—Se tiene que tratar de un error. ¿Lo ha anotado bien? Número 35904 —insistió sorprendido Romero.

—Sí, sí, lo he comprobado varias veces y no nos aparece nada con esa referencia.

—Perdone que insista, pero forma parte de una investigación —dijo sacando la imagen ampliada que le habían facilitado en Comandancia—. Este contenedor salió ayer del puerto a las cinco y cuarto de la tarde, como puede ver en la fotografía, ¿cómo es posible que no esté registrado el barco de procedencia o lo que contenía?

—No lo sé, desde luego no es lo normal. Tal vez se trate de un error humano. Es todo lo que le puedo decir.

Al cabo aquello le olía mal. En aquella época digital era muy difícil que se dieran ese tipo de anomalías. Además, le resultaba excesivamente sospechoso que justo se hubiera

cometido un error con una mercancía que nunca apareció en el escenario de un crimen. Para él, solo existía una explicación lógica, aunque dolorosa; que hubiera trabajadores del puerto y agentes de aduanas corruptos.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, siete de la tarde

En el mismo momento en que la patrulla de la Guardia Civil entró en la Cañada de Hidum, a un chico de unos diez años se le escapó de la mano un globo con la cara de Pikachu y, en cuestión de segundos, se instaló en las alturas de Melilla, desde donde tenía una vista privilegiada.

—Ya saben que estamos aquí, mi teniente —dijo Zaida mientras giraba el volante a la izquierda por una de las estrechas calles del barrio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó confusa Lucía Gutiérrez.

—El chico que ha perdido el globo, no lo ha perdido. Es un aviso de que la policía está aquí —le explicó la joven agente ante la cara de incredulidad de la oficial. Consciente de ello, Zaida se explicó—: Me crie aquí.

Lucía se fijó en ella. Hasta entonces ni siquiera se había dado cuenta de la cantidad de obstáculos que tenía que haber sorteado Zaida para llegar hasta allí. Si ser mujer en la Guardia Civil ya suponía un reto, ser además de origen marroquí y procedente de un barrio como la Cañada tuvo que ser una epopeya. No la conocía lo suficiente, pero intuía que tenía que ser igual de obstinada que ella para no haberse venido abajo durante estos años.

—Como se habrá dado cuenta, no es un barrio fácil. Casi todas las casas fueron construidas por inmigrantes, como mis padres, que llegaron a Melilla sin papeles. Por eso tiene este aspecto caótico. Como la mayoría no pueden pagar la luz, edifican lo más cerca posible de las farolas. Hay hostias por conseguir una parcela cerca del alumbrado público. Es como para los pijos conseguir una casa en primera línea de

playa.

La observación le provocó una sonrisa a Lucía Gutiérrez. Se sentía cómoda ante aquellos que no se presentaban como víctimas, sino que tenían la capacidad de reírse de sí mismos.

—¿Y qué sabes de la mezquita Blanca? ¿Qué pinta en tu barrio? —quiso saber la teniente.

—En realidad se llama mezquita de Al Salam y es de corte salafista, una de las ramas más conservadoras del Islam. Todo el mundo en el barrio la llama la «mezquita de los barbudos», ya se puede imaginar el motivo; todos los que van tienen barbas. Y no es una casualidad que estén aquí. Su objetivo es captar a adolescentes para que vayan a Siria o atenten en ciudades europeas. Uno de los detenidos por los ataques de Barcelona era de aquí y había sido reclutado en la mezquita Blanca. Y no fue el único. Ha habido más. Unos cuantos más. Este barrio fabrica en cantidades industriales pobreza y jóvenes frustrados. Justo la clase de persona que ellos necesitan para señalarles un culpable y convencerles de que la única posibilidad de aspirar a una vida mejor es sacrificarse por la causa.

—¿Así de fácil? —preguntó Lucía, a quien le costaba entender que aquellos chicos pasaran de una situación en riesgo de exclusión a querer inmolarse en tan poco tiempo.

—Nadie sabe bien lo que pasa dentro de la mezquita Blanca. Todos tienen miedo a contarlo y sufrir represalias. Como dijo Fátima en el interrogatorio, parece que de primeras se acercan a ellos con dinero. Después, los premios se intensifican. Cuantas más veces vas a la mezquita, mejores son los regalos. Ismail, un amigo de mi hermano, me dijo que a él una vez le llegaron a ofrecer un coche.

—¿Estuvo en la mezquita Blanca? —dijo Lucía con curiosidad.

—Sí, cinco meses, pero pudo huir antes de que lo enviaran a Siria. Ahora vive en Valencia y trabaja en una pizzería. Lo pasó muy mal. Dice que una vez que entras, no hay escapatoria. Al igual que Fátima, insiste en que te comen el tarro. Al parecer es un proceso lento, de años, a

través del cual van transformando poco a poco tu mente. Después de los regalos, te apartan de tu familia para que pierdas por completo la perspectiva.

—Como una secta —concluyó Lucía.

La conversación se cortó abruptamente en el momento en que Zaida estacionó el coche patrulla frente a la mezquita de Al Salam. La jueza Andrade, como suponía Lucía, no había puesto ninguna pega en ordenar un registro allí y en el domicilio de los hermanos Iberdrola. La teniente intuía que, si por ella fuera, registraría hasta la casa de Zinedine Zidane.

Las agentes bajaron del vehículo casi al mismo tiempo que los otros quince guardias civiles incluidos en el operativo. Desde fuera, la mezquita salafista no parecía el lugar terrible que le había descrito Zaida. De hecho, ni siquiera se asemejaba a otras mezquitas que había visto antes. Se parecía más a una casa o un restaurante marroquí mediocre. Costaba creer que allí dentro prepararan a terroristas y no un cuscús de medio pelo.

Algo desilusionada con la modesta puesta en escena, al menos se congratuló de que en la calle hiciera mucho menos calor que en Málaga. Eso sí, aunque hubiese dejado atrás el terral, había recuperado la dichosa humedad. Tenía ya en la punta de la lengua una nueva queja cuando un fuerte olor a quemado sorprendió a la teniente.

—¿A qué huele? —quiso saber Lucía.

—Ya le dije que sabían que veníamos —respondió Zaida señalando un par de contenedores próximos que estaban ardiendo.

Una pareja de guardias civiles se acercó y comprobó que lo que se estaba carbonizando eran papeles y documentos. A plena luz del día. En la calle. Sin ningún tipo de pudor. Como una clara provocación. O mucho se equivocaba Lucía o no iban a encontrar absolutamente nada de interés en la mezquita.

Angustiada ante la idea de que el operativo fuera un fracaso, ordenó a sus hombres dividir esfuerzos; la mitad se quedaría allí intentando dar con algo de interés que no

hubiera sido reducido a cenizas, y el resto la acompañarían a registrar la vivienda de los hermanos Iberdrola.

Según dio la orden, advirtió que no hubiera estado mal también darles un mensaje de ánimo, pero la idea le duró menos que un cigarrillo en la mano.

—¡Y que alguien apague ese puto fuego! —dijo antes de entrar de nuevo en el coche patrulla junto a Zaida, dejando en el aire un rencor tan espeso como la humedad.

* * *

Algún lugar de Algeciras, siete y cuarto de la tarde

La bolsa en la cabeza apenas permitía respirar a Susi, sin embargo, a ella solo le preocupaba una cosa. O más bien dos: matar a Julie de una forma lenta y dolorosa o hacerlo rápido de un navajazo. No era una decisión fácil. Consideraba que merecía una muerte sádica a la altura del dolor que aquella perra francesa, o belga, o de dónde coño fuera le había provocado a Charlie. Pero al mismo tiempo, tenía tantas ganas de acabar con ella que no tenía claro si, llegado el momento, albergaría la paciencia suficiente para mantenerla con vida. Ya le había costado horrores contenerse durante las dos horas y media que estuvo esperándola en la puerta de un prestamista a que le dieran el dinero. Si aún no le había rebanado el cuello, era porque quería proteger a Charlie. No era una buena idea presentarse ante el Tuerto con el cadáver de Julie. Tendría que esperar un poco más y quitársela de en medio en cuanto estuvieran a salvo. Lo único que tenía claro es que no la enterraría. No se merecía ese privilegio. Echaría el cuerpo a los cerdos y que ellos se ocuparan de él bocado a bocado. Los guarros sí tenían paciencia, ella no.

El vehículo llegó a su destino y los matones del Tuerto las guiaron de nuevo hasta el sótano. El mismo paseo que habían hecho horas antes, ahora le resultó eterno a Susi, que era consciente de que cada minuto que se retrasaban jugaba en contra de las falanges de Charlie.

Los cuarenta y cinco segundos que tardaron en retirarle la bolsa de la cabeza fueron los peores de su vida. La imagen de un muñón sangriento ocupó su mente en aquel escaso minuto de incertidumbre. No quería ver eso. Le quería demasiado. Habría dado todo su dinero y los cinco gramos de cocaína que tenía en el bolsillo del pantalón por tener cualquier otra premonición. Por ejemplo, ellos dos en una casa en el campo, alejados de Algeciras y de los señores de la droga, viendo una puesta de sol o el nacimiento de una cabrita. Pero era imposible. Solo era capaz de ver un muñón sangrando. Parecía que de alguna manera le deseaba ese final. Y no era así. Al contrario.

En el momento en que se desprendió de la bolsa y pudo ver, Susi se encontró un panorama algo más amable que el que había proyectado en su mente. El Tuerto estaba sentado en una silla de mimbre y observaba al cachorro de lebrel jugar y morder un dedo. Cerca de ellos, desmayado en el suelo, Charlie teñía de rojo el suelo al no poder contener la hemorragia que emanaba de su mano izquierda.

Susi quiso gritar. Y llorar. Y darle una patada al perro. Sin embargo, contó hasta tres y decidió que antes de matar a Julie le cortaría los mismos dedos que había perdido él. Pensar en aquella mujer agonizando de dolor la relajó.

—¡Menos mal que habéis venido! Si le tenemos que cortar otro dedo, nos habríais jodido el chiste —dijo el Tuerto simulando una pistola con el pulgar y el índice, que eran justo los dos únicos dedos de la mano izquierda que conservaba aquel pobre desgraciado—. Con esa pipa, ahora sí que parece peligroso —se siguió burlando el anciano de Charlie mientras Susi se cocía en su propio jugo.

—Tus hombres han contado el dinero. Está todo en orden —dijo altiva Julie, que no estaba dispuesta a perder la batalla de las apariencias y a mostrarse impresionada con lo que acababa de suceder.

—Me alegra oírlo. Esta noche tendrás tu coartada. Ha sido un placer hacer negocios contigo —se despidió el anciano recogiendo al cachorro del suelo—. No te metas mierdas en la boca, Curro, que luego te cagas vivo —le dijo

al perrito arrancándole el trozo de dedo de los dientes y tirándolo al suelo con desprecio.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, siete y media de la tarde

—¡A la de tres! —señaló Lucía Gutiérrez a un par de agentes que sostenían un ariete frente a una puerta, después de haber llamado en repetidas ocasiones y que nadie les abriera.

La teniente llevó la cuenta atrás y en cuanto los dos guardias civiles escucharon de su boca la palabra «uno», reventaron la puerta. Con un simple gesto de mano de la oficial, los policías entraron en la humilde vivienda prefabricada armados y de uno en uno.

Según fueron revisando el domicilio, descubrieron que las habitaciones estaban desordenadas; había papeles en el suelo, los cajones de las consolas y las puertas de los armarios estaban abiertos de par en par y la televisión permanecía encendida. Daba la impresión de que hasta hacía muy poco tiempo los hermanos Iberdrola habían estado allí echando la tarde entretenidos con las conexiones de *España Directo*.

—Aquí no hay nada, mi teniente. Estos también estaban avisados —dijo uno de los agentes al comprobar que las únicas pruebas que había allí eran catálogos antiguos de supermercados y cupones de descuentos de Telepizza.

A Lucía Gutiérrez la noticia no le impresionó. Desde que vio los bidones ardiendo en la mezquita, ya se olía que aquel operativo estaba destinado al fracaso. No obstante, a pesar de esperarlo, confiaba al menos en poder interrogar a alguno de los dos hermanos. Cualquier cosa antes que volver a Málaga con las manos vacías y quedar a merced de la jueza Andrade.

En cualquier otro momento de su vida, aquel revés no le hubiera supuesto ningún problema. Nada que no pudiera resolver con un cigarro y un doble de cerveza. Pero no era

un momento cualquiera. ¿Cómo se superaban ahora los contratiempos sin la ayuda del alcohol? ¿Cómo se podía minimizar aquel fiasco en Melilla sin tan siquiera poder echarse un triste tinto de verano a la boca? ¿Cómo se luchaba contra las decepciones sin poder evadirse? No tenía ni idea de cómo lo hacía la gente normal y corriente, pero a ella solo se le ocurrió una forma.

—¿Podemos ver Netflix esta noche? —preguntó Lucía en cuanto Juan descolgó el teléfono.

* * *

Málaga, muelle de Levante, nueve de la noche

Hasta que Ibrahim no tuvo la seguridad de que habían salido del ferri, no se soltó de los bajos del camión.

Ya a cielo abierto, el muchacho contempló la puesta de sol sobre la bahía de Málaga e inmediatamente tuvo claro que aquello se asemejaba más a su idea del primer mundo que lo que había visto hasta entonces. Los edificios, las luces, los enormes transatlánticos… Todo allí era más grande y bonito que en Melilla.

En la distancia vio a algunos agentes de la Guardia Civil y decidió ponerse en marcha antes de que se dieran cuenta de su presencia. Caminó en dirección a La Farola, como si fuese un barco perdido en la niebla y, desde allí, se internó en el paseo del Muelle Uno. En un abrir y cerrar de ojos, aparecieron ante él una gran cantidad de yates y barcos de recreo de lujo. Estaban atracados frente a restaurantes y centenares de tiendas. La música sonaba fuerte por los altavoces y todo el mundo parecía divertido, como si la vida fuera una fiesta. Ibrahim los miraba embelesado. Para él, el capitalismo era lo que para los chicos de La Purísima el pegamento: le colocaba profundamente.

* * *

Málaga, barrio de El Palo, diez de la noche

Juan sacó las palomitas del microondas entre aspavientos mudos. Estaban todavía calientes y la bolsa le quemaba las manos, pero no quería quejarse en voz alta y que le escuchara Lucía. Después de colocarlas en un cuenco, las llevó al salón.

Allí sorprendió a la oficial de la Guardia Civil mirando fijamente la pantalla, intentando sin éxito decidirse por alguna serie de las que ofrecía el inabarcable catálogo de Netflix.

—No soy capaz de elegir nada. Me rindo —confesó Lucía, superada por la amplia oferta.

—¿Has visto *Happy Valley*? La protagonista me recuerda un poco a ti —dijo Juan dejando las palomitas sobre la mesa—. Es una serie inglesa sobre una policía con un carácter… peculiar.

A Lucía le gustó cómo pronunció *peculiar*. Lo dijo con cariño y cierta picardía. Nada que ver con el tono de rencor o desprecio con el que estaba acostumbrada a oírselo a sus compañeros de trabajo. Todo en aquel hombre le hacía sentir cómoda. Tanto que se empezó a arrepentir de haberse traído unas bragas viejas con el elástico vencido y no unas un poco más resultonas con las que aparentar durante unos minutos que era una mujer seductora. Ya era demasiado tarde. No había tiempo para postureos. Después de todo, la había visto echarles la bronca a unos exalcohólicos en mitad de una terapia, verla ahora con ropa interior fea no iba a ser mucho peor. Las cartas estaban sobre la mesa.

—No tengo claro si es un cumplido o todo lo contrario —dijo entre despreocupada y engatusadora, un terreno que no franqueaba desde hacía mucho, pero por el que se movía con soltura.

—Solo hay una forma de comprobarlo, ¿no te parece? —afirmó él después de seleccionar *Happy Valley* para ver el capítulo.

El primer episodio echó a andar mientras Juan cogía

palomitas con la mano y se las llevaba a la boca. A Lucía le quedó claro con aquel gesto que no iban a valer las sutilezas con él y que tendría que ser mucho más directa. Era de ese tipo de hombres al que llamabas para ver la tele juntos desde el culo del mundo y creía de verdad que habíais quedado para ver una serie.

—Me encantan las series inglesas, ¿y a ti? —preguntó Juan.

—Yo soy más de follar —contestó Lucía mirándole fijamente.

Aquella confesión le dejó algo descolocado. Consciente de ello, Lucía pasó al ataque y se acercó a él para besarle. Su boca se abrió a cámara lenta y, en el último momento, Juan se apartó.

—No es que no me gustes —dijo nervioso—. Pero no es una buena idea que dos alcohólicos se líen.

—¿Por qué? —quiso saber Lucía.

—Porque tenemos los mismos malos hábitos. Ya es bastante difícil luchar con los míos como para tener que enfrentarme también a los tuyos.

—Espera, espera… Que te quede claro; no necesito que me rescates, solo quiero pasarlo bien esta noche.

—Lo sé, y en cualquier otro momento de mi vida, yo también querría. Pero tienes que creerme, no es buena idea. Todo lo que te puedo ofrecer ahora mismo es ser tu padrino en Alcohólicos Anónimos. Animarte a que vengas a terapia y ofrecerte Netflix los días que te encuentres mal.

Lucía no necesitaba una serie. O un padrino. Necesitaba un polvo. Y que le dijesen guarradas al oído. Sentirse deseada ahora que solo tenía desprecio por ella misma. Y si él no era capaz de ver eso, es que no tenía ni idea de cómo ayudar a una alcohólica.

Hubiera deseado marcharse de allí en aquel mismo momento. Tener las fuerzas necesarias para levantarse y tirarle el cuenco de palomitas por la cabeza. Gritarle que era un corta rollos. Un cretino. Un curilla de pueblo. Ansiaba demostrarle que era el tipo de mujer que, en cuanto saliera de esa casa, tendría otros veinte planes

maravillosos esperándola. Pero lo cierto es que ni tenía fuerzas ni tenía otros planes. No tenía nada, salvo toneladas de frustración.

Así que permaneció a su lado, hundida en el sillón, atenta a la serie y comiendo palomitas.

* * *

Algeciras, Cortijo Real, once de la noche

Susi todavía le estaba vendando la mano a Charlie cuando los hombres del Tuerto aparecieron en el número 45 de la calle Concordia. Sin dejar de mimar el miembro amputado de su pareja, no quiso quitar ojo a lo que estaba pasando fuera de la nave. En su cabeza era una sofisticada espía; discreta y camaleónica. En la realidad, se comportaba como una desquiciada que no dejaba de mirar fijamente a la calle sin tan siquiera pestañear.

Con los abiertos de par en par, comprobó cómo del vehículo en el que horas antes les habían transportado a ellos, los matones sacaron una docena de cajas y las depositaron en el suelo.

—A partir de ahora es cosa tuya —le dijo el que parecía el cabecilla a Julie antes de arrancar el vehículo y marcharse de allí.

Era noche profunda en el Campo de Gibraltar. Con la caída del sol, casi se podía decir que la temperatura era agradable. En el resto del polígono todavía se seguía trabajando, así que Julie les metió prisa a Susi y Charlie para que las cargaran y las metieran en el *container*. No quería cometer ningún desliz. Se jugaba demasiado.

En la distancia vio farfullar a la pareja de yonquis e imaginó que estarían conspirando contra ella. Con el Tuerto y sus hombres fuera de juego, sabía que era cuestión de tiempo que uno de ellos la atacara y se tomara la justicia por su mano. Así que decidió poner en marcha la segunda parte de su plan y evitar sobresaltos desagradables como el de Lucrecia y su marido. La vida le había dado una valiosa

lección hacía bien poco; era mejor pecar de desconfiada que de ser gilipollas.

Mientras Susi y Charlie estaban en la calle cargando cajas, Julie se acercó hasta la pared donde estaban colgadas las herramientas y tomó apresuradamente un destornillador de punta de estrella, que ocultó en la manga de su camisa.

En pocos minutos, la pareja había terminado con el encargo y los tres se empezaron a tantear en la distancia, echándose miradas de desconfianza los unos a los otros, como un duelo en un wéstern italiano.

Aquella suerte de «el bueno, el feo y el malo» se vio pronto interrumpida cuando Susi tomó una decisión sobre la marcha: mataría a esa mujer ahora. Se lo debía a Charlie. Y aquel era un momento tan bueno como cualquier otro.

Con el canto de las chicharras como compañía en lugar de la música de Morricone, la politoxicómana desafió a la belga por última vez.

—¿Y ahora qué, jefa? —Mostró Susi sus deteriorados dientes a modo de sonrisa mientras sacaba del bolsillo una navaja y se abalanzaba sobre ella enloquecida.

Aunque se trató de una maniobra inesperada, a Julie no le pilló por sorpresa. Estaba esperando una reacción como aquella desde hacía mucho tiempo. Así que, en cuanto la vio acercarse, le propinó una patada en el abdomen sin ningún tipo de remilgo.

El golpe seco la tumbó en el suelo tal y como había previsto. El peso de su enemiga no estaba a la altura de su ira. Era como una mosca. Tenía más convicción que fuerza. Sin permitirle reacción alguna, recuperó de la manga de su camisa el destornillador y se tiró en plancha hacia ella.

Charlie acudió urgentemente en su auxilio. No tenía muchas fuerzas, pero no estaba dispuesto a dejarla sola. Si algo le pasaba, no se lo perdonaría jamás.

No obstante, su voluntarismo no evitó que Julie le clavara en un ojo el destornillador a su amada. Aquella imagen espeluznante le paralizó. Quería gritar y ni siquiera eso podía hacer. Por mucho que le desagradara, no podía dejar de mirar la herramienta sumergida en una mezcla de

sangre y vísceras. Parecía un mal viaje, como el que tuvo la primera vez que probó la heroína. Sentía que necesitaba despertarse, pero no sabía de qué.

Con los instintos dormidos, el pobre hombre buscó un arma en el suelo con la que llevar a cabo su venganza, pero antes de que se pudiera agachar, Julie se adelantó y le quitó la navaja a Susi. Con ella en la mano le asestó primero una cuchillada en el hombro y, posteriormente, un puñetazo en la cara, que le dejó prácticamente KO. Su cuerpo era igual de volátil que el de su pareja y más que los nudillos de la belga, fue la propia gravedad quien le tumbó.

La versión algecireña de Romeo y Julieta se lamentaba herida en el suelo. Al borde del desmayo, Charlie reptó con los codos y las rodillas para tratar de acercarse a Susi y consolarla en aquella hora fatal.

Ajena a la heroicidad y las muestras de cariño de la pareja, Julie se dirigió al *container* y abrió de mala gana una de las cajas que habían traído los hombres del Tuerto. De ella tomó una pistola y le colocó un silenciador.

Cuando regresó, Susi ya había perdido el conocimiento mientras Charlie le imploraba perdón. Le pedía una y otra vez que les dejara marchar, que no la molestarían nunca más. Lo hacía tan seguido que su voz era igual de irritante que el canto de las chicharras.

Cansada de oírle, Julie no titubeó y se acercó para rematarlos con sendos disparos. Solo cuando certificó que estaban ya sin vida, dejó de presionar el gatillo.

Satisfecha, decidió que antes de deshacerse de ellos, se había ganado el derecho a fumarse un mentolado. Necesitaba una recompensa que estuviera a la altura de aquel día de perros.

Con un coraje que no la acompañaba desde hacía muchos años, dejó allí los cuerpos, bajó la persiana de la nave y salió en busca de una máquina de tabaco.

Tercer día de terral

-Viernes 3 de agosto de 2018-

«Unos le rezan a Dios y otros le rezan a Alá
y otros se quedan *callaos* que es su forma de rezar».

Málaga, barrio de El Palo, doce de la noche

Los títulos de crédito aparecieron en la pantalla sembrando el inicio de una incómoda despedida. El segundo capítulo de *Happy Valley* había terminado y Lucía sabía que no podía seguir por más tiempo en aquella casa. El sofá de Juan le empezaba a resultar molesto. Tanto como su diminuto salón o aquella estúpida serie inglesa. Todo dentro de aquellas cuatro paredes había perdido su encanto inicial, hasta sus manos nervudas que hacía no tanto tiempo idolatraba y fantaseaba con convertir en un refugio de fin semana, ahora le parecían simple y llanamente una artritis degenerativa.

—¿Qué? ¿Era cosa mía o eres igual que la sargento Catherine Cawood? —le preguntó con su voz metálica de fumador.

Por primera vez el tono de Juan le chirrió. Le pareció excesivamente desagradable, como si los fonemas que salían de su boca desprendieran óxido y hierro. Resultaba curioso que todo lo que le había parecido atractivo hasta hacía bien poco ahora le causara un profundo rechazo. Su ridícula voz, sus manos deformadas, su molesto sofá… Todo le era irritante. Puede que no fuese casualidad, sino una especie de reacción alérgica al rechazo. Las pocas veces que un hombre le había negado un beso, tendía a llenarse de

razones para convencerse de que en realidad era lo mejor que le podía haber pasado. Sin duda, le resultaba más fácil encajar que era Juan el que no estaba a la altura de las circunstancias. No podía asumir más imperfecciones. Era alcohólica. Era una madre terrible. Era una enchufada en la Guardia Civil. Si la vida le despojaba también del poder de seducción que había tenido siempre, ¿qué le quedaba? Prácticamente nada. Esperar la menopausia y apuntarse a bailes de salón, o a un club de lectura, o a lo que hiciera la gente que ya estaba desahuciada. Ni siquiera ella podía lidiar con tantas decepciones.

—Siento lo de antes —dijo Juan al reconocer en los ojos de Lucía el desengaño que estaba experimentando.

—No me pidas perdón, casi es más jodido que lo hagas a que me rechaces. Es… es como si te diera pena —quiso pararle los pies antes de sentirse como la protagonista de un anuncio de Intermón Oxfam.

—Lo siento, no quería…

—¿Puedes dejar de disculparte? —le volvió a interrumpir, al darse cuenta de que definitivamente se había convertido para él en una especie de exiliada libanesa vagando famélica por un campo de refugiados de la que tenía que apiadarse.

Y no quería ser esa persona. No quería dar pena o que la compadecieran, al menos no esa noche en la que ansiaba sentirse poderosa. Deseada. Sexual. Fingir por un momento que no tenía más problemas en la vida que correrse un par de veces en media hora.

—Será mejor que me vaya…

—El año pasado estuve a punto de matar a mi hijo de cinco años —alzó la voz Juan cuando Lucía se puso de pie.

—De verdad, no es necesario…

—Lo recogí en el colegio, completamente borracho, y lo subí en el coche. Era una distancia corta. No más de ocho minutos hasta casa. Y aun así me empotré contra un árbol. No le pasó nada de milagro, pero me retiraron la custodia. Aunque me veas aquí, sigo en ese coche, en esos ocho minutos, odiándome por no haber podido dejar de beber ni

para llevar al niño a casa. Si consigo estar otro año sobrio, tal vez el juez me permita volverle a ver y pedirle perdón.

Lucía no supo qué decir. Aquella historia le había caído por sorpresa como una brusca gota fría. Ella, que solo quería tapar su angustia con un poco de sexo, estaba siendo ahora testigo del derrumbe de otra persona. Costaba creer que en aquel pequeño salón cupieran tantos litros de desgracia.

La teniente le miró y entendió que no existían palabras que le pudieran consolar. Así que se acercó a él y le besó. Sin lengua. Sin morbo. Uno y otro rozaron sus labios reconfortándose, abriendo un minúsculo paraguas que detuviera la tormenta por unos segundos. Esta vez Juan no se apartó y ella perseveró en el beso, intercambiando saliva y compasión. Las distancias de sus cuerpos se redujeron y casi atisbaron el perdón en aquella cálida cercanía.

—¿Te veré mañana en terapia? —preguntó en cuanto la teniente separó su cuerpo y su boca.

—Si tú no me llevas en coche, creo que sí.

Juan se quedó serio un instante, desconcertado, intentando decidir si Lucía había traspasado los límites o no con aquel comentario y, después de considerarlo, rompió a reír con ella. Al fin y al cabo, aquel chiste no iba a hacer más dramática su vida. En cuanto Lucía abandonara su casa, volvería a sus fatídicos ocho minutos y a su rutina de hombre atormentado. Aquella mujer, que se parecía más de lo que quería admitir a la protagonista de *Happy Valley*, era del todo imprevisible y estaba seguro de que le iba a complicar la existencia.

Demoraron la despedida un rato más hablando en la puerta, convenciéndose el uno al otro de que nunca más se besarían y que estaban preparados para afrontar una madura relación de amistad. La clase de mentira que se cuentan los adultos para hacer creer que son más prudentes de lo que verdaderamente son, para persuadirse de que ya no son adolescentes que se dejan arrastrar por las bajas pasiones. Un bulo necesario para poder seguir mirándose en el espejo y sentir que el paso del tiempo no solo les ha

dejado canas en el pelo, sino también una remota idea de lo que quieren hacer con sus vidas.

Después de aquel intercambio de embustes, Lucía se marchó a casa prometiéndole una vez más que mañana le vería en la playa.

Sabía que no era una cita, que en La Malagueta le esperarían otras diez personas más con los mismos problemas que ellos, sin embargo, era agradable pensar que iba a volver a verle, a seguir conociéndole. ¿A qué se dedicaba? ¿Cuándo se había divorciado? ¿Cómo se llamaba su hijo? ¿Qué hacía además de ver Netflix? No sabía apenas nada de él, salvo que se sentía cómoda a su lado.

En el momento en que puso un pie en la calle, el terral destruyó aquella agradable sensación de coqueteo quinceañero. A pesar de que ya era de madrugada, el calor no cesaba. Era la única constante de aquella ciudad en la que casi nada lograba sobrevivir más allá de un día. A nadie le extrañaba que uno de sus emblemas fuera precisamente la biznaga; un esfuerzo ímprobo por hacer una flor a base de cientos de jazmines que no resistía más de una noche.

El trayecto en coche de El Palo hasta su casa fue agradable. Las palmeras del paseo marítimo se agitaban con el viento de terral. A esas horas Málaga le recordaba a Los Ángeles, a aquellas novelas negras de Raymond Chandler protagonizadas por Philip Marlowe que leía de adolescente. Era un escenario maravilloso para fabricar ganadores y, sin embargo, estaba llena de perdedores como ella o Juan.

En menos de un cuarto de hora, llegó a casa transpirando con la intención de darse una ducha fría y acostarse, pero pronto sus planes cambiaron al descubrir que Claudia no estaba en la vivienda.

—¿Dónde estás? —preguntó cuando escuchó la voz de su hija al otro lado del teléfono.

—He quedado con las niñas para ver una peli. No volveré muy tarde.

Lucía podía escuchar a través del móvil la música, los gritos entusiastas de otros adolescentes, los hielos cayendo

en vasos de tubo… Casi podía saborear el ron-cola de garrafón que se estaba bebiendo Claudia mientras hablaba con ella.

Y se asustó.

Por un momento consideró que tenía que decirle que volviera a casa, que se tomara la pubertad con más calma, que no hacía falta que saliera todas las noches. No tenía que demostrarle nada a nadie, especialmente a aquellas amigas que antes de que acabara el verano ya se habrían olvidado de ella. Le hubiera gustado darle un consejo o castigarla, hacer cualquier cosa que ella pudiera traducir en un «no acabes como yo». Pero tenía tanto miedo a lo que Claudia pudiera responder que no se atrevió ni tan siquiera a poner en evidencia la mentira de su hija.

—Vale, disfrutad de la película.

Lucía se encendió un pitillo y salió al balcón. El terral no dejaba de soplar, moviendo toneladas de aire caliente por toda la ciudad y complicando el sueño de los malagueños. En el edificio de enfrente, encontró a una pareja que había decidido sacar un colchón hinchable a la terraza, cansados tanto del aire acondicionado como del calor asfixiante cuando lo apagaban. Después de extenderlo en el suelo, el matrimonio se tumbó y esperaron allí la salida del sol como dos estatuas egipcias.

La teniente no había dado ni dos caladas cuando decidió que aquella noche haría lo mismo que ellos. En parte para sentir algo de fresco, pero sobre todo para no tener que escuchar los vómitos de su hija cuando llegara a casa.

* * *

Algeciras, Parque Natural Los Alcornocales, dos de la madrugada

Julie tuvo que poner las luces largas cuando la niebla cubrió por completo la carretera que atravesaba el Parque Natural de Los Alcornocales a la altura de Huerta Grande. Para su asombro, aquel rincón caluroso y húmedo del sur

de Europa alojaba uno de los bosques de alcornocales más grandes del mundo. Durante su estancia en Algeciras había tenido la sensación de estar en un lugar seco y árido, sin embargo, allí todo era salvajemente verde y umbrío.

Una curva muy cerrada la obligó a maniobrar con destreza. Al salir de ella, el camino se estrechó dando lugar a un espléndido vergel que le hizo creer que estaba lo suficientemente alejada de los senderos turísticos. Convencida de que había llegado a su destino, dejó la carretera a un lado y se internó en la espesura de aquella réplica mediterránea de una jungla amazónica hasta que las ruedas del vehículo dijeron basta y quedaron atrapadas entre las raíces de los árboles. Con el vehículo inmovilizado, Julie decidió bajar del coche y estudiar la zona.

A pocos metros, una hembra de venado permanecía acostada en posición horizontal. Lo primero que pensó al verla paralizada y apartada del resto del grupo es que tendría algún tipo de lesión en las patas que le impedía caminar y huir. Después de acercarse un poco más, se dio cuenta de que realmente estaba allí dando a luz.

Ajena a la presencia de la belga, la cierva continuó con el parto. En cuanto aparecieron las patas de la cría envueltas en la placenta, la hembra se puso de pie e hizo fuerza para expulsarla. En cuestión de segundos, la bolsa cayó al suelo y una nueva vida llegó al bosque. Por puro instinto, el animal se comió la placenta y los demás restos del nacimiento, e inmediatamente aseó al gabato con un par de lengüetazos.

Julie tuvo la tentación de acercarse a la cría al verla caer una y otra vez cuando trataba de ponerse en pie, pero antes de que lo pudiera hacer, la madre la agarró por el pescuezo con la ayuda de los dientes y se la llevó de allí.

Aquello le pareció una señal, si había algún lugar idóneo para enterrar los cuerpos de Susi y Charlie, era justo allí. No es que fuera especialmente mística o espiritual, a decir verdad, ni siquiera consultaba su horóscopo. Pero le parecía simbólico que en el mismo sitio donde un animal había

dado vida, ella enterrara a las dos personas a las que se la había quitado. Era como un ciclo, una forma de respetar la armonía del universo. O puede que simplemente utilizara aquella metáfora porque le ayudaba a sentirse menos miserable.

Julie corrió de vuelta al coche para coger una pala y se puso a cavar. Se notaba que estaba en plena forma y que las clases de pilates le cundían. Retiraba tierra casi sin esfuerzo. A un ritmo constante. Sin pausas. En hora y media ya había conseguido crear un hoyo de dimensiones aceptables para enterrar a la pareja de yonquis.

Sin perder más tiempo, empujó los cuerpos, uno a uno, hasta la zanja y los contempló una última vez antes de cubrirles de tierra. Aunque ella no era consciente, en parte había cumplido la última voluntad de Susi: vivir en el campo en compañía de su leal Charlie, en un entorno idílico, alejados para siempre de las drogas. Lo que nunca pudo adivinar es que lo haría enterrada bajo tierra y con un destornillador de punta de estrella clavado en el ojo.

* * *

Málaga, Polígono Guadalhorce, tres de la madrugada

Pablo Sánchez estaba sudando como si fuese feo y le costase lo mismo que a los demás cumplir sus objetivos. El calor y los nervios habían creado un microclima insano dentro de su coche. Ni siquiera se atrevía a consultar la temperatura para no derrumbarse. Después de contar hasta tres mentalmente y secarse la frente con un pañuelo, tomó de la guantera un pasamontañas y se cubrió la cara.

—¡Vamos, Pablo, carajo! —se animó a sí mismo de una forma un tanto patética, dando incluso un golpe en el volante que hubiera provocado el aplauso sincero de cualquier *coach* de tres al cuarto.

Paradójicamente, aquel triste intento de insuflarse aliento pareció funcionarle y salió por fin del vehículo lleno de energía. Casi eufórico.

Las calles del polígono estaban vacías. El agente Sánchez caminaba rápido e iba dejando atrás un comercio chino tras otro. Como casi todas las ciudades por encima del medio millón de habitantes, Málaga también escondía una pequeña Chinatown. Estaba localizada a orillas del río Guadalhorce, en un polígono donde los comerciantes locales abandonaban cada día las naves por falta de rentabilidad y las ocupaban a toda velocidad mayoristas asiáticos. Una ocupación silenciosa que se extendía en otras zonas de la ciudad, como la carretera de Cádiz o el propio puerto de la ciudad, donde la mayoría de los contenedores que coloreaban el paisaje de la terminal de descarga eran de origen chino.

Sánchez apretó el paso y empezó a correr. Los rótulos de los comercios se sucedían a su paso. Estaban escritos en español y en chino y los había de todo tipo: de bisutería, moda, lencería, ropa infantil, ferretería y hasta de trajes de gitana. Aunque mucha gente todavía asociaba a aquella comunidad exclusivamente con los bazares de todo a cien, lo cierto es que habían diversificado ampliamente sus negocios.

El agente se paró frente a una nave que llevaba por nombre «Disfraces Wang». Sabía que tenía poco tiempo. Apenas unos diez minutos desde que saltaran las alarmas y llegara la policía. Así que tenía que ser rápido y metódico.

De una patada derribó la puerta del comercio e inmediatamente se activó el sonido de la alarma. Sánchez entró en la nave y se topó ante un almacén diáfano lleno de estanterías y cajas. Cualquier otro no hubiera sabido por dónde empezar, pero él se movía por el local como si hubiera estado allí muchas veces.

Dejó de lado las primeras filas destinadas a los mayoristas y se dirigió hasta un pasillo intermedio donde un cartel avisaba que estaban en una zona de venta al por menor. Decidido, tomó una caja en la que se leía «Trajes regionales» y salió corriendo del almacén.

Lo hizo a toda velocidad, evidenciando que siempre que podía se machacaba en el gimnasio. La policía todavía no se

había presentado en el polígono cuando Sánchez estaba ya en su coche depositando la caja de presuntos disfraces en el asiento del copiloto. Estuvo tentado de echarle un vistazo para comprobar que todo estaba en orden, pero en ese momento lo que primaba era escapar a toda prisa.

En el mismo momento en que se quitó el pasamontañas aliviado, alguien desde el exterior le tomó una fotografía. Era la misma persona que le había seguido en el puerto y en Los Asperones. Una mujer que sabía mantener la distancia exacta con él para que no sospechara y, a la vez, no perder ripio de todo lo que hacía.

Sin darse cuenta de que tenía una sombra pegada a él, el guardia civil arrancó el vehículo y se marchó de allí pensando que todo había salido bien.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, cinco de la madrugada

Desde que había vuelto de Málaga, Fátima se dedicaba exclusivamente a matar el tiempo. A ver la televisión sin verla del todo. A mirar por la ventana. A dar paseos sin rumbo fijo por el salón… Incluso darle de comer a su bebé o cambiarle los pañales se había convertido en tiempo muerto. Necesitaba matar las horas. Los minutos. Los segundos. Tenía que asesinarlos uno a uno y enterrarlos en una fosa común de momentos vacíos hasta que algún día, dentro de un año o quizás dos, el tiempo tuviera de nuevo algún tipo de valor para ella. Aunque fuese Yusuf el que había fallecido, a todos los efectos, el fantasma que vagaba por la casa era el de ella.

Durante su enésimo paseo por el salón, decidió que podría lapidar entre cinco y diez minutos haciéndose un té. No había llegado a muchas conclusiones desde que reconoció el cadáver decapitado de su marido, pero al menos tenía una cosa clara: el tiempo no pasaba si ella no lo aniquilaba. Debía ejecutar a sangre fría toda aquella intrascendencia si quería sobreponerse.

Fátima llenó de agua la tetera y esperó a que hirviera. La puso a fuego lento, con la intención de arañar algunos segundos extras al reloj. Como no dejaba de oír aquel espantoso silencio, caminó por la cocina de un lado a otro acompañada del sonido de sus zapatillas chocando contra el suelo.

En su deambular errante, advirtió cómo una de las baldosas se movía cuando pasaba sobre ella. Al no tener claro de cuál se trataba, hizo el mismo recorrido un par de veces hasta localizarla. Extrañada, Fátima levantó la losa y descubrió un par de teléfonos móviles ocultos.

No quería pensar mal de su esposo, ni mucho menos concederle a la guardia civil las sospechas de que pudiera estar planeando un atentado, pero lo cierto es que aquello no era normal. Entre ellos dos no había secretos y nunca había hecho referencia a esos teléfonos. Antes de dejarse llevar por las especulaciones, cotilleó la agenda de uno de ellos y se dio cuenta de que solo tenía un número. Llena de curiosidad, lo marcó y esperó a que alguien lo atendiera.

Pero nadie lo hizo.

Decepcionada, apuntó el prefijo que acompañaba el número y consultó en Google de qué país se trataba. En apenas un par de segundos obtuvo el resultado: Bélgica.

¿A quién conocía Yusuf en Bélgica?

* * *

Málaga, Paseo del Parque, seis y cuarto de la mañana

Unas tímidas gotas de agua brotaron en su cara. Más tarde, las gotas se transformaron en un caño de flujo constante hasta que los aspersores del Paseo del Parque despertaron a Ibra. Había pasado toda la noche al raso, acostado en uno de los cientos de bancos que recorrían aquel exótico parque urbano que se extendía desde la plaza de la Marina hasta la plaza del General Torrijos. Había tal cantidad de plantas y árboles tropicales que en algún momento llegó a pensar que se encontraba en un oasis en mitad del Sáhara y no en un

erial de cemento.

Debajo de las palmeras, la temperatura era bastante agradable, tanto que había dormido del tirón a pesar del extraño aire caliente que circulaba por la ciudad. Málaga parecía tan abundante que incluso se podía permitir dejar la calefacción puesta en verano.

Después de secarse con la camiseta el estropicio que le había causado el riego automático, Ibra decidió que ya era hora de ponerse en marcha. En los pocos días que llevaba en Europa, ya había descubierto que era mejor pasear por sus calles a las horas en que no lo hacía el resto de ciudadanos. Para la gente como él lo más inteligente era pasar desapercibido. Así que echó a andar en busca de la dirección del tal Karim que le habían dado sus compañeros de La Purísima: la avenida de José Ortega y Gasset, en el barrio de Cruz del Humilladero.

A la altura del Hotel Málaga Palacio al chico le entró un hambre descomunal. No había cenado y acumulaba demasiadas horas sin comer absolutamente nada. Fue entonces cuando recordó que era prácticamente rico y tenía cincuenta euros en el bolsillo del pantalón. Las cosas le habían ido bien y estimó oportuno hacer un alto en el camino para darse un capricho y celebrar que por primera vez había podido hacer *risky* con éxito.

Pasada la rotonda del Marqués de Larios, al inicio de la Alameda, encontró una cafetería que estaba abriendo y entró con una sonrisa de oreja a oreja, sintiéndose ciudadano del primer mundo, de esos que se podían permitir desayunar fuera para empezar con buen pie la mañana.

En cuanto el dueño le vio, puso mala cara. Sabía que se trataba de un menor sin papeles y no quería problemas. Tampoco quería parecer racista, así que zanjó sus conflictos morales con una mentira piadosa.

—Todavía no estamos abiertos —dijo mientras iba colocando las sillas en el suelo.

Ibrahim no le entendió, pero por la cara que puso, supuso que no se fiaba de él y le mostró el billete de

cincuenta euros para que viera que podía pagar su comida.

—Si no te vas, al final voy a tener que llamar a la policía —le insistió el dueño del bar al reparar en que el chico seguía allí mostrándole un billete que probablemente habría robado.

Lo dijo con cierto paternalismo, como si quisiera que Ibra se diera cuenta de su buena voluntad y de que, de alguna forma, le estaba ayudando. Pero en realidad, lo que estaba haciendo era pedirle de una forma educada que no le obligara a ser racista. Era una verdadera lástima que el chico no entendiera el castellano y no fuera consciente de las piruetas dialécticas de aquel hombre para justificarse y seguir pensando que tenía un gran corazón.

Finalmente, Ibrahim se dio cuenta de que no le iban a dar de desayunar aunque pudiera pagarlo y se fue de allí aturdido.

Atravesó la Alameda y llegó hasta el edificio de El Corte Inglés. Durante aquel trayecto, lo intentó en otras siete cafeterías y el resultado siempre fue el mismo; nadie le quería dentro de su local. Con una excusa o con otra, le resultó imposible que le dieran de comer y resolvió que lo mejor que podía hacer era guardarse los cincuenta euros en el bolsillo. Para su estupor, en Occidente no todo se podía comprar con dinero.

Al menos sí pudo conseguir que le explicaran cómo llegar hasta la Cruz del Humilladero y después de cuarenta minutos de caminata, y alguna que otra confusión con los nombres de las calles, se plantó en la avenida José Ortega y Gasset.

—Estoy buscando a Karim —dijo en árabe Ibra cuando escuchó que una mujer le atendía por el telefonillo del edificio.

—Está trabajando. No volverá hasta la hora de comer.

Y sin darle una explicación más, la mujer colgó el interfono.

El chico miró uno de los termómetros que también marcaba la hora y descubrió que solo eran las siete y media de la mañana. Tenía por delante entre siete y ocho horas de

espera. Resopló profundamente y se preguntó qué iba a hacer hasta entonces en una ciudad donde no le dejaban gastar su dinero.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, siete y media de la mañana

Hacía más de media hora que Lucía estaba despierta y no se atrevía a salir del balcón por miedo a descubrir que su hija no hubiera llegado a casa. Mientras las luces de la mañana aparecían tímidamente en el cielo, en su cabeza se proyectaban todo tipo de escenas sórdidas; Claudia fumando *crack* en el baño de un roñoso local, Claudia secuestrada por una banda dedicada a la trata de blancas, Claudia ingresada en el hospital con un coma etílico… Por más que se esforzaba, en ninguna de sus visiones podía contemplar a su hija simplemente pasándolo bien con sus amigas. En todas parecía la protagonista de un drama de las cuatro de la tarde en Antena 3.

Cuando la imaginó cocinando metanfetaminas en un laboratorio clandestino de La Unión, se dijo que ya era suficiente. Claudia ni siquiera era capaz de descongelar una *pizza* en el microondas. Era técnicamente imposible que supiera qué hacer con el nitrato amónico o la sosa cáustica. Harta de dibujar melodramas baratos, la teniente se levantó del colchón dispuesta a enfrentarse a la realidad. Fuese la que fuese. Después de todo, dudaba de que pudiera existir algo peor de lo que ella ya había fabulado.

Lucía entró en el salón y escuchó que la puerta de casa se abría. Como un acto reflejo involuntario, miró su reloj y se dio cuenta de que eran las siete y media de la mañana. Le habría gustado que Claudia llegase antes. Y todavía le habría gustado más no parecerse tanto a su madre. No tener todos los tics que había odiado de ella treinta años atrás. Tan pronto como pudo, se sentó en el sofá y trató de disimular encendiendo la televisión.

—¿Me estabas esperando despierta? —preguntó Claudia en cuanto la vio.

—No, es que no me pierdo ningún programa de *Megaestructuras nazis* —dijo Lucía de forma irónica señalando la pantalla, donde se podían ver las obras de construcción del Nido del Águila—. ¿Tú qué crees? —la interpeló la teniente sin disfrazar que efectivamente estaba allí esperándola.

—Creo que intentas hacerme sentir culpable por pasármelo bien. Y no lo vas a…

Si en el mundo de los reproches existiese la figura del *coitus interruptus*, aquellos puntos suspensivos se le debían parecer bastante. Había dejado una queja en el aire y al público expectante, pero antes de que pudiera rematarla, a Claudia le sobrevino una arcada. Sin tiempo para explicarse, salió corriendo en dirección al baño y vomitó.

Lucía le dio un par de minutos de privacidad para luego aparecer en el aseo. Después de darle muchas vueltas, decidió que lo mejor que podía hacer por ella era fingir que era una buena madre. O al menos, una madre a secas.

—No puedes llegar borracha todos los días —le dijo mientras su hija se limpiaba la boca en el lavabo.

—¿Por qué no? Tú también lo haces.

La respuesta temida hizo acto de presencia y, al igual que un edificio recién deflagrado con nitroglicerina, el ánimo de Lucía Gutiérrez se tambaleó y se hundió en el suelo. Lo que quedó en pie fueron solo ruinas. Aun así, trató de sobreponerse.

—Yo he terminado en Alcohólicos Anónimos, ¿quieres lo mismo?

—Quiero lo que quieren todos los putos adolescentes de este país, mamá: disfrutar de la vida.

A Lucía le repateaba aquel victimismo generacional. No tenía nada en contra de los *centennials*, simplemente no soportaba la pubertad. Si por ella fuera, deportaría a todos los adolescentes a una isla recóndita hasta que aprendieran a comportarse en sociedad y respetar las normas más básicas de convivencia. Sin embargo, no estaba legitimada

moralmente para enfrascarse en un debate de ese tipo y procuró buscar un argumento que no le hiciera parecer una anciana reaccionaria.

—Solo te pido que lo hagas con responsabilidad. Creo que, dadas las circunstancias, no es mucho pedir.

—Tus circunstancias, no las mías. ¿Sabes que llevo dos años rechazando el alcohol en todas las fiestas para evitarte un momento así? He soltado todo tipo de trolas; que tengo colon irritable, que estoy tomando antibióticos, que soy celíaca, alérgica al gluten… A veces no me acuerdo ni de la excusa que he puesto y quedo como el culo. Todo para que tú no te sientas mal. Para que no creas que me has fallado… Que bebo por tu culpa o algo así. Pero ¿sabes qué? Estoy hasta el coño de taparte. Tú eres la que tienes un problema, yo solo tengo dieciséis años y ganas de equivocarme.

Como si fuesen balas, las palabras de su hija se le alojaron en el corazón.

Claudia sabía que se había excedido, aunque, al igual que a Lucía, le costaba disculparse. En lugar de decir lo siento, se secó la boca con la toalla y salió del baño llorando. No quería hacerle daño a su madre, pero tampoco quería perderse su adolescencia por algo de lo que no era responsable.

* * *

Melilla, Barrio Chino, ocho de la mañana

—¿Cuántos kilos crees que lleva esa mujer? —preguntó Zaida a su hermano Omar mientras bebían té en la terraza de una cafetería del Barrio Chino.

—No más de ochenta —contestó él después de observar a la porteadora descansar apoyada sobre un contundente bulto amarillo.

—¿Más que tú? —quiso saber Zaida.

—Sí, más que yo —dijo Omar avergonzado, como si acarrear menos peso que aquella mujer fuera una deshonra.

El Barrio Chino era uno de los cuatro pasos fronterizos que tenía la valla de Melilla. De lunes a jueves, alrededor de tres mil personas lo cruzaban intentando ganarse la vida cargando bultos de hasta noventa kilos bajo la atenta mirada de la Guardia Civil.

Como en casi todas las ciudades fronterizas, la legalidad era una cuestión de perspectiva, y Melilla no era ajena a esa regla no escrita. Si bien el Reino de Marruecos solo permitía el comercio de mercancías a través de la puerta de Beni Ensar, sí que dejaba que cada persona pudiera pasar por las otras tres puertas fronterizas con su propio equipaje a cuestas.

Y hecha la ley, hecha la trampa. Agarrados a aquel diminuto matiz, los comerciantes de la zona establecían que los grandes fardos que llevaban las porteadoras y porteadores eran simplemente «equipaje de mano».

Alrededor de ese mantra habían construido el negocio más próspero de la ciudad. Una pequeña industria que movía al año seiscientos millones de euros. Los mayoristas de Melilla adquirían la mercancía que llegaba en barco. Al ser un puerto franco, algo con lo que no contaba el litoral de Marruecos, la compraban a bajo coste y luego hacían llevar esa misma mercancía preparada en fardos de entre sesenta y noventa kilos hasta las cercanías del Barrio Chino y, desde allí, los porteadores la transportaban a pie hasta Marruecos por diez euros. Además de ropa y mantas, también se negociaba con alcohol y tabaco, productos que no se fabricaban en el país de Mohamed VI y que se vendían a buen precio.

La historia de las ciudades fronterizas estaban escritas en negro y con la letra B. Todos los que no encontraban trabajo en Melilla terminaban de porteadores en el Barrio Chino. Entre ellos estaba el hermano de Zaida, un chico de veintinueve años que, después de agotar el subsidio por desempleo, se dedicaba a cargar tabaco. Normalmente solo tenía tiempo de hacer dos viajes, tres si se esforzaba mucho, con lo que no ganaba más de veinte o treinta euros al día. Lo suficiente como para no sentirse un inútil ni tener que

recurrir a la venta de drogas en la Cañada como hacían muchos de sus amigos.

—Será mejor que me ponga ya a organizar las filas —dijo Omar al comprobar que cada vez se acumulaba más gente en aquella explanada de tierra y polvo con forma de embudo.

—¿Qué tal te va con eso? —quiso saber Zaida, que había mediado con los agentes de la zona para que seleccionaran a su hermano como «ayudante».

A partir de las ocho y media, la frontera del Barrio Chino se colapsaba y la Guardia Civil requería de ayuda para que aquello no se descontrolase. A cambio, los «vigilantes» seleccionados no tenían que pelearse por un sitio en la fila y podían pasar a Marruecos antes que nadie.

—Mal, no necesito tu ayuda, puedo cuidarme solo —le recriminó Omar.

—Perdona por preocuparme por ti. Más de la mitad de los que están ahí se matarían por estar en tu situación —dijo molesta Zaida.

—¿Sabes cómo me llaman todos? *Chipichanga*. Así es como se conoce a los traidores que ayudan a la policía a pegar al resto.

—La Guardia Civil no pega a nadie —se defendió la agente.

—No, claro, y toda esta gente tiene las piernas amoratadas porque se han caído por las escaleras el mismo día —afirmó de manera sarcástica.

Zaida sabía que su hermano no mentía. A veces resultaba difícil contener a tantos miles de personas que tenían que acceder a la frontera de uno en uno, y los agentes perdían los nervios. Pero admitirlo ante él la convertía a ella en otra «*chipichanga*», en otra colaboracionista, y bastante se castigaba con aquella idea como para que también lo hiciese su hermano.

—No te preocupes, a partir de mañana tendrás que pelearte por un sitio como todos estos desgraciados —dijo dolida.

—Muy bien, gracias, es lo que quiero.

—De nada, estoy aquí para cumplir tus deseos.

Al igual que cuando eran pequeños y discutían, los dos peleaban por tener la última palabra, por absurda que fuera. Afortunadamente, en esta ocasión, el teléfono de Zaida les interrumpió antes de que dijeran cosas de las que mañana se arrepentirían.

—Fátima, me pillas en mal momento. Luego te llamo —dijo más seca que de costumbre cuando descubrió que se trataba de la viuda de Yusuf.

—Te necesito ahora, es urgente. He… he descubierto algo horrible —contestó nerviosa en árabe.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, ocho de la mañana

El día que la rechazaron Juan y, más tarde, su hija, Lucía decidió que había llegado el momento de sentirse bien consigo misma. De concederse una tregua. Al menos un par de horas, justo hasta que tuviera que ir a terapia.

Restituirse desde un punto de vista moral era una tarea imposible, así que optó por la rehabilitación física. Necesitaba dejar de sentirse fea. Quería recuperar su capacidad de seducción. Albergaba un deseo primitivo de verse femenina y que los demás, especialmente Juan, también la vieran así, y no había un lugar mejor para ello que Antonio's Peluqueros.

A pesar de aquel espantoso genitivo sajón, Antonio era capaz de obrar milagros capilares de ese tipo, y no solo eso, además era la única peluquería en el barrio que conocía en la que podía plantarse un viernes sin pedir cita previa.

Estaba con un pie dentro del salón de belleza cuando un ataque de pudor le hizo quedarse paralizada. De repente le resultaba absurdo, cursi y pueril que alguien como ella necesitara sentirse femenina. Se había pasado media vida luchando por hacer carrera en la Guardia Civil como para ahora entrar al local suplicando que la hicieran sentir más mujer y tirarlo todo por la borda.

¿Qué era ser más mujer? ¿Qué era ser femenina? No tenía la prosa de Virginia Woolf o la retórica de Silvia Federici para explicarse lo que le estaba sucediendo. Tan solo sabía que actuando como un hombre había fracasado en todo en su vida, y que quizás si se reconciliaba con su parte femenina, las cosas podrían irle algo mejor. Tal vez resultara más fácil empezar a tolerarse si recuperaba la belleza perdida de antaño. A decir verdad, esperaba mucho de las tijeras de Antonio.

Todavía insegura, Lucía abrió la puerta de la peluquería y confió en que aquel peluquero gay de Ronda pudiera darle una respuesta. Sin embargo, no fue así. En cuanto la vio llegar la sentó frente al espejo y lejos de darle una contestación le planteó más dudas.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Antonio.

Lucía observó su reflejo en silencio y cerró los ojos. De inmediato se dio cuenta de que aquello había sido un error. Le horrorizaba contemplarse en aquella realidad aumentada donde todo el mundo podía ver las raíces canas en su pelo y el resto de estragos que el tiempo había causado en su fisonomía.

¿Qué es lo quería? ¿Había ido allí a que la tiñeran? ¿A cortarse las puntas? ¿A hacerse un decapado como el de la modelo de L'Oréal que tenía enfrente colgada en la pared? ¿O realmente lo que quería era que su físico se correspondiera con el de otra persona?

¿Qué es lo que quería? Quería que su cara no fuera la de una madre cansada. Quería tener otra expresión en su rostro que no fuera la del enfado. Deseaba no aparentar estar frustrada. Anhelaba ser de ayuda para Claudia. Resultarle sexy a Juan. Detener el envejecimiento, no devaluarse cada año que pasaba, frenar la decadencia del mismo cuerpo que tiempo atrás fue la fuente de su autoridad como mujer. Beber solo para pasarlo bien. Ambicionaba no reflejar monotonía. No quería ser la cara de los domingos por la tarde, la de la ropa de estar en casa y las bragas vencidas, la del pollo hervido de los miércoles y los macarrones de los viernes. Quería ser disruptiva.

Quería ser otra. Cualquier otra que pudiera mantener a distancia la vida doméstica y su despiadada ola de diminutos problemas cotidianos. Pero no estaba segura de que todo eso se pudiera expresar en un peinado, y mucho menos que Antonio pudiera ser la persona capaz de llevar a cabo aquella transformación radical. Era bueno con las mechas californianas, pero no le consideraba apto para modelar la rabia y la frustración con papel de aluminio y golpes de secador.

—¿Te importa que vuelva otro día? —dijo al cabo Lucía sin ningún tipo de confianza en la magia de sus tijeras—. Hoy no tengo muy claro lo que quiero.

* * *

Málaga, puente de La Trinidad, nueve de la mañana

Tanto los barrios de La Palmilla como el de Huelin estaban tomados por la Guardia Civil, por lo que aquella mañana, los bajos del puente de La Trinidad se convirtieron en un improvisado punto de venta de drogas al que acudían todos los yonquis de la ciudad que se habían visto afectados por las redadas antiterroristas.

Para los habitantes del popular barrio malagueño aquello no era nuevo, pero sí un tanto insólito. Nunca habían visto a tantos drogadictos juntos. A pie o a bordo de *cundas*, llegaban hasta las inmediaciones del Pasillo de Santo Domingo y bajaban por la destartalada pasarela como el que accede a un mercado de abastos.

Tan deteriorados como las soldaduras del puente, una enorme hilera de enganchados, cuyas vidas estaban sumidas en el más profundo desorden y caos, guardaban escrupulosamente su turno en una interminable fila que abarcaba hasta el otro extremo de la plataforma. Eran unos politoxicómanos de lo más cívicos, que podrían haber estado allí o haciendo cola en Doña Manolita.

—¿Tú qué quieres? —le preguntó un chico magrebí a la siguiente.

—Un pollo.

—¿Un pollo de qué? —preguntó el joven algo desconcertado con el término.

—De Kentucky Fried Chicken, ¿de qué va a ser?

A Achraf le costó entender que se refería a cocaína. Aunque llevaba un par de meses en Málaga, todavía era incapaz de abarcar el vasto diccionario de sinónimos que empleaban en aquella ciudad para referirse a cualquier cosa.

—Eso te va a salir caro —dijo el chico algo molesto con el vacile.

—Pues entonces que sea medio pollo. Tú dame problemas, que yo tengo soluciones para todo.

Mientras Achraf cerraba el acuerdo, al otro lado del puente, por el pasillo de Santa Isabel, aparecieron los hombres de Vargas que a cada paso que daban provocaban que la legión de toxicómanos huyera despavorida por el descampado del Guadalmedina, por miedo a recibir una paliza o a que les quisieran cobrar sus deudas pendientes. Si Moisés separó las aguas del mar Rojo, los matones de Vargas consiguieron algo todavía más improbable: separar a los adictos de su ración.

Cuando llegaron a la altura del *dealer*, no había ya prácticamente nadie más en los bajos del puente.

—¿Qué coño haces aquí? Esto es territorio de los Vargas —dijo uno de ellos.

—¿Quién lo dice? —Procuró no achantarse a la primera el chico.

—Esta lo dice. —Le mostró la pistola que llevaba metida dentro del pantalón—. Y ahora dame todo lo que tengas si no quieres que saque la pipa, moro de mierda.

Achraf valoró todas las posibilidades. Si les entregaba la droga, los suyos le matarían, y si no lo hacía, le matarían los tres fanfarrones que tenía frente a sí. Probablemente nunca antes en su vida se había visto en una disyuntiva tan perversa y en la que, eligiera lo que eligiera, solo podía perder.

Finalmente eligió hacerle caso a los Vargas y aplazar su

muerte un par de horas. Antes de que el magrebí les entregara toda la mercancía, una sirena de la policía retumbó en los bajos del puente de La Trinidad y todos echaron a correr.

Todos, menos Achraf, que esperó unos segundos a cargar toda la droga que pudo y huyó en el mismo momento en que una pareja de la Policía Local apareció por las escaleras.

Ni él tenía claro cómo había sucedido, pero había salvado la vida y su trabajo de camello de milagro.

* * *

Málaga, barrio de Martiricos, nueve y media de la mañana

Romero salió del portal de su piso en la avenida del doctor Marañón y se persignó. Lo hacía todas las mañanas desde que tenía uso de razón. En parte por superstición y en parte porque veneraba las liturgias que había observado en su casa durante su infancia. Un conjunto de prácticas que regulaban el culto a su religión favorita: el costumbrismo. Besaba el pan cuando se caía al suelo, nunca pasaba por debajo de una escalera, se volvía loco si alguien tiraba la sal y nunca dejaba unas tijeras abiertas sobre la encimera de la cocina por miedo a atraer la mala suerte. Romero ordenaba desde su modesto piso del barrio de Martiricos el caos del Universo a golpe de folclore sin que nadie se lo agradeciera.

Una vez que sintió que había alejado de su camino los malos augurios con la cruz de Cristo, el cabo abrió las puertas del coche y encendió la radio. El locutor de la Cadena Ser de Málaga poco más que anunció el apocalipsis en su parte meteorológico. Tendrían otro día de terral con temperaturas cercanas a los cuarenta y dos grados, que podría extenderse cuatro días más. Un terral de una semana, algo que nunca había ocurrido en la provincia desde que se tenían registros.

Romero torció el gesto; tenía que darle una mala noticia a la teniente y encima tenía que hacerlo a cuarenta y dos

grados. Precisamente las dos cosas que más odiaba Lucía Gutiérrez. Incómodo con la idea, el cabo prefirió cambiar de cadena en el dial y escuchar algo de música. Aquella mañana no había artimaña ni liturgia capaz de encauzar el caos que estaba a punto de desatarse.

Después de aparcar su coche en la calle Ingeniero de la Torre Acosta, cruzó los jardines de Picasso y se plantó en el piso de la teniente. Consciente del peligro, se persignó una vez más y llamó al telefonillo.

* * *

Málaga, playa de la Malagueta, diez de la mañana

A las diez de la mañana, la playa tenía una imagen impropia para el mes de agosto; estaba prácticamente vacía, tranquila, con las olas acariciando la orilla, mimándola, convenciéndola de que todo aquello pronto terminaría; los desagradables gritos de los niños, las portentosas barrigas de padres de familia que habían descuidado su dieta y se persuadían de que pasear por allí era prácticamente como un día de gimnasio, los preservativos de amores nocturnos mecidos por las olas en un vals tan onírico como poco higiénico, la música de J. Balvin sonando a todo volumen desde los móviles de una turba de melómanos adolescentes… El mar en las mañanas de verano se transformaba en un psicoanalista argentino tratando de reanimar al litoral, prometiéndole que a partir de septiembre todo sería como siempre.

Inmersa en aquella postal, la teniente se levantó de la silla de playa y, sin mirar a sus compañeros, tal vez avergonzada, comenzó a hablar:

—Me llamo Lucía Gutiérrez y llevo cuatro días sobria.

El resto de alcohólicos decidió cambiar su rutina y no aplaudir. Por lo poco que conocían a aquella mujer, no toleraba demasiado bien las muestras de afecto. Así que prefirieron escucharla antes que jalearla.

No así Juan que, como maestro de ceremonias, quiso

reconocer su esfuerzo por haber acudido finalmente a la «cita».

—Gracias por volver, Lucía.

—No me las des a mí, dáselas a mi hija. Si no llega a ser por ella, no creo que hubiera vuelto. Esta mañana me la he encontrado borracha vomitando en el baño. Es el segundo día consecutivo que lo hace. Así que hemos discutido. En realidad, siempre lo hacemos. Ella se queja de que la trato como si viviéramos en un cuartel…

Lucía frenó en seco. Se sentía incómoda hablando de sí misma o de sus sentimientos ante desconocidos. En realidad, también le ocurría con amigos, familiares o parejas. Todo lo que sucedía en su interior, todos los pensamientos, preocupaciones e inseguridades que le rondaban la cabeza solían quedarse allí. Atrapados. Encerrados. Era una sepulturera de sus remordimientos, cavando incansablemente hacia abajo, hasta convertir el agujero en fosa, hasta hundirse ella misma con sus obsesiones.

Por un lado, era consciente de que tenía que compartir con alguien aquella pesada carga, pero, por otro, tenía la sensación de que nadie la iba a comprender, de que la iban a juzgar a la ligera, de que estaba mejor enterrada. Lucía tomó de nuevo su pala y empezó a echar tierra sobre aquellos sentimientos que había dejado vislumbrar.

—¿Te preocupa que tu hija acabe como tú? —le preguntó Juan de forma directa, consciente de que necesitaba un empujón.

—¿Alcohólica y deprimida? No, me preocupa mucho más que termine siendo *youtuber* —tiró de ironía Lucía, como siempre que se sentía acorralada.

Ninguno de los presentes se rio. Al contrario, la miraron fijamente, de una forma tan comprensiva que hasta ella entendió que había llegado el momento de dejar de cavar y salir de su catacumba por un instante.

—No solo me preocupa. Me obsesiona. Me quita el sueño. Me remueve las tripas. Es una situación muy cruel. Probablemente lo más duro a lo que me he enfrentado en

mi vida, y eso que he pasado por momentos jodidos en los últimos años. Pero esto… Esto me supera. ¿Qué autoridad tengo yo para decirle que no se emborrache todos los días cuando me ha visto miles de veces vomitar en ese mismo baño? ¿Cómo se hace? ¿Cómo le explico que aquello no está bien si mientras me está hablando yo… yo…?

Lucía se volvió a atascar, o más bien a arrepentir. Estaba calculando las consecuencias de lo que estaba a punto de revelar y no parecían salirle los números. Todavía podía recular. Se había expuesto muy poco, apenas la superficie. El iceberg permanecía oculto. Si se plantaba ahora, nadie vería los cadáveres de su armario.

—Si te sirve de algo, todos los que estamos aquí sentados hemos pensado en algún momento ser la peor persona del mundo. ¿No te apetece formar parte de este club? —le quiso dar Juan la confianza necesaria para que se terminara de desnudar.

Lucía sabía que tenía razón. Ella no era tan especial. Ni su herida, más profunda que la de los demás. Pero el pudor siempre era un océano difícil de saltar. Aun así, decidió dar el paso.

—¿Cómo le explico que aquello no está bien si mientras me está hablando yo no dejo de pensar en el olor a alcohol que sale de sus vómitos? ¿Cómo se hace, joder? ¿Cómo se hace para parecer una madre de verdad si yo solo quiero hacer lo mismo que ella y beber hasta reventarme el hígado?

No se escuchó ni una sola voz, tan solo el rumor de las olas interrumpía el silencio áspero que había dejado en la playa la confesión de Lucía.

—A mí también me ha pasado —reconoció al cabo uno de los alcohólicos que días atrás insistía en motivarla.

—Y a mí —se sumó una mujer entrada en años.

—Yo he llegado a curarle una herida a mi hijo y después beberme el alcohol medicinal con el que se la había curado —confesó otro.

Frente al mar, Lucía respiró. No había progresado mucho. Mañana y pasado mañana y al día siguiente

seguiría teniendo ganas de recrearse en los vómitos de su hija, pero se había quitado un gran peso de encima al no sentirse un bicho raro. Dos o tres kilos de una tacada. Aquello debía ser lo que los nutricionistas conocían como dieta mediterránea.

—Gracias, Lucía. Has sido muy valiente —le ofreció Juan la posibilidad de que terminara su testimonio para no exponerla más en su primer día.

La teniente estaba sentándose cuando divisó en un banco del paseo marítimo a Romero y le dio un vuelco el corazón.

¿Qué hacía allí? ¿La había visto? ¿Se lo contaría a los demás? De repente, la vergüenza y el pudor volvieron a apoderarse de ella y los dos kilos de culpabilidad recuperaron su lugar en la espalda de Lucía Gutiérrez.

* * *

Sevilla, aeropuerto, diez de la mañana

—Un café americano —le pidió Julie a la encargada de una de las cafeterías del aeropuerto después de haber estado esperando cinco minutos en una aburrida fila llena de turistas provincianos.

Para Julie los turistas siempre eran los otros. Los que colapsaban los aeropuertos, los que encarecían los precios de las cafeterías, los que habían vaciado los cascos históricos de lugareños para convertir viviendas protegidas en Airbnb, los que compraban paloselfis, los que mantenían la industria de las riñoneras. Todos los responsables de las barbaridades del siglo XX y principios del XXI eran otros; los que viajaban mal.

Ella era diferente. Viajaba bien, por supuesto. Se preocupaba de conocer los países, no de visitarlos. Comía donde comían los romanos, o los parisinos, o los londinenses. Investigaba durante meses los restaurantes y cafeterías donde iría. Valoraba por encima de todo la autenticidad. No compartía en Instagram fotos de los

lugares más secretos que habían logrado pasar desapercibidos para las guías. Nunca utilizaba un mapa ni preguntaba por una dirección. Ella era Roma. Era París. Era Londres. Exprimía las ciudades como si hubiera nacido allí. Nada que ver con todos aquellos catetos que contrataban viajes cerrados y se comían un plato de macarrones precocinados por ocho euros. Ella dignificaba la palabra viajar.

Como ya había supuesto, el café sabía a rayos. Le dieron unas ganas terribles de tomar la taza y arrojársela uno a uno a todos aquellos alemanes e ingleses ataviados con ropa del Coronel Tapioca como si en lugar de visitar Sevilla, quisieran conquistar el desierto de Atacama. Estaban pidiendo a gritos no solo que les vertiera el café sobre sus ridículos sombreros cordobeses que llevaban como suvenir, sino que además les reprochara en voz alta: «¿Veis lo que habéis conseguido, palurdos? Lo habéis destruido todo». Si no lo hizo, fue por miedo a que alguien pudiera confundir sus palabras con algo parecido al esnobismo.

Julie dejó el café en la mesa y en lugar de librar una justa cruzada contra los turistas, prefirió llamar a su hijo para que no se preocupara.

—Llego a casa en dos horas. Ve preparando la ropa para el entrenamiento —dijo Julie en cuanto escuchó a Éric descolgar el teléfono.

—Pensaba que estabas en tu dormitorio —contestó extrañado su hijo—. Tu teléfono móvil ha estado sonando desde ayer por la noche.

A Julie no le gustó nada lo que escuchó. Ninguno de los teléfonos que había en su dormitorio estaba ya operativo. No deberían sonar. Por lo que el abanico de posibilidades se reducía a una llamada de sus jefes, que eran los únicos que conocían su existencia, o a alguien que hubiera descubierto aquellos Nokia de prepago y le estuviera tanteando. En ese hipotético escenario, el del tanteo, podría tratarse tanto de la policía como de algún familiar sediento de venganza. Y cualquiera de las dos opciones le preocupaban y requerían de cautelas.

—Escúchame bien, quiero que salgas de casa inmediatamente y te vayas con tu abuela.

—La casa de la abuela está muy lejos. Hay que coger el tren. No me apetece.

—Éric, sal de la casa inmediatamente. No es momento para que te comportes como un pijo de mierda —elevó el tono de voz Julie, recuperando de inmediato el vocabulario pendenciero de sus tiempos en Cureghem.

Su vuelta a los orígenes no iba a ser sencilla, todavía estaba calibrando los parámetros y saltaba de un estatus de esnob a otro de ordinaria sin pestañear, sin ni siquiera ser consciente de sus múltiples cambios de personalidad. Julie no solo era Roma, París y Londres al mismo tiempo. También podía ser la marquesa de Griñón y una protagonista de *Gandía Shore* de una frase a otra.

* * *

Málaga, La Canasta, diez y cuarto de la mañana

Lucía y Romero tuvieron que esperar un cuarto de hora para que les dieran una mesa en La Canasta de la avenida Cánovas del Castillo. El local estaba de lo más concurrido y a pesar del calor y el terral, la gente no tenía ningún reparo en consumir churros con chocolate. Si había algún tipo de hecho diferencial en aquella ciudad, probablemente era la capacidad de sus habitantes para fingir que no se estaban muriendo por dentro después de darle un sorbo a su taza de Paladín a cuarenta grados.

—Un *sombra* y un *pitufo* de *zurrapa* —le pidió el cabo a la camarera, llenándosele la boca de puro malagueñismo.

—Para mí un café solo y un mixto —solicitó más recatada Lucía, que todavía no se había hecho con aquella jerga local.

El desayuno era una institución en Málaga y en torno a él se había forjado un extenso diccionario del que se sentían más orgullosos que de sus playas. Todo el que visitaba la ciudad por primera vez tenía difícil escapar de una larga

charla explicativa sobre cómo pedir café. Una tipografía que iba desde el «solo» hasta la «nube». Ocho variedades que dependían de la cantidad de café que se vertiera en el vaso: solo, largo, semilargo, solo corto, mitad, entrecorto, corto, sombra y nube. Aquellas ocho modalidades eran para la mitología malacitana lo que las siete colinas fundacionales para la mitología romana. Y no había nadie que se considerara a sí mismo cien por cien malagueño que no supiera recitarlos de memoria.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó avergonzada Lucía en cuanto la camarera tomó los pedidos y se fue a la barra a ordenarlos.

—Me lo dijo su hija, mi teniente. Fui a buscarla a casa y… me contó que la encontraría reunida en La Malagueta. —Cuidó las palabras el cabo para no meter la pata.

—¿También te ha contado que soy alcohólica? —preguntó a calzón quitado la oficial, dolida con la falta de discreción de Claudia, que parecía dispuesta a castigarla aquella mañana hasta límites insospechados.

—¿Hacía falta?

—Supongo que no… —reconoció Lucía, cuyos últimos meses había dado pruebas a sus compañeros más que suficientes de su incapacidad para estar sobria.

Probablemente, y muy a su pesar, era la alcohólica anónima menos anónima de Málaga capital.

—Lo importante es que ha reconocido que tiene un problema, mi teniente —procuró animarla el agente.

—No necesito tu condescendencia, gracias.

A Lucía Gutiérrez no le apetecía hablar lo más mínimo de sus problemas con Romero. Ya le costaba desahogarse con personas que habían tocado fondo como para hacerlo con alguien cuyo mayor problema en la vida parecía ser el trato injusto que le daba la Junta de Andalucía a Málaga con respecto a Sevilla.

—¿Y qué es tan importante para no poder esperar a contármelo en mi despacho? —cambió la oficial de tercio en cuanto vio el momento oportuno.

—Un asunto delicado, mi teniente. Algo que es mejor

hablar fuera de las paredes de la Comandancia. Como usted me ordenó, revisé en las cámaras de seguridad el trayecto del camión de Yusuf Hakimi. Lo único que conseguí fueron unas imágenes suyas saliendo del puerto. ¿Y adivina qué?

—Salió de allí con un contenedor.

—¡Premio! Un contenedor con el número de serie 35904 que no apareció en el lugar de los hechos y cuyo origen no está registrado por la Autoridad Portuaria. No existe informe de atraque, ni tenemos datos de cuál era el barco de procedencia ni mucho menos su contenido —afirmó mientras le mostró a Lucía las fotografías que había impreso—. Sospechoso, ¿no?

—¿Crees que tenemos agentes corruptos en la Aduana? —preguntó la teniente después de echarle un vistazo a las imágenes.

—Estoy convencido. En ese contenedor había algo de lo que no querían dejar registro alguno. Y eso solo se puede hacer con la ayuda de uno de los nuestros o de un trabajador del puerto.

La camarera puso sobre la mesa el desayuno y Romero se apresuró a darle un bocado al *pitufo* de *zurrapa* como si lo fueran a prohibir en los siguientes diez minutos.

—Vamos, tenemos trabajo —dijo Lucía, levantándose sin probar bocado.

—¿Y el desayuno, mi teniente? —Miró Romero con perplejidad a la oficial, con la misma cara que lo haría un niño al que le quitan los juguetes el día de Reyes.

—Eso no es un desayuno, es un cáncer de colon. Te acabo de salvar la vida. De nada. Y ahora, me gustaría que a cambio hicieras algo por mí. Necesito que reúnas urgentemente a todos los agentes que estuvieron ese día en el puerto. Vamos a interrogarles esta tarde. Hasta entonces, quiero saber de dónde viene ese contenedor y qué tenía dentro —dijo la teniente mientras echó a andar.

Romero intentó al menos beberse el café apresuradamente, respetar sus liturgias de algún modo y alejar el caos al que le empujaba la oficial.

—¡Ahora! —gritó Lucía en cuanto se dio cuenta de que

el cabo no la seguía.

El berrido restalló en la cafetería y, finalmente, el agente entendió que no era la mejor de las mañanas para honrar la más venerada de las costumbres malacitanas.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, once de la mañana

La discusión con su hermano le había dejado con el cuerpo raro. Estaba acostumbrada a decepcionar a sus superiores, pero no a su familia. Se esforzaba en cuidarles, en proteger lo único estable que tenía en su vida. Ya estuviera cansada, enferma o simplemente de mal humor, a última hora de la tarde siempre encontraba un hueco para hacerle una llamada a sus padres y a su hermano. Por tediosas, incoherentes o frustrantes que fueran las conversaciones con ellos tres, nunca dejaba de hacerlo. Lo mucho o poco que había conseguido se lo debía a ellos, así que decepcionarles suponía para ella la peor de las traiciones. Ni siquiera tenía claro en qué había fallado a Omar, pero tan solo el hecho de que él lo percibiera así le bastaba para sentirse como una persona horrible.

Con la cabeza en otra parte, Zaida subió los inestables peldaños del piso de Fátima y llamó a su puerta.

—Yusuf me engañaba —le dijo su antigua vecina en árabe en cuanto abrió la puerta.

Ese fue el único saludo de Fátima. Se la veía alterada. Gesticulaba mucho con las manos y tenía un tono de voz diferente al de días atrás. Más que de duelo, parecía estar resentida.

Sin miramientos, condujo a la agente hasta el salón y allí le mostró los dos teléfonos móviles que había encontrado.

—Los escondía en la cocina, debajo de una baldosa. No sé qué se traía entre manos, pero creo que nada bueno.

Zaida le echó un vistazo a los móviles. Los dos eran unos Nokia de prepago como los que usan todos los delincuentes

que no quieren ser rastreados. Aquello le dio mala espina. En la Cañada solo había dos motivos para usarlos; para traficar con drogas o para participar en actos terroristas.

—Solo tenía guardado un número en la agenda. ¿Es raro, verdad? —preguntó Fátima con precaución, consciente de que, a pesar de que el día anterior había negado cualquier relación de su marido con el Estado Islámico, aquello planteaba un nuevo decorado donde Yusuf tenía todas las papeletas para formar parte de una célula yihadista—. He estado toda la noche llamando a ese número. Necesitaba una explicación. Que alguien me dijera que mi marido era un terrorista. Pero nadie lo ha cogido. Nadie. Dime la verdad, Zaida, ¿crees que Yusuf era terrorista? ¿Crees que lo mataron porque al final se echó para atrás? —preguntó su viuda enmascarando la rabia que sentía.

—No lo sé. De momento, lo único que demuestran estos dos teléfonos es que no estaba siendo sincero contigo —mintió la agente para no decirle lo que de verdad estaba pensando.

—El número es de Bélgica, lo comprobé anoche. Se escribían todos los meses. Siempre estaban hablando de patos y de serpientes —dijo Zaida mostrándole uno de los mensajes que se habían intercambiado—. ¿Sabes qué significa? —preguntó más calmada.

En cuanto Fátima pronunció Bélgica, en lo primero que pensó Zaida fue en Molenbeek, un distrito de Bruselas que los terroristas islamistas habían convertido en su centro de operaciones en Europa. El 11M en Madrid, los atentados de Londres, el ataque al museo judío o la estación Central de Bruselas, e incluso los asesinatos de Charlie Hebdo en París… todos tenían algo en común: los autores habían vivido allí. Pero no solo era un lugar de residencia para yihadistas, también se había demostrado judicialmente que Molenbeek fue clave en el suministro de armas y explosivos en todos aquellos ataques.

Así que, lamentablemente, Zaida sabía muy bien qué significaban esos mensajes; tenía que ponerse en contacto

inmediatamente con Lucía Gutiérrez e informarle de la posible conexión.

* * *

Málaga, barriada de Los Asperones, once y media de la mañana

Pablo Sánchez caminaba un tanto abatido. Era el mismo de siempre, pero, al mismo tiempo, no lo era en absoluto. Conservaba la percha de días atrás y aquella tez morena cuyo cromatismo solo estaba disponible en la paleta de colores de Julio Romero de Torres. Pero todo lo demás era diferente.

Pablo Sánchez caminaba raro. Melancólico. Su ropa era la misma de siempre. Sus facciones angulosas seguían siendo apabullantes, así como su torso grecorromano. Sin embargo, su estado de ánimo hacía que todo el conjunto luciera de manera diferente. Había un decalaje entre cuerpo y alma. Un diminuto salto de eje. Como si la tristeza le distanciara de ser un poema de Lorca y le acercara a una distinción más anodina, como podía ser «extremeño del año» o «vendedor del mes en Tecnocasa». Títulos que a cualquier otro le podrían hacer ilusión, pero que a aquel prodigio de la genética le quedaban muy pequeños.

Mohíno, el agente Sánchez se paró frente a la vivienda prefabricada de los Vargas y dejó que le registraran. Aquel cuerpo exuberante que había regalado abriles y jazmines con tan solo estirar sus brazos, ahora estaba marchitado y parecía repartir seguros de hogar y de decesos a todo aquel que se le acercara.

Cuando le dieron el visto bueno, el guardia civil avanzó por el pasillo desvencijado. Desde el fondo del salón, se escuchaba a Camarón cantar por alegrías. La voz de José Monge Cruz tenía la misma fuerza que un rayo de sol en invierno, alumbraba el pasillo y le daba calidez a aquella vivienda desmadejada.

—¿Te gusta el flamenco, picoleto? —le preguntó el

patriarca al verle aparecer en la habitación.

Sánchez dudó. Vivir ajeno al flamenco en aquella ciudad era prácticamente imposible. Se podía decir que lo toleraba, especialmente en la semana de feria, pero más allá de sevillanas y rumbas, prefería no adentrarse en el cante jondo y la ortodoxia. No obstante, tratándose de Vargas y de las circunstancias que le habían llevado allí, no tenía claro hasta qué punto podía ser sincero en su respuesta.

—Me gusta, pero no lo escucho mucho. —Eligió finalmente la opción más tibia posible.

—Normal, para escuchar flamenco has tenido que sufrir alguna derrota en la vida. Y tú, picoleto, con esa carita de niño guapo, lo habrás tenido todo muy fácil —dijo el patriarca sin dejar de mirar el vinilo de Camarón dar vueltas en el tocadiscos.

A Sánchez aquel comentario le pareció una soberana gilipollez, pero prefirió guardar silencio y ver dónde iba a parar todo aquello. Su prudencia deambulaba en paralelo a sus pocas ganas de volver a beber un café colmado de babas.

—Yo estoy cansado de perder, picoleto. —Se giró finalmente el patriarca en el mismo momento en que Camarón cambió de palo y empezó a dar palmas por bulerías—. Llevo muchos años *eslomándome* por darles a los míos una vida mejor de la que yo he tenido. Y ahora que estoy a poco de morirme, lo voy a perder todo por tu culpa.

—Te he traído veinte gramos de cocaína y treinta de heroína —dijo Sánchez, entregándole la caja que había conseguido en el polígono del Guadalhorce.

—Eso es ruina, picoleto —contestó Vargas tirando la caja al suelo de un manotazo—. Pan para hoy y hambre para mañana. ¿Qué hago yo con esa miseria cuando tengo a los moros vendiendo hasta en La Trinidad? En mi casa. Los tengo en mi puta casa. Tú me dices que no hay droga para nadie y esos hijos de puta tienen para sus barrios y para los míos —se quejó Vargas entregándole una bolsa que sus hombres le habían arrebatado a Achraf aquella misma mañana.

—No sé de dónde la estarán sacando. Te juro por mi madre, que en paz descanse, que por el puerto es imposible —se justificó preocupado el guardia civil al ver el cariz que iba tomando el asunto.

—¿No lo sabes? Ponte dos lonchas que te lo voy a explicar.

Sánchez siguió a pies juntillas las órdenes del patriarca y después de esparcir la cocaína sobre la funda metálica del *smartphone*, preparó dos rayas con la ayuda de su tarjeta de crédito.

—¿Cuál quieres? —le preguntó al anciano.

—La Rocío Jurado.

Al agente la respuesta le dejó descolocado. No sabía a qué se estaba refiriendo y le daba pudor preguntarlo. Consciente del apuro, Vargas le echó una mano.

—La más grande, picoleto, la más grande. Si escucharas flamenco, sabrías de lo que hablo.

Después de enrollar un billete de veinte euros, los dos hombres se agacharon y esnifaron.

—¿Qué coño es esto? —quiso saber Sánchez, al que aquella raya le había dejado un regusto extraño.

—Esto es visión comercial, picoleto; coca cortada con bicarbonato. ¿Te queda claro ya de dónde lo están sacando los moros? Pues estate al loro. De los Mohamed me encargo yo. Tú tráeme un kilo de lo que sea, caballo, coca, me da igual, aunque esté cortado con los cojones de un grillo. ¿Estamos?

El agente agachó la cabeza en señal de consentimiento. Ni siquiera se atrevió a pronunciar una palabra. Sin embargo, a pesar de estar conforme, uno de los hombres del patriarca entró en el salón con una navaja en la mano.

—Tienes dos días. No me gustaría que a esa cara bonita le pasara algo —dijo Vargas mientras el otro gitano le pasaba la hoja de la navaja por la mejilla, dejando a su paso un ligero corte.

Sánchez entendió el mensaje y, en cuanto pudo, se marchó de allí aún más apesadumbrado de lo que había entrado. Ya no parecía andaluz. Ni tan siquiera extremeño.

Era tal la melancolía que emanaba que en apenas diez minutos la persona que salió de la chabola era prácticamente de nacionalidad portuguesa. Un fado en terreno vedado por el flamenco.

La mejilla todavía le chorreaba sangre cuando su teléfono móvil vibró. Esperó a alejarse unos metros del chamizo de los Vargas y lo atendió.

—La teniente Lucía Gutiérrez quiere hablar contigo esta tarde sobre unos sucesos ocurridos recientemente en el puerto. Estás citado en la Comandancia a las cinco de la tarde. No faltes —le informó el cabo Romero lo más aséptico que pudo.

La noticia hundió un poco más a Sánchez. Desconocía a qué suceso se refería exactamente, pero se hacía una idea. Aquello era lo último que necesitaba en ese momento. Enfadado, le pegó una patada a una papelera que rodó por el descampado, sin advertir, una vez más, que a una distancia prudencial para evitar líos con el clan, una mujer fotografiaba cada uno de sus movimientos con un teleobjetivo.

* * *

Bruselas, aeropuerto de Zaventem, doce y media del mediodía

Bruselas recibió a Julie como mejor sabía; lloviendo. Las gotas de agua resbalaban frenéticas por su rostro blanquecino en el muelle A del aeropuerto sin que ella hiciera amago alguno de apartarlas. Veinticuatro horas en España, anestesiada entre humedades y temperaturas abrasadoras, y ya era como cualquiera de los vulgares pasajeros de Ryanair que celebraban haber tocado tierra.

En cuanto su cuerpo se refrescó, encendió el teléfono móvil y comprobó si había recibido llamadas o mensajes durante el vuelo. Respiró aliviada en el momento en que se cercioró de que su hijo estaba ya sano y salvo con su abuela en Cureghem. Con un poco de suerte, aquel imprevisto le serviría a Éric para espabilar y valorar los muchos

privilegios que le rodeaban diariamente. Incluso se le pasó por la cabeza que hasta que se tranquilizaran las cosas, tal vez lo más práctico sería que también ella viviera allí. Rodeada de asaltos a comisarías, tiroteos, persecuciones policiales y luchas entre clanes de la droga, hasta ella podría pasar desapercibida.

El taxi la dejó en su piso de Grand Sablon en poco menos de treinta minutos. Siempre utilizaba el taxi cuando volvía de viaje. En cierto modo era una romántica y todavía confiaba en aquel servicio público antes que en Uber y Cabify. Puede que hubiera cerrado la compra de armas ilegales y enterrado a una pareja de toxicómanos en Algeciras hacía unas horas, pero en el fondo de su corazón se consideraba profundamente solidaria.

El cerebro de Julie creaba diariamente complejos trucos mentales para subsistir. El último, pensar que aquellas empresas extranjeras que se negaban a pagar impuestos en Bélgica eran más inmorales que ella. Si en Bruselas fueran conscientes de sus proezas argumentativas, actuarían en consecuencia desalojando al Manneken Pis de la rue de l'Etuve para exhibirla a ella.

Después de comprobar que la casa estaba vacía y segura, Julie examinó uno a uno todos los teléfonos móviles que tenía guardados en la mesilla hasta que dio con el que había estado recibiendo llamadas toda la madrugada.

Un escalofrío atravesó su espina dorsal cuando descubrió que era el de Yusuf, el chico que ella misma había ordenado asesinar dos días atrás. O los muertos habían cambiado la güija por un Nokia para comunicarse con los vivos, o mucho se temía que alguien la había descubierto y estaba a su acecho.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, una menos cuarto del mediodía

Lucía apuró una taza de café con hielo antes de ponerse a

redactar el informe de la redada en Melilla para la jueza Andrade. Cuando se la bebió, se puso a ordenar los papeles de su mesa, y más tarde decidió que era el momento oportuno para hacer limpia en la galería de imágenes de su teléfono móvil.

Una a una fue seleccionando fotos de platos de comida que ya no le decían nada e imágenes de atardeceres en la playa que ahora se le indigestaban. La teniente se inventaba tareas inaplazables con tal de no ponerse a teclear y redactar el informe. Pocas cosas en esta vida le daban más pereza que aquello. Más aún cuando se trataba de la crónica de un fracaso.

Mientras borraba fotografías y aumentaba los gigas de su *smartphone*, Lucía Gutiérrez no podía dejar de darle vueltas al misterioso contenedor que remolcó Yusuf Hakimi antes de ser asesinado y del que no había un solo rastro en los registros del puerto. Sin descartar que en su interior pudiera haber explosivos para un atentado, dados los antecedentes del fallecido, desde su punto de vista, la cosa apuntaba a un delito más común: tráfico de drogas, e incluso de tabaco. Por corrupto que fuera un agente de la Guardia Civil, le costaba creer que fuera capaz de colaborar con el Estado Islámico en una tragedia de tales proporciones como un atentado.

La teniente era partidaria del principio de la navaja de Ockham y solía apostar siempre por la explicación más sencilla como la más probable. Y, por desgracia, no había nada más verosímil que agentes que se dejaban seducir por el dinero de los capos. Ocurría en la mayor parte de los puertos marítimos. Holanda, Bélgica y España eran países líderes en cuanto al movimiento de contendores portuarios, y junto con Portugal, eran los más usados para introducir cocaína. Para sortear los controles, las redes criminales utilizaban con frecuencia la compra de favores. Algo que ocurría con relativa frecuencia, sobre todo teniendo en cuenta que, al otro lado, tenían hombres y mujeres que no ganaban más de mil quinientos euros al mes. La Guardia Civil era el cuerpo peor pagado de las fuerzas de seguridad

del Estado y la que más responsabilidad tenía en zonas particularmente conflictivas. Por lo que no era de extrañar que España se hubiera convertido en uno de los puntos calientes de la entrada de drogas en Europa.

Cuando Lucía se quedó sin fotos que borrar, se dio cuenta de que había llegado el fatídico momento de empezar a redactar su informe. No había abierto todavía el archivo cuando llamaron a su puerta.

—Acaba de llegar del Anatómico Forense, mi teniente —dijo un agente después de entregarle un sobre a Lucía.

Afortunadamente, a la oficial le surgió una nueva tarea inaplazable; comprobar el contenido del envoltorio. Sin embargo, su contenido iba a suponerle más quebraderos de cabeza de los que imaginaba. Según afirmaba el forense, los restos de ADN encontrados en el camión de Yusuf pertenecían a Hasan El Kaabi, un varón de veintiséis años de edad de origen marroquí.

Lucía Gutiérrez podría haberle encargado a cualquiera que comprobara en la base de datos si el tal Hasan tenía antecedentes penales, pero dada su resistencia a ponerse a escribir, prefirió hacerlo personalmente. Para su desconcierto, sí los tenía; había participado en el mismo robo de explosivos que Yusuf y fue acusado de pertenencia al Estado Islámico en el año 2015.

A la teniente se le arrugó la frente de golpe. Los hechos parecían contradecir sus suposiciones. La navaja de Ockham la empuñaba ahora la jueza Andrade y su teoría de la trama yihadista.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, una y media del mediodía

Una espesa cortina de humo negro sumió en la oscuridad la calle de La Quinta en la Cañada de Hidum. Ocurrió en pleno mediodía, como si en aquella insignificante vía de Melilla estuvieran siendo testigos excepcionales de un eclipse solar.

Desafortunadamente, aquellas tinieblas no tenían un origen tan poético. Procedían, en realidad, de una hilera de neumáticos ardiendo mezclados con palés de madera, que iban de un arcén a otro y daban la apariencia de una improvisada barricada.

Las partículas de monóxido de carbono, mercurio y plomo que se desprendían del caucho quemado se desplazaban por el aire y se iban depositando sobre el asfalto y los techos de los vehículos que estaban aparcados en las proximidades de aquel amago de trinchera. De algún modo, la estampa tenía algo de bucólico. Después de todo, era lo más cerca que iban a estar todos los vecinos del barrio de ver nevar en su vida.

Rivera y Zaida salieron del coche patrulla y contemplaron la nube de humo tóxico expandirse por las calles aledañas. Habían acudido a la zona alertados por la llamada de un vecino. En cambio, a los agentes el atestado no les pareció excesivamente grave. Aquellas demostraciones pirotécnicas eran frecuentes en la Cañada. Cuando no ardían neumáticos, ardían contenedores de la basura. El fuego se había convertido en la forma de expresión más recurrente para la mayoría de ellos. Estaban convencidos de que la única forma posible de empezar una nueva vida era reducir a cenizas la que ya tenían.

Detrás de los humildes altercados solían estar grupos de jóvenes frustrados por no encontrar trabajo o una vivienda digna, tratando de llamar la atención de las autoridades. Solo que en esta ocasión, ni siquiera había chicos detrás de la barricada.

De manera rutinaria, inspeccionaron la zona sin que nada les llamara especialmente la atención. Había llamas y escombros, pero nada más, así que la pareja de guardias civiles resolvió que la situación solo requería de la intervención de los bomberos.

—¿Los llamas tú? Me da un poco de pereza —se excusó el cabo con Zaida.

—Vale, después tengo que contarte algo —dijo ella en referencia a lo ocurrido en casa de Fátima.

Antes de que pudiera encontrar el teléfono móvil, una piedra cayó cerca de los pies de los agentes. Y, seguidamente, un trozo de baldosa. En cuestión de segundos, una lluvia de pedruscos se precipitó sobre ellos y trataron de ponerse a cubierto detrás de un coche.

Al otro lado de la barricada, un grupo de unos cien menores de edad apareció de la nada al grito de «No somos terroristas».

—Cambio de planes, mejor hablo con la Comandancia y que se coordinen con los antidisturbios. Esto tiene mala pinta — aseguró Rivera, tomando su *walkie*, al ver que estaban en clara desventaja y los objetos que les lanzaban cada vez eran más gruesos.

Zaida no dijo nada. Sabía que era lo correcto, pero aun así se sentía incómoda. Había presenciado en demasiadas ocasiones cómo acababan aquellas protestas cuando intervenían los antidisturbios.

—Tenemos que salir de aquí rápido antes de que nos maten —aseguró Rivera después de que una piedra se estrellara contra la luna delantera del coche que les protegía y los cristales les cayeran encima al hacerse añicos.

—No nos van a matar, solo están protestando por las redadas. Son críos —les excusó Zaida.

—Críos con muy mala hostia. Y con amigos en la mezquita Blanca. Si no, ¿de qué coño iban a estar aquí con barricadas?

Una nueva pedrada reventó la ventanilla del vehículo y los cristales se esparcieron sobre sus cuerpos.

—¡Vámonos de una puta vez! —gritó asustado Rivera mientras echó a correr.

Y como siempre que tenía que elegir entre los «suyos» y el deber, Zaida eligió quedarse bloqueada. Petrificada. Veía alejarse a su compañero sin mover un solo músculo, sin tener ni idea de qué era lo correcto; si marcharse con él o tratar de convencer a aquellos chicos de que se fueran a su casa antes de que llegaran los antidisturbios.

Finalmente, el azar decidió por ella y un trozo de adoquín le impactó en la frente causándole una conmoción

de manera inmediata.

* * *

Málaga, Carretera de Cádiz, una y cuarenta y cinco del mediodía

El distrito de la Carretera de Cádiz era el más poblado de Málaga y suponía una sinécdoque de la personalidad de la ciudad, un concentrado de todas sus virtudes y defectos, un potente destilado de los grandes contrastes que determinaban de este a oeste la capital de la Costa del Sol.

La proximidad o lejanía con el mar configuraba la clase social en la Carretera de Cádiz. Por un lado, estaban las barriadas más alejadas del nuevo paseo marítimo, las más humildes, San Andrés o La Luz, que se distinguían por sus genuinos e interminables bloques de cemento. Por otro, pegados al mar, se ubicaban los nuevos pisos de la burguesía malagueña, que se habían quedado sin viviendas en primera línea de playa en Pedregalejo y habían encontrado allí una zona en la que expandir sus necesidades, que no eran otras que disponer desde pistas de pádel a urbanizaciones cerradas con bajos privados en los que poder celebrar los cumpleaños de sus hijos. La colonización siempre consistía en lo mismo; llevar al nuevo mundo su parte de civilización.

Pero no solo las clases pudientes habían redescubierto la Carretera de Cádiz, también los comerciantes chinos, que en apenas una década habían conquistado barriadas como la de El Torcal para abrir más de un centenar de bazares y tiendas de moda.

El agente Sánchez hacía guardia en uno de aquellos negocios de nuevo cuño: «Uñas Chun-Li». Lejos de mostrar su aplomo habitual, estaba nervioso. No era buena idea dar un palo a plena luz del día. Y menos aún de forma consecutiva. Pero el tiempo corría en su contra y se encontraba en una situación apremiante; acorralado por la teniente y amenazado por los narcos. Y si tenía que ser

sincero, temía más al patriarca de los Vargas que a la Guardia Civil.

Como hiciera el día anterior, estudiaba pacientemente el mejor momento para entrar en el establecimiento. Según sus cálculos, además de dos trabajadoras, solo había en el local una señora haciéndose las uñas. Así que en cuanto esta salió secándose el esmalte a soplidos, entendió que era su oportunidad.

Sánchez se colocó el pasamontañas en el interior del vehículo y se metió la pistola por dentro del pantalón. A toda velocidad, cruzó la acera y entró en el comercio. En el interior del bazar, las dos chinas que trabajaban allí estaban comiendo tallarines y casi se cayeron de espaldas cuando le vieron aparecer.

—¡Dadme toda la coca que tengáis y no os pasará nada! —gritó Sánchez apuntándoles con el arma.

Las dos chicas se quedaron calladas. O realmente no sabían de lo que les estaba hablando o no se atrevían a confesar dónde la escondían.

—Aquí solo uñas. Nada de drogas —dijo la más valiente de las dos.

Cada vez más excitado por miedo a que alguien entrase en el local, Sánchez perdió definitivamente los estribos y la encañonó.

—¿Tú te crees que soy subnormal? ¡Tráeme la puta coca o le reviento la cabeza a tu amiga! —aconsejó a su compañera sin dejar de apuntarle con la pistola.

Esta, asustada, terminó por obedecer y sacó dos cajas de la trastienda. Sánchez se acercó hasta ella y las abrió. El palo, aunque arriesgado, había merecido la pena. Entre las dos cajas, habría casi unos ochocientos gramos.

—Qué esmalte más raro le ponéis aquí a las señoras, ¿no? —bromeó el agente con las empleadas—. Estoy yo por venir aquí a hacerme la manicura —dijo después de romper uno de los fardos y meterse en la boca una muestra para comprobar su pureza.

No quería lanzar las campanas al vuelo, pero todavía tenía una oportunidad de sobrevivir si jugaba bien sus

cartas en el interrogatorio con Lucía Gutiérrez.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, dos del mediodía

Tan solo había dado dos sorbos a la botella de Corsendonk y ya se sentía mareada. Julie detestaba las pesadas cervezas belgas, pero tras quedarse sin vino en casa, necesitaba un poco de alcohol para pensar con claridad. Aquella botella olvidada en la despensa de su cocina, probablemente de la cena de su último cumpleaños, era la última nave que le quedaba por quemar antes de tener que hacer acopio de *pinot noir* en su bodega de confianza. Pero ni ella sabía cuándo tendría algo de tiempo para recuperar sus rutinas.

La presa de la abundancia y su apretada agenda de ocio y esparcimiento se había resquebrajado y no había un solo minuto de su vida en que los problemas no la ahogaran. Tan solo llevaba un par de horas en Bruselas y ya era consciente de que tendría que volver a España a eliminar cualquier tipo de rastro que la policía pudiera conectar con ella; especialmente, el teléfono de Yusuf y a la persona que lo había encontrado. Como tampoco se le escapaba que no podría revelar nada de aquello a sus jefes. Tendría que actuar con absoluta discreción y al margen de sus directrices, lo cual no era sencillo, teniendo en cuenta que tanto ella como su hijo estaban siendo vigilados.

Definitivamente estaba en una situación complicada, tanto que no le importó darle un nuevo sorbo a la botella de Corsendonk. Incluso se podría decir que comenzó a disfrutar con el sabor. Ella, que había resistido las modas de las cervezas artesanales y se vanagloriaba de no saber distinguir una IPA de una lager, se comportaba ahora como una belga genérica. Si la vida no le daba un respiro, es posible que hiciera alguna locura y terminara el día comiéndose un gofre.

Julie, entregada a los placeres de la vida mundana que tanto había despreciado durante años, se terminó la cerveza

de un solo trago y eructó. Aquello era un acto de rebeldía. Un grito de resistencia contra el sistema. Contra su propio sistema. Una flatulencia épica que hubiera emocionado a William Wallace.

Por desgracia, no tuvo tiempo suficiente para regodearse con aquella fascinante sensación de libertad. El timbre de la puerta de entrada le sacudió de golpe y le arrebató la grata sensación de embriaguez. La maquinaria de los problemas se ponía de nuevo en marcha y la obligaba a estar alerta.

Pensando que se podía tratar de Lucrecia o de su marido, tomó el atizador de la chimenea y se acercó hasta la mirilla. Desde allí descubrió que estaba ante un contratiempo más complejo que no podía encarar con un simple atizador.

Julie respiró profundamente y abrió la puerta.

* * *

Málaga, Cruz del Humilladero, dos y media del mediodía

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó un joven en árabe cuando descubrió a Ibra dormido en el escalón del portal.

—No, qué va… —dijo ruborizado, asumiendo que quedarse traspuesto era algo de lo que debía avergonzarse, que le hacía menos masculino o menos europeo. Y él ansiaba aparentar las dos cosas—. ¿Karim? —preguntó dubitativo.

—El mismo, mi mujer me ha dicho que me estabas buscando. ¿Tienes hambre?

—Sí… —contestó apurado Ibra, lamentando ser tan transparente y no saber disimular mejor sus necesidades.

—Sube, tenemos un cuscús que te va a volar la cabeza.

Por alguna razón, tantas facilidades pusieron en guardia al chico. Llegar hasta ese portal le había supuesto un largo viaje lleno de dificultades. La última vez que fueron tan amables con él casi termina convertido en yihadista. La vida le había dejado claro que todo lo que merecía la pena

costaba sangre, sudor y *riskys*. Así que decidió andarse con cuidado.

—Espera, no sabes ni cómo me llamo. No me conoces de nada. Podría ser un… un… asesino —mostró Ibra sus reticencias, dejando claro que, a pesar de su juventud, había aprendido a tener prudencia en los últimos días.

—Te conozco, créeme. Con ese aspecto solo puedes venir de La Purísima. Y todo el que ha pasado por allí está invitado a comer en mi casa —le sonrió Karim, que además de ser hospitalario, había recibido una llamada de su primo poniéndole en antecedentes—. Sube, y si no te gusta el cuscús, te doy permiso para que nos asesines. ¿Cuál es tu estilo, pistola o navaja?

A Ibra le hizo gracia la broma. Karim parecía buena gente, así que decidió fiarse de él y le siguió a través del portal.

Tal y como le había prometido, el cuscús estaba delicioso. Le recordaba al que le hacía su abuela, que también lo cocinaba con ternera. Cuando terminó seguía hambriento, pero le daba pudor preguntar si podía repetir. No quería abusar de la confianza de aquel matrimonio tan generoso.

—¿Quieres más? —Le puso las cosas fáciles Karim.

—Bueno…

Ibrahim no podía creerlo. ¿De verdad era tan transparente? ¿O es que podía leerle la mente? ¿Cómo era capaz de adivinar en cada momento lo que estaba pensando? No se atrevía a asegurar que aquello fuera cosa de brujería, pero lo parecía.

Mientras se limpiaba la boca, Karim retomó la conversación y en seguida, sus dudas quedaron disipadas.

—Cuando salí de La Purísima estuve comiendo sin parar dos días. Hasta me puse malo —dijo mientras le servía de nuevo en el plato.

—¿También estuviste allí? —quiso saber Ibra, en parte por curiosidad y en parte para darle conversación y poder seguir comiendo sin parecer un aprovechado. Escuchar era su forma de pagar por el almuerzo.

—Un año. Pillé piojos, escarlatina, una infección de orina y cuatro gastroenteritis. Menos la nacionalidad española, cogí de todo. En cuanto pude, me marché de allí y no me ha ido mal.

El chico echó un vistazo a la casa de Karim. No era exactamente la idea que tenía en la cabeza de cómo debía ser una vivienda en el primer mundo, pero no estaba mal. No había muebles de lujo. Tampoco observó aparatos de aire acondicionado o cuadros con marcos dorados como los que tenía la gente que verdaderamente había triunfado en la vida. Aunque todo tenía un aspecto más bien modesto y sencillo, la sensación en aquella habitación era agradable. Transpiraba confort. Olía a familia. Era realmente apacible, tal y como tenía que ser un hogar, ya fuera en España o en Marruecos.

—Han pasado cinco años desde entonces y no hay un solo día que no me acuerde de La Purísima y de sus piojos. Supongo que por eso, siempre que puedo, le echo una mano a todos los que llaman a mi puerta.

—¿En qué trabajas? —le preguntó Ibra después de masticar un garbanzo.

—Repartiendo fruta en Mercamálaga. Los horarios son jodidos, pero no me puedo quejar. Nos da para vivir bien, al menos antes de conocerte. Como sigas comiendo así, voy a tener que buscarme otro trabajo de reponedor en un supermercado.

A Ibra le caía bien Karim. Lo había pasado tan mal como él, o como cualquiera de los chicos de La Purísima, pero no guardaba rencor ni tenía ganas de venganza. Al contrario, intentaba reírse de todo aquello y superarlo. No culpaba a nadie por tener más obstáculos que el resto. No era como los hermanos Iberdrola, no hacía distinciones entre los suyos y los otros. Parecía alguien del que fiarse.

—Yo quiero la misma vida que tú —dijo Ibrahim, al que aquella comida tan familiar le había devuelto cierta humildad.

—En ese caso, te recomiendo paciencia. Ahora mismo para toda la gente que está ahí fuera eres solo un MENA.

MENA. Otra vez aquella palabra. Daba igual la ciudad en la que estuviera que aquellas cuatro letras no dejaban de acompañarle desde que había puesto un pie en España. ¿Sería la traducción al castellano de Ibrahim? ¿Una forma coloquial de referirse a la gente? ¿Un insulto? ¿Se estarían riendo de su nariz? En Marruecos siempre lo hacían.

—¿Qué es un MENA? —preguntó harto de vivir en el desconocimiento.

—Tú. Técnicamente, un menor de edad extranjero no acompañado. Lo usa la gente que quiere olvidarse de que eres solo un niño. Gente que necesita culpar a otros de que su vida sea una mierda.

—Yo no soy un niño —quiso aclarar Ibra, incapaz de desentrañar la profundidad que escondían las palabras de Karim, demostrando con su inmadurez que, efectivamente, no era más que un niño.

—Me creo más que seas un asesino que un hombre hecho y derecho —le dijo en tono de broma—. ¿Qué te parecería ser mi ayudante en Mercamálaga? A cambio, podrás comer y dormir con nosotros.

Ibra lo consideró. Cargar fruta quedaba muy lejos de sus sueños de grandeza, pero, por otro lado, aquel hombre le hacía sentir como en casa. Era Marruecos condensado en un cuerpo de un metro y setenta centímetros, y después de tantos días sintiéndose extranjero en todas partes, le apetecía ponerse cómodo y descansar en aquel confortable consulado que era Karim.

—Acepto, siempre y cuando pueda comerme otro plato de cuscús —dijo sonriendo.

* * *

Málaga, restaurante La Cosmopolita, tres de la tarde

Lucía Gutiérrez y la jueza Andrade estaban estudiando la carta de La Cosmopolita cuando en el televisor del restaurante aparecieron imágenes de neumáticos ardiendo en Melilla. Sobre aquella escena dantesca se alzó la voz de

una periodista.

—«La Cañada de Hidum volvió a ser el centro de un gran altercado en la mañana de hoy, cuando unos cien manifestantes, según estimaciones policiales, han mantenido en tensión al barrio desde la una del mediodía aproximadamente hasta hace apenas unos minutos. Según el delegado del Gobierno en Melilla, así como fuentes de la Guardia Civil, la mayoría de los manifestantes eran menores de edad orquestados por adultos. El motivo de los disturbios no fue otro que protestar por los registros que se hicieron en el día de ayer en la mezquita Blanca. Un total de sesenta antidisturbios se desplazaron a la zona para disolver a los manifestantes con pelotas de goma».

En el momento en el que el delegado del Gobierno salió en pantalla explicando los cuantiosos daños en el mobiliario urbano que habían causado los manifestantes, Lucía Gutiérrez decidió romper el hielo.

—Con el debido respeto, creo que ha llegado el momento de bajar el suflé. La Cañada es un polvorín y en Málaga los puntos de venta de droga se están desplazando a zonas cercanas al casco histórico. Hoy la Policía Local ha dado con uno en los bajos del puente de la Trinidad. Desde mi punto de vista, haríamos bien en centrar nuestros esfuerzos para dar con el paradero de Hasan El Kaabi, buscar el contenedor que transportaba Yusuf y rebajar el nivel de vigilancia en Málaga y Melilla —dijo la teniente de la manera más diplomática que pudo.

—Sé que piensa que soy una facha. Mucha gente lo cree. Hace tiempo que decidí no rebatirlo. No merece la pena discutir etiquetas en estos tiempos. Pero estará de acuerdo conmigo en que, hasta el momento, los hechos me dan la razón. Tenemos una víctima con antecedentes por pertenencia al Estado Islámico y a su posible asesino, Hasan El Kaabi, que participó con él años atrás en el robo de explosivos. Los dos son originarios de la Cañada de Hidum. Los dos iban a la mezquita Blanca. Los dos estuvieron en algún momento en un camión abandonado cerca de la calle peatonal más importante de la ciudad. ¿Considera de

verdad que me estoy dejando llevar por algún tipo de ideología en este caso?

Lucía Gutiérrez no se atrevió a decir nada. Era cierto que hasta el momento las pautas de la jueza se ajustaban a derecho, pero admitir que se podía haber equivocado al tacharla de fascista y despojarla de algún tipo de criterio la convertía a ella en una persona espantosa llena de prejuicios.

Ante su falta de pronunciamiento, la magistrada tomó de nuevo la palabra:

—Vamos a mantener la vigilancia en Málaga y Melilla y esperar a que comentan un error. Hasta el momento no han demostrado tener mucha experiencia, así que es probable que se pongan nerviosos y desarticulemos en breve a toda la célula. Hay que ser pacientes. Por otro lado, le voy a conceder la orden de arresto de Hasan, y como muestra de buena voluntad, le voy a permitir incluso que dedique un dispositivo a dar con el paradero del contenedor extraviado. En lo que no voy a ceder ni un milímetro es en la elección del menú; comeremos la ensaladilla rusa de jamón y el tuétano, que son espectaculares. Una tiene que mantener su fama de autoritaria y fascista —dijo sonriendo.

—¿Solo dos platos? Debe ser usted de eso que llaman «la derechita cobarde» —le devolvió la teniente el sarcasmo, cosa que agradeció la jueza con una fuerte risotada.

* * *

Melilla, Hospital Comarcal de Melilla, cuatro de la tarde

La indecisión le había costado a Zaida un par de puntos en la frente y una visita urgente a la planta de radiología del Hospital Comarcal de Melilla para comprobar a través de una resonancia magnética que el traumatismo no le había provocado daños cerebrales. Era evidente que debía replantearse sus inseguridades. En solo dos días había estado muy cerca de perder el trabajo y la vida por no saber cómo reaccionar ante situaciones de estrés. Muchos de sus

compañeros le habían recomendado en otras ocasiones que acudiera a un profesional. Y en parte sabía que tenían razón, pero para alguien como ella pedir cita en el psicólogo era una derrota personal y una afrenta familiar. La habían educado para enfrentarse a problemas concretos: conseguir un trabajo, una casa y un marido. Nadie le habló nunca de encarar una depresión o de problemas de autoestima. Esos eran dilemas invisibles. Intangibles. Y todo lo que no se podía tocar o comprar, no existía. Al menos, no en su pequeño universo mileurista y de familia conservadora.

Imaginaba la cara de su padre en una situación hipotética en la que tuviera que confesarle que estaba atravesando un trastorno transitorio del estado de ánimo y prefería que la pedrada que le acababan de dar en la Cañada le hubiera provocado una conmoción cerebral.

Desgraciadamente, no era su mejor semana y, en lugar de eso, la doctora Núñez le comunicó en la consulta que no había apreciado nada grave en sus pruebas. Aun así, le recomendó guardar reposo para evitar posibles migrañas y le firmó una baja laboral de un día por precaución.

A Zaida la noticia le descuadró. No le gustaba quedarse en casa, y menos cuando su barrio estaba ardiendo por unos disturbios que, de alguna forma, ella había contribuido a provocar. Era de esas personas que se sentían incómodas si no tenían nada que hacer, de las que encendían el televisor y a los cinco minutos lo apagaban después de haber cambiado compulsivamente de canal. Había quien lo calificaba de hiperactividad. Su familia lo llamaba «culo de mal asiento».

Rumiando todo aquello, abandonó la consulta de la doctora. En la sala de Urgencias, la gente se distraía mirando el telediario de una cadena local, que informaba precisamente de los altercados en la Cañada de Hidum.

—«Los antidisturbios tardaron horas en poder atravesar las llamas y, cuando lo hicieron, no pudieron detener a ninguno de los cabecillas, aunque la Guardia Civil mantiene abierta la investigación. En torno a las tres de la tarde, los

bomberos accedieron a la zona y sofocaron las llamas. Lejos de criticar los disturbios, muchos vecinos apoyan lo sucedido».

La nube de humo tóxico desapareció de la pantalla y su lugar lo ocupó un joven de origen marroquí con el rostro tapado.

—«¿Que si es correcto? Pues yo creo que sí. En este barrio somos gente honrada, estamos hartos de que nos traten como si todos fuéramos terroristas. Aquí solo vienen a detener a gente, nunca a arreglar una carretera o poner una farola» —afirmó indignado ante el micrófono.

Rápidamente, un murmullo de comentarios inundó la abarrotada sala de Urgencias, donde la crítica más repetida era una con la que ella misma había convivido durante demasiado tiempo: «Putos moros».

Zaida tomó una determinación. Tenía que hacer algo para resolver aquella situación antes de que las cosas se calentaran todavía más. Si existía alguna explicación por la que se había hecho guardia civil, era precisamente aquella: ayudar, poner orden donde no lo había.

De pronto recordó los dos teléfonos que le había entregado Fátima por la mañana y decidió llamar a Lucía Gutiérrez.

Antes de salir del recinto hospitalario, comprobó en al menos cuatro ocasiones que el móvil de la teniente estaba fuera de cobertura. Lejos de desanimarse y aceptar que no tenía más alternativa que quedarse en casa viendo en la televisión cómo la Cañada ardía, tomó una decisión: viajar a Málaga aprovechando la baja laboral. Después de todo, era mucho mejor mostrarle el contenido de los mensajes de Yusuf a la teniente que contárselo a través del teléfono.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, cuatro y cuarto de la tarde

Julie abrió la puerta de casa y el yonqui que la visitó días atrás le sonrió. Estaba empapado. No había dejado de llover

en todo el día y era evidente que no tenía paraguas o lo consideraba demasiado burgués para usarlo. Su pelo graso estaba hecho un desastre y el agua le había forjado un casco capilar que le pareció repugnante.

—¿Me has echado de menos? Yo a ti sí —dijo guiñándole.

—Si crees que me das algún miedo, es que debes ir tan puesto que ni siquiera te has fijado en que tengo un atizador en la mano. La próxima falta de respeto, te lo clavo en el ojo y me hago un llavero con él —contestó devolviéndole el guiño.

Al joven drogadicto se le congeló la mueca. No recordaba que Julie tuviese tanto carácter. Incómodo con la sensación repentina de pérdida de poder, aparcó por un momento la fanfarronería y se limitó a entregarle un nuevo teléfono móvil de prepago.

—En cuanto me haya ido, llama al número que viene en la agenda —afirmó tres octavas menos prepotente que de costumbre y le entregó el aparato envuelto en una bolsa de plástico que chorreaba agua.

Julie lo cogió y después amagó con darle un garrotazo con el atizador. Asustado, el chico huyó corriendo por las escaleras hasta que sus suelas, humedecidas por la lluvia, resbalaron con la tarima y se precipitó aparatosamente contra la pared primero y finalmente contra el suelo.

Ni fortalecer su suelo pélvico en clase de pilates le había provocado tanta satisfacción como ver la cara de asustado de aquel pobre chico desparramado por las escaleras.

Volver a tener autoridad era sumamente gratificante.

A pesar de su reciente empoderamiento, le hizo caso y esperó a que se fuera para hacer aquella llamada. Tan pronto como le oyó salir del portal, marcó el número de teléfono.

—¿Me has traído algún recuerdo de España? —le preguntó en francés una voz metálica imposible de identificar.

—El cuello y los hombros quemados —se atrevió a bromear con el desconocido.

De alguna forma, se sentía capaz de todo. El atizador en la mano derecha la hacía sentir así de poderosa, como si sostuviera el bastón de mando de un ayuntamiento.

—¿Solo eso? En ese caso, tendrás que volver a traerme algo que me guste de verdad.

Julie palideció y soltó la pieza de bronce de su mano derecha. Sabía perfectamente que su jefe no estaba hablando de suvenires, sino de un encargo. Y, teniendo en cuenta las circunstancias, consideró que ese encargo tenía que ver con el móvil de Yusuf. O mucho se equivocaba o sus jefes habían descubierto que había dejado cabos sueltos en Algeciras.

—¿Y qué quieres que te traiga? —Quiso certificar con aquella pregunta sus temores.

—La cabeza de un hijo de puta que nos está robando en Málaga. A cambio, recibirás una generosa cantidad de dinero, que creo que te vendría bien después de lo que pasó en Algeciras.

Julie sonrió. Aquello era matar dos pájaros de un tiro. No podía creer que tuviera tanta suerte. Le daban la oportunidad de volver a España para recuperar el teléfono de Yusuf Hakimi sin levantar sospechas y encima podría reponerse económicamente por un trabajo en apariencia sencillo.

—La tendrás, confía en mí —dijo algo sobrada.

—Me alegra escucharlo. Recibirás más detalles en cuanto estés en Málaga. Hasta entonces, mantén el teléfono que te han dado. Y no te preocupes por Éric. Tu madre le está cuidando muy bien —afirmó el desconocido antes de colgar a modo de amenaza.

Julie Vertoghen lamentó su exceso de confianza. Por mucho que se esforzara en recuperar los instintos de barrio, sus jefes siempre iban por delante. Le sacaban kilómetros de ventaja y debía espabilar si quería reducir las distancias con ellos.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cinco de la tarde

Romero estaba a punto de perder la paciencia. La vena de la frente la tenía hinchada y manejaba el ratón del ordenador con frustración, como si el puntero fuera el verdadero responsable de todos sus problemas. Llevaba toda la mañana tratando de obtener algún dato del contenedor que transportaba Yusuf Hakimi y lo único que había averiguado en casi cinco horas de trabajo es que se fabricó en Holanda, concretamente en la ciudad de Róterdam. Un dato que no valía para absolutamente nada.

Ningún puerto de los incluidos tradicionalmente en la ruta de la cocaína tenía constancia de un *container* con el número de serie 35904. Los cargamentos de esta droga, procedente de Colombia, Bolivia y Perú, solían zarpar de puertos brasileños, ecuatorianos y venezolanos para dirigirse a Cabo Verde, Madeiras o las islas Canarias. Posteriormente, aprovechaban la infraestructura de distribución de las rutas del hachís que salían del norte de África con destino a España. Una a una fue consultando con las autoridades portuarias de aquellos muelles con el mismo resultado; nadie sabía nada.

Tras la última negativa, Romero prefirió tomarse un descanso y aliviar la frustración haciendo una visita a la cafetería de la esquina. La comida era la única respuesta que tenía para cualquier circunstancia. Si algo iba bien, no había nada mejor que celebrarlo con una buena comida. Si algo iba mal, no había nada mejor que compensarlo con una buena comida. Las alegrías y las tristezas, la ansiedad y el exceso de tranquilidad, la abulia, la inseguridad, la falta de deseo, el estrés y el sedentarismo, absolutamente todo lo podía somatizar con hidratos y proteína. La única pastilla a la que había recurrido en sus cincuenta y dos años de vida era la de Avecrem. Y siempre que podía presumía de ello ante los demás. Ni Orfidal ni Valium; el caldo de pollo concentrado era su ansiolítico preferido. Aquel epicúreo sencillo había hecho de la cotidianidad una proeza. Un superpoder con el que combatir todo tipo de adversidades a

golpe de cuchara.

Antes de separarse, Romero había sido un cocinero ejemplar. Jamás acudía a un restaurante o a un bar. Disfrutaba en la cocina y además tenía buena mano. Deleitaba a su mujer y a su hijo con espléndidos pescados al horno o asados de carne. No había plato que se le resistiera.

Todo eso se acabó el mismo día en que su esposa le confesó que se había cansado de él. De sus cuidados, de sus atenciones, de su cariño sin condiciones. Estaba empachada, como si amarle le supusiera una digestión tan complicada como la que le provocaba su cocina. Necesitaba algo diferente, aunque no supiera decirle el qué.

A partir de entonces decidió abandonar los fogones y comer fuera. Su nevera siempre estaba vacía, así como el resto de los cajones de su cocina de divorciado. Donde el resto del mundo solo veía a un divertido glotón, en realidad, se escondía un hombre atormentado, torturado, incapaz de entender en qué había fallado. Cocinar era para él amar y le habían dejado claro que amaba mal, de una forma del todo incorrecta, excesiva. De ahí que se autoimpusiera aquel castigo y buscara otra forma de querer y comer.

Después de meditarlo, decidió que para aquel sentimiento de decepción lo que mejor maridaba era una napolitana de chocolate. El cacao siempre le ayudaba a canalizar la tristeza. Ya casi podía saborearla cuando el primer agente de la Aduana al que había convocado para interrogar, Pablo Sánchez, se presentó en la Comandancia arruinándole su merecida merienda.

—Tenía cita con la teniente —dijo Sánchez con la mejor de sus sonrisas, haciendo verdaderos esfuerzos para que su perfecta dentadura se llevara todos los focos y pasara desapercibida la tirita que tenía a la altura del pómulo, con la que pretendía disimular la caricia de la navaja del clan de los Vargas.

* * *

Algeciras, barrio de El Saladillo, cinco y cuarto de la tarde

Diez agentes armados de la unidad USECIC ascendieron con sigilo por un largo tramo de escaleras. En cuanto llegaron al piso de Hasan, uno de ellos, el que cargaba con el ariete, se hizo un hueco y, de un contundente golpe, reventó la puerta de entrada.

—¡Guardia Civil, al suelo! —gritó el jefe de la unidad en el mismo momento en que los agentes fueron accediendo a la vivienda en parejas.

Las persianas estaban levantadas y el calor en el domicilio era espantoso. A plena luz del día, la vivienda de setenta metros cuadrados de aquel arribista de origen marroquí no superaba la prueba del algodón y evidenciaba que no pertenecía a la clase media alta que él anhelaba. La gama baja de sus muebles de Conforama y Leroy Merlin, así como el gotelé de las paredes o la televisión de apenas veintiocho pulgadas le colocaban en el lugar al que realmente pertenecía, la denostada clase obrera. Tanto en el barrio del Saladillo como en muchos otros distritos del estilo se había propagado un extraño virus que provocaba que sus habitantes sintieran vergüenza por su condición humilde y se esforzaran enormemente por marcar distancias con sus vecinos en lugar de echarse una mano. Los unos acusaban de ser «canis» o «chonis» a los otros. El *ojopatio* era una trinchera, pero el enemigo estaba muy lejos de allí.

Ajenos a la demonización de la clase obrera en la periferia de Algeciras, los agentes de la USECIC terminaron de recorrer la vivienda y constataron que Hasan El Kaabi no estaba allí, así que procedieron a registrar pormenorizadamente el domicilio en busca de armas, drogas o algún tipo de prueba que le vinculara con el Estado Islámico.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cinco y media de la

tarde

Cuando Pablo Sánchez tomó asiento en la sala de interrogatorios, a Lucía Gutiérrez le acababan de informar de que no había rastro de Hasan El Kaabi en su domicilio, y que se iba a proceder al registro de su negocio en el polígono de Cortijo Real.

Con el semblante serio, la teniente ocupó su sitio al lado de Romero y se fijó detenidamente en el agente de Aduanas. Era indiscutible que tenía buena planta y que el uniforme le quedaba como un guante. Se le veía tranquilo, casi relajado, como si tuviera pocas preocupaciones en la vida, además de romper corazones y bragas.

—¿Qué le ha pasado en la cara? —quiso saber la oficial al percatarse de la tirita que llevaba en el pómulo Sánchez.

—Me he cortado afeitándome —contestó el agente exhibiendo de nuevo su espléndida dentadura.

La teniente le examinó en silencio. De un vistazo constató que Sánchez tenía barba de dos días y que, por lo tanto, estaba mintiendo. Bajo aquella sonrisa de vendedor de coches usados resultaba manifiesto que se escondía otra vida más turbia y opaca. No obstante, prefirió no desenmascararle tan pronto.

—En primer lugar, queríamos agradecerle su presencia y tranquilizarle. No se trata de nada grave. Es un procedimiento completamente rutinario para cotejar con usted algunos datos que no terminan de encajarnos —le informó Lucía, consciente de que no tenían nada contra ninguno de los agentes más allá de un pálpito.

—Estaré encantado de colaborar en lo que esté en mi mano, mi teniente —respondió Sánchez seguro de sí mismo, con el aplomo que exhibían los heterosexuales guapos cuando había una mujer presente.

—¿No le importará entonces que grabemos su testimonio? —preguntó Romero.

El agente accedió y el cabo procedió a la grabación. En cuanto comprobó que la conversación se estaba registrando, tomó un par de fotografías de una carpeta y las colocó en el

centro de la mesa.

—¿Reconoce este contenedor? Lo recogió del muelle tres Yusuf Hakimi el miércoles 3 de agosto a las cinco de la tarde. Horas más tarde, el camión en el que lo retiró se encontró en las proximidades de la calle Larios junto con un Corán. Su cuerpo fue hallado decapitado en la playa de la Malagueta con la palabra «infiel» grabada en la frente.

—No lo recuerdo particularmente. Al año se mueven en el puerto de Málaga miles de contenedores de las mismas características, mi teniente —le contestó a Lucía con la clara intención de hacer de menos a Romero.

—Le pido que haga un esfuerzo. La resolución de un homicidio y la seguridad de esta ciudad podrían depender de que usted se tome la molestia de hacer memoria al menos cinco minutos —insistió la teniente, a la que no le gustaron un pelo las maneras de Sánchez, que solo se dirigía a ella.

El agente, sin perder la sonrisa, volvió a tomar las fotografías y las miró atentamente. Transcurridos unos segundos, las soltó afectado.

—Lo siento, soy incapaz de recordarlo.

—El contenedor salió del puerto sin que ningún agente de Aduanas lo inspeccionara. ¿Es algo normal? —se esforzó Lucía en mantener las formas.

—Lo es. Como les digo, el movimiento de contenedores es tan alto que la capacidad de control es muy limitada. El año pasado entraron unos cinco mil millones de *containers* de los que apenas veinticinco mil se escanearon para identificar las mercancías que contenían.

—¿Y cómo se decide qué contenedores hay que escanear? ¿Existe algún tipo de criterio al respecto? —preguntó Romero, que no quería limitarse a ser el perrito faldero de la teniente.

—Las inspecciones se basan en la información de inteligencia. Es decir, se revisan aquellos que han sido exportados o importados por empresas que no resultan fiables, los que tienen un origen sospechoso o de los que recibimos algún tipo de chivatazo.

—Dada su experiencia, ¿cómo de sospechoso le parecería un contenedor del que no existe ningún tipo de información?, ¿ni la empresa que lo exporta, ni el puerto de dónde procede, ni la carga que contiene? —arrinconó Lucía al agente.

—Diría que bastante sospechoso.

—¿He oído bien a Sánchez, cabo? ¿Ha dicho «bastante sospechoso»? —jugó la oficial a lo mismo que su contrincante.

—Sí que lo ha dicho, mi teniente.

—Y siendo, en sus propias palabras, «bastante sospechoso», ¿cómo es posible que ninguno de los cuatro agentes que estaban aquella tarde en la Aduana decidiera inspeccionarlo?

—Es una buena pregunta, mi teniente. Si no saltaron nuestras alertas, es porque no contábamos con esa información. Los narcos suelen pagar a funcionarios y trabajadores portuarios para dificultar nuestra labor.

—¿Sospecha de alguno? ¿Qué nos recomendaría hacer al respecto para que no se vuelva a repetir algo así?

—Supongo que abrir una investigación, mi teniente.

Las respuestas de Sánchez no convencieron ni a Romero ni a Lucía Gutiérrez, pero hasta que no tuvieran algo que demostrara su culpabilidad, o la de sus compañeros, no podrían hacer nada más que poner sobre alerta a Asuntos Internos.

Tras agradecerle su colaboración, Sánchez abandonó la sala y los guardias civiles intercambiaron sus impresiones de lo que había sucedido.

—¿Qué opinas? —preguntó la oficial a su ayudante.

—Que miente, pero no podemos demostrarlo. Ninguno de los cuatro agentes de Aduanas ha entrado en contradicciones o ha señalado directamente a alguno de sus compañeros. Los cuatro coinciden en hablar de los trabajadores del puerto.

—Se llama corporativismo. ¿Alguna vez ha escuchado a un guardia civil hablar mal de otro públicamente? Lo único que se me ocurre es suspenderles una semana de empleo y

sueldo, mientras se lleva a cabo una investigación interna, y seguir buscando el contenedor.

Romero se quedó pensativo, como si estuviera rumiando algo que se les había pasado por alto. La teniente se dio cuenta y quiso saber de qué se trataba.

—Cincuenta euros por saber en qué estás pensando.

—En merendar, mi teniente. —Quiso arreglar con comida sus dudas el cabo.

No era precisamente la respuesta que estaba esperando Lucía, pero no le pareció mala idea. Llevaban demasiado tiempo encerrados en aquella sala y necesitaba salir de allí aunque fuera para comer.

—Me apunto. Pero olvídate de los cincuenta euros. Tus pensamientos no valen ni veinte céntimos.

* * *

Algeciras, polígono Cortijo Real, seis y media de la tarde

El polígono Cortijo Real tenía poco trasiego el viernes por la tarde. Quien más, quien menos estaba ya en su casa haciendo las maletas para dar inicio a las vacaciones de agosto. Tan solo la calle de la Concordia, a la altura del número 45, presentaba algo de ajetreo.

Apostados en la fachada de la nave que daba acceso al local de Hasan, los diez hombres armados de la unidad USECIC estaban a punto de derribar las puertas para inspeccionar el recinto y dar con el paradero del sospechoso.

El jefe de la unidad dio la orden y los agentes se desplegaron en el interior del edificio después de derribar la puerta. El recinto era completamente diáfano, por lo que les llevó poco tiempo llegar a la conclusión de que Hasan El Kaabi tampoco se encontraba allí.

En su lugar, encontraron un contenedor, lo cual no era del todo extraño, dado que se trataba de una pequeña empresa de transportes. Sí resultaba más llamativo su contenido. Uno de los guardias civiles, siguiendo las

instrucciones de su superior, abrió las puertas del depósito y un fuerte olor a podrido le dio la bienvenida.

El aroma putrefacto era denso y se multiplicó cuando entró en contacto con el aire caliente que venía de fuera. Apenas se podía respirar. El olor ulcerado se colaba por la nariz hasta el colon, removiéndole el estómago a cualquiera que no fuera un parásito. Aquello le dio mala espina al agente. Olía como huelen los muertos. Temiendo encontrar un cadáver en el interior, pidió ayuda y un par de hombres más accedieron al contenedor para registrar el cubículo.

Pronto les quedó claro que allí dentro no había ningún muerto, sino algún tipo de producto en mal estado. Los miembros de la USECIC vaciaron las cajas que estaban almacenadas y, para su estupor, se encontraron con armas ilegales ocultas en bandejas de frutas en descomposición.

* * *

Málaga, aeropuerto Pablo Ruiz Picasso, siete y media de la tarde

En cuanto puso un pie en la ciudad de Málaga supo que la iba a aborrecer. El termómetro marcaba cuarenta y un grados en el exterior del aeropuerto Pablo Ruiz Picasso. Pero además soplaba un desagradable aire caliente que le recordaba a una estufa. Peor aún, como si alguien la persiguiese con una estufa a cualquier lugar al que se desplazaba. Julie no podía entender que, existiendo el norte de Europa, hubiera seres humanos que decidieran voluntariamente vivir en esa sauna sin que les apuntaran con un arma.

El horizonte era de color amarillo y el calor flotaba en aquel líquido ámbar. La vida estaba petrificada. Aviones, coches y personas se desplazaban lentamente entre las densas capas de bochorno. Como una habitación inundada de gas, aquella ciudad parecía preparada para echar a arder en cuanto alguien arrojara una cerilla.

Superado el primer impacto, tomó un taxi y le facilitó al

conductor la dirección que le habían hecho llegar a través del Nokia de prepago: calle Gaucín, número 12.

El taxista introdujo las señas en el GPS y se echó hacia atrás sobre su respaldo ergonómico de bolas. Lo hizo con una fe inquebrantable. Como si en lugar de dejarse caer sobre una funda de Feu Vert se hubiera puesto en las manos de un prestigioso fisioterapeuta que debía recolocar las vértebras que las doce horas de estar sentado en un coche diariamente habían terminado por desplazar. No quería juzgar a nadie. No era su estilo. Todo el mundo que la conocía sabía que ella jamás tenía opiniones preconcebidas hacia algo o alguien. Pero de alguna forma había terminado por asociar ese tipo de ingenuidad con la gente del sur.

¿Sería aquello elitismo?, se preguntó después de observarle, horrorizada, frotar la espalda contra el respaldo. Estaba prácticamente convencida de que no, pero, por las dudas, se sintió en la obligación de darle un consejo y alejar aquellos pensamientos que la avergonzaban.

—Lo mejor para los dolores de espalda es el pilates —le dijo en español—. Desde que lo práctico no tengo lumbago.

El taxista le dio las gracias, más por compromiso que porque creyera que aquella extranjera de clase alta tuviera la solución a sus problemas de cervicales. Sin embargo, la breve recomendación le valió a ella para convencerse de que era mejor persona de lo que era. Soportarse no era sencillo.

El aeropuerto no quedaba lejos de la barriada de El Torcal, pero, siendo viernes, el tráfico congestionado provocó que, un trayecto que no debía superar los quince minutos, les llevara media hora.

Cuando salió del vehículo, Julie descubrió que su destino era una tienda de uñas china. Un lugar aparentemente anodino dentro de un barrio de aspecto modesto. «Somos especialistas en el cuidado de manos y pies», rezaba el triste neón que daba la bienvenida a los clientes.

Todo en «Uñas Chun-Li» apestaba a barato, a especialistas en segundas y terceras marcas, a refugio

mental para madres de familia de cincuenta años en paro que jugaban a la fantasía de ser las protagonistas de *Sexo en Nueva York* si estas se hubieran ido a vivir al extrarradio. Desde luego, no parecía el tipo de negocio en el que alguien entraría armado en busca de drogas. Para ella, ni siquiera era el sitio en el que alguien entraría a hacerse la manicura. Dentro de aquellas paredes, en lo único que parecían ser especialistas era en convertirte en la perfecta señora de barrio; entrabas allí normal y salías con un carrito de la compra en la mano.

Sin dilatar más la espera, entró en el local y no tardó mucho en elaborar un plan para evacuar a las dos únicas clientas que se habían atrevido a hacerse la manicura allí.

—¿Qué clase de esmalte me pusisteis ayer, hijas de puta? —les gritó Julie en español a las dependientas de origen asiático, logrando centrar la atención de todo el mundo—. Mi perro se ha muerto esta tarde por lamerme las manos. Gracias a Dios que no ha sido mi hijo —dijo al borde de la lágrima ante la atenta mirada de las clientas y la de estupefacción de las trabajadoras—. ¡Salgan de aquí antes de que les pongan ese puto esmalte tóxico!

Las dos señoras a las que estaban limando las uñas se miraron la una a la otra y no necesitaron decirse nada para llegar a la misma conclusión: mejor irse de allí cuanto antes por si las moscas. Una de ellas incluso tuvo tiempo de tomar la lima y arrojarla al suelo como si estuviera librando al mundo de una bomba de protones.

—En este barrio ya no te puedes fiar de nadie —le dijo Julie a una de ellas, disfrutando secretamente con toda la situación.

—¡Qué razón tienes, chiquilla! Entre los chinos y los moros se están cargando Málaga.

Dejando un inquietante perfume de xenofobia y chovinismo en el ambiente, las dos mujeres abandonaron el local y Julie pudo explicarles a las trabajadoras lo que acababa de suceder; estaba allí por orden de sus jefes.

Todavía algo desconcertadas, las empleadas de Uñas Chun-Li trataron de resumirle a la desconocida cómo se

produjo el atraco. Su vocabulario no era muy preciso y apenas recordaban detalles concretos de lo sucedido. Ni tatuajes ni defectos físicos que les llamaran la atención. Lo único que pudo sacar en claro del relato de ambas fue que el atracador era un hombre alto, con el rostro tapado por un pasamontañas y que en ningún momento les pidió dinero de la caja.

—Droga, solo quería droga —aclaró una de las mujeres.

—¿Tenéis cámara de vigilancia? —quiso saber Julie.

Una de las empleadas le puso en la pantalla la grabación del robo. La belga contempló las imágenes con interés y le llamó la atención la pistola del atracador; se trataba de una Heckler & Koch Compact, un tipo de arma corta que en España utilizaban tanto la Policía Nacional como la Guardia Civil.

Aquello reducía bastante su búsqueda. Estaba ante un perfil muy concreto; un agente de la ley con evidentes relaciones con el narcotráfico como para saber que un vulgar y corriente negocio de cuidado de uñas albergaba sustancias ilícitas. No quería precipitarse hasta consultar las cámaras de vigilancia del otro negocio donde habían robado, pero tenía una ligera sospecha de quién podía ocultarse bajo aquel pasamontañas.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, ocho de la tarde

La USECIC informó del resultado del operativo a Lucía Gutiérrez y esta a su vez puso al día al cabo. La noticia les pilló pagando en la cafetería después de una copiosa merienda en la que las palmeras de chocolate y los ardores de estómago fueron las estrellas de la tarde noche.

—¿Armas dentro de cajas de fruta? —preguntó sorprendido Romero—. Pensaba que eso solo se utilizaba para esconder cocaína.

La Guardia Civil tenía estudiado el modus operandi de los narcos en los puertos. Por regla general, los traficantes

escondían la droga en cargas de mercancía perecedera como era la fruta. Al tratarse de un alimento que se podía estropear en poco tiempo, los registros se tenían que hacer con mayor celeridad y eran mucho menos estrictos que con cualquier otra mercancía. De ahí que fruta y cocaína formaran una extraña pareja en la mayor parte de los puertos europeos. Lo que no era tan frecuente es que lo utilizaran para traficar con armas; no era igual de fácil esconder cocaína en un plátano que un fusil de asalto.

—No tiene ni pies ni cabeza. Cualquier mafia sabe que los contenedores que primero se registran en el puerto son los de fruta. ¿Por qué correr ese riesgo?

—Porque no le preocupaban los controles, mi teniente. Contaban con un operario del puerto o un agente corrupto en la Aduana. O tal vez incluso los dos. Si Yusuf no llega a aparecer muerto, jamás nos habríamos enterado de la existencia de ese contenedor o de que uno de los nuestros trabajara para las mafias.

Lucía sabía que el cabo tenía razón, pero aun así había algo que no le terminaba de encajar en aquella historia. Por mucho que contaran con ayuda extra, se trataba de operaciones complejas en las que cualquier elemento arbitrario, como un simple cambio de turno de los agentes, podía dar al traste el intento de introducir mercancía ilegal en el puerto. Demasiado dinero en juego como para facilitarles tanto el trabajo.

El calor y las dudas estaban asolando a la teniente. La feria se acercaba y la trama yihadista se complicaba cada día. Tendría que informar de inmediato a la jueza Andrade para que declarara a Hasan El Kaabi en busca y captura.

Si Romero acudía a la comida siempre que su cerebro estaba a punto de colapsar, Lucía tiraba de tabaco. La teniente se encendió un pitillo y aspiró el humo intentando parar el tiempo. Al fracasar, se resignó y echó a andar camino de vuelta a la Comandancia en compañía del cabo.

En la distancia le pareció adivinar una silueta familiar. Una figura enjuta. Consumida, como de otro tiempo. Un perfil demacrado que, aunque trataba de disimular su

aspecto bajo una gorra de Unicaja, solo podía corresponder a una persona: Enrique Urbizu.

—Luego te veo, parece que tengo visita —le dijo la teniente al cabo mientras apuraba el cigarrillo de una sola calada—. Por cierto, ¿puedes consultar en los registros del puerto qué barcos descargaron fruta el día de la muerte de Yusuf? Tal vez tengamos ahí algo donde escarbar. —Tiró finalmente la colilla al suelo y se desentendió de Romero.

* * *

Málaga, polígono del Guadalhorce, ocho y cuarto de la tarde

Julie le echó un vistazo a las imágenes de las cámaras de vigilancia en la trastienda de Disfraces Wang. No albergaba ninguna duda de que se trataba de la misma persona que había asaltado la tienda de uñas en la Carretera de Cádiz. Tenía la misma planta, el mismo arma y se movía por el establecimiento con la misma soltura, lo cual no dejaba de ser sospechoso. Se encontraba en una nave industrial de proporciones extraordinarias, por lo que solo alguien que había estado allí otras veces y conocía que la honorable familia Wang, además de a los disfraces, se dedicaba al trapicheo, podía haber dado a la primera con el escondite de las drogas.

A pesar de que no había podido encontrar ninguna imagen del sospechoso sin el pasamontañas, Julie presentía que esa persona solo podía ser Pablo Sánchez, un agente de la Guardia Civil que colaboraba con ella ocasionalmente para introducir mercancía delicada en el puerto, y que poseía un perfecto conocimiento de la estructura de la mafia china en Málaga.

El hecho de que fuera alguien conocido hizo que respirara aliviada. Aquel trabajo iba a ser más fácil de lo que esperaba. Mañana como muy tarde lo habría resuelto, por lo que tenía tiempo para dedicarlo a la otra tarea que le había llevado hasta España.

Julie sacó de su mochila el móvil de prepago con el que se había estado comunicando con Yusuf y le devolvió la

llamada. Le apetecía jugar y poner nervioso a quien quiera que fuera el que la había descubierto.

* * *

Málaga, Puerto, ocho y veinte de la tarde

La caída paulatina del sol provocó que la temperatura bajara un par de grados, pero no lo suficiente para aliviar el aire caliente del terral. En esas pesadas condiciones atracó en el muelle número 3 el Fortuny.

Rodeada de una multitud de pasajeros dispuestos a quejarse ampliamente del tiempo, Zaida bajó del ferri de Transmediterránea después de un aburrido viaje en el que ni siquiera había divisado delfines por la popa.

La agente dejó la pasarela atrás y puso los pies en Málaga. A aquella hora, tanto el Muelle Uno como los alrededores de la plaza de la Marina eran un hervidero de gente con ganas de disfrutar del atardecer y del fin de semana. En realidad, siempre lo estaban, aunque fuera lunes o miércoles. Era una ciudad entregada al ocio, a la hostelería, a la noche… A hacer de cualquier momento algo extraordinario. Una fábrica de anécdotas diseñada concienzudamente para disfrutar y pasarlo bien. Todo allí estaba hecho del mismo material que Disney World. Más que un lugar geográfico o una cruz en el mapa, era un estado de ánimo. Un viernes infinito.

Aunque Zaida estaba acostumbrada a las altas temperaturas, el terral era nuevo para ella. Se parecía más a los vientos que asolaban la provincia de Tinduf que a la humedad de Melilla. El inesperado golpe de calor la dejó mustia y con una sed inmensa. A pesar de que lo que le pedía el cuerpo era colocarse bajo sombra y beber algo frío, prefirió ponerse en contacto con Lucía Gutiérrez de inmediato.

Buscó un lugar más íntimo entre las estrechas calles del Soho y llamó a la teniente. Sin embargo, el resultado fue el mismo que en Melilla; estaba fuera de cobertura. No le

quedaba más remedio que presentarse por sorpresa en la Comandancia y confiar en que allí tendría más suerte.

Antes de ponerse en marcha, un sonido llamó su atención. Era el de un móvil, pero no el suyo. La melodía predeterminada no dejaba de sonar insistentemente. Se trataba de una música antigua donde predominaba la percusión. El caso es que le resultaba bastante familiar. Incluso era posible que la hubiera bailado en alguna ocasión en una discoteca. Estaba a punto de identificarla cuando la guardia civil recordó que dentro del bolso guardaba los dos teléfonos de Yusuf Hakimi y que el sonido procedía de allí.

Alterada, los recuperó del interior del bolso y comprobó que, efectivamente, uno de ellos tenía una llamada entrante. Alguien quería hablar con Yusuf y ella no tenía claro si debía o no descolgarlo.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, ocho y veinticinco de la tarde

—Tiene buen aspecto —fue lo primero que le dijo Urbizu a la teniente en cuanto la vio acercarse.

—Estoy mejor. He dejado de beber y estoy fumando menos. Solo dos paquetes al día. A este paso puede que me haga *runner* —dijo ella irónicamente ofreciéndole un cigarrillo.

—No, gracias, con este calor, no me fumaría eso ni con los pulmones de otro.

—¿Se puede saber qué hace aquí? No, no me lo diga, me va a ascender ahora a Teniente Coronel. Le aviso que tengo peor carácter que Tejero… —dijo Lucía con un punto de amargura mientras se encendía un nuevo pitillo.

—Echaba de menos su sarcasmo, es tan agradable como este calor. Para su información, usted no ha sido la única en experimentar un ascenso no deseado. A mí me han puesto al frente de la Unidad de Asuntos Internos. Así que ya se

puede imaginar qué hago aquí.

Efectivamente, Lucía Gutiérrez se podía hacer una idea de lo que significaba su presencia en Málaga. Inquieta, le dio una calada al cigarrillo e invitó a Urbizu a pasar a su despacho.

—Mejor demos una vuelta. No es bueno que nos vean juntos en la oficina.

Lucía no hizo preguntas al respecto. Se limitó a exhibir una mueca de desagrado. No necesitaba más pistas para adivinar lo que iba a ocurrir y qué significaba aquella ridícula gorra con la que quería pasar de incógnito.

Los oficiales abandonaron las inmediaciones de la Comandancia y caminaron a través de la avenida del Arroyo de los Ángeles. Hasta que no llegaron a la altura del Hospital Materno, no recuperaron la conversación.

—Quiero que dejéis a Sánchez en paz.

—No me puede pedir eso —dijo molesta en cuanto confirmó sus sospechas—. Doy por hecho que está al tanto del caso, así que le ahorraré detalles, pero sabe tan bien como yo que es lo único que tenemos para poder llegar a los responsables del asesinato de Yusuf Hakimi y desarticular una posible célula islamista en la provincia.

—Con todos los respetos, el asesinato de ese moro me interesa una mierda. Es algo demasiado pequeño en comparación con todo lo que podemos obtener de él. Le estamos investigando desde hace meses y creemos que podría haber implicados más agentes —dijo Urbizu mientras sacaba un sobre de un maletín de trabajo que le hizo entrega a Lucía.

La oficial lo abrió y se dio cuenta de que en el interior había una serie de fotografías de Sánchez en el muelle de atraque y en compañía del clan Vargas, una de las familias que se dedicaban al tráfico de drogas en Málaga.

—Trabaja para la mafia china, les ayuda a meter contenedores con cocaína oculta en el puerto de Málaga. Se comunica con ellos a través de teléfonos de prepago de los que se deshace periódicamente para evitar «pinchazos». Se trata de una estructura criminal bastante opaca que parece

colaborar con clanes locales como el de los Pitufos, y de la que por primera vez tenemos la oportunidad de conocer su funcionamiento y organigrama… siempre y cuando usted no meta las narices en este asunto. Es de extrema importancia que Sánchez no sospeche que está siendo investigado.

La aparición de la mafia china en todo aquel entramado dejó a Lucía bastante desconcertada. ¿Estaban también detrás del contenedor de armas hallado en Algeciras? ¿Colaboraban de alguna forma con el Estado Islámico? ¿Qué pintaba el clan de los Pitufos en todo eso? No tenía nada claro, tan solo que cada vez estaba más perdida.

—Por supuesto, será informada puntualmente de cualquier novedad que obtengamos relacionada con su caso. A cambio, solo le pido que deje a Sánchez y al resto de agentes que ha interrogado hoy en su puesto en la Aduana como si no hubiera pasado nada. ¿Se ve capaz de cumplir una orden o me va a hacer cagar sangre como en Morón de la Frontera?

—Si usted cumple su parte, yo cumpliré la mía.

—Soy consciente de que es lo más cerca que voy a estar de sacarle un compromiso. Como muestra de buena voluntad, le voy a contar algo más. Nuestro amigo Sánchez parece que le tiene la misma lealtad a la Guardia Civil que a los chinos. Ayer y hoy se dedicó a atracar a mano armada en locales posiblemente asociados con las mafias para hacer negocios por su cuenta con los Vargas. Es un pieza de cuidado que no sabe dónde se está metiendo. Si no se le cargan unos, lo harán los otros —afirmó Urbizu, haciéndole entrega a Lucía de nuevas fotos en las que se podía ver a Sánchez quitándose un pasamontañas.

—No se lo tome a mal, pero empiezo a asociar su cara a las malas noticias —dijo Lucía.

—Es curioso, a mí me pasa exactamente lo mismo con usted.

Después de que ambos se miraran fijamente, sin quedar claro si se estaban retando o era una forma de decirse el uno al otro que se echaban de menos, Urbizu se despidió de

la teniente. No quería exponerse por más tiempo a que les vieran juntos y algún agente sospechara que Asuntos Internos estaba en Málaga.

La inesperada visita trastocó a Lucía Gutiérrez, que necesitaba empezar a procesar toda aquella información y ver de qué forma podía tener relación con los hechos que estaba investigando. Pero eso sería mañana. Había sido un día muy intenso y se había ganado alguna clase de recompensa, y no se le ocurría una mejor que intercambiar con Juan algún que otro wasap.

Cuando revisó su teléfono, se dio cuenta de que tenía diez llamadas perdidas de Zaida. Aquel caluroso día de agosto parecía no tener fin.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, nueve de la noche

El Fede era un bar de barrio sin ninguna pretensión. Un local en el que los fines de semana la gente se reunía para ver los partidos de fútbol del Barça y el Madrid y que resistía el resto de días laborables con menús para los trabajadores de la zona y una red de no más de diez clientes fijos. Si Zaida y Lucía habían terminado allí, era porque quedaba bastante cerca de la casa de la teniente. La proximidad era su mayor virtud.

No obstante, al ser viernes por la noche, no quedaba ninguna mesa libre en la terraza que daba al pasaje Esperanto y tuvieron que buscar hueco en el interior del local. Las agentes se colocaron cerca de la barra y en seguida se dieron cuenta de que el aire acondicionado estaba demasiado alto. De hecho, más de uno se abrigaba con jerséis y cazadoras ante el riesgo real de pillar una neumonía.

—El último mensaje que recibió en este teléfono es del 15 de junio y dice lo siguiente: «Los patos te esperan en el muelle 3. Contenedor 21322». —Zaida le mostró a Lucía uno de los dos Nokia que había encontrado Fátima ocultos

en una baldosa de la cocina—. Hay un par de mensajes más, donde siempre se utilizan las mismas palabras en clave: «patos y serpientes».

—¿Y en el otro teléfono? —preguntó la oficial después de leer el contenido del SMS.

—Más de lo mismo. Un par de mensajes con fecha del 7 de mayo donde se le advierte primero que los *patos* ya han salido, y otro en el que le dan la indicación de que ya están en el puerto, así como el número del contenedor donde se encuentran. El teléfono del que recibía las directrices también es de prepago, pero fue comprado en Bélgica. Inevitablemente he pensado en Molenbeek…

—Es un poco precipitado aventurarse a pensar en una relación con los yihadistas de Molenbeek. Lo único que prueba esto es que Yusuf Hakimi ha estado traficando con armas de forma periódica y que cada vez que le encargaban un operativo, recibía las instrucciones en un móvil diferente.

—¿Armas? ¿Los patos son armas? —preguntó sorprendida Zaida.

—Eso parece, han encontrado el contenedor que llevaba Yusuf en Algeciras y estaba cargado con armas ilegales. Es posible que ayudara a rearmar a comandos del Estado Islámico en Europa, que fuera un mero transportista, al igual que el tal Hasan El Kaabi. Pero todavía son solo especulaciones.

El mismo Fede les sirvió las dos cocacolas que habían pedido y las interrumpió durante un instante con palabrería vacía. Lucía estaba a punto de entrar en cólera cuando Zaida se acercó a ella.

—Hay algo más… Fátima estuvo llamando ayer de madrugada a uno de estos números. Y hace menos de una hora, he recibido una llamada —le aclaró la agente.

—¿Quieres decir que todavía están operativos? —preguntó la teniente confundida, que hasta donde sabía, aquellos teléfonos eran de un solo uso. Tan pronto como recibían una llamada, los delincuentes se solían deshacer de ellos.

Zaida asintió con la cabeza y Lucía Gutiérrez pareció alumbrar una idea. La agente de origen marroquí no tuvo necesidad de que compartiera con ella de qué se trataba. Por la expresión de sus ojos quedaba bastante claro lo que iba a ocurrir; la teniente iba a devolverle la llamada.

—¿Quién cojones eres? —preguntó Julie en español en cuanto descolgó.

—Lucía Gutiérrez, teniente de la Guardia Civil. ¿Y tú?

—La que te va a enterrar —dijo esta vez en francés.

Lucía no tuvo tiempo de preguntarle qué significaba aquello. Inesperadamente, la llamada se interrumpió. El saldo del teléfono de prepago se agotó dejando a la oficial con ganas de más. De mucho más.

Cuarto día de terral

-Sábado 4 de agosto de 2018-

«La niña de fuego te llama la gente
y te están dejando que mueras de sed».

Málaga, prolongación de la Alameda, doce y cuarto de la madrugada

Casi una hora después de acostarse, los ojos de Lucía seguían abiertos de par en par. El calor caía sobre la ciudad como una suerte de manta, partículas de aire tejidas con lana gruesa, convertidas en un edredón denso y áspero que dejaba sin aliento a todo el que cobijaba en aquel abrasador mes de agosto. Málaga era una ciudad que tan solo contemplaba dos velocidades: la rutina o el exceso. Los días azules con temperaturas cercanas a los veinticinco grados se sucedían sin cesar en el calendario hasta que, en el momento más inesperado, la normalidad se quebraba y daba paso al desorden, al caos, al monstruo autodestructivo que escondía. Allí no llovía, granizaba. No había temporales, sino inundaciones y riadas. No hacía calor, más bien un asfixiante terral. Incluso en más de una ocasión se habían originado tornados en la provincia. Al igual que los desmedidos tronos de Semana Santa, con sus deslumbrantes arbotantes y sus peanas rematadas con pan de oro, el alma de Málaga era profundamente barroca, inconscientemente recargada.

Aquel desquiciante calor había desplazado por segunda noche consecutiva a Lucía Gutiérrez al balcón. Tumbada en el colchón de playa, no solo trataba de percibir alguna brisa

que aligerara los rigores del verano, también estaba ejerciendo de perfecta anfitriona al ceder su dormitorio a Zaida, que no tenía otro lugar donde quedarse a dormir.

De los muchos pensamientos que le impedían coger el sueño, entre los que se encontraban una nueva salida nocturna de Claudia, la aparición de Urbizu, la llamada del teléfono de Yusuf o el terrible encoñamiento con Juan, había uno que se imponía a todos los demás: el deseo de tomarse una cerveza fría. De sentir correr por su garganta el sabor de la malta, de combatir el calor con un refrescante sorbo, de saciar la sed. Una sed en mayúsculas. Infinita. Inabarcable. Amarga. La sed del alcohólico. La del alma, la del fracaso, la imposible de saciar. Una sed provocada por miles de años de vagar por el desierto de uno mismo, de escalar melancólicamente dunas, de añorar y temer por igual la soledad, de dejarse morir en cada paso. La sed de Lucía Gutiérrez no era la sed de los demás. Ella no necesitaba refrescarse, necesitaba parar una avalancha.

Como si su cuerpo ya no le perteneciera a ella, sino a la fábrica de Cruzcampo, se puso de pie dispuesta a asaltar de madrugada el primer establecimiento chino que encontrara para comprar un par de latas de cerveza.

Recién se había incorporado cuando Zaida apareció súbitamente en el balcón.

—No puedo dormir —dijo la agente.

—Yo tampoco. Es este puto calor —se quejó la teniente con algo de frustración después de fracasar en su intento de comprar alcohol a escondidas.

—No, no es eso… Es otra cosa —replicó dubitativamente la joven.

La agente de origen marroquí no se atrevió a ser más concreta. En lugar de aclarar sus palabras, se rascó la cabeza. En apenas unas horas debía volver a Melilla y enfrentarse a los disturbios en la Cañada. Tendría que despedirse de Lucía y de aquella ciudad en la que podía ser distinta, en la que no tenía que enfrentarse sistemáticamente a los suyos y sentirse como una sucia traidora.

Zaida no podía dormir, pero no tenía nada que ver con el calor. Tenía miedo de abandonar Málaga. Era la segunda vez que visitaba aquella ciudad y ya se daba cuenta de que allí era distinta. Menos indecisa. Más resuelta. Convencida de que las decisiones que tomaba eran las acertadas. Como si estar fuera de su entorno y de la mirada inquisidora de los suyos le permitiera ser otra persona. Una mejor de la que era en Melilla. Y no deseaba volver a su antigua vida, a estar atrapada en su cuerpo y sus circunstancias. Le atormentaba pensar que existía un lugar donde podía liberarse de todo eso y que lo fuera a perder en cuanto amaneciera. Tal vez no necesitaba una terapia. Quizás todos sus problemas se podrían resolver con una mudanza. Eso sí encajaba en su pequeño universo mileurista y en el de sus padres.

—¿Alguna vez se ha sentido como si estuviera dentro de una cárcel? —preguntó Zaida.

Lucía Gutiérrez suspiró con la pregunta y decidió volver a tumbarse en el colchón. Si lo pensaba bien, toda aquella sed inmensa empezó por culpa de esa impresión de sentirse encerrada en una cárcel. Todo lo que vino después; su aventura con el brigada Reyes, el incidente de Cobo Calleja, el suicidio de Luis y las primeras borracheras para castigarse por lo ocurrido tuvieron su origen en la claustrofobia que le provocaba su propia vida. Lucía quería ser justa y no culpar de todo a Luis. Habían pasado los suficientes años para hacer un dictamen más preciso. No es que no soportara a su marido, más bien detestaba a la persona que ella era con él, en lo que se había convertido por hacer funcionar su matrimonio. Conocer al brigada Reyes fue salirse de ella misma, de aquella vida funcionarial. De los doce rollos de papel higiénico a la semana, de la pasta de oferta, de los sábados en Carrefour, de cortarse el pelo en Marco Aldany, de follar por orden administrativa los domingos por la tarde antes de que acabara la semana. Cortar con aquel bucle fue exactamente como huir de una celda, de una prisión donde habitaba una especie de Leviatán familiar que necesitaba ser alimentado

diariamente de rutina, días grises y tareas plomizas.

Así que se podía decir que sí, que tenía una ligera idea de a lo que se refería Zaida cuando hablaba de vivir dentro de una prisión.

—Alguna vez… —se limitó a responder la teniente recostada en el colchón, sin ganas de exponer sus miserias a más gente.

La agente la imitó y se acostó a su lado. Las dos mujeres permanecieron un par de minutos en silencio, contemplando el cielo, sintiendo el vacío y la caricia ardiente del terral sobre sus cuerpos.

—Sé que no debería decirle esto, pero no quiero volver a Melilla —dijo finalmente Zaida—. Aquí me siento libre, más yo. No sé si tiene sentido lo que digo.

Lucía Gutiérrez tomó un cigarrillo y le prendió fuego. Las palabras de Zaida tenían más sentido de lo que la joven pensaba. Al menos para ella. Era curioso cómo otras personas u otras ciudades contribuían a definirnos más que nuestros propios actos. El brigada Reyes era para la teniente como Málaga para Zaida, un catalizador, una especie de terapia de choque, un mirador desde el que podía contemplar con perspectiva toda su vida. Desde aquel balcón de la infidelidad entendió que el día de su boda había regalado demasiado pronto a Luis, a la patria y a todo el lote de electrodomésticos Bosch de su cocina limitarse a ser madre, mujer y guardia civil. Una mujer servicial mitad humana, mitad androide que no comete errores y en la que todo el mundo puede confiar. Un relato aburrido y previsible en el que el único punto de giro vendría marcado por una enfermedad en el futuro, probablemente un cáncer de pulmón, y más tarde la muerte. Correrse con el brigada en diferentes coches y multitud de polígonos le sirvió para romper aquella inercia de anuncio de Cucal, en el que como las cucarachas, la vida, su vida, se reducía a nacer, reproducirse y morir.

—A partir de mañana vas a estar a mis órdenes en Málaga. Yo me encargo del papeleo —le echó un cable Lucía, prestando su apoyo desinteresado sin tan siquiera

saber lo que era la sororidad.

Antes de que Zaida se lo agradeciera, o se echara a llorar, o cualquiera de esas reacciones humanas que tanto le espantaban, quiso dejar las cosas claras:

—Y ahora a dormir. Mañana cuando te decepcione, y créeme que va a ocurrir, recuerda que no soy ni tu amiga, ni tu referente, ni lo que mierda creas que soy. ¡Buenas noches! —dijo expulsando el humo del cigarrillo.

* * *

Algeciras, Playa de El Rinconcillo, dos de la madrugada

Las luces del puerto de Algeciras se reflejaban en las aguas que bañaban la playa de El Rinconcillo. Aunque estaba rodeada de fábricas, su arena blanca y sus casi ocho kilómetros de litoral conservaban cierto encanto natural, como si la ciudad y el desarrollismo tuvieran recato y no quisieran civilizar aquel rincón salvaje.

A pesar de su estado virginal, uno de los mayores encantos de la playa era que se podía ver en el horizonte el peñón de Gibraltar. Cara a cara, España y aquella diminuta franquicia del Reino Unido se observaban día a día. Se estudiaban. Se necesitaban. De alguna forma eran vasos comunicantes. Uno daba trabajo y el otro, mano de obra. Muchos habitantes de Algeciras y La Línea cruzaban de lunes a viernes la verja para trabajar allí ante la falta de oportunidades en la provincia con mayor número de parados. Por no hablar de la cantidad de ciudadanos de Gibraltar que se habían enamorado de españoles creando familias mixtas a uno y otro lado. Una relación de enriquecimiento mutuo que vivió uno de sus momentos cumbres durante la dictadura franquista. Gracias a la cercanía de la colonia inglesa, llegaron a la región productos que escaseaban en aquellos tiempos de autarquía como la penicilina, las pastillas anticonceptivas o el café. Incluso se colaron por sus fronteras porosas los primeros discos de rock. El contacto entre la cultura inglesa y la

española era tan íntimo que había dado lugar al *llanito*, una forma peculiar de hablar que tenían los habitantes del Peñón en la que el rasgo más llamativo era la diglosia. Pasaban del inglés al español con acento gaditano a una velocidad tan pasmosa que a todo aquel que no era de allí le provocaba una sorpresa mayúscula, cuando no un aneurisma.

Una y otra orilla compartían tanto que aquella madrugada se produjo el enésimo intercambio cultural entre Gibraltar y Algeciras. Las mareas habían decidido salomónicamente repartirse los restos de Hasan El Kaabi, y mientras su cabeza había llegado a la orilla de la playa de El Rinconcillo, su cuerpo navegaba en dirección al Peñón. Como la canción más famosa de su habitante más ilustre, Paco de Lucía, los restos mortales de Hasan quedaron entre dos aguas.

* * *

Melilla, Mezquita Blanca, cinco de la madrugada

—¿Por qué no podemos comer cerdo? —preguntó Rachid a Usama en cuanto cruzaron el paso fronterizo de Beni Ensar con la ayuda de la policía marroquí.

—¿Otra vez estás con eso? ¿No tienes otro tema de conversación? —le respondió molesto Usama.

A las cinco de la madrugada el aire ya traía el perfume de la mañana y de otra temible jornada de bochorno. Para cualquier otro solo olía a humedad, para los hermanos Iberdrola el aire rezumaba a ajuste de cuentas. Tras un par de días refugiados en la casa de un familiar en Nador, Rachid y Usama estaban de vuelta en Melilla para liderar las revueltas en la Cañada de Hidum.

—Joder, ¿no te parece raro? De toda la comida posible en este mundo, ¿por qué precisamente el cerdo? ¿Por qué no los dátiles? ¿O la sémola? ¿A ti te gusta la sémola? Odio la sémola. No sabe a nada. ¿A quién le gusta la sémola?

—El cerdo es un animal inmundo, lo dice Alá, y Él solo

prohíbe las cosas malas. Está escrito en el Corán —se puso serio Usama, al que no le gustaba nada la heterodoxia de su hermano.

—Malo es el tabaco y nadie nos lo prohíbe —replicó Rachid, poniendo a prueba la paciencia de Usama.

—¿Te crees más listo que Alá? Si es así, ni te molestes en venir conmigo a la mezquita. Mereces el mismo destino que cualquier infiel.

—No es eso, es que tengo una teoría. El Corán dice: «Os ha prohibido solo la carne del animal hallado muerto, la sangre, la carne de cerdo…». ¿Ves adónde quiero ir a parar?

—Sí, a provocarme dolor de cabeza. ¿No puedes caminar en silencio?

—Creo que, en realidad, nos estaba hablando del sufrimiento animal, creo que lo del cerdo es una interpretación limitada, y que lo que nos sugiere es que no comamos carne. De ninguna clase. La carne es mala, no solo el cerdo. Por eso me he hecho vegano; para ser mejor musulmán.

—A veces dudo de que tú y yo seamos hermanos.

—Yo también, sobre todo cuando comes cordero. No te ofendas, pero siempre que lo haces me pareces una persona horrible.

Usama prefirió quedarse en silencio, si seguía hablando con su hermano, era posible que terminara estrangulándolo.

Cerca del amanecer, los hermanos Iberdrola llegaron a la mezquita Blanca. En el interior del austero edificio, el imán, un hombre anciano y con una fina barba canosa, les sirvió un té moruno. Aunque no era alto, tenía una figura que imponía autoridad y una voz que sonaba tan rotunda como la de cualquier almuédano llamando a la oración desde el minarete.

Antes de que le pudieran echar azúcar al té, entre los tres ya habían decidido que había que dar una respuesta más contundente a las redadas policiales y que para ello era necesario reclutar a muchos más chicos de la Cañada. No era una cuestión de simple venganza, era una oportunidad histórica para alistar a la causa a todos los jóvenes que aún

no se habían atrevido a dar el paso; o seguir aceptando las humillaciones de los cristianos o rebelarse. Un mensaje demasiado potente en un entorno altamente explosivo como para desaprovecharlo.

—Ha llegado el momento de darles un empujoncito —concluyó Usama apurando el té.

—Así es. Hoy es el día de la Resurrección, «quien haya hecho el peso de un átomo de bien, lo verá; y quien haya hecho el peso de un átomo de mal, lo verá» —se despidió el imán de los hermanos Iberdrola, dejando con sus palabras un ambiente enrarecido en lo que en principio era un lugar de paz.

Usama y Rachid se quedaron clavados en el suelo, desconcertados. El imán era un hombre con tanto carisma que sus despedidas dejaban huérfanos. Daba igual que lo fueran a ver media hora más tarde. Su voz, su figura, su forma de pronunciar las palabras o dejar amenazas veladas motivaban que sus ausencias tuvieran aroma de funeral y provocaran soledades profundas.

A la salida de la mezquita, ya en la calle, Usama, todavía algo impresionado, miró seriamente a Rachid. Parecía confuso, como si aquel encuentro le hubiera llevado a plantearse cuestiones profundas sobre su forma de vida. Sin embargo, en cuanto abrió la boca recuperó la mundanidad.

—¿Al imán no le haces ninguna pregunta sobre el cerdo? ¿Por qué no te atreves con él? —quiso saber.

—Porque me he hecho vegano, no gilipollas.

* * *

Algeciras, playa de El Rinconcillo, cinco y media de la mañana

Zaida y Lucía bajaron del coche patrulla y de inmediato pusieron un pie sobre la arena blanca de El Rinconcillo.

Con la salida del sol, una densa bruma ascendía sobre el mar y amenazaba con colarse en la ciudad. Millones de partículas de agua flotaban sobre la playa y mantenían

oculta el área acordonada por los especialistas de la Guardia Civil. Con alguna que otra dificultad para encontrar a sus compañeros, las agentes llegaron hasta el lugar de los hechos y se presentaron ante el sargento González.

—La llamamos en cuanto supimos que se trataba de El Kaabi, mi teniente —se apresuró a decir el suboficial algecireño señalando los restos del presunto yihadista.

La cabeza de Hasan, algo desfigurada después de pasar varios días en el mar, permanecía semienterrada en la orilla como una vulgar coquina. Las olas del mar jugaban con su escaso cabello y exponían ante el mundo su honda calvicie. Para añadirle más dramatismo a la estampa, en la frente de Hasan se adivinaba una torpe caligrafía árabe, una firma del asesino que Lucía Gutiérrez reconoció de inmediato.

—¿Significa «infiel»? —preguntó la oficial señalando la cabeza decapitada.

—Así es, mi teniente —admitió Zaida.

—Según el forense, se trata de una inscripción *post mortem*. Antes sufrió un traumatismo craneoencefálico, ocasionado por un golpe con un objeto contundente en la cabeza, probablemente un martillo, que le provocó un hemorragia intracraneal y posiblemente la muerte —señaló el sargento González.

Lucía Gutiérrez torció el gesto. Los hechos estaban empeñados en demostrar que Hasan y Yusuf pertenecían a una célula yihadista que estaba siendo castigada por algún motivo; bien por no atreverse a perpetrar un nuevo atentado del Estado Islámico, bien por otro tipo de traición que se le escapaba. Lo que estaba claro es que había un modus operandi evidente, consistente en la decapitación, y dos víctimas con un pasado islamista que habían ayudado a introducir armas ilegales en la península.

Mientras miraba la cabeza del malogrado El Kaabi, Lucía se preguntó cuántos chicos más pertenecerían al comando y si correrían el mismo final que sus dos compañeros.

—Hasta que el forense no pueda examinar el resto del

cuerpo es difícil tener más datos —se justificó el agente.

—¿Sigue sin aparecer? —quiso saber la oficial.

—Tenemos novedades —dijo el sargento González visiblemente incómodo—. Ha aparecido en la playa de Levante… En Gibraltar. La marea nos ha hecho una faena gorda. La Royal Police se niega a deshacerse de él. La colaboración con ellos es cada vez más complicada.

Lucía Gutiérrez levantó la vista y miró al horizonte. Al fondo, escondido entre la bruma, se atisbaba el Peñón de Gibraltar. Apenas la separaban unos metros de la roca. Parecía una broma que aquella miniatura fuera territorio británico.

—Con esta niebla, se ha quedado una mañana perfecta para tomar un *english breakfast*, ¿no te parece? —Se giró la teniente hacia Zaida, que hasta ese momento había preferido mantenerse en un discreto segundo plano.

—Yo la sigo a usted donde me diga, mi teniente, incluso a comer comida inglesa —sonrió la joven, que parecía disfrutar tanto como la oficial con la posibilidad de crear un conflicto diplomático.

* * *

Málaga, Mercado Central, seis de la mañana

Mientras Karim descargaba un par de cajas de chumbos, Ibra no podía dejar de mirar extasiado los puestos del Mercado Central. Sus ojos saltaban de las doradas a los besugos, y de allí a los lomos de atún rojo y las sardinas, cuyas colas saltaban aún entre el hielo. Aquello era un paraíso para la vista de alguien que disfrutaba tanto de la comida.

Igual de exuberantes que las pescaderías eran las carnicerías. Era la primera vez que el chico veía piezas de carne sin moscas revoloteando. La ternera y el pollo lucían inmaculados, brillaban en los escaparates como si los insectos y las bacterias tuvieran otra valla de Melilla para que no entraran en Occidente. Hasta olía bien en aquel

sitio.

—¿Has venido a ayudarme o a hacer turismo? —le preguntó Karim al darse cuenta de que el chico estaba absorto mirando un puesto de encurtidos.

—A ayudarte —contestó avergonzado Ibrahim.

—Pues lo disimulas muy bien —sonrió después de vaciar la carretilla de cajas de chumbos—. Ten cuidado, lo mismo te cobran de más por esas aceitunas pensando que eres un *guiri*.

—¿Qué es un *guiri*? —quiso saber el chico, temiendo que fuera una palabra parecida a MENA.

—Alguien que viene de fuera, como tú o como yo, pero con dinero.

Ibra entendió pronto que, para su desgracia, no tenía absolutamente nada que ver con un *guiri*, y también se dio cuenta de que no estaba cumpliendo su parte del trato.

—Voy yo a por las otras cajas. Es lo justo —dijo el menor tratando de enmendarse.

—¿Seguro? ¿No prefieres que te compre una gorra y una cámara y te suelte en la Alcazaba con un grupo de japoneses? —se burló de él Karim.

Ibrahim se comió su orgullo y en lugar de contestarle, tomó la carretilla. Sentía la necesidad de demostrarle que podía confiar en él, que no había ido hasta Málaga de vacaciones, sino para buscar su camino. Y si su camino empezaba cargando cajas de chirimoyas y melocotones, no se le iban a caer los anillos por hacerlo.

Enrabietado, caminó por el pasillo central en busca de la furgoneta de reparto que estaba estacionada en la calle Atarazanas.

* * *

Málaga, parking de Alcazabilla, seis y cuarto de la mañana

—¿Sí o no?

—¿Sí o no, qué?

—¡Joder, Claudia, estás empanada! ¿Sí o no viene

alguien? Estoy meando detrás de un coche, ¿recuerdas? —se quejó Laura, que estaba en cuclillas vaciando su vejiga de litros de cerveza mientras la hija de Lucía hacía de centinela.

—No, no viene nadie —trató de disimular la joven, a la que la última ronda de chupitos no le había sentado demasiado bien.

Claudia se sentía los dientes flojos, como si se le fueran a caer en cualquier momento. Se los rozaba con la lengua cada dos por tres. Estaba obsesionada con ello desde que salieron del Drunk O Rama. Tampoco se podía sacar de la cabeza a Manu. Ni su pelo rapado. Ni su tatuaje en el cuello. Ni el polo de Fred Perry abotonado. Llevaba tres días bebiendo sin parar a su lado para impresionarle y todavía no se habían besado.

Mientras se pasaba la lengua por las paletas para comprobar que todo estaba en orden, se preguntaba qué más tendría que hacer. Sospechaba que beber chupitos de tequila y fumar con él en la esquina de la calle Álamos no iba a ser suficiente. Era posible que perdiera el hígado y los pulmones antes de que aquello ocurriera. Tenía que pensar algo nuevo. Invitarle a su casa, convencerle para ir solos a un concierto… Algo que cambiara aquella dinámica y le hiciera salir definitivamente de la zona amiga.

Aunque le costaba admitirlo, en el fondo Claudia tenía claro qué era lo que le faltaba para lograr su atención: cumplir dieciocho años y que Manu la viera como a una mujer y no como a una cría. Por mucho que se esforzara en beber y fumar, su cara, sus caderas y su pecho gritaban a los cuatro vientos que no era más que una niñata de dieciséis años jugando a ser mayor.

La orina de Laura empapó sus Vans sin que se diese cuenta. Solo al cabo de unos segundos, cuando la humedad invadió su pie, se percató de que su amiga le estaba meando encima y entró en cólera.

—¡Qué asco! ¿Por qué no avisas?

—Te llevo avisando un rato, pero ya te lo he dicho, ¡estás empanada! Mira, te he dibujado la «M» de Manu con

el pipí, ¿te gusta? Hazle una foto y se la mandas.

—¡Qué subnormal eres! —dijo Claudia riéndose.

Y acto seguido, sacó su teléfono móvil y fotografió la inicial. A la hija de Lucía de repente le pareció una idea de lo más divertida. La clase de gamberrada que apreciaba Manu y por lo que podría valorarla más de lo que lo hacía.

Estaba eligiendo el filtro adecuado para enviársela por wasap cuando Laura se puso en pie y caminó por el parking de la calle Alcazabilla hasta la plaza número 24. Se paró enfrente de un Mini y con su llave desbloqueó el cierre centralizado. Sentada en el coche, se dio cuenta de que Claudia todavía estaba fuera trasteando con el teléfono.

—No me puedo creer que lo vayas a hacer. Estaba de coña. Entra y dame el móvil antes de que la líes —le gritó con las puertas abiertas.

—Demasiado tarde, mensaje enviado. —Entró la joven finalmente en el coche.

—¿Le has dicho que es tu orina o la mía? —quiso saber Laura.

—¿Cambiaría algo?

—La verdad es que no.

Las chicas se miraron y se echaron a reír. Cuando se les pasó el ataque de risa, decidieron que ya era hora de volver a casa. Laura arrancó el Mini y se dirigió hasta la salida, sin embargo, antes de poder acceder a la rampa, se comió un bordillo al no calcular bien la distancia, lo que provocó que se volvieran a partir de risa.

—Deberías mear y escribirle la palabra «ayuda» a Manu para que nos saque de aquí —bromeó Laura tras rectificar con el volante y enfilar al fin la rampa de salida.

* * *

Málaga, Los Asperones, seis y veinte de la mañana

En una cafetería cercana a Los Asperones, Pablo Sánchez bebía un café solo ante la mirada de incredulidad de los parroquianos, a los que les desagradaba la presencia del

guardia civil en lo que consideraban sus dominios.

Ninguno de los presentes hablaba, comía o jugaba con la cucharilla. Había en el ambiente una pausa asesina, una expectación enfermiza. Se dedicaban exclusivamente a observarle, a hacerle saber con sus pupilas dilatadas que no era bienvenido. En general, ningún representante de la autoridad lo era. Los cerca de mil vecinos de aquella barriada consideraban que habían sido abandonados y dejados a su suerte. La mayoría de ellos se encontraba en situación de extrema pobreza, viviendo en infraviviendas, conviviendo con cortes de luz a diario y sin alumbrado público. Literal y metafóricamente, vivían en la oscuridad, fuera del fascinante foco del centro histórico y el Muelle Uno. Había una Málaga de titulares rotundos que crecía de manera imparable y otra que se apagaba en los márgenes de la ciudad.

Ninguno de ellos contemplaba a Sánchez con rabia, sino más bien con desilusión, con un profundo desencanto, como si encarnara todas las promesas incumplidas con el barrio desde hacía treinta años.

Consciente de la tensión, el agente no se regodeó en el desayuno y se tomó el café de un trago. Sintiéndose de alguna forma culpable o responsable de la vida de todos ellos, el guardia civil dejó cinco euros sobre la barra.

—Quédate con la vuelta, rubia —dijo de manera resuelta, marcando el acento más de la cuenta, fingiendo que era uno más y no un privilegiado.

Sánchez se dio la media vuelta para salir de allí cuanto antes y no se dio cuenta de que la camarera había tomado su taza y los cinco euros para tirarlos a la basura con desprecio. En Los Asperones no necesitaban limosnas, solo dignidad.

Cargando con orgullo la caja que tantos quebraderos de cabeza le había dado, Sánchez se plantó en un abrir y cerrar de ojos en las cercanías de la chabola de los Vargas. Como era costumbre en los últimos días, parapetada a una distancia de seguridad suficiente para no llamar la atención de los Vargas, le fotografiaba una agente de Asuntos

Internos con un teleobjetivo.

Sánchez estaba siendo cacheado por el gitano de la puerta, cuando la agente presionó el botón del obturador de la cámara fotográfica. Rápidamente consultó en el visor el resultado de la misma e intuyó una sombra detrás. Parecía una mujer. Sin tiempo para ver de quién se trataba, un golpe seco en la nuca le hizo perder la consciencia y su réflex digital cayó al suelo.

—¿Quién eres tú? —se preguntó Julie después de tomar la cámara del suelo y contemplar la última fotografía que había hecho.

* * *

Málaga, calle Atarazanas, seis y veinticinco de la mañana

La furgoneta de reparto de Karim estaba aparcada en doble fila. Aunque a aquellas horas no había mucho tráfico en la ciudad, las zonas de descarga del mercado estaban muy cotizadas y era tarea imposible encontrar un hueco.

Ibra empezó a cargar la carretilla con cajas de melocotones y chirimoyas. Quería demostrarle a su amigo la clase de persona que era y se excedió con el peso. Se dio cuenta de ello cuando quiso volcar la carretilla y los brazos le temblaron excesivamente, como si estuvieran a punto de explotar y abandonar su cuerpo. Muy a su pesar, tuvo que dejar en la furgoneta un par de cajas y volver a probar suerte.

En esta ocasión sí logró estabilizar los brazos y pudo volcar la carretilla para arrastrarla. Tan concentrado estaba en agradar a Karim que solo percibió que un coche se estaba aproximando peligrosamente a él cuando se le echó encima y le volteó por el aire.

Los ojos de Ibra se cerraron antes de que fuese testigo de cómo el hueso de la rodilla se le desplazó un par de centímetros, y la cabeza se le abrió al golpearse contra la luna del vehículo.

En el momento en que su cuerpo tocó definitivamente

tierra, Ibra desapareció de allí. Abandonó primero Málaga y, posteriormente, el mundo. No vio un túnel con una luz al final, pero sí a su madre abrazándole cuando tenía ocho años y se cayó por las escaleras de casa. A partir de entonces, dejó de sentir dolor. Desapareció la brecha de la cabeza, se cicatrizaron las magulladuras y la rótula volvió a su lugar. Tumbado en el asfalto de la calle Atarazanas, lo único que sentía eran los cálidos brazos de su *´um.* Así que se despidió de su sueño de Occidente y recorrió miles de kilómetros y años atrás en el tiempo para refugiarse en aquella tarde de abril, en aquel momento en que solo era un niño y cualquier problema se disipaba con un poco de cariño maternal.

* * *

Málaga Mercado Central, seis y veintiséis de la mañana

La luna delantera del Mini se quebró después del terrible impacto y dejó sin aliento a Claudia y a Laura, a las que la borrachera se les pasó de golpe. Ninguna de las dos llevaba el cinturón, por lo que además del susto, se llevaron sendos trastazos; la una contra el volante y la otra contra la guantera.

La hija de Lucía se incorporó a duras penas y se palpó la cabeza. Mientras se examinaba, el chirrido del frenazo todavía permanecía en sus oídos. Pronto descubrió que le sangraba una ceja y que tenía hematomas en los codos y las rodillas.

Asustada, se giró a su izquierda para comprobar el estado de su amiga, a la que descubrió llorando abrazada al volante. La sangre de la cabeza le goteaba en las manos y tenía cardenales por todo el cuerpo, pero al menos parecía estar con vida.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Claudia, todavía confusa.

Laura no respondió. Tan solo podía llorar y balbucear sin soltarse del volante. Estaba en shock. Perdida en algún

lugar de su memoria y con pocas ganas de regresar a la realidad y al momento presente.

—Laura, ¿qué coño ha pasado? —volvió a preguntar la joven, pero esta vez zarandeó a su amiga para que reaccionara.

—Me he quedado dormida, joder. Eso es lo que ha pasado. ¿Por qué no me has despertado? —dijo tartamudeando.

—Estaba mirando el móvil. No me he dado cuenta. Iba… iba pendiente de si Manu respondía —confesó avergonzada—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. O sea, tengo sangre por todas partes, pero nada grave. ¿Y tú?

—Igual. Moratones y poco más. ¡Joder, dame un abrazo, estamos vivas!

Las dos chicas se abrazaron y respiraron aliviadas. A pesar del aparatoso accidente, estaban prácticamente ilesas y parecía que todo se podría resolver con un poco de Betadine y algodón.

Agarradas la una a la otra, se prometieron que sería la última vez que cogerían el coche después de beber. De alguna forma habían experimentado un milagro. O una lección de vida. Todavía no lo tenían claro.

Algo más relajadas, salieron del coche para comprobar si el Mini había tenido la misma suerte que ellas y descubrieron que lo que habían vivido no era ni un milagro ni una lección de vida, sino algo más parecido a un castigo.

A los pies del vehículo, hallaron el cuerpo de un chico aparentemente sin vida. La rodilla y la frente le sangraban en abundancia y no reaccionaba a sus voces.

—¡Lo hemos matado! ¡Joder, lo hemos matado! —gritó fuera de sí Laura al ver que no se movía.

Claudia no fue capaz de reaccionar. Le parecía que todo aquello era irreal, como parte de la resaca. Era imposible que ella y Laura hubieran atropellado a alguien. Ese tipo de cosas las hacían otros. Gente que no era como ellas. Divorciados, cincuentonas, amargados… Señores y señoras con verdaderos problemas con el alcohol. Como su madre.

Ellas solo eran dos adolescentes pasándolo bien, haciendo cosas propias de su edad. No era justo. No lo era.

Claudia contemplaba el cuerpo del chico esperando que en cualquier momento se levantara y le dijera que era una broma, que se podían ir a casa y seguir con su adolescencia como si nada. Pero no terminaba de ocurrir y ella estaba a punto de romperse y aceptar que todo aquello estaba pasando de verdad.

—Vámonos. No nos ha visto nadie —le dijo Laura nerviosa.

—¿Estás loca? Habría que llamar a una ambulancia, ¿no? —replicó con más dudas de las que le hubiera gustado aparentar.

—¿Y qué crees que va a pasar después? Tu madre es guardia civil, deberías saberlo.

Claudia no podía pensar, estaba demasiado confundida. La sangre del chico no dejaba de emanar y el charco rojo que se había generado a su alrededor estaba a punto de alcanzarlas. Un fuerte zumbido penetró en sus oídos. Laura le seguía hablando, pero ella ya no era capaz de escuchar otra cosa que no fuera aquel ruido. Un sonido grave, rápido y desagradable, como el de una corneta desafinada. Bzzzz. Bzzzz. La hija de Lucía trataba de concentrarse, estudiar todas las posibilidades, pero el zumbido seguía aumentando. Perforaba su cerebro y silenciaba todos los demás pensamientos. Bzzzz. Bzzzz. Crecía continuamente, casi al mismo tiempo que el charco de sangre. Mientras tanto su amiga no dejaba de hablar y gesticular. Bzzzz. Bzzzz. El volumen no paraba de subir. Bzzzz. Bzzzz. Y la sangre se desbordaba del charco. La culpa le chillaba al oído. La sangre le señalaba su crimen. Laura no cesaba de hablar. Todo era ruido. Bzzzz. Bzzzz. Y no pudo resistirlo por más tiempo.

—Está bien, vámonos —se rindió Claudia.

En cuanto se metieron en el coche, la hija de Lucía dejó de escuchar el zumbido y un inquietante silencio, todavía más incómodo, se instaló entre las jóvenes.

* * *

Gibraltar, frontera, siete de la mañana

A las siete de la mañana había un considerable ajetreo en la verja a la altura de La Línea de la Concepción. A pesar de que desde hacía años se había implantado en el lado español un control fronterizo automatizado para agilizar el flujo en la frontera, lo cierto era que la cola de vehículos era bastante notable, tanto o más que la de peatones.

Cada mañana, miles de españoles y gibraltareños cruzaban de un lado a otro con total normalidad; unos para comprar más barato en los mercados de La Línea y otros para acudir a su puesto de trabajo en el Peñón. Pero aquello era solo el discurso oficial, la punta del iceberg. En las profundidades habitaba otra realidad más opaca: el tráfico clandestino de tabaco.

Gran parte de las cajas de tabaco que llegaban a Gibraltar, casi libres de impuestos, acababan vendiéndose en la provincia de Cádiz a mucho menor precio que el legal. Eran muchos los algecireños o linenses que, a falta de empleo, se convertían en correos humanos y cruzaban varias veces al día la frontera para traer a España cartones a mitad de precio que luego se vendían en bares, pisos o, directamente, al por mayor. Decenas de personas, a las que se las conocía popularmente como *matuteros,* y que se exponían a sanciones de mil euros si eran descubiertos a pesar de que no solían ganar más de diez euros al día.

Media hora después de estar haciendo cola, Lucía y Zaida atravesaron al fin la frontera y se adentraron en territorio gibraltareño. Lo primero que les sorprendió al acceder al casco histórico fue el fuerte olor a bacon y huevo frito que se desprendía de los bares. Por lo demás, la ciudad tenía casi la misma apariencia hortera que cualquier municipio de la costa española, salvo que en lugar de ofertar paellas en los restaurantes, servían *fish and chips*. El resto podría ser como Torremolinos, con rótulos en inglés y las calles intentando desesperadamente abrirse camino entre la estrechez de las torres de edificios.

La sede central de la Policía de Gibraltar se encontraba

en el número 8 de Centre Pavillion Road, en el New Mole House, un edificio de piedra con cierto encanto que rompía con la monotonía de pisos de hormigón que lo rodeaban.

En la recepción, una mujer con el tradicional uniforme de la policía británica las recibió con un educado *welcome to Gibraltar* y una sonrisa de dependienta de grandes almacenes. Y ahí acabaron sus buenos modales ingleses.

—Llegan quince minutos tarde. El inspector Phil Martínez ya está atendiendo a otra persona. Tendrán que esperar a que termine. Aquí nos tomamos muy en serio la puntualidad —dijo con tono de institutriz, como si tratara de educar a un par de alumnos indisciplinados en lugar de estar tratando con una teniente de la Guardia Civil.

A Lucía toda aquella situación le recordaba en exceso a la base de Morón de la Frontera. El idioma, la sensación de estar en otro país sin abandonar España, que la miraran por encima del hombro y, sobre todo, las ganas de tocarle los ovarios gratuitamente. Si no fuera por la compañía de Zaida, casi habría creído retroceder dos años en el tiempo y estar pidiendo una cita con Douglas J. Hoopen.

—Perdona, debe tratarse de una confusión, creí que teníamos una cita con el inspector Martínez, no con Mary Poppins. Si tanto le gusta la puntualidad británica a tu jefe, al menos podría tener un apellido que no pareciera de Chiclana —dijo con cara de pocos amigos la teniente Gutiérrez.

—Si no desean esperar, pueden volver otro día y ajustarse al horario de la cita —contestó sin inmutarse la policía, manteniendo la sonrisa.

—Esperaremos, esperaremos, sería una pena no ponerle cara al inspector Phil Martínez. ¿Te importa que hasta que encuentre un hueco en su apretada agenda sigamos respetando la exquisita cultura de tu pueblo y salgamos un momento a comprar un cartón de tabaco? Aquí os importa la puntualidad, allí nos importa comprar más barato.

Lucía Gutiérrez no esperó a oír la respuesta de la policía y escapó de la recepción antes de que ordenara decapitarla en la torre de Londres. Si algo había aprendido de su

experiencia en Morón, es que no iba a permitir que la humillaran por segunda vez en su propia casa.

* * *

Málaga, La Araña, siete y cuarto de la mañana

Julie llenó un cubo de agua fría en el patio y regresó al interior de la casa. En realidad, describir como casa aquella acumulación de ladrillos y telarañas era excesivo. Lo mínimo que se le podía pedir a una casa es que se mantuviera en pie y aquel edificio ni siquiera cumplía con el mínimo requisito. La mayor parte del techo se había vencido y la genista se había colado por las paredes hasta derribar la deteriorada mampostería. La misma suerte había corrido la solería. La hierba se abría camino por las juntas de los suelos y levantaba las baldosas a su antojo. Más bien se trataba de una ruina, una casona abandonada cerca de la fábrica de cemento de La Araña. Un lugar áspero y con aspecto embrujado que parecía desaparecer a cada paso que daba Julie, como si no estuviera hecha de cemento y piedra, sino del mismo material frágil que los recuerdos.

No, definitivamente aquello no era una casa. Aunque hubiera colchones abandonados en algunas de sus estancias, nadie en su sano juicio querría pasar allí una noche. Estaban tirados en el suelo con otra misión lejana al descanso. Los utilizaban de picadero los jóvenes de la zona. La frontera de niño a adolescente la marcaba aquella reliquia. Follar en la casona de La Araña era lo más cerca que iban a estar de leer a Kipling y de darle algo de mística al rito iniciático de la vida adulta.

A Julie no le entusiasmaba estar allí. Cada vez que veía aquellos colchones mohosos que supuraban fluidos de amores furtivos le daban décimas de fiebre. Solo había pasado una noche en la casona y ya creía haberse contagiado de todas las infecciones descubiertas por el ser humano hasta la fecha. Hubiera preferido quedarse en un hotel con una cama *king size* y una neverita con botellas de

ginebra, pero no era buena idea dejar constancia de su paso por la ciudad, especialmente ahora que la policía conocía su existencia.

Al llegar a lo que se podía considerar el salón, Julie arrojó el cubo de agua a la cara de la agente de Asuntos Internos, que estaba inconsciente atada a un retrete abandonado.

—¿Quién eres y por qué estabas haciéndole fotos a Sánchez? —preguntó la belga en cuanto la agente abrió los ojos.

La guardia civil miró a izquierda y derecha tratando de ubicarse. Al no reconocer nada de lo que veía, prefirió prestar atención a su secuestradora. La cara de Julie no le decía nada. De toda la gente con la que se había relacionado Sánchez en los últimos días, aquella mujer era nueva.

—¿Y tú? No te he visto nunca. Eres demasiado rubia para trabajar para los Vargas.

—Eso ha sonado un poco racista, ¿no te parece? Normalmente me toca torturar a gente que no se lo merece. Contigo voy a hacer una excepción.

Julie tomó del suelo unos alicates y le arrancó a la joven una uña de cuajo. Lo hizo sin pensárselo dos veces, de una manera mecánica y concienzuda, provocándole un dolor extremo a la agente, que gritó hasta desgañitarse.

—No te quejes, aún te quedan otras nueve. Te lo pregunto de nuevo; ¿quién coño eres y por qué estabas haciéndole fotos a Sánchez?

La agente paró en seco sus chillidos y valoró hasta qué punto le compensaba seguir guardando silencio, calculando mentalmente cuál era el umbral de dolor que consentiría Urbizu para dar por bueno irse de la lengua con aquella desconocida. Cuando vio de nuevo acercarse a Julie con los alicates, decidió que una uña era más que suficiente.

—Inés Navarro, Asuntos Internos de la Guardia Civil.

—¡Qué decepción! Tenías cara de aguantar un poco más. Cuatro uñas por lo menos. Y dime, Inés Navarro de Asuntos Internos, ¿qué has averiguado de Sánchez? —

preguntó Julie agitando los alicates como si fuera a atacarla, provocándole un infarto a la joven—. Era una broma, Inés. Los belgas también tenemos sentido del humor.

—Que trabaja para la mafia china y para el clan Vargas —dijo cuando recuperó el aliento.

—¿Y quién más sabe eso? —quiso conocer Julie, que ya tenía los suficientes datos para saber que tenía que eliminar a Sánchez antes de que les delatara a todos.

—Mi jefe, el capitán Enrique Urbizu, y puede que la teniente Lucía Gutiérrez. Nadie más. Hasta el momento se trata de una investigación secreta.

En el momento en que escuchó el nombre de Lucía Gutiérrez, a Julie se le encresparon las orejas como a un perro de presa.

—¿Sabes, Inés? Me caes bien. Y eso es bueno, normalmente la gente me cae muy mal. Venía con la idea de matarte, pero he cambiado de opinión. Dime todo lo que sepas de esa teniente y puede que te deje ir a casa.

Inés tragó saliva en el mismo momento en el que el terral agitó la hojarasca dentro de la casona. El calor se dejó notar mientras la agente Navarro le contaba todo lo que sabía de Lucía Gutiérrez, incluida su adicción al alcohol o su polémico ascenso a teniente. Cuando terminó de relatarle todos los detalles que conocía, se sintió un tanto despreciable. Tan solo le había bastado perder una uña para poner en peligro el trabajo de varios meses y la vida de una compañera. Si lo pensaba bien, había sufrido más cualquier mes con los dolores de regla que esa mañana. Avergonzada, cerró los ojos y admitió en su fuero interno que sus principios habían quedado tan desnudos como la casona donde estaba retenida.

Todavía con el regusto amargo en la garganta de haber hecho algo inmoral, vio como Julie se acercaba a ella para desatarla y trató de consolarse pensando que cualquiera hubiera hecho lo mismo en su situación.

La soga que le ataba las manos cayó al suelo y entendió que era el momento de levantarse de la taza del váter y

echar a correr. Tan pronto como tomó impulso para erguirse, Julie cogió el cuchillo con el que había cortado la soga y le rebanó el cuello sin vacilar. Un corte limpio y preciso en el pescuezo.

Donde minutos antes se habían precipitado sus escrúpulos, cayó ahora su cuerpo. La sangre de la aorta manchó los pétalos blancos de las margaritas que habían traspasado las baldosas.

—A lo mejor no me caías tan bien —dijo Julie después de limpiar el cuchillo con la camisa de Inés Navarro.

* * *

Gibraltar, sede de la Royal Gibraltar Police, siete y media de la mañana

Lucía y Zaida entraron de nuevo en el New Mole House, la una cargando con una bolsa llena de cartones de tabaco, la otra comiendo una barrita de chocolate Cadbury. Devota de la cofradía de Philip Morris y del santo enfisema pulmonar, a la teniente le relajaba contemplar aquella abundancia de cigarrillos, pequeños dosificadores de ansiedad con los que podía encarar con otro ánimo la cita con el inspector Phil Martínez, al que, sin conocerlo, ya había convertido en su archienemigo. ¿Quién demonios se llamaba Phil Martínez sin ser un villano de una película de James Bond?

—El inspector les espera en su despacho —dijo en castellano la agente de la Royal Gibraltar Police, mostrándoles el camino con el brazo.

Phil Martínez no decepcionaba a su nombre. Todo en él era extravagante y con su sola presencia convertía el anodino despacho en un casino o una coctelería a los que acudiría cualquier villano de las historias de Ian Fleming. Era calvo y tenía un bigote fino y lineal. Una excentricidad que exigía un esmoquin o un guitarrón de mariachi, pero que desde luego no soportaba el uniforme de simple inspector.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el policía de

forma considerada, como si no les hubiera hecho esperar una hora.

—¿No se hace una idea? Venimos por el cuerpo de Hasan El Kaabi. Está relacionado con un caso que estamos investigando en Málaga sobre un posible comando yihadista.

—Me temo que eso es imposible. No pueden sacar el cuerpo de aquí, aunque están invitadas a permanecer en nuestro territorio todo el tiempo que deseen y a colaborar con nosotros en la investigación —dijo con una marcada voz nasal más propia de un boxeador retirado.

—¿Imposible? Llevamos haciendo esto toda la vida. Siempre ha habido buenas relaciones en este tipo de casos —se quejó la teniente.

—Antes sí, ahora no. Las cosas han cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—El Reino Unido ha cambiado. Desde que se aprobó el Brexit, las cosas se han puesto complicadas aquí. La gente piensa que se va a cambiar unos colonizadores por otros; que vamos a pasar de estar sometidos por los ingleses a los españoles, y no miran con los mismos ojos que se colabore con la Guardia Civil como hace unos años. Hace unas semanas trabajamos en Algeciras en una operación conjunta antidroga y tanto en Facebook como en Twitter nos acusaron de traidores.

—¿Me lo está diciendo en serio? Con el debido respeto, lo que ha cambiado no es el Reino Unido, son ustedes. No quieren ser policías, quieren ser *influencers*.

—Lo que no queremos es que la gente nos odie por un problema que nos han generado dos idiotas populistas. Lo siento mucho, pero las órdenes del comisario son claras; pueden acompañarme al lugar donde encontramos el cadáver y tener acceso a la autopsia del forense, pero siempre bajo nuestra supervisión. Nada más. ¿Lo toman o lo dejan?

Lucía Gutiérrez había idealizado excesivamente a Phil Martínez. No era el villano de Bond que prometía su nombre, tan solo un triste funcionario que parecía haber

comprendido hacía mucho tiempo que cualquier amago de iniciativa supondría el fin de su meteórica carrera policial. Aquel bigote infame era su única muestra de rebeldía ante el *establishment*.

—Lo tomamos —cedió finalmente la teniente.

—Pues pónganse crema solar. Vamos a la playa —dijo Phil Martínez después de tomar una carpeta con el informe del forense.

A los pies de la cara norte del Peñón se extendía la playa de Levante. Desde la arena impresionaba ver la altura del acantilado y las maniobras de aterrizaje de los aviones en la cercana pista del aeropuerto.

Mientras Phil Martínez se echaba protector solar en la calva, Lucía Gutiérrez abrió uno de los cartones y se encendió un cigarro. El contacto con la playa y la brisa marina le recordaron a las terapias de Alcohólicos Anónimos, lo cual le provocó algo de incomodidad.

Después de un par de caladas purgantes, los tres policías se acercaron a la orilla hasta el punto exacto donde la Royal Gibraltar Police había encontrado el cadáver decapitado de Hasan El Kaabi.

—Una pareja que estaba aquí follando de madrugada nos dio el aviso. Imagino que al final ella terminaría gritando por otra cosa… —Guiñó un ojo el inspector, que no parecía manejar bien el fino humor inglés.

Al comprobar que ni Lucía ni Zaida reaccionaron a la broma, abrió la carpeta que tenía en las manos y se puso a leer frente al mar.

—El informe preliminar del forense señala que fue decapitado con un serrucho después de morir. El corte no es limpio. Presenta treinta y seis incisiones entre el trapecio y la garganta, lo que en opinión del forense indica que el agresor podía tener la conciencia alterada por el efecto de las drogas o el alcohol, o bien sencillamente era la primera vez que cortaba una cabeza.

De nuevo un agresor poco hábil en el noble arte de la decapitación, pensó Lucía. Un asesino tan poco preparado que necesitaba matar primero a sus víctimas para poder

degollarlos después torpemente durante horas. Y lo que era aún más insólito en una organización terrorista como el Estado Islámico, ni siquiera los grababa, o reclamaba la autoría, o exhibían sus cabezas.

—Sin tener acceso a la cabeza, las causas de la muerte, más allá de un paro cardíaco, no están claras —dijo Phil Martínez cerrando la carpeta del informe—. Hasta que no le realicen la autopsia, no tendremos más datos.

—Les ahorraré tiempo: lo mataron de un martillazo en la cabeza —indicó la teniente dando una nueva calada a su cigarrillo—. Una hemorragia intracerebral. Si me facilita una copia del informe, le contaré más. Y si encima me deja llevarme el cuerpo, puede que hasta me abra un perfil en Twitter para hablar bien de la Royal Gibraltar Police.

Phil Martínez se pasó la mano por la cabeza. Le habían educado para ser un perfecto gregario, para mover papeles de aquí para allá, no para resolver problemas. La perspectiva de terminar la mañana solucionando algo le causaba angustia.

—Lo siento, órdenes del comisario. —El inspector se agarró al orden de la burocracia para evitar de nuevo cualquier tipo de iniciativa—. Dados los antecedentes de El Kaabi con el Estado Islámico, se trata de un caso prioritario para nosotros. Tenemos poco margen antes de que Scotland Yard abra su propia línea de investigación y nos pase por encima —dijo con un punto de amargor el inspector, que en aquella frase llevaba escrito el epitafio de Gibraltar: hicieran lo que hicieran, siempre dependían de otro.

—Una verdadera lástima… ¿Le importa que nos hagamos los tres un selfi? Me gustaría tener al menos un recuerdo del viaje.

La petición desconcertó a Zaida, pero mucho más a Phil Martínez, que miraba a la teniente sin tener claro si se trataba de una broma o hablaba en serio. En cuanto vio que sacaba el móvil y le agarraba del hombro, sonrió de manera instintiva.

Después de la fotografía, el inspector se despidió alegando que tenía otra reunión y las dejó a solas en la

playa. Un Boeing 787 descendía a escasos metros de sus cabezas cuando Zaida no se pudo aguantar por más tiempo.

—¿A qué ha venido eso, mi teniente?

—¿No lo adivinas? Vamos a subir esta foto a Facebook y Twitter: «La Guardia Civil y la Royal Gibraltar Police colaboran en un nuevo caso». ¿Te gusta la idea?

Zaida sonrió, y a Lucía Gutiérrez le bastó aquella mueca para entender que estaba de acuerdo. De inmediato apuró el cigarrillo y decidió que había llegado el momento de volver a Málaga y poner al día a la jueza Andrade.

Al contrario que para entrar, para salir de la colonia no había atascos. El tráfico era fluido y los peatones cruzaban a La Línea de la Concepción con total tranquilidad. En el mundo real todo era paz. No se podía decir lo mismo del mundo virtual. Antes de que traspasaran la verja, las agentes ya habían publicado la polémica imagen en redes sociales creándole un grave problema a Phil Martínez, al que los comentarios más suaves que le dedicaban sus compatriotas eran «calvo, hijo de puta, muérete» y «hazte un selfi con tu puta madre».

—Léeme otro —le rogó la oficial a Zaida.

—Me está empezando a dar pena, mi teniente —dijo la agente, más compasiva que su superior.

—Él se lo ha buscado. No le costaba nada darnos una copia del informe del forense.

—¿No le resulta raro que los decapiten después de muertos? —prefirió centrarse en el caso antes que darle aquel capricho malsano a Lucía Gutiérrez.

—Tanto como que les escriban después «infieles» en la frente. Es como llamar a un perro, «perro».

—Exacto. Parece que preparan los cadáveres para nosotros. Primero los asesinan y después les añaden el atrezo para que tengamos claro de qué va todo esto. No es el estilo del Estado Islámico. Cuando hacen estas cosas es para llamar la atención. Los matan en directo, los graban y lo comparten en YouTube. He visto degollar hasta un feto en directo con su madre presente. ¿Por qué con estos chicos todo es diferente?

—Eso es justo lo que nos toca averiguar. Siempre y cuando nos lo permitan. Al final todos somos Phil Martínez; dependemos de los demás —dijo lacónica pensando en la jueza Andrade y en Urbizu.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, ocho y media de la mañana

El encendedor del coche se puso rojo avisando a las chicas que había alcanzado la temperatura idónea. Después de prender el único cigarrillo que había sobrevivido a la larga noche de juerga, lo compartieron y tras un par de torpes caladas, reanudaron la disputa.

—Tendrías que haber estado atenta a mí y no al puto móvil. Sabes que tengo razón —le echó en cara Laura a la hija de Lucía.

—Y tú no deberías haber cogido el coche borracha.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Ya lo hemos hablado, joder. Pensaba que estabas mejor.

—Pues no, no lo estaba. Nada de esto habría pasado si tú… si tú…

—Lo que no tendríamos que haber hecho nunca es fugarnos.

—¿Y qué tendríamos que haber hecho? El coche no es mío, estábamos borrachas, me quedé dormida, puede que me saltara más de un semáforo… ¿Quieres que vaya a la cárcel?

—No sé lo que quiero. No lo sé… Nos van a pillar antes o después. Mi madre es guardia civil, puedo hablar con ella —dijo Claudia tratando de dar con una salida digna.

—Me has prometido que no se lo vamos a contar a nadie. A nadie.

—Estoy cansada de discutir.

Claudia le dio una última pitada al cigarrillo, bajó del Mini y sintió que la cabeza le iba a explotar. Llevaban casi

dos horas discutiendo y no llegaban a ninguna conclusión. Tenía que volver a casa y pensar con claridad. Tal vez dormir. O al menos cerrar los ojos. Probar cualquier cosa que le permitiera dejar de ver la cara ensangrentada del chico al que habían atropellado.

Laura también bajó del coche y cuando intentó seguir hablando con ella, Claudia decidió echar a andar y darse a la fuga por segunda vez en la mañana. No soportaba más la voz de su amiga. Ni sus quejas. Ni mucho menos la forma en la que trataba de justificarse. ¿En qué momento se habían hecho amigas? ¿Cómo podía haber conectado alguna vez con alguien tan miserable como ella?

Su madre tenía razón, Laura solo era una amiga que no duraría más de un verano, una conocida que no merecía tanta lealtad. Tendría que haberla escuchado más. Si lo hubiera hecho, ahora las cosas serían distintas. Se arrepentía de haberla tratado así, de retarla, de beber tan solo para castigarla, de ser tan egoísta para que al final terminara pagando las consecuencias un chico inocente.

¿Cómo podía haber sido tan cría?

Claudia llegó a su casa y abrió la puerta. Deseaba con todas sus fuerzas encontrarse con su madre y abrazarla. Sin palabras. Sin lágrimas. Descansar su cuerpo en su regazo y aceptar cualquier castigo que ella le impusiera.

Pero el día que más la necesitaba, descubrió que no estaba. Y por primera vez en el último año echó en falta que la esperara despierta mientras fingía ver la televisión.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, nueve de la mañana

La Cañada despertó con uno de sus clásicos disturbios, tan habituales en las mañanas de aquel barrio como desayunar un zumo de naranja en cualquier otro. Un periodista con un casco en la cabeza trataba de hacer una crónica en directo frente a su cámara. Tenía la respiración entrecortada y la cara pálida. Probablemente era la primera vez que tenía

que dar una noticia mientras le lanzaban piedras de fondo y los antidisturbios se protegían con escudos. A pesar de que trataba de concentrarse en lo que tenía que decir, estaba más atento a los barbudos de la primera fila de la trinchera, donde se encontraban Rachid y Usama, los hermanos Iberdrola.

—«Esta es solo una de las cientos de barricadas con las que ha amanecido la Cañada de Hidum, un barrio tomado por los antidisturbios desde que en el día de ayer los agentes de la Guardia Civil inspeccionaran la mezquita de Al Salam, un centro religioso de corte salafista, del que han salido todos los yihadistas detenidos en este país en los últimos años. Las fuerzas del orden tienen claro que el entorno de la conocida popularmente como mezquita Blanca es un núcleo de captación y adoctrinamiento de radicales islamistas en España. Desde 2014 se han realizado más de un centenar de detenciones preventivas en este centro religioso, algo que ha terminado por romper la paciencia de los vecinos de la Cañada, donde el pensar mayoritario es que se están llevando injustamente a gente que no es yihadista, sino que simplemente comulga con una aplicación más rigurosa de la ley islámica. “No somos terroristas” es el grito de guerra de los miles de jóvenes del barrio, la mayoría parados o en situación de exclusión social, que desde ayer han tomado las calles y levantado trincheras para cortar carreteras a lo largo y ancho de…».

El reportero se quedó en silencio cuando descubrió que los antidisturbios dejaban a un lado los escudos y empezaban a disparar pelotas de goma contra los manifestantes. En cuanto cesó el lanzamiento de piedras, los policías avanzaron con la intención de cargar contra ellos.

—«Atención, parece que la policía está a punto de cargar. Vamos a ver si nos podemos acercar un poco más» —dijo el periodista aproximándose a la zona más caliente de los enfrentamientos.

Detrás del humo y los neumáticos quemados, Rachid y Usama controlaban los movimientos de la barricada y

esperaban pacientemente a que los antidisturbios estuvieran más cerca de ellos. En cuanto los consideraron a tiro, gritaron a los suyos: «¡Ahora!».

Como un ejército de fantasmas, de la cortina de humo gris brotaron cientos de muchachos armados con adoquines. Además de las piedras, empezaron a lanzar cócteles Molotov caseros, provocando que más de un policía cayera al suelo asustado y se vieran obligados a replegarse.

Una suerte similar corrieron el reportero y su cámara, a los que un trozo de baldosa les rozó peligrosamente y decidieron retirarse del corazón de la noticia.

A las nueve de la mañana la Cañada de Hidum ardía y más que un barrio de inmigrantes parecía una zona de guerra.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, diez de la mañana

—¿Podéis apagar eso de una puta vez? Esto no es un circo, hay compañeros heridos —pidió Romero, harto de ver el espectáculo en el que habían convertido las televisiones los disturbios de la Cañada de Hidum.

Al comprobar que nadie le hacía caso, el propio Romero se levantó de su silla y desenchufó la televisión de golpe, con un gesto antipático impropio de él que desconcertó al resto de los agentes.

—Gracias —dijo de forma irónica al percibir las miradas de reprobación de sus compañeros.

Sin la alarmista voz del reportero, el cabo pudo concentrarse de nuevo en la pantalla del ordenador. Tenía abierta la página web del puerto de Málaga, en concreto la pestaña de información de atraques. En la lista de diez barcos que aparecía registrada el 1 de agosto, no había ningún consignatario que se dedicara al comercio de fruta. Lo había comprobado una y otra vez con sus responsables, y ninguna de esas empresas descargó contenedores con

mercancía del estilo aquel miércoles. Aquello solo podía significar dos cosas: que las cajas de frutas donde se ocultaban las armas habían sido colocadas a posteriori, probablemente en Algeciras y por algún motivo que se le escapaba, o que el contenedor número 35904 nunca tuvo armas en su interior y alguien trataba de despistarles. Cualquiera de las dos opciones suponía un avance en la investigación.

El cabo Romero imprimió la lista y sonrió. Aquello era una buena pista. Algo que merecía un premio, y para él no había mejor recompensa que desayunar dos veces. Era lo único bueno de madrugar, que abría una puerta legal a redesayunar. Cuando la impresora escupió la hoja con la información de los atraques, el agente ya había decidido que su premio tenía que ser dulce: una *torta loca*, la joya de la corona de la repostería malagueña. Una bomba hipercalórica consistente en dos discos de hojaldre rellenos de crema pastelera y un glaseado naranja por encima. Y coronando aquella torre de glucosa, una guinda. De alguna forma, en su cerebro, aquello equilibraba su primer desayuno salado de las seis y media.

El agente dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo y le guiñó un ojo al almanaque del Cautivo que presidía la impresora. Aquella imagen no era solo la viva representación de Dios en la ciudad, también el mejor de los cómplices. Era una verdadera lástima que no fuera de carne y hueso para ir de cañas con Él.

En el exterior de la Comandancia, decidió que le daría las novedades a la teniente después de hacer una breve visita a la confitería Tejeros. Estaba contento con su trabajo. Con pequeños pasos estaba arrojando algo de luz al caso y sentía que cada vez estaba más cerca de descubrir la verdad. En su fuero interno se sentía como un perro de presa. Al menos ya comía como tal.

* * *

Málaga, Ciudad de la Justicia, once de la mañana

A pesar de la presencia de Lucía Gutiérrez en su despacho, la jueza Andrade prestaba más atención a la conexión en directo con los disturbios de la Cañada de Hidum. El presentador del informativo alzaba los brazos mientras pronunciaba de forma enérgica: «Arde Melilla». Lo afirmaba con tanta convicción y entusiasmo que era difícil saber si estaba dando inicio a un programa informativo o a una misa evangelista.

—«¿Es la Cañada de Hidum un barrio de terroristas? ¿Qué está pasando dentro de la mezquita de Al Salam? ¿Hay motivos para estar alarmados? ¿Alerta yihadista o racismo?» —se preguntaba el conductor del programa cada vez más enardecido, como si el que estuviera entrando en combustión fuera él y no los neumáticos de las barricadas.

La jueza Andrade consideró que ya había visto suficiente y apagó el televisor con el mando a distancia.

—Racismo… Lo que tiene una que oír. Usted sabe tan bien como yo que, desde hace años, todas las redes yihadistas que han sido desmanteladas en macrooperaciones policiales en ciudades españoles, marroquíes o belgas tenían como epicentro Melilla y la mezquita Blanca. No es un estigma que le hayamos colocado nosotros, es la puta realidad. ¿Usted obliga a esa gente a coger un avión e inmolarse en Siria? Pues yo tampoco. Cada vez que todos estos periodistas enarbolan la bandera de la ética y cuestionan nuestro trabajo, le están comprando el discurso a los salafistas —dijo indignada la magistrada.

Lucía Gutiérrez no sabía qué pensar. Por un lado, era consciente de que los hechos apuntaban a Melilla y a las redes yihadistas, pero por otro, al igual que Zaida, albergaba serias dudas de que detrás de aquellas muertes estuviera el Estado Islámico. Así que prefirió guardar silencio y dejar que Andrade se desahogara.

—No le voy a engañar, la aparición del cadáver de El Kaabi ha complicado las cosas. Desde Interior nos piden resultados rápidos. Estamos en plena temporada alta y todo esto es mala publicidad para España y la Costa del Sol. Si el

Ayuntamiento y la Junta no les están presionando ya, estarán al caer.

—¿Qué quiere decir eso de resultados rápidos? —preguntó la teniente temiéndose lo peor.

—Que todos vamos a tener que hacer cosas que no nos gustan. Yo, aprobar una nueva redada en las mezquitas de La Palmilla, Huelin y la Cañada de Hidum. Quieren detenciones y las quieren ya. Dar una imagen internacional de firmeza y ese tipo de cosas con las que se le pone dura al cuerpo diplomático. En ese mismo sentido, Interior no descarta decretar el cierre del paso fronterizo del Barrio Chino cuarenta y ocho horas. Y tal y como están las cosas de calientes en Melilla, no sé cómo puede acabar…

—¿Y yo? ¿Qué voy a tener que hacer que no me gusta?

—Usted va a tener que trabajar codo con codo con la Policía Nacional y la inspectora Ruiz.

El anuncio de la jueza sonó en su cabeza con la misma rotundidad que un clavo en un ataúd. Mucho tendría que controlarse para que el trabajo *codo con codo* con la inspectora Ruiz no terminara igual que los enfrentamientos entre los manifestantes de la Cañada y los antidisturbios.

* * *

Málaga, puente de la Trinidad, doce y media del mediodía

A mediodía las sirenas de los coches patrulla de la Policía Nacional y la Guardia Civil recorrían la ciudad de este a oeste, en un despliegue que no se recordaba en Málaga desde el día que se celebró el desfile de las Fuerzas Armadas en 2011.

En poco menos de una hora, tanto el barrio de La Palmilla como el de Huelin habían sido tomados nuevamente por la policía, dando inicio a una terrible diáspora de yonquis que vagaban por la ciudad en busca de la tierra prometida.

No tardaron cuarenta años en cruzar el desierto para llegar a su destino, apenas les llevó una mañana. Pero

tampoco se podía calificar a los bajos del puente de la Trinidad como Canaán, como mucho, era un muro de las lamentaciones.

De la misma manera que en una casa se disimulaba la suciedad ocultándola debajo de la alfombra, en aquella explanada semisubterránea se escondían las vergüenzas de la ciudad para impresionar a las visitas. En la cara opaca de la Costa del Sol no había turistas ni se escuchaban las sirenas. A diferencia del vocerío y ajetreo de los bares del centro, aquella margen del río era discreta. No había tinto de verano ni sangría. Los camareros no recomendaban encarecidamente la rusa de la casa o una ración de pijotas. En los bajos del Guadalmedina solo había un plato en el menú: narcóticos. Arriba, las prisas. Los colegios. Los niños. Los gritos. Abajo, el silencio. El secreto. La vida de los otros a los que nadie ve. Arriba, el sol y el bullicio. Abajo, las sombras y un río muerto.

La única voz que se hacía oír en aquellos bajos era la del clan de los Mohamed tratando de ordenar la avalancha. Tras el susto del día anterior, Achraf despachaba a la larga fila de enganchados acompañado por otros cinco chicos de origen magrebí. No tendrían más de dieciséis años, dieciocho el más mayor, pero entre el pegamento que habían esnifado y las navajas que escondían en los pantalones se sentían como matones de primer nivel. O al menos actuaban como tales. Eran replicantes, imitadores profesionales que repetían de manera mecánica los gestos que habían visto en los adultos para los que trabajaban.

Se encaraban con los drogadictos cuando se quejaban de los precios, se retaban entre ellos, se hablaban mal… Hacían todo lo que creían que había que hacer para ganarse el respeto de los demás. Incluso llegaron a pegarles aleatoriamente para que no se saliesen de la fila, tratándoles como ganado, arrebatándoles la poca dignidad que les quedaba.

Un arma blanca y un poco de cola industrial les habían hecho olvidar de dónde venían y quiénes eran para convertirse en todo lo que despreciaban de los europeos.

Sin embargo, todas aquellas demostraciones de poder se quedaron en nada cuando aparecieron en los bajos los hombres de Vargas. Tan pronto como los vieron llegar con bates de béisbol y cuchillos, la tropa de pequeños imitadores perdió por completo el valor y dejaron solo a su amigo Achraf.

Los muchachos corrieron despavoridos para salvar la vida y en un abrir y cerrar de ojos, el chico marroquí se vio ante una hilera interminable de drogadictos cabreados con los abusos de los matones y cinco gitanos con ganas de quitárselo de en medio.

Achraf decidió que no era el mejor día para fingir ser un héroe y también echó a correr a través del cauce soterrado del Guadalmedina. Corría tan deprisa como sus pequeñas piernas le permitían, con esa energía extra que da el miedo, con los ojos desorbitados y la boca completamente abierta para tratar de agarrar el aire sobre la marcha.

Era una huida a ninguna parte, tal y como era la de un conejo perseguido por una jauría de perros, condenada al fracaso casi desde la primera zancada.

Y así ocurrió quinientos metros más adelante.

Víctima del cansancio, Achraf tropezó y cayó al suelo. Ni siquiera tuvo tiempo de suspirar cuando el primer bate de béisbol aterrizó en su cráneo. Un segundo golpe en las costillas le hizo tener claro que aquel río invisible y oculto entre el cemento sería lo último que vería en su vida.

* * *

Málaga, Puerto, una del mediodía

El viento de terral campaba a sus anchas en el muelle 6 mientras los operarios descargaban los contenedores del Liverpool Express, un buque procedente de Tánger y consignado por una empresa de las catalogadas como sospechosas por parte de los agentes de Aduana; una distribuidora de productos lácteos. Al igual que la fruta, la mayoría de los alimentos perecederos solían ser utilizados

por los narcos para ocultar droga.

A pesar del calor, Sánchez observaba maniobrar la grúa pórtico con felicidad. Había pasado un par de días horribles, obligado a improvisar constantemente, a vivir cada minuto como si fuera el último, con un vértigo que se alejaba por completo de su visión conservadora del tiempo y la vida. Cuarenta y ocho horas invadido por la inquietud y la inseguridad, amenazado por los Vargas, la teniente Lucía Gutiérrez y un sentimiento de tristeza apenas experimentado en sus treinta y cinco años. Un viaje extraño que le había empujado a zonas emocionales con las que nunca se había enfrentado y que a punto estuvieron de arrebatarle su *moreno de verde luna* y su perfume gitano de Antoñito el Camborio.

Sánchez no quería volver a aquellos días de plomo que le habían hecho envejecer. Le relajaba la rutina, la disciplinada monotonía, el ancla de las tareas repetitivas que no requerían de sus cinco sentidos. Sonreía al ver la grúa elevar el contenedor del barco. Había tanta paz en esa imagen que se planteó si no habría llegado el momento de contentarse con ser solo guardia civil. Pedir un traslado a Córdoba o Sevilla, alejarse de los puertos y los clanes que lo merodeaban, recuperar de algún modo la pausa y los privilegios que le daban su cara y su cuerpo. Volver a aquella feria infinita que era levantarse sin preocupaciones.

—Esto es para ti. Ya sabes de parte de quién. —Se acercó hasta él una chica con síntomas de ir drogada hasta las trancas, ofreciéndole con la mano un móvil de prepago.

Sánchez la miró y todos los farolillos que decoraban su prometedor futuro se desplomaron en el suelo, devolviéndole de inmediato la sensación de inseguridad que tan mal le sentaba a su cutis lorquiano. Una parte de él se convenció de que si no tomaba el teléfono, todavía tendría una posibilidad de abrazar la vida que acababa de proyectar. Tardó un par de segundos en aceptar que, en realidad, no tenía otra opción que cogerlo.

En la pantalla del móvil descubrió que había un mensaje que le citaba a las cuatro de la tarde en los alrededores de

la fábrica de cemento. La cara de Sánchez se volvió mohína. El Camborio se apagó. El vendedor de Tecnocasa emergió. La feria se cerró indefinidamente.

* * *

Málaga, alrededores de La Palmilla, una y media del mediodía

La fuerte presencia de policías y guardias civiles en los alrededores de La Palmilla obligó al conductor de un BMW tuneado a dar la vuelta en la rotonda de la avenida Valle-Inclán.

Lo conducía uno de los hombres de Vargas, que tras el contratiempo miró por el retrovisor pidiendo explicaciones a su acompañante, uno de los matones que habían ido hasta el puente de la Trinidad con un bate de béisbol y que ahora estaba sentado en la parte de atrás con un fastidioso bulto sobre las piernas.

—Tira para La Rosaleda —dijo al darse cuenta de que el conductor le estaba demandando con la mirada una nueva dirección.

El BMW negro enfiló el paseo de Martiricos, y cuando estuvo a la altura de la Puerta Viberti del estadio de fútbol, el gitano reaccionó.

—Aquí mismo.

El coche dio un frenazo y una de sus puertas traseras se abrió. De ella cayó el cadáver de Achraf envuelto en una manta. Lo hizo a plena luz del día. Con una decena de vehículos circulando en la misma dirección. Como si fuera un saco de patatas. Había tanto descaro en aquel abandono indecoroso que solo se podía entender como un mensaje del clan para alguien que había cruzado líneas rojas.

Al igual que un coche fúnebre que acaba de dejar un féretro en el tanatorio, el BMW se puso de nuevo en marcha y desapareció, dejando en el asfalto caliente el cuerpo magullado del pobre chico que, víctima del golpe, se había desenrollado de la manta y exhibía todas sus heridas ante la puerta número 5 como una suerte de sacrificio al Málaga

Club de Fútbol para culminar con éxito su ansiado ascenso a primera división.

* * *

Málaga, La Rosaleda, tres de la tarde

Cuando Lucía Gutiérrez llegó a la escena del crimen en la puerta 5 del estadio de La Rosaleda, la inspectora Ruiz estaba a punto de retirarse en una patrulla de la Policía Nacional.

Las dos se observaron en la distancia serenamente, como dos púgiles que se estudian con detenimiento antes de que suene la campana. La teniente se encendió un pitillo y la inspectora se introdujo un chicle en la boca. La tensión jugaba al escondite en aquel improvisado ring. La campana sonó finalmente y las contrincantes abandonaron la seguridad de sus rincones para dar inicio al primer asalto.

—¿Pensaba irse sin darme explicaciones? —atacó primero Lucía mientras expulsaba el humo del cigarrillo.

—Solo tengo que darle explicaciones a la jueza y al comisario, y usted no es ninguna de las dos cosas —se defendió la inspectora Ruiz.

El primer intercambio de golpes las dejó frías. Se estaban midiendo, casi entrenando, tratando de adivinar la estrategia la una de la otra antes de emprender la ofensiva final.

—¿Puedo saber al menos de quién se trataba? Le guste o no, estamos obligadas a colaborar. —Lucía bajó los brazos en un movimiento que desconcertó a su rival.

—Por el momento lo único que sabemos es que se trata de un varón de unos quince años de edad, de origen magrebí. Las primeras pesquisas apuntan a una muerte violenta. Le pegaron una paliza y abandonaron aquí su cuerpo —le devolvió la cortesía la inspectora Ruiz

—¿Le han cortado la cabeza? ¿Tenía alguna inscripción en la frente? —quiso saber la teniente después de conocer que el fallecido podía ser marroquí.

—No estoy autorizada a contarle nada más. Si lo quiere, puede solicitar el informe a través de la jueza Andrade.

—¡Eres una rencorosa de mierda! —estalló la teniente mientras tiraba la colilla al suelo.

Las boxeadoras alzaron de nuevo los guantes. Los golpes de prueba acabaron. El combate había empezado de verdad y ninguna de las dos quería perderlo.

—Y tú, una borracha. Nadie es perfecto —replicó sin pudor la policía.

Aquello fue un golpe bajo que dejó grogui a Lucía Gutiérrez, un *crochet* por debajo de la línea de flotación que provocó que se tambaleara en la improvisada lona del paseo de Martiricos. Casi mareada con la acusación, la oficial comprendió que no existía una réplica posible con la que pudiera ganar ya el combate y decidió reventarlo.

Transformada en un ciclón de fuerza tres, dispuesta a descargar una violenta borrasca en las cercanías del estadio de La Rosaleda, Lucía se aproximó a ella con furia para pegarle un puñetazo y acabar en un segundo con toda su carrera.

Si no lo hizo, fue porque Romero y Zaida la apartaron justo a tiempo.

—Es lo que quiere, mi teniente. No se lo ponga tan fácil —le pidió el agente a la oficial mientras trataba de inmovilizarla.

Lucía estiró brazos y piernas en el aire para pegar a la inspectora sin dejar de gritarle todos los insultos que se le pasaron por la cabeza. Después de chillarle a la cara un certero «perra del demonio», entendió que Romero tenía razón. La inspectora Ruiz tan solo quería provocar su suspensión y se lo estaba poniendo en bandeja.

—Vámonos de aquí —trató de recomponerse la teniente al reparar en la sonrisa arrogante de la policía.

Avergonzada, Lucía se retiró de la puerta Viberti y puso rumbo a la Comandancia en compañía de Romero y Zaida.

Aunque la vieran en el interior del coche patrulla resoplando, en realidad estaba sentada en la playa de la Malagueta con el resto de Alcohólicos Anónimos, mirando

al mar y esperando que alguno de ellos contara una anécdota humillante peor que la que ella acababa de vivir. Su sistema inmunológico era de naturaleza perversa. Necesitaba una desgracia ajena con la que no sentirse tan patética.

Ninguno de los tres se atrevió a hacer ningún comentario en el trayecto que iba desde la Rosaleda a la avenida del Arroyo de los Ángeles. Apenas cinco minutos separaban un edificio del otro, pero el calor de las tres de la tarde en el asfalto era como el del desierto, y hacía que las distancias parecieran mayores, casi interminables.

A pesar de que ninguno abriese la boca, la oficial no dejaba de escuchar voces en su cabeza que la acusaban de impostora. Lo sucedido había sido la enésima prueba de que no estaba preparada para ser teniente de la Guardia Civil, de que solo había alcanzado ese rango por enchufe. Era demasiado impulsiva para cargar con el peso del protocolo. No era capaz de mantener las formas, de actuar con prudencia, de dejar las rivalidades a un lado y ejercer con la templanza necesaria su oficio. Aunque le doliera en lo más hondo, la inspectora Ruiz estaba en lo cierto: el único título que merecía tener era el de borracha.

Un suspiro. Dos derrotas el mismo día. La sed. El sonido de un botellín de cerveza al abrirse. La chapa metálica desprendiéndose de la botella. La espuma ascendiendo por el cuello de vidrio. La sed. La promesa de evadirse. Las ganas de desaparecer, de esconderse, de enterrarse. La sed.

El cabo aparcó el coche y los tres bajaron del vehículo en silencio, como una comitiva fúnebre que necesita un par de días para poder mirarse a la cara y volver a hablar. Consciente de ello, el cabo intentó cambiar la inercia.

—No había ningún barco con fruta el día que Yusuf Hakimi murió —dijo nada más entrar al edificio.

—¿Lo has comprobado? —preguntó Lucía, tratando de reengancharse a la vida, jugando a parecer una oficial y no una vulgar camorrista de taberna.

—Una y otra vez, mi teniente. Aquella mañana atracaron en el puerto diez barcos. Me he puesto en

contacto con las empresas consignatarias y ninguna de ellas tenía fruta en sus contenedores —dijo el agente entregándole la lista que guardaba en el bolsillo a la oficial.

Lucía Gutiérrez le echó un ojo a los nombres de los barcos y hubo uno que le llamó la atención especialmente: el Exeter. Tenía la sensación de haber oído hablar de aquel buque con anterioridad, pero no recordaba dónde o cuándo. De repente, algo le vino a la cabeza y salió corriendo sin que Romero y Zaida entendieran qué estaba ocurriendo.

Ante la ausencia de explicaciones, los agentes la imitaron y procuraron seguirla por los pasillos de la Comandancia.

La teniente frenó su carrera al llegar a su despacho. Allí empezó a remover papeles hasta que dio con la carpeta que le había entregado Urbizu días atrás. Con cierta angustia, volcó todas las fotografías sobre su mesa y dio con lo que estaba buscando.

—¡Este es el puto barco que estamos buscando! —dijo fuera de sí Lucía cuando Romero y Zaida entraron en su despacho jadeando.

—A lo mejor le sorprende, pero no estamos dentro de su cabeza. ¿A qué se refiere exactamente, mi teniente? —preguntó desorientado el cabo.

—Al Exeter. Estaba en tu lista de atraques y también aparece en las fotos que me dio Urbizu de Sánchez. El cabrón se encargó de todo el papeleo personalmente y de supervisar la descarga de contenedores —dijo Lucía mostrándole alguna de las fotografías del agente de aduanas delante del buque, consciente de que estaba vulnerando la petición del capitán de ser discreta con aquel material.

Zaida se acercó a la mesa y tomó la lista con la información de atraques y algo pareció llamar su atención.

—Antes de Málaga, el barco estuvo en Algeciras, el puerto de Zeebrugge en Bélgica y Róterdam. Y, casualmente, la trama tiene conexiones con todos esos puertos. Además de a Yusuf en Málaga, tenemos a Hasan El Kaabi en Algeciras, un teléfono de prepago que une a los

dos chicos con Bélgica y un contenedor cuyo origen se encuentra en Róterdam.

Lucía contempló embelesada a Zaida durante unos segundos como si fuera la primera vez que la veía. Y puede que así fuera. Prácticamente no le había hecho caso durante todo el día, le hacía compañía como un periquito en una jaula que entretiene a una anciana solitaria, y de repente se sacaba una pauta de la chistera, una línea de investigación que parecía haber estado delante de ellos todo el tiempo. Tal vez había llegado el momento de dejarla volar libre y ver hasta dónde podía sorprenderla.

La adrenalina fue para ella como un chute de B12. La teniente dejó de suspirar y olvidó por un momento las dos derrotas del día. La sed se apagaba. La chapa metálica de la botella de cerveza hacía el movimiento inverso y se volvía a cerrar. La espuma descendió. Tenía una nueva distracción. Una nueva obsesión a la que engancharse y con la que dejar a un lado sus heridas.

—¿Quiere que localice a los consignatarios del Exeter? —preguntó Romero, un tanto desconcertado con el protagonismo de Zaida.

—No has entendido nada. Quiero que vayamos de una puta vez a por Sánchez y que nos cuente qué está pasando.

—Creí que Urbizu nos había pedido dejarle en paz.

—Eso fue hace dos días, antes de que los inspectores Ruiz y Phil Martínez me tocaran los cojones. —Rompió de nuevo sus promesas.

* * *

Málaga, fábrica de cemento, cuatro de la tarde

Diez minutos después de que dieran las cuatro de la tarde, Julie entendió que Sánchez no acudiría a la cita. Tenía tendencia a juzgar a los demás con ligereza y había catalogado al guardia civil de idiota demasiado pronto. Si no había ido hasta la casona, debía concederle cierta inteligencia. Tampoco mucha. Los animales también eran

capaces de detectar el peligro con antelación. De hecho, su gato desaparecía minutos antes de que se produjera un terremoto. Sánchez debía tener un cerebro de proporciones similares, aparentemente poco dotado, pero con algún tipo de reflejo felino o de instinto de supervivencia.

No era el fin del mundo, tan solo una complicación más. Tendría que ir en su busca y dar con el momento preciso para acabar con él. Y visto con perspectiva, salir de aquella casa derruida en la que el sol daba de pleno y de la que escapaban hasta los grillos, no era un mal plan.

* * *

Málaga, polígono del Guadalhorce, siete de la tarde

Las diminutas manos de Lin se perdían en la extensa espalda de Jafar, que recibía sus caricias en la zona dorsal con incomodidad, como si no fuese amigo de la intimidad que provocaba aquella situación. Había personas a las que el placer les resultaba algo tabú y Jafar era una de ellas. Hasta se avergonzaba de que su mujer le viese desnudo después de hacer el amor. Tan pronto eyaculaba, desaparecía del colchón y se tapaba con una camiseta. De alguna manera, interpretaba que permanecer desvestido le convertía en un depravado, en un adicto al sexo. Y eso iba contra sus valores. Le habían enseñado a resistir el sufrimiento, no a disfrutar de su cuerpo ni del de los demás. O al menos prefería creer eso antes que admitir que era homosexual y no soportaba fornicar con su esposa. Se detestaba por algo que no podía controlar. Le excitaban los hombres. Los deseaba intensamente por la mañana, por la tarde y por la noche. No había ni un solo minuto de su vida que no deseara besar un abdomen masculino y saborear las profundidades del sexo prohibido. Pero antes de hacer estallar su privilegiado universo heterosexual y que el resto de machos alfa del clan de los Mohamed cuestionara su autoridad, se autoimpuso aquella beatería puritana y se refugió en la castidad y el decoro.

Todo lo contrario le sucedía a su acompañante, un chino entrado en carnes que superaba ampliamente los cincuenta años, del que no conocía su nombre, pero al que todo el mundo llamaba «Cabeza de Serpiente».

Sus lorzas desparramadas por la camilla y su sonrisa ida le convertían en el perfil ideal de cualquier salón de masajes. Cabeza de Serpiente era un cliente agradecido, de los que incluso gemía de placer cuando tocaban alguna zona delicada de su columna vertebral.

Lin le dio la vuelta a Jafar para masajearle los hombros y el marroquí le indicó con la mano que ya era suficiente.

—¿Podemos hablar en otro lugar? No me siento cómodo… —le preguntó a su acompañante.

El hombre de origen asiático le pidió a las masajistas que se fueran y se quedaron a solas. Cabeza de Serpiente se irguió y su rotunda panza se balanceó de arriba abajo. Tenía el dudoso honor de ser de los pocos hombres en este mundo cuyas tetas podían rozar su ombligo. Con algo de esfuerzo, se sentó en la camilla.

—No me fío de la gente que es incapaz de disfrutar de los placeres de la vida. ¿Qué coño te pasa?

—Los Vargas han matado a uno de mis hombres. Un crío de quince años… Y lo han dejado tirado en la carretera como a un perro.

—¿Y qué esperabas? Si quieres acabar con el rey, tienes que perder algunos peones. Ahora te toca responder a ti, te están llamando a la guerra.

—Sé que es lo que habíamos hablado, pero no es buen momento. La policía tiene tomado el barrio y los Vargas nos están esperando. Sería meternos en la boca del lobo.

Cabeza de Serpiente miró a Jafar y, como si no pesara una tonelada, dio un brinco hasta él y le agarró de los genitales. Lo hizo con rabia, demostrándole quién estaba realmente al mando.

—Si no vas a usar los cojones nunca, será mejor que me quede con ellos —dijo el chino mientras le retorcía los testículos—. Me la he jugado contigo, no me falles. Lo mismo que te he colocado a ti al frente, puedo poner a

cualquier otro moro, ¿lo entiendes?

Jafar bajó la cabeza en señal de sumisión y solo entonces Cabeza de Serpiente aflojó su mano.

—Me alegra saber que estamos de acuerdo. Ahora relájate y vamos a disfrutar del puto masaje.

Las masajistas volvieron a entrar mientras Jafar se retorcía de dolor en la camilla. Todavía afligido, se recostó y dejó que las manos de Lin le frotaran la espalda al mismo tiempo que hacía verdaderos esfuerzos para no llorar delante de su anfitrión.

* * *

Málaga, Puerto, seis de la tarde

La tarde se coló en el puerto de Málaga sin avisar, pero no así la brisa o un descenso de la temperatura. A las seis de la tarde el termómetro marcaba cuarenta y tres grados y el viento de terral seguía agitando una masa de aire caliente entre los pocos insensatos que a esas horas caminaban por la avenida del muelle Heredia.

Sánchez miró su reloj y con exquisita puntualidad funcionarial dio por finalizada su jornada laboral. Tenía los nervios a flor de piel y el corazón le latía a mil por hora.

En realidad, se encontraba así desde las cuatro de la tarde, hora a la que le habían citado y de la que se ausentó por miedo. Sospechaba que sus socios chinos habían descubierto que estaba detrás de los robos de los últimos días y planeaban algún tipo de venganza.

El hecho de no acudir a la cita tampoco le libraba de las amenazas. Si le habían puesto en el foco, su vida corría peligro en cualquier lugar. Toda la ciudad se había convertido repentinamente en una emboscada. De ahí que barajara la posibilidad de ir al único sitio relativamente seguro que conocía: la Comandancia de la Guardia Civil. Estaba a tiempo de entregarse y pedir protección. Por desesperada que fuera su posición, todavía tenía una posibilidad.

El agente cruzó la avenida del muelle Heredia sobresaltado, vigilando a todas las personas con las que se cruzaba en su camino, sospechando incluso de los grupos de jóvenes que caminaban con sus toallas en el hombro de vuelta de pasar el día en la Malagueta.

Una vez que llegó al Palmeral de las Sorpresas, bajó las escaleras que comunicaban el puerto con el parking subterráneo del Muelle Uno y aceleró el ritmo. Todo el tiempo que estuviera en la calle era tiempo en que su vida se desvalorizaba y cotizaba a la baja.

Algo paranoico, le pareció escuchar unos pasos cerca de él. Cuando se giró para ver de quién se trataba no vio a nadie. Aun así, la idea de que le podían estar siguiendo se instaló en su cabeza y decidió caminar más rápido. Sus pasos eran precipitados, ligeros, casi se podía decir que más que andando estaba corriendo. Una huida a cámara lenta, prudente. Era un triste corredor de marcha pensando que controlaba la situación cuando era evidente que no era así.

Tan solo pasaron unos segundos hasta que Sánchez se giró por segunda vez al volver a escuchar pasos detrás de él. Solo que en esta ocasión sí descubrió a alguien. Una mujer de pelo rubio, probablemente extranjera, cuya cara le resultaba familiar. Iba bien vestida y, al contrario que él, no parecía tener prisa. El tipo de persona que a priori no te llama la atención: mujer blanca de clase alta. Un perfil por el que nadie cambiaría de acera.

Sin embargo, aquella cara le sonaba de algo.

Sin dejar de andar de forma acelerada y grotesca, Sánchez hizo un nuevo esfuerzo por ubicar a aquella mujer. Su rostro. Su pelo. Su inusitada tez blanca. Estaba seguro de que la había visto antes. Nunca olvidaba a una rubia y mucho menos una cara bonita. ¿Era posible que hubiera pasado por su cama o por la tapicería de su Seat León?

Y de pronto, la recordó.

No era una antigua conquista. Era algo mucho peor. En cuanto se dio cuenta de quién le seguía realmente, abandonó cualquier precaución y se lanzó a correr.

—¡Mierda! —se dijo para sí Julie al comprobar que la

habían descubierto.

De nuevo había subestimado la inteligencia del guardia civil y se vio obligada a correr tras él. Había llegado la hora de acabar con aquel gato molesto. No estaba dispuesta a concederle siete vidas y puesto que el parking estaba prácticamente vacío, agarró la pistola de la parte de atrás de su pantalón vaquero. Solo necesitaba estar un poco más cerca para no fallar.

Apenas quinientos metros separaban a Sánchez de su coche. Una distancia ridícula en circunstancias normales. Un mundo cuando alguien te perseguía con un arma. El agente sacó la llave de su bolsillo y abrió las puertas del vehículo. Si no desfallecía, todavía podía conseguir escapar de allí con vida.

Consciente de que era su oportunidad, Julie frenó en seco y le apuntó con el revólver. Su primer disparo le rozó el hombro a Sánchez, y aun así no dejó de correr. El segundo se desvió y se estrelló contra la pared. Furiosa, Julie echó a andar de nuevo en busca de una mejor posición desde la que no volver a fallar.

Para estupor de uno y otra, en la plaza de garaje donde se encontraba aparcado el Seat León de Sánchez, aparecieron Lucía Gutiérrez, el cabo Romero y Zaida, que al percatarse del tiroteo, sacaron sus armas para tratar de proteger al agente.

En cuanto Julie advirtió la encerrona, prefirió dar por perdida a su presa y concederle una nueva vida a aquel gato trabajoso.

De manera accidental, dio media vuelta y trató de escapar a través de la salida peatonal. Tras ella salió disparada Zaida, convencida de que podía atraparla.

Desafortunadamente, en cuanto la belga accedió a la superficie y al concurrido Palmeral de las Sorpresas perdió por completo su rastro.

—¿Quién cojones era? —preguntó la teniente a Sánchez sin dejar de bajar su arma.

—Consígame protección y se lo diré —dijo el agente, que tras dos horas de angustia y una cardiaca persecución,

al fin resopló aliviado.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, ocho de la tarde

Urbizu se mojó la cara en el lavabo. Llevaba una hora discutiendo con Lucía Gutiérrez y necesitaba una pausa. Aquella mujer era especialista en sacarle de sus casillas. Padecía de colon irritable y ni siquiera los cítricos o el picante le revolvían tanto las tripas como diez minutos de conversación con ella.

Tras refrescarse, el capitán se tomó su tiempo para secarse las manos. Necesitaba pensar una pequeña estrategia antes de volver al despacho de la teniente y enfrentarse a esa bestia que solo utilizaba la cabeza para embestir. Cuando creyó contar con algo parecido a un plan, decidió salir del baño y cruzar el Rubicón que separaba los aseos del edificio del despacho de la oficial.

—Solo tenía una orden que obedecer; dejar en paz a Sánchez. Y ha tardado cuarenta y ocho horas en cagarse en ella. Diría que es su récord… —dijo Urbizu en cuanto abrió la puerta.

—Se le nota mucho más calmado después de pasar por el aseo —tiró de ironía Lucía.

—No tengo más ganas de seguir discutiendo. Ya que se ha cargado meses de trabajo, déjeme al menos que interrogue a Sánchez.

—Si no llega a ser por mí, ahora a lo único que podría interrogar es a un fiambre. En lugar de echarme la bronca, podría darme las gracias. Fue usted el que quiso darme más responsabilidades, el que me hizo teniente. Yo no le pedí una mierda. Ahora que actúo como tal, también le molesta.

—Es experta en sacar las cosas de contexto. Ya se lo he dicho una y otra vez, le estoy agradecido, pero necesito saber qué cojones ha pasado y por qué no estaba con él la agente de Asuntos Internos que le seguía. ¿Tan difícil es de entender? Sabe perfectamente que le voy a contar todo lo

que le saque a ese cabrón de su caso.

Lucía Gutiérrez dudó por primera vez desde que empezaran a discutir. No había tenido el mejor de los días y no le convenía tensar también la cuerda con un superior. Mientras decidía qué era lo más correcto, Urbizu puso en marcha su estrategia.

—A cambio, puedo ser generoso con usted.

—¿Cómo de generoso? —quiso saber la oficial, que estaba preparando ya el terreno para bajarse de aquel tren a ninguna parte.

—Podría revelarle parte del informe de la inspectora Ruiz sobre el chico marroquí hallado muerto este mediodía.

—¿Qué es lo que sabe?

—Que le ha vacilado. El chico no tiene antecedentes terroristas. Se trataba de un camello de poca monta. Trabajaba para el clan de Jafar Al Faribi. Parece cosa de guerra de bandas. Una advertencia, supongo.

—¡Menuda hija de puta, me la he comido pero bien! —se lamentó la teniente, más con admiración que con rencor.

—¿Tenemos trato entonces?

—Le dejaré interrogarle, pero yo también estaré presente en la sala. Usted le preguntará sobre sus tejemanejes con la mafia y yo de todo lo que necesite saber sobre la muerte de Yusuf Hakimi y Hasan El Kaabi.

Urbizu dibujó una mueca. Su plan no había funcionado como esperaba, pero no podía presionarla mucho más. Lucía Gutiérrez tenía una orden judicial para interrogar a Sánchez y él, solo un caso de Asuntos Internos. Sin fuerzas para mantener el tira y afloja por más tiempo, cedió.

—¿A qué espera entonces? ¡Vamos a por ese hijo de puta!

* * *

Madrid, Puerta de Atocha, ocho y media de la tarde

A las ocho y veintiséis de la tarde, un minuto más tarde de lo previsto por Renfe, el AVE procedente de Málaga llegó a

la estación de Atocha. Era una de esas tardes soleadas y azules de agosto en Madrid. Aunque hacía calor, comparado con el terral de Málaga, a Julie le pareció Siberia. Si no se puso a abrazar a la gente de pura alegría, fue porque odiaba el contacto humano. Por eso y porque era consciente de que estaba metida en un grave problema.

Había escapado de Málaga a toda prisa en el primer tren que encontró con destino a la capital de España. Pero con eso no bastaba. El lío era de tales proporciones que ya no le valía con poner distancia o recuperar sus instintos dormidos. La policía le había puesto cara y, por si fuera poco, tenían a Sánchez. Era cuestión de tiempo que el agente la delatara y las autoridades españolas le interpusieran una orden de busca y captura.

Aunque fuera reacia a depender de los demás, necesitaba ayuda, y no la de cualquier politoxicómano como hasta ahora. Aquello requería del mejor, y el mejor en España tenía nombre y ocupación: el brigada de la Guardia Civil Alfonso Reyes.

El paseo por el bulevar del Prado le resultó agradable. Las majestuosas copas de los arces y los magnolios procuraban sombra suficiente como para recordar que seguía en Europa y no en África. En el Museo Thyssen, un cartel con una pintura de Monet anunciaba que hasta el 30 se septiembre se podía visitar una de las exposiciones más esperadas del año; un monográfico sobre Monet y Boudin que mostraba los orígenes del impresionismo. Por un momento olvidó lo que le había llevado hasta allí y estuvo tentada de entrar y darse un respiro entre aquellos lienzos de atardeceres en la playa.

El retiro mental le duró poco. Tan solo unos metros hasta que se internó por el callejón del CaixaForum y recordó el motivo de su viaje. En apenas segundos su rostro mutó de movimiento artístico, y del impresionismo pasó al expresionismo alemán. Cuando consultó la hora en su reloj, dejó atrás las playas de Monet y se le puso cara de *El grito* de Munch.

Julie abrió la puerta de La Fábrica, una librería cercana

a Atocha que también disponía de una tranquila cafetería, y descubrió sentado de uniforme al suboficial.

—Al fin nos conocemos en persona —dijo la belga, algo impresionada con la más que evidente buena presencia física del brigada.

—En realidad, es como si nos conociésemos de toda la vida. Los dos hemos sido íntimos de Lucía Gutiérrez en algún momento —indicó con una sonrisa arrebatadora, descolocando por completo a Julie Vertoghen, que no tenía ni idea de a qué se refería.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, nueve de la noche

Antes de entrar en la sala de interrogatorios, Lucía Gutiérrez decidió desconectar el aire acondicionado de la habitación para aumentarle la sensación de claustrofobia a Sánchez. Hasta el momento se le veía relajado, demasiado tranquilo, como si en realidad fuera un alivio para él estar allí. Era cierto que acababa de salvar la vida de milagro, pero aun así estaba a punto de finiquitar su carrera de guardia civil e iniciar una miserable existencia como testigo protegido. Por mucho que se esforzara en disimularlo, aquello no podía compensarle.

—¿Quién era la persona que quería matarle? —se adelantó Urbizu para liderar el interrogatorio.

—No lo tengo muy claro. Alguien que trabaja para la mafia china; les representa o actúa en su nombre se podría decir. Solo la he visto una o dos veces en mi vida, lo suficiente para saber que es peligrosa —dijo Sánchez acalorado, empezando a notar la ausencia del aire acondicionado.

—¿En nombre de la mafia china? ¿Qué quiere decir eso? —repreguntó la teniente.

—Los chinos son muy desconfiados. Nunca negocian directamente con nadie. Utilizan a otras personas de intermediarios para que la policía no pueda ponerles cara ni

detectar sus estructuras.

—Así que era intermediaria, ¿eso es todo lo que sabe de ella? —trató el capitán de apretarle las tuercas.

—Poco más. No teníamos una relación estrecha. Ni siquiera sé cómo se llama. Se encargaba de hacerme llegar teléfonos móviles de prepago en los que me daba las coordenadas de los barcos y contenedores que debía proteger de los registros de la aduana.

—Contenedores como el número 35904, procedente del Exeter y que se encargó de retirar Yusuf Hakimi el miércoles 1 de agosto. Hace unos días me dijo que le era imposible acordarse. ¿Recuerda ya algo de ese contenedor? —preguntó Lucía Gutiérrez mostrándole una foto en la que se le podía ver en el muelle 3 junto al buque británico.

—Sí, ahora soy capaz de recordarlo —dijo con un tono sobrado que molestó a la teniente.

—¿Qué había dentro de ese contenedor?

—No lo sé. Me pidieron que no lo registrara en el informe de atraque y que mirara para otro lado cuando el tal Hakimi lo recogiera. Normalmente contienen productos falsificados como juguetes, ropa, disfraces y cosas así. Cuando piden tantas precauciones, suele tratarse de droga.

—¿Está familiarizado con los términos «patos» o «serpientes»? En los teléfonos de prepago de Yusuf Hakimi se hablaba de ellos. ¿A qué se refieren? ¿Estaban hablando de cocaína? —preguntó Lucía ante el asombro de Urbizu, que nunca había escuchado tales expresiones.

—Son códigos que solo conocen ellos. A veces hablaban de gallinas, otras de gatos, de ratas… Ni idea. Insisto, yo me limitaba a mirar para otro lado. Poco más.

—Si solo se limitaba a mirar para otro lado, ¿por qué la que usted ha denominado intermediaria de la mafia china quería matarle? —procuró Urbizu volver a llevar a su terreno el interrogatorio.

—Digamos que no solo hacía negocios con los chinos. Los puertos son muy golosos, ya lo saben. Un porcentaje pequeño de la droga que se decomisa diariamente se la vendía a los Vargas. Desde que aumentaron los controles en

la aduana por la alerta yihadista no he podido cumplir mi parte del trato con el patriarca, cosa que el viejo no se tomó bien. Me dio un ultimátum y se la tuve que robar a los chinos. Ahora me quieren matar unos y otros.

—Se lo ha buscado. En una semana ha traicionado a la Guardia Civil, a la mafia china y a un clan gitano; es usted una joya —apuntilló el capitán, al que le costaba fiarse de la palabra de alguien con tanta facilidad para ser desleal.

—Eso dice mi madre. —Sonrió sin que a ninguno de los dos oficiales le hiciera gracia su respuesta—. No me miren así, no soy tan especial. Se sorprenderían si supieran cuántos agentes hacen lo mismo que yo.

—¿Hay más guardias civiles metidos en esto? —quiso saber Lucía, extrañada con aquella revelación.

—No conteste a la pregunta delante de ella —le pidió Urbizu a Sánchez—. Si los hay, es una información que solo incumbe a Asuntos Internos.

A aquellas alturas el calor en la sala era tremendo. Una mosca zumbaba cerca del oído de Lucía, como si quisiera advertirle de que si no abría las ventanas, moriría allí deshidratada. Los tres agentes sudaban a chorros y al que menos parecía importarle era curiosamente a Sánchez. Su artimaña había fracasado, y solo ella se sentía atrapada en aquella sofocante sala. Alterada por el bochorno y la confesión del agente de aduana, Lucía desobedeció una vez más las órdenes del capitán.

—¿Quién más trabaja para las triadas? ¿Conocemos a la persona que le sobornó para trabajar para la mafia china?

—No responda a la pregunta, por favor. El interrogatorio ha terminado —trató de poner orden Urbizu.

—El brigada Reyes, Alfonso Reyes. Él se encarga de buscarnos. Hablen con él y sabrán toda la mierda que hay debajo de la alfombra —desobedeció también Sánchez las órdenes del capitán.

«El brigada Reyes». A Lucía Gutiérrez se le vino el mundo encima. De repente entendió todas las precauciones de Urbizu para quedarse a solas con él en el interrogatorio; la estaba protegiendo. Quería evitarle que se sintiera

ridícula y estúpida, que no descubriera que la misma persona que le hizo libre en todos aquellos polígonos chinos de Madrid, en realidad, solo la había utilizado. Follaba con ella para mantenerla a distancia, distraída de lo que de verdad estaba ocurriendo en todas aquellas naves de Cobo Calleja donde la mafia china había echado sus redes.

Después de esa revelación, el calor se volvió inhumano. Necesitaba salir de allí. Tomar aire, distancia… Esconderse de Urbizu, coger su pala de sepulturera y enterrar todos aquellos sentimientos antes de que quedaran al descubierto. Una cosa era sentirse estúpida y otra parecerlo ante los demás.

Dos espesas gotas de sudor le caían por la frente cuando se inventó una excusa con la que dejar la sala de interrogatorios.

A toda prisa cruzó el pasillo y se encerró en el cuarto de baño. A pesar del calor, Lucía estaba congelada. Era una sensación rara, más desagradable que placentera, como si la sangre no le bombeara con fuerza.

Sentada en el retrete, mirando fijamente la puerta como quien observa el cosmos, experimentó un ataque de ansiedad. La teniente respiraba aceleradamente, tratando de engañar a su cerebro, fingiendo que podía relajarse si se concentraba.

Pero no podía. Necesitaba ayuda. Y cada vez sentía más frío.

Un suspiro. Otra derrota. Dos jadeos. La sed. El sonido de un botellín de cerveza al abrirse. La chapa metálica desprendiéndose de la botella. La espuma ascendiendo por el cuello de vidrio. La sed. La promesa de evadirse. Las ganas de desaparecer, de esconderse, de enterrarse, de no sentirse ridícula. La sed. Abandonarse en la barra, como un mondadientes, como una servilleta grasienta que cae al suelo, como una borracha a la que nadie ve. La sed.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, diez de la noche

Las hogueras en la Cañada de Hidum ya se habían sofocado cuando Omar, el hermano de Zaida, regresaba a su casa. El humo y las marcas de los neumáticos quemados persistían en las calles del barrio, pero tanto los manifestantes como los antidisturbios se habían dispersado.

Omar caminaba ensimismado, dándole vueltas a la cabeza. La noticia del cierre del paso fronterizo de Beni Ensar le había pillado por sorpresa estando todavía en Nador con el primer porte de la mañana. Según parecía, aquello podía ir para largo. Si ya le costaba subsistir con los dos portes diarios que hacía, con la frontera cerrada su situación económica iba a pasar de precaria a desesperada. No le gustaba la idea de tener que pedirle ayuda a su hermana. Sentía que estaba por debajo de ella en todo y solicitarle un préstamo hasta que las cosas mejoraran solo venía a demostrarlo. Era demasiado orgulloso para hacerlo, así que tendría que seguir pensando opciones.

Tan concentrado estaba en cómo saltarse a Zaida que no advirtió la presencia de los hermanos Iberdrola en uno de los callejones que daban acceso a su vivienda. Cuando los descubrió, ya era demasiado tarde para darse media vuelta sin que lo consideraran una provocación.

—Salam, hermano. No te he visto hoy en ninguna barricada —le reprochó Rachid—. ¿Tú le has visto? —preguntó de manera sarcástica a su hermano.

—No, y era un día importante para defender a los nuestros —replicó Usama.

—He tenido que hacer un par de portes —se defendió sin mucho ahínco.

—¿Haciendo portes? ¿Hoy? Perdona que lo dude, hermano, pero hoy por Beni Ensar no han pasado ni las moscas —señaló Rachid—. Creía que tú no eras como tu hermana, que preferías estar con los tuyos antes que con los que dan palizas. Pero me equivocaba. Me han dicho que te has hecho *chipichanga*.

Sabía que aquello no era más que un vulgar chantaje emocional, pero en el momento en que sugirieron que era un colaboracionista, a Omar se le cayó la cara de

vergüenza, como si no solo hubiera traicionado a los de su clase, raza o condición, sino a toda la comunidad islámica.

—Se vienen días complicados, Omar. Y queremos que sepas que no vamos a dejar caer a los nuestros. Cada día que vengas a la mezquita Blanca, te vamos a dar cincuenta euros, que es más de lo que ganarías en el Barrio Chino. Es momento de estar todos juntos.

Omar vaciló. Necesitaba el dinero, de eso no tenía la más mínima duda. Y tampoco le hacía gracia que los demás pensaran que era como su hermana. Lo que no le gustaba era tener que depender de los Iberdrola y del entorno de la mezquita Blanca.

Tras meditar los pros y los contras, decidió que solo serían un par de días, justo hasta que volvieran a abrir el paso de Beni Ensar, y después se quitaría de en medio como había hecho en otras ocasiones.

Omar y Rachid sonrieron cuando el hermano de Zaida tomó el billete de cincuenta euros. El imán tenía razón, no había nada como un disturbio con la policía para reclutar a todos aquellos desgraciados.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, once de la noche

La primera cerveza le supo a gloria. La segunda, a culpabilidad. Y la tercera, a nada. Al contrario de lo que señalaba la sabiduría popular, la derrota no era amarga, era insípida. Tenía cierto regusto a vacío, a agujero negro, a frigorífico de soltero con medio limón podrido en la balda superior. Lucía Gutiérrez bebía en la barra del Bar Fede completamente abatida, tratando absurdamente de llenar un hueco imposible de colmar. A pesar de que era un reto imposible, puso todo de su parte para lograrlo.

Después de las cervezas, pasó a los *gin-tonics*, y más tarde a los chupitos de Jägermeister.

Bebía con la disciplina de un opositor, siguiendo una ruta preestablecida. Levantaba un vaso tras otro sin perder

fuelle, con una constancia abrumadora. Se bebe como se es y Lucía Gutiérrez bebía como vivía; con obstinación, intransigencia y tenacidad.

Con el tercer chupito de Jägermeister su estómago entró en colapso y tuvo que acudir urgentemente a los aseos. Para variar, el de mujeres estaba ocupado, así que entró en el de caballeros. Por fortuna, por primera vez en las últimas horas dejó de ver la cara del brigada Reyes. Desaparecieron sus ojos color caramelo, su nariz respingona y su perfecto y estúpido bronceado. En su lugar, contempló a un palmo de su nariz la araña que había pegada en el retrete de la cafetería. Estaba allí para que los hombres apuntaran bien al orinar, pero a Lucía le ayudó a afinar el vómito y no salirse de la taza del váter.

Tras vaciarse el estómago de litros de alcohol, estuvo tentada de pagar la cuenta y regresar a casa. Pero al llegar a la barra, cambió de planes y pidió una nueva cerveza. Acababa de vomitar y tenía el cuenta kilómetros otra vez a cero, así que pensó que sería una idiotez no aprovecharse de la situación. En su primera ronda había logrado olvidar la cara del brigada, para esta segunda tenía un objetivo más ambicioso: olvidarse de lo patética que era, que había roto una promesa y le había vuelto a fallar a su hija. Aunque también se conformaba con acabar a cuatro patas y la consciencia paralizada.

Fede colocó el botellín sobre la barra y Lucía suspiró. La sed era infinita.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, once y media de la noche

Claudia dio una vuelta más sobre la cama. Había perdido la cuenta de las veces que tuvo que cambiar de postura. A pesar de que estaba agotada, no era capaz de coger el sueño. Desesperada, se echó la sábana por encima pensando que la oscuridad absoluta la ayudaría a desconectar.

Cobijada en el lino de la cubierta, la puerta de su

habitación se abrió mientras ella cerraba los ojos con fuerza. Estaba segura de que se trataba de su madre, así que fingió que dormía para no tener que hablar con ella sobre lo sucedido aquella mañana.

Los pasos de su madre en la tarima de madera sonaban diferentes, más ligeros, como si se hubiera quitado los zapatos. Aunque Claudia mantenía los ojos cerrados, sintió cómo se sentaba en la cama y le pasaba la mano por encima de la sábana, recorriendo su silueta con los dedos.

Por alguna razón, aquel movimiento le produjo un extraño escalofrío. Era un tacto diferente, un roce al que no estaba acostumbrada, que no tenía registrado en su cerebro. Desconcertada, la hija de Lucía abrió los ojos y lo primero que vio fueron unas manchas de sangre en el colchón y goteando sobre la sábana de lino que la parapetaba del mundo real.

Claudia se estremeció dentro de la cama. Más aún cuando una mano huesuda la destapó y dejó ver el rostro sanguinolento del chico al que habían atropellado por la mañana. Estaba desnudo y de su frente brotaba sangre violentamente. Tanto sus brazos como sus piernas estaban tapizados en un inquietante rojo carmesí. Si no gritó, fue porque el sobresalto le dejó sin aliento.

Sin decir una sola palabra, el muchacho se acostó a su lado y le pasó el brazo por el cuello como si fueran una pareja de recién casados.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó sin dejar de acariciarla.

—Yo… yo no quería —tartamudeó Claudia.

—Todavía estás a tiempo de ayudarme —dijo el chico.

Lo afirmó sin rencor, con serenidad, como si realmente fuera cierto que todavía podía hacer algo por él. Aquello le dio tanta paz que cuando se quiso dar cuenta se había dormido acurrucada en sus sangrientos brazos. Al cabo dejó de sentir su agradable tacto, su delicada levedad de muerto y percibió cómo abandonaba su cama primero y la casa después, en ese frágil equilibrio entre sueño y realidad en el que se mueven los espectros.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, doce menos diez de la noche

Fede se quedó sin ginebra antes de que Lucía pudiera perdonarse, lo que interpretó como una señal para volver a casa.

Tambaleándose, abrió la puerta de su piso y se topó de sopetón con Claudia. Estaba llorando desconsoladamente y de inmediato pensó que era ella (o su borrachera) la responsable. Sin embargo, para su sorpresa, su hija, en lugar de reprenderla por haber llegado una vez más borracha, se acercó para abrazarla. Lo hizo con una fuerza inusual, bloqueándola por completo.

—Necesito que me ayudes. He hecho algo horrible —confesó Claudia.

Lucía aceptó el abrazo y empezó a dudar de que aquello estuviera ocurriendo realmente. Era la primera vez en años que su hija le pedía ayuda. En aquella casa donde nunca se hablaba de ningún problema, alguien rompía aquella férrea norma no escrita para mostrar abiertamente sus heridas. Sin duda, debía estar más ebria de lo que pensaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con miedo la teniente.

Quinto día de terral

-Domingo 5 de agosto de 2018-

«Sola como una estrella que cae del cielo,
sola frente a un abismo que habita el miedo».

Málaga, prolongación de la Alameda, una de la madrugada

Lucía Gutiérrez dio una nueva calada y la llama siseante fue arrugando el papel del cigarrillo. La teniente fumaba en la terraza con la vista perdida, sin prestar atención realmente a nada. Frente a ella solo había átomos, partículas diminutas y descompuestas con apariencia de vecinos asomados al balcón o sombras de edificios recortados en la noche. Se podía decir que, aunque tuviera toda una ciudad delante de ella, estaba contemplando el vacío. La nada. Un extenso páramo, que es lo único que puede ver la gente que recibe por sorpresa malas noticias. Y lo que le acababa de contar su hija era algo mucho peor que una mala noticia. Era una tragedia.

Desde hacía mucho tiempo, Lucía había aprendido a convivir con cierta dosis de drama. A estas alturas de la vida no pretendía ser feliz. Se conformaba con ir lamiéndose las heridas y disfrutar los breves descansos entre cicatriz y cicatriz. Esas diminutas vacaciones entre, por ejemplo, empezar una terapia en Alcohólicos Anónimos y tener una recaída a los pocos días. Esa breve fantasía de que todo iba a salir bien era para ella lo que para el resto de los mortales pasar un fin de semana en un hotelito rural. No necesitaba más. Podía lidiar con casi todo. Había endurecido su corazón a lo largo de los años. No estaba

hecho ya de arterias y ventrículos, sino de ladrillos y cemento. Una enormidad de hormigón haciendo frente al calendario. Bello a su manera, desolador para casi todos.

A veces, incluso hasta disfrutaba con el dolor. Estaba tan hecha a él que prácticamente se habían fundido el uno con la otra. De alguna manera, se había convencido de que merecía todo lo que le pasaba. Tenía alma de masoquista. Era una mala persona y necesitaba esos correctivos. Incluso se podría decir que ser alcohólica era una forma de castigo que se había impuesto. Una manera de autolesionarse, como hacerse cortes en la piel o provocarse quemaduras con un cigarrillo. Se merecía destrozarse el hígado o denigrarse en bares de mala muerte por sus errores del pasado. Lucía buscaba el caos y lo solía encontrar. Lo había domesticado. Lo llamaba como se llama a un perro o a un gato. Le silbaba para que acudiera a su encuentro. Se hacían compañía. Ella sabía cómo funcionaba su cerebro y lo perverso que podría llegar a sonar aquel relato en los demás. Por eso guardaba silencio. Con su pala de sepulturera iba enterrando en su interior todas las decepciones, todas las derrotas, todas las malas noticias de los últimos años, y más tarde las catalizaba de una manera punitiva. Pero una cosa era enterrarse en vida ella y otra muy diferente enterrar a su hija. No podía permitir que se arruinara la existencia con tan solo dieciséis años, que era exactamente lo que iba a ocurrir si denunciaba lo ocurrido. Aunque el coche lo condujera su amiga, Claudia había incurrido en un delito de omisión del deber de socorro, que dependiendo del juez, podría acabar con ella en un correccional. Lucía era un desastre, una persona torcida que solo había necesitado la propia inercia de los días para corromperse para siempre. ¿Cómo terminaría Claudia si ya de adolescente entraba en un correccional de menores? ¿De qué podría ser capaz la combinación letal de sus genes y el contacto con chicas que se habían descarrilado nada más empezar el viaje? No quería pensarlo. Ni siquiera la mente de una policía podía hacer un retrato robot de la criatura que resultaría de todo ese proceso.

Lucía apuró el cigarro hasta que menguó tanto que se quedó casi sin boquilla y decidió arrojarlo por la cornisa. Con melancolía, observó la trayectoria de la colilla hasta zambullirse en la negrura de la noche. En ese pozo oscuro se perdió por un momento su mirada. Allí había quedado atrapado también el brigada Reyes, Phil Martínez y el resto de sinsabores del día, prácticamente en el olvido. Todo parecía una anécdota ahora.

¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo correcto? ¿Qué esperaba Claudia de ella? Como todos los roles que le había otorgado el destino, el de madre también le quedaba grande. No le sentaba nada bien. Para ella la maternidad era como casi toda la ropa de Primark; de fácil acceso, pero que no se ajustaba a su cuerpo. No era el tamaño estándar de prácticamente ningún papel. Sin embargo, aquella noche, contemplando el abismo, supo que no tenía otra opción que comportarse como tal, que encajar en ese traje de maternidad que no habían hecho expresamente para ella y disimular que le tiraba de la sisa o no le quedaba bien de hombros. Claudia no necesitaba ahora a una teniente de la Guardia Civil, necesitaba una madre y, dadas las circunstancias, ella era lo más parecido a eso.

Tras expulsar el humo del tabaco, Lucía dejó la terraza y se fue al dormitorio de su hija. El calor era igual de insoportable que otras noches, pero ella no. Ella no era igual que el día de ayer. Ni siquiera que dos horas atrás. Todo había cambiado. No sentía sed. Ni calor. Ni ganas de enfrentarse a nadie. Tan solo tenía miedo. Quería proteger a otra persona del mismo mundo que la había derrotado a ella.

Con cuidado, tratando de no despertar a Claudia, se metió en su cama y la abrazó por detrás. Lo hizo con delicadeza, casi con dulzura. Hacía mucho que no se ponía el traje de madre, pero visto en la distancia, no le quedaba nada mal.

—Todo va a salir bien —le susurró en el oído, y por primera vez lo creyó de verdad.

* * *

Málaga, Los Asperones, dos de la madrugada

Las estrellas apenas brillaban en el cielo. Tenían una luz algo apagada, como una bombilla mal enroscada. De haber estado despierto, el anciano Vargas lo habría interpretado como un mal presagio. Pero no lo estaba. Dormía como un niño, babeando la almohada, totalmente ajeno a que, en los alrededores de su chabola, un grupo de cinco chicos rociaban las paredes con gasolina.

Eran los mismos que habían escoltado a Achraf el día anterior en los bajos del puente de La Trinidad. De hecho, parecían igual de colocados. Se movían nerviosos en la noche, como si tuvieran miedo de que en cualquier momento la lucidez les alcanzara y tuvieran que contemplar el mundo tal y como era, y no bajo los efectos balsámicos del pegamento. Para ellos drogarse era como colocarle a sus rutinas un filtro *Valencia*.

Después de vaciar dos latas de súper 95 sobre el edificio, uno de ellos, el que iba menos puesto, prendió una cerilla y la arrojó sobre el combustible. En cuanto apareció la primera llama, la cuadrilla de pirómanos abandonó Los Asperones a toda prisa reprimiendo las ganas de gritar y celebrar el éxito de la misión.

Lo que no pudieron evitar fue mirar atrás y comprobar que la chabola de Vargas brillaba más que la luna y las estrellas. Por mucho que sintieran el peligro, cada vez que podían frenaban su carrera y giraban los cuellos. Había algo hipnótico en el fuego. Algo primitivo que les recordaba lo efímera que era la existencia para los que vivían en los márgenes de la ciudad.

Ni las llamas que se originaron en el salón ni el calor que se desprendía del incendio despertaron al anciano. Más bien al contrario, cada vez que inhalaba el humo blanco que se había filtrado en su dormitorio, el sueño que le provocaba era más profundo. Sin ser consciente de ello, se estaba intoxicando los pulmones y provocándose una muerte lenta.

Fue uno de sus vecinos quien se dio cuenta de que la

chabola estaba ardiendo y dio la voz de alarma. En cuestión de minutos, todo el barrio estaba en pie intentando apagar el fuego con cubos de agua y tratando de rescatar a Vargas de las llamas.

Ajeno a los esfuerzos del vecindario, en el interior de la vivienda, el anciano empezó a toser y despertó abruptamente, pero a pesar de ello, apenas podía ver. Una neblina artificial le teñía la vista. Tenía los ojos irritados y no tenía muy claro lo que estaba ocurriendo. Solo sabía que le dolía la cabeza y que tenía unas ganas tremendas de vomitar. Asustado, trató de ponerse en pie, y en cuanto lo hizo, cayó desmayado al suelo.

Despertó una hora más tarde en el interior de una ambulancia acompañado de uno de sus hombres. Tenía una mascarilla en la boca y respiraba oxígeno con dificultad a través de una bombona. Agobiado, como si acabara de despertar de una pesadilla, Vargas se quitó la respiración asistida de malos modos y rompió a toser. Cuando se recompuso, miró fríamente a su acompañante.

—¿Qué está pasando? —preguntó con la voz más ronca que de costumbre.

—Los moros nos han declarado la guerra, eso es lo que ha pasado —contestó rotundo el gitano que le acompañaba mientras le colocaba de nuevo la mascarilla.

Vargas pareció comprender. Se tendría que haber dado cuenta antes, en el mismo momento en que tosió y se le nublaron los ojos por el humo. Si no lo había hecho, era porque se había convertido en un viejo demasiado orgulloso como para admitir que sus adversarios se atreverían a meterse en Los Asperones. El mundo tal y como él lo había conocido estaba cambiando. Ya no había normas. Ni respeto. Solo había hijos de puta extranjeros queriendo hacer dinero sin luchar. El anciano cerró los ojos, pero no se durmió. Necesitaba estar concentrado para pensar una venganza que estuviera a la altura del mundo del ayer.

* * *

Málaga, Hospital Carlos de Haya, cuatro de la madrugada

El reloj de la fachada del Hospital Civil de Málaga marcaba las cuatro de la madrugada cuando Lucía Gutiérrez se paró frente a la puerta de Urgencias. Antes de cruzar el umbral, repasó mentalmente lo que iba a decir. No estaba nerviosa, pero sí algo intranquila, como una estudiante que repasa la lección minutos antes de un examen. Hasta que no se convenció de que tenía claro su discurso, no dio el primer paso.

Pronto dejó atrás la fachada principal y se dio cuenta de que el edificio era más antiguo de lo que aparentaba. Pese a que la teniente lo desconocía, estaba entrando a uno de los buques insignia de la sanidad pública española. Inaugurado en 1892, estaba considerado el segundo hospital de carácter público que se abrió en España tras el de la Princesa de Madrid. A pesar de que en la actualidad tuviera un aspecto decadente y hubiera dejado de ser puntero hacía muchos años, sus enormes ventanales, la distribución de los pabellones y el encantador patio interior gritaban aún a los cuatro vientos que con aquella obra las grandes familias burguesas de la ciudad, como los Loring, los Larios o los Heredia, quisieron dar un puñetazo sobre la mesa y poner a Málaga en el mapa. Los delirios megalómano y la ambición de impresionar a los demás eran casi tan antigua en la capital de la Costa del Sol como aquel hospital.

La teniente se acercó hasta el mostrador de información y después de rascarse la frente tratando de mostrar informalidad, dio inicio a su performance de «Madre del año».

—Teniente Elvira Domínguez —dijo Lucía presentando su credencial, pero manteniéndola lo suficientemente alejada como para que no pudiera ver el nombre—. Necesito saber si en las últimas horas ha ingresado un menor, de unos catorce o quince años, presuntamente de origen magrebí con síntomas de haber sufrido un atropello.

—¿Tiene algún tipo de orden? —preguntó la encargada del puesto de información de manera protocolaria.

—Mejor, tengo las competencias suficientes para detenerla por un delito de atentado contra la autoridad si se resiste a darme la información que le solicito. Y también tengo mucho sueño. Y ninguna de las dos cosas le conviene.

La chica se quedó pálida. No tenía muy claro a qué venía aquella impertinencia cuando solo le había hecho una pregunta rutinaria. Con pocas ganas de llevarse una nueva reprimenda en aquel turno endemoniado, prefirió consultar en su ordenador si había ingresado algún paciente con aquellas características.

—Parece que no —dijo tras echarle un vistazo al listado de entradas.

—¿Parece? Eso un poco ambiguo. Usted trabaja en un hospital, no es lo mismo estar muerto que parecerlo, ¿no cree?

La teniente Elvira Domínguez era tanto o más insufrible que la propia Lucía Gutiérrez. Ni siquiera creándose un *alter ego* aquella mujer era capaz de disimular sus malas pulgas. Con los ojos de la oficial de la Guardia Civil clavados en ella, la recepcionista trató de concentrarse y repasar de nuevo la lista de ingresos.

—No, no tenemos registrada ninguna entrada acorde con su descripción —dijo lo más educadamente que pudo, cuando de lo que verdaderamente tenía ganas era de tirarle a la cara la taza de café.

—Muchas gracias, ha sido muy amable —dijo Lucía dándose la vuelta, incapaz de darse cuenta de que allí por donde pasaba dejaba toneladas de incomodidad.

En cuanto salió del edificio, se encendió un cigarrillo. Alrededor de ella había familiares que habían escapado unos minutos de la sala de Urgencias para fumar, quejándose del terral más que de la situación que les había llevado hasta allí. Aquel coro de grillos no le dejaba pensar con claridad, así que, tras dar una larga calada, aplastó el pitillo y echó a andar por la avenida de Barcelona buscando silencio.

Desde que dejó a Claudia en casa, había visitado las Urgencias del Clínico Universitario, del Carlos de Haya y

del Hospital Civil en última instancia, y en todos había recibido la misma respuesta: no había ingresado ningún menor magrebí por atropello. Aquello podía significar dos cosas: o bien había fallecido antes de que llegase una ambulancia y debería empezar a buscarlo en los tanatorios de la ciudad, o no lo habían llevado a ningún hospital por miedo a su situación irregular en el país. Tanto para uno como para otro escenario, Lucía sabía exactamente qué era lo siguiente que tenía que hacer. Se había enfundado el vestido de madre y ya no había vuelta atrás posible.

* * *

Málaga, Cruz del Humilladero, cinco de la madrugada

A las cinco de la madrugada Cruz del Humilladero era como cualquier otro distrito de la ciudad un domingo cualquiera. Las calles estaban vacías y sin vida. Las torres de los edificios de ladrillo visto se encontraban a oscuras. Todo era silencio. Tan solo el viento de terral se atrevía a romper la monótona calma dominical agitando las persianas. Eso y la persistente luz en la ventana del tercero D en el número 15 de la avenida José Ortega y Gasset.

Desde las nueve de la noche la lámpara del salón permanecía encendida como una suerte de faro, interrumpida puntualmente por una sombra que se movía de forma inquieta de un lado para otro. Aquella silueta pertenecía a Karim.

—¿Puedes sentarte? Me estás poniendo histérica —dijo Aaminah mientras apuraba su segunda manzanilla de la noche.

Karim le hizo caso y se sentó junto a ella, pero fue peor el remedio que la enfermedad. El pie del joven se movía sin parar, taconeaba frenéticamente con el talón y la punta como si, en lugar de en Marrakech, se hubiera criado en el barrio de Santiago de Jerez y no se aguantara las ganas de arrancarse por bulerías. Aquel zapateo enloquecido crispó definitivamente los nervios de su esposa.

—¡Joder, mejor sigue andando como antes!

Al igual que un autómata al que dirigieran por control remoto, Karim se puso en pie de nuevo y continuó con sus maratonianos desplazamientos de un rincón del salón al otro, tratando de hacer desaparecer los primeros síntomas de un ataque de ansiedad con el movimiento.

Casi le da un infarto cuando, en mitad de aquel rotundo silencio de domingo, explosionó el timbre del porterillo.

—Debe ser él —dijo Karim, con un hilo de voz tan fino que ni siquiera Aaminah lo pudo escuchar.

El joven abrió y se quedó esperando en el recibidor. Al igual que minutos antes, su pie derecho vibraba descontrolado, taconeaba sobre el suelo poseído por el espíritu de Antonio Gades y solo dejó de hacerlo cuando atisbó la presencia de su invitado en la puerta del ascensor.

Era un hombre de su misma edad; estatura media, gafas, pelo rizado y nariz afilada. Estaba pulcramente afeitado, vestía de manera impoluta y al contrario que Karim transmitía una seguridad aplastante. La clase de persona que acude a verte de madrugada cuando tienes un problema. Aunque no llevaba perfume, olía a resolución de conflictos.

—Siento el retraso, pero hoy tenía guardia —dijo disculpándose la insólita visita.

Karim le miró y seguidamente le abrazó. Se agarró a él con fuerza, tratando de deshacerse de los nervios que le tenían maniatado desde hacía ya casi doce horas, procurando imantarse de aquella fuente inagotable de confianza que era su amigo.

Ninguno de los dos dijo nada, dejaron que sus cuerpos hablaran por ellos y tras un largo y fraternal abrazo, entraron en el piso y se dirigieron hasta el dormitorio principal. Allí les esperaba tumbado en la cama Ibrahim. El chico estaba dormido. Ya no tenía restos de sangre. Karim se los había limpiado. Pero aun así no tenía buena cara. Un inmenso hematoma presidía su frente. Además, presentaba varios cortes en la mejilla, el cuello y los brazos. La otra parte delicada de su cuadro médico era la pierna derecha,

la cual tenía apoyada sobre dos cojines y estaba ostensiblemente hinchada. Tenía un color desagradable, una combinación de amarillos, rojos y morados que no hacían presagiar nada bueno ni hasta para el más republicano de los traumatólogos.

—A simple vista, ya te puedo decir que es urgente llevarlo a un hospital —dijo el invitado palpando la pierna del muchacho.

Lo hacía tomándose su tiempo, de una manera ciertamente profesional, casi tanto que no parecía una simple visita, sino un médico o un enfermero.

—No puedo, Ismael. Me ha hecho prometerle que no lo haría. Le meterían en un centro de menores en cuanto mejore. Tú no sabes lo que es eso, créeme.

Ismael continuó palpando al paciente y puso una mueca de desagrado al contemplar el hematoma de la frente.

—Voy a serte franco, amigo, mejor estar en un centro de menores que dentro de un ataúd. Si se ha lesionado el cerebro, como parece, podría morir de una hemorragia interna en cualquier momento. No puedes tenerle así en tu casa. Hay que llevarlo urgentemente a un hospital a que le hagan un TAC en la cabeza y que le miren también la pierna antes de que se quede cojo de por vida.

Karim tragó saliva. Ya no estaba nervioso. No le temblaba el pie. Sus peores presagios se habían cumplido. Las certidumbres, por duras que fueran, siempre eran mejores que las dudas. El miedo solo habita en lo desconocido. Ahora que ya sabía a lo que se enfrentaba, tenía que tomar una decisión.

* * *

Málaga, Hotel Los Naranjos, siete de la mañana

En cuanto salió el sol, el bufet del desayuno se convirtió en la zona cero de Los Naranjos, un sencillo hotel de tres estrellas ubicado en el Paseo de Reding. Tanto los alemanes como los ingleses ignoraban los productos mediterráneos y

se centraban en alimentos más contundentes como los huevos fritos, las salchichas o las tortillas francesas, no así Sánchez, que devoraba con placer una rebanada de pan con tomate y aceite de oliva.

De un día para otro, su semblante había recuperado el verde aceituna. Ver relajado a aquel prodigio lorquiano era la mejor campaña de turismo que podía hacer la Junta de Andalucía. Mientras los turistas engullían la comida prácticamente sin masticar, Sánchez disfrutaba. Paladeaba cada bocado como si el resto de cosas que estaban ocurriendo en el mundo estuvieran en pausa. Más allá de su rebanada de pan no existía nada. Ni guerras, ni enfermedades, ni hambrunas, ni mucho menos luchas de clanes. Nada. Todo empezaba y acababa en su dentadura. En la paz que generaba cada uno de sus delicados movimientos. La primavera había vuelto a sus ojos.

Sánchez terminó el desayuno y se limpió la boca con una servilleta. Lo hizo de la misma manera que había comido, con una sutilidad más propia de la aristocracia que de un guardia civil de Málaga. Cuando se puso en pie y se marchó del comedor, los turistas percibieron un golpe de calor repentino, como si la primavera se hubiera marchado con él y hubiera entrado de golpe por la ventana agosto y el terral.

Antes de que llegase al vestíbulo, el sargento López se colocó detrás de él para escoltarlo hasta la habitación. Sánchez se sentía seguro a su lado y estaba convencido de que había recuperado sus encantos gracias a su protección. Además de su compañía, le habían asignado un hotel frente al mar, cuatro guardias civiles que velaban por su seguridad y un coche oficial para desplazarse por la ciudad siempre que lo necesitara. A decir verdad, aquello eran unas vacaciones pagadas. A cambio, solo tenía que darle unos cuantos nombres a Urbizu sin comprometerse en exceso. Ni en sus mejores sueños habría sido capaz de imaginar un futuro mejor.

En la segunda planta, Sánchez salió del ascensor y se dirigió a la habitación 223. Allí le esperaban otros dos

agentes uniformados, colocados frente a la puerta como si fueran un par de porteros en la entrada de una discoteca.

—Soy mayor de edad —bromeó Sánchez con los agentes mostrándoles su documento nacional de identidad.

Uno de ellos sonrió falsamente mientras que el otro le miró con frialdad. Aunque no tenían muy claro de quién se trataba, corrían rumores de que era un agente corrupto y aquello les incomodaba. No eran capaces de entender tanto despliegue para alguien que solo merecía un par de hostias y que le expulsaran del cuerpo.

Lejos de sentirse incómodo con el gélido recibimiento, se fue a la terraza y se encendió un cigarro. Desde aquella altura del Paseo de Sancha se podía ver el mar y las palmeras del paseo marítimo. El rumor de las olas y el penetrante olor a sal llegaban hasta el balcón. Realmente era un privilegiado. Había escapado por los pelos de morir a tiros en un parking y ahora llevaba la vida que siempre había creído merecer. Lo mínimo que podía hacer era honrar cada segundo que le habían regalado en Los Naranjos, apurar todas las prebendas del complejo y disfrutar. Apreciar los placeres se le daba infinitamente mejor que apreciar qué contenedores podían llevar mercancías sospechosas.

Diez minutos de gozo más tarde, Sánchez volvió a salir de la habitación todavía más relajado de lo que entró.

—Vamos con retraso —le dijo desde el ascensor el sargento López.

—Hago lo que puedo. Cuando mezclo café con cigarro… Muñeco de barro —se burló una vez más y entró en el ascensor.

No llevaba ni veinticuatro horas a cargo de Sánchez y el suboficial ya estaba cansado de sus bromas y sus chistes. Casi tanto como de acompañarle a la piscina del hotel, al gimnasio y hasta a tomar copas en el chiringuito de la esquina. Definitivamente se había tomado aquello como una semana en la Riviera Maya y no iba a tolerarle ni una payasada más.

Con un movimiento rápido, el sargento bloqueó el

ascensor y agarró con el brazo derecho a Sánchez por el cuello.

—Un vacile más y el que te arranca la cabeza soy yo y no la mafia china. ¿Me entiendes, hijo de puta?

Sánchez apenas podía respirar y mucho menos darle una respuesta. Tenía la piel de la cara completamente roja y lo único que pudo hacer fue gesticular en señal de consentimiento. Cuando lo hizo, López aflojó el brazo y le liberó el cuello lentamente.

—Regla número uno: no te comportes como un gilipollas. Regla número dos: ni se te ocurra comportarte como un gilipollas. Ya sé que la una y la dos se parecen bastante, pero es que eres muy gilipollas. Regla número tres: nadie puede entrar en tu habitación. Y nadie es nadie. No vuelvas a poner a mis hombres en la situación de tener que explicarle a una guiri a las dos de la mañana que no puede entrar a follar contigo. En la 223 no entra ni mi puta madre, ¿estamos?

—Estamos —dijo con la voz quebrada, todavía alterado por el breve estrangulamiento.

Finalmente, el sargento desbloqueó el ascensor y los dos bajaron en silencio hasta la recepción. Daba igual lo que hiciera o de quien estuviera rodeado, Sánchez siempre estaba acorralado y sus primaveras eran cada vez más breves. Sus estados de ánimo también estaban padeciendo el efecto invernadero.

Menos crecido que de costumbre, bajó del coche oficial y entró en la Comandancia de la Guardia Civil. Empezaba a tomar conciencia de que su situación no era tan idílica como pensaba. Su seguridad dependía de unos hombres que le odiaban, así que más le valía cooperar si no quería complicarse todavía más la existencia.

—¿Quién era la mujer que te quería matar? —le preguntó Urbizu en cuanto se sentó en la sala de interrogatorios—. Quiero un nombre completo. No me voy a conformar con más vaguedades. Dame algo de verdad o te retiro la custodia —dijo amenazante.

Sánchez respiró. Había llegado el momento de dejar de

disfrutar y contar toda la verdad. Sus cálculos eran erróneos. No era un privilegiado. Por más que pensara que estaba en el paraíso, en realidad, estaba en el limbo, en un lugar donde no ocurre nada, donde no hay sufrimiento, pero tampoco placer. Una nada con vistas privilegiadas al mar, pero esencialmente eso, un mirador. Lo que la Iglesia Católica no había sido capaz de definir en más de dos mil años de historia, Pablo Sánchez lo descubrió aquella mañana; el limbo no era una metáfora, era un lugar físico y real del que podía ofrecer su dirección exacta: habitación 223 del Hotel Los Naranjos.

Hundido en la silla, consciente de su condena y de haber sido desterrado para siempre del olimpo de los dioses, comenzó a hablar. Lo hizo pausadamente. Dándose importancia. Entregando las armas lentamente. Parecía una estatua romana mutilada. Una proeza de mármol a la que el paso del tiempo le había despojado de brazos y cabeza, pero que se negaba a reconocer su decrepitud. Un torso espléndido que se resistía a aceptar el olvido. Un trozo de piedra sin vida decorando un jardín. Inútil y elegante, hermoso y maldito. Un soplón ejemplar.

* * *

Melilla, Mezquita Al Salam, siete y media de la mañana

Al imán de la mezquita Blanca no le hacía falta hablar para que todo el mundo tuviera claro lo que debía hacer. Del mismo modo que si fuera una señal pactada, el anciano acabó el rezo del amanecer y los hermanos Iberdrola le pidieron a Omar y a otros cinco chicos recién reclutados que les acompañaran a la parte trasera de la mezquita para charlar con ellos a la fresca.

A diferencia de otros días, Rachid y Usama vestían al modo afgano y no con sudaderas o ropa más acorde con su edad. En realidad, casi todo era diferente en ellos. Hablaban de un modo pausado, se mostraban serviciales y actuaban con una escrupulosa educación. Era como si estar dentro de

la mezquita les convirtiera automáticamente en una especie de monjes.

Al igual que hiciera el imán el día anterior con ellos, los hermanos les sirvieron al resto té moruno y modularon su voz hasta sonar con autoridad.

—Yo antes era como vosotros. Estaba todo el día borracho y de fiesta —dijo Usama después de sentarse.

—Ahí donde lo veis tan formalito, era un pieza bueno. Yo igual, ¡eh! Me gustaban las chicas cristianas y las cosas caras. Estaba obsesionado con las motos. Dinero que entraba, dinero que me fundía en unas llantas nuevas —añadió Rachid antes de sorber su taza de té.

—Pero las cosas cambiaron. Nuestros padres se quedaron en el paro, como todo el mundo en este barrio, y dejó de entrar el dinero en casa. Se acabaron las fiestas, las motos y las chicas cristianas. Todo el mundo nos dio de lado —dijo Usama mirando fijamente a los recién llegados, escudriñándolos, estudiando metódicamente cómo reaccionaban a sus palabras.

—Todos menos el imán. Nos consiguió trabajo, dinero y nos ayudó a darnos cuenta de lo que pasa en la Cañada. Queremos divertirnos como cristianos, tener novias cristianas, trabajos como los cristianos. Queremos vivir como ellos, pero no queremos aceptar que no les gustamos. Dicen que somos vagos, que olemos mal, que somos intolerantes… ¿Cuántas veces os han dicho cosas así? Necesitan decir todo eso para justificar que estemos abajo, abandonados, con edificios sin terminar, sin luz, sin trabajo, sin futuro. Quieren que penséis que tenemos lo que nos merecemos, que somos peores que ellos —exclamó enardecido Rachid—. ¿No os gustaría cambiar las cosas?

—Gente como vosotros, que está cansada de toda esta mierda, está luchando en Siria o Irak. Los cristianos los llaman terroristas, como a vosotros os llaman aquí vagos, pero lo único que están haciendo es combatir para que todos tengamos un futuro mejor.

La palabra «terroristas» provocó el silencio en la trastienda de la mezquita. Aunque la mayoría de ellos

vivían en condiciones muy duras, aquel adjetivo era como un zumbido molesto y desagradable en sus oídos. Les incomodaba. No estaban todavía suficientemente adoctrinados para afrontar con naturalidad aquella invitación a formar parte de la Yihad.

Omar, más crítico que el resto, los escuchaba sintiendo vergüenza ajena. Aquel intento torpe de buscar empatía con el mismo estilo de una vulgar secta le abochornaba. No podía llegar a comprender que consiguieran convencer a alguien con esa clase de discurso ramplón. Por supuesto que la Cañada era un sitio duro, con mucho paro y cuya única alternativa era hacer portes en el Barrio Chino o vender drogas, pero también lo era Tánger o Nador o el pueblo del que habían escapado sus padres. El odio no iba a darles una vivienda mejor o un trabajo. No veía de qué manera colocarse un cinturón de explosivos podía ayudar a mejorar la imagen que tenían los demás de ellos.

Si lo pensaba bien, era más *chipichanga* de lo que quería admitir; no se sentía de ningún bando. No había un «nosotros» para él.

* * *

Ciudad Real, estación de servicio, ocho y media de la mañana

La A-4 a su paso por la Mancha había destruido por completo el cerebro de Julie. Acostumbrada al verde de las llanuras belgas, contemplar desde la ventanilla del coche kilómetros de tierra amarilla y baldía le provocó bastante desasosiego. Aquello no era un paisaje de carretera, era una distopía. Una advertencia de cómo sería el mundo si no se frenaba urgentemente el cambio climático. La sola idea de pensar que Éric pudiera llegar a ver algún día su país convertido en aquella réplica en miniatura del desierto hizo que se le cayeran un par de lágrimas.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que paremos un momento? —le preguntó el brigada Reyes al darse cuenta de que su compañera de viaje estaba llorando.

—No hace falta —disimuló Julie, secándose a escondidas las lágrimas con los nudillos.

Ni siquiera ella era capaz de entender cómo funcionaba su cerebro. Podía rajarle el cuello a una mujer y quedarse tan ancha y, sin embargo, se emocionaba con un paisaje semidesértico. No tenía claro si aquella conducta era anormal o amoral. Con el paso de los años se había convencido de que era como era por culpa del entorno en el que había crecido. En Cureghem o matabas o te mataban, era cuestión de supervivencia. Ella solo se había adaptado. Lo peor que se podía decir era que tenía un instinto animal. Se dedicaba al menudeo de drogas o usaba la violencia para seguir adelante. En cuanto logró prosperar y salir de allí, trató de convertirse en mejor persona. En Grand Sablon no solo compró un encantador piso decimonónico, también una nueva identidad, un disfraz. Quería tener una conducta correcta, ayudar a los demás de forma correcta, comprar comida y bebida correcta. Necesitaba tapar toda la oscuridad de años atrás. Comportarse como lo hacía la gente normal. Y se esforzó por corregirse. Por demostrar que era mejor que Cureghem, que solo necesitaba un ambiente sano para tener buenos sentimientos. Sin embargo, ¿cómo podía interpretar que años después de haberse alejado del barrio no le provocara reparos matar de nuevo? ¿En qué lugar le dejaba afirmar que incluso estaba disfrutando con recuperar ese poder, ese privilegio de decidir quién debía seguir viviendo y quién no? ¿Hacía lo que hacía para subsistir o era simplemente una mala persona? ¿Era su barrio el que estaba corrompido o era ella?

Todos aquellos pensamientos no le hicieron bien y antes de ofrecerle una imagen equivocada a Reyes, decidió cambiar de opinión.

—¿Queda mucho? —preguntó fingiendo desinterés.

—Un par de horas todavía.

—Entonces será mejor que paremos.

El brigada torció el gesto. No le gustaban los cambios de opinión. No obstante, era demasiado pronto para empezar a

discrepar con ella, así que prefirió hacerle caso y giró el coche en una estación de servicio en mitad de la nada. Por no haber, no había ni camiones estacionados. Tan solo la bruma de la mañana se paseaba por aquel rincón olvidado de la mano de Dios y la guía Michelín.

Julie se encerró en el aseo de la gasolinera y creyó sufrir un ataque de pánico. Respiraba con dificultad y las articulaciones se le quedaron rígidas. Cuando sintió convulsiones en el diafragma, supo que aquello era otra cosa. Tal vez una reacción alérgica. Segundos más tarde, rompió a llorar y empezó a entender lo que le estaba ocurriendo. Estaba reaccionando, sí, pero a ella misma. A la persona en la que se había convertido. Eso era lo que le provocaba rechazo. Su última pirueta argumental se había caído definitivamente en la A-4. No era producto de un barrio conflictivo, sus pulsiones violentas no se habían alimentado al calor de la frustración y el olvido de las autoridades. Era una mala persona porque estaba en su naturaleza, no en su entorno, y a partir de entonces tendría que empezar a lidiar con aquella incómoda verdad.

Julie se sentó en la taza del váter. Ni siquiera la falta de higiene, el fuerte olor a orina o las obscenas pintadas en la puerta le dieron ganas de escapar de allí. A decir verdad, aquella mañana en la que se empezó a sentir como un pedazo de mierda, no encontró un lugar mejor para quedarse a vivir.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, nueve de la mañana

Al igual que si se tratara de una cantante de copla de renombre, Lucía Gutiérrez entró en su despacho con las gafas de sol puestas. Aunque trataba de disimular que no había pegado ojo en toda la noche yendo de un hospital a otro, la mayoría de sus compañeros pensó que las llevaba porque tenía una resaca espantosa. Su leyenda de extraordinaria borracha había extendido cheques que la

accidentada realidad no podía pagar.

En el mismo momento en que se sentó, descubrió que tenía un pósit de Urbizu sobre la mesa: «Tenemos que hablar». A la teniente le apetecía más un litro de café que una conversación, pero consideró que no tenía otra alternativa.

Después de quitarse las gafas con indolencia y sentir la claridad de la mañana en sus ojos con el mismo fastidio que lo haría un vampiro, tomó su teléfono móvil y llamó al capitán.

Antes de escuchar el primer tono, Urbizu apareció repentinamente en su puerta.

—¿Me puede leer la mente? —preguntó sorprendida mostrándole la pantalla del *smartphone* donde se podía leer su nombre.

El oficial la miró preocupado al apreciar las ojeras y la mala cara de la teniente. No creía tener poderes mentales, pero desde luego no hacía falta que ella le contara nada para adivinar que había estado toda la noche bebiendo.

—¿Sabe que hoy es domingo? ¿Por qué no se marcha a casa y hablamos mañana? —dijo preocupado Urbizu.

Lucía se quedó pensativa cuando escuchó la palabra «domingo». Era un término que le resultaba familiar, había oído hablar alguna vez de ello, pero nunca había experimentado lo que era. Como las vacaciones, los días festivos o los puentes. Ese tipo de cosas extravagantes que experimentaban los demás y que para ella eran ciencia ficción.

—Los domingos son para las familias felices y ni usted ni yo encajamos en ese perfil.

Urbizu sonrió, pero en realidad la estaba compadeciendo. Lucía era experta en interpretar aquel tipo de sonrisa. La había visto miles de veces en dormitorios de hombres como el capitán. Solteros o casados de mediana edad, con muebles caros y de color oscuro, sin apenas fotos ni elementos de decoración, señores todos que llegaban a la conclusión de que ofrecerle una noche su cama era como salvarla de dormir en un arroyo. Esa sonrisa de suficiencia.

Esas ganas de creer que le estaban haciendo un favor por follarla y rescatarla de la barra de un bar. Lobos con piel de cordero.

—¿De qué teníamos que hablar? —preguntó la teniente antes de enconarse.

—De Julie Vertoghen —dijo serio Urbizu.

—¿La conozco?

—Debería, casi le pega un tiro en el parking del puerto. Sánchez ha recordado su nombre finalmente. Imagino que habrá ayudado el susto que le han dado esta mañana mis hombres. A veces a este gente hay que darle un empujoncito para que se animen a hablar —señaló pagado de sí mismo el capitán, en referencia al altercado del ascensor en el Hotel Los Naranjos.

—¿Qué sabe de ella?

—Que, a pesar de no tener antecedentes, es peligrosa. Se encarga de coordinar los alijos del puerto para la mafia china y lo hace desde Bruselas. No suele mojarse las manos. Tiene una red de yonquis que la ayuda a distribuir teléfonos de prepago y a través de ellos da instrucciones, como hizo con Yusuf, Hasan y el propio Sánchez. El hecho de que esté en España intentando eliminar cabos sueltos la pone a usted en peligro. Ándese con ojo, sobre todo por las noches… —dijo con segundas el capitán.

A Lucía no le gustó ni un pelo la insinuación de Urbizu. Era la segunda vez que la compadecía y que sugería de forma velada que tenía problemas con el alcohol. Definitivamente, el capitán entraba de lleno en la categoría de masculinidad tóxica, camuflando de preocupación lo que eran en realidad humillaciones. Estaba casi segura de que nunca había podido afrontar que se equivocó en Morón y desde entonces la castigaba. La había colocado en un puesto de responsabilidad solo para que los demás fueran conscientes de que no estaba capacitada. Aunque le advirtiera sobre Julie Vertoghen, Lucía Gutiérrez le temía mucho más a él y a sus buenos modales.

—Está dando muchos rodeos para llamarme borracha. Me podría haber dejado otro pósit en la mesa para

recordármelo.

—¿Siempre tiene que estar a la defensiva? ¿No ve que trato de ayudarla? —se defendió Urbizu—. Es usted su peor enemiga.

Aquella frase fue el colmo para Lucía. Esa forma de darle la vuelta a la tortilla la desquiciaba. «Eres tu peor enemiga» estaba a la altura de «es que ya no se puede decir nada». Una defensa pobre y rancia para poder mantener el privilegio de hacerla sentir inferior. Si seguía con aquella conversación, tenía la certeza de que Urbizu la terminaría llamando histérica o loca del coño. Y no quería regalarle una victoria. No aquella mañana. No en una semana con tantas derrotas. Si tenía que volver a perder, sería por algo que mereciera la pena.

Lucía se levantó y se marchó de su despacho, dejando completamente descolocado al capitán.

—¿Se puede saber dónde cojones va? —preguntó Urbizu, desquiciado con la actitud inestable de aquella mujer.

—A descansar —mintió Lucía—. Gracias por venir a recordarme que era domingo.

—¿No quiere saber nada del brigada Reyes? También tengo novedades. —Se resistía a perder el pulso el oficial.

—No.

Y era cierto. El brigada Reyes o Julie Vertoghen no le interesaban lo más mínimo en aquel momento. Tenía problemas más urgentes que resolver. No obstante, le convenía guardar las apariencias y antes de abandonar el edificio, cuando había dejado atrás al capitán, tomó su teléfono móvil.

—Averigua todo lo que puedas de Julie Vertoghen —le dijo a Romero sin que este tuviera tiempo de decir «hola»—. Que te eche una mano Zaida, parece lista.

—¿Sabe que es domingo? —preguntó el cabo desconcertado, que en ese preciso momento se levantaba de la cama y miraba sorprendido la hora en su reloj.

—¿Domingo? Eso es un invento de El Corte Inglés, como San Valentín —sonrió la teniente y colgó.

Lucía se colocó de nuevo sus gafas de sol y avanzó por el largo pasillo de la Comandancia. Lo hizo con determinación, como si la vida y sus costumbres le dieran ya exactamente igual, como si al colocarse las gafas en un edificio interior, los espíritus de Lola Flores y Rocío Jurado se transustanciaran en animales totémicos y la acompañaran en ese viaje hacia la reconquista de la dignidad.

* * *

Melilla, Cañada de Hidum, diez de la mañana

Un enjambre de coches de incógnito se desplegó sobre la Cañada de Hidum en dirección a la mezquita de Al Salam. Pertenecían a la Guardia Civil y a la Policía Nacional. Avanzaban por el entramado de callejuelas y casas a medio hacer sin activar las sirenas. A diferencia de días atrás, querían pasar desapercibidos y que nadie pudiera avisar a los habituales de la mezquita de su llegada.

Ajenos a la silenciosa invasión policial, los hermanos Iberdrola seguían en la trastienda del centro religioso con su labor de concienciación.

—¿Alguno de vosotros ha cogido alguna vez un arma? —preguntó Usama—. Os lo recomiendo. Con una de estas en la mano, os juro que nunca más os vais a sentir inferiores —dijo mostrando una pistola HS Produkt HS-9, de origen croata.

A Omar no le gustaba el cariz que iba tomando aquello. Había estado otras veces rezando en la mezquita por dinero, pero jamás le habían enseñado una pistola. Siempre se habían limitado a retórica vacía donde señalaban a los cristianos como los culpables de su situación y a que todos ellos estaban destinados a algo mucho mejor.

—Pertenece al Ejército Libre de Siria. Hay muchas como estas allí para nuestros hombres. Yo, personalmente, prefiero las cosas más grandes —dijo Rachid mostrando una AK-47—. Debe de ser que tengo la polla más pequeña que

mi hermano —bromeó mientras cargaba el arma—. ¿Queréis que os enseñemos a usarlas?

Ninguno de los chicos dijo nada. Ver fusiles de asalto y pistolas tan de cerca les impresionaba. Y mucho más verlas en manos de dos tarados como eran los Iberdrola. En la Cañada de la Muerte la vida era demasiado barata como para regalársela a ellos dos.

—Os prometo que no muerden —dijo Rachid para rebajar la tensión—. Venga, *chipichanga*, ya verás como después no quieres soltarla.

—Yo solo he venido a rezar —dijo el hermano de Zaida resuelto, intentando disfrazar su inseguridad dando un paso al frente.

—Si no vienes, me voy a cabrear —le amenazó Usama apuntándole con la pistola.

Omar entendió que no tenía otra alternativa y se colocó al lado de Rachid. En el mismo momento en que tomó el fusil de asalto, agentes de la Policía Nacional y la Guardia Civil irrumpieron en la mezquita con gritos y amenazas.

—¡Todo el mundo al suelo! —vociferó el jefe de la unidad mientras una veintena de policías les rodeaban y les apuntaban con sus armas de reglamento.

De inmediato, Omar tiró al suelo la AK-47 y se puso de rodillas temblando. Sabía que, aunque no hubiera hecho nada, iba a tener muy difícil probar su inocencia.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, once de la mañana

Romero cortó dos nuevos trozos de una enorme palmera de chocolate y le llevó a Zaida su parte correspondiente.

—¿No se acaba nunca? —preguntó extrañada la agente al descubrir que seguían saliendo porciones.

—No, es la magia de Casa Kiki —señaló con orgullo el cabo, dándole un mordisco gigante al dulce.

Zaida dejó el plato a un lado y siguió concentrada en el monitor. Llevaba una hora rastreando algo que le pudiera

servir para elaborar un perfil de Julie Vertoghen y todo lo que encontraba sobre ella era poco menos que contradictorio. No solo no tenía antecedentes penales, sino que vivía en uno de los mejores barrios de Bruselas, Grand Sablon; era socia de Bodyfit Pilates, donde copaba la mayoría de las fotos del club ejecutando a la perfección todo tipo de ejercicios, pertenecía a Ayuda en Acción e Intermon Oxfam e incluso aparecía en las listas locales del Partido Verde Europeo de hacía cuatro años. En la página web de su candidatura se la podía ver liderando la Bici Crítica de Bruselas, recogiendo basura en el lago de Genval o separando envases en una planta de reciclaje. A simple vista, era la ciudadana perfecta; guapa, con dinero y concienciada tanto con los más desfavorecidos como con el medio ambiente. De lo único que se la podía acusar era de ser una pija redomada. Costaba imaginarla siendo intermediaria de la mafia china o intercambiando teléfonos de prepago con yonquis.

A pesar de su intensa vida social, no tenía redes sociales. No aparecía ni en Instagram ni en Facebook ni en Twitter, al menos no con su nombre y apellido, lo cual le resultó chocante. Aquella mujer estaba hecha para ser *influencer,* para compartir con el mundo lo maravillosa que era, para demostrarles a los demás que su vida era infinitamente mejor que la del resto. Estaba genuinamente construida para triunfar en el reino de las apariencias, no para hacer negocios opacos en el sucio suelo de la periferia.

Zaida miraba hechizada la pantalla del ordenador, y se preguntaba quién era en realidad Julie Vertoghen y cómo era capaz de mantener al mismo tiempo dos personalidades tan dispares.

—¿Tienes algo? —preguntó Romero sin darle una tregua a su estómago y dejar de comer—. Yo no he sido capaz de encontrarle ni una multa de tráfico.

Zaida seleccionó todos los archivos que tenía abiertos y pulsó con el ratón el icono de la impresora. Solo entonces se giró hacia el plato y tomó otro trozo de palmera.

—Poca cosa —dijo quitándole importancia a todo el

material que había recopilado.

Probablemente aquel era el mayor defecto de Zaida; no darse importancia. Convivía diariamente con hombres que competían los unos con los otros por vender cualquier aportación como una proeza, por proyectar una imagen de ellos mismos como triunfadores, como gente resolutiva y experimentada en la que se podía confiar. Aunque llevaran el uniforme de guardias civiles, se comportaban como comerciales de una empresa privada, con esa dosis de desesperación por demostrar que eran los mejores en lo suyo. Zaida, no. No es que fuera humilde, es que estaba convencida de que era una rémora, de que nada de lo que hacía era útil. De ahí que resultara incómoda para los mandos superiores, pero una excelente compañera para todos aquellos depredadores del halago, que podían descansar a su lado al no ser una competencia real.

—Te acompaño a la impresora. Así bajo un poco todo esto —dijo Romero señalando los restos de dulce de la caja.

Los agentes caminaron por las dependencias y llegaron hasta la impresora. A Romero le llamó la atención de inmediato que la imagen del Cautivo estuviera tapada por otro cartel. Se trataba de una fotocopia de la Interpol donde se denunciaba la desaparición de una ciudadana vietnamita de veinte años.

—Aquí ya no se respeta nada —dijo el cabo, arrancando la fotocopia de mala gana y devolviéndole el pleno protagonismo a Nuestro Padre Jesús Cautivo.

Como si se tratara de un caballero templario recuperando un lugar santo para la cristiandad, hizo una bola de papel con el cartel de la desaparecida y lo tiró a la papelera. Zaida dudó un momento. Le costaba entender que solo tuvieran fama de radicales los musulmanes después de lo que acababa de ver. Tras meditarlo, decidió que aquello exigía una reparación, así que se agachó, recogió la bola de papel de la papelera, la estiró y la volvió a colocar en la pared, al lado de la imagen del Cristo.

—Hay sitio para los dos, ¿no te parece?

Romero prefirió no decir nada, pero era evidente que se

sentía contrariado. Algo había cambiado entre los dos. La veía recoger las copias de su investigación sobre Julie Vertoghen y se empezó a sentir inseguro. Inesperadamente, aquella chica tímida no solo demostraba personalidad, sino que parecía competencia. Más atacado en su autoestima que si Zaida le hubiera acusado de intolerante después de lo que acababa de ocurrir con el Cautivo, Romero cambió bruscamente de tema.

—¿Y dónde está la teniente? —trató de recomponer el orden de las cosas el cabo buscando un chivo expiatorio—. ¿Por qué nos tiene trabajando un domingo?

* * *

Málaga, Centro de Gestión de Tráfico, once y media de la mañana

La había imaginado fumando crack, secuestrada por una banda dedicada a la trata de blancas, ingresada en el hospital con un coma etílico e incluso cocinando metanfetaminas en un laboratorio clandestino de calle La Unión. Pero en aquella galería bizarra de tragedias protagonizadas por su hija en sus salidas nocturnas, jamás podía haberla recreado haciendo algo tan reprobable como lo que estaba viendo; dándose a la fuga después de atropellar a un adolescente.

Desde hacía aproximadamente media hora, Lucía Gutiérrez se había encerrado en una cabina de visionado del Centro de Gestión de Tráfico de Málaga a revisar las cámaras que daban a la calle Atarazanas en el horario que le había descrito Claudia.

No le había costado mucho convencer a los responsables de la necesidad de hacerlo en solitario al estar investigando la existencia de una célula yihadista. Su rango y lo delicado del caso, le daban plenos poderes en aquel recinto. Lo que realmente le estaba resultando difícil era mirar la pantalla. Una cosa era escuchar la versión de su hija y otra era verlo tal y como sucedió. Sin narrador. Sin intermediario. De una

forma cruda y descarnada. Una persona inocente, prácticamente un niño, cargando fruta y de repente siendo arrollado por dos niñatas borrachas en un coche de treinta mil euros.

La veía en la pantalla con incredulidad, con cierta sensación de irrealidad, como si fuera la actriz de una película a la que podía acusar de asesina o sinvergüenza desde el sofá de casa mientras comía *pizza*. Era esa clase de distancia emocional que alimenta el cine, en la que somos capaces de mostrar empatía por los protagonistas sin olvidar que se trata de una ficción. Una ilusión que se mantuvo hasta casi el final de la grabación, en la que aquel personaje abyecto, después de comprobar la gravedad de lo sucedido, se daba a la fuga con su amiga. Solo entonces reconoció que la que salía en el monitor no era una actriz, sino su propia hija. Y en aquel momento dejó de sentir rabia para experimentar vergüenza.

Lucía Gutiérrez siempre se había imaginado de mayor consumiendo las largas tardes de invierno revisando antiguas cintas de vídeo con los momentos más importantes de la vida de Claudia: su nacimiento, su comunión, su boda, su viaje de novios… Sin embargo, todo aquel material quedaba reducido ahora a la nada. Era una mentira. Un fraude. Una vida que nunca había existido del todo. Lo único que merecía ver de aquí al fin de sus días era aquella grabación, aquella fuga despreciable. Esa era en realidad su hija. Alguien que no dudaba en elegir la opción más cobarde en un momento de debilidad. Y si era honesta, tenía que admitir que eso era todo lo que había aprendido de ella. Ese era su legado. Su única enseñanza. Allí estaba toda la verdad sobre ella y su hija, sus dos vidas condensadas en apenas doscientos *frames*.

De nada valían ya las fotos de cumpleaños, la cajita donde guardaba los dientes de leche, las manualidades del día de la madre que escondía en la última balda de la estantería, sus medallas de atletismo… Claudia ya nunca sería la niña dulce de sus recuerdos. Aquel vídeo lo había incinerado todo. Apenas diez minutos que habían arrasado

con su infancia, con su primer sobresaliente, su primera palabra, sus primeros pasos… No quedaba nada en pie. Los buenos recuerdos eran Berlín recién bombardeada; amasijos de hierro y hormigón que apenas se tenían en pie. Incluso la foto de la orla de parvulario se empezaba a difuminar en su cerebro. La cara de Claudia con dos años era prácticamente ceniza. A partir de ahora, cada vez que pensara en ella, lo único que podría ver era esa fuga. La cara de sorpresa del chico al ser arrollado. La frialdad de Claudia. Las puertas del vehículo cerrándose. Los neumáticos derrapando en el asfalto. La fruta derramada en la carretera. La insoportable decepción de no haber podido hacer de Claudia una buena persona.

Y, aun así, no podía dejarla en la estacada, no podía negarle una segunda oportunidad, no podía actuar con ella como lo hacía con el resto del mundo.

Lucía Gutiérrez miró a un lado y a otro y se cercioró de que la puerta estaba cerrada, y cuando comprobó que así era, volvió hasta el ordenador y eliminó los casi diez minutos de grabación como un oncólogo elimina un tumor maligno; con el fuerte deseo de no tener que volver a ver aquello nunca más.

A pesar de que todo había salido bien, no se pudo levantar. La vergüenza le mantenía pegada a la silla. El sonrojo de lo que acababa de ver era tan pegajoso como el alquitrán.

* * *

Melilla, Comandancia de la Guardia Civil, doce y media del mediodía

El capitán Moreno se desplazó hasta la sala de interrogatorios acompañado del sargento González. Los dos mostraban un rostro más tenso de lo habitual. Sabían que aquellas detenciones no iban a gustar en la Cañada de Hidum y las consecuencias eran del todo imprevisibles.

Sin disimular los nervios, accedieron a la habitación y

contemplaron a los hermanos Iberdrola desde el otro lado del espejo. De alguna forma, que la Cañada siguiera o no ardiendo todos los días iba a depender de aquel interrogatorio y de la actitud que mostraran los dos hermanos, de los que no necesitaban una confesión para saber que eran los verdaderos agitadores de las revueltas.

Lejos de sentirse presionados o preocupados por que les acusaran de pertenecer a banda armada, a los Iberdrola se les veía relajados, tranquilos, sin miedo a lo que pudiera pasar.

Como si pudiera ver a través del cristal opaco y hubiera adivinado la llegada del capitán Moreno, Rachid se levantó, se acercó hasta el espejo y pegó sus labios al vidrio de la misma forma que si se estuviera besando con alguien.

—¿Han dicho algo que merezca la pena de que mañana nos apedreen en la Cañada? —preguntó Moreno al agente que tomaba notas de la declaración.

—Nada, mi capitán. Se remiten todo el tiempo a su abogado.

—¿Quién es?

—El mismo que el de todos los detenidos, Gómez-Badají.

—Lo suponía, a esta panda de cabrones les sobra el dinero. Mañana o pasado estarán todos en libertad. Al menos tenemos un titular de prensa que darle a Interior: ocho detenidos y la incautación de armas de fuego procedentes del Ejército Libre de Siria. Suficiente. No nos metamos en más charcos.

—Tal vez podamos tener algo más, mi capitán —señaló el sargento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó algo despistado el oficial.

—Uno de los detenidos se niega a ser representado por Gómez-Badají. Quiere un abogado de oficio y que dejemos de vincularle a la mezquita Blanca o al Estado Islámico. Ni siquiera se ha puesto en contacto con su familia.

—¿Un abogado de oficio? Ese sí que es un mártir. ¿Quién es el descerebrado?

—Omar Slimani, el hermano de la agente Zaida Slimani,

seguro que la recuerda; la que nunca quiere sacar la porra con los moros.

El capitán Moreno se quedó mirando sin decir nada al sargento, pero estaba claro lo que quería expresar con la estúpida sonrisa que se quedó dibujada en su cara.

—¿A qué esperáis para traerlo? ¡Quitadme ya a este subnormal del espejo! —dijo Moreno en referencia a Rachid, que seguía besando el cristal y pasando la lengua lentamente por el vidrio.

* * *

Málaga, Bar Oña, una y media del mediodía

Romero cogió por la cola un boquerón victoriano y lo expuso a la luz del sol. Lo contempló con una mezcla de admiración y sorpresa.

—¿Ves esto? Este es exactamente el color que tiene que tener una buena fritura. Blanco, no dorado. Esto no saben hacerlo en otro sitio. Ni en Sevilla ni en Madrid. Este pescado es Dios y a Dios hay que respetarlo —dijo el cabo antes de comérselo de un solo bocado.

A Zaida le admiraba la capacidad que tenía aquel hombre para comer. Su jornada laboral estaba segmentada alrededor del desayuno, el aperitivo, el almuerzo, la merienda y la cena. Todos los espacios de tiempo que transcurrían entre una comida y otra eran para él espacios muertos. Algo que había que rellenar. A veces con trabajo, la mayoría de las veces hablando de gastronomía. No sabía bien qué hacía allí comiendo boquerones con él, pero intuía que era su manera de pedirle disculpas por haber arrancado de la pared un cartel con una desaparecida. Un intento naif de demostrarle que ni era racista ni un fanático religioso, tan solo un enamorado de su cultura. Algo que le había quedado meridianamente claro a Zaida, que empezaba a valorar que para el cabo su segundo amor era su hijo y Málaga, el primero.

—¿Sabes cuál es el truco? Esperar a que el aceite esté hirviendo y meter el pescado solo una *chispilla*. Así se

consigue este color —dijo, dando por hecho que la agente tenía asociada la «chispa» como unidad de medida del tiempo.

—¿Hay algo que no te entusiasme? —preguntó más por compromiso que por albergar un deseo de conocer los gustos culinarios del cabo.

De hecho, Zaida ni siquiera esperó a que respondiera para mirar las últimas noticias en el móvil, dejando claro que su cabeza estaba muy lejos del Bar Oña y los prodigios de la cocina malagueña.

—Los dulces de las monjas —dijo casi sin pensarlo, como si hubiera estado esperando toda la vida a que alguien le preguntara por ello—. Están secos, no llevan ni chocolate ni nata. No hay fantasía, solo aburrimiento. Son un poco como ellas. Están amasados con tedio por mujeres que no tienen sexo, que no saben lo que es un orgasmo. Eso se tiene que notar, y se nota en sus dulces. Piensa en el pestiño, en los mantecados, en el mazapán… Dan ganas de tomarse un Almax solo con pronunciarlos.

Mientras Romero continuaba su extensa conferencia sobre repostería, Zaida tropezó con una noticia en la web de *El País* que llamó su atención: «Detenidos ocho integrantes de una posible célula yihadista en Melilla». El periódico informaba además de que les habían incautado armas de largo y corto alcance que guardaban en la mezquita Blanca de la Cañada de Hidum, y que tenían relación con un contenedor hallado en Algeciras. Tan solo aparecían los nombres de los presuntos cabecillas, Rachid y Usama Bennasser, conocidos popularmente en el barrio como los hermanos Iberdrola.

—¿Has leído esto? —le interrumpió mostrándole el teléfono.

Romero se acercó al móvil de Zaida sin saber a qué se refería la agente. En cuanto leyó el titular y las primeras líneas del cuerpo de la noticia, se le cambió la cara.

—Hay que contárselo en seguida a la teniente —dijo el cabo.

—¿No crees que la habrán informado ya?

—Lo único que sé es que no quiero darle una excusa para que me eche una bronca.

Y después vació el plato de boquerones sobre un par de servilletas para comérselo de camino a la Comandancia. Ni tan siquiera la posible resolución de un caso o una futura conversación con Lucía Gutiérrez podía alterar del todo sus hábitos alimenticios.

* * *

Málaga, Los Asperones, dos y media del mediodía

Dos todoterrenos aparcaron en la puerta de un edificio de protección oficial. Lo dejaron en doble fila, sin importarles lo más mínimo que a partir de entonces ningún otro vehículo pudiera atravesar la estrecha callejuela.

La vivienda llevaba por nombre «Edificio Mare Nostrum», aunque todo el mundo lo conocía en Los Asperones como «el Pepino» por la forma apepinada que tenía la construcción. A pesar de que no tenía más de diez años, ya parecía antiguo, como todas las obras municipales de nuevo cuño pretendidamente modernas que se quedaban desfasadas en cuanto colocaban la primera piedra.

En uno de los pequeños pisos de setenta metros cuadrados del Mare Nostrum habían reubicado al patriarca del clan de los Vargas después del incendio. Era algo temporal, un alojamiento provisional hasta que pudieran construirle otra chabola a su gusto. Sin embargo, aunque fuera transitorio, el anciano no paraba de quejarse por no poder ver el cielo.

De los dos todoterrenos solo bajó el Rubio, al que apodaban así por su color de pelo, aunque, en realidad, era moreno. De hecho, casi siempre había sido moreno, excepto sus primeros seis meses de vida. Tiempo más que suficiente para que en Los Asperones te consideraran prácticamente albino. Era tal la abundancia de cabelleras morenas que los habitantes del barrio deseaban cambiar aquella realidad cromática aunque fuera nominalmente. En Málaga no

necesitabas ser rubio para que te consideraran como tal, bastaba con no ser negro azabache.

El Rubio llevaba una pistola no demasiado escondida en los pantalones y cara de velatorio. A Vargas no le gustaban las malas noticias y él tenía que darle una que no era demasiado buena. El anciano era imprevisible cuando se enfadaba. Lo mismo te podía dar un grito que un empujón para arrojarte por la terraza. Masticando todos los escenarios de infortunio posibles, se persignó al entrar en el edificio.

—¡A la paz de Dios! —dijo en cuanto entró en el diminuto salón del patriarca.

A las reducidas dimensiones de la habitación, no ayudaba la acumulación de cajas. El anciano había depositado en ellas todas las posesiones que había podido salvar del incendio, haciendo de su nuevo hogar un homenaje a los puestos de anticuarios del rastro. Relojes, cuadros y cazuelas de cobre desordenaban la estancia dándole un aspecto caótico.

Vargas tenía la mirada perdida en sus cajas mientras respiraba a través de una mascarilla. Todavía no parecía recuperado del susto y necesitaba estar conectado a una bombona de oxígeno.

Despreciando la presencia del Rubio, el viejo se levantó con esfuerzo arrastrando la bombona y se acercó hasta una de las pilas de objetos almacenados. De ella tomó lo que parecía un medallón de plata de la Virgen de la Victoria, aunque estaba cubierto de tanto hollín que bien habría podido pasar por uno de la Moreneta.

A la luz de la ventana, quedaron visibles sus profundas arrugas en el rostro. Era un hombre de pocas palabras, pero su fisonomía contaba más cosas de su vida de las que a él le hubiera gustado. Absorto en el medallón, como si no hubiera nadie más en el salón, su mirada destilaba melancolía. Si no fuera porque había nacido en La Corta, se podría decir que aquella estampa tenía algo de Miss Havisham paseando por Satis House con todos los relojes parados a las nueve menos veinte.

—Fue lo primero que le compré a mi madre —dijo Vargas, quitándose la mascarilla y tratando de sacarle brillo a la plata con la yema del pulgar derecho—. Con doce años, no me habían salido ni pelos en los huevos. Toda la vida luchando para acabar con todas mis cosas en cajas como si fuera un pordiosero. Más te vale tener las orejas de ese hijo de puta guardadas en los bolsillos o te va a faltar cielo para tanta trecha —lanzó el viejo la amenaza sin dejar de acariciar el medallón, como si la fricción abriera las puertas del tiempo que le permitían escapar a épocas mejores.

—No hemos podido ni entrar en La Palmilla. La policía tiene el barrio cerrado a cal y canto. Te juro por mis muertos que no hay manera de llegar a los moros —trató de defenderse el Rubio.

—Vamos a dejar a los muertos tranquilos en San Rafael. Esto es cosa de los vivos. Si mañana no tengo las orejas de ese cabrón metidas en esta caja, a lo mejor terminas el día bajo tierra en San Rafael con todos tus putos muertos —dijo Vargas volviendo a colocarse la mascarilla.

El Rubio estaba a punto de abandonar el salón cabizbajo cuando el telefonillo sonó. Miró al patriarca y al verlo completamente despreocupado por el asunto, concentrado en el medallón de la Virgen de la Victoria, entendió que se tendría que ocupar él.

—Rubio, un chino quiere hablar con Vargas. Dice que puede echar una mano para mejorar las cosas. ¿Le reviento o le dejo pasar?

—¿Cómo se llama?

—Cabeza de Serpiente dice que se llama el hijo de puta.

—Cabeza de Serpiente mis cojones. Reviéntale la cabeza y lo mandas para su casa.

Detrás de él apareció la sombra de Vargas. Caminaba despacio arrastrando la bombona. Cuando llegó hasta el telefonillo, apoyó la botella de oxígeno y se lo quitó de un guantazo, dejándole completamente aturdido.

—Dile que suba —dijo el anciano con la voz quebrada después de quitarse la mascarilla.

* * *

Málaga, mercado central, tres de la tarde

La mayoría de puestos del mercado estaban cerrando cuando Lucía pidió una Coca-Cola y una ración de adobo en uno de los bares colindantes de la calle Atarazanas. Hacía un calor asesino y no había comido nada desde el día anterior. Necesitaba un poco de azúcar y algo sólido antes de desfallecer.

Abrir los fines de semana había sido otra de las cesiones de la ciudad a los turistas. Poco a poco, aquellas domesticadas invasiones habían dejado notar su presencia hasta en los productos que se vendían en los puestos tradicionales. Desde hacía tiempo, a las ya clásicas carnicerías y pescaderías o locales de encurtidos, se habían unido invitados sorpresa como los zumos y *smoothies* o los vasos de fruta pelada y cortada.

A Lucía le resultaba curioso que todos aquellos visitantes pagaran billetes de avión y hoteles no para encontrarse con productos locales diferentes a los que consumían habitualmente, sino para comer y beber exactamente lo mismo que en sus lugares de residencia. Gastarse mil euros para tomarse un zumo de naranja en un mercado de Málaga le parecía el colmo de la estupidez, casi tanto como ser español y querer conocer cómo era un Zara en Londres. La oficial estaba convencida de que el turismo sería la gran epidemia que acabaría con la humanidad.

Cuando el camarero le sirvió la fritura, la teniente aprovechó para sacar una fotografía de su bolsillo. Coincidía con una captura de la cámara de tráfico donde se podía ver a Ibrahim descargando fruta segundos antes de que su hija le atropellara.

—¿Te suena de algo este chico? —dijo la oficial.

—De nada —respondió el camarero—. ¿Ha hecho algo? —preguntó, dando a entender que por el hecho de ser de origen magrebí ya tenía que ser responsable de algún delito.

Lucía Gutiérrez no estaba en disposición de decirle que, en realidad, era una víctima y que su comentario olía a

xenofobia a kilómetros. En lugar de eso, trató de ser amable y disimular.

—Secreto de sumario. La cuenta cuando puedas, gracias —dijo la teniente de la forma más aséptica que pudo.

Con el testimonio del camarero, y el de otros diez tenderos que tampoco lo habían reconocido, Lucía Gutiérrez respiró aliviada. No solo es que no les sonara su cara, es que nadie en el mercado conocía que había sufrido un accidente. Lo que, unido al hecho de que no se hubiera presentado denuncia alguna como el de no ingresar en ningún hospital o tanatorio, le hacía sospechar que el chico estaba con vida y tenía tan poco interés como ella en que se conociera lo sucedido.

Cada vez tenía más claro que se trataba de un menor en situación irregular, que ante el temor de entrar en un centro de menores, prefería no dar parte de su situación. No obstante, convenía no fiarse. Hasta que no diera con su paradero, no podría estar tranquila del todo.

Ni siquiera le había dado un mordisco al adobo de cazón cuando se fijó en que su teléfono móvil estaba sonando.

—¿Qué quieres? ¿No sabes que es domingo, Romero? —se burló la oficial.

—Llevo una hora intentando localizarla, mi teniente. No sé si lo sabía, pero la prensa asegura que han detenido a una célula yihadista en Melilla. ¿Seguimos con el caso o lo van a cerrar?

Lo cierto era que Lucía no sabía nada. Llevaba demasiado tiempo ocupada en tapar a su hija y no había estado atenta ni al teléfono ni a las noticias. Ahora que las cosas parecían estar encarriladas, había llegado el momento de volver a su rutina.

—Voy a hablar con la jueza. Dame una hora. Dos como mucho. A la vuelta quiero que me pongáis al día con todo lo que tengáis de Julie Vertoghen —dijo la oficial.

Tan rápido como colgó, se comió un trozo de adobo.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cuatro de la tarde

A las cuatro de la tarde, no quedaba ni un alma en la Comandancia. El mediodía del domingo era en aquellas oficinas lo que la peste en la Edad Media: una invitación para huir despavorido.

Los ordenadores estaban apagados. Los bolígrafos, tumbados sobre la mesa. Las sillas, ancladas al suelo. Todo era calma. Lo único que se oía era el zumbido del aparato del aire acondicionado. Un latido descorazonador, como escuchar la máquina a la que está conectado un enfermo terminal. El domingo se moría y con él Romero y Zaida, que estaban a punto de acabarse todo internet tratando de matar aquellas horas hasta que regresara Lucía Gutiérrez.

—Es la quinta vez que entro en la web de *Diario Sur* y leo una noticia diferente de Antonio Banderas. No creo ni que los yihadistas se atrevan a torturar a nadie así —interrumpió Romero el silencio, tratando de escapar de la tela de araña de hastío que había tejido agosto y aquel eterno domingo de terral en la Comandancia.

Zaida levantó la cabeza de su monitor con pesadez y luego bostezó. También ella estaba cansada de navegar por internet de manera aleatoria. Era tal su desesperación que incluso había visto en YouTube un tutorial de cómo cocinar pastela cuando ni siquiera le gustaba la pastela. Estaba convencida de que Romero le había traspasado su obsesión con la comida.

—¿Quieres agua? —preguntó la agente.

—¿Ya nos toca?

—Nos faltan un par de minutos, pero creo que podemos hacer una excepción.

Desde hacía dos horas, la pareja de guardias civiles acudía cada veinte minutos a por agua. Era la idea más lúcida que habían encontrado para estirar las piernas y romper por un instante aquella perniciosa rutina de no tener nada que hacer.

—¿Crees que el caso se ha acabado? —preguntó Zaida, preocupada por si mañana tendría que volver a Melilla y

patrullar en la Cañada de Hidum tal y como estaban las cosas de revueltas en el barrio.

—Estoy prácticamente seguro. Tienen a ocho detenidos y armas de corto y largo alcance que les relacionan con las que se encontraron en nuestro contenedor de Algeciras. Blanco y en botella —dio por sentenciado Romero el caso antes que la jueza Andrade.

—Pero todavía no sabemos por qué mataron a Yusuf y a Hasan.

—No te lo tomes a mal, pero no creo que eso sea prioritario en esta investigación. Nos están pidiendo que les entreguemos a terroristas. Un titular como el que me has enseñado tú con el que la gente piense que está segura. Todo lo demás les importa tres pepinos. Les basta saber que los dos tenían antecedentes como islamistas. Fin de la historia.

—No creo que las cosas estén tan claras. Ni las armas ni las cajas de fruta estaban en el contenedor cuando salieron de Málaga. Alguien las colocó en Algeciras, probablemente para tapar otra cosa. Algo por lo que mataron tanto a Yusuf como a Hasan. Algo que puede tener relación con la mafia china. Algo más complicado de lo que parece y por lo que Julie Vertoghen ha sacado el culo de sus clases de pilates en Bruselas para venir hasta aquí.

—¿Qué otra cosa? —preguntó Romero sin que la agente pudiera contestar—. Admítelo, no tenemos nada. Tanto Interior como la Junta y el Ayuntamiento nos están presionando para que la gente piense que la Costa del Sol es un sitio seguro. ¿Crees que la vida de esos dos desgraciados les importan más que tener pérdidas en temporada alta?

Zaida no quiso responder a aquella pregunta. Toda aquella lección magistral de cinismo le hacía replantearse si había hecho bien en aprobar unas oposiciones para la Guardia Civil. Si no era capaz de ayudar ni a la gente que se había criado con ella en la Cañada, como Fátima, ¿para qué quería ser agente? ¿Para frenar a los que saltaban la valla? ¿Para detener a menores de edad que protestaban tirando piedras porque las instituciones les habían dado de

lado? Éticamente, era mejor vivir como lo hacía su hermano; haciendo portes en el Barrio Chino.

Enfadada consigo misma, se bebió el vaso de agua del tirón y volvió a su zona de trabajo pensando en qué otra cosa, en lugar de armas, podrían ocultar en ese contenedor. No había dado ni dos pasos, cuando recordó algo y echó a correr en dirección a la fotocopiadora.

—¿Qué te pasa? ¿A qué vienen esas prisas? —preguntó Romero extrañado.

—Tengo una teoría —contestó Zaida sin dejar de correr.

* * *

Málaga, polígono del Guadalhorce, cinco de la tarde

Jafar Al Faribi se desnudó y se anudó la toalla a la cintura. Tenía un aspecto frágil. Estaba muy delgado y las costillas se le marcaban de manera muy pronunciada. Más que una caja torácica, tenía una prisión de huesos.

Incómodo con su cuerpo y la situación, se colocó sobre la mesa de masajes y esperó a que le acompañara Cabeza de Serpiente. Por alguna razón, se retrasaba más de la cuenta, así como las masajistas. Estaba allí solo, semidesnudo, deseando que alguien saliera a su encuentro y no le hiciera sentir tan ridículo. Ni siquiera sabía qué hacía allí. Le habían convocado de emergencia y no tenía claro el motivo. Había hecho todo lo que le habían pedido. Tal vez solo quería felicitarlo. Tenía tendencia a ser pesimista y apenas disfrutaba cuando le iba bien. Y no cabía duda de que le iba muy bien. De la noche a la mañana había pasado del menudeo a tener el control de la droga en Málaga. Se odiaba por ser así, por estar agobiado pensando en el motivo del retraso de Cabeza de Serpiente en lugar de relajarse y disfrutar.

Jafar se obligó a tumbarse en la camilla y no pensar en nada. Si todo iba bien, puede incluso que al salir de allí fuera a una sauna gay y pidiera un final feliz. Se lo había ganado. Merecía desconectar unos minutos de la realidad.

Disfrutar del cuerpo de otro hombre. Hacer aquello que se suponía que tenías que hacer cuando alcanzabas cierto estatus. ¿De qué le servía ser poderoso si seguía igual de temeroso que cuando era un don nadie? ¿Podía ser recatado y ordenar al mismo tiempo la muerte de otros? ¿Su vida sexual no debía ir en paralelo con su ascenso social? ¿Por qué estaba pensando en un final feliz cuando lo que de verdad le apetecía era comerse una polla?

Tenía que cambiar de chip. Mostrarse más seguro. Andar por el mundo como si le perteneciera. Tomar lo que era suyo cuando y donde le apeteciera. Tenía que creerse que no estaba de paso en la fiesta de otro. La fiesta era suya.

El jefe del clan marroquí cerró los ojos y quiso convencerse de que era capaz de vivir así.

Cuando los abrió, descubrió que no estaba solo. Los hombres de Vargas le rodeaban y le apuntaban con varias pistolas. Asustado, su primer instinto fue removerse hasta que le bloquearon brazos y piernas.

—Ssshhh, relájate y disfruta de la experiencia —le susurró Vargas, colocándole un cuchillo en el cuello.

—¿Qué me vais a hacer? —preguntó tembloroso Jafar.

—¿No está claro? Un masajito, Mustafá. Vamos a empezar por la oreja —dijo mientras le iba rebanando con el cuchillo un trozo de lóbulo.

Antes de que el coágulo cayera al suelo, apareció en la sala de masajes Cabeza de Serpiente grabando la escena con su teléfono móvil. El anciano se dio cuenta y giró la cabeza, incómodo con la falta de privacidad.

—Tranquilo, esto es solo una garantía. Si no me fallas, no habrá ningún problema. Y no me vas a fallar, ¿verdad? —dijo el chino sin dejar de grabarle.

Vargas frunció el ceño y escupió en el suelo. Ciertamente, los tiempos habían cambiado y se lo habían llevado por delante como una ola gigante. Ya nada era como antes. No valía con la palabra. Casi tan enfadado con Jafar como con aquella nueva era, el viejo concentró sus pocas fuerzas en la navaja y culminó su venganza.

* * *

Málaga, Ciudad de la Justicia, siete de la tarde

La tarde en que el mercurio marcó cuarenta y cinco grados, el ordenador central de la Ciudad de la Justicia que regulaba la luz y la climatización de todo el complejo dejó de funcionar. En lugar del agradable aire acondicionado que mantenía fresco el edificio, los conserjes tuvieron que colocar apresuradamente antiguos ventiladores para evitar que perecieran todos los magistrados que habían tenido la mala suerte de trabajar en el mes de agosto durante aquella ola de calor.

Una de ellas era la jueza Andrade. Las desfasadas aspas de plástico del Taurus no hacían sino mover aire caliente dentro de la habitación, narcotizando a todos los interlocutores presentes en su despacho, sometiéndoles a una especie de duermevela soporífero similar al que sufren los fetos dentro del líquido amniótico.

Un ambiente poco propicio para mantener una discusión, especialmente cuando nada de lo que se estaba debatiendo era ya trascendente, sino una suma infinita de aspavientos estériles.

—Tenían armas del Ejército Libre de Siria como las que encontraron en Algeciras. Puede que no sea la célula islamista que teníamos en la cabeza, pero la fiscalía no necesita más. Ni yo tampoco. La propia instrucción resolverá los cabos sueltos que restan —le explicó por segunda vez la magistrada Andrade a Lucía Gutiérrez.

—¿Y qué ocurre con el testimonio de Sánchez? Según afirma, la encargada de coordinar la salida del contenedor del puerto de Málaga que transportó Yusuf Hakimi fue la belga Julie Vertoghen, que hasta donde sabemos no trabaja para el Estado Islámico, sino para la mafia china. Creo que, antes de cerrar la investigación, deberíamos dar con ella e interrogarla —argumentó la teniente.

A pesar de que la oficial se estaba derritiendo de calor y sus quejas no tenían viso de prosperar, necesitaba

reengancharse a la rutina y tratar de olvidar su vida familiar.

—Es posible que recurrieran a otras organizaciones criminales para llevar las armas desde Siria a España —dijo la jueza.

—O también es posible que en lugar de conformarnos con ocho pringados de Melilla que estaban aprendiendo a coger una pistola, desmantelemos toda su estructura —replicó la oficial.

—No va a dar su brazo a torcer. Le jode que, en el momento en que la Policía Nacional ha tomado cartas en el asunto, se haya cerrado el caso en veinticuatro horas. Le da igual Yusuf Hakimi y todos los demás, lo que le fastidia es perder. —Entró en acción la inspectora Ruiz, que hasta ese momento se había limitado a agitar un abanico palmariamente para refrescarse.

Con cada palabra que pronunció, la inspectora se relamió. Había tenido que esperar unos cuantos días para completar su venganza y dejarla en evidencia, pero finalmente lo había logrado. Y lo estaba disfrutando. Se estaba gustando. Tanto que cuando cerró su abanico en las narices de Lucía, el chasquido sonó como un gesto de provocación. La inspectora Ruiz no había acudido a aquella reunión en calidad de policía, sino como presidenta del club de fans de la inspectora Ruiz.

Tras su intervención, tan solo se oyeron las aspas del ventilador dando vueltas y el rechinar de dientes de Lucía Gutiérrez. La teniente estaba a punto de perder los estribos. Pero en lugar de dar rienda suelta a la indignación, se contuvo. Se mordió la lengua. Agachó la cabeza para no tener que ver a la policía por más tiempo. Trató por todos los medios no meterse en más líos. Necesitaba salir del radar y no poner en peligro a su hija.

Y lo consiguió.

Consciente de que estaba poniendo de su parte para que la discusión no se convirtiera en un combate cuerpo a cuerpo, la jueza Andrade reaccionó de la forma más ecuánime que le permitían las circunstancias.

—Sabe tan bien como yo que esa declaración pertenece a una investigación interna de la Guardia Civil de la que no se tiene constancia y a la que no se puede dar validez. No obstante, si me trae a Sánchez aquí y consigue que me diga lo mismo antes de que me vaya a mi casa a cenar, puede que me plantee concederle la orden de busca y captura de Julie Vertoghen. Eso sí, como una pieza separada.

La reunión no dio para más. Lucía Gutiérrez y la inspectora Ruiz se despidieron de la magistrada y bajaron juntas en el ascensor. Ninguna de las dos dijo nada, no se dirigieron la palabra en todo el trayecto, pero la teniente no pudo evitar sonreír desde el momento en que presionó el botón de la recepción. Una sonrisa que a medida que bajaban plantas se hacía más y más grande, provocándole una úlcera de estómago a la policía. A la inspectora Ruiz le molestaba mucho más su contención que verla desatada o amenazante.

Las puertas del ascensor se abrieron e Isabel Ruiz salió enrabietada sin despedirse. La teniente la vio cruzar el *hall* a toda prisa sin saludar si quiera a los agentes de la puerta de entrada. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que domar a su ogro interior tenía más ventajas de las esperadas.

* * *

Málaga, estadio de la Rosaleda, siete y media de la tarde

Ni siquiera el terral y sus implacables cuarenta y cinco grados podían doblegar la verdadera pasión de aquella ciudad: la Semana Santa. Cobijados contra el muro de la Escuela de Idiomas, que ofrecía una sombra mínima, los chicos de la banda de cornetas y tambores de Santa María de la Victoria estaban ensayando en la explanada de Martiricos. Trataban de mejorar su repertorio después de las críticas recibidas por la prensa el último Martes Santo, pero la verdad era que a pesar de sus esfuerzos, seguían tan desajustados como meses atrás a su paso por la tribuna

oficial de la calle Larios.

Era la tercera vez que Antonio, el caja, se perdía con los compases de la marcha procesional *Carmen Coronada* cuando decidieron dejarlo por unanimidad. Tras repartirse un par de botellas de agua helada, los miembros de la banda se dispersaron.

Apesadumbrado, Antonio siguió practicando de camino a su casa. Sin mirar al frente, el chico repiqueteaba los palos con más voluntad que buen hacer. No obstante, no cejaba en su empeño. Estaba dispuesto a que le sangraran los dedos antes que darse por vencido.

En Málaga, ser caja de una banda de cornetas y tambores era lo más parecido a ser una estrella de la música o una *rockstar*. Si Liam Gallagher, Damon Albarn o Courtney Love hubieran nacido en aquella ciudad, habrían tocado el tambor en una procesión. Antonio estaba convencido de que ese hubiera sido el inicio musical de todos ellos. Sin duda, era el miembro que más destacaba de la agrupación. Le marcaba el ritmo a los demás y focalizaba los aplausos de los cofrades. Llegado el caso, y dependiendo de su pericia con las baquetas, hasta podría saltar sobre la gente en la tribuna de los pobres en la calle Carretería durante la efervescencia del Jueves Santo.

Pero para llegar a eso, todavía tenía mucho que practicar. Después de cruzar el paso de peatones de la avenida doctor Marañón y plantarse en los alrededores de La Rosaleda, Antonio logró marcar el tempo exacto inesperadamente y lo celebró con un redoble.

Insatisfecho con aquel logro, lejos de descansar, continuó con energías renovadas y siguió aporreando la caja transparente del tambor. Lo único que pudo frenar sus ganas de seguir progresando fue el chirrido de unas ruedas derrapando en el asfalto.

Un estruendo tan agudo que obligó al chico a levantar la cabeza. El ruido parecía provenir de la Puerta Viberti del estadio. Cuando miró a su izquierda, temiendo que un coche estuviera a punto de tener un accidente, contempló cómo desde un cuatro por cuatro con los cristales tintados

caía al suelo un hombre.

Solo entonces dejó de tocar el tambor.

Con las manos entumecidas de aporrear la caja durante horas, se quedó inmóvil mirando fijamente el cadáver. Estaba desnudo y le habían arrancado las dos orejas y el pene. Además, sangraba a la altura de la yugular. La estampa era dantesca, parecida a las imágenes de Cristo que solía acompañar con su banda en Semana Santa, solo que esta vez lo que veía era de carne y hueso y no de madera policromada.

Al cabo, el crío acabó por reaccionar y vomitó sobre su tambor de caja Royal. Él no sabía que se trataba del cuerpo de Jafar Al Faribi y que estaba presenciando un capítulo más de la guerra entre los clanes de la droga de la ciudad. Antonio, con más vocación por la mitomanía que por el periodismo, tan solo podía pensar en que aquel vómito sobre un instrumento musical sería lo más cerca que estaría nunca de ser una estrella del rock.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, ocho y media de la tarde

A Lucía Gutiérrez no le hizo mucha gracia tener que pedirle un favor a Urbizu, pero después de un día entero cometiendo todo tipo de irregularidades para ocultar un delito de su hija, lo menos que podía hacer era compensar la balanza y tratar de hacer justicia con Yusuf y Hasan.

El planteamiento moral, en realidad, la avergonzaba. Se parecía a un humillante intercambio de presos en la guerra. Trataba de restituirle la dignidad a dos magrebíes después de habérsela arrebatado a otro. Como si en el fondo fuera imposible diferenciar a unos marroquíes de otros. Como si realmente creyera que la justicia era ciega y fuera incapaz de notar el cambiazo. No podía decir que estuviera contenta con todo aquello. Le resultaba curioso que la primera vez que se proponía actuar como MADRE, en mayúsculas,

necesitara quebrantar la ley. Tan curioso que empezaba a dudar de si estaba protegiendo a Claudia o a ella misma. ¿Realmente le estaba regalando una vida extra a su hija? ¿O había hecho todo aquello para poder soportar que si hubiera reconocido antes sus problemas con el alcohol, nada de aquello habría ocurrido? Responder aquella pregunta le daba un miedo atroz, así que prefirió seguir adelante pidiéndole un favor a Urbizu y reequilibrar el universo a su manera; poniéndole un parche tras otro.

Dentro de su despacho, ajenos a sus quebraderos de cabeza, la esperaban expectantes Zaida y Romero. La miraban casi hechizados, como si fueran miembros de una secta y estuvieran contemplando la llegada del amado líder al granero donde deberían llevar a cabo un emotivo suicidio colectivo.

—¿Por qué coño me miráis así? —preguntó incómoda—. ¿Tengo comida entre los dientes?

—Mejor, tenemos una teoría —contestó el cabo como si la idea fuera suya. Consciente de que se estaba apropiando de algo que no le pertenecía, se corrigió—: Bueno, Zaida la tiene.

—Una teoría ¿de qué? —quiso saber la teniente desconcertada.

—De lo que había realmente en el contenedor que Yusuf Hakimi sacó del puerto de Málaga con la ayuda del agente Sánchez, mi teniente —dijo segura de sí misma Zaida.

Lucía Gutiérrez expulsó aire por la nariz. Más que un suspiro, se trataba de un lamento soterrado. Era capaz de oler el entusiasmo de los agentes y se sentía en inferioridad de condiciones. En realidad, casi siempre se sentía en inferioridad, aunque aparentara las veinticuatro horas del día lo contrario.

Tomándose tiempo para apaciguar su temperamento, se sentó en la silla y se encendió un pitillo. Era consciente de que no estaba permitido, pero después de haber borrado las pruebas de un atropello, sentía que las normas no iban ya del todo con ella.

—Te escucho —dijo dándole una calada al cigarro.

Zaida abrió una carpetilla de color azul y sacó de allí un montón de folios. Los había organizado según el orden de aparición que debían tener. El primero de ellos era el cartel de la Interpol donde se denunciaba la desaparición de una ciudadana de origen vietnamita y que, no hacía tanto tiempo, Romero había arrancado de la pared.

—Esto es una orden de desaparición de la Interpol. Al menos lleva un par de días en la Comandancia sin que ninguno hayamos reparado en ella. Una familia vietnamita denunció que su hija de veintitrés años, Huong Thi Tra My, desapareció el pasado 25 de julio. Lo último que supieron de ella fue un enigmático SMS que les envió desde la ciudad holandesa de Róterdam: «Mamá, he fallado. Lo siento mucho. Voy a morir». Al parecer, la familia pagó treinta mil euros a la mafia china para poder llegar hasta España.

—Una historia terrible, pero no veo la relación —la interrumpió ansiosa la teniente.

Lejos de ponerse nerviosa, Zaida colocó el folio al final de la carpeta y tomó uno nuevo. Correspondía con una noticia publicada por *El Periódico de Cataluña* en el mes de junio de hacía dieciocho años.

—Año 2000, la policía británica halla un contenedor con cincuenta y ocho cadáveres en Dover, todos ellos de nacionalidad china y vietnamita. Las víctimas, cincuenta y seis hombres y dos mujeres, murieron asfixiadas en el contenedor del camión que los transportaba a Inglaterra. Hubo dos supervivientes, y su testimonio fue clave para apuntar como responsable a la mafia china. El caso destapó una red de tráfico de inmigrantes que operaba desde Róterdam y tenía conexiones en Bélgica y Países Bajos.

Zaida alzó la cabeza para ver la reacción de la teniente y se dio cuenta al ver su cara inexpresiva de que todavía no estaba convencida. Necesitaba más evidencias. O más tiempo de cháchara para apurar el cigarrillo. No lo tenía claro. Descifrar a Lucía Gutiérrez era tan complejo como romper los códigos nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

—Le recuerdo que el contenedor de Yusuf tiene su

origen en Róterdam y que estuvo en el puerto belga de Zeebrugge —apuntó Romero intentando echarle una mano a su compañera.

—Y después en Algeciras y Málaga, para terminar de nuevo en Algeciras. Lo siento, pero sigo si ver la relación —persistió la oficial en su escepticismo.

La agente colocó el folio al final de la carpetilla y volvió a tomar uno nuevo. Estaba segura de las pruebas que tenía, y todos y cada uno de sus movimientos ponían de relieve aquella confianza.

—Tres años más tarde, en 2003, la investigación concluyó que tras la masacre había una red de traficantes chinos conocidos como «cabeza de serpiente». La única detenida fue una mujer, Jing Ping Cheng, condenada por un tribunal holandés a tres años de cárcel, acusada de haber participado en el tráfico de 175000 personas hacia el Reino Unido, un negocio que le habría reportado a ella y a sus socios millones de euros. Se sabe muy poco de esta red. Engañan a las víctimas en sus países de origen, a través de las redes sociales o sitios web, y les prometen que viajarán directamente a Reino Unido, cosa que nunca ocurre.

La teniente arqueó una ceja y, de inmediato, apagó el cigarrillo con la ayuda de la suela del zapato. Ya lo terminaría de apurar más tarde. Aquella chica aparentemente apocada había conseguido captar su atención. A Lucía Gutiérrez le empezaron a encajar las piezas. Tenían un contenedor que había hecho parte de esa ruta. Un agente corrupto que trabajaba para la mafia china y una belga que coordinaba las operaciones desde Bruselas. Sin embargo, todavía había algo que le chirriaba: la participación de Yusuf Hakimi y Hasan El Kaabi en todo aquello, así como la aparición de armas ilegales en Algeciras.

Mientras la oficial le daba vueltas a la información de Zaida, la agente melillense volvió a sacar más folios. Se había preparado a conciencia aquella intervención.

—Si todavía le quedan dudas, creo que tengo algo que definitivamente se las va a quitar. Pese a las pesquisas de la

policía de los estados miembros por destapar el funcionamiento de estas redes, a día de hoy todavía no se ha podido determinar si en las distintas fases del tráfico de personas participan grupos criminales separados o diferentes ramas de la misma red. Se trata de redes muy opacas donde impera el código del silencio y el miedo. Aun así, creo que encontrará interesante que, en la jerga del gremio, ellos se denominan «cabeza de serpiente» y a los inmigrantes desesperados se les conoce como «patos» —dijo Zaida soltando el último folio.

—¿Recuerda los SMS del teléfono de prepago de Yusuf Hakimi donde se hablaban de «patos» y «serpientes»? —preguntó un sonriente Romero.

Por supuesto que lo recordaba. Efectivamente, Zaida le había ayudado a disipar todas sus dudas. Había hecho un trabajo magnífico. Al igual que ella, ahora sí estaba convencida de que en ese contenedor había personas y no armas. Algo salió mal, puede que como en los sucesos de Dover murieran la mayoría y tuvieran que trazar un plan de emergencia.

—¿Qué opina, mi teniente? —quiso saber impaciente Zaida.

—Que Sánchez nos ha toreado durante demasiado tiempo y ha llegado el momento de apretarle los tornillos a ese hijo de puta.

* * *

Málaga, Hotel Los Naranjos, nueve y media de la noche

Como con casi todo en la vida, el calor respetaba más a los vecinos de los barrios más pudientes. Aunque soplaba el terral, el gran número de árboles y la cercanía con el mar aliviaban el luto de los termómetros en el Paseo de Sancha. Incluso Julie se dio cuenta de ello cuando salió del coche. En aquella zona de Málaga se estaba más fresco que en el resto de la ciudad.

A diferencia de otros días, la belga no llevaba jeans, sino

que iba vestida de camarera del Hotel Los Naranjos: unos pantalones azules de algodón, camiseta de rayas blancas y azules con el logo del alojamiento y unas zapatillas blancas. No había ido con unas pintas así en años. Ni siquiera cuando acudía a sus clases de pilates parecía tan zarrapastrosa.

—¿Sales o qué? —preguntó Julie impaciente a Reyes, que continuaba sentado en el interior del vehículo.

El brigada no contestó. Su paciencia estaba a punto de desbordarse. Aquella mujer no entendía el lenguaje como un sistema de comunicación, sino como un simple instrumento con el que dar órdenes, un conjunto de signos que había desarrollado el ser humano exclusivamente para hacer cumplir su voluntad en cualquier circunstancia.

Además de aquel comportamiento sátrapa, le sacaban de quicio sus sermones. Su capacidad inabarcable para hacer una homilía de prácticamente todo, desde por qué era mejor un coche gasolina antes que uno diésel hasta la necesidad de reducir la ingesta de carne roja al mínimo. Julie Vertoghen no hablaba, predicaba en la montaña. Tenía una imagen de sí misma progresista. Se consideraba una mujer de su tiempo preocupada por la realidad en la que vivía. Creía ser moderna, pero no dejaba de ser una cuñada *bohochic*.

Ignorando sus órdenes, Reyes permaneció en el interior del automóvil trasteando con el teléfono móvil justo hasta que le llegó un mensaje: «Todo despejado».

Después de leerlo, sonrió.

—Ahora sí podemos ponernos en marcha —dijo el suboficial con suficiencia al mismo tiempo que bajaba del vehículo.

Reyes no llevaba el uniforme de guardia civil. Tampoco vestía con ropa informal. Al igual que Julie, llevaba indumentaria del Hotel Los Naranjos, en su caso de recepcionista. Recorrieron los quinientos metros que los separaban del recinto sin hablarse. Mirando al suelo. Cabizbajos. Más allá de reproches, no tenían nada que decirse. Resultaba evidente que no eran amigos, solo

compañeros de trabajo a los que el destino había cruzado momentáneamente para llevar a cabo una tarea gris e insignificante. O lo que era lo mismo, vistos desde fuera, realmente parecían empleados del hotel que estaban a punto de incorporarse a su turno.

Julie fue la primera en traspasar la puerta del establecimiento y quedó gratamente sorprendida al comprobar que no había ningún policía en el vestíbulo para inspeccionarles. Aunque Reyes no fuera plato de su gusto, tenía que reconocer que al menos era eficiente y sabía cómo hacer su trabajo.

Con el *hall* despejado, cruzaron por delante de la recepción sin que nadie les llamara la atención. Trabajadores del hotel y agentes custodios de Sánchez estaban más pendientes de descubrir el motivo por el que las cámaras de seguridad habían dejado de funcionar en ese preciso momento que de verificar quién entraba o salía del recinto.

—De nada. —Quiso dejar claro el brigada a Julie que si habían logrado llegar hasta allí sin contratiempos, era gracias a él.

—Todavía no estamos dentro —se negó la belga a regalarle un cumplido.

El brigada sonrió. Le fascinaba la capacidad de aquella mujer para hacer de la convivencia algo tan difícil. Aunque, en realidad, lo que le costaba encajar era que a su lado, él destacaba menos. Tener una compañera tan resuelta como ella no le convertía en mediocre, pero le hacía del montón. Algo que le resultaba complicado de digerir.

Tras unos segundos de espera, Reyes y Julie subieron en ascensor hasta la segunda planta y allí se encontraron con el primer obstáculo serio; dos guardias civiles protegiendo la habitación número 223 de Sánchez.

Julie meditó seriamente retroceder y ponerse a salvo, pero antes de que pudiera hacerlo, el brigada emitió señales nuevamente de que tenía la situación bajo control. De manera amistosa, se acercó a ellos e hizo un ademán de saludo con la ceja como si los conociera.

—Tenéis cinco minutos. Ni uno más —le dijo uno de los agentes después de abrirles la puerta de par en par.

Lo hizo con cierta camaradería, como si les estuvieran esperando. De una vez por todas Julie tenía que reconocer que había acertado de pleno eligiendo a Reyes como ayudante.

Completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo en el pasillo, Pablo Sánchez se terminaba de colocar el uniforme en el baño para declarar ante la jueza Andrade.

Se estaba abrochando el cinturón cuando un trozo de soga rodeó su cuello por sorpresa.

A través del espejo pudo ver que el agresor que le trataba de asfixiar era el brigada Reyes. O al menos se le parecía. Lo que no tuvo tiempo de advertir fue que a su lado había otra persona más. El forcejeo le impedía focalizar la vista. Pronto, la falta de aire le provocó que perdiera la consciencia y se desmayara en el suelo.

No volvió a recuperar el conocimiento hasta cinco minutos más tarde. En el momento en que abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba en un serio apuro.

Sus pies reposaban en una silla y su cuello estaba rodeado por unos hilachos de sábana que colgaban de la lámpara. Frente a él, estaban dos viejos conocidos: el brigada Reyes y Julie Vertoghen, que tenía un pie apoyado en la pata de la silla, dispuesta a golpearlo en cualquier momento y ejecutar su ahorcamiento.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó con dificultad Sánchez.

—¿Hace falta que te lo diga? —respondió el suboficial mientras buscaba una cerveza en el minibar.

Harta de preámbulos, Julie le dio una patada a la silla y Sánchez quedó medio suspendido en el aire. Uno de sus pies, el izquierdo, había perdido el punto de apoyo y con el otro, el derecho, tenía que colocarlo de puntillas para rozar el lomo del asiento y evitar que la sábana le asfixiase.

—¿Qué saben? —preguntó desafiante Julie.

Reyes abrió el botellín de cerveza y le dio un trago largo. Después de refrescarse, se acercó hasta Sánchez y le

dijo algo de manera confidencial, como si tratara de ayudarle:

—Yo que tú se lo contaría todo. Tiene muy mal carácter, créeme, sé de lo que hablo. Hoy me ha montado un pollo por estacionar dos minutos en una plaza de minusválidos.

Pablo Sánchez trataba de hablar, pero la sábana le apretaba el cuello en exceso y más que palabras emitía gruñidos. Dándose cuenta de ello, Julie le colocó de nuevo la silla sobre los pies para que pudiera expresarse con claridad.

—No saben nada… Solo que tú trabajas para la mafia china.

—¿Les has dicho mi nombre? —Le miró con frialdad la belga, amenazando con volver a pegarle una patada a la silla.

—Sí —dijo avergonzado—. Y también el del brigada. Pero solo eso… No tienen una mierda. Os lo juro. Ahora iba a declarar ante la jueza. Puedo contarle lo que queráis. Podemos jugarlo a favor. Es… es una buena oportunidad.

Reyes suspiró y le dio un nuevo trago el botellín de cerveza. Le daba bastante grima ver aquellas exhibiciones de indignidad. En su código de valores, cotizaba al alza la corrupción y a la baja, humillarse ante los demás.

—Decide tú —le dijo el brigada a Julie con desagrado.

La belga alzó la vista y contempló al agente Sánchez temblar de puro miedo. La vida de un ser humano dependía una vez más de su decisión. Había empezado la mañana cuestionando su moralidad y ahora tenía la oportunidad de redimirse, de demostrarse que no había caído en un pozo de oscuridad, que todavía había esperanzas para ella.

Julie estaba a punto de perdonarle la vida cuando el agente se meó encima.

—Por favor, por favor —suplicó Sánchez mientras la orina le empapaba los pantalones y le goteaba por el dobladillo hasta morir en el asiento.

Los ruegos y el fuerte olor a meado causaron un efecto contrario en la belga. Al verlo como un corderito indefenso y no como un ser humano, cambió de opinión y le dio una

enorme patada a la silla.

Sánchez se quedó sin puntos de apoyo y además de ahogarse, la violenta suspensión en el aire le fracturó el cuello. En apenas unos segundos, su cara se quedó sin mes de abril y se marchitó.

Julie contempló hipnotizada su rostro de dolor y volvió a sentir ese tremendo poder; el de decidir quién debía vivir y quién no. Esa fuerza oscura tan extensa como la noche que era capaz de tapar cualquier dilema moral. Durante años en Cureghem se había sometido a la ley de la calle. Ahora ella imponía las leyes y dictaba las sentencias. Tenía un poder infinito. Un poder que la consumía.

—Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo —dijo Reyes, para el que ver mearse a Sánchez en los pantalones fue más definitivo que el hecho de revelar sus nombres a la Guardia Civil.

Apenas les quedaban dos minutos de margen para que expirara la tregua que les habían dado, así que debían darse prisa. Tras eliminar todos los elementos que pudieran delatar su paso por el hotel, como el botellín de cerveza, la extraña pareja abandonó la estancia.

—Habitación limpia —dijo Julie para despedirse de los dos guardias civiles que vigilaban en la puerta número 223.

* * *

Málaga, Ciudad de la Justicia, diez y media de la noche

Cerca de las once, el aire acondicionado seguía sin funcionar en la Ciudad de la Justicia. Según pudo constatar Lucía Gutiérrez aquella noche, no solo los procesos judiciales eran lentos, al parecer, dentro de ese edificio, hasta una simple reparación exigía paciencia. En realidad, no le sorprendió en exceso. Trabajaba para la Guardia Civil. Sabía cómo funcionaban las cosas en la Administración pública. El tiempo se movía a un ritmo diferente allí dentro, como si se produjese un desfase horario en cuanto se traspasaba la puerta, como si el exterior de los juzgados, el

de las oficinas del INEM o el de la Tesorería de la Seguridad Social se encontraran en el huso horario español, pero el interior, los pilares sobre los que se asentaban aquellas construcciones, descendiera en las profundidades de la tierra hasta alcanzar los meridianos 74 y 85, donde se hallaban Cuba, las Bahamas o Jamaica. Por alguna rareza tectónica, geodésica o cosmográfica, fuera del recinto estaba Europa, pero dentro se esparcía el mar Caribe y sus relajadas costumbres. Resultaba contradictorio que, con aquella desnaturalización del tiempo y la geografía, al entrar los funcionarios no te recibieran con un mojito.

Lucía Gutiérrez solo tuvo que abrir la puerta del despacho de la jueza Andrade para darse cuenta de que esta estaba a punto de consumirse en su propio sudor. El anticuado ventilador seguía girando sus aspas pesadamente, moviendo toneladas de aire caliente de una pared a otra de la habitación.

—¿Me acompaña a por agua fría? —le imploró la magistrada—. Necesito salir de este horno.

Como no podía ser de otra manera, la teniente accedió y ambas recorrieron los casi setenta mil metros cuadrados del edificio en busca de agua y brisa fresca. Se trataba del mayor edificio administrativo de Andalucía. Concentraba en sus instalaciones la práctica totalidad de los diferentes órganos judiciales que antes de su construcción se encontraban dispersos por la ciudad, entre ellos los Juzgados de lo Social, los Juzgados de lo Penal, los Juzgados de Instrucción o los Juzgados de Primera Instancia.

Un paseo que duró al menos quince minutos, hasta que dieron con la única máquina de *vending* en funcionamiento.

Después de que la magistrada se refrescara y se desahogara con el complejo engranaje burocrático que la había condenado a estar sin aire acondicionado un día entero de terral, Lucía Gutiérrez entendió que había llegado el momento de ponerla al día.

De su brazo derecho agarró la carpetilla azul donde Zaida había recopilado escrupulosamente toda la

información y trató de no olvidar ningún detalle.

—¿Y qué pintan en toda esa red de tráfico de personas dos miembros del Estado Islámico? ¿Por qué les degollaron y les escribieron «infieles» en la frente? —quiso saber la jueza Andrade en cuanto la teniente finalizó su exposición.

—Para eso no tengo respuesta. Tal vez solo fue una maniobra de distracción. Captaron a dos desgraciados con antecedentes yihadistas para crear confusión —improvisó sobre la marcha Lucía Gutiérrez.

—De momento tenemos a ocho detenidos en Melilla que estaban entrenando con armas del Ejército Libre de Siria en la trastienda de la mezquita de Al Salam, y un contenedor en Algeciras con armas de idéntica procedencia y que tienen relación con los dos fallecidos. Por el contrario, tenemos una teoría bien argumentada, pero cuya prueba más sólida es un SMS recibido por Yusuf Hakimi meses antes de los hechos investigados y una vietnamita desaparecida en Róterdam. Sabe tan bien como yo que si no encuentra a esos presuntos inmigrantes asiáticos, vivos o muertos, no tiene caso… —Frunció el ceño la magistrada.

—También tenemos el testimonio de Sánchez. Y si usted lo ordena, podemos tener a Julie Vertoghen —se defendió como pudo Lucía Gutiérrez.

Antes de que pudiera seguir argumentando, la teniente se dio cuenta de que habían llegado de nuevo al despacho de la magistrada y el paseo había terminado.

La jueza abrió las puertas de la estancia y una bofetada de calor les dio la bienvenida. Sin que ninguna de las dos se atreviera a entrar, le respondió desde el umbral, donde todavía se conservaba una temperatura aceptable para el desarrollo de la vida humana.

—En este momento, si somos realistas, no tiene ni eso. Sánchez ha hablado de colaboración con la mafia china para introducir en el puerto falsificaciones y, en determinadas ocasiones, cocaína. Y encima parece que su testigo llega tarde, ¿puedo saber dónde está la pieza angular de su tesis? —preguntó la jueza Andrade consultando su reloj, evidenciando que no tenía más ganas

de seguir esperando dentro de aquel simulacro de horno crematorio.

Lucía Gutiérrez tragó saliva. Efectivamente, la llegada de Sánchez se estaba retrasando. La oficial miró también su reloj y se dio cuenta de que ya pasaba media hora. Impaciente, buscó su teléfono móvil, se distanció unos metros del despacho y su terrible onda expansiva de calor, y llamó a Urbizu.

—¿Dónde coño se han metido? La jueza se está empezando a cabrear y con razón —dijo en cuanto el capitán descolgó.

—Tengo malas noticias: Sánchez se ha suicidado en su habitación.

A Lucía Gutiérrez se le congeló el rostro. Se acababa de quedar desnuda ante la magistrada.

Sexto día de terral

-Lunes 6 de agosto de 2018-

«Que me van aniquilando la gente anda diciendo
y sigo por mi camino, que las nubes las destruye el viento».

Málaga, Hotel Los Naranjos, doce y cuarto de la madrugada

Algo parecido a una brisa marina sopló en la cara de Lucía Gutiérrez. Fue tan inesperada como refrescante. Lo más parecido a un orgasmo que había tenido en los últimos meses. Si hubiera tenido una sábana a mano, la habría arañado de placer. Estaba a punto de fumarse un cigarrillo postcoital cuando la brisa se esfumó de golpe. Ya no se podía correr dos veces seguidas ni con la corriente que venía del mar. Eran tiempos difíciles para disfrutar con su cuerpo. Mujer de mediana edad y gozo eran un oxímoron, un matrimonio mal avenido que terminaba durmiendo en camas separadas.

Pese al inesperado gatillazo, la teniente tuvo que reconocer que la madrugada le sentaba bien a Málaga. La temperatura era agradable y las luces de las farolas brillaban de manera exuberante en la zona este de la ciudad. Agosto era menos agosto en el Paseo de Reding, un agradable retiro alejado del cemento y el ladrillo visto donde cualquiera podía deleitarse con las hermosas fachadas de las villas y hotelitos del siglo XIX que plagaban la avenida. La mayoría de aquellas viviendas habían acabado convertidas en clínicas, escuelas o sedes administrativas, pero, a pesar de los rótulos y los neones que abarataban la estética de los edificios, todavía se podía

vislumbrar cómo era la vida de aquellos burgueses que se hicieron ricos durante la revolución industrial y quisieron mostrarles a los demás sin ningún tipo de pudor lo bien que les iba.

En el momento en que puso los pies en el Paseo de Sancha, tuvo la sensación de estar cambiando de país y de época, como si hubiera cruzado una frontera invisible o hubiera tropezado con un lugar que no estaba registrado en los mapas de la ciudad. La culpa de aquel singular *jet lag* la tuvieron las intermitentes luces de las sirenas de los coches patrulla que rodeaban el Hotel Los Naranjos, que habían llevado de golpe el futuro a aquel reducto melancólico.

—El capitán Urbizu la espera en la habitación 223, mi teniente. —Se cuadró ante ella el sargento López, que había salido a la calle a fumar un cigarrillo.

La llegada de la teniente alteró por completo la armonía de los agentes, que, en cuanto la vieron, arrojaron al suelo sus pitillos y fingieron estar más concentrados de lo que la situación requería.

Incómoda por la discordancia que provocaba su presencia allá donde fuera, procuró mostrarse amable y establecer la fraternidad que imperaba en la improvisada reunión de guardias civiles.

—¿Sabes si me está esperando con una botella de *champagne*? —preguntó de manera irónica sin que el agente entendiera el chiste.

Normalmente, su sentido del humor nunca llegaba a funcionar. Suponía que, en general, los hombres no esperaban de una mujer que fuera graciosa, como así era. Pero en su caso particular, había acostumbrado tanto a sus subordinados a las palabras gruesas y las reprimendas que, cuando cambiaba de tercio, les pillaba totalmente desprevenidos. Sus chistes eran como tormentas de verano; una inesperada gota fría que caía cuando todos estaban tomando el sol.

Cuando la oficial llegó a la habitación 223, ya habían retirado el cadáver de Sánchez y la sábana con la que se había ahorcado. Tan solo quedaban allí la policía científica

y Urbizu.

El capitán movía con pesadez su saco de huesos de un lado a otro de la habitación estorbando más que otra cosa. Sin embargo, no fue el ímpetu de Urbizu lo que llamó la atención de Lucía Gutiérrez, sino el rosetón en el que reposaba la lámpara. El remate estaba visiblemente desplazado y había arrastrado con él un trozo del techo.

—¿Fue ahí donde se ahorcó? —preguntó la teniente a bocajarro, eludiendo cualquier saludo.

—Sí, en la puta lámpara. Se hizo una soga con las sábanas de la cama. Meses investigándolo y lo pierdo en cuanto le pongo protección. ¡Manda cojones! —se quejó amargamente Urbizu.

Lucía se colocó debajo de la lámpara y la examinó de cerca. Era estremecedor comprobar el deterioro que había provocado en el yeso del techo y en el enganche de la lámpara el empuje de la sábana al ejecutar el ahorcamiento. Por una vez estaba de acuerdo con el capitán. No dejaba de ser paradójico que perdiera a su fuente en el mismo momento en que pasaba de investigado a colaborador. A decir verdad, más que paradójico, resultaba llamativo.

—¿Tiene alguna novedad de la agente que le seguía? —le interpeló la teniente sin dejar de mirar al techo, tratando de imaginar qué había llevado a Sánchez a quitarse la vida de una forma tan salvaje.

—¿A qué viene esa pregunta? Sabe tan bien como yo que sigue en paradero desconocido.

El capitán tenía razón, Lucía Gutiérrez sabía perfectamente que Inés Navarro continuaba desaparecida, sin embargo, encajó la noticia con simulada sorpresa.

—No me ponga caritas. No soporto cuando hace eso. Si fuese capaz de verse a sí misma cuando lo hace, sería la primera en tener arcadas. ¿Se cree que es la única que ha pensado que esto podría no ser un suicidio? Pues siento arruinarle la novela, Agatha Christie. No se ha encontrado ni una sola evidencia de que hubiese alguien más aquí ni el cuerpo de Sánchez tenía muestras de violencia más allá de la fractura del cuello. Por no hablar de que la habitación

estaba custodiada por dos agentes que no se han movido en toda la noche de la puerta, así como en el vestíbulo y los exteriores del edificio. Esto es lo que parece. Sánchez no ha podido con la presión. Punto final. No tiene nada que ver con lo de la agente Navarro.

La teniente hizo un esfuerzo por templar gaitas. Sabía que no le convenía discutir abiertamente con Urbizu. Pero aquello no significaba que estuviera de acuerdo con él. La desaparición de Inés Navarro y la muerte de Pablo Sánchez no podían ser una simple casualidad temporal, y más desde la aparición en el tablero de juego de Julie Vertoghen. Desde su punto de vista, aquella mujer había abandonado su zona de confort en Bruselas con un único propósito: borrar todo rastro que la implicara. Había fracasado una vez en su intento de quitarle de en medio en el parking del Muelle Uno y, aunque todavía no pudiera demostrarlo, aquello tenía toda la pinta de ser una segunda tentativa más exitosa. El hecho de que hubiera agentes custodiándole tampoco significaba gran cosa. El propio Sánchez era un agente de la Guardia Civil y aun así trabajaba para ella. Así que había una alta probabilidad de que alguno de los presentes también estuviera comprado.

Hasta tener alguna certeza, la oficial cambió de asunto.

—¿Cuándo se enteraron de que se había suicidado? ¿Les avisó algún empleado del hotel?

—No, fue el sargento López. Vino a buscarle para llevarle a los juzgados. Al comprobar en un par de ocasiones que nadie respondía, decidió entrar en la habitación y se lo encontró sin vida colgado de la lámpara.

—¿Podría hablar con él?

—No, por supuesto que no puede. Ni con él ni con nadie. La he invitado a venir por simple cortesía. Esto es una investigación interna que no la incumbe. Usted ocúpese de sus asuntos que yo me ocuparé de los míos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —mintió la oficial poniendo cara de obediente. Una «carita» que en esta ocasión pasó inadvertida para Urbizu.

Tras la fría despedida, Lucía salió del edificio y volvió a tropezarse en el exterior del hotel con el sargento López. Al igual que la teniente, parecía un fumador empedernido y empalmaba un cigarrillo con otro. Aquello le dio confianza suficiente para acercarse a él y saltarse la prohibición de Urbizu tan solo dos minutos después de que le hubiera dado una orden concreta.

—¿Tienes fuego? —dijo sacando un cigarrillo, fingiendo que solo trataba de relajarse en lugar de dar inicio a un interrogatorio.

* * *

Málaga, Hospital Parque San Antonio, una de la madrugada

A menos de quinientos metros de distancia, en la vecina avenida del Pintor Joaquín Sorolla, Ibrahim, con la ayuda de una silla de ruedas, avanzaba por el pasillo de radiología del hospital privado Parque San Antonio. Estaba dolorido y cansado, pero por encima de todo, estaba asustado. Tenía poca experiencia con los hospitales. Tan solo había estado una vez visitando a su abuelo días antes de que muriera, por lo que sabía lo suficiente para darse cuenta de que de aquellos edificios no siempre se salía.

Aunque contemplaba esa posibilidad, prefería mostrarse manso, con esa extraña y contradictoria mezcla de miedo y fe en que todo va a salir bien. Recorría los pasillos del hospital con la misma sumisión que un cordero los últimos metros del matadero. Tal era su docilidad que incluso agradeció la presencia de algún que otro crucifijo con el que se topó en su camino. Rara vez había contemplado una imagen de Jesucristo, pero aquella larga madrugada se dio cuenta de que aquel judío famélico que estaba a punto de expirar en la cruz le transmitía seguridad y confianza. Tanta que le rezó secretamente, sin tener muy claro si eso le convertía en un blasfemo. A decir verdad, tampoco le preocupaba mucho. En la última semana había cruzado todas las líneas rojas y vulnerado todo tipo de leyes y

normas, así que desobedecer una más no le iba a hacer peor musulmán. Estaba en una situación límite, necesitaba agarrarse a cualquier clavo ardiendo y los de Cristo eran tan válidos como cualquier otros.

Indiferente al sacrilegio, Ismael empujaba la silla de ruedas de Ibra y le guiaba a través del laberíntico recinto. A aquellas horas tenía el pelo revuelto y cara de extenuación. Pero la fatiga no impedía que siempre que podía le hiciera un gesto de cariño al muchacho.

Después de cruzar una puerta donde se podía leer «Tomografía Axial Computerizada», el médico le apretó el hombro procurando insuflarle algo de ánimo.

—¿Me va a doler? —le preguntó en árabe Ibrahim cuando entraron en la habitación y el chico descubrió el artefacto futurista con el que tenían que examinarle la cabeza.

—Ni te vas a enterar. Solo tienes que estarte quieto unos veinte minutos —le respondió el amigo de Karim en su mismo idioma para tranquilizarle.

A pesar de sus palabras, Ibra tuvo la sensación de que se trataba de una mentira piadosa. No le gustaba el aspecto de aquella máquina. Tenía una forma circular inquietante, así como tal cantidad de luces y botones que imponían tan solo con mirarlos. No parecía diseñada para ayudarle a sanar, sino para provocarle dolor. Pese a ello, no quería parecer asustadizo y, con la ayuda de Ismael, dejó la silla a un lado y trepó hasta la camilla del TAC. En cuanto se acomodó, se quedó allí a solas con la única compañía de los desasosegantes ruidos procedentes del aparato.

Por un momento tuvo la tentación de pedirle a Ismael que se quedara con él, pero antes de que pudiera ni tan siquiera procesarlo, las luces de la habitación se apagaron. Con el pulso acelerado, se fijó en que la camilla se movía sola y se dirigía al interior del círculo, de donde procedía una luz blanca prodigiosa, como si fuese una nave espacial que quisiera abducirle.

—Recuerda, Ibra, no te muevas —le dijo Ismael en árabe a través de un altavoz.

En realidad, no hacía falta que se lo recordara. Ibrahim estaba completamente inmóvil. No podía mover ni un solo músculo. Le costaba hasta tragar saliva o pestañear. Era una sensación muy extraña. Un batiburrillo en el que la claustrofobia y el miedo a lo desconocido se iban dando relevos.

Los ruidos del aparato se hicieron cada vez más intensos e insoportables. Un estruendo tan aparatoso que empezó a dudar de si querían examinarle el interior de la cabeza o lanzarle al espacio exterior. De repente echó de menos a su madre. Y a su hermano. Ojalá estuvieran allí con él dándole la mano. O, mejor aún, ojalá estuvieran los tres en Marruecos jugando al *backgammon* en su pequeña casa en el campo. Añoraba esos días en los que no pasaba nada, en los que se quejaba por no tener un televisor. O unas zapatillas de deporte. O una videoconsola. Cosas sin las que, ahora se daba cuenta, podía vivir perfectamente. Por comparación, era mucho mejor tener las dos piernas sanas y no estar metido en aquella máquina que jugar una partida al *GTA*. Para un optimista empedernido como él era duro admitir que todo aquel viaje había supuesto un tremendo error. Tendría que haber sido paciente y esperar a cruzar la valla con dieciocho años tal y como le recomendó su madre. ¿Para qué le habían servido tantas prisas? Si se paraba a pensarlo, desde el día en que puso un pie en Melilla, su vida había cambiado diametralmente a peor. Un intervalo siniestro que iba desde estar encerrado en un centro de menores hasta casi morir atropellado, en el que lo mejor que le había pasado era repetir dos veces cuscús en casa de Karim y evitar convertirse en un adicto al pegamento. Europa no había reducido un ápice su pobreza, tan solo su esperanza de vida, lo cual tenía mérito viniendo de donde venía.

Ahora era capaz de verlo todo de una forma tan nítida que le costaba creer que aquella repentina clarividencia fuera fruto de sus pensamientos y no de la intervención de aquel artefacto capaz de mirar dentro de su cerebro. Tenía la sensación de que la máquina le había escaneado sus

reflexiones más profundas y entregado posteriormente un informe preciso con los resultados.

Mientras Ibrahim seguía reprochándose su imprudencia, las luces del TAC se apagaron y la camilla se desplazó hasta su lugar de origen.

—Hemos terminado, en un rato os doy los resultados —dijo Ismael a través del micrófono, más seco de lo que en él era habitual.

No mucho más, tan solo una ligera vibración con respecto a su tono afable, lo suficiente para que Ibra se convenciera de que algo andaba mal e iba a morir solo en aquel país rico en decepciones.

* * *

Málaga, Hotel Los Naranjos, una y cuarto de la madrugada

Lucía Gutiérrez exhaló el humo del tabaco y este se fusionó con el terral, creando a su alrededor una corriente de aire caliente parecido al de un secador. Tenía la misma sensación que cuando iba a la peluquería a hacerse un cardado para asistir a una boda. Por un momento le sorprendió ver a su lado al sargento López y no una mesita con los últimos ejemplares del *Hola*.

Después de unos segundos de cortesía, en los que prefirió guardar silencio, consideró que había llegado el momento de revelar sus verdaderos propósitos y no andarse por las ramas.

—Si se quería asfixiar, no hacía falta que se ahorcara, bastaba con abrir la ventana. —Utilizó la teniente el comodín del terral para romper el hielo.

—Encima eso, *terralazo*. Como si la noche no hubiera tenido *guasa* —se quejó el suboficial dándole una nueva calada a su cigarrillo.

Fumaba intranquilo, chupando de la boquilla como si de allí saliera oxígeno y no nicotina. Con esa misma premura que los que velan un cadáver en un tanatorio, que después de repartir tres abrazos y dos frases hechas se quedan sin

nada que hacer, salvo salir fuera y quemar el tiempo a la misma velocidad que arde el papel de los cigarrillos con cada nueva pitada.

—Perdona, no recordaba que fuiste tú el que lo encontró… —dijo Lucía, como si aquello fuera fruto del despiste y no un acto premeditado para hacerle hablar.

—No se me va a olvidar en la vida la cara del chaval. Estaba desencajado, con los ojos del revés. No sé, no paro de darle vueltas a que si no me hubiera entretenido en recepción, podría haber llegado a tiempo.

Su última palabra se solapó con una nueva calada. De alguna forma, acababa de establecer la causa de su ansiedad; los remordimientos habituales en un caso de suicidio, el sentimiento de culpa por no haber hecho algo más que evitara el fatal desenlace. La larga y estéril cadena de dilemas encabezada por la demoniaca fórmula «qué habría pasado si…». Resultaba evidente que no estaba ante un hombre libre, sino frente a un prisionero de las suposiciones y las conjeturas, alguien que vivía atrapado en el pasado reciente, alguien apesadumbrado que buscaba desesperadamente un hombro en el que desahogarse. Así que Lucía le ofreció el suyo de manera oportunista. Tan solo debía indagar un poco más en sus problemas de conciencia para obtener la información que necesitaba.

—¿Qué es lo que pasaba en recepción? ¿Por qué te retrasaste?

—Un problema de electricidad que empezó afectando al riego automático y terminó jodiendo también las cámaras de seguridad. Me tuvieron liado allí veinte o veinticinco minutos por una chorrada. Cuando subí a la habitación, Sánchez ya estaba muerto… A lo mejor no hubiera cambiado nada, pero… ya sabe, la duda me tiene fastidiado.

La teniente asintió como si realmente empatizara con él, como si fuera capaz de abstraerse de todos los problemas que la mantenían arrinconada y pudiera ponerse en sus zapatos. Pero era solo eso, una mera apariencia.

Lucía Gutiérrez tiró la colilla al suelo y dio por

finalizada la conversación. En aquel momento, los problemas de conciencia del sargento López le importaban bastante poco. De todo lo que le había contado, lo único que le interesaba era que las cámaras de vídeo del hotel habían dejado de funcionar aproximadamente durante veinte minutos, tiempo más que suficiente para que alguien entrara en el establecimiento y, con la participación de uno o varios agentes de la Guardia Civil, pudiera colarse hasta la habitación de Sánchez. Conocía a Urbizu lo suficiente para saber que si había hablado con el sargento, estaría pensando exactamente lo mismo que ella. Si quería aparentar lo contrario, era para guardar las apariencias y que ninguno de los agentes encargados aquella noche de la custodia de Sánchez sospecharan que iban a ser investigados por un posible delito de cómplices de asesinato, corrupción y colaboración con el crimen organizado.

* * *

Málaga, Las Chapas, una y media de la madrugada

Tras una jornada interminable y soporífera en la Comandancia, Zaida eligió ir andando hasta el piso que le había asignado la Guardia Civil temporalmente en las proximidades de Las Chapas, un barrio de clase trabajadora situado entre los distritos de Bailén y Cruz del Humilladero cuyo centro neurálgico era una gasolinera de nombre homónimo. Aunque en los últimos años le había salido un fuerte rival, la biblioteca Miguel de Cervantes de la calle Martínez Maldonado, la gasolinera de Las Chapas seguía siendo la verdadera rosa de los vientos de la barriada. Todo quedaba al norte, sur, oeste y este de la estación de servicio. Se podía decir que funcionaba como un vestíbulo, un modesto zaguán en el que nunca olía a flores frescas, sino a gasolina sin plomo.

Caminaba con ropa de paisana, distraída con todo aquello que le ofrecía su nueva ciudad, haciendo fotografías

con el móvil a todos los edificios que le llamaban la atención, viviendo intensamente la ficción de que era una mujer cosmopolita y no una simple guardia civil destinada allí temporalmente.

En las inmediaciones de la gasolinera, en la plaza Aparejador Federico Bermúdez, Zaida se disponía a cruzar la calle cuando una furgoneta le bloqueó el paso. Era una Volkswagen Caddy de color gris, casi tan humilde como el propio barrio. Lo primero que pensó es que al conductor se le había calado el motor, hipótesis que no tardó en desechar cuando se abrió una de las puertas laterales y se topó con un hombre que le hacía gestos ostensibles con la mano para que se sentara junto a él. Tendría unos cuarenta y cinco años. Un cuello rotundo, pelo corto y un rostro bien parecido.

Como solía ocurrirle, la agente Slimani se quedó congelada. Contemplaba hechizada cómo la mano del desconocido se balanceaba sobre el asiento vacío y no terminaba de decidir si era mejor declinar la invitación o averiguar de qué se trataba. Fiel a su estilo letárgico, no hizo ni una cosa ni otra y se quedó parada frente a la furgoneta como una suerte de hombre del tanque en la plaza de Tiananmén. Inmóvil. Impertérrita. Esperando a que el vehículo desapareciera solo por arte de magia.

—Sube, no te va a pasar nada. Solo quiero hacerte una proposición —dijo tranquilo el brigada Reyes desde su asiento.

—¿Qué proposición? —terminó por reaccionar Zaida.

—Una que te va a cambiar la vida.

A Zaida no le gustó cómo sonó aquello. Estaba a punto de rechazar la oferta y seguir su camino cuando alguien la empujó por detrás y la obligó a entrar en el vehículo.

—Ya te ha dicho que no va a pasar nada —gritó Julie cerrando la puerta lateral de manera brusca y volviendo al asiento del piloto.

La agente Slimani pasó de estar paralizada a sentir miedo en apenas una milésima de segundo, justo cuando escuchó cómo se activaba el bloqueo de todas las puertas.

No tenía ni idea de quiénes eran aquellos dos ni de por qué querían secuestrarla. Asustada, decidió que lo mejor que podía hacer era sacar su placa y dejar claro quién era antes de que su vida corriera peligro.

—Soy agente de la Guardia Civil. Será mejor que abras las puertas si no quieres meterte en un lío —dijo Zaida sacando fuerzas de donde no las tenía.

—Tranquila, yo también —dijo Reyes mostrando sus credenciales—. De hecho, tengo un rango superior al tuyo. Así que te voy a pedir que te relajes dos minutos y me escuches. ¿Ves esto? —preguntó el brigada tomando un maletín—. Aquí hay cincuenta mil euros para ti —le dijo mostrándole el interior de la valija.

Zaida le echó un ojo a los billetes, pero más que la cantidad, lo que le llamó la atención fue una bolsa de lo que parecía un fardo de cocaína colocada encima de los mismos.

—Ahí hay algo más que dinero —dijo la agente señalando el bulto que sobresalía entre los billetes.

—Eso es la contraprestación. A cambio de los cincuenta mil euros solo necesito que hagas una cosa ridícula: que coloques esta bolsita en el maletero de la teniente Gutiérrez. Es prácticamente dinero regalado.

—¿Me estás sobornando?

—No, te estoy dando un motivo para que quieras seguir siendo guardia civil. Mañana o pasado, como muy tarde, te van a ordenar volver a Melilla. Tal vez a la Cañada o tal vez a patrullar en la valla. ¿Quién sabe? De lo único que estoy seguro es de que tendrás que volver a sacar la porra a gente como tú que solo quiere buscarse la vida de la forma más digna que pueden. Y, entonces, volverás a hacerte las mismas preguntas que llevas haciéndote desde hace años: ¿por qué hago esto? Aquí tienes la respuesta: por mucho dinero —concluyó su exposición cogiendo un fajo de billetes—. Y esto es solo el principio. La gente como tú, que trabaja en las fronteras, está muy cotizada.

Aquello descolocó a la agente. Todas sus dudas y todos sus miedos habían aflorado en la voz de aquel desconocido.

Nunca antes lo había visto y, sin embargo, él parecía conocerla de toda la vida.

Zaida se quedó mirando el dinero y la cocaína. Por un instante imaginó cómo sería su vida con cincuenta mil euros en la cuenta corriente y si eso compensaría traicionar a Lucía Gutiérrez. Posiblemente era el dilema más complejo al que se había enfrentado nunca, pero por primera vez en muchos años, la agente no se bloqueó y supo de inmediato lo que tenía que hacer.

—No soy la persona que estás buscando, no soy como tú —dijo cerrando el maletín que le ofrecía Reyes.

—Sí que lo eres. Nunca me equivoco. He aprendido a tener buen ojo con los años. Terminarás aceptando, estoy seguro —replicó el brigada al mismo tiempo que le hizo entrega de un trozo de papel con un número de teléfono anotado.

* * *

Melilla, Comandancia de la Guardia Civil, dos de la madrugada

El abogado de Omar era prácticamente imberbe. Tenía veinticuatro años y un rostro aniñado. El traje le quedaba casi tan grande como la carrera de derecho. Tenía más pinta de haber ido a la boda de una prima en Zamora con la ropa de su padre que a representar legalmente a un presunto yihadista. Y lo peor de todo era que trataba de suplir su falta de experiencia y carisma con buena voluntad. Una combinación letal que condenaba más rápido a Omar que una petición de cárcel de la Fiscalía.

—Es importante que les cuentes la verdad; que estabas allí por dinero y que no tenías ninguna intención de viajar a Siria o Irak. Responde a todas las preguntas con la total confianza de que eres inocente, ¿entendido? —le dijo el letrado a Omar, aunque más bien parecía que se lo estaba preguntando a él mismo, en un intento desesperado por reafirmarse y asegurarse de que le había dado un buen

consejo.

El hermano de Zaida le dio la mano para despedirse. No le sorprendió que fuera de aquellos que saludaban de manera blanda, sin apenas apretar, dejando la mano muerta. Todo en aquel abogado del turno de oficio mostraba debilidad.

Nervioso y mal asesorado, Omar entró en la sala de interrogatorios y allí se encontró con el sargento González, que le esperaba de pie leyendo para sí un par de folios. Antes de que se pudiera sentar y ponerse cómodo, le lanzó la primera pregunta:

—Según leo en tu declaración, aseguras que acudiste a la Mezquita Blanca después de que Rachid y Usama te pagaran cincuenta euros. ¿Esperas que nos creamos que estabas sujetando una AK-47 por cincuenta miserables euros? ¿Cuánto dinero habrías necesitado para ponerte un cinturón de explosivos y llevarte por delante a todo el que pudieras? ¿Ochenta euros? ¿Cien?

A Omar la pregunta le pareció tendenciosa. La clase de provocación que utilizaba la policía para sacar de sus casillas a los interrogados y que cometieran un error. Puede que su abogado no tuviera la experiencia necesaria para aconsejarle, pero veinte años en la Cañada equivalían prácticamente a una carrera de Derecho. Todos en algún momento se habían enfrentado a situaciones similares, así que prefirió no ponerle las cosas fáciles y pensó una respuesta pausada que ayudara a rebajar la tensión.

—Necesitaba el dinero. La policía cerró la frontera del Barrio Chino y no podía ir a Nador a hacer portes. Cada día que no cruzo la frontera dejo de ganar cuarenta euros. Fui a la mezquita después de que me ofrecieran cincuenta euros por rezar y compensar las pérdidas. Solo por rezar. A todo lo demás, me obligaron.

El sargento González le observó insatisfecho, dándole a entender que no era la respuesta que esperaba, y seguidamente se sentó en una silla frente a Omar.

—¿No te pareció raro que te pagaran cincuenta euros solo por rezar en la mezquita con peor fama de Melilla?

¿Crees que soy tan gilipollas como para creer que a día de hoy hay alguien todavía en la Cañada que no sabe lo que pasa allí dentro?

—Todos hemos escuchado cosas…, pero juro que todas las veces que he ido solo he visto gente rezando.

—O sea, ¿que has ido más veces? En tu declaración aseguraste que era la primera vez que fuiste.

—Cuando necesito dinero, voy, pero solo a rezar.

—Ya… ¿Y a quién le estabas rezando cuando entró la policía mientras sujetabas un fusil de asalto? ¿Al santo Chuck Norris?

—Ya se lo he dicho, me obligaron. Esta vez todo fue diferente. Después de rezar nos llevaron a la trastienda y allí nos soltaron un discurso lleno de mensajes facilones.

—¿Como cuáles?

—Ya sabe, que si estábamos destinados a algo mejor que esto, que los cristianos nos odian… Después nos hablaron de Siria y sacaron armas para que las probáramos. A mí me apuntaron con una para que la cogiera.

—¿Sabes? Ninguno de los otros chicos corrobora tu testimonio. Nos han dicho que fuiste tú el que les habló de la Yihad mientras les enseñabas a manejar un arma.

—¡Eso es mentira! —perdió finalmente los nervios Omar.

—Son siete testimonios contra el tuyo. ¿Puedes demostrar lo contrario?

—No…, pero tiene que creerme.

—Quiero hacerlo, Omar, pero no es fácil —dijo tomando otro folio que había en la mesa—. Agentes de la frontera en el Barrio Chino aseguran que te ofrecieron trabajar para ellos y que a los dos días lo dejaste. Al mismo tiempo, afirman que lo hiciste de malos modos y les acusaste de racistas y violentos. Uno de ellos, incluso, ha declarado que dijiste que no eras un vendido como tu hermana, la agente Zaida Slimani. ¿A qué te refieres con ser un vendido? ¿A traicionar al Islam, a tus hermanos musulmanes?

Omar tragó saliva. Aquello le perjudicaba y no estaba ya seguro de que la verdad y las respuestas meditadas le

fueran a sacar de allí. Aun así, luchó con todas sus fuerzas para no parecer acorralado. Más inquieto de lo que quería aparentar, el chico llenó de agua un vaso y bebió para quitarse la terrible sed que le dio sentirse culpable.

—Estaba enfadado con mi hermana. Todos se reían de mí y me llamaban *chipichanga*. Es duro vivir en la Cañada, ya lo sabe. Lo último que necesitaba es que me acusaran de traicionar a los míos.

En cuanto pronunció aquella palabra, supo que había cometido un gran error. Siempre se había sentido incómodo con esa separación. Para él no había un «ellos» y un «nosotros», y sin embargo, acababa de manifestar que tenía un grupo de pertenencia. Tal vez fueran los nervios, la presión que sentía del guardia civil o lo injusto que le resultaba pensar que estaba allí solo por rezar. Peros sus palabras tampoco pasaron inadvertidas para el sargento González, que en ese momento retiró el folio que estaba leyendo y se quedó mirando fijamente a Omar. Por fin lo había quebrado.

—¿A los tuyos? Muchos podrían definir tus palabras como las de un fanático. Te empeñas en negarlo, pero los hechos son los que son; alguien que quiere ayudar a los suyos con un arma en la mano dentro de la mezquita más radical de toda Melilla se parece bastante a un yihadista. Será mejor que llames a tu familia y le reces muy fuerte a Alá. Estás acusado de pertenencia a banda terrorista y adoctrinamiento. Hasta que se celebre el juicio, vamos a recomendar la prisión preventiva.

Omar volvió a llenar el vaso de agua y bebió lentamente. Tenía un nudo considerable dentro de la garganta. Más que la cárcel, le aterraba tener que darle la noticia a sus padres, y mucho más a su hermana.

* * *

Málaga, prolongación de la Alameda, tres y media de la madrugada

El coche de Lucía Gutiérrez atravesó la ciudad de madrugada. Las calles estaban desiertas y en completo silencio. Ni siquiera la tímida luz de los neones distraían en exceso la vista. Una tranquilidad inaudita para el trasiego que tenían por las mañanas esas mismas avenidas. Era como si aquella urbe cosmopolita y en pleno auge económico tuviera nostalgia por las noches de su pasado provinciano, como si tratara de recuperar con la caída del sol la confortable rutina, la agradable sensación de los lugares pequeños donde nunca pasa nada.

Al contrario que la calma que mostraba la ciudad, la cabeza de la teniente funcionaba a toda velocidad. Seguía dándole vueltas a lo que podía haber ocurrido en la habitación 223 después de comprobar con el sargento López que, efectivamente, ninguna de las cámaras de seguridad del Hotel Los Naranjos había registrado actividad alguna durante aproximadamente veinticinco minutos. Un intervalo de tiempo más que considerable para que alguien como Julie Vertoghen tuviera tiempo de entrar, ahorcar a Sánchez y salir de allí con total impunidad. Lamentablemente, no tenía ninguna imagen para demostrarlo.

Lucía aparcó el coche y subió por las escaleras lentamente en lugar de tomar el ascensor. No sabía cuál era exactamente el motivo, pero no le apetecía llegar a casa. Cuando abrió la puerta y se encontró a Claudia despierta en el salón, se dio cuenta de lo que realmente le pasaba: no quería ver a su hija. De una u otra forma, su paso por el Centro de Gestión del Tráfico había alterado su cerebro y aunque estuviera en pijama tirada en el sofá, ella solo podía verla huyendo, dejando tirado en la acera a un menor después de atropellarle. ¿Se podía odiar a una hija? ¿Le podía caer tan mal como una desconocida, como la propia inspectora Ruiz? ¿Llegaría el día en que pudiera contemplarla de una forma natural, sin asociarla a aquellas terribles y vergonzosas imágenes? No tenía la respuesta, tan solo la certeza de que si se dejara llevar, ahora mismo estaría zarandeándola y preguntándole por qué hizo algo

así. En lugar de eso, permaneció allí de pie, muda e inmóvil, como si estuviera presenciando una avalancha que estuviera a punto de aplastarla.

Claudia se levantó del sofá y, después de desperezarse, se aproximó hasta ella y la abrazó. Los brazos de su hija eran bloques de hielo, dos moles de carne congelada que le transmitían a su piel un frío insoportable. Antes de que se pudiera acostumbrar al cambio de temperatura, Claudia comenzó a frotarle la espalda con sus manos, haciendo lo que se supone que hacen los adolescentes cuando se sienten perdidos, buscar cariño.

Sin embargo, todo lo que sentía Lucía era una especie de animadversión o rechazo. Estaba atrapada en aquellas macilentas extremidades, y deseaba huir. Escapar de sus brazos, de su compañía, de todos los sentimientos negativos que le provocaba su propia hija.

—Ya no tienes nada de qué preocuparte —dijo Lucía, intentando vencer aquel gigantesco desapego.

—¿Qué quieres decir?

¿Cómo era posible que hasta su tono de voz le pareciera insoportable? Por primera vez se daba cuenta de que tenía un timbre desagradable, un tanto chillón, como si le hubieran colocado una bocina entre las cuerdas vocales. Le molestaba todo de ella, pero, sobre todo, que se hiciera la ingenua. ¿Acaso no le había pedido solapadamente que la ayudara a borrar lo ocurrido? ¿No le había dicho de una manera cobarde que se comportara como una madre después de tantos años de incomparecencia? Desde luego que lo había hecho. Lo menos que podía hacer ahora era ponerle las cosas fáciles, encerrarse en su habitación hasta que pudiera volver a mirarla a los ojos y asumir que las dos tendrían cosas de las que avergonzarse hasta el final de sus días.

—Quiero decir que confíes en mí. El día de ayer no existió. —Midió Lucía sus palabras antes de lanzarle todos aquellos reproches.

Finamente Claudia pareció entender a lo que se refería su madre y decidió premiarla con lo único que pensaba que

podía hacerla feliz.

—¿Quieres que durmamos juntas?

Aquella pregunta terminó por incendiar el delicado sistema de apegos de Lucía Gutiérrez. Una cosa era soportar su abrazo durante dos minutos y otra, tener que dormir al lado de alguien que en ese momento estaba más cerca de ser una homicida sin ningún tipo de moral que una hija. Incómoda, se inventó una excusa con la que poder escapar definitivamente de ella.

—Solo he venido a cambiarme de ropa. Tengo que seguir trabajando —mintió y se deshizo de los fríos brazos de Claudia.

Aunque solo era una excusa, tenía una parte de verdad; necesitaba urgentemente quitarse el disfraz de madre. Llevaba con él una larga jornada laboral y ninguna de las dos merecía que siguiera interpretando aquel papel. Había cumplido.

Casi de manera metafórica, Lucía Gutiérrez se puso algo más cómodo, un vaquero, y dejó en su armario aquellas pesadas ropas con la esperanza de no tener que volver a acudir a ellas en unos cuantos años.

Diez minutos más tarde, cuando salió de casa, se percató de que no tenía absolutamente nada que hacer. La vida había alumbrado aquella madrugada dos nuevas criaturas; una vagabunda con casa y una huérfana con madre.

* * *

Málaga, Las Chapas, siete de la mañana

Daba igual que fuese agosto y estuvieran en plena ola de calor, Zaida era incapaz de ducharse con agua fría. Era superior a sus fuerzas. Lo había intentado millones de veces, también durante las tardes y las noches, cuando ya estaba despierta y el impacto del frío podía ser más llevadero. Pero era imposible. En cuanto sentía aquel roce glacial, su cuerpo se contraía. Así que, a pesar de que el termómetro ya marcaba treinta grados a las siete de la

mañana y había amanecido entre sudores, el agua de la ducha de la agente estaba casi hirviendo. Cada vez que tocaba su piel más que asearla le dejaba estigmas.

Detrás de una densa cortina de vaho, como si acabara de salir de un baño turco, apareció a los pocos minutos con una toalla en la cabeza. Todavía se estaba secando cuando encendió la radio y fue hasta la cocina a calentarse el café.

En su vida no había nada sagrado, lo más parecido a una costumbre fija era desayunar escuchando las noticias del día. Para ella era como para sus padres rezar, una forma de conectarse a un mundo al que cada vez le tenía menos fe.

En la taza más pequeña que encontró, se sirvió el café sin leche ni azúcar y lo acompañó de fruta escarchada, a la manera árabe. Se disponía a darle el primer sorbo cuando el locutor de Radio Nacional de España empezó el boletín.

—Liberados siete de los ocho detenidos en la mezquita de Al Salam por su presunta pertenencia al Estado Islámico. Después de que los sospechosos fuesen interrogados en la noche de ayer, la Guardia Civil de Melilla solo mantiene los cargos de adoctrinamiento y pertenencia a banda terrorista sobre Omar Slimani, un joven de veinte años, vecino del conflictivo barrio de la Cañada de Hidum…

A partir de entonces, el cerebro de Zaida desconectó por completo de la voz del presentador. Era imposible que su hermano hubiera sido detenido por pertenencia al Estado Islámico. Nunca había destacado especialmente como una persona religiosa. Mucho menos aún como salafista. Que ella recordara, apenas acudía a la mezquita a rezar. Si la policía le preguntara, de lo único que se le podía acusar de ser fanático era de ser un aficionado recalcitrante del Real Madrid. Estaba segura de haberle escuchado más veces nombrar a Karim Benzema que a Mahoma. Probablemente sería otro Omar Slimani. No era difícil que en la Cañada de Hidum hubiera alguien más que compartiera con él nombre y apellido. Definitivamente, no podía tratarse de su hermano. Sus padres la habrían llamado. O alguno de sus compañeros en la Guardia Civil de Melilla.

Pese a que estaba convencida de que aquello era una simple casualidad, prefirió consultarlo en internet y cerciorarse.

Al poco de escribir «Omar Slimani», el buscador de Google compartió más de cien noticias en las que se podía ver la foto de su hermano encabezando todos los titulares sobre la detención de un miembro del Estado Islámico. Y entonces sí, entró en pánico. Todo el frío que había tratado de evitar en la ducha le sobrevino de golpe hasta helarle el corazón. Casi podía expulsar vaho por la boca como en aquellas mañanas de enero donde la temperatura bajaba en exceso. Ni siquiera un nuevo sorbo de café la alivió.

Consternada, abandonó la taza en la encimera y con los dedos temblorosos buscó en la agenda del móvil el número de teléfono de sus padres. No hizo falta que escuchara la voz de su madre para romper a llorar. Tan solo le bastó que lo descolgara para desplomarse.

—Tienes que ayudarle. Tienes que ayudarle… —repitió en bucle su madre en cuanto descubrió que era Zaida.

* * *

Málaga, Huelin, ocho de la mañana

Frente a la playa de San Andrés, en pleno barrio de Huelin, la inspectora Ruiz bebía un café a la sombra en la terraza de una cafetería. Llevaba varios días sometida a una gran presión y pretendía relajarse mirando el mar.

Desafortunadamente, el tráfico a aquella hora en el paseo marítimo Antonio Machado se lo impedía. Autobuses de línea, coches y, sobre todo, motos de baja cilindrada silenciaban por completo las olas del mar.

Aquel contraste entre la naturaleza y lo industrial definía a la perfección Huelin, un barrio que nació a finales del siglo XIX al amparo de una fábrica de azúcar y en el que se peleaban por el mismo espacio las plantaciones de caña y las chimeneas de las fábricas. Una lucha diaria entre lo salvaje y lo civilizado que todavía se mantenía, si bien

ahora se disputaban la tierra las constructoras y las promotoras.

Cansada del ruido de los motores, la inspectora se colocó unos auriculares en los oídos y se dejó llevar por las recomendaciones de Spotify para aquella mañana. El algoritmo de la aplicación la llevó hasta un rincón desconocido y exótico para ella: Niño de Elche. Sonaba *Informe para Costa Rica* y la guitarra española disimulaba el estrépito de los tubos de escape y las prisas del paseo. Por un momento, pudo desconectar y perderse en la inmensidad del azul del mar Mediterráneo y los versos de Antidio Cabal.

La huida mental le duró más bien poco, apenas cinco minutos. El tiempo que necesitó un desconocido para depositar sobre su mesa un teléfono móvil y romper la burbuja de cante jondo y rock progresivo que había construido para ella el Niño de Elche.

La inspectora contempló el artefacto durante un par de segundos y supuso que se trataba de un error. Tan rápido como pudo, se desprendió de los auriculares e intentó advertir al muchacho de la confusión. Este iba a cruzar la carretera cuando le sorprendieron los aspavientos de la funcionaria.

—¡Esto es tuyo! —le gritó la policía desde la cafetería.

El chico se detuvo y le sonrió. Era una risa de condescendencia, que incluso en la distancia rezumaba paternalismo. Una mueca de vanidad que dejaba entrever que se sentía más inteligente que ella.

—Alguien te ha dejado un mensaje. Léelo —dijo antes de atravesar el asfalto y echarse a correr a través del paseo marítimo.

El ruido del tráfico volvió a apoderarse de sus oídos. Desconcertada, la inspectora buscó un mensaje en el teléfono y al poco tiempo se encontró un SMS de un número desconocido que contenía un vídeo. Por un momento dudó. Podía tratarse de un vídeo sexual, así que prefirió dejar el teléfono sobre la mesa. Había ido hasta allí para empezar la mañana viendo el mar, no una fotopolla.

Convencida de que era mejor ignorarlo, volvió a reproducir la canción del Niño de Elche y a descansar la vista sobre el Mediterráneo.

Solo pasaron treinta segundos hasta que cambió de idea y tomó de nuevo el móvil de prepago. Lo contemplaba como si albergara en su interior un explosivo y sus ojos funcionaran como un escáner policial. Tras considerarlo un par de veces, pudo con ella la curiosidad y abrió el mensaje.

En cuanto le dio al *play*, descubrió que no se trataba de un vídeo sexual. Era algo mucho más repugnante: una grabación de Vargas cortándole las orejas y el pene a Jafar Al Faribi.

* * *

Málaga, estación de autobuses, ocho y media de la mañana

Un gran número de maletas con aire humilde se movían en los alrededores del paseo de los Tilos. Todas tenían como destino final la estación de autobuses y la mayor parte de ellas las desplazaban inmigrantes subsaharianos con rumbo a Granada, Almería y Madrid. Entre todos aquellos buscavidas, había un par de polizones tratando de pasar desapercibidos, Julie Vertoghen y el brigada Reyes, que caminaban algo desorientados en busca de la dársena de Eurolines. La información no aparecía en los paneles y el caos reinaba entre los pasajeros, que no dejaban de dar vueltas por el recinto probando suerte en todas y cada una de las paradas.

—¿Este es el que va a París? —preguntó Reyes en la primera cola que divisó.

—No, este es el directo a Vélez —le contestó sorprendida una señora, que volvió a mirar su billete para asegurarse de que terminaría el día en casa de su prima en el cerro de San Cristóbal y no en los Campos Elíseos.

A Julie le costaba entender aquella desorganización. Le ponía de mal humor. No alcanzaba a comprender que aquel país pudiera haber llegado a América quinientos años atrás

con tres carabelas y ahora fuera incapaz de organizar la salida de un autobús. Aunque, en realidad, lo que más le molestaba a Julie era tener que viajar en aquel medio de transporte. Sabía que era la forma más eficaz de pasar desapercibida. Al contrario que el avión o el tren, no tenía que dar su nombre ni su DNI, pero aun así debía pagar un alto precio: viajar un día entero en un asiento estrecho, probablemente acompañada de gente poco experimentada en trayectos por carretera que solían marearse y vomitar al atravesar puertos de montaña, y tener que hacer paradas cada dos horas en estaciones de servicio de mala muerte donde el plato estrella era la desidia recalentada. Si existiera un infierno personalizado para cada uno de nosotros, el de Julie se debía parecer bastante al servicio que ofrecía Eurolines o cualquiera de las compañías que operaban en la estación de autobuses.

—Al menos podría haber ido hasta Madrid en AVE —se quejó la belga dando media vuelta para buscar la dársena correcta.

—La jueza Andrade está a punto de aprobar tu orden de busca y captura. Es mejor hacerlo así. Ya podrás coger el tren de París a Bruselas —replicó Reyes lacónico.

Cansado de sus constantes quejas, prefirió alejarse de ella y volvió a consultar el panel informativo. En esta ocasión se produjo el milagro y un rótulo con la palabra «París» se alumbró indicando la dársena 58, lo que celebró como si le acabaran de anunciar un ascenso. Al fin se iba a deshacer de aquella tirana engreída y estirada.

A diferencia de él, Julie Vertoghen encajó la noticia con indiferencia. Esa era su mayor virtud, encarar la realidad desde la distancia. Estaba empeñada en pasar por la vida sin mancharse.

Con ese aire insultante de superioridad, Julie al fin encontró el andén y su autobús. Se disponía a subir cuando el brigada la frenó en seco.

—¿Ni siquiera un abrazo de despedida? —bromeó el suboficial, como bromean los enfermos que han superado un cáncer y están a punto de abandonar la quimioterapia.

—Sigues con vida, ¿no? Considéralo una muestra de afecto —contestó Julie huraña, que detestaba las demostraciones de cariño casi tanto como los autobuses.

* * *

Málaga, Playa de la Malagueta, nueve y media de la mañana

Sentada en un banco del paseo marítimo de la Malagueta, Lucía Gutiérrez parecía una jubilada más. Estaba tomando el sol, extasiada frente al mar. Pero su rostro no era de relajación. Se la veía cansada, con unas ojeras espantosas que amenazaban con precipitarse al suelo en cualquier momento. Parecía mayor de lo que era. Como si aquella madrugada le hubieran caído cinco años más de golpe, como si cada hora en la calle de las que había pasado equivaliera a un año en la vida de un perro.

Con las primeras luces de la mañana, se había refugiado en la playa para ver el amanecer después de haber recorrido todos los bares de taxistas que encontró abiertos en busca de café y ruido de murmullo que le hiciera compañía. En el último de los que estuvo, uno cercano a Eugenio Gross, tuvo una pequeña revelación; para perdonar a su hija, para poder soportar sus abrazos y su compañía, antes tenía que perdonarse a sí misma, y aquello solo podía pasar retomando la terapia de Alcohólicos Anónimos y admitiendo que había tenido una recaída. El alcohol, aunque era su más fiel compañero, también estaba detrás de todos sus problemas. Tocar fondo se debía parecer bastante a que su hija imitara su conducta y tuviera un accidente de tráfico, y que ella, para paliar sus constantes ausencias y borracheras, le hubiera ayudado a taparlo, dándole igual la vida de una tercera persona. No es que rechazara a su hija, es que no se soportaba a ella misma. Verla era un recordatorio tortuoso de todas sus malas decisiones en los últimos años. Aunque el accidente lo hubiera tenido Claudia, la que había descarrilado era Lucía. Y solo ahora, con cinco cafés y dos Coca-Colas en el cuerpo,

absolutamente sobria y sin ganas de volver a probar una gota de alcohol, era capaz de verlo.

Se había caído la última trinchera. La última venda. Ya no le quedaban más excusas. Tenía una enfermedad que no solo le afectaba a ella, sino que había estado a punto de destrozarle la vida también a su hija. Necesitaba ayuda y la necesitaba urgentemente.

Un grupo de ocho personas comenzó a colocar sillas plegables en torno a un círculo. Lo hacían tomándose su tiempo, de una forma paciente, conscientes de que después de eso, detrás de aquel movimiento sencillo, comenzaría lo realmente duro: volver a desnudarse y mostrar sus fragilidades ante los demás.

La teniente se levantó para sentarse con ellos. Al primero que le llamó la atención su presencia fue a Juan, que sonrió en cuanto la vio.

—Eres como el Guadiana, apareces y desapareces —le dijo en cuanto se acomodó.

—Yo lo que quiero ser es como el Guadalmedina y quedarme seca para siempre.

Intentó decirlo de una manera desenfadada, casi como un chiste, pero lo cierto es que le salió excesivamente agrio. Tanto que a Juan le dieron ganas de darle un abrazo. En lugar de eso, optó por darle el turno de palabra y que compartiera con todos ellos lo que le había llevado hasta allí.

—¿Quieres contarnos algo?

Lucía Gutiérrez miró a Juan y supo que si había alguien que podía ayudarla, era él. No solo era un adicto como ella, también estaba atrapado en un fatídico trayecto en coche con su hijo. Así que, aunque tenía miedo, decidió confiar en él y empezó a relatar su recaída ante la atenta mirada de los demás.

* * *

Málaga, Las Chapas, diez de la mañana

Una hora después de hablar con los principales bufetes de abogados de Melilla por teléfono, Zaida tenía bastante claro que ni ella ni sus padres estaban en disposición de correr con aquel gasto. Entre costas de representación y minutas, los costes se disparaban hasta los sesenta mil euros. Como mucho podrían llegar a cubrir la mitad de lo que pedían y quedarse sin ningún tipo de colchón económico para posibles emergencias, lo que prácticamente era un suicidio. Estaba atrapada en un callejón sin salida. Por lo que había podido hablar con sus compañeros de la Comandancia de Melilla, Omar tenía muy difícil probar su inocencia, máxime con el testimonio en contra de los otros siete detenidos en la mezquita y con un abogado del turno de oficio sin apenas experiencia. Todos le habían recomendado que contratara a Gómez-Badají, pero claramente estaba fuera de su presupuesto.

Angustiada, hasta tuvo un momento de debilidad donde llegó a sondear la posibilidad de traicionar a Lucía Gutiérrez y conseguir los cincuenta mil euros que le habían prometido. Cada vez que pensaba en esa cantidad, se odiaba profundamente. Pero pasaban los minutos y la oferta le parecía más tentadora. Era como ser víctima de un naufragio y tan solo tener un flotador para salvar a una persona; a su hermano o a su jefa. Cualquier elección suponía condenar a uno de los dos.

La cabeza le iba a estallar, así que decidió salir a correr y que el cansancio físico silenciara su cerebro.

Galopó hasta las inmediaciones del teatro romano. A tirones. A veces a toda velocidad y otras procurando reponerse a un ritmo más lento. El vértigo la ayudaba a no pensar en nada, solo estaba concentrada en avanzar, en sentir la agradable sensación de estar a merced de su cuerpo.

A la altura de la estatua de Ben Gabirol sus fuerzas dijeron basta y tuvo que parar. Agotada, se puso en cuclillas para rebajar las pulsaciones, pero en lugar de recuperar la estabilidad, se encontró sobresaltada de nuevo por aquel dilema: traicionar a Lucía o a su hermano. Y,

sorprendentemente, el pulso se le volvió a acelerar como si siguiera corriendo.

Con el corazón en la boca y la venas de la frente presionándole la sien, rebuscó con urgencia en el bolsillo del pantalón el papel que le había entregado Reyes como si fuera una maniobra de reanimación cardiopulmonar. Cuando dio con él, lo desplegó y contempló los números del teléfono de forma aislada. Parecían un código, una secuencia para desbloquear una caja fuerte donde se escondía un tesoro que podía sacarla del apuro.

Tras considerarlo, decidió que lo mejor que podía hacer era romperlo en pedazos y evitar cualquier tentación. Cuando se deshizo de los cachitos de papel en la papelera, tuvo la sensación de que pesaba más de lo que aparentaba, como si en lugar de estar tirando virutas de papel estuviera arrojando a la basura cincuenta mil euros.

* * *

Málaga, Los Asperones, once de la mañana

A pesar de que todavía necesitaba recurrir a la bombona de oxígeno, aquella mañana Vargas se encontraba mucho mejor. Tenía buen ánimo. Su salud estaba mejorando y había podido culminar su venganza. Si Dios le daba un par de años más de vida, todavía tenía tiempo de resurgir de las cenizas y recuperar su pequeño imperio. O, al menos, salir de aquella mierda de piso y volver a tener una casa con patio donde poder tener animales. El susto le había vuelto menos ambicioso. Empezaba a considerar que su tiempo ya había pasado y que era mejor poner al frente a alguien más joven, con más energía y, sobre todo, más adaptado a aquella época que él detestaba. De alguna forma, ver la muerte tan de cerca le había hecho replantearse sus deseos. El incendio había roto definitivamente el hilo que le mantenía unido al nuevo mundo.

Aquella mañana en la que se levantó de buen humor, Vargas dejó de lado los negocios, los clanes y los imperios y

agarró una guitarra española que hacía tiempo que no tocaba. Tardó unos cinco minutos en afinarla y, en cuanto lo hizo, empezó a tocar por alegrías. La uña del pulgar del anciano rasgaba las cuerdas con un compás de doce tiempos. Lo hacía de forma precisa, como si no hubiera pasado más de una hora desde la última vez que estuvo trasteando con ella, como si en lugar de cutícula tuviera en la uña un diapasón. Tan concentrado estaba que no escuchó el primer aviso de la Policía Nacional al otro lado de la puerta.

—¡Policía! ¡Policía! ¿Hay alguien ahí?

Los golpes con el dedo índice de Vargas en la tapa de la guitarra coincidían con los golpes del ariete de los agentes en la puerta de madera. Había tanta sincronía entre un impacto y otro que más que una redada parecía un espectáculo flamenco.

Aquella magia persistió hasta que el anciano se vio rodeado por siete agentes armados.

—¡Al suelo! —le gritó uno de ellos mientras le apuntaba.

Vargas no tenía muy claro qué estaba ocurriendo. Había muchos motivos por los que la policía se podía haber presentado en su casa por sorpresa, pero ninguno lo suficientemente grave, o al menos que él recordara, para que llevaran a cabo un asalto.

—Antonio Vargas Reyes, queda detenido por el homicidio en primer grado de Jafar Al Faribi —dijo la inspectora Ruiz, que era la única que no llevaba uniforme y se diferenciaba del resto con un chaleco amarillo con el logotipo de la Policía Nacional.

Y fue entonces cuando el viejo lo comprendió todo. El chino se la había jugado. A él y a Jafar. Les había metido en una guerra absurda que acabó con la muerte de uno y con la detención del otro. ¿Y quién salía ganando? Él, obviamente, al que le habían puesto en bandeja quedarse en exclusiva con el negocio de la droga en Málaga después de descabezar los dos principales clanes de la ciudad. A partir de ahora, Cabeza de Serpiente controlaría desde la

importación a la distribución, sin ningún tipo de intermediario. Al final tenía que reconocer que los tiempos no habían cambiado tanto. Como treinta años atrás, como hiciera él mismo, todo el mundo esperaba su momento para asaltar el poder. La única diferencia entre el viejo y el nuevo mundo es que habían aparecido nuevos actores.

A Vargas le pusieron las esposas y se le quedó una cara de gilipollas que merecía estar grabada en una medalla casi tanto como la Virgen de la Victoria, a la que tanto adoraba. En ese rostro de ingenuo estafado, en esa esfinge de completo imbécil, estaban resumidos el auge y la caída de su discreto imperio. De todos los imperios. Los dioses hechos a sí mismos siempre tenían los pies de barro.

* * *

Málaga, La Malagueta, once y media de la mañana

—Será mejor que lo asumas. Aunque logres estar diez o veinte años sin probar una gota de alcohol, nunca estarás curada. Esto es una enfermedad para toda la vida —dijo Juan dándole un bocado a una rebanada de pan con aceite de oliva y azúcar, como si lo que acabara de decir fuera fácil de asumir, como si no fuera prácticamente un obituario en el periódico.

—No te voy a engañar, si tengo que elegir una enfermedad para toda la vida, habría preferido ciática.

—¿Qué dices? Te obligarían a dar clases de *aquagym*. Esto es mucho mejor. Al menos no tenemos que ponernos un gorro de piscina ni mover los brazos al ritmo de una canción de Chayanne. Sinceramente, creo que los alcohólicos sufrimos mucho menos —dijo Juan sonriendo.

La primera vez que lo vio se fijó en sus manos. Eran grandes y ásperas, como un refugio de madera en un bosque. Un lugar donde desconectar y recargar energías. Un rincón lo suficientemente apartado del mundo para olvidarse de ella y de su enfermedad. Sin embargo, con el paso del tiempo, aquellas manos habían pasado a un

discreto segundo plano. Lo que realmente le fascinaba era su sentido del humor. Con una vida tan marcada como la suya por la tragedia, no era nada solemne. No se regodeaba en el dolor ni había construido un relato de superación. Ni siquiera trataba de engañarla. Le decía las cosas tal y como eran. Sin ornamentos. Sin pompa. Con el toque justo de amargor. Y aquello le hacía sentir tremendamente cómoda. Hablar con él era como estar siempre en un sofá. Aunque estuvieran desayunando en un chiringuito frente a la playa, Lucía estaba como en el salón de su casa. No era solo una persona, era todo un campo semántico de lo acogedor. Pensar en él le evocaba un pijama, una manta de franela, una braga con el elástico dado de sí… Hacía una semana le hubiera costado creer que se sentiría todavía más cómoda con aquella personalidad ligera y cruda al mismo tiempo que con sus manos. En aquellas extremidades solo había hueco para un fin de semana, en cambio, en aquel carácter informal y sencillo había espacio para compartir una enfermedad toda la vida.

Juan debió de adivinar los pensamientos de Lucía y después de mirarla fijamente, tomó la iniciativa por primera vez y se acercó hasta ella para besarla. Sus labios y su lengua eran una prolongación de aquellas virtudes. Se movían por su boca como si hubiera estado muchas veces antes, siguiendo un camino invisible que solo conocen los amantes sin fecha de caducidad.

—¿Quieres que vayamos a un hotel? —preguntó Juan cuando separó su boca de la de Lucía.

La teniente valoró la oferta unos segundos. El mar rugía de fondo. El calor era llevadero y los besos de Juan, agradables. No veía motivo para poner fin a aquel momento y prolongarlo en la cama de un hotel. Con diferencia, podía ser lo mejor que le pasara aquella semana.

—¿Conoces alguno por aquí cerca? —preguntó Lucía sonriendo.

—El Hotel Los Naranjos. Discreto, limpio y podemos ir andando.

En cuanto Juan pronunció aquel nombre, la libido de

Lucía Gutiérrez sufrió una herida de muerte. En lugar de pensar en él sin camisa y pantalón, evocó a Julie Vertoghen colándose en aquel hotel para matar a Sánchez. Y a partir de entonces, sus labios, su lengua, sus manos y la posibilidad de rozar sus cuerpos desnudos se evaporaron en la nostalgia de los momentos que nunca llegan a ocurrir. Esos universos paralelos donde casi se culminan los instantes cumbres de nuestra vida. Aquel polvo, aquel viaje, aquel trabajo… Todo lo que pudo ser y no fue. Necrópolis colosales llenas de tumbas de momentos vacíos con un mismo triste epitafio: «CASI».

Para la oficial, era ya más importante dar con aquella mujer que follar como es debido y tapar toda su angustia con uno o dos orgasmos. Confesar una recaída y volver a terapia era solo el principio del perdón. Ahora debía continuar y demostrar que estaba capacitada para ser teniente de la Guardia Civil. Y lo primero que se le ocurrió para reconquistar su desquebrajada dignidad fue ir a comprobar a los alrededores del Hotel Los Naranjos si había cámaras de control de tráfico. Si algo había aprendido últimamente, de manera desafortunada, es que, detrás de todos nuestros actos, casi siempre había una cámara de vídeo donde quedaban registrados.

—Lo siento, pero tendrá que ser en otra ocasión. Tengo que comprobar algo urgentemente —dijo Lucía levantándose de la mesa—. Invito yo —añadió segundos más tarde a modo de disculpa, dejando un billete de diez euros como el que deja una corona de flores sobre una tumba. Su tumba. La que enterraba definitivamente la posibilidad de echar un polvo feroz y clandestino.

Y como era habitual en Juan, se lo tomó con deportividad. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aquella mujer era completamente diferente a todas las que había conocido antes. Tenía malas pulgas, cambiaba de opinión en décimas de segundo y gozaba de un sentido del humor bastante particular y, sin embargo, nada de eso le restaba encanto. Le resultaba literalmente imposible dejar de mirar aquel prodigio del caos. Una especie de meteorito que amenazaba

con destruir la tierra y del que no se quería salvar.

Como bien le había dicho Juan, el Hotel Los Naranjos estaba sorprendentemente cerca del chiringuito en el que se encontraban. No tardó más de cinco minutos en llegar hasta el Paseo de Sancha y ponerse a buscar cámaras de tráfico que quedaran cerca del número 35.

Lamentablemente, ninguna de las que localizó parecía tener una buena posición para recoger las entradas y salidas del recinto. Aun así, no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer y se desplazó en coche hasta el Centro de Gestión de Tráfico a comprobar in situ qué habían registrado aquellas cámaras entre las nueve y las diez de la noche del día anterior, hora en la que encontraron el cadáver de Sánchez.

Como suponía, la perspectiva de las cámaras no era la idónea y no logró dar con nada de interés. Lo único que llamó su atención fue una pareja de trabajadores del hotel a los que solo pudo distinguir de espaldas. La hora en la que accedieron al establecimiento se ajustaba a lo que estaba buscando y, además, ella era rubia. Podía ser Julie Vertoghen o simplemente una empleada de Los Naranjos iniciando su jornada laboral. Era imposible de adivinar con aquella toma. Necesitaba verles de frente. Debía hallar otra cámara. Estudiando con detenimiento el plano, descubrió en el edificio de enfrente del hotel a una chica que se hacía un selfi desde el segundo piso. Sin duda era una locura, pero en aquel momento a Lucía Gutiérrez le pareció más que posible que la cámara de aquel móvil pudiera haber registrado, aunque fuese de refilón, de frente a la pareja.

* * *

Jaén, proximidades de Despeñaperros, doce del mediodía

El autobús de Eurolines se desvió hacia Guarromán para hacer una parada de media hora. Era cierto que el nombre del municipio no invitaba a soñar, pero lo que se encontró Julie en el área de servicio Pórtico de Andalucía superaba con creces cualquier composición que se hubiera hecho del lugar.

Era completamente depresivo; un lugar gris en mitad de un olivar, con sillas de plástico roído y descoloridas a causa de la continua exposición al sol. Cerca de las plazas de aparcamiento, albergaba un parque infantil con columpios medio rotos que chirriaban fantasmagóricamente cuando el viento los agitaba. Más que el Pórtico de Andalucía parecía el trastero o el desván de Andalucía. Una habitación oscura y destartalada donde acumulas todos aquellos muebles y juguetes rotos que ya no usas. Julie tenía claro que bajarse en ese sitio solo podía ser legal si antes el conductor les suministraba a cada uno de los pasajeros un Valium o una bala.

Los ocupantes del Eurolines salieron del vehículo como una manada de zombis dispuesta a acabar con todas las existencias de patatas fritas y galletas que hubiera en el supermercado que colindaba con el restaurante. Julie, más prudente, retrasó todo lo que pudo el momento y salió la última. No tenía prisa por descubrir el resto de maravillas que le aguardaban en aquella área de servicio. Había visto lo suficiente como para tener claro que, fuera lo que fuera lo que había en el interior del edificio, no merecía la pena hacer cola.

Y tenía razón. Cuando traspasó la puerta automática del recinto descubrió que todo el local estaba decorado con astados y cabezas de animales. Por un momento, barajó la posibilidad de preguntar por el responsable de aquel delirio. Tenía media hora libre, así que fantaseó con encontrarle, cortarle la cabeza y colocarla en la pared. Sin duda, lo merecía mucho más que los ciervos y toros que se exhibían allí. Aunque lo deseaba, sabía que no era buena idea, de manera que frenó sus impulsos homicidas.

Harta de contemplar aquel museo de los horrores, prefirió salir fuera y llamar por teléfono a Éric. Hacía un par de días que no hablaba con él y quería estar segura de que se encontraba bien.

Julie buscó un sitio privado y se desplazó hasta el ruinoso parque infantil con la tranquilidad de que allí no se acercarían ni los niños de la familia Addams.

—¿Qué tal estás? —preguntó antes de que su hijo tuviera tiempo de decir una palabra.

—Bien, la abuela me deja jugar a la *play* más que tú —dijo Éric.

—La abuela te dejaría jugar hasta con una bomba con tal de que la quieras —bromeó con su hijo.

No se había dado cuenta de lo que le echaba de menos hasta escuchar su voz. En realidad, también tenía añoranza de Bruselas, de sus rutinas, de las comidas frugales, del orden, de las estaciones de servicio sin cabezas de animales… Pensar que todavía le quedaban más de veinte horas de viaje se le hacía un poco cuesta arriba.

—¿No ha pasado nada raro en estos días? —quiso sondear la situación.

—Ayer vi una jeringuilla en la calle.

—¡Bienvenido a Cureghem! —dijo lacónica Julie, que empezaba a recordar los motivos que la llevaron a huir de allí tan rápido como pudo—. ¿Solo eso? ¿Se te ha acercado algún desconocido? ¿Ha querido hablar contigo alguien que te resultara raro?

—La abuela no me deja hablar ni con Siri.

Julie se rio. Su madre era lo único que merecía la pena en todo Cureghem. Imaginarla teniendo conversaciones con Siri le hacía mucha gracia. Pero no solo se relajó por eso. También le tranquilizaba que la situación en Bruselas pareciera controlada. Después de una semana un tanto convulsa, al fin las aguas volvían a su cauce. Casi se podía decir que estaba feliz. Lo único que le complicaba la existencia en aquel momento, además del viaje en autobús, era el terrible calor que hacía junto a los olivos. Las moscas revoloteaban a su antojo en aquel descampado sofocante. Su nuca y su cuello sudaban mientras hablaba por teléfono, así que buscó un coletero en el bolso para recogerse el pelo y despejarse aquella zona. Al no encontrarlo en una primera tentativa, se preocupó.

—Dame un momento, mamá tiene que buscar una cosa.

Julie se desentendió del teléfono y buscó en profundidad el coletero. Las moscas se aproximaron a su cara. Parecían

capaces de olfatear su inquietud. Aquel zumbido machacón del batir de alas le puso más nerviosa. Quería darles un manotazo y alejarlas de allí, pero antes debía encontrar el coletero. «¿Dónde coño lo he dejado?». Era incapaz de dar con él y empezó a angustiarse. Se miró también en los bolsillos con la misma mala suerte. No había rastro de su goma para el pelo. Y las moscas no dejaban de insistir en rondarle la oreja. Aquello era una mala señal. Significaba que podía haberlo olvidado en cualquier sitio, incluido en una escena del crimen. Enojada consigo misma y con los persistentes moscardones, prefirió colgar a tener que pagar su mal humor con Éric.

—Tengo que dejarte. Mañana te veo. Un beso fuerte —se despidió Julie, a la que se le había quedado tan mal cuerpo como si hubiera estado jugando en aquellos siniestros columpios.

Después de colgar, una de las moscas se posó en su nariz y perdió definitivamente la paciencia. Con gran vehemencia se golpeó en la cara con la mano y consiguió aplastarla. Aquel insecto pagó los muebles rotos.

* * *

Málaga, Paseo de Sancha, una del mediodía

Cuando Becky, una inglesa de veintidós años que se encontraba en Málaga estudiando español, abrió la puerta de su apartamento y se encontró con Lucía Gutiérrez vestida de uniforme no se sorprendió en exceso. Hacía media hora que se había fumado un porro en la ventana. No era la primera vez que sus vecinos llamaban a la policía por tonterías similares. La semana anterior tuvo que parar una fiesta después de que la vecina del primero alertara a los municipales. Y quince días antes le prohibieron tocar la guitarra si no podía insonorizar la habitación. Así que, al verla, imaginó que se trataba de una queja absurda más de aquella comunidad recatada e irracionalmente decorosa.

—Necesito tu teléfono móvil. Es una urgencia —dijo la

teniente sin darle más explicaciones, como si el resto del mundo estuviera obligado a llegar a las mismas conclusiones que ella.

Naturalmente, a Becky le desconcertó la petición, tanto que pensó que el hachís no le había sentado bien y no era capaz de entender correctamente a la oficial. Por norma general, las drogas la atontaban y le provocaban problemas de comprensión. Así que antes de catalogar de perturbada a su interlocutora, se echó la culpa de la confusión.

—¿Perdón? No hablo bien español —dijo con un marcado acento de Bristol, haciendo verdaderos esfuerzos por conjugar acertadamente los tiempos verbales.

—Necesito tu teléfono móvil, puede ser clave en un asesinato. ¿Ayer te hiciste un selfi en tu balcón a las 9:35 de la noche, ¿no es así? —le preguntó Lucía sin importarle sus limitaciones lingüísticas, mostrándole con brusquedad una captura de la cámara de tráfico cercana al Hotel Los Naranjos.

Al verla, Becky entendió que no estaba fumada, sino que verdaderamente acababa de tropezar con una desequilibrada. ¿Qué clase de gente eran los españoles? ¿La espiaban hasta cuando se hacía un selfi? ¿También aquello les parecía indecoroso? ¿Tendría aquella policía o sus vecinos fotos suyas haciendo *topless* en la playa? Debería haberse ido a Italia y no a aquel país desfasado, pensó sin dejar de mirarse incrédula en aquella captura.

Consciente de que el cerebro de la inglesa estaba a punto de explotar, Lucía trató de ser más pedagógica. Hasta el momento se había limitado a atropellarla con preguntas sin aclararle absolutamente nada.

—La imagen la capturó una de las cámaras de control de tráfico que hay en la calle. Llegué a ella tratando de desvelar la identidad de estas dos personas. —Se las señaló la teniente—. Por la perspectiva de tu balcón, creo que es posible que mientras te hacías fotos, pudieras registrar en segundo plano sus caras. Es de vital importancia que me dejes tener acceso a tu teléfono.

A Becky no le quedó del todo claro a lo que se refería,

no dominaba todavía el idioma, pero sí tenía claro que no quería meterse en problemas, así que tomó su teléfono móvil y buscó en la galería de imágenes las fotografías que le pedía aquella policía.

En el momento en que se las enseñó, Lucía amplió con los dedos la imagen en las que se la veía a ella posando con expresiones de cara y golpes de melena de lo más patético. Procurando no reírse, se centró en lo que había detrás de aquel intento de parecer sexy, y en cuestión de segundos, pudo ver perfectamente quiénes eran los dos empleados del hotel que las cámaras de tráfico solo habían captado de espaldas: Julie Vertoghen y el brigada Reyes. Y ya no le quedó ninguna duda de que Sánchez había sido asesinado.

—¿Puedes enviármelas por wasap? —preguntó la teniente.

—¿Cuánta gente va a ver mis fotos? —quiso saber la inglesa algo pudorosa.

—Una jueza y yo, mucha menos gente que si la hubieras publicado en redes sociales —dijo Lucía, molesta con aquellos reparos.

* * *

Málaga, La Araña, una y media del mediodía

Los huesos de Urbizu parecían que se iban a desencajar de su esqueleto en cualquier momento. Caminaba irritado atravesando el polvo y el granizo de una ladera colindante con la fábrica de cemento. Aquella zona se asemejaba a los acantilados de Dover si a los habitantes de Dover se les hubiera ocurrido construir una monstruosa fábrica a los pies de la playa.

Desde el montículo por el que trepaba el capitán podía ver a los bañistas nadar en el mar sin que les preocupara en exceso el enorme foco de contaminación que tenían justo detrás. En la zona más alta de la ladera, la Guardia Civil había acordonado una franja donde un equipo del servicio de Criminalística rastreaba la zona en busca de algún tipo

de evidencia.

A medida que Urbizu conquistaba más altitud, el calor era mayor. Cuando llegó a la altura de la forense, antes de hablar se sacó un pañuelo de tela del bolsillo y se secó la frente y el cuello. Solo cuando acabó, miró a la fosa y contempló el cadáver de Inés Navarro. A simple vista, comprobó que tenía un corte en el cuello a la altura de la yugular.

—Murió al momento —le dijo la forense para tranquilizarle, con la seguridad de que a los que estaban menos acostumbrados a lidiar con la muerte les era más llevadero pensar que todo había ocurrido de forma rápida. La velocidad era la cualidad más valorada en los recesos, la que otorgaba el certificado de excelencia a la experiencia. Morir de golpe era la aspiración más anhelada de una sociedad que se había acostumbrado a que ninguna emoción durase más que un vídeo de TikTok. Por el contrario, morir lentamente y hacer sufrir con el largo y doloroso proceso a los familiares puntuaba con apenas una estrella en la escala Tripadvisor de los fallecimientos.

—¿Cuándo?

—Hará unas cuarenta y ocho horas aproximadamente. Antes de rebanarle el cuello con un cuchillo, es posible que la torturara. Presenta hematomas en la cabeza y en la cara, como si hubiera recibido golpes y, si se fija, le arrancaron una uña de la mano derecha. —La doctora le mostró el dedo.

Urbizu frunció el ceño. Era más que posible que, antes de asesinarla, la hubieran interrogado y hubiese facilitado información delicada. Resultaba evidente que no solo había perdido a una agente, sino también el factor sorpresa.

—¿Eso es todo?

—Aquí, sí. Hay una casona relativamente cerca, donde es posible que la matara, en la que han hallado restos de ADN.

El capitán recibió la noticia con moderado entusiasmo y se dirigió hasta el edificio sin despedirse de la forense. En la alegría y en la tristeza, Urbizu mostraba siempre el mismo

rostro, el de la más absoluta impasibilidad. Tenía la misma cara de estreñido para todas las situaciones de la vida. Disfrutaba colocándose en ese pedestal de seriedad. Era de ese tipo de personas que tenía miedo a parecer humano y se había impuesto aquella fingida severidad. Necesitaba vivir en el púlpito, tan alejado del suelo como pudiese, y mostrarse siempre enfadado para que los demás creyeran que era más inteligente o brillante de lo que era. A decir verdad, Urbizu solo era un inseguro de manual.

Aunque el camino hasta la casona era breve, el calor y el viento de terral hacían que los ochocientos metros que le separaban parecieran eternos. El campo estaba reseco y de color amarillo, y cada vez que daba un paso, quebraba el forraje deshidratado. En más de una ocasión sintió que si pisaba con más fuerza, desencadenaría una reacción en cadena y deforestaría toda la loma.

En la distancia contempló cómo otro grupo de agentes de criminalística batían el suelo de la vivienda fantasma. El que parecía estar al mando se acercó hasta Urbizu al avistarlo.

—Parece evidente que Inés Navarro estuvo retenida aquí. Hemos encontrado restos de su sangre, así como un trozo de cutícula. Todavía es algo precipitado, pero creemos que la asesinó en esta vivienda y después desplazó el cuerpo hasta la ladera. De hecho, también pensamos que su asesina estuvo refugiada en este mismo edificio un par de días.

—¿Asesina? ¿En qué se basa? —quiso saber el capitán, poco amigo de las especulaciones.

—Es solo una hipótesis, pero hemos hallado cerca de los restos de sangre un coletero de mujer con abundante pelo rubio, que obviamente no coincide con el de la víctima. Además, hay restos de comida reciente de los que podríamos obtener ADN y cotejar si se trata de la misma persona.

Urbizu dibujó en la boca algo parecido a una sonrisa. O mucho se equivocaba o aquel pelo rubio de mujer solo podía corresponder a una persona: Julie Vertoghen.

* * *

Málaga, Juzgados, dos y media de la tarde

Sobre la mesa de la jueza Andrade había una foto en la que se podía ver a Julie Vertoghen y al brigada Reyes entrando en el Hotel Los Naranjos, vestidos con uniformes del establecimiento, segundos después de que las cámaras de vigilancia dejaran de funcionar.

Al otro lado del escritorio, Lucía Gutiérrez y Enrique Urbizu esperaban impacientes el veredicto, en especial la teniente, que estudiaba con detenimiento el semblante de la magistrada tratando de adivinar qué estaba pensando.

Desde su punto de vista, no había nada que reflexionar. Le irritaba que se retrasara tanto en decidirse. Las cartas estaban bocarriba y solo necesitaba una orden de captura, no una sesuda interpretación jurídica de los hechos. El mundo se movía a una velocidad diferente a la suya. Mucho más lenta. Mucho más exasperante. Era una persona que precisaba que los problemas se resolvieran de inmediato, o al menos, que desaparecieran transitoriamente de su vida hasta que fueran reemplazados por otros. Necesitaba que pasaran cosas en todo momento. Le urgía tomar decisiones en cada instante; buenas, malas o regulares, eso era lo de menos. Estaba enganchada a la adrenalina de tener que elegir, era una yonqui del presente. La paciencia le parecía un adorno, una planta artificial que solo sirve para decorar los salones de personas débiles o inútiles. Aunque también tenía que ver en todo ello que le entristecía bucear en su pasado y mucho más imaginar su futuro. Se había construido un trapecio sin red sobre el día a día, sobre el momento presente, y no podía soltarse de él sin salir gravemente herida.

Al fin, la magistrada levantó la cabeza de su escritorio. Las arrugas de su frente parecían señalar que había alcanzado un dictamen. La oficial tragó saliva y deseó con todas sus fuerzas que coincidiera con el suyo.

—Reconozco que es sospechoso. ¿Cuándo tendrán las

pruebas de ADN del coletero, capitán?

—Mañana como muy tarde.

La magistrada se colocó las gafas, volvió a consultar la fotografía y después se quedó mirando fijamente a la teniente, que estaba a punto de salir propulsada como un cohete por la ansiedad.

—Quiero que los interroguen, pero hasta que no tengamos los resultados de criminalística, no creo que sea oportuno aprobar una orden de busca y captura, especialmente con una ciudadana de origen belga de por medio. Hay que ser escrupulosos con la legalidad para que no haya problemas con Bruselas; lo entienden, ¿verdad?

Lucía Gutiérrez no lo entendía, pero al menos aquello era una elección, una decisión, un avance con respecto a la situación inicial. No era la que esperaba, sin embargo, implicaba movimiento y acción, rellenaba con nuevas actividades su presente. Además, de su anterior visita a la jueza había aprendido que era más beneficioso acatar sus decisiones que tratar de rebelarse. Así que prefirió actuar con prudencia antes que dar rienda suelta a su célebre galería de menosprecios.

—Lo entendemos —se apresuró a decir Urbizu, que no se fiaba del carácter de la teniente y de que pudiera haber aprendido la lección.

—Me alegro, cítenles como si se tratara de un procedimiento de rutina y veamos qué tienen que decir. Por otro lado, tengo una buena noticia para usted, oficial —se dirigió a Lucía—. He contactado con Interpol y esta tarde podremos hablar con la madre de la ciudadana vietnamita desaparecida. Será a través de videoconferencia y contaremos con la ayuda de una traductora.

Lucía Gutiérrez sonrió. No le cabía ninguna duda de que con aquella mujer la mejor forma de progresar era aparentar ser una persona disciplinada. Si había podido fingir ser madre durante un día, también podía aparentar ser civilizada con ella durante un par de minutos.

A la salida de su despacho, Urbizu se acercó hasta ella. Parecía enfadado. O más enfadado que de costumbre. Con

aquel hombre era difícil establecer una escala de menor a mayor. Vivía envuelto perenemente en el veneno de la rabia.

—No me la vuelva a jugar. Le di una orden concreta y se la ha pasado por el forro —le echó en cara el capitán.

—¿Y qué va a hacer para castigarme? ¿Volver a regalarme otro ascenso? ¿A quién más tiene que demostrarle que soy una persona poco cualificada? ¿Cuánto más necesita humillarme? Déjeme actuar como una teniente de la Guardia Civil o degrádeme de nuevo a sargento, pero no me esté amenazando constantemente.

A Urbizu no se le movió ni una pestaña. Encajó como pudo el rapapolvo y los dos se quedaron en silencio en el pasillo. Uno pensando que no había quién entendiese a las mujeres actuales, a las que todo parecía ofenderles. La otra aceptando que su incursión por el mundo de la diplomacia se le daba tan mal como el de la maternidad. Ambos aceptando que, a pesar de todo, si querían llegar hasta Julie Vertoghen y el brigada Reyes, tendrían que rebajar sus niveles de animadversión y colaborar.

* * *

Ocaña, A-4, tres menos diez de la tarde

Estaban a una hora aproximadamente de Madrid cuando Julie empezó a perder toda esperanza de llegar a su casa. El conductor del autobús se desplazaba por la A-4 con una parsimonia irritante, disfrutando con cada una de las canciones que le regalaba el locutor de Radio Olé. A veces silbaba los estribillos, otras los tatareaba, y en alguna ocasión hasta se atrevía con *quejíos*. Se le veía relajado, como si en lugar de tener que llevar un autobús a París les estuviera llevando de excursión a una granja escuela.

A la belga se la llevaban los demonios cada vez que le veía canturrear. Tenía prisa por llegar, más aún después de darse cuenta de que había perdido su coletero y era incapaz de recordar dónde lo había dejado. Había repasado

mentalmente todos sus últimos movimientos y aun así no lograba ubicarlo. El infierno estaba en los pequeños detalles y ella probablemente se había condenado con uno minúsculo. ¿Cómo había podido pasar? Se consideraba una persona meticulosa, minuciosa hasta rozar lo obsesivo. Era de las que repasaba compulsivamente si había cerrado el coche después de aparcarlo. Parecía una loca presionando sin parar el botón del cierre centralizado mientras caminaba hacia su casa. A veces, estando ya en la cama, no terminaba de estar segura y volvía a bajar en pijama para comprobarlo una vez más. Lo mismo le ocurría con los documentos de Word que redactaba. Los salvaba una y otra vez. Hacía copias en el escritorio del ordenador y otras en Google Drive. Nada, ni siquiera los archivos del Pentágono estaban tan a salvo como sus documentos. Con el agua de los grifos no era más permisiva. Alguna vez se había hecho cortes en los dedos girando hasta el extremo la manivela del grifo para asegurarse de que no se escapaba ni una gota de agua. Tenía ordenada su ropa por colores, los libros por autores y los vinilos por género musical. No podía comer si los cubiertos no formaban ángulos rectos, si no estaban alineados perfectamente con el plato. Era una maniática del equilibrio y la armonía, una estajanovista de la organización. Por eso no podía comprender cómo había cometido aquel fallo, cómo podía haber actuado contra su propia naturaleza olvidando una prueba.

Tenía la autoestima dañada y los nervios a flor de piel. Casi le da un infarto cuando escuchó el sonido de uno de sus teléfonos móviles. Incómoda con el alboroto que estaba causando, rebuscó con apremio en el bolso y se dio cuenta de manera inmediata de que quien le llamaba era Reyes.

—Tienes que salir de ese autobús —dijo de manera precipitada el brigada en cuanto Julie descolgó.

—¿Ni siquiera un «buenas tardes»? ¿Tan mal están las cosas? —dijo ella con estudiada flema, procurando disimular que estaba asustada.

—No sé cómo, pero han conseguido imágenes tuyas y mías entrando al hotel. Además han encontrado un coletero

con restos de tu pelo cerca de donde enterraste a Inés Navarro. Demasiados descuidos. Es cuestión de horas que la jueza apruebe una orden de busca y captura contra ti. Entonces no podré ayudarte. Yo puedo torear todavía la situación, pero tú estás bien jodida a menos que te pongas a salvo.

Julie, abatida, miró por la ventanilla. Había cometido un solo despiste. Una única distracción. Un tropiezo mínimo, y aun así había sido suficiente. Una señal de tráfico indicaba que aún restaban setenta kilómetros para llegar a Madrid. Aunque el autobús seguía circulando con demasiada lentitud, consideró que era más fácil emprender una huida desde una capital como Madrid que desde las proximidades de Ocaña. A pesar de que la tentación por escapar inmediatamente y revolcarse en el fango de la autocompasión era grande, decidió mantener la calma y esperar el momento indicado para bajar del vehículo.

—Quiero que me mantengas informada de todos los movimientos de la policía. Si logro salir de este país de mierda, serás recompensado. Si no lo logro, será mejor que te escondas, porque voy a gastar hasta el último céntimo de euro que me quede en hacerte la vida imposible.

Y con aquella amenaza, se despidió del brigada y se quedó pensativa frente a la ventanilla del autobús. No podía permitirse otro despiste.

* * *

Málaga, Juzgados, tres y media de la tarde

—Hola, soy Lucía Gutiérrez, teniente de la Guardia Civil española —dijo la oficial mirando a la cámara del ordenador—. Me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

El despacho de la jueza Andrade se había habilitado para hacer una videoconferencia con la madre de Huong Thi Tra My, la ciudadana vietnamita desaparecida en Róterdam. Junto a la magistrada estaban sentadas la teniente y una traductora, que según iba hablando Lucía, le

iba traduciendo a la señora.

—Según he podido saber, la última vez que tuvo noticias de la desaparición de su hija fue el 25 de julio a través de un mensaje de móvil en el que le decía: «Mamá, he fallado. Lo siento mucho. Voy a morir». ¿A qué se refería su hija con fallar?

Aquel proceso de traducción era terriblemente arduo y exasperaba por completo a Lucía Gutiérrez, a la que le gustaba hacer los interrogatorios de una manera más ágil y cercana. Sin embargo, no tenía otro remedio que esperar a que la traductora hiciese su trabajo si quería entenderse con aquella mujer.

Al cabo de unos minutos interminables, desde el otro lado del monitor, la madre de Huong Thi Tra My comenzó a hablar en vietnamita mientras la traductora trataba de interpretarla de manera simultánea.

—Dice que su hija quería encontrar trabajo en España y enviarles dinero desde allí. Algo debió de pasarle en Róterdam para que se diera cuenta de que no iba a llegar.

—¿Puedes preguntarle qué es lo que le pudo pasar? Si se intercambiaban mensajes, entiendo que tenían una comunicación periódica y que no es lo único que se contaron —quiso saber Lucía.

La intérprete comenzó de nuevo a traducir. Utilizaba muchas más palabras de las que la teniente había empleado, lo cual volvió a ralentizar todo el proceso y puso a prueba por segunda vez las escasas reservas de paciencia de Lucía Gutiérrez.

—Dice que lo que le pasó es que era pobre. De eso murió. Hablaban todos los días desde que salió de Hanoi y ella temía que eso pasara en cualquier momento.

La teniente Gutiérrez no sabía si se trataba de un problema de traducción, pero lo cierto era que aquella respuesta resultaba demasiado ambigua y no le aportaba absolutamente nada. Parecía un acertijo o uno de esos mensajes enigmáticos que se escondían en las galletas de la fortuna. Obviamente no podía decir eso, así que reordenó sus pensamientos para sonar menos rancia.

—Dile que sea más concreta —le pidió Lucía acelerada a la intérprete, esforzándose por ser políticamente correcta con la interrogada, pero descuidando las más elementales normas de educación con su compañera.

En lugar de dejarse llevar por la inquietud de la oficial, la traductora pensó bien lo que le iba a preguntar y decidió que lo mejor era que les explicara a qué le tenía miedo exactamente.

La madre de Huong Thi Tra My miró atentamente a la cámara del ordenador. En realidad, lo hacía constantemente. Apenas pestañeaba. Lo que para el resto era una simple aplicación de videollamada para ella era un moderno cordón umbilical que le mantenía todavía unida a su hija. Un fino y kilométrico hilo de esperanza.

Tras escuchar con los cinco sentidos la traducción simultánea, la pobre mujer tragó saliva avergonzada y trató de ser más precisa.

—Ella dice que le daba miedo el viaje de su hija. De Hanoi viajó en tren hasta la provincia china de Fujian y allí la engañaron. Le habían prometido que viajaría de forma directa hasta España, pero no fue así. No había pagado lo suficiente, o eso le hicieron creer, y le dijeron que tendría que hacerlo con los pobres. Ahí empezó a temer por su vida.

Mientras esperaba pacientemente a que tradujeran sus palabras, la madre de Huong Thi Tra My hizo un amago de romper a llorar, pero logró resarcirse. Su hija necesitaba que fuera clara y relatara con precisión todo lo ocurrido. Se lo debía. Así que continuó con el relato de los hechos haciendo de tripas corazón.

—Según cuenta —señaló la intérprete—, la llevaron en barco hasta Rusia, y desde allí tuvo que ir a pie a Finlandia. Cuando llegaron tenía un esguince de tobillo y una infección en la planta de los pies que apenas le dejaba andar. Pero lo peor estaba por llegar. En Helsinki les hicieron entrar en un contenedor del que casi nunca salían. Encerrados, les fueron pasando de barco en barco. Estuvieron en puertos de Bélgica y Holanda. La última vez

que le escribió fue desde la ciudad de Róterdam. Teme que muriera dentro de ese contenedor.

A través del monitor, las tres pudieron contemplar cómo la madre de Huong Thi Tra My se venía abajo finalmente y se deshacía en llantos. Evocar la muerte de su pequeña, aunque fuera tan solo una posibilidad, le resultaba insoportable. No sabía explicarlo con palabras, pero era como si la estuviera matando ella, como si el pesimismo fuera tan letal como la leucemia, como si creyera firmemente que mientras fuera positiva y tuviera una actitud participativa, la mantendría con vida. Debía imaginarla fuera de ese contenedor. Alejarla de la muerte y de los cementerios. La fe era un respirador artificial que prolongaba las constantes vitales de su hija.

A Lucía Gutiérrez se le hizo un nudo en la garganta del tamaño de una nuez al verla derrumbarse. Casi sentía que se asfixiaba. No podía dejar de pensar en el chico al que había atropellado Claudia. Probablemente había pasado por un infierno similar al de Huong Thi Tra My y justo cuando empezaba a disfrutar de los modestos privilegios del primer mundo, dos adolescentes borrachas se lo llevaban por delante. Necesitaba devolverle a su hija, viva o muerta, a aquella madre. En su cabeza era la única forma de paliar otra injusticia de la que formaba parte.

—¿Cómo comenzó todo esto? ¿Cómo se pusieron en contacto con las mafias chinas? —preguntó la teniente.

—Ella dice que los «cabeza de serpiente» publicitan sus servicios en redes sociales y sitios web. La gente joven, como su hija o sus primas, tiene fácil acceso a ellos. Una vez que logran contactar, les piden a cambio del viaje unos treinta mil euros. Una parte de ese dinero lo pagas por adelantado y otra en concepto de deuda, a la que tendrán que hacer frente cuando consigan un trabajo en su lugar de destino.

—¿Sus primas? —Le extrañó a Lucía aquel comentario —. ¿Viajaba también con ellas?

—Dice que sí. Sus padres tampoco saben nada de ellas desde el 25 de julio. En su caso no recibieron ningún SMS

de despedida. No se han atrevido a denunciar, no quieren meterse en líos con los «cabeza de serpiente». Ella dice que no tiene nada que perder y que le da igual lo que le hagan. Solo quiere volver a ver a su hija.

El testimonio de aquella mujer dejó en el aire cierto desánimo y un mal sabor de boca que solo podían combatir con vasos de agua. Ni la jueza Andrade ni la teniente sabían qué decirle para tratar de animarla.

—¿Tiene alguna fotografía de las primas? ¿Podría facilitarnos sus nombres? —encontró Lucía una salida digna en el protocolo policial.

La señora esperó a que le tradujesen y cuando entendió lo que le preguntaban, sacó una foto de su monedero en la que se podía ver a las tres jóvenes. La mujer empezó a besar la imagen de manera compulsiva al tiempo que decía: «Ayúdenme, ayúdenme».

Casi no necesitaron traducción de aquel momento para entenderla perfectamente. El mal trago iba en aumento y ya no les quedaba agua para digerirlo.

—Una última pregunta. Dice que quería llegar a España, ¿sabe adónde exactamente? —quiso saber la oficial, tratando de silenciar lo más pronto posible aquel llanto incómodo.

—A Málaga. Le prometieron un trabajo en una fábrica de Málaga —dijo la mujer intentando recomponerse.

Después de aquello, un oficial vietnamita apareció en pantalla anunciándoles que el interrogatorio había terminado. La policía de Hanoi les prometió facilitarles la imagen en alta resolución y con ello pusieron fin a la videoconferencia. Sin tiempo para compartir impresiones, la intérprete se giró hacia ellas.

—Lo que acaba de hacer esta mujer tiene mucho mérito. Tanto en la comunidad china como en la vietnamita opera la ley del silencio, más cuando las mafias están detrás. Es muy difícil que alguien denuncie una desaparición como ha hecho ella y mucho más que dé detalles de este tipo de viajes. Sé que no soy nadie para decirles esto, pero en esos contenedores viaja mucha gente. Yo llegué así también. Las

están buscando muertas y puede que no todas lo estén.

—¿Y dónde las buscaría usted si estuvieran vivas? —preguntó la jueza Andrade.

—Donde tienen sus negocios las mafias, por supuesto. Cuando se ha referido a una fábrica, en realidad, hablaba de las naves que tienen en los polígonos —dijo la traductora como si fuese de sentido común.

La magistrada se quedó mirando a la oficial. Esperaba de ella algún comentario o una reacción a lo que acababan de oír. Algo que nunca llegó a suceder. Lucía no se encontraba en ese despacho. Su mente cabalgaba lejos de allí. Por primera vez desde que Claudia le confesara lo ocurrido, Lucía Gutiérrez pensó en la familia del crío que su hija y su amiga se habían llevado por delante. ¿Cuántos días llevarían sin recibir noticias de él? ¿Estarían tratando de buscarlo en Marruecos o Argelia? ¿Qué clase de miedo tendría el muchacho para no haber denunciado lo ocurrido o acudir a un hospital? ¿Temía solo acudir a un centro de menores o temía también a las mafias? ¿Qué pasaba en aquellos centros para que la mayoría de los chicos prefirieran vivir en la calle sin cama y sin techo?

De repente, Lucía tuvo un sentimiento embarazoso; sentía más empatía por aquel desconocido o aquellas mujeres ocultas en contenedores que por su propia hija. Tal vez todavía estaba a tiempo de paliar aquel desastre. No obstante, hasta que decidiera qué era lo mejor, había encontrado un camino de redención y perdón: tratar de encontrar a Huong Thi Tra My y a sus primas.

* * *

Pinto, A-4, tres y treinta y cinco de la tarde

Cuarenta minutos después de la llamada del brigada Reyes, el autobús todavía no había llegado a Madrid. Se encontraba atascado a la altura del municipio de Pinto. En condiciones normales, la distancia no sería de más de media hora. Pero con aquel tráfico intenso de hora punta, Julie

pensó que una hora allí encerrada no se la quitaba nadie.

Sus dedos tamborileaban sobre la bandeja plegable del asiento. Ni siquiera seguían el ritmo de una melodía. Percutían contra la superficie de plástico de manera inquieta. Aquel repiqueteo impenitente denotaba preocupación. Su estado de ánimo había mutado. Ya no estaba nerviosa. Ahora se encontraba incómoda. Como si llevara más de diez horas de viaje y no supiera cómo colocarse en el asiento. Tenía la certeza de que si finalmente decretaban la orden de busca y captura, la encontrarían en aquel autobús. Seguramente habría imágenes suyas entrando en la estación de Málaga o hablando por teléfono en el área de servicio de Guarromán. A la policía le bastaría consultar las paradas del Eurolines para dar con ella y detenerla. Incluso si obligaba al conductor del autobús a iniciar una fuga a través de la autovía, les resultaría fácil atraparla en cualquiera de los peajes entre la Comunidad de Madrid y Francia. Sin duda, iba dentro de una diana con ruedas. Si quería tener una oportunidad, si de verdad pretendía escapar y llegar hasta Bélgica, solo podía hacer una cosa: bajar del autobús y esconderse lo más rápido posible.

Julie cesó el tamborileo y, después de repasar cuidadosamente que tenía todas sus pertenencias consigo para no repetir errores, se levantó y caminó por el pasillo del autobús.

Decidida, llegó a la altura del conductor y le pidió con toda naturalidad que le abriera la puerta en seguida.

—Vuelva a su asiento, señora. Estamos en mitad de la autovía —dijo con malas pulgas el chófer, sin dejar claro si lo que le molestaba era la petición o que interrumpiera sus canturreos con Radio Olé.

Julie le miró de arriba abajo, como si estuviera decidiendo si valía la pena acabar con aquel hombre rechoncho. Tras valorarlo un par de segundos, decidió que era más urgente huir que matar. Con una sobriedad antinatural, se acercó a la puerta y le dio una patada seca. El golpe provocó una fractura en el cristal y la cara de

estupor de todos los que iban a bordo del Eurolines.

—¡Abra la puta puerta o la echo abajo a patadas! —insistió Julie en su demanda, dejándole claro al conductor que hablaba en serio.

Entre alucinado y asustado, el hombre cedió finalmente a sus deseos y Julie cruzó la saturada A-4 ante la atenta mirada del resto de pasajeros del autobús.

* * *

Málaga, polígono del Guadalhorce, seis de la tarde

Comandados por Lucía Gutiérrez, una unidad de treinta agentes, entre los que se encontraban Zaida Slimani y el cabo Romero, se desplegó por los comercios chinos del polígono del Guadalhorce mostrando imágenes de las tres chicas vietnamitas desaparecidas.

Aunque eran las seis de la tarde de un mes de agosto, las naves presentaban bastante bullicio y había cierto trasiego de trabajadores. Lo cual no quería decir que estuvieran abiertos a colaborar. Como les había adelantado la traductora, la mayoría de ellos elegía no hablar. Se excusaban con que no dominaban el castellano y ni siquiera le dedicaban un segundo a mirar las fotografías. Un pretexto con el que disfrazaban que las mafias les alimentaban diariamente con miedo. Una dieta estricta rica en extorsiones e intimidaciones. Les amenazaban con sus puestos de trabajo o los de sus familiares, con deportarles, con cobrarles más intereses. Desde bien pronto en la mañana se sentían amenazados. En menos de un año, estaban ya completamente debilitados, transformados en enfermos crónicos y con la lección bien aprendida. Ninguno de ellos quería meterse en problemas por tres adolescentes a las que no les unía la sangre, sino como mucho la desgracia. Así, tan pronto como veían a una pareja de guardias civiles, preferían apartarse asegurando que tenían mucho trabajo para seguir adelante con sus vidas y su miedo.

Dos horas más tarde y alrededor de veinte negocios chinos registrados, Lucía Gutiérrez tuvo que rendirse a la evidencia de que nadie les iba a ayudar. Ninguno de los trabajadores preguntados admitió reconocer a las desaparecidas. En parte, la teniente sabía que era lo que iba a ocurrir. Pero su intención aquella tarde no era tanto dar con una pista como poner nerviosos a los jefes de las mafias chinas. Hasta ahora, por mérito de los «cabezas de serpiente» o demérito de su investigación, el foco se había puesto en detectar un comando yihadista. Con aquella batida la teniente deseaba enviarles un mensaje, advertirles de que las cosas habían cambiado y los que estaban en este momento en el centro de la investigación eran ellos. El paso de los años no solo le había otorgado un problema de alcoholismo, también la experiencia suficiente como para tener la certeza de que no había nada como sentirse señalado para cometer un error.

—Tienen miedo —le dijo Zaida—. Durante muchos años mis padres tenían la misma cara que ellos. Y tragaron con carros y carretas para no molestar a nadie.

—Pues habrá que convencerles de que no lo tengan. Nos tienen a nosotras —quiso tranquilizarla la teniente.

Sin embargo, en el mismo momento en que dijo esa frase se dio cuenta de que era una cínica. El vídeo de diez minutos que había borrado en el centro de gestión de tráfico volvió a su cabeza; la fruta vertida sobre el arcén, la sangre expandiéndose en la carretera, su hija huyendo y ella presionando el botón de «eliminar». Era normal que aquellos trabajadores tuvieran miedo. Como lo tenían los padres de Zaida. Como lo tenía el chico magrebí. Mientras la gente que les tenía que proteger fuesen como ella, estaban condenados a vivir con pánico.

* * *

Málaga, Hospital Parque San Antonio, siete y media de la tarde

—¿Podemos irnos ya a casa? —le preguntó Karim a su amigo Ismael.

—Si es capaz de andar con muletas, sí —le contestó en árabe este.

Después de un día eterno sometiéndose a pruebas en la clínica, Ibra al fin respiró tranquilo. Los resultados del TAC habían sido positivos y no se le había encontrado ninguna hemorragia interna. Así que todo había quedado en un tremendo susto y una escayola en la pierna. De no estar tan cansado era probable que hubiera sonreído, pero de lo único que tenía ganas era de llegar a casa y tumbarse en la cama. Era su primera experiencia en un hospital y, aunque prácticamente toda su estancia allí la había pasado sentado, estaba igual de agotado que cuando iba a trabajar al campo con su abuelo.

Más tarde se convenció de que aquel silencio podía ser entendido como una falta de educación, como si no mostrara agradecimiento por lo que habían hecho por él. Así que venció el cansancio y en lugar de darle una respuesta al doctor, el chico tomó las muletas que le habían facilitado y probó a andar con ellas.

Al principio le resultó incómodo, pero lejos de quejarse, se tomó aquello como un reto personal y a los pocos minutos ya era casi un profesional de aquella disciplina deportiva recién inventada. La mejor forma que tenía Ibrahim de darle las gracias al doctor era demostrándole que era el mejor en algo. Su mente tenía todavía menos años que su cuerpo.

Empeñado en hacerles ver lo bien que se le daba andar con muletas, el chico salió del despacho y practicó por el pasillo del hospital.

—No sé cómo agradecerte todo esto —le dijo Karim cuando el muchacho ya no estaba presente—. Dime qué quieres que haga por ti y lo haré.

—Solo quiero una cosa y tienes que prometerme que harás todo lo posible por cumplir tu palabra; quiero que le conviertas en una buena persona. No dejes que se tuerza. Es muy joven y solo le están dando motivos para odiar. Vas a tener que esforzarte para que no elija un camino fácil.

Karim entendía perfectamente lo que quería decir.

Todos los chicos que llegaban a España a aquella edad y pasaban por la mitad de lo que había tenido que vivir Ibra eran carne de lumpen y presidio. Él lo sabía bien. Lo había experimentado en primera persona. Se tuvo que enfrentar a palizas e infecciones de todo tipo en un centro de menores. Con diecisiete años tenía ya tan pocas expectativas que le hubiera dado lo mismo acabar robando o enganchado al pegamento. Si no lo hizo, fue porque tuvo la suerte de dar con Ismael. Aquel doctor, que parecía más arrogante y altivo que ellos pese a ser marroquí, era todo corazón. Dedicaba su tiempo libre a visitar los centros, a velar por los menores recién llegados, a dibujarles un panorama más amable de lo que se iban a encontrar fuera cuando cumplieran la mayoría de edad. Y en aquellos primeros años difíciles se convirtió en lo mismo que Karim estaba siendo ahora para Ibra, en un referente, una especie de tutor que le ayudó a no desviarse demasiado pronto.

—¡Prometido! —dijo Karim después de darle un cálido abrazo.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, nueve y media de la tarde

Cerca de las diez de la noche, el calor dio una pequeña tregua a la ciudad. El terral soplaba de fondo, pero la gente ya se había hecho a él y casi no notaban su presencia. Era una sensación parecida al ruido de una perforadora taladrando el asfalto. Los primeros minutos resultaba insoportable, pero al cabo, el oído lo convertía en un ruido de fondo, lo difuminaba. Solo cuando acababa de excavar, uno era consciente de lo realmente molesto que había sido y de lo cerca que se había estado de volverse loco.

A Zaida Slimani le estaba pasando exactamente lo mismo. Percibía el calor, pero no le alteraba. Casi ni sudaba. Como si el fuego que caía en la calle fuera una reacción psicosomática que pudiera controlar con la mente.

De hecho, se cambió de ropa en los vestuarios de la Comandancia sin ducharse antes. No necesitaba refrescarse.

Estaba a punto de abandonar el edificio para llamar a su familia y conocer cómo le había ido a su hermano cuando la teniente se acercó a ella.

—¿Tienes un momento? —le preguntó Lucía Gutiérrez preocupada.

Tanto el testimonio de la madre de Huong Thi Tra My como la visita al polígono del Guadalhorce habían acabado por romper la presa donde la teniente contenía todo aquel revoltijo de sentimientos amargos sobre lo que habían hecho Claudia primero y ella misma después. Tras darle muchas vueltas, se había dado cuenta de que no era suficiente con encontrar a Huong Thi Tra My o a sus primas, tenía que hacer algo más: denunciar a Claudia y a su amiga Laura, que la justicia se ocupara de ellas, y dar con el paradero del chico atropellado para asegurarse de que estaba bien. Aquella era la única solución. Desafortunadamente, no podía hacerlo sola. Estaba a la espera de las pruebas de ADN de Julie Vertoghen, de que se aprobara una orden de busca y captura contra ella y de interrogar al brigada Reyes. Y todo ello tenía que resolverlo mañana antes de ponerse al frente del operativo de la feria de Málaga. Necesitaba ayuda, y solo Zaida estaba capacitada para echarle un capote; era de origen magrebí, sus padres habían llegado a Melilla saltando la valla, por lo que tenía empatía de sobra para obsesionarse con este encargo, y era tremendamente inteligente para resolverlo con discreción en un corto período de tiempo.

—Sí, por supuesto —dijo la agente algo desconcertada, más preocupada por su hermano que por las ocurrencias de la teniente.

—Será mejor que me acompañes a mi despacho. No quiero que nadie nos escuche —dijo la oficial.

Mientras caminaba, Lucía Gutiérrez ordenaba sus pensamientos tratando de averiguar cuál era la mejor forma de revelar aquel vergonzoso secreto. Antes de llegar a su oficina ya había resuelto que solo había una manera: ser lo

más directa posible.

Zaida tomó asiento y se zambulló en un pozo de pesimismo. ¿Se habría enterado de lo de su hermano? ¿Querría amonestarla por no compartir esa información con ella? ¿La iban a enviar de vuelta a Melilla? Esta última opción no le desagradó del todo. A lo mejor no podía ofrecerle a Omar un buen abogado, pero sí podía visitarle todos los días y dar apoyo a sus padres. Cuando estaba plenamente convencida de que sería eso, Lucía Gutiérrez puso una foto sobre el escritorio que hizo estallar por los aires todas sus elucubraciones.

—Necesito que encuentres a este chico —dijo la teniente lo más aséptica que el pudor le permitió.

Zaida tomó la fotografía y reconoció al crío al instante. Hacía justo una semana que lo había visto cruzar la valla de Melilla sin que ella se lo pudiera impedir. En parte, estaba en Málaga gracias a él. Pese a ello, no creyó oportuno revelarle aquella información. Había aguantado demasiadas broncas y sermones sobre bandos correctos para saber que era mejor callarse.

—¿Ha hecho algo? —quiso saber la agente Slimani.

—En realidad, se lo he hecho yo a él —dijo sintiendo una terrible punzada de culpabilidad—. ¿Te importa que fume?

Sin tiempo para que Zaida pudiese contestar, Lucía Gutiérrez se encendió un cigarrillo y comenzó su confesión, dispuesta a descargar en aquella habitación toneladas de culpa y vergüenza.

* * *

Málaga, Las Chapas, once de la noche

Cuando Zaida terminó de escuchar a la teniente, sintió rabia. Luego, impotencia. Y, más tarde, algo parecido a la furia. Estaba cansada de que siempre acabaran pagando los mismos, ya fuera aquel chico marroquí atropellado o su hermano Omar. La Cañada de Hidum, La Palmilla o Los

Asperones eran un síntoma del mismo mal. Todo aquel continente estaba fabricado para que siempre perdieran los débiles. Europa era una gran máquina tragaperras trucada. Llena de colores y ruidos hipnóticos en la que nunca obtenías el premio gordo, al menos no la gente como ella, o su hermano Omar, o el chico al que un día dejó cruzar la valla de Melilla. Todos ellos eran ludópatas, echando cada día una o dos monedas, soñando que en algún momento saldría la combinación ganadora y podrían conseguir una casa, un trabajo o un coche, sin ser conscientes de que se estaban consumiendo en aquel juego perverso.

La furia se evaporó y dejó paso a una nueva emoción. De repente, la agente se sintió profundamente idiota, había dejado de ganar su premio gordo, cincuenta mil euros, por mantener la ética y la moral intactas. Aquel sistema corrupto y trucado para que ganaran los de siempre le había dado una oportunidad de compartir beneficios y ella había sido tan gilipollas de mostrar escrúpulos. Y encima para proteger a alguien que no lo merecía. Todos los reparos que había mostrado por no colocarle en el coche un fardo de cocaína ahora le parecían pura mojigatería. Lucía Gutiérrez no dudó cuando tuvo que eliminar un vídeo que ponía en riesgo la vida de su hija. Todo lo contrario que ella; pudo ayudar a su hermano y eligió perder, como siempre. ¿Qué haría ahora si le ofrecieran la misma oportunidad? ¿Qué pasaría si decidiera no mirar atrás, si callara la voz de la conciencia y se limitara a ganar?

La cabeza de Zaida estaba a punto de estallar. Como le ocurriera por la mañana, antes de colapsar, eligió correr. La vida a doce kilómetros por hora le resultaba más sencilla. Cuando aceleraba sus pasos, todo lo demás iba más lento. Se desvanecía. Su cuerpo y su mente se convertían en una molécula. En un diminuto átomo que atravesaba el tiempo y el espacio. Zaida corría a toda velocidad y reducía a la nada los edificios, los coches, las aceras, la Comandancia de la Guardia Civil. Con cada zancada la vida dejaba de existir.

La agente mantuvo aquella huida de sí misma hasta la glorieta de Las Chapas, cuando una furgoneta le bloqueó el

paso. Era una Volkswagen Caddy de color gris, exactamente la misma que le había interrumpido el paso de madrugada. Zaida no lo podía creer, la máquina tragaperras le volvía a dar una oportunidad para ganar.

La puerta lateral se abrió y el brigada Reyes la invitó a pasar. Antes de que el suboficial abriera la boca, la agente se le adelantó.

—Tengo algo mejor que lo de la cocaína, pero te va a costar más caro.

—¿Cuánto? —preguntó sonriendo Reyes.

—Ochenta mil euros —dijo con la voz temblorosa.

—Siéntate, te escucho.

Zaida Slimani le obedeció y se sentó a su lado mientras el brigada cerró la puerta lateral de la Volkswagen Caddy. En lugar del portazo, ella escuchó la sirena de la máquina cuando salía el premio gordo.

Séptimo día de terral

-Martes 7 de agosto de 2018-

«Y yo estoy muerto, sí, como una triste rosa, abandonado en la basura, como una jarra de agua de taberna que nadie apeteciera su frescura».

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, doce de la noche

Cuando Lucía Gutiérrez no podía dormir, nadie más podía hacerlo. Sabía que las pruebas de AND estaban al caer y quería estar presente en la Comandancia cuando eso ocurriera, así que había logrado convencer a Romero para quedarse con ella un rato más y repasar algunas cuestiones. Mientras el cabo ordenaba los hechos cronológicamente, la teniente leía un informe sobre las mafias chinas.

Llevaba una semana prácticamente sin dormir ni comer. Sus ojos se hundían en las cuencas. Estaba pálida y tenía la cara más alargada que de costumbre, como si los músculos faciales se estuvieran desprendiendo de su rostro, como si hubieran comprendido finalmente que bajo ese cráneo inestable solo les esperaba la muerte. Aquel rostro demacrado convertía a la oficial en una sombra de lo que solía ser. Un alma atrapada entre dos mundos que no terminaba de decidirse por ninguno de los dos. Una fina frontera entre la vida y el tanatorio más cercano. Prácticamente tenía una fila de moscas y larvas esperando su descomposición y, aun así, actuaba con total naturalidad, disimulando que detrás de los muros de la Comandancia todo era confusión y dolor.

Distante de todo aquello, la teniente leía concentrada.

Como ya le había adelantado la traductora, ni siquiera los expertos eran capaces de cifrar el número de personas vinculadas a las «triadas». Eran organizaciones criminales opacas, prácticamente desconocidas, que pasaban desapercibidas para el resto de los ciudadanos. Mafias que adquirían dinero fácil dentro de un entramado criminal, pero con la apariencia de una empresa totalmente legal. Se dedicaban a todo tipo de negocios, desde la prostitución al tráfico de drogas, pasando por el blanqueo de capitales o el tráfico ilegal de personas. Según le reportaban los expertos de la Guardia Civil, la mafia china se reunía en karaokes y discotecas clandestinas. Tenían un nivel de vida elevado y consumían una droga muy adictiva y poco habitual: el Kin, una mezcla de ketamina con tiletamina y altas dosis de dextrometorfano. A pesar de sus gustos poco comunes, preferían traficar con marihuana y cocaína. Desde hacía un par de años, la Guardia Civil había detectado la presencia de una gran red de plantaciones de marihuana tanto en la Comunidad de Madrid como en Andalucía. Droga que iba a parar más tarde al Reino Unido a través de Algeciras, La Línea de la Concepción y Gibraltar. Un dato que llamó la atención de la teniente. Era una ruta similar a la que había seguido el contenedor 35904 una vez que llegó a la península. En realidad, tenía bastante sentido que utilizaran el mismo canal de distribución tanto para una cosa como para la otra; tenían hombres de confianza en los puertos, transportistas y agentes de aduana ya comprados.

Sobre el tráfico de personas, el informe venía a corroborar las primeras pesquisas de Zaida Slimani. A los traficantes se les conocía como «cabeza de serpiente», individuos que prosperaban económicamente dentro la organización y comenzaban a cobrar por los servicios de emigración internacional. Al tratarse de operaciones complejas, contaban con una red de contactos externos tanto en los países de procedencia de los inmigrantes como en los principales puertos europeos por donde transitaban. Gracias a este sofisticado sistema podían trasladar cantidades ingentes de ciudadanos chinos hasta los países

que solicitaban. Si los inmigrantes pagaban el traslado antes o después de llegar a Europa, quedaban libres, pero también podían pagar su billete a través del trabajo.

Las regiones que generalmente utilizaban este sistema eran Fujian y Wenzhou. Aunque, en los últimos tiempos, los «cabeza de serpiente» habían extendido el negocio a la emigración vietnamita. Según el informe, muchos eran explotados durante el viaje en industrias como la construcción o el trabajo en talleres clandestinos de falsificación de marcas de moda. Aunque también los empleaban en establecimientos de manicura y plantaciones de cultivo de cannabis.

El penúltimo punto del informe le resultó de bastante interés a Lucía Gutiérrez. Recopilaba recortes de prensa de otros casos similares de muertes en contenedores en el puerto de Zeebrugge. Por ejemplo, en 2015, *The Brussels Times* informaba de que tres moldavos habían sido detenidos por tráfico de personas. En 2016, *The Bulletin* publicaba que siete inmigrantes iraníes habían llamado a la Policía para pedir auxilio desde dentro de un remolque donde habían sido encerrados por una red de tráfico humano. Se trataba de una llamada de auxilio después de haberse quedado sin oxígeno. El vínculo entre Zeebrugge y el tráfico ilegal parecía evidente, así como la hipótesis de la madre de Huong Thi Tra My de que su hija hubiera podido fallecer dentro de un contenedor.

Por último, el informe concluía que era un tipo de mafia prácticamente invisible porque los delitos se cometían entre ellos. Sus víctimas solían ser sus propios compatriotas, una comunidad poco dada a presentar denuncias. Lucía encajó rápidamente a Julie Vertoghen en aquel entramado. Era la persona encargada de asesinar y extorsionar a todos los ciudadanos que no eran de origen chino, garantizando así la invisibilidad de las triadas. Todos los esfuerzos de la belga se centraban en que nadie pudiera vincular ninguno de los sucesos de la semana con la mafia china. De hecho, cada vez tenía más claro que la aparición de Yusuf Hakimi y Hasan El Kaabi en toda aquella historia no era casual.

Estaba casi segura de que Julie Vertoghen los había reclutado como parte de un plan alternativo. Parecía evidente, como había leído en el informe, que en algunas ocasiones los inmigrantes morían en esos contenedores. Era algo que ocurría con cierta frecuencia. Algo que podían prever. Y nada mejor para desviar la atención en aquellos tiempos de psicosis con los camiones en los centros de las ciudades europeas que poner de transportistas a dos chicos de la Cañada de Hidum con pasado yihadista, y que el miedo y la paranoia hicieran todo lo demás. Es posible que la propia Julie ordenara sus asesinatos a posteriori y creara una trama ficticia para mantenerles ocupados.

—Listo —dijo Romero, satisfecho después de elaborar un exhaustivo esquema cronológico de todos los hechos en una pizarra.

—Vamos a ver qué tienes —dijo la teniente después de dejar a un lado el informe de las triadas.

Antes de que se pudiera poner en pie, Urbizu entró en su despacho sin llamar. Al igual que la propia Lucía Gutiérrez, tenía un aspecto descuidado. Su rostro, enjuto por naturaleza, presentaba rasgos de evidente agotamiento y le otorgaban un aspecto de perturbado. Una suerte de místico que vive apartado en la montaña y solo sale de su cueva una vez al año a compartir con el mundo sus revelaciones.

—¡La tenemos! —dijo con un ímpetu impropio de él, como si acabara de descubrir que su cuerpo también estaba diseñado para transmitir entusiasmo—. El pelo corresponde a Julie Vertoghen, así como la saliva encontrada en los restos de comida. ¿Vamos a por ella o quiere seguir jugando al *Pictionary* con el cabo?

Los dos oficiales se apresuraron en salir del despacho y dejaron allí solo a Romero frente a la pizarra, después de haberse pasado una hora ordenando cronológicamente los hechos absolutamente para nada. Verle allí parado, sosteniendo el rotulador, alicaído y sin saber qué hacer, transmitía una inmensa ternura. Y también tristeza. El cabo empezaba a echar de menos cuando la teniente no le valoraba lo suficiente y solo le necesitaba para comprarle

paracetamol en la farmacia.

* * *

Málaga, Las Chapas, doce y media de la madrugada

Zaida terminó de hablar y se dejó caer en el asiento de la Volkswagen Caddy. Sin darse cuenta se estaba acomodando, buscando confort en una situación que a priori era del todo incómoda. Se podía decir que incluso se repanchingó. Hasta a ella le sorprendió que cruzar la frontera del bien y del mal fuese tan fácil. Esperaba algún tipo de tormento interior o, al menos, una punzada en el estómago. Aquellos síntomas de culpabilidad que tantas veces había padecido patrullando la Cañada o vigilando la valla de Melilla.

Sin embargo, no experimentó nada parecido. Estaba bastante tranquila. No tenía la sensación de estar viviendo un momento cumbre en su vida o reescribiendo la mecánica inexorable del destino. Le pareció un viaje de lo más sencillo. Casi natural. Y entonces comprendió que si no estaba sintiendo esos remordimientos, era porque no creía estar traicionando a nadie. La situación había cambiado por completo de un día para otro. No tenía que colocarle una evidencia falsa a la teniente para recibir una recompensa. Tan solo debía decir la verdad. Lucía Gutiérrez había cometido un delito, una falta grave que le repugnaba. Un tipo de infracción que nada tenía que ver con entrar a otro país de manera irregular o arrojar piedras contra la policía por no tener trabajo o una vivienda digna. Aquello sí le suponía problemas de conciencia y continuos bloqueos mentales. Lo que había hecho ella, no. Unos traspasaban la ley para sobrevivir, Lucía para mantener sus privilegios. La teniente había obrado así porque en el fondo reconocía que la vida de su hija valía más que la de un marroquí sin papeles. Alguien así no merecía ni medio sobresalto.

—Cuarenta mil ahora y los otros cuarenta mil cuando des con el paradero del crío. Sin imágenes de vídeo, su

testimonio es lo único que tenemos contra Lucía Gutiérrez —dijo Reyes.

—Trato hecho —contestó Zaida, que se irguió para darle la mano y cerrar el acuerdo.

Mientras la agente Slimani se volvía a hundir en el asiento del vehículo, el brigada Reyes la observaba detenidamente. Desde que la vio por primera vez sabía que terminaría accediendo, pero ni siquiera él sospechaba que ocurriría tan rápido. Tenía buen ojo para discernir quién albergaba rendijas y fracturas por las que colarse, y Zaida era ahora un queso gruyer. Aquella veloz metamorfosis le convenció definitivamente de que había encontrado reemplazo para cubrir la desaparición de Sánchez. Pero aquella proposición debía esperar. El tiempo corría en su contra y en el de Julie Vertoghen. Había llegado el momento de darle la vuelta al reloj de arena.

* * *

Málaga, Juzgados, una de la madrugada

Con las pruebas de ADN sobre la mesa, que le presentaron conjuntamente Lucía Gutiérrez y Enrique Urbizu, la jueza Andrade no tuvo ningún problema en aprobar la orden de detención de Julie Vertoghen y empezar los trámites para que tuviera validez internacional. Según los cálculos de la magistrada, dada la contundencia de las pruebas, mañana mismo podrían solicitar la colaboración de la policía belga.

—Le debo una —dijo la teniente, consciente de que había hecho quedarse trabajando hasta la una de la madrugada a aquella mujer a la que había repudiado en un principio y había acabado cogiendo cariño.

Sus afectos venían marcados por una única demanda; satisfacer o no sus deseos. Así de simple era la amistad para ella. Si hacías lo que te demandaba en todo momento, automáticamente eras una persona extraordinaria, amable, valiente y perspicaz. Si se te ocurría llevarle mínimamente la contraria, entonces sus apegos se devaluaban y aquellos

que hacía no tanto eran extraordinarios, amables, valientes o perspicaces pasaban a ser mezquinos, ruines y miserables. Un «no» era el pasaporte directo para que Lucía Gutiérrez te deportara a la Siberia moral, a un gulag, a un campo de reeducación donde condenaba a antiguos amigos y conocidos a trabajos forzados hasta que fueran capaces de admitir sus errores y aprendieran a decirle que sí a todo.

—¿Una? Como poco me debe tres —le contestó la jueza en un tono de camaradería—. Me ha tenido aquí hasta las tantas, sin aire acondicionado y comiendo guarrerías de la máquina. De los dos primeros delitos, la puedo exculpar, pero no le voy a perdonar jamás que me haya hecho comer Risketos con cincuenta años —añadió entre risas.

—En cuanto la hayamos detenido, cuente con una invitación a La Cosmopolita —recogió el guante la oficial, tratando de agradecerle que no hubiera caído en el bando malo de la gente que le negaba sus caprichos.

A la salida de los juzgados, el terral se levantó y les golpeó en la cara a Lucía y Urbizu. Lo hizo por sorpresa. Llevaban cerca de una hora refugiados en el ventilador del despacho de la magistrada y casi habían olvidado que en la calle continuaba desatado el infierno. La teniente se defendió de aquella tremenda bofetada de calor como hacía siempre, encendiéndose un cigarrillo.

—¿Me da uno? —preguntó el capitán.

—Recuerdo que hace una semana me rechazó un pitillo por el calor —dijo Lucía, que era incapaz de olvidar ninguna ofensa, por ridícula que fuera, y mucho menos de callarse ni un solo reproche.

Mientras la humanidad necesitaba oxígeno para seguir viviendo, la teniente necesitaba agravios, reales o ficticios, para seguir respirando. Tantos años de perder batallas internas le habían hecho llegar a la conclusión de que debía transformar las relaciones sociales en un campo de batalla en el que resarcirse.

—Hace una semana estaba investigando a un agente por corrupción. Ahora estoy esperando que me digan a la hora que me tengo que pasar por el tanatorio para velar el

cadáver de la persona que lo estaba investigando. Como ve, han cambiado algunas cosas.

Lucía Gutiérrez le acercó la cajetilla de tabaco y el capitán tomó un cigarrillo. Aquel sencillo gesto fue su manera de hacer las paces y mostrar una pizca de empatía, algo que el capitán agradeció. Tratando de no tensar más las cosas, los dos oficiales optaron por fumar en silencio mientras el terral les envolvía en una densa niebla de calor.

Cuando terminaron, subieron al coche de Urbizu y pusieron rumbo a la Comandancia. Ninguno de los dos se atrevió a abrir la boca y romper aquella frágil tregua, así que el capitán encendió la radio y dejó que el locutor de Cadena Ser Málaga rellenara los vacíos.

—«Antonio Vargas Reyes, patriarca del conocido clan Vargas, fue detenido en el día de ayer acusado del asesinato de Jafar Al Faribi, cabecilla del otro gran clan de la droga en Málaga, cuyos restos mortales fueron arrojados desde un vehículo en las cercanías del estadio de La Rosaleda. Mientras la Policía Nacional mantiene el secreto de sumario, fuentes consultadas por Cadena Ser señalan que todo parece indicar que estamos ante una guerra de clanes provocada por la extrema vigilancia policial de barrios como La Palmilla o Huelin en los últimos días».

—Le advertí a la jueza que estaba agitando un avispero —rompió su silencio Lucía para proyectar una nueva recriminación.

El pedestal donde recientemente acababa de colocar a la magistrada se empezaba a tambalear y estaba a un par de titubeos más de dejar de ser extraordinaria, amable, valiente y perspicaz.

—No hay mal que por bien no venga. Al final ha sido como matar dos pájaros de un tiro, ¿no le parece? —dijo Urbizu, bajando el volumen de la radio.

—Antes de que Vargas entre en prisión o entierren el cadáver de Al Faribi, ya habrá aparecido en Málaga uno o dos nuevos clanes de la droga. Esta rueda es imposible de parar.

Las palabras de la teniente dejaron un poso amargo en

el interior del vehículo. Tanto que Urbizu volvió a subir el volumen de la radio después de entender que aquella conversación había sido solo un amago y no habría más intercambio de palabras hasta llegar a la Comandancia.

—«Buenas noticias en el apartado meteorológico. El calor nos da una tregua y está previsto que durante el día de hoy desaparezca el terral y bajen las temperaturas…» —se apoderó de nuevo el locutor de la Cadena Ser de la acústica del automóvil.

Urbizu giró la cabeza buscando la complicidad de la teniente. El tiempo era un tema universal para desbloquear silencios y pensó que la bajada de temperaturas abría un sinfín de oportunidades para derribar el telón de acero que habían levantado entre los dos. A pesar de ello, se dio cuenta rápidamente de que Lucía Gutiérrez no estaba por la labor de derribar el muro de Berlín. Miraba por la ventanilla, abstraída en sus pensamientos, repasando todas sus cuentas pendientes e imposibilitando cualquier tipo de contacto.

—¿Todavía está enfadada conmigo? No tiene motivos. Se va a salir con la suya, como siempre. Es cuestión de horas que estemos interrogando a esa belga hija de puta —intentó una vez más el capitán derribar la tapia.

—No se ha enterado de nada. Ella es solo una intermediaria. Todo lo que ha pasado estos días tiene que ver con la mafia china. Desde los asesinatos de Yusuf y Hasan a la desaparición de Huong Thi Tra My. Estoy segura de que están detrás hasta de esa estúpida guerra de clanes de la que solo se benefician ellos. No hay nada en lo que no estén metidos y, sin embargo, no tenemos absolutamente nada contra ellos. Ni siquiera una cara o un nombre. Nada —dijo algo más ceniza de lo que acostumbraba.

—Tenemos una orden de detención de una intermediaria. Es un punto de partida —dijo Urbizu serio después de frenar el vehículo frente al edificio de la Comandancia.

Lucía salió del coche y al cabo de unos segundos se dio cuenta de que caminaba sola.

—¿No viene conmigo? Creía que quería estar presente en el diseño del operativo —preguntó extrañada al capitán.

—Puede apañárselas sola. Tengo cosas que hacer —dijo enigmático.

—¿El qué?

—Darle nombres para que esté contenta —dijo sonriendo mientras se ponía de nuevo en movimiento, tratando de escapar del gulag en el que le había colocado y recuperar de nuevo su afecto.

* * *

Pinto, Bar El Capricho, una de la madrugada

Cuando el camarero le sirvió el té verde, Julie Vertoghen se había bebido antes tres cocacolas y dos cafés. La mano con la que sujetó la taza le temblaba casi al mismo ritmo que el corazón le palpitaba. Si no tenía ya taquicardia, estaba a punto de sufrirla. Ella misma era consciente de lo patética que resultaba. Había sobrevivido a un barrio marginal, a yonquis y pandilleros de medio mundo y hasta a las triadas chinas para ponerse a paniquear en un bar de mala muerte del polígono de Pinto. Les estaba regalando al camarero y al anciano con cara de putero que estaba a su lado bebiendo coñac su bien más preciado: no mostrarse frágil en público. Jamás. Después de más de veinte años de vivir situaciones límite y sobrevivir a casi todo, aquellos dos palurdos, que solo merecían ser víctimas de préstamos abusivos por parte de esas financieras que se anunciaban por televisión para que gente como ellos se pudiera comprar un plasma donde ver la Champions League, habían sido finalmente los elegidos para verla derrumbarse.

Se odió. Los odió.

Desde que escapó del autobús de Eurolines no había recibido más noticias de Reyes, lo que había ocasionado que se volviera paranoica. Sospechaba de él. Al fin y al cabo, era un policía corrupto. ¿Cómo podía estar segura de que no la traicionaría? Era un hombre volátil que se movía

exclusivamente para velar por sus intereses. Un poco como ella. La clase de persona que hace cualquier cosa con tal de seguir resistiendo. Así que tenía claro que, llegado el momento, si el brigada se sentía en peligro, tiraría de la manta y la dejaría completamente expuesta. O puede que ya lo hubiera hecho. Era bastante posible que en ese preciso momento, mientras a ella le temblaban las manos por el exceso de cafeína, la policía estuviera siguiendo su pista en los alrededores del polígono. Por las dudas, no pasaba más de una hora en cada uno de los establecimientos a los que acudía. Pedía una bebida, consultaba los informativos para ver si hablaban de ella y cuando comprobaba que no había ninguna novedad, buscaba un nuevo local y repetía el mecanismo.

Julie se terminó de beber el té y consultó el reloj. Estaba cerca de superar los sesenta minutos. Había llegado el momento de salir de allí. En el instante en que fue a pagar, reparó en su teléfono y valoró la posibilidad de que la pudieran estar rastreando a través de él. Su cerebro iba pasado de revoluciones. Se disponía a deshacerse del móvil, cuando entró una llamada de Reyes. Con una mezcla de nerviosismo y pavor, se alejó de aquellos dos desgraciados y lo descolgó en la calle.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó con desesperación, incapaz de ocultar su ansiedad por más tiempo.

—Acaban de aprobar tu orden de detención. Van a hacer controles en estaciones de tren, aeropuertos y carreteras. Te he llamado en cuanto me he enterado. A partir de ahora, no puedo hacer nada por ti.

—¿Qué coño estás diciendo? Tienes que ayudarme a salir del país. ¡Piensa algo, joder! ¡No me puedes dejar tirada, cabrón! ¡No puedes!

A pesar de los gritos de Julie Vertoghen, la llamada se cortó bruscamente sin que obtuviera ninguna respuesta a sus demandas.

* * *

Málaga, Hotel Málaga Palacio, una de la madrugada

La terraza del Hotel Málaga Palacio tenía las mejores vistas de la ciudad. Por un lado, se podía contemplar la fachada renacentista de la catedral y, por el otro, la bahía con las luces de la noria reflejadas en el mar. La gente se refugiaba allí por las noches para huir del calor. Entre la humedad de la piscina y la altura, la temperatura era bastante agradable. Aunque también los había que solo iban a lucir bronceado con la sana intención de buscar pareja o sexo esporádico.

Entre aquella fauna veraniega, destacaba un depredador: el brigada Reyes. En una mano sostenía un *bloody mary* y en la otra, un teléfono. Llevaba la camisa ligeramente desabrochada, lo justo para que las dimensiones de su pecho no pasaran desapercibidas. Todo en él era tan casual como calculado.

Acodado en la barandilla, con gesto desenfadado, hablaba a través del móvil sin prestar mucha atención a la conversación. En realidad, parecía estar más atento a la puerta que daba entrada a la terraza, como si estuviera esperando a alguien que tardaba en llegar.

Al cabo, vio entrar a Urbizu y colgó de manera precipitada sin tan siquiera despedirse. Con el brazo le indicó dónde se encontraba y el capitán caminó fatigosamente hacia él.

Enrique Urbizu se dio cuenta de inmediato de que no encajaba en aquel lugar. Al contrario que los demás, no tenía buen aspecto. Su color de piel era de un amarillo insalubre, como si padeciera una enfermedad del hígado. Vestía con ropa de funcionario y exhibía una extrema delgadez. Era un intruso entre cuerpos moldeados en gimnasios, que le cedían el paso por miedo a que les contagiara lo que fuera que padecía aquel hombrecillo enclenque.

—¿Una copa? —preguntó relajado Reyes.

Urbizu le fulminó con la mirada. Ni siquiera le contestó. No estaba para bromas. Se colocó a su lado y después

volteó su cuerpo de cara al mar. Tras un rato contemplando la bahía, comenzó a hablarle de espaldas. Su voz no sonaba recriminatoria, si acaso hastiada, de la misma forma que si hubiera tenido que repetir discursos parecidos ante tipos como Reyes un millón de veces, desde una posición que nada tenía que ver con la monserga, sino con alguien cansado de oír su propia voz y del rol de mediador que le había tocado interpretar en esta vida. Sentía que podía hacer otras cosas más allá de la diplomacia, pero el cargo le pesaba más que a Lucía Gutiérrez. En el fondo, envidiaba su asombrosa capacidad para no hacer lo que se esperaba de ella.

—Tal y como están las cosas, solo tienes dos salidas: o colaboras o llevamos tu caso a los tribunales.

—No tiene nada contra mí. He accedido a hablar con usted para aclarar cualquier duda —dijo dándole un trago a su copa.

—Tengo una foto tuya entrando en el Hotel Los Naranjos en compañía de Julie Vertoghen minutos antes de que Sánchez falleciera —le dijo mostrándole la imagen que había conseguido la teniente.

—Y yo tengo una coartada. Esa noche estaba en Madrid con diez agentes a mi cargo en un operativo. Puede llamarles para comprobarlo. Debería haberme consultado antes de dar por válida una foto borrosa en la que no se me ve bien la cara. ¿Sabe lo que creo? Que esto es cosa de la teniente Gutiérrez. Me la tiene jurada desde lo de Cobo Calleja, como si yo fuera el responsable de que su marido tuviera un ataque de cuernos y perdiera la cabeza —dijo con un punto de crueldad.

Al capitán le sacaba de quicio esa actitud altiva. Tenía la sensación de que aquel hombre vivía instalado en esa terraza y se había acostumbrado a mirar a los demás por encima del hombro. Después de aguardar un tiempo en silencio buscando la respuesta adecuada, el capitán dejó de contemplar el mar y se giró hacia Reyes.

—Que coman pasteles… —murmuró para sí Urbizu.

Reyes le miró extrañado sin saber qué era lo que quería

decir. Al ver que el brigada no entendía la referencia, Urbizu entró en detalles.

—Es lo que respondió María Antonieta cuando los pobres fueron a pedirle a Versalles harina y trigo para hacer pan antes de morir de hambre; «Que coman pasteles». Ya sabe cómo acabó la cosa, ¿no? Usted está tan fuera de la realidad como ella, bebiendo una copa tranquilamente en este hotel lleno de gente guapa, diciéndome estupideces…, cuando sabe tan bien como yo que está contra las cuerdas. Además de esa foto borrosa, tengo el testimonio de Sánchez acusándole directamente de pagarle a cambio de hacer negocios con los chinos. Y tengo la evidencia más clara de todas: trabaja en Madrid, pero está aquí en Málaga un martes por la noche. Le voy a dar una última oportunidad; reparta la harina conmigo o vaya preparando el cuello.

Reyes encajó la amenaza con indiferencia. Metió la mano en la copa del *bloody mary* y le dio un mordisco al apio que lo aderezaba. Se tomó su tiempo para mascarlo y solo cuando creyó que ya había sacado de quicio lo suficiente al capitán, retomó la conversación.

—Sánchez está muerto, la única forma de que valide ese testimonio en un juicio es que lo invoque en una sesión de espiritismo. Y con respecto a lo que hago aquí un martes por la noche, también tengo una respuesta; ¿ve a esa rubia de la barra?

Antes de que Urbizu pudiera girar la cabeza, el brigada invitó a la chica a que se les uniera. Se llamaba Estrella y llevaba un vestido blanco escotado que favorecía su profundo bronceado. No tendría más de veinticinco años, pero se movía por la vida con la seguridad de una mujer de cincuenta.

Estrella se paró frente a los guardias civiles y le plantó un beso en los morros a Reyes.

—Es mi novia. Desde hace un año vengo a Málaga en mis días libres. Puede hablar con ella si lo desea.

Urbizu se quedó en silencio. Sabía que le estaba mintiendo descaradamente, pero antes de ir más allá, tendría que comprobar la veracidad de su coartada. No

obstante, al capitán le costaba soltar un hueso cuando ya se lo había metido en la boca y eligió para despedirse una elegante advertencia:

—Esto no es cómo empieza, sino cómo acaba. Hay evidencias suficientes para que haga una declaración formal en la Comandancia, así que le recomiendo que permanezca en Málaga. Hasta entonces, estará vigilado por agentes del cuerpo.

Lamentablemente, su amenaza no surtió el efecto deseado y la pareja ni siquiera pestañeó. En lugar de eso, continuaron besándose en sus narices hasta que entendió que era mejor recoger cable y marcharse de allí. Tampoco le sorprendió. No estaba a la altura de aquella terraza ni de la excelente genética de sus moradores. Tarde o temprano, lo natural era que el grupo le rechazara. No podían permitirse que alguien así se infiltrara y debilitara su prodigioso ecosistema. La gente como él nunca era bien recibida en las alturas, eran carne de sótano y túneles subterráneos.

* * *

Bruselas, Grand Sablon, siete de la mañana

Habían transcurrido aproximadamente dos horas desde que la policía belga recibiera desde España la orden de detención de Julie Vertoghen cuando Louis Jacobs, jefe de la unidad de asalto de la Policía Federal, indicó a sus hombres derribar la puerta del piso de la presunta homicida.

Más acostumbrados a hacer redadas en Molenbeek que en Grand Sablon, los policías no tenían claro qué clase de criminal podían encontrar allí dentro. Siempre que habían hecho redadas en aquel barrio había sido para perseguir delitos financieros. Así que más de uno tenía una curiosidad malsana por descubrir cómo era la forajida millonaria que había puesto en jaque a un país entero.

En cuanto la puerta cedió, alrededor de quince agentes

se desperdigaron por el interior de la casa. Las habitaciones olían a cerrado y el polvo se empezaba a acumular sobre los muebles. Sin embargo, todo estaba recogido y pulcramente ordenado, lo que indicaba que estaban ante alguien perfeccionista y meticuloso.

La primera sensación que tuvo Jacobs fue de que allí hacía días que no había nadie, sospecha que le ratificaron sus hombres cuando, al cabo de cinco minutos, le anunciaron que la vivienda estaba completamente vacía.

Jacobs guardó su arma reglamentaria decepcionado y ordenó a los policías registrar las habitaciones en busca de alguna pista que pudiera revelar su paradero. Fue el propio oficial el que abrió la mesita de noche de Julie Vertoghen y encontró varios teléfonos móviles de prepago junto a un Satisfyer Pro. Aquella mujer mostraba claros síntomas de ser incapaz de separar trabajo y placer.

* * *

Málaga, Las Chapas, ocho y media de la mañana

La luz del verano entraba con fuerza por la ventana mientras Zaida hablaba por teléfono. El sol le rozaba la cara y las manos. En breve tendría que echar las persianas para que el interior de la casa no se recalentara. Después de leer, fue de las primeras cosas que le enseñó su padre; el verano en el sur se vivía entre sombras y había que acondicionar los hogares como si los habitaran vampiros. Quedaba terminantemente prohibido volver a levantar las persianas antes del atardecer.

Cuando colgó, ya tenía abogado para su hermano: Jorge Constantini, uno de los penalistas más conocidos de Melilla y que había logrado sentencias favorables con casos parecidos al de Omar. Como siempre había sospechado, la vida resultaba sorprendentemente sencilla con dinero.

Aliviada, bajó la persiana y dejó a oscuras la casa.

Con la fotografía que le había facilitado la teniente del menor marroquí, la agente se dirigió al Albergue Municipal

en la calle Donoso Cortés. Hasta donde le había contado Lucía Gutiérrez, no había constancia de aquel chico ni en hospitales ni en tanatorios, por lo que pensó que podrían darle algún tipo de información allí. Según había constatado, hasta que se demostraba la minoría de edad de los jóvenes migrantes no acompañados que llegaban a Málaga, estos eran derivados al Albergue Municipal y a San Juan de Dios. Así que parecía razonable que antes de trabajar como repartidor en el Mercado Central, aquel chico hubiera pasado allí alguna noche.

A pesar de los colores vivos con los que estaba decorada la fachada principal del edificio, a Zaida se le encogió el corazón en cuanto vio las largas colas de personas «sin techo» tratando de conseguir una de las escasas ciento ocho camas que ofrecía el centro. Estaba claro que la fila sobrepasaba con creces el número de plazas y, aun así, ninguno de ellos abandonaba la esperanza.

Uno de los trabajadores la encontró en la puerta del edificio ligeramente conmocionada y pareció adivinarle el pensamiento.

—No se preocupe, cuando hay *overbooking* se les aloja en los pasillos, en el comedor o en cualquier rincón. Y, si no, se les da una manta para que se busquen la vida. Por eso siguen haciendo cola.

—¿Le suena este chico de algo? ¿Lo ha visto alguna vez en el albergue? —preguntó la agente mientras le mostraba la fotografía.

—Ahora mismo no caigo, pero como este chico pasan todos los días por aquí cientos —dijo el trabajador.

Zaida volvió a mirar la larga fila y comprobó, efectivamente, que había muchos jóvenes marroquís y argelinos con las mismas características. A pesar de que en aquel momento su vida pasaba por diversas complicaciones, no pudo evitar sentirse como una privilegiada.

Siguiendo las indicaciones del empleado, entró en el edificio y le hizo las mismas preguntas a cocineras, trabajadores de la lavandería, psicóloga y director del centro, y ninguno de ellos pudo ayudarla. A nadie le sonaba

la cara del muchacho.

Sin perder la esperanza, se trasladó posteriormente al Centro de Asistencia San Juan de Dios. Allí no le llamaron la atención las colas, que no las había, sino la presencia de un crucificado con cuatro faroles en el centro de la plaza que daba acceso al recinto. Desde su punto de vista, que lo primero que vieran aquellas personas, con las reservas de optimismo ya muy justas, fuera aquella imagen de dolor y sufrimiento, no era la mejor de las motivaciones, pero qué sabía ella, si cuando estaba triste necesitaba escuchar canciones o ver películas de igual o mayor tristeza. A lo mejor lo habían colocado con esa intención; que los vagabundos tuvieran constancia de que siempre había alguien a quien le iba peor.

Como hiciera en el albergue, Zaida mostró a todo el personal del centro de acogida la fotografía del menor, sin embargo, tampoco allí obtuvo una respuesta positiva. Nadie parecía reconocerlo.

La agente tuvo que aceptar que su entrada a Málaga habría sido como la de la mayoría de los chicos de su edad; durmiendo en la calle, lo que dificultaba su búsqueda.

Consciente de que aquello era como buscar una aguja en un pajar, recurrió a la lógica y decidió probar de nuevo suerte en el Mercado Central, que era el único lugar en el que tenían constancia de que había estado.

* * *

Pinto, Supermercado Dia, nueve de la mañana

Julie no podía entender el motivo por el que las estanterías del Dia estuvieran tan poco iluminadas. Casi tenía que alumbrar con una linterna los productos para reconocer las marcas. Tampoco entendía que no hubiera música. O que las últimas baldas estuvieran vacías. Todo estaba tan delicadamente descuidado que parecía obra del diablo. No conocía a fondo las leyes de la mercadotecnia, pero le asombraba que dejaran toda la responsabilidad al cliente de

querer comprar allí en lugar de buscar otro supermercado en el que al salir no te diagnosticaran una depresión de caballo. Si no hubiera estado tan hambrienta, habría salido de allí sin comprar nada, pero después de la ingesta masiva de cafeína que tuvo de madrugada, necesitaba algo de comida.

Finalmente se decidió por unos bollitos rellenos de chocolate y un batido de fresa y plátano. Le avergonzaba desayunar como lo haría un adolescente, pero cuando la ansiedad se apoderaba de ella, lo único que la calmaba era el azúcar.

Por primera vez en su vida no sabía qué hacer. Desde que Reyes la abandonó a su suerte, se había quedado sin ideas. Estaba cercada por tierra, mar y aire, y no tenía opciones de llegar a Bélgica. De alguna forma, siempre había sabido que aquello terminaría ocurriendo, que un día se agotaría su buena suerte y tendría que ingresar en prisión. Tal vez había llegado el momento de dejar de huir, de rendirse, de parar aquella carrera desquiciada e interminable y pagar por todo lo que había hecho.

Después de abonar los nueve euros que le costó el desayuno, salió al parking y le dio un bocado al bollito. Lo disfrutó como si fuera lo último digno que iba a comer antes de entrar en la cárcel. Había interiorizado ya tan fuerte aquella idea que se comportaba como un preso en el corredor de la muerte, disfrutando de su última cena.

Desde donde estaba, contempló cómo una familia aparcaba el coche en una plaza cercana. Llevaban en la vaca un par de bicicletas y vestían con ropa de campo. Resultaba evidente que iban a pasar unos días en la sierra escapando del calor de la ciudad. Al verles, le vinieron a la cabeza sus vacaciones del verano pasado en el río Lesse. Había alquilado una casita entre Dinant y Namur, y casi todos los días salía con Éric a descender en kayak los rápidos del río. El paisaje era increíble. Estaban apartados de casi todo, rodeados de laderas verdes y castillos. Durante quince días vivió desconectada incluso de sus inseparables teléfonos móviles. A decir verdad, era su último recuerdo

bonito. Había pasado un año de aquello, pero ahora le parecía muy lejano. Aunque rechazaba de plano la nostalgia y toda la estupidez que se generaba en torno a ella, sí estaba sintiendo algo similar a la melancolía, como si acabara de descubrir que entonces era feliz y no se había dado cuenta hasta aquella mañana en el aparcamiento del Dia.

Cuando tiró en la basura los restos del desayuno, aquel recuerdo se esfumó. Pese a ello, había germinado en su cerebro algo parecido a una idea. Con descaro, Julie se acercó hasta el vehículo familiar y rompió de un codazo seco la ventanilla del conductor. En un par de minutos, logró hacerle un puente y escapó del parking del supermercado.

La cárcel tendría que seguir esperando.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, nueve y cuarto de la mañana

—¿Está seguro? —quiso cerciorarse el cabo.

—Completamente. No tengo la menor duda —le confirmó una voz masculina desde el otro lado del aparato.

Romero no tuvo tiempo ni de agradecerle la información, colgó el teléfono y salió disparado hacia el despacho de Lucía Gutiérrez. Iba tan acelerado que ni siquiera se dio cuenta de que el almanaque del Cautivo había sufrido una nueva profanación. Donde tendría que estar el «Señor de Málaga» bendiciendo las copias que salían de la fotocopiadora, ahora figuraba un cartel de Julie Vertoghen. Además de una imagen suya con su nombre, se facilitaban diferentes números de teléfono para contactar con la Guardia Civil y revelar información que pudiera ayudar a su busca y captura.

El agente llamó a la puerta un par de veces. La teniente discutía en el interior del despacho con Urbizu. Llevaban allí encerrados cerca de media hora, dedicándose reproches

y aspavientos. Ellos creían protagonizar un duelo de esgrima verbal. Dos brillantes oradores que se desafiaban sin cesar con un ingenio tras otro sobre un cuadrilátero sin juez o árbitro que pudiera elegir a un vencedor. Por contra, los demás los consideraban una suerte de hermanos Pimpinela, un tostón insufrible y desfasado, una parodia costumbrista de la que no eran conscientes ninguno de los dos.

—Le guste o no, hay que conseguir una orden para entrar en los karaokes del polígono del Guadalhorce. Es donde de verdad las mafias cocinan sus operaciones —dijo Lucía aplastando una colilla en su cenicero.

—¿En base a qué? ¿A una intuición? ¿A un informe lleno de vaguedades? Es momento de mantener la calma y ser escrupulosos con la instrucción. Estamos en mitad de una operación internacional, no conviene cometer errores —argumentó Urbizu, anclado como siempre en el puerto de la diplomacia.

—Nuestro trabajo es prevenir, no enviar a un forense cuando los hechos están consumados. ¿No está cansado de ir siempre por detrás? A día de hoy tenemos cuatro cadáveres, tres desaparecidas y una única sospechosa, que es solo una intermediaria en una red criminal internacional. ¿A qué espera para mostrar cierto liderazgo? No me diga que no aprendió nada en Morón de la Frontera —le atacó la teniente, sabiendo de antemano dónde hacerle daño.

El capitán sopesó por un momento qué pasaría si por una vez cambiara de papel, qué ocurriría si en lugar de mostrarse preocupado por salvaguardar la institución, se sacudiera todos los complejos y actuara con la misma libertad que ella. Le apetecía dejar de comportarse como un relamido hermano mayor, quería deshacerse de la vulgar imitación de Kofi Annan en la que le habían convertido sus jefes, en esa pieza minúscula y gris de un enrevesado sistema que facilitaba que el engranaje estuviera siempre bien engrasado a base de mano izquierda. Un émbolo discreto y trascendental al que nunca nadie le agradecería sus sacrificios ni sus esfuerzos por llegar a acuerdos

razonables en las sombras.

Mientras todavía pensaba una réplica que no certificara ante su interlocutora que era un simple pelele del cuerpo, Romero volvió a llamar a la puerta sin que ni uno ni otro reaccionara.

Harto de esperar una respuesta, el cabo giró el pomo y les interrumpió.

—La vieron esta mañana en la estación de autobuses.

Los dos oficiales enmudecieron e inmediatamente proyectaron una mirada de odio hacia Romero. El primero en abrir fuego fue el capitán, que al igual que la teniente, siempre tenía la escopeta cargada.

—¿Quién coño te crees para abrir la puerta de esa manera? —vació sobre el cabo toda su frustración.

—Lo siento, mi capitán, pero me pareció que se trataba de una información urgente.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó la teniente, dispuesta a conciliar, más por el deseo de llevarle la contraria a Urbizu que por tranquilizar al agente.

—El jefe de seguridad de la estación. Está seguro de que era ella. La recuerda perfectamente porque le echó una bronca monumental por no saber decirle dónde estaba la parada del Eurolines con destino a París.

—¿A qué hora fue eso? —quiso saber el capitán.

—A las ocho y media de la mañana.

Casi al mismo tiempo que Romero le contaba aquello, Lucía Gutiérrez consultó la página web de Eurolines y comprobó que la duración del recorrido era de algo más de veintiséis horas, con lo que todavía era factible detenerlo antes de que llegara a París y fuera más complicado encontrar a Julie Vertoghen.

—Tenemos un margen de dos horas para conseguir una orden antes de que se nos escape —anunció preocupada la teniente.

Urbizu resopló, con aquella mujer el arte de la diplomacia resultaba imposible, era más fácil achicar agua dentro del Titanic que en ese despacho.

* * *

Málaga, Mercado de Atarazanas, diez de la mañana

A aquella hora y en un día entre semana, las antiguas esencias del Mercado Central eran devueltas a los malagueños. Los *smoothies* y vasos de frutas eran relegados al ostracismo, retirados intempestivamente de los mostradores dispuestos a engrosar la dilatada historia de la ignominia de la ciudad junto a otros sucesos desafortunados, como la constante ampliación de la terraza de El Pimpi, cuyo fenómeno era similar al imparable aumento del nivel del mar; cada año amenazaba con hacer desaparecer la capital si no se lograba parar su avance.

En lugar de aquellas bagatelas para *guiris*, carniceros y pescaderos se desgañitaban ofertando sus productos y presumiendo con gracia ante su clientela de tener la carne y el pescado más frescos de Málaga. Solo unos pocos afortunados, entre los que se encontraban señoras de avanzada edad y cocineras de restaurantes, tenían el privilegio de recordar cómo era su ciudad antes de que la especulación la arrasara y la industria del turismo le arrebatara su alma marinera y desenfadada hasta convertirla en un subproducto de consumo.

Zaida avanzó por el pasillo central de aquella espléndida construcción del siglo XIX mostrándole la foto del menor marroquí a los dependientes de cada uno de los puestos. Como le sucediera en los albergues, nadie parecía saber nada de él; o no le habían visto nunca o no recordaban su cara.

Después de recorrer la mayor parte de los pasillos, llegó a la zona de las fruterías. Estaba a punto de acercarse a un frutero para interrogarle cuando le llamó la atención la presencia de un varón de origen magrebí empujando una carretilla que le recordaba a la que llevaba Ibra momentos antes de ser atropellado. Producto de un acto reflejo, modificó sus planes sobre la marcha y decidió hacerle un par de preguntas.

Aunque ella no lo sabía, la persona que empujaba la carretilla no era otra que Karim.

—Perdona, ¿te suena de algo este chico? —le preguntó Zaida mostrándole la imagen—. Hace unos días sufrió un accidente y estoy tratando de dar con él.

A Karim se le aceleró el pulso cuando reconoció a Ibra en la instantánea. ¿Cómo se había enterado la Guardia Civil? Tan solo lo sabían él, Aaminah, Ismael y el propio Ibra, y era imposible que ninguno de ellos se hubiera ido de la lengua.

Angustiado, trató de tragar saliva, pero estaba tan atacado que ni siquiera era capaz de segregar baba que le aliviara la sequedad de la garganta.

—No le he visto nunca —dijo con el tono de voz muy fino, casi imperceptible, trasmitiendo tal grado de inseguridad que no le pasó inadvertido a la agente Slimani.

—¿Estás seguro? —le repreguntó, pero en esta ocasión lo hizo en árabe, lo que desconcertó todavía más a Karim.

¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué le insistía? ¿Sabía lo que habían hecho? ¿Por qué le hablaba en árabe? ¿Quería ganarse su confianza? Karim estaba cada vez más inquieto. Le sudaban las manos y deseaba escapar de allí cuanto antes.

—Ya se lo he dicho. No lo he visto en mi vida. Tengo que seguir trabajando —afirmó el joven casi temblando.

Con un gesto más violento de lo que le hubiera gustado, volteó la carretilla y se marchó del mercado sin repartir la fruta que había llevado hasta allí. Un nuevo detalle que le llamó poderosamente la atención a Zaida, que parecía tener claro que aquel hombre no le estaba contando toda la verdad. Persuadida de que había dado con la persona idónea, la agente se convenció de que debía seguirle.

* * *

Francia, proximidades de París, diez y media de la mañana

El autobús de Eurolines atravesó la A-6 a la altura de CorbeilEssonnes, una comuna francesa situada en el departamento de Essonne. Le quedaban algo menos de

treinta kilómetros para llegar a París cuando las sirenas de un convoy de coches de la Police Nationale llamó la atención del conductor.

De primeras pensó que se trataría de un accidente y aminoró la velocidad para permitirles que le adelantaran. Sin embargo, los vehículos de la policía se colocaron en paralelo a él y le hicieron ostensibles gestos para que se detuviera y estacionara en el arcén de inmediato.

Extrañado, el chófer obedeció y aparcó en una zona de frenado de emergencia donde no creara demasiados problemas de tráfico. En cuanto lo hizo, los pasajeros se miraron los unos a los otros preguntándose qué estaba pasando ahora y arrepintiéndose por no haberse gastado un poco más en un billete de avión.

—Tenemos una orden para inspeccionar el autobús —dijo en francés la teniente de la unidad anticriminalidad de la Police Nacionale, Ophélie Spanneut, en el momento en que se abrieron las puertas.

El conductor chapurreaba algo de francés, pero no lo suficiente como para entender lo que le estaba pidiendo aquella policía y mucho menos para explicar toda la confusión que le estaba generando la situación.

Consciente de sus problemas con el idioma, la teniente Spanneut sacó una fotografía de Julie Vertoghen y subió los escalones de acceso al vehículo.

—Estamos buscando a esta mujer —dijo de nuevo en francés, pero pronunciando más lentamente y señalándole la imagen de la belga, con esa fuerte convicción internacional de que vocalizar palabras de manera pausada era la piedra Rosetta de los idiomas y provocaba de manera inmediata que cualquiera pudiera entender lo que se le decía, fuera en el lenguaje que fuera.

Afortunadamente, el conductor no necesitó interpretarla y en cuanto vio la fotografía, lo entendió todo; lo que le estaba pidiendo la oficial y lo que había pasado en Pinto con aquella mujer que le exigió a patadas que le abriera la puerta. Ya era demasiado tarde, pero igualmente se lamentó por haberla considerado una simple perturbada y no una

peligrosa criminal.

* * *

Málaga, Cruz del Humilladero, doce del mediodía

Karim salió de la farmacia cargado. Llevaba en una bolsa todo lo que le había recetado Ismael para llevar a cabo el tratamiento. Desde Betadine a antiinflamatorios, se había gastado en una tacada casi cien euros. Pero la verdad era que no le preocupaba mucho. Desde que consiguió casa y trabajo se consideraba una persona afortunada. Lo que realmente le mantenía inquieto era la presencia de la policía en el mercado aquella mañana. Todavía no alcanzaba a comprender cómo el accidente de Ibrahim había trascendido. Tenía una conversación pendiente con Aaminah e Ismael para tratar de averiguar qué había pasado y si alguno de ellos había tenido el descuido de comentarlo con algún conocido.

Caminaba angustiado por la avenida Ortega y Gasset, cambiándose la bolsa de mano de manera compulsiva. Siempre que se agobiaba, tendía a caer en trastornos obsesivo-compulsivos de lo más variados. Podía disparársele el pie, como le había sucedido el día que Ibra tuvo el accidente. Aunque también era frecuente verle mesándose la barba obsesivamente o rascándose la cabeza. Era su forma de asomarse al abismo sin terminar de arrojarse.

Estaba tan concentrado lamentándose por su mala suerte que no fue consciente de que, a pocos metros, le seguían.

A Zaida le resultaba bastante fácil no perderle la pista. Aquel circo ambulante de mohínes llamaba la atención por donde pasaba. Circunstancia que hacía sospechar todavía más a la agente. Karim volvía a repetir la conducta nerviosa que le había visto por la mañana en el mercado. Algo le decía que estaba más cerca de lo que pensaba de dar con el menor.

Fue entonces cuando tuvo un pálpito y entró en la farmacia de la que había salido el joven. Al llevar puesto el uniforme, no tuvo que insistirle demasiado al boticario para que le revelara qué era lo que había comprado.

—Antiinflamatorios y suplementos de colágeno —le dijo el farmacéutico mientras le enseñaba la copia de la receta —. El muchacho se ha dejado una pasta.

Zaida leyó atentamente los nombres de los medicamentos. Aunque no entendía mucho de medicina, aquello tenía pinta de ser un tratamiento para una lesión de huesos.

—¿Le ha dicho para qué son? —quiso salir de dudas.

—Una fractura de tibia y peroné. Su sobrino se ha roto la pierna jugando al fútbol. Los cuatro meses no se los quita nadie al chaval.

Aunque existía un margen de error, Zaida no tenía ninguna duda; aquel presunto sobrino era la persona que estaba buscando. Después de agradecerle su colaboración al boticario, salió disparada a la calle al encuentro de Karim.

No le llevó más de cinco minutos de carrera interceptarlo. El joven estaba a punto de cambiarse la bolsa de mano por enésima vez cuando alguien le agarró por el hombro. Desconcertado, se giró y descubrió a Zaida jadeando. Durante un instante, se le pasó por la cabeza salir corriendo, pero entendió que aquello solo serviría para complicar más las cosas.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó finalmente Karim.

—Ayudarte —le contestó ella en árabe.

Lo dijo de una forma suave, con delicadeza, como si fuera una amiga y no una agente de la Guardia Civil. Con tanta convicción que casi sonaba sincera.

* * *

Córdoba, AVE, doce y media del mediodía

Cuando el tren paró en la estación de Córdoba, se cumplía ya media hora desde que una de las pasajeras empezara a

hablar por teléfono de manera continua con su jefe. Al parecer tenían discrepancias de cómo debía quedar reflejada en el albarán la entrega de un pedido; quinientos tornillos de cabeza hexagonal. El origen del conflicto era el procedimiento. Mientras ella defendía que siempre se había registrado indicando el número del código del producto, su jefe argumentaba todo lo contrario, que aquello era una anomalía que les iba a suponer un quebradero de cabeza a la hora de hacer el inventario. De aquel debate extremadamente sugestivo fue testigo todo el vagón número 8. Incluidos Lucía Gutiérrez y Urbizu, que desde que la Police Nationale les notificara que Julie Vertoghen había bajado del autobús a la altura de Pinto, habían puesto rumbo a Madrid para liderar la operación de busca y captura.

—Creo que me va a dar una embolia —se quejó la teniente—. Tengo esa voz metida dentro del cerebro. Incluso cuando está callada, la sigo escuchando. ¿Por qué no compró billetes en el vagón silencioso?

—Porque me encanta disfrutar de las conversaciones de la gente normal y corriente. Se aprende mucho, ¿no le parece? Antes de este viaje era incapaz de diferenciar entre un tornillo común y otro de cabeza hexagonal —dijo sarcásticamente. Y seguidamente, cambió el tono por uno mucho más agrio—. ¿Usted qué cree? Solo quedaban estos dos asientos de mierda —le recriminó—. Al menos podría alegrarse de que no nos haya tocado una mesa de cuatro y tengamos que estar dos horas y media mirándole la cara a alguna pareja de palurdos bobalicones que solo van a Madrid a ver *El Rey León*.

Los oficiales se quedaron en silencio. Urbizu volvió a concentrarse en el periódico que estaba leyendo y Lucía Gutiérrez, en el informe de las mafias chinas. Pero ninguno de los dos era capaz de centrarse en la lectura. La voz incómoda de aquella mujer explicando los pormenores de un protocolo que no le interesaba absolutamente a nadie restallaba en el vagón y hacía imposible reflexionar sobre nada que no fuera querer levantarse y reventarle el móvil

contra el suelo.

Aquella idea fue seduciendo a la teniente cada vez que le llegaban a los oídos palabras como «albarán», «tornillo» y «código fuente». Al igual que si se tratara de bombas de racimo, estallaban dentro de su tímpano hasta que solo oía un desagradable zumbido.

Agotada, Lucía Gutiérrez se levantó de su asiento liderando una invisible marcha por la Dignidad. Aunque nadie más lo viese, detrás de ella caminaban todos los que alguna vez habían sentido pisoteados sus derechos en el AVE. Puede que llevara la coleta mal hecha y unas ojeras espantosas, pero en todo lo demás era igual que el subcomandante Marcos.

Con una asombrosa tranquilidad, se acercó hasta aquella trasunta de ferretera y le arrebató el teléfono con rabia.

—Hola, al habla Lucía Gutiérrez, mediadora internacional de la ONU en este tipo de conflictos. Después de estudiar su caso con detenimiento con los expertos de este vagón del AVE, hemos decidido por unanimidad que la mejor forma de resolver este enfrentamiento es que lo habléis en vuestra puta oficina —dijo la teniente antes de colgar y entregarle el móvil a la mujer—. De nada —añadió para despedirse.

Antes de que la mujer pudiera reaccionar, la totalidad del vagón número 8 rompió a aplaudir, evidenciando que no solo la teniente estaba padeciendo aquella infinita charla telefónica. No todos los héroes llevan capa, algunos como Lucía, llevaban el uniforme de la Guardia Civil y muchas noches de insomnio.

Henchida de vanidad por los aplausos, volvió a su asiento y comprobó que su teléfono móvil estaba sonando. La melodía predeterminada del Samsung estalló y el nuevo ídolo del vagón número 8 cayó al suelo. La capa de Batman le había durado apenas veinte segundos. Aunque se resistiera a creerlo, tenía que admitir que ningún disfraz le quedaba bien.

Avergonzada, se apresuró a colgarlo y más tarde a silenciarlo.

Segundos después, la pantalla de su *smartphone* volvió a iluminarse y comprobó que se trataba de un mensaje de Romero: «Es urgente, cójalo».

Aquella llamada no podía ser más inoportuna. Si algo no soportaba Lucía Gutiérrez, era parecer hipócrita, así que con todo el pudor del mundo se refugió en el baño del vagón, cerró la puerta a cal y canto, y llamó al cabo.

—Más te vale que sea urgente de verdad —dijo entre susurros, visiblemente avergonzada.

—Han denunciado el robo de un coche en Pinto, en el parking de un supermercado. La descripción del asaltante coincide con la de Julie Vertoghen. Tenemos la matrícula y la hora aproximada en la que se produjo el hurto. ¿Le parece lo suficientemente urgente, mi teniente?

* * *

Madrid, Sierra Norte, una del mediodía

Habían pasado cuatro horas desde que Julie rompiera el cristal del Octavia Combi en Pinto y tratara de poner tierra de por medio con sus perseguidores. A pesar de aquella ventaja, la belga no había salido de la Comunidad de Madrid. Su objetivo no era ya llegar a Francia o Bélgica, como había pensado en un principio, sino buscar un lugar en la sierra donde pasar desapercibida hasta que los controles se fueran reduciendo paulatinamente. Sabía que, pasada una semana, la vigilancia se reduciría y le sería más fácil llegar a Bruselas. Tan solo tenía que superar aquel momento crítico y encontrar un sitio adecuado donde dejar pasar el tiempo. Pero para alguien que no conocía el terreno, aquello no resultaba fácil.

Su primer intento fue llegar a Patones y desaparecer en el valle del Lozoya. Desde allí hasta Guadalajara había un gran número de refugios y caminos de montaña donde poder pasar inadvertida. Sin embargo, sus planes tuvieron que cambiar sobre la marcha. Al llegar al kilómetro cincuenta de la A-1 en dirección a Burgos, se topó con un

control policial y tuvo que cambiar de sentido de manera precipitada.

De vuelta a Madrid, consultó la radio y sus peores presagios se hicieron realidad.

—«Y vamos ya con los titulares que nos deja este caluroso martes 7 de agosto» —dijo el locutor de Radio 5—. «La mitad de los vuelos al Prat sufre retrasos durante las vacaciones. Las comunidades autónomas no logran alcanzar un acuerdo para el reparto de menores inmigrantes. La jueza ve indicios de delito en el máster de Pablo Casado y lleva su caso al Supremo. En breve ampliaremos, pero antes, un urgente que nos acaba de llegar: la Guardia Civil está buscando a una ciudadana belga tras, presuntamente, robar un vehículo en la localidad de Pinto. Se trata de un Octavia Combi de color gris plata matrícula 7786DWC. Según ha podido conocer Radio Nacional de España, la sospechosa podría responder a las iniciales J. V. y haber cometido varios homicidios con anterioridad. Se ruega a todos los ciudadanos que se pongan en contacto con el 062 si pudieran tener alguna información».

Un espasmo recorrió la espalda de Julie y a continuación su cerebro desconectó del boletín de noticias. En apenas un segundo, había desperdiciado las cuatro horas de ventaja con las que contaba. Debía dar con un refugio de manera urgente. De reojo consultó el mapa que llevaba desplegado en el asiento del copiloto y comprobó que tenía un desvío relativamente cerca en San Agustín del Guadalix.

En cuanto accedió al pueblo, estacionó en la gasolinera de entrada y estudió detenidamente tanto el plano como internet. Pronto llamó su atención el cañón del Guadalix, una profunda garganta escarbada de forma natural por el río y que transitaba las antiguas estaciones del Canal de Isabel II que llevaban agua desde la sierra a Madrid. La ruta daba inicio a pocos metros de allí, en una zona conocida como área recreativa «Laguna de los Patos». Le habría gustado poder preguntarle a Reyes si se trataba de una zona realmente segura y lo suficientemente aislada, pero no podía contar ya con él y debía confiar en su instinto.

Julie dobló el mapa y reanudó la marcha. Tras dejar de lado el puente sobre el río, descendió por un camino de grava hasta que estimó que lo mejor era continuar a pie. Con esmero, camufló lo mejor que pudo el automóvil entre los árboles. Tampoco se demoró en exceso. Sabía que no era el mejor de los lugares para esconderlo, pero al menos era más discreto que la gasolinera y a la policía le costaría algo más de tiempo localizarlo.

De un vistazo comprendió que la ruta se iniciaba algo más adelante, así que cogió del maletero familiar todo aquello que consideró que le podría ser útil en la montaña: comida, ropa de abrigo y una navaja suiza que encontró en la mochila más pequeña. Con aquel reducido equipo de senderista, abandonó el vehículo junto al arroyo que vadeaba la carretera y se echó al monte.

* * *

Málaga, Cruz del Humilladero, una y media del mediodía

Ibra salió del portal apoyado sobre las muletas. En menos de un día ya se movía con ellas con bastante soltura. Incluso podía abrir y cerrar puertas sin necesidad de que le ayudasen los demás. Fruto de este entrenamiento, salió del portal a la calle antes de que Zaida y Karim hubieran terminado de bajar las escaleras.

El chico se desplazaba a toda velocidad por la avenida intentando demostrar que era un virtuoso de aquella especialidad. A veces, hasta se animaba a saludarles con la mano cuando les veía avanzar por el portal.

Karim observó cómplice sus carreras a través del cristal de la fachada. Aquel chico que convertía todos los actos de su vida en una competición se había transformado en pocos días en un hermano pequeño para él.

—¿Estás segura de que esto es lo mejor? —preguntó una vez más a Zaida antes de salir a la calle, sintiendo que le podía estar traicionando.

La agente se quedó pensativa. A pesar de que había

llegado a aquella situación de una manera algo rocambolesca, y hasta cierto punto deshonesta, no tenía ninguna duda; estaba completamente segura de lo que estaba haciendo. Y aquello era una buena señal, nunca antes en su carrera policial lo había estado. Por fin sentía que estaba ayudando a alguien y que resultaba útil.

—¿Crees que sería mejor que con quince años aprendiera que hay una justicia diferente para los pobres y otra para los ricos? ¿De qué manera le va a ayudar que la persona que le tenía que proteger es justo la que ha tratado de tapar todo esto? He visto demasiadas veces cómo terminan los chicos como él cuando tienen la certeza de que les han dado de lado.

Karim volvió a observar a Ibra en la distancia jugar con las muletas en la calle. A pesar de todo lo que había vivido, conservaba intacta la inocencia. Puede que Zaida tuviera razón. Ismael le había dicho algo parecido. Pero, por algún motivo que no sabía explicar, sentía que estaba cometiendo un error. Aun así, no se atrevió a contrariar a la guardia civil. Pasara lo que pasara aquella mañana, Ibra siempre podría contar con él.

Algo más confiado, abrió la puerta y ambos salieron al exterior, donde les esperaba impaciente el chico.

Una Volkswagen Caddy estacionó en segunda fila, y Zaida comprendió de inmediato que se trataba del brigada Reyes.

—Llegas tarde —le echó en cara al suboficial.

—No sabía qué ponerme —bromeó el brigada, que llevaba puesto el uniforme.

* * *

Madrid, Sierra Norte, dos y media del mediodía

Una bóveda de árboles cuyos troncos se inclinaban hacia la vereda del río protegía del duro sol del mediodía a Julie Vertoghen. Aunque el verano había desteñido el verde de la sierra, aquel paraje conservaba todavía su encanto vegetal

intacto. A lo largo del curso del Guadalix, las encinas de una y otra orilla se encontraban en el centro del río, manteniendo bajo palio aquellas mansas aguas.

Además de la sombra que daban las copas de los árboles, la exuberante vegetación también ayudaba a mantener fresco el sendero. El musgo crecía entre las rocas y las enredaderas buscaban su espacio invadiendo el camino, lo que provocaba que Julie tuviera que agacharse constantemente para sortearlas. Incluso se topó con una extraordinaria cascada de agua fría que le hizo dudar de si seguía siendo verano.

Aquel oasis verde aguantó unos quince minutos más. Después de cruzar un puente de madera y abandonar el río, volvió a la dura realidad de la meseta y se topó con una vereda de tierra a cielo abierto. El calor la golpeó de nuevo con fuerza y aunque tenía ganas de quejarse, aquel secarral despejado le permitió ver el camino que tenía que seguir para llegar hasta el cañón del Guadalix atravesando la senda del Mesto.

Al sendero de tierra le siguió una pista medio asfaltada que trepaba sobre una montaña. Era un carretera zigzagueante bastante empinada, con un desnivel del doce por ciento, que a mitad de camino se convertía en un auténtico rompepiernas. La falta de asfalto en la mayor parte del tramo hacía su ascenso todavía más complicado. Sin embargo, Julie lo subió sin demasiado esfuerzo, evidenciando una vez más su buen estado de forma.

Cuando llegó a la cima, se encontró con una casa perteneciente a la red del Canal de Isabel II. Un cartel en la fachada anunciaba que el edificio se había construido en 1857.

Julie le echó un vistazo al interior de la vivienda y en seguida la desestimó. Aunque era un lugar confortable y presentaba mucho mejor aspecto que la casona en la que se había cobijado en Málaga, se encontraba en pleno cruce de caminos. Desde aquella edificación se daba inicio a diferentes rutas de senderismo indicadas con tablas de madera. Era imposible pasar desapercibida en lo que,

entendía, era un lugar de encuentro de excursionistas.

Contrariada, optó por seguir avanzando a través de la senda del Mesto y en cuestión de minutos se topó con un desfiladero. De nuevo la temperatura bajó. Había ascendido más de mil metros y el sol no lograba penetrar en aquella estrecha garganta. El camino se apretó contra una pared de piedra y el río quedaba ahora a sus pies. Sentía algo de vértigo, pero se esforzó en no mirar abajo y continuar hasta encontrar un lugar seguro.

Durante el trayecto tropezó con parejas y grupos de montañeros que le hicieron desconfiar de haber tomado una buena decisión. No es que el camino estuviera plagado de excursionistas, pero se daba cuenta de que era una senda más popular de lo que le hubiera gustado.

Todavía se encontraba atravesando el cañón del Guadalix cuando el ruido de las aspas de un dron llamó su atención. Se trataba de una aeronave no tripulada perteneciente al Grupo de Acción Rápida de la Guardia Civil que, además de registrar imágenes aéreas de la zona, contaba con un visor térmico que facilitaba la localización de los sospechosos. Julie no sabía si se encontraba allí en un simple vuelo de reconocimiento o habían dado ya con su coche en el arroyo. Por las dudas, cambió de ritmo y empezó a correr.

Prácticamente asfixiada, se topó con la presa del Mesto y examinó el terreno. Al igual que le había pasado con el edificio del Canal de Isabel II, aquel lugar no le pareció del todo seguro y decidió dejarlo de lado.

Estaba agotada y pensando seriamente en deshacerse de la mochila para poder desplazarse con mayor libertad, cuando le pareció divisar una cueva incrustada en una ladera. No era mal escondite; casi imperceptible desde el sendero y prácticamente invisible a vista de pájaro, que era la perspectiva que tendría el dron. Como no tenía ya fuerzas, se ocultó allí dentro a la espera de que se tranquilizaran las cosas y poder encontrar un nuevo refugio por la noche.

* * *

Madrid, San Agustín del Guadalix, tres menos veinte del mediodía

Lucía Gutiérrez examinó atentamente el Octavia Combi en el que se había fugado Julie Vertoghen mientras se preguntaba por qué habría elegido un coche familiar. Cualquiera con menos experiencia que ella se daría cuenta de que llevar dos bicicletas en la baca hacía del vehículo un objetivo fácil de localizar para los agentes de la Guardia Civil. No la quería subestimar, pero todos y cada uno de sus movimientos desde que salió de Málaga delataban nerviosismo e inseguridad.

—¿No cambió de vehículo después de abandonar este en el arroyo? —le preguntó incrédula a Urbizu cuando este regresó de que el sargento al frente le pusiera al día.

—No. A partir de aquí ha decidido seguir a pie. Según me dice Molina, son varios los testigos que aseguran haberla visto cruzar la senda del Mesto con una mochila.

La teniente no terminaba de entenderlo. La misma persona que se había movido por Málaga con discreción, ahora lo dejaba todo a la improvisación. Era como si estuvieran siguiendo a alguien completamente diferente. Indiscutiblemente, mucho más torpe o inexperta.

—¿Cuánto hace de eso? —quiso saber la oficial.

—Más o menos, una hora y media. No debe andar muy lejos de aquí. Tenemos a los diez agentes del pueblo rastrando los alrededores y a un dron del GAR sobrevolando la sierra. Ahora en verano es prácticamente imposible esconderse en el campo, está lleno de madrileños buscando como locos un río donde refrescarse.

Aquel comportamiento errático no le encajaba para nada en el perfil de Julie Vertoghen. ¿Cómo era posible que se hubiera vuelto tan descuidada? El capitán se percató de la cara de extrañeza de Lucía Gutiérrez y procuró darle una explicación:

—¿No se da cuenta? Sin la ayuda de Reyes, anda como pollo sin cabeza. Por mucha experiencia que tenga, no está en su país. No es lo mismo para alguien de Bruselas

moverse con la ayuda de un guardia civil que tenerse que buscar la vida sola.

Lucía Gutiérrez había querido sacar tan rápido de su cabeza al brigada que no había caído en la cuenta de aquello. Lo cierto era que, después de mucho tiempo, Urbizu decía algo que tenía todo el sentido del mundo.

Todavía estaba procesándolo cuando el sargento Molina se acercó a ellos con recato.

—La han visto en la Laguna de los Patos, al inicio de la ruta de los acueductos del Canal de Isabel II. A algo menos de ochocientos metros de aquí, mi capitán.

—¿Lo ve? Como pollo sin cabeza —insistió Urbizu.

Lucía sonrió. No le gustaba vender la piel del oso antes de cazarlo, pero lo cierto es que aquella mujer les estaba poniendo todas las facilidades.

—Quiero que tenga a todos sus hombres allí en cinco minutos, incluido el dron —le ordenó la oficial a Molina.

—Puede que nos lleve más tiempo. Muchos de ellos están batiendo zonas en dirección completamente opuesta, mi teniente.

Lucía ni tan siquiera tuvo tiempo de fruncir el ceño, el capitán se le adelantó.

—Yo que usted le haría caso —señaló Urbizu—. Créame cuando le digo que no quiere verla cabreada. Y si le soy sincero, yo tampoco.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, tres del mediodía

Ibrahim terminó de declarar y se echó a llorar. Todavía no había sido capaz de procesar lo ocurrido días atrás y al rememorarlo durante el interrogatorio, se dio cuenta de que podría haber muerto. Tan solo la buena suerte y un cúmulo de casualidades lo habían evitado. Si se hubiera golpeado la cabeza un par de centímetros más a la derecha…, estaría muerto. Si se hubiera hundido en el cristal de la luna del coche…, estaría muerto. Si después de ser arrollado, la

inercia le hubiera empujado contra la furgoneta de reparto…, estaría muerto. Fallecer, pensó, eran matemáticas. Ligeras variaciones sobre una misma acción que te podían llevar a un lado o a otro del cementerio. Una perturbadora ley de probabilidades tantas veces resumida en la imagen de una moneda lanzada al aire. En aquella ocasión había salido cara, pero era consciente de haber reducido los porcentajes para que una próxima vez le saliera cruz. Con tan solo quince años, tenía la certeza de que la muerte le seguía de cerca y que nadie que no fuera de su misma condición le iba a echar una mano para impedirlo. De hecho, hasta aquel momento ni siquiera se había considerado una víctima. De alguna forma, pensaba que lo sucedido era culpa suya. Si estaba justo allí a aquella hora, era porque antes había entrado al país de manera ilegal y se había escapado de un centro de menores. No fue una cuestión de azar. Por absurdo que pareciera, estaba convencido de que lo merecía. Necesitó relatarlo y ponerle palabras a aquel accidente para poder perdonarse y darse cuenta de que no había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarse.

—Muchas gracias por tu testimonio, Ibrahim —señaló el teniente Cobos, el oficial designado por el Servicio de Asuntos Internos de la Guardia Civil para investigar un posible delito de destrucción de pruebas.

El teniente revisó sus papeles y se limpió las gafas empañadas por el calor. Aquel caso tenía mala pinta. Además del testimonio del muchacho y el de la agente Zaida Slimani, había comprobado con el Centro de Gestión de Tráfico de Málaga tanto la ausencia de aquellos diez minutos en los que sucedió el atropello como la presencia de Lucía Gutiérrez en sus oficinas un día después de los hechos. Las evidencias eran tan obvias que debía ponerlo en conocimiento de sus superiores cuanto antes.

—¿Hemos acabado ya, mi teniente? ¿Podemos marcharnos? —preguntó Zaida, inquieta al ver que el oficial seguía absorto en sus pensamientos.

—Usted, sí. El crío tiene que quedarse. Ha llegado la

hora de regularizar su situación, ¿no le parece? —dijo serio Cobos después de levantar la cabeza.

Por un momento, Zaida llegó a pensar que se refería a concederle la nacionalidad española. Sin embargo, aunque creía que era lo justo después de todo lo que había pasado, tenía la suficiente experiencia en Melilla manejando decepciones como para pensar que se refería a otra cosa.

Intuyendo un final agrio de la historia, le pidió a Ibra que le esperara fuera un momento. Cuando el muchacho cogió sus muletas y salió cojeando de allí, la agente mostró sus dudas en voz alta.

—¿Qué va a hacer con él?

—Garantizarle sus derechos e ingresarle en un centro de menores hasta que sea mayor de edad.

—Pero en Málaga no hay ninguno —señaló extrañada.

—Estoy al tanto, por eso se le ha buscado una plaza en el Juan Ramón Jiménez de Huelva.

—¿Huelva? No puede hacerle eso. Le prometí a su… a Karim… ¿No hay forma de dejar las cosas como están? —concluyó Zaida después de hacerse un lío con aquel vínculo.

El oficial se volvió a colocar las gafas y la miró con benevolencia.

—Sé que lo dice con buena intención, pero no se puede solventar una irregularidad con otra irregularidad. Esto va a terminar en el ministerio de Defensa y, posteriormente, en la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo, así que conviene ser escrupulosos.

Zaida palideció. Aunque aquello tenía sentido, le costaba interiorizarlo. Nunca podía haber imaginado que las victorias supieran igual de amargas que las derrotas.

* * *

San Agustín del Guadalix, senda del Mesto, cuatro de la tarde

El pastor alemán cruzó el puente de madera sobre el río Guadalix y abandonó la sombra de las encinas para

internarse por un camino de tierra rumbo a la senda del Mesto. Olisqueaba los matorrales sin prestar atención a las exuberantes moras que colgaban de las zarzas, venciendo a sus instintos primarios para discriminar cualquier otro olor que no se ajustara al del asiento del Octavia Combi en el que había estado sentada Julie Vertoghen. A su lado, con un paso más fatigoso, como si en cualquier momento pudiera caer al suelo desfallecido, caminaba Watson, un portentoso labrador especialista en la búsqueda de personas. Los dos perros pertenecían al Servicio Cinológico de la Guardia Civil y apenas requerían de indicaciones para saber lo que tenían que hacer.

Les seguían diez agentes, prácticamente todo el retén disponible en el puesto de San Agustín del Guadalix y, algo más retrasados, dirigiendo el operativo, deambulaban al borde del ahogo Lucía Gutiérrez y Enrique Urbizu.

El calor a las cuatro de la tarde a cielo abierto era abrumador. Moscas y avispas parecían multiplicarse a cada paso. Los perros salivaban soliviantados por las altas temperaturas y los agentes bebían agua de manera constante.

En medio de aquella estampa árida, la teniente se encendió un cigarrillo. Si ni siquiera había cambiado sus hábitos en Málaga con aquel espantoso viento de terral, no iba a hacerlo ahora. Era como una superviviente de la guerra de Vietnam, había visto el horror de cerca y ya nada le asustaba. Mucho menos el calor seco de la meseta, al que estaba más acostumbrada.

Mientras la oficial se llenaba los pulmones de nicotina, Urbizu leía atento la pantalla del móvil: «Reyes lleva todo el día en la Comandancia». Había recibido aquel mensaje hacía algo más de una hora, pero hasta entonces no había tenido tiempo para echarle un ojo. Estaba tecleando: «¿Y qué cojones hace ahí?», cuando los perros empezaron a ladrar y le distrajeron.

Eran ladridos obstinados, su forma de dar una noticia urgente y advertir que habían logrado hallar un rastro. Aunque también se podría haber interpretado como un

grito de furia, como si lamentaran no manejar el castellano para que la comunicación con sus dueños fuera más fluida y les exigieran más días de adiestramiento hasta que les enseñaran a hablar.

En realidad, no les hacía falta. Aquellos gruñidos les bastaron para poner en alerta a todo el grupo y espolear a los agentes, que hasta ese momento estaban instalados en la modorra que daba el clima y el mediodía. Del paso suave pasaron al trote ligero, lo que obligó a Lucía Gutiérrez a tirar el cigarrillo y a Urbizu a guardar el móvil en el bolsillo. A partir de entonces, la excursión se transformó en una escena de caza y a todos les invadió la adrenalina de la persecución. La presa estaba cerca. No solo los perros la podían oler.

Cuando alcanzaron la primera edificación del Canal de Isabel II, el pastor alemán y el labrador ladraron con más fuerza, indicando que la sospechosa había pasado por allí no hacía mucho. El grupo recibió con júbilo la noticia y aumentó el ritmo del trote. En cierto modo, los ladridos se asemejaban a los aplausos que se daban a los corredores de una maratón; eran un acicate para no dejarse vencer por el cansancio.

* * *

San Agustín del Guadalix, presa del Mesto, cuatro y cuarto de la tarde

Era la tercera vez que el dron de la Guardia Civil sobrevolaba el cañón del Guadalix. El suficiente número de veces para que Julie Vertoghen se convenciera de que estaba allí para darle caza y no detectando el foco de un incendio. Si se tratara de fuego, habrían enviado un helicóptero. Aquello era otra cosa. Parte de un operativo policial. No le quedaban dudas.

Mientras veía la diminuta aeronave planear prácticamente sobre su cabeza, le sobrevino una cascada de incertidumbre. ¿Era lo suficientemente segura aquella

cueva? ¿Debería seguir andando? ¿Además del dron habría más policías en la zona? ¿Qué era lo que tenía que hacer?

La catarata de preguntas cesó en cuanto escuchó a lo lejos los ladridos de una pareja de perros. Debían estar a un par de kilómetros, pero el eco del cañón provocaba que los sintiera más cerca. Casi acechándola.

Presa del pánico, el corazón se le disparó y su mente se quedó en blanco. Dentro de la gruta, sentada con las piernas cruzadas y en trance, recordaba más a un monje tibetano que a una fugada de la justicia. Pero, sorprendentemente, aquel breve viaje interior le funcionó y cuando regresó de sus adentros, supo lo que tenía que hacer. Exactamente lo mismo que había hecho toda la vida: huir. Siempre que se quedaba sin respuestas, el instinto de supervivencia tomaba los mandos de su cerebro. Por mucho que se esforzara en llevar otro tipo de vida, el sedentarismo jugaba en su contra. Funcionaba mucho mejor en la improvisación que en la planificación. Necesitaba la tensión del momento para tomar buenas decisiones.

Julie se aseguró de llevar consigo el teléfono móvil y se deshizo de la pesada mochila. La situación era extrema y requería de toda su agilidad. Con ímpetu, saltó de la cueva y corrió ligera de equipaje a través del río.

En cuanto sus pies se metieron en el barro, se dio cuenta de que ese había sido su error; elegir una ruta prestablecida, una senda construida por el hombre a fuerza de caminar. Ese no era su estilo. Ella siempre se había tenido que abrir camino a machete y atravesar rutas salvajes. Volver al fango y al lodo le daba alas. Al fin estaba de vuelta en su medio natural.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cuatro y veinte de la tarde

—No fue esto lo que acordamos —le echó en cara Zaida a Reyes en cuanto salió del despacho—. ¿Cómo les explico lo

que ha pasado? Ellos confiaban en mí, somos del mismo país…

—No te equivoques —la interrumpió el brigada—. Desde que entraste en mi coche tú ya no tienes país, tu país es el dinero. A partir de ahora solo me debes lealtad a mí.

Aquella frase devastó a la agente Slimani. Quería decirle que se equivocaba, que ella no era así. No estaba haciendo aquello por dinero, sino para ayudar a su hermano. Le movía el amor, no la avaricia. Pero no lo hizo. Se calló. Y lo peor de todo es que lo hizo para no contrariarle, para no causarle ninguna molestia que le hiciera cambiar de opinión y se replanteara no pagarle los cuarenta mil euros que todavía le debía.

Decepcionada consigo misma, cayó en la cuenta de que el brigada tenía razón y su nacionalidad había cambiado de golpe; su patria era el dinero y su bandera, el miedo a perderlo.

—Si me disculpas, tengo una llamada —dijo Reyes distraído mirando la pantalla del móvil.

Zaida advirtió que el suboficial no le prestaba ninguna atención. Había detonado una bomba y se marchaba sin mirar atrás, sin importarle si habría supervivientes o algún tipo de contraofensiva. Ni siquiera él la creía con arrojo suficiente para rebelarse y llevarle la contraria. De alguna forma, se sentía una estafada. Una pensionista a la que habían convencido para comprar unas preferentes y terminaba perdiendo todos sus ahorros por no leer la letra pequeña. Ayer ochenta mil euros le parecía mucho dinero. Hoy, un fraude. Sin darse cuenta, acababa de aceptar que ya no era española. Tampoco marroquí. Le habían anunciado que de aquí al final de sus días sería un simple parásito y que jamás se opondría a nada de lo que le pidieran. Sin lugar a dudas, les había salido muy barata.

Sintiéndose estúpida, cruzó el pasillo de la Comandancia y se encontró con Ibra corriendo con las muletas de un lado para otro. Competía consigo mismo por batir un récord; atravesarlo en menos de un minuto. Lo hacía completamente ajeno a lo que había pasado y a lo que

estaba a punto de ocurrir.

La agente respiró profundamente y se acercó hasta él. La estafa piramidal siguió su curso.

* * *

San Agustín del Guadalix, senda del Mesto, cuatro y media de la tarde

Cerca de la presa del Mesto, los perros del Servicio Cinológico dejaron de olisquear el sendero y ladraron en dirección a la montaña. Aunque a simple vista no se apreciaba, Lucía Gutiérrez se dio cuenta de que los animales estaban señalando a su manera lo que parecía una cueva.

Tan pronto como fue consciente del escondite, la teniente ordenó a uno de los agentes trepar hasta la gruta y comprobar a qué o a quién cobijaba. El guardia civil seleccionado estaba más acostumbrado a operaciones de tráfico que a la búsqueda de personas en la montaña, por lo que le costó alcanzar la cueva, que si bien no estaba alta, requería de pericia para abordarla. Invirtiendo más tiempo del que le hubiera gustado a la oficial, finalmente el agente logró penetrar en la caverna. Dentro encontró una mochila con comida y prendas de abrigo.

—Estaba aquí escondida —dijo lanzando el macuto a sus compañeros antes de iniciar la desescalada.

—El dron la debe haber asustado —apuntó Urbizu—. La estamos respirando en el cogote.

Lucía inspeccionó el interior de la mochila y no encontró nada que le resultara de ayuda. La ropa pertenecía a un hombre. Sospechaba que el mismo al que le habían sustraído el Octavia Combi, las bicicletas y sus vacaciones familiares. Por fortuna, el acolchado de la parte trasera estaba húmedo y conservaba abundantes restos de sudor, así que les acercó el botín a los perros para que lo olfatearan.

El pastor alemán y el labrador reaccionaron

inmediatamente a aquel intenso olor y se lanzaron de golpe al río, presos de su pituitaria. Seguían un rastro invisible para los demás, pero lo hacían con tanto ímpetu que rápidamente los agentes entendieron que la fugitiva había escapado a través del riachuelo y fueron detrás de ellos.

El agua no les llegaba más allá de la espinilla. El río era poco profundo a la altura del desfiladero. Pese a ello, las piedras y cantos rodados del cauce hacían que la persecución resultase agotadora.

Cuando saltó una pequeña cascada, a Lucía Gutiérrez le empezaron a fallar las fuerzas. Se arrepentía de haberse fumado un cigarro justo antes de empezar aquella carrera. Estaba roja por el esfuerzo y prácticamente sin aire. Pero no solo sus pulmones se resentían, también el resto del cuerpo. Le dolían los abductores de las piernas y la espalda. Desde que había ascendido a teniente, la mayor parte de sus tareas eran de tipo administrativo. Hacía tiempo que se había retirado de la primera línea y del ejercicio físico. Sin embargo, tenía algo mejor que fondo: tozudez. Su obstinación era como las bebidas isotónicas para los deportistas; le rehidrataba y le aportaba una energía extra. Ni el sodio ni la glucosa podrían haberla reanimado tanto como su profunda convicción de que antes prefería morir desbocada que pararse a tomar aire.

Casi idénticos problemas tenía Urbizu para mantener el ritmo endiablado que imponían los perros a todo el grupo. Aunque tenía el cuerpo de un fondista keniata, su extrema delgadez era lo único que le acercaba al deporte. Apático y antisocial por naturaleza, no había pisado un gimnasio en su vida. La mayor parte de su carrera se había desarrollado en el interior de un despacho y lo único que tenía fortalecido eran los dedos de manejar el ratón del ordenador.

Tanto para una como para el otro supuso un tremendo alivio cuando en la sierra retumbó un grito de dolor y la expedición de caza se detuvo un momento para tratar de situar la procedencia del alarido.

—Sigue en el río, a menos de quinientos metros —

anunció Molina, que parecía más habituado que el resto a la sierra, y de inmediato se puso a correr con una carga extra de motivación.

Lucía apretó los dientes y le siguió. Tal vez pudiera cerrar aquella trágica semana con una buena noticia.

* * *

Senda del Mesto, quinientos metros más adelante, cinco menos veinticinco de la tarde

Julie se retorcía de dolor en la orilla del río. Por primera vez el instinto le había fallado y en plena huida, su pie izquierdo había quedado atrapado en una piedra hasta torcérselo como si solo fuera una mujer de ciudad y no una superviviente de Cureghem. Se odiaba por haber gritado, pero no lo pudo evitar. El tobillo se le había hinchado de manera preocupante y estaba segura de tener un esguince de grado tres. Ni siquiera descartaba haberse roto el ligamento. Era incapaz de apoyarse sobre la articulación y tenía un hematoma considerable.

Todavía se estaba quejando cuando sintió que los ladridos de los perros estaban a escasos metros. Rozando la extenuación, Julie se apoyó sobre el pie derecho y trató de correr aunque fuese cojeando. Hacía el mismo esfuerzo por avanzar que por ahogar sus gritos de dolor.

Pronto, a los ladridos se sumó el ruido de las aspas del dron sobrevolando encima de ella. La tenía a tiro y podía ofrecer imágenes de su ubicación exacta. Era cuestión de tiempo que el resto del grupo la alcanzara.

Aunque siempre tenía un plan B para escapar de todas las situaciones límite, en aquella ocasión resultaba manifiesto que estaba sentenciada. Le restaban cinco o diez minutos de libertad, poco más. Aun así, no pensaba regalarles un cómodo triunfo.

Con un esfuerzo sobrehumano, comenzó a apoyar también el pie izquierdo para poder desplazarse más rápido. Había algo heroico en su huida. Y también algo

estúpido. Era como un impala herido tratando de poner tierra de por medio ante la amenaza de un tigre. Antes o después iba a terminar siendo un simple almuerzo; el cazador solo se estaba divirtiendo con ella.

Progresó a duras penas unos cuantos metros hasta que, frustrada, aceptó su destino y aminoró la marcha. Era imposible huir en aquellas condiciones. El tobillo la estaba matando y apenas lograba imponer distancia con sus perseguidores.

Cuando ya lo había dado todo por perdido, hasta la salud, el dron dejó de acecharla y dio media vuelta de manera inesperada. La sorpresa fue mayúscula. Tanto que obligó a Julie a frenarse para tratar de descubrir qué estaba pasando. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que tal vez no necesitaban más imágenes de ella. La detención era inminente y ya la tenían perfectamente localizada. Estaba convencida de ello cuando algo aún más inquietante la volvió a descolocar; los ladridos de los perros habían desaparecido. No se les oía. Ni siquiera en la distancia. Aquel riachuelo se había quedado en absoluto silencio y solo se escuchaba su respiración entrecortada.

«¿Qué demonios está ocurriendo?», se preguntó Julie mientras se tumbó en el río exhausta.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cinco menos cuarto de la tarde

Cuando Zaida terminó de contarle a Ibra que aquella misma tarde tendría que marcharse a Huelva, el chico pareció tomárselo con filosofía. De hecho, le resultó mucho más difícil gestionarlo a la agente que a él.

—Has hecho lo que has podido —le dijo el muchacho resignado.

Aquella rápida aceptación le hizo más daño a Zaida que si le hubiera lanzado un reproche. En realidad, se había mentalizado para recibir insultos e incluso empujones

provocados por la rabia y, por contra, todo lo que recibía era un cubo frío de empatía. Estaba a punto de decirle que tenía derecho a quejarse para provocarle algún tipo de reacción, cuando Ibra se le adelantó.

—Me gustaría despedirme de Karim —dijo sin ningún atisbo de melancolía.

—Claro, lo entiendo —dijo la agente Slimani dándole su teléfono para que pudiera hablar con él—. Ya está llamando, solo tienes que hablar.

Ibra lo tomó y se marchó al baño para poder charlar con tranquilidad. O, al menos, eso fue lo que le dijo a Zaida. Una vez que entró en el servicio de caballeros, colgó el teléfono y se encerró en uno de los cubículos. Después de darle un puñetazo a la puerta, con el que descargó todo el odio que llevaba consigo, procuró tranquilizarse y se sentó en la taza del váter.

Aquel chico tenía demasiado orgullo para mostrarse abatido ante los demás, y mucho menos si los demás eran una mujer. Cobijado en las estrechas cuatro paredes del baño, pudo dar rienda suelta a la tristeza. La noticia le había dejado hundido. Una vez más le fallaban; le apartaban de su mejor amigo y le enviaban a un centro de menores a una ciudad de la que no sabía nada justo cuando había encontrado algo parecido a una familia. Si había pensado que la valla de Melilla era el obstáculo más alto que tendría que salvar, se equivocaba. Aquel país estaba lleno de cercados, muros y empalizadas. No le daban un respiro y estaba cansado de saltar.

Ibrahim se quedó mirando fijamente la escayola de su pierna. Estaba inmaculada, no había tenido tiempo de que nadie se la firmara. Le enfurecía que su paso por la vida de los demás fuera tan fugaz y no dejara huella. Había hecho todo lo posible por encajar y todo lo que había conseguido a cambio era una fractura de huesos. Si le decían que se callara y no dijera nada, obedecía. Si días después le decían todo lo contrario y le animaban a denunciar lo ocurrido, obedecía. Pero al final todo le llevaba al mismo sitio: a seguir esquivando vallas.

¿Qué sentido tenía continuar obedeciendo?, se preguntó. Y al no alcanzar ninguna respuesta que le satisficiera, se arrancó la escayola a pedazos con una mezcla de furia, cólera y dolor.

* * *

Senda del Mesto, quinientos metros más atrás, cinco menos diez de la tarde

Lucía Gutiérrez iba a sufrir un infarto de un momento a otro. No entendía por qué se habían parado y, desde luego, no admitía que el dron estuviera retrocediendo. Julie Vertoghen estaba a un palmo de sus narices y la iban a dejar escapar por puro capricho.

Trató de compartir su furia con Urbizu, pero el capitán estaba demasiado retrasado y caminaba sin aliento río abajo. Para cuando llegara a su altura, necesitaría más una botella de oxígeno que una reprimenda. Enojada, decidió actuar en solitario y avanzó posiciones a través del curso del arroyo para pedir explicaciones.

El terreno se había elevado en los últimos metros y cada nuevo paso que daba le costaba un poco más. La teniente tenía agujetas hasta en músculos que no sabía que existían cuando empezó la mañana en Málaga. Con esfuerzo, se situó en la primera línea de vanguardia y junto a los perros se encontró con el sargento Molina, que se estaba comunicando a través de la radio. Tenía el rostro desencajado y, en cuanto la vio, interrumpió repentinamente la conversación.

—¿Qué está pasando? Si se escapa esa hija de puta, ya puede ir actualizando su currículum para trabajar de jefe de seguridad en un Carrefour —dijo exaltada la oficial.

—Lo siento, mi teniente, pero tengo órdenes de trasladarla urgentemente a la Dirección General.

El primer impulso que tuvo Lucía Gutiérrez fue gritarle. El segundo, golpearle. Y el tercero, preguntarle de qué estaba hablando. Sin embargo, todo aquel empuje se diluyó

de inmediato, en el mismo momento en que uno de los agentes le colocó las esposas y aquella amenaza surrealista se convirtió en realidad.

Tras maniatarla, haciendo un esfuerzo sobrehumano, Urbizu logró llegar hasta aquella zona del río y se quedó perplejo ante lo que estaba sucediendo.

—¿Qué clase de broma es esta, sargento? —preguntó jadeante el oficial—. Si no la pone en libertad ahora mismo, yo también voy a gastarle una broma; un mes sin empleo y sueldo. Usted y todos sus hombres.

—Me temo que tengo malas noticias, mi capitán. Usted también deberá acompañarnos, por las buenas… o por las malas —dijo incómodo Molina mientras ordenaba al grupo regresar al puesto de mando de San Agustín del Guadalix.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, cinco y cuarto de la tarde

—Está hecho —dijo Reyes a través del altavoz del teléfono en los alrededores de la avenida del Arroyo de los Ángeles, cerca de la Comandancia.

—¿Y mamá pato? —preguntó Cabeza de Serpiente mientras pulsaba el botón de una tragaperras con el móvil pegado a la oreja.

—Debería estar a salvo.

—¿Por qué? Si ya no trabajamos con patos, ¿para qué la necesitamos en la granja? —dijo el chino antes de colgar y concentrarse en el juego.

El brigada entendió el mensaje a la perfección. Julie Vertoghen sabía demasiado y no les valía para nada. Y encima tenía una situación familiar que la hacía vulnerable; un hijo pequeño. Conocía bien las fragilidades humanas como para saber que, llegado el momento, colaboraría con la policía para reducir su condena.

Además, tampoco es que le cayese especialmente bien. Le habían válido un par de días para saber que no quería

volver a verla nunca más. No sabía trabajar en equipo. Era autoritaria e incapaz de delegar ninguna decisión por pequeña que fuera. Debía supervisarlo absolutamente todo. Y ni siquiera tenía la suficiente humildad para felicitar a sus colaboradores cuando hacían las cosas bien. Actuar de aquella manera en un negocio donde la traición era la principal divisa era prácticamente un suicidio.

No era la primera vez que Reyes asistía a la fulgurante caída de cabecillas en la organización. A decir verdad, había sido testigo en muchas ocasiones. Hasta creía tener un patrón de cómo se fraguaban su propio ocaso; chicos y chicas de barrios complicados que llegaban a las triadas dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de prosperar y sacar el culo de la miseria. Con una voluntad de hierro y muy pocos escrúpulos, conseguían ganarse la confianza de los «cabeza de serpiente», que cada vez les daban mayor libertad y les encargaban operaciones más complejas. Y, a partir de ahí, comenzaba su declive. En el mismo momento en que empezaban a ostentar puestos de responsabilidad, llegaban a la firme creencia de que nada saldría bien de no ser por ellos. Todo era un desastre. Todo se hacía mal. Lo único que les alejaba del caos era su presencia. Si no querían acabar en la cárcel, o peor aún, en la intrascendencia, no podían fiarse de nadie. Se granjeaban enemistades y odios con todos los miembros; desde capos a simples yonquis. Nadie estaba a su nivel. Aquellos mindundis que venían de la nada de repente se creían verdaderos mesías, elegidos del crimen y el narcotráfico para llevar a las mafias al siglo XXII. Se autoproclamaban redentores, motores de cambio. Si los demás recelaban de ellos, era porque encarnaban el futuro, y no hay nada que dé más miedo que eso. Finalmente, como le iba a pasar a Julie, el futuro les pasaba por encima y resultaban ser solo una nota a pie de página de la historia.

Dándole vueltas a cómo debía proceder, entró en la Comandancia distraído y tropezó con Zaida en la puerta. La agente parecía nerviosa y llevaba en su manos un trozo de escayola.

—Se ha escapado —le dijo después del encontronazo.

—¿Quién? —preguntó aturdido Reyes.

—Ibra. Se ha quitado la escayola y se ha escurrido por la ventana de los aseos.

—Tranquila, está medio cojo. No puede haber ido muy lejos —procuró calmarla.

Los agentes se dividieron a izquierda y derecha y trataron de localizarlo en las inmediaciones del edificio.

Zaida corría desesperada por la avenida, temiendo que aquel crío se complicara todavía más la vida por su culpa. Le preguntaba a la gente, pero nadie parecía haberlo visto. Cuando llegó a la fachada del colegio San José de la Montaña, aceptó que no lo volvería a ver y que le había condenado a un futuro peor.

Con mucha menos urgencia, Reyes atravesó la calle hasta la altura del Hospital Materno-Infantil. No le importaba mucho encontrar a Ibrahim. El chico ya le había dado todo lo que le podía dar. Sus relaciones con el ser humano tenían fecha de caducidad; duraban el tiempo justo hasta que dejaban de ser útiles a sus intereses. Si había fingido preocupación, era porque consideraba que Zaida todavía podía brindarle muchas alegrías. De ahí que procurara mantener las apariencias con ella.

Harto de andar con aquel espantoso terral, decidió descansar en el jardín anexo al hospital y fumarse un cigarro a la sombra de un naranjo. Estaba todavía buscando el mechero en el momento en el que un gemido llamó su atención. Después de mirar a un lado y a otro buscando la procedencia del tímido lloriqueo, para su asombro, se encontró escondido en uno de los matorrales a Ibrahim. Como había supuesto, el muchacho no había llegado muy lejos. Con una fractura de tibia y peroné era imposible. Estaba agazapado y se agarraba la pierna con la cara pálida de dolor.

El brigada pospuso el cigarro para mejor momento y se acercó hasta él. Cuando estaba a punto de proponerle pedir un taxi para volver a la Comandancia, consideró que todavía podía exprimir más aquella naranja marroquí.

—¿Y si mandamos a tomar por culo el centro de menores?

Ibrahim le miró con desconfianza.

* * *

San Agustín del Guadalix, senda del Mesto, cinco y media de la tarde

Tras comprobar que el dron había desaparecido por completo, Julie se reincorporó, abandonó el curso del río y volvió al sendero que atravesaba el cañón. Necesitaba tomar altura y tener perspectiva suficiente para comprobar qué estaba sucediendo. Era una maniobra peligrosa. No solo por las terribles condiciones en las que tenía el tobillo, también porque era consciente de que se podía tratar de una trampa en la que cabía la posibilidad de que la estuvieran esperando en la senda del Mesto. Aun así, necesitaba saber qué estaba ocurriendo.

Tras coronar la cima con evidentes dificultades, divisó el desfiladero en su totalidad y observó a lo lejos a un grupo de guardias civiles marchar en dirección contraria. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Habían estado extremadamente cerca de ella para retirarse repentinamente. Aunque se esforzaba por dar con un motivo, ninguno le parecía lo suficientemente lógico.

Intranquila, decidió tomar su teléfono móvil y llamar a Reyes. Estaba desesperada. Necesitaba una respuesta y, sobre todo, ayuda. No conocía aquella sierra ni tenía comida. El esguince apenas le permitía moverse. Era evidente que no podría sobrevivir sola. Desafortunadamente, el brigada no contestó y saltó el buzón de voz.

—¡Devuélveme la llamada, hijo de puta! —dijo irritada tras escuchar la señal.

Alterada, se arrancó un trozo de la manga de la camiseta e improvisó con el tejido una venda con la que protegerse el tobillo y poder seguir andando. Con el pie más sujeto, se

desplazó hasta el punto más alto de la ladera, estudió todos los caminos posibles y optó por continuar por la senda en dirección a El Molar.

No había dado más de cinco pasos cuando su teléfono vibró. En la pantalla se podía leer el nombre de Reyes. Orgullosa, decidió dejar que sonara y hacerse esperar. Solía tener aquellos ataques de dignidad hasta en los momentos más delicados de su vida.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó con sorna el brigada.

* * *

Madrid, Dirección General de la Guardia Civil, siete de la tarde

—Ya se lo he dicho. Cometí un error. Me asusté y traté de echarle una mano a mi hija. Más tarde recapacité y me di cuenta de que lo mejor que podía hacer para ayudarla era denunciar lo ocurrido —dijo Lucía Gutiérrez ampliamente sobrepasada.

La teniente estaba siendo interrogada por un oficial de Asuntos Internos en una sala de juntas de la Dirección Nacional de la Guardia Civil. No tendría más de cuarenta años, pero hablaba con una seguridad pasmosa. Jamás titubeaba y daba la sensación de tener muy claro en todo momento lo que debía decir. Desprendía tanta confianza en sí mismo que resultaba apabullante. Cada pregunta que hacía, cada frase que pronunciaba, era un latigazo en la castigada espalda de Lucía Gutiérrez que, hasta donde sabía, estaba acusada de ocultar pruebas de un delito.

—Sin embargo, nunca denunció el caso… —señaló implacable el oficial comprobando el informe.

—No…, no tuve tiempo. Antes quise asegurarme de que el chico seguía con vida. La agente Zaida Slimani puede corroborarlo. Le pedí a ella que lo localizara antes de presentar la denuncia —trató de defenderse la teniente.

—¿Sabe que fue la propia Zaida Slimani la que nos reveló que usted había podido cometer un delito?

Aquel oficial no le daba un respiro. Era una apisonadora que apenas le daba tiempo de argumentar y defenderse.

—No, no lo sabía —dijo descorazonada, temiendo una traición de la que consideraba una compañera leal.

La teniente no necesitaba estar allí para saber que había cometido un error y que debía pagar por él. Arrastraba esa carga desde hacía dos días. Pero también tenía claro que había tratado de repararlo con la ayuda de Zaida. Cuando la sentaron en aquella sala, pensó que podría exculparse y reducir las consecuencias a una sanción administrativa. Sin embargo, la inesperada deslealtad la dejaba vendida y era poco optimista respecto a su futuro.

—Lo único que nos ha confirmado la agente Slimani es que usted eliminó las imágenes donde se veía a su hija y a su amiga atropellar a un menor y que le encargó localizar al chico a posteriori.

—Para asegurarme de que estaba bien, ya se lo he dicho.

—La verdad es que no lo estaba. Ibrahim Ben Lahmar, de quince años de edad y de origen marroquí, presentaba una fractura de tibia y peroné en la pierna derecha, una fuerte contusión en la cabeza que a punto estuvo de causarle una hemorragia interna y múltiples magulladuras en cuerpo y rostro. Acudió a escondidas a un hospital privado de Málaga para ser atendido y se ocultaba en casa de un amigo por miedo a ser deportado o enviado a un centro de menores.

—No lo sabía… —dijo la teniente tragando saliva, sintiéndose profundamente mezquina.

—«No lo sabía», eso ya lo ha dicho dos veces —señaló implacable leyendo su última declaración.

Mientras Lucía sudaba tinta para justificar sus actos, en la sala contigua, otro oficial de Asuntos Internos sometía a las mismas preguntas a Urbizu, tratando de ver si caían en contradicciones en sus testimonios.

Aunque llevaba media hora allí sentado, el capitán todavía no tenía claro de qué se le acusaba. No obstante, tenía la sensación de estar asistiendo a un juicio.

—¿Sabía que durante este proceso de investigación la hija de la teniente Lucía Gutiérrez, Claudia García, atropelló a un menor marroquí el pasado sábado 4 de agosto para darse a la fuga posteriormente y que, días más tarde, su madre eliminó todas las pruebas que la incriminaban? —le preguntó circunspecto el oficial.

—Son las primeras noticias que tengo —aseguró Urbizu realmente sorprendido.

—¿No sabía nada de verdad o miró para otro lado? No sería la primera vez que lo hace, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere, pero le sugiero que mida sus palabras. Le recuerdo que soy yo el que dirige este departamento —indicó molesto con el tono del interrogador.

—Me refiero a Morón de la Frontera, a marzo de 2016. ¿Quiere que le refresque la memoria? Usted sobrevolaba en helicóptero el embalse del Malpasillo mientras la teniente Gutiérrez, entonces sargento, le propinaba una paliza a un sospechoso. Inesperadamente, usted se retira del embalse y cinco minutos más tarde, el sospechoso caía por el muro de la presa. En el informe señaló que se trató de un suicidio, a pesar de que la víctima presentaba un disparo en los testículos y un gran número de hematomas. ¿Quiere que le lea la transcripción de su conversación con el piloto? «Apaga las luces, que apagues las luces, joder».

—Ha llovido mucho desde entonces. No recuerdo con precisión lo ocurrido —trató de zafarse el capitán.

—¿Recuerda al menos haber ascendido a Lucía Gutiérrez inmediatamente a teniente? ¿Cuál fue el motivo?

—Una promoción interna acorde a sus méritos.

—¿Sus méritos? No aparecen por ningún sitio —dijo sacando una carta de su carpeta de pruebas—. Se limitó a redactar una carta de recomendación, saltándose los procedimientos habituales y el período de formación en la academia de oficiales de Aranjuez. Cualquiera hubiera ordenado una investigación en su lugar, no un ascenso.

—No sé dónde quiere ir a parar —dijo Urbizu sintiéndose acorralado.

—A que parece evidente que le debe un favor a la teniente Gutiérrez y, cada vez que puede, le salva el culo.

—Todo eso es circunstancial. No tienen nada que…

—¿También es circunstancial que una de sus primeras investigaciones al frente de Asuntos Internos haya sido al brigada Reyes? ¿No le parece mucha casualidad?

—¿Qué coño quiere decir? —perdió definitivamente los nervios el capitán.

—No nos fiamos de usted, eso es lo que quiero decir. Sabe tan bien como yo lo que ocurrió entre el suboficial y la teniente años atrás en Cobo Calleja, y lo que desencadenó a posteriori. Por eso nos llama la atención que haya mantenido una orden de vigilancia del brigada, a pesar de que tiene más de diez testimonios que acreditan su presencia en Madrid el día de los hechos que usted investiga. La única razón que se nos ocurre es que le sigue debiendo favores a Lucía Gutiérrez y está protegiéndola una vez más.

Urbizu se mordió la punta de la lengua. No podía dar una respuesta clarificadora sin exponer a los Altos Mandos. Él no era más que un relaciones públicas, un solucionador de conflictos, un funcionario gris que se movía en las alcantarillas. Le habían enviado a Morón años atrás a hacer diplomacia, a evitar que Lucía Gutiérrez perturbara el delicado equilibrio con la base americana. Cuando él mismo y sus superiores descubrieron la verdadera dimensión de lo que había pasado en aquel pueblo y que habían puesto en riesgo la vida de niños inocentes, no tuvo más remedio que pactar con la Dirección un ascenso meteórico de aquella incómoda sargento para evitar una posible denuncia por negligencia. La prioridad era frenar, en la medida de lo posible, una investigación interna que pusiera en peligro a la cúpula de la Guardia Civil. De ahí que a él le colocaran al frente de Asuntos Internos. Con Lucía bloqueada por sus nuevas responsabilidades y él taponando cualquier amago de investigación, aquella mancha permanecería para siempre en la más absoluta opacidad. O, al menos, eso creía él. Algo había ocurrido para que años después el piloto del

Eurocopter se hubiera decidido a dar su testimonio, y ese algo tenía nombre y apellido: Alfonso Reyes. Estaba convencido de que el brigada le habría ofrecido algún tipo de recompensa a cambio de aquella repentina confesión. Una jugada astuta que le había dejado sin opciones para defenderse. Por mucho que quisiera, no podía decir nada de aquello sin comprometer a la Institución. Lo que pasaba en las alcantarillas, se quedaba en las alcantarillas, y él solo era una rata por la que ninguno de sus superiores iba a dar la cara. Aunque le resultase doloroso, lo único que podía hacer era esperar a que le anunciaran su castigo, el cual no se demoró.

—¿No tiene nada que decir para defenderse de las acusaciones? —quiso el oficial sacarle de su mutismo. Al comprobar que no se inmutaba, continuó con su discurso—: ¿Nada? En ese caso, le anuncio que se va a abrir una investigación para determinar el grado de prevaricación con el que ha actuado desde 2016 hasta la fecha. Mientras evaluamos los cargos, será apartado de Asuntos Internos y estará suspendido de empleo y sueldo un mes.

—¿Eso es todo? —encajó lo más entero que pudo la sentencia.

—Eso es todo, puede retirarse.

Menos sumisa que el capitán, en la sala contigua, Lucía Gutiérrez reaccionó con rabia cuando le preguntaron si Urbizu le debía favores.

—Eso es una gilipollez. El capitán y yo no nos soportamos. Puede preguntarle a cualquiera. Ya he admitido que eliminé diez minutos de grabación para evitar que mi hija fuese a juicio. Él no tenía ni idea. Tienen todo lo que necesitan para considerar un castigo ajustado. Acabemos ya con esto.

—Me temo que no es tan sencillo. Las negligencias de ambos van a anular todo el proceso de instrucción del caso que están investigando y nos van a poner en una situación delicada. Vamos a recomendar al ministerio de Defensa su expulsión inmediata de la Guardia Civil, teniente. Hasta que el caso llegue a la Sala de lo Militar del Tribunal

Superior, estará suspendida de empleo y sueldo.

Por un momento, sondeó la posibilidad de permanecer en su asiento vociferando y pidiendo más explicaciones, pero pronto se deshizo de esa idea ridícula. Ya no era nada. La habían despojado de lo único que la seguía manteniendo atada a la vida. No necesitaba explicaciones, tan solo un forense que certificara la hora exacta de su defunción.

Lucía Gutiérrez se levantó como si fuera un muerto. Liviana. Etérea. Pálida. Tenía la inquietante sensación de que una parte de ella acababa de ser enterrada en aquella sala de juntas. Todavía no se explicaba cómo había pasado de casi atrapar a Julie Vertoghen a casi dejar de existir en tan poco tiempo.

* * *

San Agustín del Guadalix, Cementerio, diez de la noche

Desde la tapia del cementerio municipal de San Agustín del Guadalix se podían ver los crucifijos de piedra de las tumbas. A pesar de no ser creyente, la estampa le dio cierto repelús. Por suerte, las coordenadas que le había facilitado Reyes no coincidían con el campo santo. Según le indicaba Google Maps, el punto de encuentro estaba a algo menos de ochocientos metros de allí.

Su tobillo estaba cada vez más inflamado y cada paso que daba le costaba una barbaridad. Desde hacía muchos kilómetros arrastraba el pie de manera ostentosa. Pero no por ello se quejaba. Había atravesado con un esguince caminos de tierra, el cauce de un río y la periferia del pueblo. Si aquella proeza llegara a oídos de Red Bull, la patrocinarían de por vida.

Tras sortear una ridícula rotonda en el límite municipal, el navegador le indicó continuar por el Camino de la Sima, una nueva y dolorosa pista de tierra que iba a poner a prueba otra vez su maltrecho tobillo.

El pie izquierdo de Julie Vertoghen se arrastraba quejosamente por el suelo, dejando una estela a su paso. A

pesar de que era de noche, la belga estaba sudando de lo lindo. Apretaba los dientes. Tragaba saliva. Hasta se mordía la lengua para evitar dar un grito de dolor. Pero no se detenía. Por lento que fuera su caminar, no dejaba de andar. La supervivencia era el motor más prodigioso que Julie había conocido.

Al poco de haber penetrado en la senda, la aplicación le señaló que debía desviarse y tomar un sendero a la derecha. Se trataba de un camino estrecho que transitaba por un campo de trigo. Al fondo se intuía una edificación de cemento y un coche aparcado con los faros encendidos. Solo necesitaba un último esfuerzo.

Aunque estaba al límite de sus fuerzas, Julie consideró que era mejor disimular la cojera. Cuando los demás te veían débil, automáticamente te convertías en alguien débil. Y aquello no era bueno en su negocio. Haciendo de tripas corazón, caminó como si no tuviera un esguince que la estaba matando de dolor y apoyó el pie izquierdo durante los últimos doscientos metros de recorrido.

* * *

Málaga, Comandancia de la Guardia Civil, diez y cinco de la noche

Lucía Gutiérrez frenó el coche a la altura del edificio de la Comandancia de la Guardia Civil y sintió que se deshacía por dentro, de idéntica manera que si hubiera consumido medio gramo de arsénico. No se atrevía a mirar a su hija. Tan solo imaginarlo le provocaba una punzada en el hígado de la misma magnitud que si hubiera ingerido aquel veneno letal. La pena y los remordimientos se expandían a través de su organismo con la misma rapidez que una dosis mortal.

Tras colocar el freno de mano se le irritó el estómago y los intestinos, y el dolor saltó del aparato digestivo al torrente sanguíneo. Cuando colocó las luces de emergencia, sufrió un repentino cambio en la piel y palideció. No había

parte de su cuerpo donde no sintiera desconsuelo. Las uñas. El pelo. Las arterias. Los codos. Ningún rincón de su anatomía se salvó de la amargura, de la trágica sensación de haber fallado a la persona que más quería. Finalmente, después de levantar la cabeza y encontrarse con los ojos de Claudia, se le encharcaron los pulmones y prácticamente se asfixió. Era la segunda vez que iba a fenecer aquel martes de agosto y empezaba a pensar que se le daba mejor morir que vivir.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —musitó la teniente.

—Ya has hecho demasiado por mí. A partir de ahora me toca apechugar sola. Es lo que tendría que haber hecho desde el principio.

—Puedo hablar con Romero para que esté presente contigo… —Se resistía Lucía a dejar sola a su hija en aquel momento.

—No —dijo rotunda—. Si quieres ayudarme, no dejes la terapia. Ha llegado el momento de que las dos rindamos cuentas.

Claudia bajó del coche y su madre hizo lo mismo. Frente a la puerta de la Comandancia, una y otra dejaron todos los reproches atrás y se dieron un abrazo. A pesar de las circunstancias, no fue tierno o emotivo. Tampoco épico. Más bien fue sencillo, como cualquier abrazo que se darían una madre y una hija un día cualquiera después de una discusión. Solo que aquella discusión duraba ya tres años. Para el resto del mundo aquel apretujón era algo rutinario. Mecánico. Casi imperceptible en la historia de las despedidas. Para ellas, sin embargo, suponía un nuevo comienzo. Necesitaban perdonarse sus errores para volver a quererse, y aquel abrazo era el punto de inicio.

La primera en separarse fue Lucía. Siempre lo era. En aquella ocasión no estaba incómoda con la cercanía, ni asustada por dejar aflorar sus emociones. Lo que le atemorizaba era que estaba muy cerca de echarse a llorar y no quería que Claudia la viera. No era buena idea que entrara a declarar intranquila.

—¿Quieres que te espere? —preguntó insegura, preocupada por invadir su espacio personal después de aquel acercamiento, pero también aterrada ante la posibilidad de quedarse sola después de un día como el que había tenido.

—Cuando salga he quedado con Laura. Tenemos una conversación pendiente después de declarar —dijo Claudia.

—Claro, lo entiendo.

Lucía Gutiérrez lo entendía, pero no era la respuesta que necesitaba. El viento de terral soplaba en la avenida mientras veía a su hija traspasar la puerta de la Comandancia. Si existía algún buen motivo para volver a beber, su más que probable expulsión del cuerpo y el proceso judicial al que se iba a enfrentar Claudia parecían buenos pretextos. Definitivamente, no podía quedarse sola. No se fiaba de ella. Ni de la sed que la iba a consumir de madrugada. Necesitaba urgentemente compañía.

* * *

San Agustín del Guadalix, Camino de la Sima, diez y cuarto de la noche

A medida que se acercaba, Julie se dio cuenta de que el coche con los faros encendidos era la Volkswagen Caddy del brigada Reyes. Sin embargo, no había nadie en el interior del vehículo.

Intrigada, echó un vistazo a los alrededores y se quedó fascinada mirando los grafitis del edificio de cemento junto al que estaba estacionado. Parecía el típico refugio de adolescentes donde se escondían a beber y a experimentar con drogas por primera vez.

Desconcertada, estaba a punto de llamar a Reyes por teléfono cuando un chico salió del búnker de hormigón. Tenía mala cara, los ojos enrojecidos y cojeaba al igual que ella. Parecía de origen magrebí y cumplía todas y cada una de las características de los yonquis con los que tanto le gustaba trabajar a la mafia china y que a ella tanto le

desagradaban.

—¿Quién eres tú? —preguntó Julie, que en aquel momento pensó que estaba allí para entregarle un nuevo teléfono móvil o las llaves de la Caddy para huir a Bélgica.

Pero se equivocó. El muchacho se metió la mano en el pantalón y en lugar de sacar un Nokia o unas llaves, extrajo una Parabellum de nueve milímetros de color negro con un silenciador. Antes de que pudiese ni tan siquiera reaccionar, el hombro de Julie Vertoghen ya estaba sangrando después de que una bala le atravesara el omóplato.

Segundos después, con el cuerpo de la belga retorciéndose en el suelo de dolor, el brigada Reyes salió del edificio y apagó las luces del vehículo.

—Para estar cojo y ser la primera vez que disparas, no está mal. La mala noticia es que ahora la vas a tener que rematar a sangre fría. ¿Serás capaz o te he traído hasta aquí para nada? —le desafió el suboficial.

Siempre que le retaban, Ibrahim entraba al trapo rápidamente. Era un competidor nato que detestaba perder. Pero esta vez era diferente. No se trataba de ganar o hacer crecer su ego. Le estaban pidiendo que matara a una persona y que, además, lo hiciera cuando estaba indefensa. El primer disparo fue fácil. No tenía que mirarla a los ojos. El segundo se le antojaba difícil. Requería de algo que no tenía, un punto de crueldad.

—Dame, ya lo hago yo. Está claro que te faltan cojones —se abalanzó sobre él el brigada en vista de que el chico no reaccionaba.

Ibra sabía que era una provocación inmadura. Cutre. Apelar a su falta de hombría no podía ser un acicate para asesinar a alguien. La vida de una persona valía mucho más que eso. Y a pesar de que lo sabía, se acercó hasta el cuerpo y disparó.

Lo hizo una vez.

Lo hizo dos veces.

Lo hizo hasta en tres ocasiones.

Y solo cuando comprobó que la mujer no respiraba, dejó de apretar el gatillo.

—¿Lo ves, Ibra? Un trabajo fácil. Ahora solo tienes que enterrarla y serás prácticamente rico —le felicitó Reyes pasándole la mano por el hombro.

A Ibrahim le temblaban todavía las manos. Estaba convencido de que había cruzado una frontera más. La primera fue la de Marruecos. La segunda, la de la integridad. No volvería nunca a su país como no regresaría nunca a ser la misma persona que había saltado la valla de Melilla. Debería sentirse desgraciado. O mezquino. O despreciable. O perverso… Debería reconocer que era una mala persona. Pero la realidad era diferente; se sentía tremendamente poderoso. Desde que había llegado a España le habían humillado, traicionado y casi asesinado. Había sufrido un ninguneo constante, ofensivo, prácticamente insultante, y de repente, con un par de disparos, todo ese mundo de tinieblas y temores a ser un don nadie se había disipado. Aquella arma había cambiado la mirada de los demás. La mujer que abonaba ahora el campo de sangre no le había contemplado con condescendencia, sino con miedo. Con respeto. Como siempre había soñado que lo harían.

—¡Vamos! No esperarás que me ponga yo a cavar —dijo el brigada sonriendo, contemplando satisfecho su obra mientras sostenía una pala en la mano.

El chico reaccionó y tiró el arma al suelo y, por un momento, volvió a parecer el mismo de siempre. Solo que ya no lo era. Incluso Reyes se daba cuenta de ello. Le veía cavar en la tierra con esmero, sin remordimientos, plenamente concentrado, como si no le pesara nada tener una muerta a sus espaldas a tan corta edad.

El brigada sacó el encendedor de su bolsillo y le prendió fuego al pitillo que había tenido que posponer durante todo el día. Se le notaba satisfecho. Tras una larga calada, expulsó el humo y se rio. Le hacía gracia pensar que durante aquella semana todo había cambiado para que nada tuviese que cambiar.

* * *

Málaga, El Palo, doce menos cinco de la noche

Una brisa fresca entró por la ventana y erizó la piel de Lucía Gutiérrez, que estaba desnuda en la cama junto a Juan. Sin previo aviso, la teniente se levantó y abrió el portillo de par en par.

—¿Hace más fresco, no? —preguntó la oficial, que dejó que el viento recorriera su cuerpo y le aliviara de los sudores del sexo.

Juan la imitó y se acercó también a la ventana. Durante unos segundos no dijo nada y dejó que la brisa le refrescara. Frente a la noche, aquellos cuerpos desnudos e imperfectos eran como los de los amantes que se conocieron durante la Segunda Guerra Mundial. Mientras en la calle caían bombas, en sus camas caían polvos. El ser humano se aferraba a la vida incluso en las circunstancias más adversas. Y Lucía Gutiérrez era atrozmente humana. Al otro lado de la ventana, todo eran ruinas: su vida, su trabajo, su hija… Y, sin embargo, el mundo seguía girando. No se paraba ante su fracaso ni ante el de nadie.

—Sí, ha cambiado el viento. Ahora está soplando levante —dijo Juan finalmente.

Lucía cerró los ojos y sintió como el levante le revolvía el pelo con gracia. No dejaba de ser curioso que el terral se hubiera mantenido hasta hacía escasos segundos. Como si aquel viento cálido y denso hubiera traído consigo todas aquellas desgracias y, una vez que había alterado la vida de todos en la ciudad, regresara satisfecho a las profundidades de la tierra.

Epílogo

-El barco fantasma-

«Como la noche es interminable cuando se apoya en los enfermos.
Y hay barcos que buscan ser mirados para poder hundirse tranquilos».

Málaga, 14 de diciembre de 2018

Aquel viernes por la mañana la playa de la Malagueta estaba prácticamente vacía. El día había amanecido nublado y soplaba un viento de invierno desagradable que levantaba la arena y revoleaba a las gaviotas con furia en el aire. Incluso aquel mar dormido rugía con fuerza hasta edificar olas de un tamaño que echaba para atrás hasta al surfista más aguerrido del Cerrado Calderón. De vez en cuando al Mediterráneo le gustaba recordar que seguía vivo y no era solo el patio de juegos más antiguo de la civilización.

A pesar de que era un día del todo desapacible, típicamente malagueño, de esos que la humedad se metía en los huesos y al que a los habitantes de la ciudad les gustaba mitificar como si estuvieran viviendo una ventisca en Laponia, el círculo de Alcohólicos Anónimos no falló a su cita.

Cuando el último de los adictos ocupó su asiento, Lucía Gutiérrez se colocó en el centro. Estaba nerviosa, pero no como la primera vez que acudió a la terapia. Era una inquietud diferente. Tenía que compartir algo importante con ellos y no quería que la emoción le estropease el

discurso.

Tras apurar un pitillo, exhaló el humo y se enfrentó a su público.

—Algunos ya me conocéis de hace tiempo, otros sois nuevos. Así que me presento: me llamo Lucía Gutiérrez y llevo sobria cuatro meses.

El grupo rompió a aplaudir, en especial Juan, que se sentía tan orgulloso de ella como si el que hubiera conseguido rehabilitarse fuera él.

—Sabéis que no ha sido fácil. Conmigo nada lo es —dijo con media sonrisa—. Puedo decir con seguridad que hace cuatro meses toque fondo. Y no hablo de tener un mal día o emborracharme hasta perder el control. Hubo un tiempo en el que creí que eso era tocar fondo. Hace cuatro meses, sin embargo, descubrí que apenas había intuido lo que realmente significaba esa expresión. Cuando creáis que estáis en la mierda, coged aire, porque solo estáis en la sala de espera y queda mierda para rato. Imagino que no ocurrió de un día para otro, que todo se venía fraguando desde hacía tiempo, pero lo cierto es que se dio la tormenta perfecta el mismo día y perdí de golpe todas las cosas que para mí tenían valor un martes de principios de agosto; me echaron del trabajo y mi hija entró en un correccional de menores. Me quedé sin nada un martes y todavía me quedaba toda la puta semana por delante. No podía dormir. Ni comer. Dejé de hacer la compra. No tenía tazas limpias para tomar café. Ni mistol para limpiar las tazas. Mi casa estaba tan desordenada como mi cabeza. He llegado a comer medio limón podrido para desayunar. Y a veces me he guardado la otra mitad para el almuerzo. Estaba viva, pero en realidad estaba muerta. Y lo peor de todo es que no podía enfadarme con nadie. Todo lo que había ocurrido era responsabilidad mía. Solo cuando entendí aquello, cuando dejé de culpar a los demás, resucité. Jesús tardó solo dos días en entenderlo. Yo, un par de semanas. Supongo que por eso es el rey de reyes y yo solo una exguardia civil.

Los adictos rieron la ocurrencia mientras un nuevo crucero atravesaba la bahía de Málaga. El sonido de la

bocina del buque pidiendo permiso para atracar en el puerto rompió la calma y el testimonio de Lucía Gutiérrez, que tardó unos segundos en recuperar el hilo.

—No ha habido un solo día que no haya tenido la tentación de querer beber, de ceder a la sed y compadecerme por todo lo ocurrido. Y tengo la sensación de que siempre va a ser así. Hace tiempo, alguien me dijo que esto era una enfermedad para toda la vida, y supongo que tenía razón. Por eso ya nunca pienso a largo plazo. Para mí el futuro es mañana. Todo lo que vaya más lejos no existe…

Lucía Gutiérrez se estaba emocionando cuando un grito rotundo procedente del puerto la dejó muda. Antes de poder girarse, los gritos se multiplicaron.

El grupo de alcohólicos se levantó entre murmullos y las sirenas de la policía se confundieron con los chillidos que procedían de la terminal de cruceros.

En apenas unos segundos, el caos se instaló en el paseo marítimo y la gente corrió de un sitio para otro temiendo un atentado. El desconcierto era tal que Lucía sintió que tenía que hacer algo, aunque no tuviera claro qué. La teniente se podía rehabilitar de una adicción, pero no de su profesión.

Con una mezcla de curiosidad y deformación profesional corrió en dirección al muelle. En los últimos meses no solo había abandonado el alcohol, sino que también había reducido drásticamente el número de cigarrillos. No pasaba de un paquete al día e incluso había empezado a hacer deporte para combatir la ansiedad. De ahí que recorriera los quinientos metros que la separaban de la terminal en muy poco tiempo.

Cuando llegó al morro de Levante, tropezó con un control policial que no dejaba acercarse a los curiosos. La teniente miró a un lado y a otro intentando entender qué estaba pasando.

Cerca del buque transoceánico, descubrió a un equipo de buzos de la Guardia Civil a punto de sumergirse en el mar. Siempre que lo hacían era para rescatar un cadáver,

pero nunca había visto a tantos para una tarea tan simple. Allí debía haber no menos de treinta hombres.

Intrigada, Lucía estudió cómo saltar la cinta de seguridad sin llamar la atención. Tenía una idea, pero antes de ponerla en práctica, algo la desconcertó; acababa de llegar a la zona la inspectora Ruiz. A priori parecía un inconveniente, pero no solo había dejado atrás su adicción al alcohol, también su complejo de impostora. Ya no se sentía atacada en su presencia, así que consideró que era mejor idea silbarla para que se acercara.

A la policía le hizo gracia aquel encuentro. Hacía meses que no sabía nada de ella y se aproximó hasta donde se encontraba.

—Tiene buen aspecto, imaginaba que estaría peor…

—Bicho malo nunca muere, ¿no? —le respondió la teniente sin ganas de entrar en un rifirrafe—. ¿Qué está pasando? ¿Para qué necesitan tantos buzos?

—Sabe que no puedo contarle nada —dijo seca la inspectora—. Solo he venido a saludarla por los viejos tiempos.

—Ya no estoy en el cuerpo. No puedo robarle el caso. Es más, no puedo ni ponerme el uniforme. No supongo ningún peligro para usted. Soy como una jubilada, solo le pregunto para distraerme.

La inspectora Ruiz la miró de arriba abajo y coincidió en el veredicto; era prácticamente una pensionista tratando de pasar la mañana, una especie de Jessica Fletcher con peor carácter que se había quedado sin obras que visitar. Ya no representaba ninguna amenaza. No era una rival, así que cedió.

—El crucero ha sacado a la superficie cuarenta y nueve cadáveres de ciudadanos chinos y vietnamitas. Estaban sumergidos en el mar como mejillones. Llevaban ahí desde hace cuatro meses. Puede que después de todo no estuviera mal encaminada y sean los que estaba buscando —dijo la inspectora—. Lástima que ahora el caso lo lleve yo.

Uno de los buzos enganchó un cadáver a la grúa del puerto y la primera víctima se elevó sobre el cielo de

Málaga. Los turistas que bajaban del crucero recién atracado miraban cariacontecidos la siniestra estampa. Casi con idéntico horror que Lucía Gutiérrez, a la que le palpitó el corazón. Desde su privilegiada perspectiva, no podía dejar de pensar en lo diferente que había sido la llegada de unos y otros extranjeros. Ambos habían llegado allí a través del mar, solo que unos en un barco de lujo y otros remolcados en una grúa del puerto después de haber muerto encerrados en un contenedor. Por más que los gobernantes se empeñaran en diferenciarnos por nacionalidades, lo cierto era que el mundo solo tenía dos tipos de habitantes: los que tenían dinero y el resto.

El cuerpo del fallecido fue recogido en el muelle del puerto por miembros de la Policía científica y la grúa volvió al mar. Debería repetir aquella maniobra al menos otras cuarenta y ocho veces. Resultaba tan desalentador que la teniente prefirió marcharse.

Por un lado, se alegraba de que al fin sus familiares pudieran repatriar los cuerpos y darles la sepultura que merecían, pero, por otro, tenía claro que los verdaderos responsables no iban a pagar por aquel crimen vergonzante. En aquellos cuatro meses solo habían caído los peones, pero el rey y la reina continuaban parapetados por una tela de araña impenetrable.

Desanimada, dejó de lado el cordón policial y regresó con los que ahora eran su verdadero grupo de pertenencia: los alcohólicos.

No había llegado a La Farola cuando, tras pensarlo un par de veces, cogió su teléfono móvil y marcó un número.

—Se acabaron las vacaciones, capitán —dijo en cuanto Urbizu descolgó.

—Le va a incomodar tanto como a mí, pero la echaba de menos —contestó el oficial.

FIN

Terral
Sergio Sarria

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 0447.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Adara Sánchez

© Sergio Sarria, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-670-6885-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!